RECIÉN CAZADOS

ROXANA AGUIRRE




RECIÉN
CAZADOS
ROXANA AGUIRRE

© 2025, Roxana Aguirre
Recién Cazados, segunda edición.

Ilustración de la cubierta: Jania Ugarte
La maquetación ha sido diseñada usando imágenes de *Freepik*
Sello: Independently published

Primera edición, 2019, Nova Casa Editorial.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

Lo que pasa en Las Vegas... definitivamente... no se queda en Las Vegas, y eso es algo que David y Natalie aprendieron muy bien, y es que después de una tremenda borrachera e historias de desamor, ambos deciden escaparse a Las Vegas. El infierno inicia el día siguiente cuando se enteran de que hay un acta matrimonial de por medio y fotografías en todas sus redes sociales anunciando su matrimonio a todas sus amistades. Ambos se ven obligados a continuar por no dar su brazo a torcer frente a familiares y amigos.

¿Podrán sobrevivir el paraíso matrimonial?

¿O terminarán matándose en el intento?

INDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

Epílogo

I Escena Extra

ESCENA BONO

CAPÍTULO 1

David

La luz martilla mis pupilas y siento como quema mis pestañas, en un intento de abrir los ojos un maldito dolor se apodera de mis sienes, mi cabeza da vueltas, mi estómago está revuelto ¿Qué es esto? Siento como algo de mi interior quiere salir y sin pensarla dos veces corro hasta el baño, mis extremidades y mis brazos duelen, siento que hice una extraña rutina de gym pesada, pero recuerdo que ayer no hice ningún tipo de ejercicio físico ¡Demonios! Ni siquiera llego hasta el baño, vomito en la puerta hasta la bilis, ¡Qué asco! Apesta, hago una expresión de repulsión al ver mi propio vómito.

De cuclillas observo mi entrepierna ¿Por qué estoy desnudo? No no no. A ver, ¿qué pasó ayer? Me sostengo de las paredes y me siento en el piso, no recuerdo nada y estoy comenzando a rozar la histeria. Estar desnudo no es lo que me preocupa, me preocupa con quién es que me desnudé… o quién me desnudó… joder, estaba tan ebrio. Cuando logro levantarme del suelo después de sacudir mi cabeza y rogarle a un ser supremo que espero me escuche luego de esa tremenda borrachera de ayer, que no sea un hombre por favor. Tomo una toalla del baño y la enrollo en mi cintura, me acerco al bulto de hay en la cama debajo de todas esas sábanas, tomo un bastón que no sé qué hace aquí y me percato... ¡Que no haya sido un viejito! Todo mi interior se revuelve sólo de pensar que perdí mi dignidad con un viejito, o peor aún que mi King Kong haya entrado en no sé qué… cosa.

No puede ser.

Con la punta del bastón toco el bulto repetidas veces y no se mueve, ahora todos mis problemas pasan a segundo plano ¿Qué tal si el viejito murió? Y luego tendré que ir a testificar y se darán cuenta que.... Yo.... ¡No! Que no cunda el pánico.

Veo mis manos y hay algo rojo en la derecha ¿Qué es esto? No... ¿De paso fui yo quién lo mató? ¿Yo maté a alguien estando ebrio? Iré a la cárcel. Estoy entrando en pánico, hiperventilando ¿Qué carajo hago aquí? —*David, cálmate*— me hablo a mí mismo. Me siento en el suelo intentando recordar que pasó y con los codos sobre mis rodillas llevo las manos a mi cabeza y hundo mis dedos entre mi cabello. Seguro lo maté porque se quiso aprovechar de mí, sí, eso fue lo que pasó, es que yo no me dejaría ni borracho y eso es lo que le diré a la policía. De pronto escucho un quejido, levanto mi cabeza y el bulto se mueve, al menos no está muerto.

Tengo tiempo para salir corriendo de aquí, estoy por hacerlo cuando una mano salta a mi vista y se deja caer sobre el colchón, no se ve como la mano de un anciano, me levanto y tomo el bastón otra vez, me acerco un poco más, veo un cabello castaño asomarse entre las sábanas y toco el bulto nuevamente ahora con más fuerza, casi de inmediato la mano fuera de las sábanas toma el bastón, no sé en qué momento pasa, pero me desestabiliza a mí y caigo de espaldas sobre el colchón, ahora ella está sobre mí, estoy entre medio de sus piernas y con el bastón está apretándome el cuello. ¿Qué diablos? El que se va a morir soy yo al parecer.

—¿David?

Al menos es una chica.

—¿Natalie?

Ay, no.

Hace una mueca de dolor, lleva una de sus manos a su sien y comienza a masajearla, está desnuda a horcajadas sobre mí en una cama y ahorcándome con un bastón ¡Que escena más erótica! Y que buenos pechos. Joder. Ella sí, que se haya aprovechado de mí todo lo que quiera.

Al percatarse inmediatamente toma una de las sábanas e intenta taparse, tal vez no debí ser tan obvio y mirarle los pechos, porque ahora el bastón me está apretando todavía más. No es mi culpa ¿Okey? Además, si estamos así es porque se supone que ya vi, saboreé, mordisqueé y tanteé esos pechos.

—Me gusta esta escena, pero me estás ahorcando de verdad. —Eso lo digo en un hilo de voz, cuando por fin me libera comienzo a toser. Qué vaina más confusa, me estaba muriendo y me provocó una erección.

—Al parecer tienes un fetiche del que no te dabas cuenta. —Señala exactamente mi erección. Cuando se quita de mí quedo expuesto, entonces veo que la sábana blanca que lleva alrededor de su cuerpo está cubierta con un líquido rojo, como el que está en mi mano. La señalo y es que sin decirle nada lo comprende. Mira a su alrededor y yo también, a mi lado parece que hubo un asesinato. Entro en pánico.

—Por favor, dime que no eras virgen. —Dios, te lo suplico, que diga que no, porque si lo era eso significa casamiento por la iglesia con traje y corbata.

—No —dice de inmediato y mis pulmones sueltan todo el aire que estaban conteniendo ¡Que alivio! —¡No puede ser! —exclama dándome un susto. —¿Qué fecha es hoy?

Busca algo como loca, comienza a correr de un lado a otro, me está poniendo nervioso. Entonces yo me pongo de pie también, no encuentro mi ropa interior, agarro una almohada y me la pongo ahí en frente para ayudarla a buscar lo que sea que está buscando.

—¿Qué? ¿Qué estamos buscando?

—Mi celular —Grita. Casi me hace chillar por la impresión y la tensión del momento que no ayuda en nada. Tomo el mío de la mesa de noche para poder marcar su número.

—Préstamelo. —Me lo arrebata de mis manos. Ve la pantalla y suelta otro grito. Voy a terminar sordo. —¡No puede ser! Aún faltaba un día.

—¿Para qué? —pregunto desconcertado ¿Por qué las mujeres son tan raras?

—Para mi menstruación. No traigo conmigo ningún maldito tampón. Yo soy exacta, al cien por cierto, de seguro esto es tu culpa ¿Sabes?

¿Qué acaso yo soy el Dios de la menstruación o qué? No puedo ni controlar mis finanzas y voy a poner controlar la regla de una mujer. Comienza a revolver todo en el interior de su bolso como loca y mis alarmas se activan... dijo... ¿menstruación? Llevo mis ojos a mi mano derecha y mis dedos están cubiertos de... otra vez ¿menstruación? Ahogo un grito.

—¿Esto en mis manos es sangre de ahí? —Estoy tan alterado que no puedo pensar, me dan arcadas, pero mi estómago está vacío.

—¿Por qué todos tus dedos están cubiertos de mi menstruación? ¿Y tu cara? —Toma el bastón nuevamente y se acerca a mi apuntándome con él, cubro mi cabeza por instinto.

—¿Mi cara? —Noooo ¿Por qué Dios me haces pasar por estas cosas? ¿Qué te hice yo en otra vida?

—Necesito que vayas a buscarme unos tampones, ahora mismo. —Levanto la mirada a sus ojos, aturdido. Espero que no esté hablando en serio.

—¿Tampones? ¿Qué mierda es eso? ¿Se come? —me mofo, obvio sé que es un tampón, son buenos para detener flujos de sangre de tu nariz cuando te la rompen en una discoteca por coquetear con la mujer de un luchador de la UFC. Bueno, esa es una historia aparte, sí sé para qué se usan también.

Ella levanta el bastón y yo cubro mi cara por instinto.

—David, no es el mejor momento para que te estés portando como el chistosito, no estoy de humor y me estoy desangrando, siento que comienza a correr por mis piernas ¿A ti te ha bajado alguna vez? No ¿Verdad? Necesito unos malditos tampones.

Todo eso lo dice mientras está señalándome con ese maldito bastón.

—¿Que mierda hace ese bastón aquí? Iré a deshacerme de esa cosa hoy mismo.

—Tú se lo quitaste al señor que llevaba las flores y luego me querías azotar con él diciendo que eras Christian Grey.

Ella lo tira al suelo cabreada ¿Qué acaba de decir? Clavo la mirada en ella quién está comenzando a sacar todas las cosas de su bolso.

—¿Quién carajos es Christian Grey?

—El tipo de la película que vimos antes de venir a Las Vegas.

Y ahí recuerdos vienen a mi mente, como un flashback, me acuerdo de todo a la perfección, bueno… no tan a la perfección, porque estábamos ebrios, pero es algo que ahora me da vergüenza ajena.



)dio lazs relaxzioness siemprrre terrminass joddido.

—Szi. Dimmmeelo a mí, mi ex se acostó con dozs de miszs amigazss. Malditasss hijaszz de putaaa

—A mii me dejaronn por un tipooo con dineeroo un messz despueszz deee propponerleee matriiimonio.

—¿Qué? —Me acuerdo de que se llevó un trago de cerveza a la boca y yo no podía quitar mi mirada de su escote, es que aún ebrio puedo distinguir entre un par de pechos que estén buenos y unos que estén buenísimos como los de Nat.

Creo que eso fue lo que me nubló el raciocinio, porque fui yo el que dijo:

—Tú y yooo deberíaaamos caszarnoosz nos entendemoszz bastanteee.

—Tienezs razónnnn. Vámonos a las malditassxx Vegas hoyyy mismo.

—Y despuéssss tenemozzzs setzo salvaje como los tipooozz esztos del Grey y la Anastasia.

Ay, no. 

Vuelvo en mí. Llevo mi mano izquierda frente a mis ojos y en mi dedo anular hay un anillo, es de plástico, pero es un anillo, y sólo puede significar una maldita cosa, llevo mi otra mano a mi cabeza y miro su mano izquierda. Ella la levanta dejándola en frente de los dos y ahí está, el anillo de plástico, también en su dedo anular.

Mierda.

Esto no puede ser cierto.

CAPÍTULO 2

Tres días antes.

Natalie.

Hay dos cosas que odio en esta vida.

1. Los hombres.
2. Las cucarachas.

> Y no sé si estas últimas las odio un poquito más que los primeros, pero es que tampoco tienen mucha diferencia. Los primeros asquean cuando hacen sus gracias, como acostarse con tu mejor amiga, por ejemplo, pero las segundas solo necesitan volar y aterrizar en tu espalda ¡Dios! Para rematar las cosas, comienza a caminar ¡En mi espalda!

—¡Alex! ¡ALEXANDRAAAA! —lloriqueo mientras me sostengo de las cortinas del baño, esto no me puede estar pasando a mí. Mi compañera de piso no aparece y grito más fuerte: —ALEX…

—¡Joder Natalie! ¿Qué te pasa ahora? —Por fin. Ella tan tranquila entra al lugar con un envase de helado en las manos, lamiendo una cuchara y yo aquí, muriendo de susto con esta cosa pegada en mí.

—Tengo una cucaracha pegada en la espalda.

Casi no puedo hablar, estoy jadeando eso último.

—¿Qué cosa?

—Que tengo una maldita cucaracha voladora pegada en la espalda. —Entonces corre la cortina y me percato de que no llevo nada puesto. —¡Ah! ¡No me mires desnuda!

Me tapo con ellas o es lo que intento, porque de inmediato me resbalo y quedo suspendida en el aire sosteniéndome de la tela y con mi culo ante sus ojos.

—¿En serio crees que haya algo ahí que me interese ver? Es cierto de que tienes un culo exótico, pero tampoco es para tanto, Nat. Ah, ya te vi la cucaracha. Bueno, la que tienes en la espalda, no la de en frente.

—¿Qué cosa? —Entonces vuelve a volar y regresa a mi espalda, ahora más cerca de mi hombro. —¡Alex! —Todavía estoy sosteniéndome de las cortinas y no puedo evitar pensar que sí hice una muy buena inversión porque sí que han soportado muy bien mi peso, pero eso es lo de menos ahorita que estoy rozando la histeria. —Quítame esta cosa de la espalda y mátala ¡Mátalaaaaa!

La boba se ríe a carcajadas, y no, no espera que la maldita cucaracha vuele hacia otro lugar, la mata en mi espalda dándome un chancletazo.

—Ahora lávate porque te ha llenado de mierda —me dice. Alto ahí ¿Qué? Ahora si me incorporo por completo, corro hasta la regadera y miro como la cosa aplastada cae y el agua la arrastra por mis pies.

—¡Eres una asquerosa, Alex!

—¿Qué? Yo no fui la que te cagó la espalda.

Y se va, así sin más. Dios mío.

Alex es la persona más *yoquepierdista* que conozco, y yo soy doña ansiedad, creo que por eso es que somos mejores amigas. Ella una rubia con carita de ángel y ojos verdes que es capaz de desatar la tercera guerra mundial y yo una trigueña mucho más pacífica —si nadie me provoca, claro—. Alex se ligó a su jefe y yo me ligo a puro malandro, bueno… una vez me ligué a un jefe a los dieciocho, era con el dueño de una heladería, pero es algo ¿No? Al menos tuve helado gratis por los dos meses que estuvimos juntos.

En fin, salgo del baño una vez que creo que todo el excremento de cucaracha se limpió de mi espalda, sólo pensarlo me da náuseas y vuelvo a entrar otra vez, vierto un poco de mi gel de baño en la zona y comienzo a restregarme de nuevo. Ahora sí, voy a salir sin pensar en eso y mejor busco ocupar mi mente en los disfraces que usaremos hoy ¡Dios mío! ¡Ya casi no queda nada de tiempo! Así que me apuro y busco los benditos trajes en mi armario.

Hoy es Halloween y el cuerpo lo sabe. Estos disfraces los pensé desde el Halloween del año anterior y esta semana me recorrí toda la ciudad buscándolos. Había invitado a mi amiga a la fiesta que hará el canal para el que trabajo y ella llevará a su chico —el jefe— así que elegí lo más sexy que encontré, Oliver Anderson va a agradecerme. Me maquillo con algo sutil —¡Nah! Mentira, lo extravagante es lo mío, con mucho brillo, rubor y labios rojos— llamo a Alex para hacerle lo mismo y aunque se rehúsa al inicio, finalmente accede cuando le recuerdo que es Halloween. También nos arreglo el cabello con un rizado espectacular, aunque Alex ya tiene cabello así por lo que no se me dificulta tanto, yo sí tengo el cabello muy lacio e invierto como mil horas en tenerlo perfecto. La veo darse un vistazo en nuestro espejo de sala cuando voy hacia mi cuarto por los disfraces y cuando regreso le muestro mi adquisición:

—Bien, tú eliges... ¿Caperucita roja? o ¿el lobo? —le pregunto mostrándole ambos trajes y ella hace una extraña expresión.

—¿¡Ah!? —Se voltea hacia mí y me mira con desconcierto. Vuelve a ver los trajes y me mira de nuevo. —¡Oh por Dios! Estoy segura de que esa caperucita roja no iba hacia donde su abuelita como decía.

—Alex, sólo elige uno por favor. —Intento parecer molesta, pero una risa se me escapa, la verdad que me da igual hacia donde la tal Caperucita iba, es sexy y punto.

—Creo que el lobo —dice finalmente ¡Genial! Porque yo en serio quiero ser caperucita.

Me despojo de mi ropa y comienzo a ponerme unas medias caladas sobre mis bragas negras. Seguido me pongo el traje, bastante ajustado, lo sé, pero es Halloween. Alex me ayuda a acomodar el corsé y yo le ayudo con el de ella, nos tomamos más de media hora en la puesta de cada prenda, tirando de cada una de las cintas y ajustando los broches, incluso siento su pierna en mi trasero para ajustar mejor y acomodar todo es su lugar, por poco me arrepiento de haber conseguido estos trajes, pero cuando me miro en el espejo siento que ha valido la pena.

—Es… —habla mi amiga, jadeante —la última vez que te ayudo a ponerte algo así.

La ignoro, de perfil miro mi reflejo y me gusta lo que veo, con entusiasmo voy hacia mi habitación y me calzo cuando veo mi reloj y ya casi es la hora.

Escucho mi celular sonar y una vez que tengo los tacones puestos voy hasta mi mesa de noche y tomo mi teléfono que yace sobre la cama. Deslizo mi dedo pulgar sobre la pantalla y… hablando de hombres y cucarachas… es mi ex:

De: Dereck

«En serio mi amor, lo lamento, no quise hacerlo, ella fue la que me sedujo te lo juro. No es mi culpa gustarle a todas».

Pensándolo bien las cucarachas no son tan asquerosas como él.

Maldito bastardo.

Para: Dereck

"Come mierda, cabrón"

Salgo de mi habitación ya lista para irme a la bendita fiesta, ahí está Alex mirándose en el espejo con el ceño fruncido, la condenada tiene unas buenas y largas piernas que juegan a su favor. Qué envidia de la buena. En mi caso, yo tuve la mala suerte de heredar los genes de mi madre y no llegar ni a los 1.60 centímetros, pero ¿eso es importante? Pues no, unos taconazos como los que llevo ahorita lo arreglan.

CAPÍTULO 3

Tres días antes

David

Qué mierda, estoy aburrido.

En serio que esto de esperar mujeres no es lo mío. Ahora mismo estuviera ligando con alguna alma femenina en este lugar, pero no puedo, porque se supone que Oliver, mi mejor amigo —y jefe, desgraciadamente… mentiritas, sí es un buen jefe… a veces —se verá aquí con su ligue y su ligue trae a su mejor amiga.

¿Por qué no hay incendios en este tipo de lugares cuando se necesitan? No algo tan potente, solo alguna chispita o algo que acabe con esta fiesta sería suficiente.

—¿Estás seguro que la espera valdrá la pena? Porque en serio Oliver, siempre que te citas con una mujer y me invitas es porque llevará a su amiga la fea. —Oliver se ríe y me mira a los ojos.

—Deja de quejarte, cuidado terminas enamorado.

Resoplo ¡Sí, claro! Yo enamorado, déjame reírme un rato.

Este disfraz me está dando comezón ¿A qué hora me decidí por un disfraz de mago? Hay miles de magos en este lugar. Miro a Oliver y no se pone el maldito sombrero que le conseguí, a mí me costó comprar estos trajes, aunque él los pagó, pero eso no se lo he dicho.

—Oliver, el sombrero va en tu cabeza. —Tomo el sombrero y se lo pongo, pero no, él lo vuelve a agarrar y lo pone en la barra. —Es parte de tu disfraz de vampiro reptil. ¿Sí o no que se mira bien? —Le pregunto al *bartender* y él asiente sirviéndonos otros tragos— ¿No entiendes que Alexandra te verá mucho más atractivo con ese sombrero?

No responde. Tiene su mirada clavada en algo, llevo de inmediato mis ojos hacia donde están puestos los suyos, debí habérmelo imaginado, es Alexandra, yo también clavo mis ojos en ella, pero en realidad no en ella en sí, si no en la preciosura que trae tomada de la mano, supongo que es la amiga que tengo que distraer hoy.

La chica está viendo hacia un lado, me da tiempo de analizarla mientras está distraída, lleva un traje que parece ser caperucita roja, tiene una asombrosa silueta y buenos pechos que sobresale, sus piernas bastante firmes y trabajadas en gym van enfundadas en unas medias negras caladas. En ese preciso instante voltea su mirada hacia mí, y ahora sí la puedo observar con más detalle, no solo tiene buen cuerpo, también un rostro precioso.

La reconozco de algún lado. Claro, me acuerdo de que hace algún tiempo fue la presentadora del clima, por primera vez en la vida estaba pendiente de si iba a llover o no solo para verla a ella todas las mañanas.

Qué tiempos…

Y qué coincidencia.

Si tan solo Oliver lo hubiera mencionado desde un principio…

Creo que se llama Natalie. Tiene el cabello castaño y ahora mismo lo lleva en ondas, tiene los ojos marrones, grandes y atractivos con espesas pestañas largas, su nariz es fina y el rostro ovalado. En persona es más encantadora.

Y es que el lobo quiero ser yo.

Ella me observa, de pies a cabeza y yo hago lo mismo, Alexandra se acerca a Oliver y le da un abrazo. ¿Por qué esta otra chica no me abraza a mí? Yo quiero abrazarla y muchas cosas más. Ella observa mis labios y luego mis ojos, mis labios otra vez y luego mis ojos, me siento un objeto sexual y eso me encanta, yo hago lo mismo y muerdo mi labio inferior, tiene bonitos labios, sé que esa boquita pudiera hacer mucho por mí.

Sí, todas esas cosas que cualquiera mal pensaría.

—Natalie, él es David, David, ella es Natalie. —Eso lo dice Alex. Entonces sí me acordaba de su nombre. Natalie es un bonito nombre, no sólo está bien buena, sino que tiene un buen nombre, como Natalie Portman, esa mujer me hizo feliz cuando era un puberto.

Mejor no hablaré de eso.

—Vamos por allá. —Eso lo menciona ella. Me extiende la mano, pero no como saludo, si no con la mera intención de dirigirme con ella a lo que creo es la zona VIP. Claro, ella es presentadora del canal que está dando esta fiesta, por supuesto que tiene acceso a todo lo VIP de este lugar.

No ha quitado su mirada de mí y yo tampoco, así le agarro la mano que me extendió, sé que su cerebro está proyectando una escena bastante sexual de nosotros dos juntos y bueno, yo igual ¿Para qué mentir?

Me termino el último trago y dejo que ella me lleve a dónde quiera, está comenzando a hacer calor ¿No? Tal vez no debí comprar un traje de mago, debí venir disfrazado de Tarzán, no me mato en el gym para haber venido con un maldito traje de mago, ya ni modo.

Cuando yo quiero yo sí soy un caballero, así que la ayudo a subir todos los escalones tomándole la mano y le abro cualquier puerta que se nos atraviese, charlamos en el camino, me acuerdo del programa del clima y se lo pregunto:

—¿Por qué dejaste de presentar el clima?

Es que yo dejé de verlo cuando ella desapareció, después no sabía cuando iba a agarrarme una tormenta a medio camino.

—Porque me ofrecieron un programa de maquillaje. Mejor paga y mejor patrocinio ¿Sí eres de los que miran el clima?

Solo si hay chicas bonitas.

—A veces, digo… nunca sabes cuando saldrás a las calles y te encontrarás a un tipo llamado Noé en un arca y yo lo deje pasar de largo porque no vi la maldita predicción del clima.

La chica, Natalie, suelta una risa. Eso es un buen presagio ¿No? Debería dar clases sobre cómo hacer reír a una mujer. Charlamos un rato mientras tomamos unos cuantos tragos y me habla de su programa de maquillaje. Bueno, tal vez ahora reemplazaré el del clima por el condenado programa de maquillaje. Dejando eso a un lado, me agrada esta chica, una cara bonita con la que es fácil conversar. Además, le divierten mis ocurrencias. Es un combo.

Luego de unos cuántos tragos de más observo sus labios, es que son tan llamativos y, además, son carnosos y los lleva pintados de rojo, no me puedo contener, pero entonces me pregunta si vamos a la pista de baile y yo le digo que sí.

No soy bueno bailando, pero tampoco malo y creo que ya estoy medio borracho así que los pasos sí pueden salirme. Me levanto convencido, le tomo la mano y vamos directo a la pista.

Hay demasiada gente, así que no importa mucho cómo me mueva, de todas formas ella parece disfrutarlo, porque es una de esas canciones en las que en realidad no tienes que hacer nada más que moverte sin ritmo y frotarte como adolescente, y es lo que hacemos, estoy seguro que ya sintió mi erección porque se gira de nuevo a mí y esboza una sonrisa pícara.

Entonces me quito las ganas, porque no puedo quedarme como persona diabética en una heladería, le tomo la cara con ambas manos y le planto un beso a mitad de la pista, por un momento me mira asombrada —por unos dos segundos, de hecho— de inmediato me corresponde y ¡Vaya! sí que besa bien.

Otro atributo para mi lista de cosas «¿Por qué me encanta Nat?» No sé cuánto tiempo pasamos ahí, pero ya me sé sus labios de memoria, es muy poco lo que bailamos, el resto del tiempo estamos comiéndonos los dos o tomando tragos del bartender.

Quiero continuar esto lejos de la vista pública, así que la tomo de la mano y la saco de aquel lugar, no sé dónde carajos está Anderson, yo vine en su coche y se lo digo a Natalie, pero ella me detiene:

—No te preocupes. —Busca algo es su diminuto bolso. —Yo tengo las llaves del auto de mi amiga.

—Bingo.

Nos besamos otra vez a medio parqueo ¿Estoy borracho? No sé, pero cargo una botella de licor caro porque Nat la consiguió antes de salir, entonces le doy un trago largo, ella también y seguimos avanzando hasta llegar al vehículo, también nos besamos todo el camino. A punto de llegar al dichoso Bentley perlado, alguien la toma del brazo y la separa de mí. Abro mis ojos y pestañeo algunas veces para enfocar mejor al tipejo con complejo de Kurt Cobain.

Y compararlo todavía es una ofensa para Kurt Cobain.

—¿Es en serio? ¿Por este imbécil es que no regresas conmigo? —Ella lo aparta de un empujón y el sujeto intenta tomarla del brazo de nuevo ¿Quién es este estúpido?

—No, vete a la mierda, Dereck. Ve a buscar zorras como te gustan.

¿Dereck? ¿Quién diablos es Dereck?

—Bueno, si ya andas con este marica es porque tú también lo eres.

Guao, guao guao ¿Acaso la llamó zorra? ¿Me dijo «marica a mí»? Eso último lo arreglamos después.

—¿Cómo la llamaste, hijo de puta? —Yo podré ser muchas cosas cuestionables, menos un machito que irrespete a una mujer y ya que al tal «Dereck» no se lo enseñaron en su casa, lo haré yo. —Te lo vuelvo a preguntar, patas de lagartija ¿Cómo la llamaste? ¿Qué clase de hombre eres como para llamarle «zorra» a una mujer?

—¡Ah! Y es que la princesita rasguña. —Inmediatamente escucho abucheos de un grupito de subnormales que están con él. Todos tal para cual, idiotas y dan pena ajena. —A ver, barbita. —¿Barbita? ¿Qué carajo?—. Lárgate de aquí, esto no es asunto tuyo.

Me les río en la cara a todos, es tan estruendoso que juro que se escucha hasta dentro del club, entonces le dejo ir mi puño contra su rostro pálido sin resentimientos, en otras circunstancias me hubiera retirado como una persona educada, pero ¡A la mierda ser educado! El flacucho se cae al suelo y se lleva el dedo pulgar al labio cuando ve que está sangrando.

Yo no me ando con juegos.

Ahora sí me retiro como una persona educada, acomodo mi saco y tomo a Natalie de la mano, ella me mira perpleja y mira al tipo que yace en el suelo. Volteo a ver solo para cerciorarme de que no nos están siguiendo pero por suerte ellos caminan hacia la dirección opuesta y puedo verlo limpiar su labio de vez en cuando. Todavía estoy rabioso, tengo ganas de seguirlo y agarrarlo a golpes, pero no quiero terminar en la cárcel.

Es que no tengo, además de Anderson, quién me pueda sacar del bote.

Justo cuando llegamos al auto Natalie me acorrala contra él y junta sus labios con los míos, llevo mis manos a su cuello para profundizar el beso y ¡Joder! Me estremezco al sentir su mano

en mi entrepierna, trago saliva, hasta debí parecer virgen, ella me mira con intriga, sí, de seguro pensó que soy virgen.

Maldición.

En mi defensa, nadie nunca me había agarrado el paquete de esa forma.

—Gracias —le escucho decir. Mi respiración está acelerada al igual que la suya. Estoy tan duro que siento que puedo correrme en cualquier momento en los pantalones, aunque no sé a lo que se refiere hasta que señala el lugar donde nos encontramos a los idiotas esos.

—Por ti lo haría una y mil veces, Natalie. Un pendejo como ese no te merece.

No dice nada, solo vuelve a besarme y yo le correspondo de la misma manera, caliente y feroz, mis manos viajan a su trasero y por la falta con bastante tul que lleva puesta casi no me percato que también tiene buen culo. Soy un hombre afortunado.

—¿Vamos a mi apartamento? —pregunta jadeante.

Yo sé lo que eso significa, por supuesto que sí, ni siquiera tengo palabras, sólo asiento y subimos al auto, pude decirle que fuéramos a mi casa que está a unos minutos de aquí, pero estoy tan fuera de mis cinco sentidos que acepto ir a su apartamento, no sé si es seguro que conduzca si ambos estamos ebrios, solo espero que no nos encontremos a los malditos policías, pero por fortuna de ambos no hay ninguna sorpresa a mitad del camino.

Nunca me había portado tan inconsciente, pero al menos ella maneja a una velocidad considerable —hasta despacio— yo, al contrario, hasta me hubiera pasado los rojos.

Llegamos al lugar sanos y salvos, vamos por el ascensor hacia su apartamento y por suerte no hay nadie, inmediatamente la acorralo en la esquina para besarla y tocar ese trasero otra vez, ella podría abofetearme justo ahora y no me importaría porque esto es glorioso, prominente y bastante tonificado, cuando el ascensor se abre, ella toma mi mano y camina rápido, intento seguirle el paso, pero estoy tan perdido que tropiezo y me caigo.

Qué vergüenza.

Hace rato parecí virgen y ahora torpe. Malditos dioses que les gusta reírse de mí.

—¿Estás bien? —No, me golpeé la cadera, pero es obvio que no se lo diré.

—Sí, estoy bien. —Me levanto con toda la dignidad posible y continúo mi camino. Intentando no cojear y ocultando mi cara de dolor.

Al llegar frente a lo creo es su apartamento, comienza a revolver todo y saca unas llaves, me acorrala contra la puerta y comienza a besarme, entonces la levanto con mis brazos y enrolla sus piernas alrededor mis caderas, mi King Kong —es como llamo a mi amiguito allá abajo, porque esa cosa es como si tuviera vida propia— está a punto de liberarse al estilo Hulk y romper este carísimo pantalón del maldito disfraz de mago. Abro la puerta y la cierro a mis espaldas con ella a horcajadas, la acorralo contra la misma y ni siquiera me percato de lo que esté pasando alrededor.

Acaricio sus fuertes piernas y ella baja sus manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero, presiono un poco para que se sientan tonificadas y después me acaricia el dorso, comienza a deshacer el primer botón, estoy tan perdido, ambos lo estamos; abro mis ojos y como si estuvieran diciendo mi nombre volteo a ver a mi derecha, esto no puede ser cierto.

Oliver y Alexandra están mirando todo el show que estamos protagonizando de gratis… digo, al menos paguen una suscripción ¿no? En cuanto dejo de besarla, Natalie abre los ojos y mira en dirección a donde mi vista está puesta, hace una mueca y se baja de inmediato, una vez que sus pies tocan el suelo se acomoda el vestido y yo intento acomodar mi traje. Al menos el maldito de Oliver ahora no me encontró en plena acción como hace un tiempo.

En mi defensa, era la primera modelo rusa que conquistaba y de la emoción dejé la puerta

de mi habitación de hotel abierta, él entró y ¡Bam! Me vio las nalgas, fue la cosa más vergonzosa de la que ninguno de los dos se pudo reír luego y, hasta hoy, algo de lo que no nos atrevemos a volver a hablar.

No siento vergüenza por Oliver, siento vergüenza por Alex. Miro en otra dirección mientras me acomodo el saco como si nada pasó, como si no estoy borracho y como si no tenía las manos es las nalgas de Nat hace unos minutos. De inmediato Oliver y Alex se van hacia lo que creo es la habitación de ella. Natalie toma mi mano y me lleva a otro lugar, cierra la puerta a sus espaldas y comienza a besarme nuevamente. Es que al parecer a ella no le importó que casi nos ven fornicando. Me quita el cinturón y se deshace del botón de mi pantalón, cuando ya el alma me regresó al cuerpo y me digo a mí mismo que Oliver no miró nada del otro mundo, comienzo a quitarle el vestido a ella, pero me es casi imposible por la gran cantidad de broches y no es todo, también hay cintas ¿Por qué las mujeres usan estas cosas?

Más que disfraz, parece tortura medieval.

Tardé más en sacar ese vestido de lo que ella tardó en provocarme una erección.

Me está comenzando a dar sueño. ¡Ay! No, por favor. Me intento mantener despierto mientras ella comienza a quitarme toda la ropa. En interiores nos tiramos a la cama y comienzo a besarla apasionado, sus besos comienzan a descender por mi barbilla y después comienzo a sentir sus labios en mi cuello, mi pecho, por todo mi abdomen… siento que todo me da vueltas, pero intento estar al margen, siento un horrible malestar dominar mi cuerpo. Es que ya sé que soy muy mal tomador, pero en unas ocasiones soy divertido, en otras me duermo… como hoy —es que todo tiene que pasarme en mal momento—. Sí lo intento, estoy en una lucha interna para no quedarme dormido.

No sé ni cómo, pero en instantes ya casi estoy roncando.

CAPÍTULO 4

Dos días antes

David

Despierto de golpe quedando sentado sobre la cama, inmediatamente un dolor punzante se instala en mi cabeza ¡Mierda! Cierro los ojos con fuerza mientras me masajeo la sien ¿Qué hora es? Si llego tarde el maldito de Anderson me va a matar. Miro a mi alrededor ¿Dónde diablos estoy? Todo es de colores aquí y veo a la par mía a una linda chica, Natalie, recuerdo su nombre al menos, no me va a pasar lo de tener que llamarla «cariño» porque no acordarme. Entonces recuerdos llegan a mi mente, se agolpan como una serie de *gifs* y… no puede ser… me quedé dormido, ella está con ropa de dormir, lo que significa que sólo yo me quedé dormido. Ay, no. Ahora también va a creer que soy gay; virgen, tonto y gay.

¡Qué buen comienzo, maldito David! ¡Qué buen comienzo! —me repito a mí mismo—.

Siento vergüenza, así que me levanto sigilosamente para que no se despierte y tener que dar explicaciones. Cuando ya estoy fuera de la cama sin provocar ningún ruido, la estúpida alarma suena estremeciéndome, doy la vuelta de manera brusca, y choco con un mueble con espejo, encima tiene una serie de maquillajes que caen al piso haciendo un estruendoso ruido.

¡Hija de la fruta!

Inmediatamente Natalie se pone de pie y saca algo de la gaveta de su mesa de noche, me apunta a mí y… ¡Es una arma! ¡Maldición! Voy a morir. Ahogo un grito.

—No me mates, estoy muy joven para morir.

Intento cubrir mi cabeza, no sé ni para qué, no es como que mis manos fueran de hierro o algo por el estilo.

—Lo siento, me asustaste, había olvidado que te habías quedado aquí.

Baja el arma como si nada y se encoge de hombros mientras apaga el maldito aparato ruidoso, mi corazón late a mil por hora y ella actúa como si lo que acaba de hacer es algo muy normal.

—¿Por qué putas tienes un arma? —Intento calmar mi respiración, tiene un arma ¡Maldición! Quiero salir corriendo de aquí y no volver. ¿Quién en su sano juicio tiene un arma? ¿Y para qué?

—¿Por qué te gusta mencionar la palabra «puta»? Deberías tatuarla en tu frente. —Me evade el tema, no me interesa tatuarme nada en la frente, solo quiero saber para qué tiene una puta arma en su habitación.

—Porque es mi puta palabra favorita, ahora dime, ¿qué hace una puta arma en tu habitación?

—No es real. —Sonríe—. Es de espuma. —Me apunta con ella y me vuelvo a cubrir por instinto, pero cuando tira del gatillo son burbujas las que salen de su interior.

La observo confundido y recojo toda la dignidad que se me cayó al suelo con el grito agudo que se me escapó hace un rato. En mi defensa, la maldita cosa sí parece real.

—Qu… Qué bien. —Es lo único que logro decir, y balbuceando. ¿Más tonto no puedo ser? —. Es solo que es muy real.

—Lo sé. —Acomoda su cabello en una coleta, observo que lleva unos shorts bastante cortos y ajustados, no es alta, pero tiene bonitas piernas, además… sus brazos… delicados y fuertes. —La compré por unos idiotas que teníamos de vecinos, no volvieron a asomarse por aquí cuando la vieron.

Y sí los comprendo.

Recojo mi ropa, al menos me puse los bóxers nuevos y no el que tiene los dos agujeros porque sería la gota que colme mi copa de la vergüenza. Es que ese es mi bóxer cómodo, el que no cambio por nada hasta que en realidad ya no sirva del todo. A veces la comodidad es más importante que la elegancia —solo me los pongo cuando no voy a ligar, claro—.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? No andas en auto — me pregunta. Obvio que no, mi aliento debe apestar y debo oler a borracho.

—No te preocupes, tomaré un taxi. —Camina hacia lo que creo es el clóset y no puedo evitar fijarme en que sus sus shorts se ajustan perfectamente a su trasero, todo tipo de pensamiento pecaminoso se me pasa por la cabeza. Está de espaldas a mí y yo no puedo dejar de verla. Hasta que caigo en cuenta de que ya me fijé más del tiempo que debería le hablo: —¿Sabes qué? Tú y yo deberíamos salir a almorzar, hoy mismo.

—¿Almorzar? ¿Tú y yo?

—Sí, bueno… te diría a desayunar, pero si llego tarde el maldito de Anderson me manda a la mierda.

Se da la vuelta otra vez y mis ojos se posan otra vez donde no deben.

—¿Esto es una cita?

Me mira de nuevo, y yo intento ver a otro lado.

—No. No, bueno… —Me lío yo solo, ahora no va a querer ir, es que comúnmente se les dice que sí es una cita, por si las cosas salen bien, pero sino solo no las vuelves a llamar y ya está.

—Estupendo que no sea una cita, ya me habías asustado.

Frunzo el ceño ¿No quiere una cita conmigo? ¿Me acaba de rechazar? Qué mala. No me puedo quedar a discutir ese punto porque el maldito del caga-billetes me lanza por el ventanal si llego tarde. De todas formas, después de que me visto y antes de salir se lo pregunto:

—Entonces si eso era una cita ¿No aceptabas?

—Claro que no.

«Claro que no». No puedo quedarme a que justifique su respuesta, así que solo voy a olvidar que dijo eso y ya. Me despido con la mano, nada de besos en la mejilla o en los labios, porque no quiero que sienta mi apestosidad, —ni siquiera sé si esa es una palabra, pero si a un caso no lo es yo ya me la inventé—.

—¿Me das tu número? Al menos para coordinar la no cita de hoy.

—Claro. —Me saco el teléfono y dejo que ella lo digite. De paso doy un vistazo alrededor y no veo a Anderson por ninguna parte. Ese de seguro ya está en la empresa viendo a quién despedir.

CAPÍTULO 5

Natalie

Hoy no es un buen día.

Tengo resaca, me duele el cuerpo y ni siquiera sé por qué, porque no hubo acción. Además, estoy llegando tarde y camino rápido por el parqueo del lugar donde trabajo, entonces uno de mis tacones se pega en un maldito agujero ¡Maldición! Tiro de mi pie con fuerza y caigo de espaldas ¡Lo que me faltaba! y con este vestido ajustado y corto, lo más seguro es que enseñé mi cosita. Inmediatamente me levanto y acomodo mi vestido con glamour mirando alrededor, no hay nadie, entonces sigo caminando como si nada pasó. Bueno, hay cámaras, pero no creo que alguien las esté viendo justo ahora.

—Hola preciosa. —Esa es la voz de uno de mis compañeros de trabajo, pasa frente a mí en su flameante auto del año con la ventanilla abierta y ahora me guiña un ojo. —Quería estar contigo en la fiesta de Halloween ayer, ¿te fuiste temprano?

Creo que él no capta las indirectas ni las directas, yo no estoy interesada. Es un tipo con el ego por las nubes. Sí, es un dios griego y todo lo que le quieran llamar, pero está casado y a mí no me gustan los casados, pero al parecer su cerebro no funciona bien. ¿Son todos los hombres así? Porque estoy pensando quedarme soltera por el resto de mi vida si tendré un marido como este.

—Llegué con alguien ¿No llevaste a tu esposa contigo?

Eso lo pregunto a propósito ¿Y qué hace él? Nada más se ríe.

—Me estoy divorciando. —¡Pero qué coincidencia! Suelto una risa irónica y lo ignoro mientras continúo mi camino, puedo sentir su mirada en mi trasero y lo compruebo al girarme para encararlo.

—¿Se te perdió algo ahí?

Él solo muestra una leve sonrisa y acelera el auto para conseguir un lugar para aparcar. Idiota.

Camino con más prisa antes de que me alcance, pero mis tacones y mi vestido ajustado no me permiten ir a la velocidad que quiero, a medio pasillo escucho mi celular sonar y no lo saco de mi bolso hasta que estoy en la sala de maquillaje —sí, yo conduzco un programa de televisión sobre maquillaje, pero a mí me maquilla otra persona, cosas de la televisión—.

En fin, busco el bendito celular hasta que lo encuentro entre todas mis cosas, paso mi dedo índice sobre la pantalla del mismo y es la misma persona que se quedó dormido ayer, David.

De: David.

¡Hola lindura! ;)

¿Un guiño? ¿Me acaba de enviar un guiño?

Comienzo a teclear mi respuesta, conteniéndome una risa mientras tomo el lugar que la maquillista me indica.

Para: David

¡Hola, bella durmiente!

No contesta de inmediato, es hasta varios minutos después que mi celular vuelve a sonar, justo cuando la chica del cabello me está haciendo una coleta alta.

***De: David**.*

En mi defensa, estaba muy tomado.

No puedo soltar una carcajada, no le contesto, porque esto de que te tiren el cabello hasta atrás se me hace una tortura, parece como si me están haciendo un «*face lift*» no un peinado. Un par de minutos después otro mensaje llega:

De: David.

¿A qué hora paso por ti? ¿Te gustaría que Oliver y Alexandra nos acompañen?

Tecleo rápidamente un: *«Por supuesto»*

No puede ser, mi sueño hecho realidad, que mi amiga y yo salgamos en citas dobles.

Pero esto no es una cita.

No quiero que sea una cita, todos los hombres hacen lo mismo: engañar y estoy segura de que David no es la excepción, así que de algo de una sola noche no pasa o algo de unas cuantas veces si es bueno en lo que hace. Le digo la hora y dejo mi celular sobre el tocador.

—Natalie. —Escucho mi nombre de parte de una productora del programa, Carmen, también es una buena amiga desde que llegué a este lugar. Ella siempre lo menciona de una forma canturreada que me hace reír. —Sales en diez minutos.

—De acuerdo. —Me rodea mientras la maquillista comienza a preparar mi cara, se para frente al espejo, se levanta la blusa y se toca el abdomen.

—Quiero ir al gimnasio —dice, esbozo una sonrisa al verla cambiar de posición. —Subí cinco kilos después del engaño del maldito de mi ex.

—Pero estás mejor ahora. —Intento subirle el ánimo. Recuerdo que su divorcio fue un escándalo, porque su marido se ligó a una modelo importante y apareció en todos los noticieros del país. —¿Para qué querías tener a tu lado un tipo que no aprecia a una mujer con un corazón increíble?

Ella suelta una risa.

—Porque los hombres prefieren cuerpos increíbles y un buen sexo. —La escucho decir acomodándose la ropa. —Bueno, no es que yo sea mala, soy el Kamasutra andante. Pero mi punto es, que ellos prefieren las esqueléticas, tal vez porque son más flexibles, no lo sé, la cosa es que conmigo ni cómo, siempre intentaba moverme de manera ágil y terminaba rodando en la cama a carcajadas probando otro tipo de posición ¿Sabes qué es lo peor? Que yo creía que nos la pasábamos bien, que tenía un matrimonio increíble, que me había casado con un hombre maravilloso con quién podía ser yo. Nunca confíes en un hombre, Nat. Pero bueno, así es la vida. Voy a emborracharme para mientras lo supero ¿Vienes conmigo?

Aún estoy intentando comprender todo lo que me dijo.

—Por supuesto —Ella eleva la palma de su mano en mi dirección y hago lo mismo para chocar la suya.

—Nunca te cases, Natalie.

—Por eso ni te preocupes.

Cuando mi jornada laboral de media mañana se termina, me voy directo al parqueo, acordamos con David que lo esperaría aquí, por mucho que insistí en que podía llegar sola, él consiguió convencerme de venir por mí. Un Ferrari negro se para justo frente ¡Lo que me faltaba! Maldito Sean, ya me tiene hasta los cojones ¿Qué es lo que no comprende de que no me interesan los hombres casados? Sin ver al interior suelto un bufido y ahora sí, saco mi dedo medio, si le dice a alguien que hice esto me negaré.

—Que cordial saludo.

Esa voz no es la de Sean, inmediatamente llevo mi vista a la persona en el interior de ese

vehículo y… ay, no. Quito mi «saludo» y me rasco la parte trasera de mi cabeza, oh Dios mío.

—Lo siento, es que un idiota de aquí tiene un vehículo igual al tuyo y creí que era él. —Mejor cambio de tema y el humor también, así que más entusiasmada, le pregunto: —¿Cómo estás, David?

—Bien, gracias. —Sonríe y me mira rodear el auto para subir del lado del copiloto. —¿Algún otro idiota al que deba golpear? —pregunta cuando me estoy acomodando en el asiento del copiloto y eso me hace reír. Es que esas palabras sonaron tan bien y recuerdo que ayer golpeó a Dereck por mí. Tal vez es porque ningún hombre me había defendido antes y mi tonto cerebro lo está romantizando. Carajo. Mejor cambio de tema.

—No, pero gracias ¿A qué restaurante vamos?

—Conozco uno que va a encantarte. Oliver y yo vamos ahí a menudo.

En silencio llegamos hasta el restaurante que menciona. En la puerta del restaurante es él quién se apresura a abrir y me deja pasar primero. Elegimos una mesa en la esquina. El lugar es bastante elegante, pero eso no debería sorprenderme si su mejor amigo es el hijo mayor de una dinastía y David su mano derecha.

—Esperemos a Oliver y Alexandra, mi amigo dice que ya están a unos minutos.

No hay ningún problema.

Ayer hablamos sobre mí, ahora le toca a él. Entre más le pregunto sobre lo que hace, más pequeña me siento. David es el director de toda la sede de Nueva York, también se encarga de vigilar las otras sedes por la confianza que le tienen los Anderson, así que, si no viaja Oliver, lo hace él.

—¿Y viajas mucho?

—Por suerte no tanto, viajar no es lo mío. Odio dormir en una cama que no es la mía.

—Pues parecías muy cómodo en la mía ayer.

Suelta una risita nerviosa.

—En mi defensa, estaba muy borracho.

—Voy a fingir que te creo. Bueno, cambiemos de tema.

No quiere cambiar de tema, quiere defenderse, pero creo que le parece mejor idea —y le conviene más— solo dejar lo primero a un lado, de todas formas, se ríe y sí cambia de tema, pero no a algo mejor:

—Oye ¿El idiota que nos encontramos ayer es tu ex?

—Así es. Qué vergüenza la verdad. No sé en qué momento o porqué se me ocurrió salir con él.

—Lo mismo te iba a preguntar. Siendo una mujer tan bella le diste el honor a un tipo tan feo como ese y todavía se atreve a comportarse de manera cuestionable.

No puedo evitar reírme. Yo no soy del tipo de persona que se fija sólo en el atractivo físico, pero tampoco puedo evitar notar cuando un hombre está bastante guapo. David está como dado a hacer y ese color de ojos hazel le da muchos puntos a su favor. Se ven casi dorados, como su cabello.

En ese preciso momento Alexandra y Oliver entran por la puerta, están tomados de la mano. No sé hasta dónde ha llegado su relación de mentira con su jefe, pero creo que ya «de mentiras» no es. Igual se sueltan cuando se percata de que nosotros los estamos viendo.

CAPÍTULO 6

David

Tal vez no debí ir a ese almuerzo, darme cuenta de que Natalie sabe Kick Boxing y con eso de que hoy me apuntó con un arma, dispara todas mis alarmas de que podría ser una ex psicópata. Yo ya me vi todos esos documentales sobre exnovias con extrañas formas de venganza y a Natalie la miro como una de ellas. Es que no sé, es tierna, sentimental, tiene una sonrisa encantadora, pero he leído que esas son las que te hacen terminar en el psicólogo. Quizás debería ir al grano y preguntarle si espera una relación o solo un par de encuentros casuales, es que yo no estoy hecho para lo primero y Nat no parece del tipo que sólo quiere *BAM BAM*. Está preciosa y buenísima, pero no quiero terminar en un hospital con mis testículos explotados, o parapléjico.

No le voy a decir nada, solo voy a desaparecer de su vida como si me mudé a China y listo.

—Hola David.

Mi secretaria entra a mi oficina sacándome de todos mis pensamientos, contoneando sus caderas en un sexy traje rojo bastante ajustado.

—Andi, pero que bella te ves hoy.

Guiño un ojo, cierra la puerta a sus espaldas y se cerciora de poner seguro. La última vez que al maldito de Oliver se le ocurrió entrar a mi oficina sin avisar, ella estaba aquí sobre mis piernas y mi mano en su muslo por debajo de su falda.

Andi camina hacia mí sensualmente y pone sus manos en ambos brazos de mi silla giratoria, se inclina y me deja una gran vista de su escote, posa sus labios en los míos, huelen a fresas y me dan ganas de devorarlos, sube su falda un poco y se ubica a horcajadas sobre mí, paso mis manos por sus muslos mientras ella se pasea por cada uno de mis labios.

Andi es puro fuego y me encanta, no quiere nada más que sexo, porque ya tiene un esposo y no quiere otro, lo cual funciona para mí ¿Para su esposo? No sé, pero ella me dijo que el de la idea de tener un «matrimonio abierto» fue de él.

—Espera, ¿estás segura de que no tienes más trabajo que hacer? Si hay algo pendiente no quiero que Oliver venga aquí a decirme que tengo que despedirte.

Ella se acomoda mejor, exactamente sobre mi entrepierna.

—Relájese jefecito, tengo todo bajo control.

Vuelve a besarme y yo le correspondo. En ese preciso instante mi celular suena ¡Jooo…..! Iba a deciles miles de malas palabras, pero puede ser alguien importante.

—Lo siento.

Andi rueda los ojos, se levanta y yo me pongo de pie para sacarme el celular del bolsillo. Es Natalie. Acaba de interrumpirme en un momento importante, bueno ya dije que no volveré a salir con ella así que solo borraré su número y sí lo hago, pero el mensaje me sigue llamando la atención y de inmediato deslizo mi dedo sobre la pantalla, es una imagen.

Veo a Andi arreglando unos papeles en el archivero, vuelvo la pantalla a mi celular y… ¡No puede ser! Es una foto de Natalie en traje de baño, sostenida de lo que parece un mueble y está de frente, mátenme mejor, como que me da algo.

«Me compré este traje de baño para cuando vayamos a Miami» es la descripción.

¡Yo voy! ¡Por supuesto! ¿Cuándo?

«Quiero ir, aunque aún no me lo has preg…

No termino de teclear cuando me manda otro mensaje, de inmediato lo abro, espero sea otra fotito. Como que de pronto está comenzando a hacer calor.

«Joder, lo lamento no era para ti, disculpa»

¿Qué? borro todo lo que había escrito para escribir uno nuevo. Si no era a mí ¿Entonces para quién? ¿Acaso hay alguien más con quién se envía estas fotos? No voy a preguntárselo, claro.

«Ahora me tienes que invitar ;)»

Andi llama mi atención:

—¿Qué te tiene tan intrigado, papi? ¿Me vas a dejar a medias?

—Es un cliente, tal vez deberías volver más tarde, porque esto es importante.

Claro que es importante, quiero que me envíe más fotos. Andi asiente, pero de mal gusto, lanza los papeles contra el escritorio y camina hacia la puerta. En otras ocasiones la hubiera seguido, tomado por la cintura, acorralado contra la puerta, pero no hoy, Andi puede esperar.

Abro el siguiente mensaje.

«Si me envías una foto tuya ;)»

Usó un guiño ¿Foto mía? ¿De mi rostro? ¿De mi abdomen? Sí, de mi abdomen, a nadie le importa si tienes una cara bonita cuando tu abdomen está marcado, se nota hasta en los modelos, el tipo puede tener cara de renacuajo pero si tiene tabletas de chocolate ¡Bam! Se convierte en el hombre más sexy del mundo entero. En fin, no sé que estoy haciendo, pero voy a tomarme la maldita foto.

Camino a mi baño me pienso mejor lo de la fotografía, por suerte tengo uno privado con espejo, así que me quito el saco, la corbata y la camisa blanca, yo estoy orgulloso de mi abdomen, así que me tomo una foto en el espejo y se la envío —por supuesto que antes me cercioro de que me vea delicioso—. No recibo una respuesta de inmediato, parece que lo vio, pero eso fue todo, tal vez está viéndola con más calma o está saboreándome completo. No sé. Estoy volviéndome a poner la camisa cuando por fin contesta:

«No estás mal»

¿No estoy mal? ¿Y eso que significa? Esperaba algo mejor, algo como un *«estás hecho un bombón»* o *«estás buenote»* o *«me mojé»* o algo más estructurado como: *«papasito, bendito sea el gusano de dónde sacaron la seda con la cual hicieron la sábana que cubría el colchón donde sus señores padres echaron pasión para concebir tan bello ser humano»*. Pero no, ella me envía un *«no estás mal»*.

Yo sé que no estoy mal, me miro al espejo todos los días. Me saco el pantalón y me dejo en bóxer. Tomo otra foto, haciendo que mis brazos resalten más y mi abdomen ¡Maldición! Estoy en la empresa y yo haciendo esta tremenda tontería.

Espero la respuesta y es un:

«¿Por qué no bajas la tapa del sanitario luego de hacer pis?»

Volteo para ver el sanitario, y ahí está el muy pendejo detrás de mí ¿Es en serio? Se fija en el puto sanitario cuando hay muchas más cosas por ver.

En ese preciso instante envía otra imagen, la abro de inmediato y es otra foto, ahora de espaldas y mostrándome su parte trasera debajo de ese trajecito ¡NO puede ser! Dios llévame y reencárname en uno de esos trajes de baño que Natalie usa.

Observo la foto una y otra vez, es que es una belleza de mujer ¿Quién es Andi? Esta mujer es mucho mejor y no tiene «matrimonios abiertos» con nadie —o al menos no que yo sepa—.

Aprieto el celular con fuerza, no quiero sólo fotos, quiero tenerla aquí en frente de mí, ahora mismo. Inconscientemente llevo mi mano dentro de mi bóxer para aliviar la tensión de mi entrepierna. Cierro mis ojos y me quedo con esa última imagen dentro de mi cabeza, mi cerebro la proyecta una y otra, solo quería acomodar a King Kong no darle caricias ¿Okey? Pero entonces:

—¿David, que carajo estás haciendo y en mi empresa?

La voz del maldito del caga-billetes retumba en mis oídos y casi me mata del susto. Saco mi mano de inmediato, a ver… no es lo que parece, se lo intento decir, pero él solo se masajea la cien y se va ¿Por qué no cerré la puta puerta? En cualquier momento puede encontrarme en otra situación más… ¿Vergonzosa?

Aunque… la verdad, algo más vergonzoso que esto no hay.

—Oliver, puedo explicarlo. No es lo que parece.

Pero está saliendo de mi oficina y da un portazo, voy a seguirlo, pero me acuerdo de que estoy en calzoncillos así que tengo que vestirme. En fin, menudo día, eh.

ACTUALIDAD

David

Me va a dar un ataque de pánico, lo sé… ya lo siento en mi corazón, en mis pulmones, en mis venas, voy a colapsar. Intento respirar profundo y miro la sortija en mi dedo otra vez. No, esto debe ser una broma, tiene que haber una solución, es de plástico además, claro que no estamos casados realmente.

¿O sí?

¿Qué tal si es un «sí»? ¿Qué tal si yo me até a una mujer que apenas conozco de hace un par de días? Que sabe kick-boxing, que me apuntó con un arma y que casi me ahorca hace unos minutos.

—No no no, Natalie, no podemos estar casados, entiéndelo, estoy muy joven, justo cumplí 25 años hace unos meses. —Estoy caminando desesperado de un lado a otro en la habitación del hotel. —Tengo aún un largo camino que recorrer, metas que cumplir, sueños que alcanzar, mujeres que…

Mejor me callo. Hiperventilo, me siento en una de las esquinas de la cama antes de que me dé un infarto.

—David, cálmate. Esto se debe arreglar de alguna forma, ahora necesito que te bañes y te vistas para que vayas por unos tampones, porque es obvio que yo no puedo ir así.

—¿Estás loca? Yo no voy a salir de aquí a comprar tampones ¿Te das cuenta de que podríamos estar casados?

—Y eso lo arreglamos después, ahora mismo necesito tampones para pensar mejor, no puedo hacerlo si me estoy desangrando, así que necesito que vayas por ellos. Es urgente.

—Dios mío ¿Qué estoy pagando ahora?

Me baño, porque… bueno, no puedo llevar conmigo la evidencia del por qué necesito comprar tampones ¿Verdad? Y me pongo la misma ropa que andaba ayer —típico traje de oficina, pero no voy a ir de saco a una farmacia, así que se lo dejo a Nat—. Yo nunca he comprado tampones y cuando salgo del hotel —después de preguntar en recepción si no tienen un par de tampones que me presten— estoy apenas terminándome de vestir, acomodándome las mangas. Voy a dejar una queja ¿No se supone que un hotel como este debería tener también productos para este tipo de emergencia?

En fin, un día estás bien tomando unos tragos con una linda chica y al día siguiente estás casado. Me quito el puto anillo de plástico y lo lanzo cabreado contra el pavimento, que me arrolle un auto ahora, por favor, Dios; pero no, ellos se detienen y para rematar:

—¿Es que no te fijas por donde caminas, idiota?

—Fíjate tú, malnacido. —Muy maduro le enseño mi dedo medio.

Y mi día apenas inicia.

Qué suerte que justo frente al hotel hay una farmacia —y qué conveniente también, porque ellos no tienen nada que ofrecer ahí adentro—. Miro mi reloj, tengo exactamente veinte minutos para comprar estas cosas, arreglar lo del matrimonio e irme a Nueva York y si no, iré preparando mi funeral.

Me aclaro la garganta al acercarme al mostrador, una señora pelirroja de mediana edad,

bajita, mascando un chicle menciona algo bastante parecido a un: «ajá».

—Disculpe, hermosa dama. —La miro de pies a cabeza —Necesito tampones. —Sonrío amplio. Ella sólo me observa intrigada y enarcando una ceja me pregunta:

—¿Son para usted?

¿Es en serio? ¡Claro! Como yo sangro por el culo.

—No.

—Solo bromeaba. —Sonríe. Qué mal día para bromear. —¿Cómo los quiere? ¿Lites? ¿Regular? ¿Súper? ¿Superplus?

¿Qué cosa? Creo que es mejor llevarle unos paquetes de algodón.

—Ahh… mmm… no sé.

—¿No sabe qué tipo de tampón usa su novia?

—No es mi novia y, en mi defensa, es la primera vez que tengo que hacer algo como esto, así que deme de todos, porque no lo sé, que ella elija.

—Esa me parece una opción inteligente.

La mujer me entrega cuatro cajas pequeñas, saco mi tarjeta e identificación una vez que me dice el precio y se los entrego. Definitivamente, ser mujer es caro y ser mujer en Las Vegas es todavía peor.

—Lo siento, señor Schmitt, su tarjeta ha sido rechazada.

Frunzo el ceño, y pienso que a lo mejor la escuché mal.

—¿Cómo? ¿Disculpe?

—Que su tarjeta está bloqueada.

—No, por favor, vuelva a intentar, es una *black card* con crédito ilimitado. —Vuelve a probar, y no. Hijo de la ching… —Esto no puede ser cierto.

Busco en mi cartera algo de efectivo, y no, no cargo ni un maldito dólar. Este es el peor día de mi vida, sólo falta que me cague un perro.

Saco la tarjeta de la empresa porque no tengo otra opción. Anderson va a matarme, lo sé, y lo peor es que será por comprar unos tampones. Será interesante explicar en mi próximo trabajo el por qué me corrieron de este: «En mi antiguo empleo me despidieron por usar la tarjeta de la empresa para comprarle tampones a mi recién esposa a quién conocí apenas dos o tres días antes». Después solo voy a reponerlos y con suerte no se dan cuenta.

Señor Anderson, perdóneme.

Obviamente me refiero al señor Anderson padre de Oliver, no al caga-billetes en sí.

Salgo de la bendita farmacia y me paro unos segundos viendo mi reloj, me quedan trece minutos, espero que el semáforo cambie de color y doy un vistazo alrededor, las putas Vegas, no vuelvo a venir ni en pesadillas.

Un extraño olor invade mis fosas nasales, frunzo el ceño y bajo la mirada hacia el suelo ¡Joooo…! ¡Lo que me faltaba!

—¡Maldito p…! —No puedo decir la frase completa, porque quién está tirando de su cadena es una mujer muy guapa. Entonces cambio el gesto y le digo que no pasa nada, hasta que ella se va y ahora sí puedo desahogarme en silencio: —No, no, nooo estos son mis zapatos italianos cocidos a mano y ahora van a apestar a caca de perro ¿Por qué, Dios? ¿Y yo qué te hice?

La gente me está viendo y no sé si es mi reacción o la caca de perro que los hace ver consternados, por fin el semáforo cambia y yo salgo disparado del regreso al hotel antes que alguien más repare en el color de mis zapatillas.

Si le veo el lado bueno —estoy intentando muy duro verle el lado positivo a todo esto— al

menos nadie me conoce aquí.

O eso espero.

Más me vale empacar mis cosas, volver a Nueva York y fingir que este día nunca sucedió, tal vez haga una terapia de hipnosis para que este día se me olvide para siempre.

CAPÍTULO 7

David

Llego a la habitación del hotel y tengo que golpear varias veces, porque hasta se me olvidó la llave.

Qué bueno que Natalie no se tarda mucho, así que entro y solo despego el celular de mi oreja un momento para que los del banco no puedan escuchar lo que voy a decir:

—Aquí están los malditos tampones.

—Te envié un mensaje ¿Por qué no contestaste?

Llevo mi dedo índice a mis labios para indicar silencio y le señalo el teléfono celular, ella toma la pequeña bolsa y mira mi calzado, hace un mueca de asco y yo ruedo los ojos.

—Señor Schmitt. —Escucho del otro lado de la línea, de inmediato vuelvo mi celular a mi oreja para seguir escuchando. —Hemos hecho todas las verificaciones, la tarjeta fue bloqueada por petición de su persona, usted llamó el día de ayer diciendo que autorizáramos los cincuenta mil dólares para pagar un ascensor y que luego bloqueáramos la cuenta…

—¿Qué? —interrumpo. —Espere… señor de servicio al cliente. —Llevo mi mano a mi cabeza ¿cincuenta mil dólares? ¡Dios mío!— ¿Un ascensor? ¿Dónde compré un ascensor?

—Señor Schmitt, según informes en nuestro sistema usted dijo que quería disfrutar su luna de miel con su esposa en un ascensor bajando desde el piso cincuenta y que autorizaba la transacción de cincuenta mil dólares por que le recordaba a la película *50 sombras de Prey*.

—¿50 de qué…? ¿Qué carajo es eso?

—Supongo que se refería a la película *50 sombras de Grey*.

—¿Qué? ¡Oh por Dios! ¿Qué pu….. —En ese preciso instante siento que me arrebatan el teléfono, claro que es Natalie, lo está apagando y lo tira sobre la cama.

—¿Qué rayos haces? No puedes tomar mi celular, cortar la llamada y tirarlo sobre la cama.

—Pues ya lo hice.

En ese preciso momento deja caer la toalla de su cuerpo quedándose solo en ropa interior ¡Me muero!

Ay no no, no me puedo dejar manipular así. Es que Natalie sí está hermosa, pero no… no. Hormonas, cálmense. Comienza a buscar algo de ropa en una maleta de espaldas hacia mí ¡Como que me da algo! Lo está haciendo a propósito, eso es seguro.

—Na… Natalie, vístete por favor.

—¿Qué? O sea… ¿Tú si puedes pasearte por ahí en ropa interior y yo no? —Sostiene en manos un pequeño vestido de flores y comienza a vestirse con él frente al espejo.

—Es… es. —Trago saliva—. Diferente.

Me siento en el borde de la cama y veo como su pequeño vestido se va deslizando por su piel hasta quedarse completamente ajustado a toda su silueta.

—Estamos casados, así que… a la mierda. —¿Cómo que a la mierda? En fin, continúo recorriendo su cuerpo con mi vista, esas curvas son las causantes que yo esté aquí: Casado, con una terrible resaca, caca de perro en mis zapatos caros y sin cincuenta mil putos dólares.

Y ya sé que tengo que dejar de decir la palabra «puta» pero es cuando la digo le resta estrés a la situación.

—¿Entonces yo puedo caminar desnudo por aquí porque estamos casados? Qué considerada. —No dice nada, solo se encoje de hombros y yo observo cada uno de sus movimientos, se pone los zapatos, bastantes altos ¿Cómo puede andar con esas cosas? ¿Y todo el día? Después le agrega mil cosas en su rostro lo que significa que no iba maquillada y a decir verdad no se notaba la diferencia, comienza a hacer rulos en su cabello con un aparato que no conozco, y ahí me percato que ya ni de broma llego a Nueva York temprano, sólo espero que el caga-billetes no me llame antes.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón deseando tener padrinos mágicos para desear poder volver al día de ayer y no cometer tremenda tontería. Intento recordar, aunque sea una mínima parte de lo acontecido, pero no, nada. Yo no sirvo para ser un alcohólico.

—Natalie… —digo, incorporándome nuevamente de un salto cuando recuerdo que hoy estábamos desnudos lo que significa que… —¿Recuerdas si nos protegimos? Porque si no fue así estamos a tiempo de ir por una pastilla del día después o no sé qué, porque para eso fueron creadas esas benditas pastillas ¿no? para el día después, para cagadas como la que cometimos ayer y no hablo precisamente de tener relaciones sexuales, porque es muy normal tener relaciones…

—David…

—Pero casarnos ¡Por Dios! si nos casamos borrachos no quiero pensar qué más hicimos irresponsablemente y ya tengo suficientes líos en la cabeza como para estar pensando en que tengo que hacerme cargo de un niño, porque yo podré ser muchas cosas cuestionables, pero jamás un mal padre.

—Qué bonito discurso, pero hay cinco preservativos en la papelera, así que supongo que sí y ya deja de inventar tonterías que me voy a poner histérica pensando en que puedo estar embarazada.

—Espera ¿Qué? ¿Cinco? ¿Cinco? —digo con más fuerza— ¡A la mierda! ¡Me exprimiste! ¿Es eso siquiera legal?

—¿Yo? ¿Quién fue que dijo que su King Kong era todo un orangután? —¿Qué diablos? ¿Por qué mejor no bailé sólo en una mesa como los borrachos normales? —Bien, ahora acabemos con este jodido matrimonio y finjamos que nunca nos conocimos.

—Por fin una mujer con la que me entiendo. —Suspiro y me levanto de la cama—. Choca esos cinco. —Extiendo mi palma frente a ella y casi de inmediato la choca con la suya. —Espera, necesito lavar estos zapatos, son los únicos que traje.

UN DÍA ANTES

David

Estoy sentado frente a mi computadora, sólo cuando Oliver no está es que me doy estos gustazos, estiro mis pies y los pongo sobre mi escritorio comiendo palomitas de maíz mientras miro no sé qué película, pero da risa ¡Que hijos de la fruta más tontos! ¿Cómo vas a dejar a un tipo perdido en Tailandia? Qué idiotas. Mi celular suena y me hace estremecer, regando las palomitas por todos lados. Hijo de la chingada.

Tomo mi celular y es una foto de Natalie. Ya sé que significa eso. Me incorporo en mi silla giratoria de la oficina y abro el mensaje, el estúpido Wifi está lento, lo que significa que hay muchos conectados en horario laboral, me iré a dar mi paseo por todos los pasillos dentro de un rato. Miro para todos lados mientras espero que cargue la imagen, yo tan paciente no soy, ojalá valga la pena y sea una fotito suya como Dios la trajo al mundo, ya se está despertando mi entrepierna y todavía no la he visto.

Es una imagen de la pantera rosa con un odioso mensaje de que mi día sea próspero.

Para: Natalie.
Yo quiero fotitos ;)

Listo, enviar. Espero conteste rápido y sin más imágenes de días prósperos ¿Quién necesita que le deseen días prósperos con una imagen de la pantera rosa? En fracción de segundos recibo su respuesta y ahí está una foto suya frente a un espejo, con un bonito vestido azul cielo que se le ajusta perfectamente por tooooodos lados, muerdo mis nudillos viendo principalmente como se pronuncia su escote.

Para: Natalie.
¿Salimos hoy?

Ella de inmediato contesta un *«ok»* ¡A la mierda el trabajo! Yo voy a salir con Natalie. Bueno, no exactamente «a la mierda el trabajo» yo sí soy responsable, solo no voy a quedarme más tiempo del que debería así que le propongo el lugar y ella contesta que está de acuerdo.

Exactamente a mi hora de salida cancelo todo lo pendiente, claro que lo más importante sí lo trabajé, yo no soy negligente. Conduzco hacia el lugar dónde Natalia y yo nos vamos a ver, no sé por qué pero me siento feliz, la radio suena invadiendo cada rincón de mi coche y comienzo a corear las canciones de los Bee Gees.

De pronto unas luces de colores llaman mi atención, miro por mi espejo retrovisor y observo una patrulla detrás de mí y están hablándome por una bocina. Caramba.

Lentamente me detengo buscando la orilla ¡Lo que me faltaba! ¡Una multa! De inmediato una mujer castaña de mediana edad viene hacia mí a paso rápido, ya estoy jodido. Abro la ventanilla y la observo por el espejo sacar una linterna.

—Disculpe señor ¿Sabe a la velocidad que iba? —Enciende la linterna y la pone frente a mis ojos.

—¿Y usted sabe que aún es de día, señora? —Puedo ver como sus nudillos se quedan

pálidos por apretar la bendita linterna con fuerza. —Solo bromeaba, oficial.

Al parecer hoy no es su día.

—Le hice una pregunta. —¿Qué? ¿Todavía me grita?

—¿Acaso me ve cara de radar? —Ahora sí apaga la linterna y la lleva a su bolsillo, saca unos papeles y… ay, no. No, no, no.

—Documentos por favor —dice, extendiendo su mano. Hago lo que me dice para no tener más problemas cuando en mi mente la estoy maldiciendo de todas las maneras posibles. —Gracias —Eso al menos sí lo dice educadamente.

Está escribiendo y yo me masajeo la sien. No sé a las cuántas multas me suspenden la licencia, pero creo que los cupos para este año ya se me agotaron. Me extiende el papel con una sonrisa junto a mis documentos. Le doy un vistazo, con todas las multas que pago mensual yo solito les doy su sueldo a todos estos hijos de su madre.

—Hija de puta —siseo, guardando mis documentos.

—¿Cómo me llamó? —¡No puede ser! Vuelve a poner la luz de la linterna frente a mí. —He dicho ¿Cómo me llamó?

Yo pensé que ya se había ido ¡Lo juro!

—¿Pre… ci…osa da…ma?

—Está detenido señor Schmitt, salga de auto.

—¿Qué? ¡No! No puede…

—Que salga del auto dije. —Saca unas esposas ¡Oh por Dios! —Ahora.

—Pero… oiga ¿Qué tal si lo discutimos?

Y Cometo un error, uno bastante grande: Sacarme la cartera.

—¿Piensa que va a extorsionarme?

—No no ¿Cómo cree eso? Mírelo como un regalito.

—¡SALGA DEL AUTO AHORA!

Diosito, mejor sácame del plano terrenal ahora mismo.



Media hora después estoy detenido en la comisaría, con los codos sobre mis rodillas sosteniendo mi cabeza con ambas manos sentado en el borde de una cama dentro de una celda.

—Señor Schmitt. —Un hombre afroamericano, alto y robusto llama mi atención, levanto mi vista para verlo. —Tiene derecho a una llamada.

Maldita sea, en estos casos al que llamo es a Oliver, pero está en Miami así que comienzo a hacer memoria, mi hermana no es una opción, lo más probable es que esté tirándose a algún viejo en al saber qué parte del mundo.

Mierda, acabo de caer en cuenta que no tengo más amigos.

Necesito socializar más a menudo.

Ay, por Dios, no tengo de otra.

Salgo de la celda y camino escoltado por el oficial hasta el teléfono. No me sé su número de teléfono —digo, acabo de conocerla y no estoy tan trastornado— así que hago un berrinche digno de David Schmitt que incluye intentos de desmayos, para que me presten mi celular y marcar su número, por fin lo consigo. De inmediato escucho su voz y me dan ganas de colgar el maldito teléfono.

Éste es el día más vergonzoso de toda mi jodida vida.

—Hola, Natalie. —Sonrío ampliamente, aunque no me esté viendo. Dicen que cuando sonríes la persona al otro lado de la línea puede notarlo, no sé cómo. —Necesito un favorcito.

¡Qué vergüenza! Me lo repito una y otra vez mientras camino de regreso a mi celda. Definitivamente sólo con Natalie me ha pasado todo tipo de cosa vergonzosa, a estas alturas debe tener un concepto bastante malo de mí, capaz ya me lanzó a la *friendzone*.

Me siento otra vez en el borde de la cama en la misma posición que estaba mientras espero que me saquen de esta prisión, después de un par de minutos escucho las puertas abrirse, levanto la mirada y veo a dos tipos con vestidos rosados y mucho tul, parecen bailarinas travestis de ballet, un asiático y un rubio teñido bastante delgado me miran con curiosidad y sonríen ampliamente una vez que cierran el portón a sus espaldas.

—¡Holaaaa! —Dicen al unísono con una voz fingida y bastante aguda.

—Yo soy Paula.

—Y yo Marisol.

—Y juntas sooooomos las Kitty Dolls. —ronronean y comienzan a aplaudir dando saltitos.

Esto no puede ser verdad.

CAPÍTULO 8

David

Creo que no puedo tener un día peor que este.

¿O tal vez sí?

Tal vez solo es mercurio retrógrado sobre mi signo zodiacal. No, yo no creo en esas cosas, pero mi hermana lo mencionaba una y otra vez, y estoy comenzando a creer que eso puede ser cierto.

—Escúchame guapo —el rubio murmura sentándose a la par mía y el asiático al otro costado. —Tenemos marihuana, crack, anfetaminas.

—Estimulantes para tú… ya sabes —el asiático interrumpe, enarca una ceja y se me queda viendo esa parte, me cruzo de piernas disimuladamente y miro la salida solo para ver si Nat no está cerca.

—¿Están en la cárcel y están ofreciendo drogas?

El rubio sisea con su dedo índice sobre sus labios y mira para todos lados ¡Sólo estamos nosotros tres! Para mi desgracia.

—No hables en voz alta —dice—, si quieres algo será hasta que salgamos de aquí.

¿Cómo carajos dejaron entrar a estos hombres con drogas a este lugar? ¿Dónde diablos tendrán metidas esas sustancias?, voy a preguntarlo cuando el asiático me toca el cabello.

—¡Ah! —chilla, maldita sea—. Es un rubio natural, Marisol.

—¿Rubio natural? —El tal Marisol también me toca el pelo y suelta un jodido chillido agudo que resiente mis tímpanos. —Nosotras hemos tenido sueños eróticos con hombres rubios naturales toda la vida.

Eso me paraliza el corazón.

—¿Cómo te llamas? —cuestiona el que supongo se hace llamar Paula, se acerca demasiado a mí y no puedo alejarme porque del otro costado está el rubio mirando atentamente mis ojos muy de cerca.

—Patricio —digo tragando saliva, Dios, por favor ponle un motor a los tacones de Natalie al estilo *Rápido y Furioso* para que llegue cuanto antes.

—¿Y dónde dejaste a Bob Esponja? —Ambos gritan soltando carcajadas mientras se cruzan de piernas de manera muy femenina.

—En… una piña debajo del mar.

Los dos nuevamente sueltan carcajadas, tal vez yo también necesito marihuana, crack y anfetaminas para reírme de cualquier pendejada mientras trabajo.

—Me caes bien rubio, pero con ese nombre que llevas mejor saco cualquier fantasía sexual de mi cabeza contigo. —Gracias Dios—. No me imagino a ti sobre mí y yo gritando ¡Oh, Patricio!

Definitivamente, necesitaré un psicólogo después de salir de este lugar.

—¿Y por qué ustedes traen vestidos de tul?

Cambio de tema para evitar más trauma psicológico y termine necesitando un psiquiatra.

—Estábamos en una fiesta de disfraces, cuando Paula barrió el césped con la perra de Clarissa por robarle a su hombre.

—Perra —sisea, el tal Paula. —Y todavía fue a nosotras a quienes detuvieron, malditos policías.

—Lo mismo digo —suelto en un suspiro. —Malditos policías de tránsito hijos de puta. Perdón por la palabra.

—Nada de «perdón», Patricio. Dame esos cinco. —El asiático extiende la palma de su mano ¿Ya qué? La choco con la mía y ambos me rodean con sus brazos por ambos costados. No puede ser.

En ese preciso instante por gracia u obra del Espíritu Santo, el portón de hierro se abre.

—Señor Schmitt. —De inmediato llevo mi mirada al oficial. —Puede salir, han pagado su fianza. —Me pongo de pie como un resorte, necesito salir de aquí cuánto antes.

—Bien, fue un gusto conocerlos… o conocerlas… no sé… Paula… y… Marisol.

Me causa gracia decir esos nombres, precisamente el año pasado estuve con una Paula y una Marisol que sí eran mujeres.

—Adiós Patricio Schmitt, te vamos a extrañar. —Patricio Schmitt ¡Ja! ¡Qué cosa más graciosa!—. Te vamos a buscar por Facebook, te uniremos a nuestro grupo de chat *Gatitas Salvajes.*

Por eso y mucho más, nunca se da el nombre real a un desconocido.

Salgo de aquella celda y camino a la par del oficial lo más rápido posible al escuchar a Paula y Marisol gritándome desde la celda que les de mi número de celular para enviarme un texto y salir de fiesta el próximo fin de semana. En la sala dónde me darán mis pertenencias me encuentro con unos enormes ojos castaños y de inmediato su gesto se torna molesto, no me queda de otra más que sonreír amplio y agradecer.

A este punto creo que Natalie no va a volver a hablarme.

—Holi —digo con un tono amable, mostrando mis dientes y tomando mis cosas. Sí, siento vergüenza, y ni siquiera puedo verla a los ojos.

—¿Holi? ¿Por qué le llamaste hija de puta a una oficial? ¿Y además pensabas sobornarla? Tienes suerte de que no te llevara a la corte.

—En mi defensa. —Ahora si me paro frente a ella, ni tan de frente porque es pequeña, pero se entiende el punto. —Yo no se lo dije en su cara, yo creí que ya se había ido, pero no… la bruja seguía ahí.

—¿Y ahora le estás diciendo «bruja»?

Miro alrededor a ver si no está cerca, digo… tiene oídos de fiera al parecer.

—Se lo merece, Nat. Gracias, por cierto. Dame tu número de cuenta, voy a devolverte cada centavo.

Salgo de la maldita comisaría y una oleada de aire frío me recibe, amo ser libre —de la cárcel y de mi deuda con Nat— abro mis brazos e inhalo profundamente la libertad cuando me trago un jodido mosquito y casi me ahogo… en frente de Natalie.

¡Maldita sea! ¡Todo tiene que pasarme en frente de ella!

En fin, mejor me voy directo al lugar que habíamos acordado al inicio… si es que quiere ir todavía, bueno… dice que sí. El lugar no está tan lejos y ahora sí conduzco a una velocidad prudencial —más que todo porque Nat va delante de mí y conduce como una tortuga—. Además, en cada semáforo redacto un correo para mi abogado donde el pido que borre ese historial de mi récord de policía. Su respuesta con un «Está bien, sr. Schmitt» llega justo al momento que ya estoy aparcando frente al bar.

—¿Ya estás mejor?

—¿Del trauma de estar encerrado en la cárcel? Ya estuve una vez.

—¿Ya estuviste encerrado una vez? Y no, me refería al mosquito.

—¡Ah, eso! Sí, no te preocupes. —La verdad no, aún siento ese jodido insecto en mi garganta, voy a tragármelo a punto de cerveza. Camino a la par de ella hasta la entrada y después de escoger una mesa soy yo quién se ofrece a ir por las bebidas. —Espérame un segundo, iré a la barra ¿Tú quieres algo de tomar? ¿Una cerveza? ¿Una soda?

—Una cerveza.

—Anotado.

Yo solo quiero ir a toser tranquilo a otro lugar.

El lugar no está muy abarrotado de gente, así que pude toser tranquilo sin que creyeran que tengo una enfermedad contagiosa o algo así. Regreso a dónde a nuestra mesa y Nat está concentrada en lo que sea que se está proyectando en la TV. Tomo el lugar frente a ella y le digo:

—¿Sabes qué es la cerveza? Es el mejor amigo del hombre, es algo así como un perro embotellado.

Primero frunce el ceño y después suelta una risita.

—Algo me dice que tú y yo seremos mejores amigos.

Ay, joder, yo lo predije. Ahí está, me está mandando a la friendzone. Lo cual estaría bien para mí, pero hay que especificar qué tipo de amigos vamos a ser ¿Amigos que refuerzan la amistad de vez en cuándo?

—¿Qué clase de mejores amigos?

La miro fijamente con una sonrisa pícara. En ese preciso instante intenta reír mientras toma un trago de su cerveza, así que un poco del líquido se resbala por su barbilla y cae exactamente en su escote, no puedo evitar sentir envidia por como esa gota recorre su pecho, ella toma una servilleta y se limpia específicamente esa parte, de inmediato desvío mi mirada hacia otro lugar para evitar tener pensamientos pecaminosos con la mujer que me sacó de la cárcel. Mi vista se detiene en la pantalla y hay un tipo con una chica en un cuarto que parece una cámara de tortura usada para una película de *Saw*.

—¿Te gusta esa película? —me pregunta. Vuelvo a mirarla y ahora no puedo evitar que mis ojos se vayan a otro lado, pero hago lo mejor que puedo para ver exactamente sus ojos.

—Ni siquiera sé qué película es.

—Es «Cincuenta sombras de Grey» ¿Nunca la has visto?

Hace una expresión como si es la cosa más rara del mundo ¡Por supuesto que no! Lo más gay que he visto es *El Titanic*.

—¿Ese es el tipo que se llama Christian? —Ella dice que sí—. Nunca he visto la maldita película, pero mi hermana se volvía loca por el libro ese. Solo sé que el tipo está loco.

—¿Tienes una hermana?

—Caroline —digo, volviendo a ver la pantalla —pero tengo más de un año de no saber de ella. —Mejor cambio de tema: —¿Sabes qué es lo más gracioso de esa película?

—¿Qué cosa?

—Que mi otro nombre es Christian, me jodieron mi existencia. —Ella suelta una risita. —Mi hermana me lo recordaba cada que leía el puto libro.

—¿Entonces puedo llamarte Christian?

—Prefiero David. Y bueno, Christian se llamaba mi padre, así que todos siempre me han llamado solo «David» para evitar confusiones.

No debí hablar de mi padre, digo… mencionarlo en pasado todavía me aprieta el pecho, pero qué bueno que Natalie no pregunte más.

—Al menos Christian suena bonito. Mi segundo nombre es horrible. Mi padre solo vino a

mi vida a cagar mi nombre.

—¿Cuál es tu segundo nombre?

—Constanza. —En un intento de risa suelto todo el líquido de cerveza que me había llevado a la boca, lo bueno es que no escupo la mesa, solo a mí mismo. Ay, joder.

—¿Lo ves? —dice, viendo cada uno de mis movimientos desde que tomo una servilleta hasta que me limpio toda la cerveza, ahora apesto a borracho. —Mi padre solo embarazó a mi mamá, desapareció, después llegó al hospital diciendo: «Arruinemos la vida de nuestra hija. Llamémosla Constanza, como mi madre» y se volvió a ir. Obviamente no lo dijo exactamente así, pero lo pretendía, yo ni siquiera conocí a mi tal abuela Constanza ¿Por qué llamarme cómo ella? En fin, agradezco que la señora que me engendró le propuso Natalie antes que nada y llegaron a la conclusión que ese llevaría primero. Me hubiesen dejado solo Natalie, a secas, mucho mejor.

—Natalie, a secas. —Y suelto una risita. —Me gusta.

—No te burles.

—De acuerdo. —Me rio un poco y me aclaro la garganta para cambiar mi gesto: —¿Y qué pasó con tu padre?

Tal vez no debería preguntar esto ahora, digo… a mí no me gusta que me pregunten por mis padres, pero para mi sorpresa ella contesta sin pensarlo mucho.

—Nos dejó por una modelo brasileña. —Relame sus labios después de tomar un trago de cerveza y yo no puedo evitar sentir el maldito impulso de querer comerme esos labios. —Pero siempre tuvo ese tipo de relación tóxica con mi madre. Iba y volvía. Hasta que un día, gracias a Dios, no regresó más.

—¡Pues que jodido! —digo, sin apartar mi vista de esos labios rosas. —Oye ¿Puedo besarte? —Es mejor ser directo ¿No? —Ya sé qué dijiste que íbamos a ser mejores amigos, pero los amigos también se besan… algunos.

Ella frunce su ceño y de inmediato suelta una risita divertida.

—Por supuesto.

No la pienso dos veces, me pongo de pie y rodeo la mesa sentándome a la par suya uniendo esos suaves labios sabor a cerveza con los míos.

ACTUALIDAD

David

¿Cómo es que la vida cambia en un segundo?

Ya sé que lo que tengo no es algo mortal… o tal vez sí… no lo sé, pero me acabo de enterar que sí me casé con Nat, en una ceremonia oficial, en una capilla con Elvis Presley.

A ver, a ver, a ver. No voy a entrar en pánico, no voy a entrar en pánico, no voy a entrar en pánico.

—No, no pueden divorciarse. —La mujer robusta del otro lado del escritorio nos mira con desprecio, definitivamente no está dispuesta a cooperar ¿Es demasiado pedir que anule el maldito matrimonio? —Les dejamos claro ayer que nosotros no divorciamos gente, el matrimonio es algo sagrado no para chiquillos estúpidos que quieren pasarla bien y al día siguiente divorciarse.

—Mamá ¿Eres tú? —me burlo. La señora de cabello corto y rizado lleva sus ojos hacia mí con una mirada fulminante. Natalie me golpea el antebrazo con «disimulo», yo sólo quiero divorciarme, irme de aquí y fingir que esto nunca pasó.

—Ustedes al momento de firmar estuvieron de acuerdo con nuestras pautas y una de ellas es que no se acepta el divorcio. En todo caso si quieren hacerlo tendrá que ser en otro lugar, con otro abogado. Aquí unimos almas gemelas, no las separamos.

Tengo ganas de soltar una risa cargada de ironía, y las dos, Natalie y la señora del otro lado de mesa, me miran como si quieren tirarme por el balcón ¡Sólo divórcienme y ya!

—Perdón. A ver, licenciada, debe haber algo que se pueda hacer aquí.

—Sí, digo… no estábamos cien por ciento conscientes de lo que estábamos haciendo. —Esa es Natalie con desesperación y yo tengo que decir que sí. Me levanto de mi lugar y una de las chanclas que compré se me sale del pie. Ah sí, había olvidado mencionar esa parte, no pude lavar los zapatos porque ya era tarde, así compré unas sandalias que también pagué con la tarjeta de Anderson. Bueno, en realidad Natalie tuvo que ir comprarlas y se pasó dos números del mío.

Acomodo la chancla de regreso a mi pie y me voy hasta una mesa que tiene una serie de retratos de matrimonios, supongo que los que se han hecho aquí.

—Podemos enviarlos a terapia de pareja y hacer este matrimonio funcionar.

Escucho a la mujer, ruedo los ojos «terapia de pareja» «hacerlo funcionar», claro. Mejor sigo viendo las fotos. Cada persona aquí parece extremadamente alcoholizada, esto ni siquiera debería ser legal. Estoy pasándolas una por una cuando de inmediato mi cerebro capta a un David bastante ebrio con un traje amarillo con rayas negras ¿Sí soy yo? ¿De dónde saqué ese traje? ¿Qué estoy haciendo ahí?

—Pero es que no queremos hacerlo funcionar. —Esa es Nat. Yo sigo viendo la fotografía, consternado.

—Ya les dije, no se pueden divorciar. No aquí y en ninguna otra parte en al menos seis meses. Al menos que permitan que una terapeuta de parejas los visite de vez en cuando. Si ustedes se están llevando bien como matrimonio y aun así quieren separarse, entonces lo hago yo misma.

—Esto no puede ser cierto.

—¿Dónde van a vivir? En el formulario dijeron que en la residencia del señor Schmitt. No

pueden vivir separados, aclaro.

No presto atención a lo que le dice Natalie. Sí, soy yo, y estoy besando a Nat que lleva un vestido rojo con botas blancas, y… maldita sea… ¿Esos dos detrás de nosotros son Paula y Marisol? Ambos miran la cámara sonrientes.

Mátenme.

Alguien entra a la sala, no presto atención solo escucho la puerta abrirse y cerrarse, después el hombre intercambia unas palabras con la mujer odiosa detrás del escritorio y yo sigo viendo aquella maldita fotografía que jamás podré sacarme de la cabeza. Creo que voy a vomitar si no es por la voz del hombre que me interrumpe cuando dice:

—¿Tú eres Patricio? —Oh mierda, me doy vuelta lentamente de manera vacilante y me encuentro a un hombre vestido de Elvis Presley que esboza una gran sonrisa. —Casi no te reconozco con esa vestimenta tan aburrida.

Me doy un vistazo rápido, llevo mi ropa del trabajo porque no traje nada más. Lo único que no pega ni con cola, son las chanclas.

—Oh… bueno…

—¿Entonces tú eres Natalie? —Ahora mira a la chica, quién le devuelve una sonrisa nerviosa y el tipo suelta una carcajada que ninguno de los dos comprende. —Increíble, la boda más divertida que he celebrado en los treinta años que tengo de trabajar aquí.

—¿La boda más divertida?

—¡Claro! Una pareja así de divertida dura toda la vida. —Se acerca mí y me extiende su mano, la tomo por cortesía y me sacude tanto que temo me arranque el brazo. Después se va donde mi supuesta esposa y hace lo mismo con ella. —El señor y la señora Schmitt. Oigan, casi suena como aquella película de Brad Pitt y Angelina Jolie ¿La han visto? Pero por favor, no vayan a matarse.

Los dos nos reímos, más nerviosos que otra cosa y además hacemos un contacto visual que deshacemos cuando el tipo comienza a cantar la macarena y se aleja haciendo los ridículos pasos.

—¿Lo ven? Hasta Elvis les tiene fe, y tiene razón, no vayan a matarse.

Es Natalie la que contesta:

—A ver, si aceptamos lo de vivir juntos, la consejera matrimonial, y no nos matamos en este tiempo ¿Sí podemos divorciarnos?

—Después de que hayan intentando todo y nada funcione, pues sí. Esto no es un juego, es un matrimonio.

Saben qué, adiós mundo cruel, tomo la silla en la que estaba y observo el barandal de la ventana que sostiene una cortina color beige, la llevo hasta ahí, me subo sobre el asiento y con la corbata que llevo en mi bolsillo hago un nudo en mi cuello y luego intento hacerlo en el barandal para colgarme.

—David ¿Qué diablos haces? —Natalie toma mi antebrazo y tira de mí provocando que me tropiece y caiga al piso. La mujer no está viendo y levantándose de su silla, dice:

—Acordaron no matarse ¿Verdad? —Toma unos folders y abre la puerta invitándonos a salir, porque ella tiene más bodas que oficializar —*dice*—. —Tenemos un trato, sr. y sra. Schmitt ¿Verdad? Tal vez solo necesiten un psicólogo y la consejera matrimonial. No sé, tal vez de aquí a unos años hasta sean una familia con cinco hijos.

Los dos soltamos un grito de horror.

Dios mío, ¿dónde consigo una máquina del tiempo?

CAPÍTULO 9

Un día antes

David

20 cervezas más tarde

—*U can’t touch this.* —Y comienzo a bailar al estilo MC Hammer, sólo me faltan los pantalones abombados—. *Yo I told you Can't touch this,*
Can't touch this (oh-oh oh oh oh-oh-oh)
Can't touch this (oh-oh oh oh oh-oh-oh). —Todos comienzan a aplaudir y a gritar sobre la mesa.

¿O es mi imaginación? No, definitivamente, soy todo un rapstar.

—Él fue Patricio Schmitt, señores. —Habla el hombre con canas que acaba de quitarme el micrófono.

—Yo soy Patricccio… Schmittttt. —Levanto las manos y todos gritan golpeando las mesas con sus manos.

—Al parecer tenemos un ganador —agrega el señor del bigote— Patricio Schmitt. —Maldita sea gané, tomo el micrófono nuevamente mientras bigotes me da alguna cosa plástica en la que vomitaré depués.

—Muchas gracias. —Apenas logro articular—. Agradezzco estte premio a ttodos, deszeara que esto fuera la película de la chica que se muda de África, para romperlo en pedazzoss y darle un trozo de plássstico a cada uno. —El hombre me quita el micrófono y golpea suavemente mi hombro.

—Patricio Schmitt. —Todos gritan, aplauden y silban.

Maldita sea, dejaré revistas Anderson para hacerme cantante bajo el pseudónimo «Patricio Schmitt».

Me bajo del escenario de un salto, mis piernas flaquean, pero me aferro como piojo de un hombre moreno parado casi a la par mía. Él esboza una sonrisa amplia con una ceja enarcada, me suelto rápido, me acomodo el saco y camino como todo un macho alfa, pelo en pecho, lomo plateado, espaldar de gladiador, barba de leñador… Bueno, no tan así, pero sí soy cien por ciento hombre.

Llego hasta la mesa donde está Nat y ella casi se me tira encima:

—Erezzss un malditooo buenazooo para el cantooo. —Me besa, correspondo ese beso de la forma más caliente posible.

—Me encantaaan esozs labbios.

—A mií me encantazs tú. —Presiona su dedo índice en mi pecho y yo como que me enciendo. De inmediato da la vuelta y mis ojos se van por otro lado; la verdad, no sólo me encantan sus labios.

—Meszzero —llamo a un hombre vestido de pingüino que pasa a la par mía. —Tráigame una botella de vodka para celebrrrar mi victttorrria.

Me siento frente a Natalie y la miro fijamente, sus lindos ojos castaños me miran curiosa ¡Joder! Esta mujer es preciosa, soy el maldito Patricio más afortunado de este mundo.

—¿Cómo esz que no ti…enes novio siendo tann guappaa? —Siento que mi lengua pesa un kilo y no estoy ni estoy borracho. Bueno, tal vez un poquito nada más.

—Por…que… los hombres son unos perros mentirosos. —Se percata de sus palabras y de inmediato intenta corregirlas. —Bueno, no todossz, pero sí la mayoría, y no mientassz.

—¡Yo no miento! —Digo, yo soy sincero, dejo claro cuando no quiero una relación. —Odio lazs relaxzioness siemprrre terrminas jodido. Y no solo los hombres, también las mujeres son mentirosas.

—¿Hablas de alguna experiencia personal?

—Tal vezs sí, hace mucho tiemmmpo, igual no quiero acordarrrme.

—Okey, si te consuela mi ex se acostóoo con dozs de miszs amigazss. Malditto hijo de putttaa y perdona la palabra.

—Sé que esttto no es competencia, pero a mii me dejaronn por un tipooo con dineeroo un messz despueszz de aceptar mi propuesttta de mattrrrimonio en el restaurante más carrro de Nueva York.

—¿Qué? —Lleva un trago de cerveza a su boca mientras me mira intrigada y yo no puedo quitar mi mirada de su escote, aún ebrio puedo distinguir entre algo que está bueno y algo qué está buenísimo.

Igual intento ver a otro lado, porque también soy un caballero.

—Tú y yooo deberiaaamos caszarnoosz nos entendemoszz bastanteee. —Eso se lo digo yo.

—Tienezs razonnnn. Vamonos a las malditassxx Vegas hoyyy mismo. —Lanza una botella y se pone de pie de un salto.

¿Las Vegas? Suena bien. También me levanto y lanzo una botella.

—Y despuessss tenemozzzs setzo salvaje como los tipooozz esztos del Grey y la Anastasia.

—Suena bien, pero necesitamooozz damas de honor.

—Ya las tengo, prometida, iremos a hacerrr visitas a la cárcel.

La levanto en mis brazos, es tan liviana, pero… borracho ni yo me aguanto y caemos al piso en la puerta saliendo del bar, es el guarda de seguridad que nos ayuda a levantarnos. Bueno, es a Nat que le ayuda más.

—Hey, hey. No toquessz a mi promettidda.

De todas formas, termina levantándome a mí también, porque yo no puedo por mi cuenta.

ACTUALIDAD

David

Y aquí voy, en el hijo de la fruta jet, viendo por la hija de la fruta ventana las hijas de frutas nubes que pasan a la par mía; nótese que estoy intentando hablar educado, pero de una forma que denota mi frustración y envidia hacia las malditas nubes… ellas no están casadas, son libres.

—*Say something I'm giving up on you*… —Adios soltería —*Anywhere I've would followed you.*… *Yeeaahhh.* —Juro que me divorciaré y volveremos a ser sólo tú y yo.

—David. —Los gritos de Natalie me estremecen y doy un salto sobre mi lugar, solo escucho sus tacones sobre la alfombra del jet y cuando volteo a verla trae su laptop.

—¿Qu… —Pone su computador frente a mis ojos y puedo ver… que… soy… yo… en… un… video… en… internet… ¡Nooo!

No, no, no.

Tomo la maldita computadora y la pongo en mis piernas para reproducir el video, de inmediato que doy *play* y mi cara de borracho —y tal vez drogado— aparece, también se ve la mitad de mi cuerpo en el maldito traje amarillo. Voy a tirarme de este jet, que alguien me amarre a la silla ahora mismo, porque soy muy capaz de hacerlo. Mucho más, cuánto veo el encabezado del video:

«El empresario David Schmitt y la presentadora de televisión Natalie Carson se casan en Las Vegas»

Yo no soy empresario, pero gracias.

Pero, a ver, ¿qué?

Mi corazón se detiene cuando comienza el video:

—*Holaaaa mundo precioso allá afuera.* —Natalie está a la par mía sonriente con ese vestido ridículo. —*Anuncio formalmente que contraje matrimonio con esta precioso mujer Natalie Constanza.* —De inmediato ella pone sus ojos furiosos en mí, pero la ignoro. —*Carson ahora Schmitt, la amo y juro que nunca me divorciaré de ella porque es la mujer de mis sueños más húmedos.* —Yo no puedo seguir viendo esto. —*Holaaa.* —Esas voces, yo las conozco, entonces la cámara los enfoca a ellos dos: —*Yo soy Paula y yo Marisol, y juntas soooooomos las damas de honorrrr.*

De inmediato cierro la computadora. Yo… me voy a morir. Si no es de la vergüenza, será de un infarto.

—Maldita sea… ¿Qué voy a hacer ahora?

—No es todo… —me interrumpe ella ¿Cómo que no es todo? —En mis redes sociales… —Hace una pausa que me desespera más. — Hay fotos de todo el supuesto matrimonio y tengo más de cuatrocientos mil seguidores.

¿Qué, qué? Estoy pensando seriamente en dejarla viuda.

—Borra esas fotos, Nat.

—Pues claro, pero mira cuántos me gusta tienen y ya las compartieron hasta mis compañeros de trabajo ¡Mis compañeros de trabajo que también tienen como cuatrocientos mil

seguidores!

Contemplo la posibilidad de lanzarme por la ventana del avión, pero mi vida es muy fabulosa como para dejarme vencer por el matrimonio. Aunque ahora no sé qué voy a decir… ¿Qué va a ser de mí? Soy David Schmitt, se supone que soy uno de los solteros más codiciados, lo decía una revista, ¿pero ahora? No sé ni en qué momento llegamos a Nueva York, pero acomodándome la corbata camino a paso firme por el parqueo de la empresa. Nat ya se había ido a su trabajo y yo conduje directo hasta aquí, porque estoy seguro que Anderson va a matarme. Entonces de pronto mi maletín se abre, dejando caer todos mis papeles importantes al suelo… húmedo.

—¿Por qué Dios? —Miro hacia arriba— ¿Por qué me haces esto? ¿No fue suficiente con una maldita boda, el traje de rayas y las tales Kitty Dolls?

Recojo los papeles cuando miro a Simon el guarda de seguridad mirarme con intriga. Me aclaro la garganta y levanto los papeles, paso a la par suya con una sonrisa y me dice:

—¿Un mal día, señor?

Yo niego con la cabeza, porque este no es un mal día, es el peor de todos los malos días que apuesto si hacen un certamen Miss Mal día este día les ganaría a todos los malos días.

—Todo perfecto.

Le sonrío al estilo del gato de Alicia en el país de las maravillas, aunque quisiera decirle que mi vida es un completo caos y solo quiero ser arrollado por un autobús.

—Eso es genial. Que tenga buen día, señor Schmitt. —Buen día, ¡Claro! Muy buen día tendré hoy buscando la forma de divorciarme y no volverme a casar nunca.

Pero es que ni siquiera puedo divorciarme.

De todas formas, hablaré con mi abogado, algo se tiene que hacer. A ver, que siempre hay solución para todo.



No, no hay solución.

Me lo dice mi abogado cuando le pido que revise si un matrimonio en Las Vegas es legal y pueden obligarnos a no anularlo. Él me dice que sí, que ellos tienen pautas específicas que yo mismo autoricé.

—¡Estaba borracho!

—Podría llevarlos a la corte, sr. Schmitt, pero eso va a tomar más tiempo del que le piden estar casado en el contrato.

—Joder.

—Sé que no me está pidiendo un consejo, pero yo le recomendaría cumplir con todas las pautas y después procedemos con el divorcio, pero tendrá que esmerarse, porque usted también firmó de que si no los convence que son un matrimonio fuerte, no les darán vía libre para el divorcio.

—¿Qué matrimonio fuerte piensa en divorciarse? ¡Qué mierda! Perdón, Stevens. A ver, ¿no me puedo divorciar ya, entonces?

—No. También estuvo de acuerdo con que su nueva esposa vivirá con usted y la consejera matrimonial irá a visitarlos de vez en cuando. Ya se lo dije, sr. Schmitt, yo le recomiendo que siga todo al pie de la letra y después solo se divorcia sin complicaciones ¿Qué tan malo puede

ser?

¿Qué tan malo puede ser? ¡Qué ahora tengo una esposa!

—Bueno, creo que no tengo otra opción.

ACTUALIDAD

Natalie

Hoy me despiden.

Ya es tarde y se supone que ya debería estar trabajando, pero heme aquí corriendo por todo el parqueo mordiéndome la uña del dedo índice, con dolor de cabeza, una resaca del demonio y unas ojeras que me costó maquillar.

Estaré casada y desempleada, seré una ama de casa, de esas que hornean galletas y esperan a sus esposos en casa, pero no es lo que quiero ser yo, no trabajé duro por este empleo solo para echarlo a la borda por una noche en Las Vegas, no señor.

Atravieso la puerta principal y mis nervios se notan, no sé por qué debería preocuparme más, si por estar casada o porque vengo tarde. Veo que todavía llevo el estúpido anillo de plástico en mi dedo anular, así que de inmediato me lo quito y lo guardo en mi bolso. No, ni siquiera me pudo comprar un anillo de verdad, sacó uno de plástico de una maquinita.

Yo y mi buena suerte con los hombres. Eso lo digo con ironía, claro.

No veo a nadie en los pasillos, eso es extraño, siempre algún camarógrafo o productor o lo que sea está vagando por estos pasillos. Me preparo mentalmente para lo que sea antes de entrar al set, respiro profundo y abro la puerta.

¡No!

Mátenme.

—¡Felicidades! —Todos comienzan a aplaudir y veo el rótulo detrás de ellos «Feliz matrimonio, Natalie» ¡Por Dios! Ni siquiera hacen esto en mis cumpleaños, quiero encerrarme en un baño y no salir hasta que los chinos hayan dominado el mundo.

—Natalie, no puedo creer que no me invitaste. —Ese es mi jefe, ¿Cómo iba a invitarlo? Ni siquiera yo sabía que iba a casarme.

—A nadie, de hecho —grita Carmen, sé que cuando quiere liarla lo hace, mucho más si se siente indignada, como ahora. ¿Cómo le explico que ni siquiera estaba consciente cuando «me casé»? Desde el otro lado de la sala está comiéndose una dona glaseada lanzándome dardos feroces con la mirada y yo solo puedo darle una sonrisa o lo que sea que es el gesto que hago. —¿Qué? Un simple mensaje de texto con algo que hubiese dicho «Carmen, me caso en Las Vegas, ven conmigo» no hubiera estado demás.

Cállate, Carmen. Por favor.

Vuelvo a lanzarle una mirada de desaprobación y le hago un gesto de cerrar la boca con cremallera aprovechando que nuestro jefe no nos está viendo. Él tiene su vista clavada en unos papeles y me temo que sea mi despido.

—Bu…bue…no —balbuceo. Me rasco la parte de atrás de la cabeza, es que no sé qué decir. Siempre improviso frente a las cámaras, pero esta no es una cámara, es la vida real y no se me ocurre nada para defenderme. —Es que… fue de improviso, así queríamos hacerlo mi ahora esposo y yo… en Las Vegas, sin pensarla mucho.

—Lo sé, la verdad te admiro —habla el señor Williams, mi jefe—. Yo pensé más de un año el casarme con mi exesposa o no, la verdad no resultó como pensé; mi punto es, que las cosas que menos se piensan son las que mejor salen. No sé qué haces aquí, según las leyes de este

maravilloso país tienes unos días libres para disfrutar tu luna de miel.

Él camina en dirección a la puerta detrás de mí y miro a mis compañeros esbozando una amplia sonrisa.

—Hay un pastel ¡Vaya! —exclamo y quiero sacarles en cara que ni para mis cumpleaños hacen tremenda tontería.

—Oh sí, hay pastel —escucho al señor Williams a mis espaldas. —Ya casi lo olvidaba, siendo así me quedo un rato y nos cuentas cómo fue que surgió esa historia de amor.

Oh, Dios mío. Asiento con una fingida emoción que no sé de dónde puedo sacar ahora mismo entre tanto shock.

—Bueno… —Tomo el lugar que me ofrecen, de hecho, es una silla que parece un trono y veo a todos tirar de sus banquetas para hacer un círculo a mi alrededor.

Esto me pasa por trabajar en unos de los canales televisivos más grandes de cotilleos.

No sé cómo me invento una historia de amor digna de un libro de Nicolas Sparks. A decir verdad, la idea de que me despidieran no sonaba tan descabellada después de las cosas que tuve que inventarme sobre mi «historia de amor». Por supuesto que omití la parte de que lo conocí hace poco, pero a alguien se le ocurre decir:

—¡Oh! Yo te vi con él en la fiesta de Halloween.

—Ah, sí. Es él.

Yo que creí estar muy bien escondida entre tanta gente.

En fin, creo que me quedaría genial plasmar todo lo que dije en un libro porque más ficción no puede ser. Sí dije un poquito de verdad. Les conté que lo conocí porque es el mejor amigo del esposo de mi mejor amiga —no dije qué amiga, ni quién es el esposo— pero bueno, esto ni de coña le pasaría a alguien en la vida real.

Después de ver las caras de todas mis compañeras de trabajo y sus suspiros por cada cursilería que se me ocurre me doy cuenta de que tengo ganada mi pase VIP al infierno y antes de seguir cavando más hondo este pozo de la mentira, me invento una excusa para salir corriendo, porque ya no soporto más preguntas.

Me voy al baño y me encierro en un cubículo por un buen rato.

Al menos me traje una copa de vino, aquí sí me la puedo tomar tranquila.

Bueno, no tan tranquila, porque escucho que abren la puerta y después un par de voces conocidas:

—No puedo creerlo, ¿es este el tipo que se casó con Natalie?

Las dos mujeres se detienen en el espejo y por precaución subo mis pies al váter.

—Así es, mira que bien guardado se lo tenía la condenada, con un tipo así hasta yo me casaría sin pensarla en Las Vegas. —Eso lo dice la otra mujer que la acompaña. Dios mío, ¿todas las mujeres tienen que ponerse así por David? No me sorprende nada el ego elevado.

—Pero ¿Crees que sea verdad? ¿Todo eso que nos contó? —Pregunta la otra mujer. Esa es la conductora de uno de los programas de cotilleo, la rubia alta, con una afición por los estampados de animales. Nos hablamos de vez en cuando, pero amigas no somos. —Casi me suena a que eso lo vi en alguna película, pero no recuerdo en cuál.

Mierda.

—A mí también, pero solo espero que algún día me pase algo igual y con un bombón como ese.

Las dos se ponen a reír, después cambian de tema y entran cada una a un cubículo distinto. Cuando salen una de ella habla de hemorroides y la otra dice que le va a recomendar a un especialista. Entonces cuando por fin creo que se van a ir, una de ellas suelta:

y me contuve para no sacar el Hulk que llevo dentro y rasgar este cuquísimo vestido Armani, fue:

—Yo no veo a Natalie como una mujer para el matrimonio. Está guapísima, pero no es «Wife Material». Es coqueta, se pasa horas en el gym, en pilates, en el spa. Los hombres se aburren de tanta perfección.

—Ay, sí. Además, muy superficial, te apuesto de que se hizo la lipo. Ese abdomen es imposible.

¿Qué diablos? Yo no tengo el dinero para hacerme una lipo.

—Yo te apuesto de que se divorcian pronto.

Ahora sí salen. Dios mío ¿Con qué clase de víboras me relaciono?

Me recuerdan a mi madre y la llamada que me hizo esta mañana antes de llegar al canal, básicamente me dijo lo mismo y que «mi esposo» me va a dejar mañana. Claro que no le conté que al tipo lo acabo de conocer y soy yo quién quiere dejarlo hoy si es posible.

En fin, tengo que pensarme mejor qué voy a hacer a partir de ahora, los errores se cometen siempre, pero es lo peor que te puede pasar cuando lo haces al ojo del público. Esto no es algo simple como un tatuaje, hubiera preferido amanecer con el nombre de David en mi antebrazo que casada y con videos en internet.

Lo bueno de todo esto es que no me puede dejar mañana, porque se supone que hay un contrato que firmamos los dos «conscientes» en Las Vegas.

Joder. Qué lío.

Por fin me atrevo a salir de baño y me encuentro a las mismas dos mujeres que estaban hablando de mí hace un rato, me saludan las dos con una sonrisa y yo hago lo mismo, pero paso de largo.

—Bueno, Natalie. Eres libre por el resto del día. —Ese es mi jefe, claro. —Y los días que te corresponden.

En realidad, lo tomo porque quiero salir corriendo de aquí.

Tomo un pedazo de pastel y salgo del canal a toda prisa. Camino por el parqueo de regreso a mi auto, estoy cabreada. Saco mi celular y le envío un mensaje a David.

—Natalie. —Oh Dios, es Carmen. Pretendo que no la he escuchado, pero entre más avanzo escucho su voz más cerca. —Natalie, espera.

Me doy media vuelta, titubeante. Tal vez fingir un desmayo ahora no sea tan mala idea. Recuerdo una vez en la secundaria cuando de la impresión olvidé lo que tenía que decir en una exposición muy importante de mi clase, tal vez la más importante para pasar el año escolar, no era muy buena hablando en público y me quedé en blanco al ver la mirada de todos mis compañeros puesta en mí, tragué saliva como tres veces y no se me ocurrió nada mejor que fingir un desmayo y una convulsión, incluso comencé a babear porque es lo que había visto en la televisión, todos se alarmaron, tanto así que llamaron al director y el maestro puso un lápiz dentro de mi boca.

Me trasladaron en una ambulancia hasta el hospital y me hicieron tantos exámenes que no dieron ningún resultado. Fue lo primero que le conté a Alexandra, mi mejor amiga, cuando nos conocimos, se carcajeó tanto que hasta olvidamos la verdadera razón por la que nos estábamos conociendo: Ambas estábamos saliendo con el mismo chico.

—¿Sí? —Me aclaro la garganta cuando me doy cuenta de que no puedo hacer eso mismo ahora, trabajo en un programa de televisión y esto puede ser otra noticia para cotillear. —Tengo prisa, Carmen. Perdón.

—¿Cómo es eso que te casaste? ¿Qué diablos te pasa? —me pregunta jadeando. Intenta

llenar sus pulmones de aire inclinada con las palmas de sus manos sobre las rodillas. —Maldición, necesito hacer cardio.

—Bueno…

—¿Dónde quedó el juramento de que no ibas a cometer el mismo error que yo?

—Esto es diferente.

—¿Vas a decirme que están súper enamorados y por eso decidieron casarse sin pensarlo mucho? Porque, amiga, eso ya lo viví y lamento decepcionarte, pero no funciona.

—Carmen, fue en Las Vegas, estaba borracha —siseo, ella se endereza y cruza sus brazos sobre su pecho. —No fue un matrimonio real, bueno… no uno que en realidad haya querido. Tal vez sí fue real, pero estamos viendo si nos podemos divorciar ¿Me entiendes? No pensaba decírselo a nadie.

—¿No pensabas decírselo a nadie? Lo publicaste en tu cuenta con más de cuatrocientos mil seguidores.

—Lo sé.

—Y me dijiste que no salías con nadie.

—Es una larga historia, Carmen.

Mi celular suena. Es David.

—Bueno, yo tengo tiempo. —Aprieto el puente de mi nariz entre mi dedo pulgar y el índice, me debato interiormente si contarle o no. Ella es mi amiga, sí, me ha confiado muchas cosas, hemos trabajado juntas por años, gracias a ella conseguí mi propio programa, he sostenido su cabello mientras vomita y habla de lo maldito que ha sido su ex; pero esto es algo más grave, algo que puede perjudicarme socialmente si a ella se le llega a escapar, aunque sea por accidente. —Porque yo no te creo todas las mentiras que dijiste allá adentro.

Mierda.

—Si te cuento, júrame que no vas a decirle a nadie —ella hace un gesto de cerrar una cremallera en sus labios, asiente y tiende sus manos hacia el comedor frente a las instalaciones del canal —porque si esto sale de aquí…

—Me ofendes. —Comienza a caminar y yo tomo una calada de aire, lo suelto lentamente mientras me dejo guiar por ella cuando me toma del antebrazo. Sí me pienso varias veces si esto es buena idea o no. No es algo de lo que me enorgullezca, pero no estaría mal escuchar la opinión de alguien que no cree ni quiere creer en el amor.

Solo me detengo un momento para dejarle un texto a David, le menciono que tal vez me tarde un poco, pero que sí podemos vernos más tarde para «discutir» lo del bendito matrimonio. No le cuento que Carmen está a punto de saber las estupideces que hicimos él y yo, me contesta casi de inmediato un simple… *«está bien»*.

Bien, ahora a confesarle a Carmen todas las pendejadas que hice ayer.

CAPÍTULO 10

David

Entre más miro el video, más ganas me dan de pegarme un tiro.

—*Mi King Kong no necesita estimulantes, mi King Kong es todo un orangután.* —Hago sonidos leves con mis puños contra mi pecho al estilo gorila y todos gritan eufóricos, no puede ser. —*Un orangutaaaaaaan.*

Más gritos y escucho de fondo como aclaman a Patricio Schmitt, para rematar las cosas uno de los estúpidos en trajes de ballet me pasa un cigarrillo y yo doy una larga calada… alto ahí… eso no es un cigarrillo.

—*Acabo de fumar marihuaaaaanaaaa.* —Más gritos eufóricos. —*Acabo de fumar…*

Detengo el maldito video de inmediato y me quedo en shock viendo hacia un lugar dentro de mi auto, no sé cuántos minutos pasan y yo sigo en la misma posición. Esto es peor que aquel video mío bailando en una tanga roja que una mujer en «venganza» le envió a Oliver para chantajearme, yo no quería una relación formal, tampoco quería darle diez mil dólares, preferí darle esa cantidad a una persona que le quemara el teléfono y todos los dispositivos donde hubiera guardado el bendito video. Ese es tema para otra ocasión.

En fin, ese video no era ni la mitad de vergonzoso que este. Ese al menos solo lo vio Oliver, este está por todo internet. Se supone que yo soy la cara de esta sede de Anderson. Caramba. Solo espero que ninguno de los socios —ni el señor Anderson padre— visite una de estas páginas.

Necesito a alguien que baje todos esos videos, urgente.

Adiós vida increíble, adiós chicas sexys, adiós respeto —si esto llega a las manos equivocadas—. Dejo caer mi cabeza sobre el volante produciendo un sostenido pitido del claxon. Ya no tengo motivos para vivir. Bueno, sí los tengo, no me puedo morir ahora y que le quede todo a mi «esposa», la conozco desde hace unos tres días. Mi celular suena y levanto mi cabeza para tomar el estúpido aparato que está sobre el asiento del copiloto, estoy seguro es otro de mis socios felicitándome por el *«gran paso»*.

Porque sí, la noticia corrió como pan caliente al parecer. Lo bueno es que nadie está reparando en mi «vestimenta» o las estupideces que dije en el otro video que circula en redes sociales.

Oh no, es Natalie.

Y su fotito en traje de baño es la que se muestra en mi pantalla, es que esa es la que puse en su número de contacto, decido cambiarla porque no es sano para mi bienestar emocional.

«Ya estoy llegando. El tráfico está pesado»

Ni siquiera contesto, me quedo viendo aquella foto una y otra vez. Tal vez no sea tan malo estar casado con ella. Estar casado con ella significa sexo todas las noches, pero analizándolo desde otra perspectiva, cuando quieres tomar leche no te compras una vaca entera, así que no puedo estar casado sólo por sexo con ella si puedo conseguirlo sin compartir esos escalofriantes papeles firmados.

Pero bueno, también depende de qué tan seguido quieras tomar leche… es economía básica.

Qué mierda estoy hablando.

Vuelvo a dejar caer mi frente sobre el claxon. Estoy comenzando a odiar mi vida.

El maldito celular vuelve a sonar, «Amiguis Marisol» se muestra en la pantalla *¿Amiguis Marisol? Que p...*, y para rematar las cosas la foto de contacto es de él o ella, junto a mí con ese jodido traje amarillo; oficialmente, a partir de hoy odio el amarillo. Ay, por Dios, dejé a esos dos tipos en Las Vegas, en mi defensa, ni siquiera me acordaba de ellos. Ahora tendré que cambiar de número.

Paso las manos por mi cara a modo de frustración. Consigo el valor para salir de mi auto y caminar hacia el restaurante dónde acordamos encontrarnos con Natalie, vamos David, tú puedes. Tengo la sensación de que todos me miran… ¡Nah! debe ser mi imaginación.

Antes de abrir la puerta dos chicos bastante jóvenes se me acercan muy rápido haciéndome ahogar un grito.

¡Maldita sea!

En mi defensa, creí que eran asaltantes, pero, al ver la cara de desconcierto de ambos al verme puedo casi asegurar que no. Así que recompongo mi postura y soy yo el que habla primero:

—¿Puedo ayudarles en algo?

—¿Tú eres Patricio Schmitt? —¿Patricio Schmitt? ¿Qué? Miro a ambos con extremo desconcierto y sus rostros son de emoción. A ver, ¿qué? — ¡Amigo, eres increíble! tus videos en internet son lo máximo.

Alto ahí…

Mierda… videos… dijo… videos.

—¿Qu… qué videos?

—¿Cómo que qué videos? —Habla el gemelo perdido de Ron Weasley. —*Can't touch this* de MC Hammer, Thriller de Michael Jackson, y la macarena con un traje amarillo con rayas.

Mis ojos se desorbitan ¡Ay! ¡Me muero! ¡Juro que me muero! ¡Agárrenme! Ángeles vengan por mí, yo ya no tengo una misión en este mundo, no vale la pena vivir, mejor llévenme, sáquenme de esta pesadilla, mándenme la jodida luz que me transporta a la otra vida, ¿Cómo puede ser posible que videos de este tipo circulen por la red? Mis amistades, mis socios, las chicas… Patricio Schmitt, videos en internet ¡¿Qué?!

—Hermano… queremos tu autógrafo. —Sacan un bolígrafo y yo aún no vuelvo a la vida. Tengo que buscar urgentemente a alguien que baje esos malditos videos antes de que alguien más los mire. De hecho, antes que Oliver los mire.

No por miedo a perder mi trabajo, si no, por miedo a que se burle de mí de por vida.

—¿Q… Qué? Esperen… ¿Cómo son esos videos?

El pelirrojo saca su teléfono celular, estos chicos no tienen más de veinte años, él pone la pantalla frente a mis ojos y ahora, un evidentemente tomado David Schmitt acapara la pantalla, comienza a sonar la macarena y soy yo, moviéndome al ritmo de la música, Santos… seres… de… ciudad… almeja…

—Santo cielo… ¿tienen idea de cómo borrar esos videos?

—Oh por Dios, no vayas a hacerlo, eres la sensación de internet, hasta deberías considerar ser YouTuber.

YouTuber, claro. Me rio, no puedo creer esto. Aunque voy a tenerlo en cuenta en caso de que me quede sin trabajo. En vano trabajé mi cuenta de LinkedIn como todo un Pro. La mayoría va a conocerme por esos videos.

—¿Te tomas una foto con nosotros?

A la mierda, disfrutaré de los quince minutos de fama de Patricio Schmitt, tomo el bolígrafo

y autografío la camiseta de ambos, no sé de dónde saco un súper ingenioso autógrafo de Patricio Schmitt que sólo logra entenderse la *P* y la *S*. Por último, me tomo la foto con ambos y antes de entrar al lugar los dos tipos sonrientes me dicen:

—Así se celebra un matrimonio, hermano.

Qué día más loco.

Tendré que afeitarme la barba para que nadie me reconozca.

En fin, entro a lugar, tomo asiento en una mesa frente a un gran ventanal con vistas al parqueo y pienso: ¿Patricio Schmitt? Ese es el nombre más jodido para hacerte famoso. Maldita borrachera.

En fin, veo el auto de Natalie llegar parqueo, ella sale del vehículo y se acomoda las gafas de sol. No puedo evitar notar como la vista de varios hombres presentes se postra en ella y eso a cierto grado me incomoda, se supone que es mi vaca, no física sino económicamente hablando… digo, vaca significa leche gratis, esposa significa sexo gratis.

¿Qué diablos? Ya basta, David. Concéntrate —me digo a mí mismo.

Su mirada se topa con la mía en cuanto entra al establecimiento. Camina a paso rápido en mi dirección y veo cada uno de sus movimientos, todas sus curvas se realzan con un minivestido blanco con mangas largas que lleva puesto, fue a su casa a cambiarse, es que me acuerdo de que eso no era lo que usaba esta mañana. Casi me pierdo en la forma que contonea sus caderas, es que Nat perfectamente podría ser una modelo de Victoria's Secret. Es que todavía no entiendo qué tiene ella que la hace tan especial que sobresale del resto, tal vez la forma tan perfecta con la que maneja esos tacones como una profesional, o porque tiene el cabello largo y sedoso, o tal vez porque tiene el cuerpo con las medidas perfectas. Todos la miran y no sé cómo no se siente incómoda. Se quita los lentes y ahora se los pone en la cabeza. Lo último que veo es el periódico que lleva en las manos y cuando está muy cerca de mí lo deja caer sobre la mesa, exactamente frente a mis ojos.

—Qué cagada ¿no crees? —No sé de qué está hablando, entonces tomo el periódico y lo primero que miro es la fotografía en primera plana, somos ella y ya, para rematar las cosas es una foto extraída del video que circula en internet.

«Natalie Carson contrae matrimonio con el empresario David Schmitt en Las Vegas»

Llevo una de mis manos a mi cabeza mientras leo todo lo que dicen. Continúan hablando sobre Natalie —es que, bueno, ella sí es casi una celebridad, a mí apenas me conocen— me equivoco, sí hablan sobre mí después y ahora sí me doy cuenta que valió la pena esmerarme en mi cuenta de LinkedIn porque todo eso es lo que están mencionando sobre mí. También sacaron algo sobre el «Net Worth» que yo tengo ¿De dónde sacaron esa pendejada, Dios mío? De pronto voy a tener rufianes siguiéndome por una fortuna que obviamente no tengo. Por último, le agregar unas estadísticas sobre la encuesta que ellos mismos le realizaron a personas que prefieren casarse en Las Vegas.

—¿Qué mierda…? —No despego la mirada del papel. —¿Y qué es eso del «Net Worth»? Yo ni de coña tengo eso, aunque debería alegrarme, pero después me acuerdo de la inseguridad en este país y los problemas que puede generarme, no solo a mí, también a ti por ser mi «esposa» ¿Y cómo es que esto es primera plana?

—Soy presentadora de uno de los programas más vistos en este país. Y tú eres empresario.

—Yo no soy empresario. Soy el perrito faldero de Oliver Anderson.

Bueno, tampoco así aclaro.

—No nos podemos divorciar. —Eso lo decimos los dos al mismo tiempo y los dos nos sorprendemos también.

¿Desde cuándo nos sincronizamos?

—Escúchame, somos tendencia ahorita. Mi madre me llamó esta mañana, porque lo vio el periódico. —¡Ay, no! Lo más seguro es que ahora también tenga que ir a conocer a la «suegra» —Mis compañeros de trabajo tenían una enorme pancarta que decía *«Feliz matrimonio, Natalie»* no puedo simplemente decirles que me voy a divorciar.

—¿Tus compañeros de trabajo hicieron qué?

—Lo sé, ni siquiera lo hacen para mis cumpleaños. Y también escuché a dos tipas de uno de los programas más vistos de cotilleos decir que tú vas a dejarme pronto. —Guao. —No puedo darles ese gusto. Perdón, pero no podemos divorciarnos.

—Bueno, en realidad no podemos divorciarnos, legalmente. Lo hablé con mi abogado y según lo que firmamos los dos lo que más nos conviene es aceptar sus pautas, fingir que tenemos un matrimonio feliz y después solo nos divorciamos.

—¿Por cuánto tiempo? Digo, tengo que prepararme mentalmente.

—Pues hasta que las cosas se calmen, supongo. Y que los de la capilla nos dejen en paz. Podríamos demandar, pero eso va a tomar más tiempo del que tenemos que estar «casados».

—Y… ¿Tenemos que vivir juntos?

Yo no me imagino viviendo con nadie. A mí me gusta estar solo, tranquilo, en paz, pero bueno, vuelve a mi cabeza el asunto de la vaca.

—Si vivimos juntos supongo que tendrías que dormir conmigo ¿No? —Natalie me mira fijo, pero no está viéndome en sí, está pensando, imaginándose esa situación donde tiene que compartir cama con alguien que apenas conoce. Lo sé, porque es lo que estoy pensando justo ahora.

—No lo creo necesario. —Habla finalmente. Su espalda choca con el respaldar de la silla y en parte siento decepción ¿Voy a tener que estar casado y ni siquiera poder disfrutar de la que se supone es mi mujer?

—Bueno, yo vivo sólo y el resto de las habitaciones de mi casa están sin amueblar. —No es excusa, es verdad. Sólo tengo un sofá cama en uno de ellos y qué clase de caballero sería si la dejo dormir ahí.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Qué pasa cuando te visitan?

—Yo no tengo familia, Natalie.

Vuelvo mi mirada al periódico, no quiero que me haga más preguntas porque no quiero hablar al respecto, por suerte no las hace. Nos quedamos en silencio por unos cuantos minutos hasta que su voz me interrumpe:

—Bien, yo puedo comprar mi cama. —Suelta, apoyando sus codos sobre la mesa. —Obviamente no podemos dormir juntos. No vamos a complicar las cosas si queremos separarnos, porque si se llega a producir un embarazo nos atamos de por vida los dos. —Sí tiene un punto. —¿Y Alex? no puedo simplemente irme y dejarla con todos los gastos del apartamento, no sería justo.

—No te preocupes por ella. Solo le digo al caga-billetes que la invite a vivir a su casa y créeme que los dos estarán más que fascinados con la idea, porque a mí no me van a mentir, esos dos sí se comen y mucho.

—¿El caga-billetes? —Yo me rio, solo espero que no vaya a decirle nada sobre como lo llamo en secreto, aunque ya se me escapó un par de veces.

—Ajá, en muchas ocasiones me he sentido tentado de revisar el sanitario después de que hace sus necesidades, tengo la sensación de que en vez de caca me encontraré un rollo de billetes de cien dólares.

Ella suelta una carcajada. Al parecer, está más relajada que yo. O aparenta estar más relajada que yo, porque la verdad que estoy a punto de tirar todo aquí y salir corriendo a encerrarme en una cueva.

—No sé qué es peor —la escucho, quitando mi vista del periódico para concentrarme en esos ojos de chocolate —lo que acabas de decir o la seriedad con que lo dices.

—Constanza, yo soy bien serio.

—Sí claro, por eso gritabas que eras Patricio Schmitt arriba de una mesa bailando…

—Shhh —siseo interrumpiéndola, llevando mi dedo índice frente a su cara. —No… no sigas. Eso no pasó ¿Entendido? Oye, ¿Tienes idea de cómo se borran videos de internet? Tiene que desaparecer toda la evidencia de anoche.

—No, pero conozco a alguien.

CAPÍTULO 11

David

Maldita sea ya es tarde.

No sé por qué desperté a esta hora, yo nunca llego tarde a ningún lado ¡Odio llegar tarde! Corro de un lado a otro con desesperación, salgo corriendo al baño, el agua no cae ¡No hay agua! P… mierda… me iré sin bañar, no tengo otra opción.

Me visto y ni siquiera me percato de lo que me estoy poniendo, el pantalón no me queda y es que estoy metiendo la pierna donde no es.

Conduzco a la empresa, siento que el auto no avanza, golpeo el volante y hay una gran fila de autos ¡No puede ser! Ya ha pasado una hora desde que se supone que estaría en esa reunión.

Por fin llego después de dos horas ¿Con qué cara me voy a presentar ante mis socios? Entro a la empresa y no hay nadie caminando por ahí. Esto es extraño.

—¿Cómo estás, Patricio? —Sonríe la recepcionista ¿Qué? ¿Qué que qué? ¿Cómo que «Patricio»? ¿Hasta dónde ha llegado ese video? ¿Qué tal si alguien se lo envió en un link a toda la empresa?

Me voy directo a la sala de reuniones y todos están ahí, la reunión no ha iniciado y eso es bueno, sonrío amplio cuando todos me miran, me voy a disculpar por la tardanza cuando de pronto dejan caer una pancarta.

«Feliz matrimonio, Patricio»

Todos aplauden y se ponen de pie, el video en el que digo que King Kong es un orangután comienzan a reproducirse, a plena sala, con más de cincuenta personas importantes.

Todos se ríen.

—Lindo traje —dicen Paula y Marisol, parándose frente a mí ¿Qué hacen estos tipos aquí? Vuelvo a ver mi traje y es el jodido traje amarillo con rayas.

Me están tomando fotos. Todos me toman fotos.

¡No no no!

Me despierto de golpe.

Me incorporo de inmediato quedando completamente sentado sobre el colchón de mi cama. Miro alrededor con desespero, tengo sudor en mi frente, estoy hiperventilando.

—Es mi cama —digo, mientras comienzo a palparla —es mi cama. Estoy en mi cama. Solo fue un jodido mal sueño. Una pesadilla más bien. Okey, no pasa nada.

Me dejo caer sobre el delicioso colchón de mi cama otra vez, sólo fue una maldita pesadilla. Me tapo la cara con ambas manos y después extiendo una con la intención de buscar mi celular que está en algún lado enredado entre mis cobijas, anoche intercambié un par de mensajes con Andi y dejé de escribirle cuando comenzó a reñirme por mi «matrimonio» ¡Claro! ¿Ella puede estar casada y yo no? Mi celular está sonando, debe ser Natalie, se supone que hoy viene a conocer mi casa y vamos a acordar como vamos a dividir nuestro espacio aquí.

—Maldito celular ¿Dónde estás? —Sigue sonando y yo no doy con él. Intento palparlo entre las sábanas, pero no lo encuentro. —Mierda.

Ese sonido me desespera, cuando por fin alcanzo a cogerlo, veo un número desconocido. Nadie me llama de números desconocidos, a menos que sea alguien de la empresa, pero si

Anderson no está nadie me llama desde la empresa.

—¿Hola? —digo al descolgar, mi voz rasposa delata el hecho que justo acabo de despertarme y no sé qué excusa voy a poner si es alguien importante.

—David…

De inmediato reconozco esa voz, se me activan todas las terminaciones nerviosas y me pongo tenso, siento algo estrujarse en mi interior, es como un puñado de grava en el estómago. Por un momento me quedo petrificado y no encuentro qué decir o qué hacer.

—¿Por qué diablos me estás llamando? —Eso es lo único que logra salir de mi boca. La verdad es que saber de ella no me pone feliz y lo sabe, creo que fui claro cuando le dije que esperaba que no se volviera a comunicar conmigo. —Te dije que no quería volver a hablar contigo desde el día que me dijiste que te ibas a casar.

Tengo más por decir, pero prefiero callarme, además eso es algo que ya no me importa, así como también su llamada en este momento.

—Yo… —habla y hace una pausa, se aclara la garganta y dice: —Sí, ya sé, pero es que… solo quiero saber una cosa y nada mejor que preguntarte a ti directamente ¿No? ¿Es verdad que te casaste?

Cuelgo, esto no puede ser cierto. Años de no saber de ella y el peor día de mi vida se le ocurre venir a empeorarlo más.

Necesito un día de meditación o como sea que se consiga la paz interior, porque mi cerebro va a explotar. Lo único bueno es que tengo un correo de que los videos ya fueron borrados de internet y lo corroboro yo mismo haciendo una rápida búsqueda en Google y redes sociales.

Mi celular vuelve a sonar, por un momento estoy tentando a lanzarlo contra la pared, pero por suerte no lo hago, esta vez sí es Natalie.

—Constanza ¿Estás lista? —digo antes que ella siquiera hable. Escucho su silencio, hasta que finalmente contesta:

—De hecho, estoy frente a tu casa, Patricio.

Alto ahí ¿Dijo que ya está afuera? ¿Cómo que afuera?

Me pongo de pie de un salto para mirar por mi ventana, sí, no bromea. Salgo corriendo hacia el baño, me lavo los dientes, la cara y me cambio de ropa. Comienzo a meter todo mi tiradero debajo de la cama y ahora sí bajo las escaleras hasta la sala.

Miro por la cámara que da hacia el exterior para cerciorarme de que no confundí su auto, pero no, ahí está la castaña ella y no está sola, está hablando con alguien y es el portero, ambos se están riendo por algo que ella dice y después él gentilmente parece darle unas direcciones por la forma en que mueve su mano derecha… demasiado gentil, de hecho.

Alguien se quiere robar mi vaca.

Y es el portero.

Camino hacia el portón y ahí está ella, de inmediato esboza una sonrisa cuando me ve y yo hago lo mismo. Lleva un traje deportivo que deja a la vista un abdomen perfectamente marcado y un piercing en el ombligo. Yo ni siquiera me acuerdo de haber visto ese piercing.

—¿Entramos? —Le pregunto yo. La cara del sujeto se vuelve completamente seria al escuchar mi voz. Yo soy amable con los de seguridad, es solo que a él lo conozco poco. Natalie le esboza una sonrisa y se despide, lo último que le escucho decir a él es que va a cuidarle su vehículo.

—Pudiste entrar con tu vehículo —le digo yo.

—No, solo estoy de paso, tengo mucho qué hacer.

Entra mirando alrededor y yo cierro el portón después de también despedirme del portero.

Camino detrás de ella y, maldición, qué bien se le quedan los leggins.

—Camilo es agradable —me dice, girando levemente hacia mí.

—Por supuesto, contigo. Creo que ni con su esposa es tan amable. —Ahora sí se gira completamente y suelta una risa leve. —¿Qué? Deberías saber que ahí afuera hay hombres casados que aun así intentan…

—David —me interrumpe— no soy ingenua. ¿En serio crees que yo no vi como escondía su mano izquierda en su bolsillo? ¿Su mano con un anillo de matrimonio? ¡Vamos! No tengo quince años. Por cierto, si vamos a estar casados por un tiempo, tenemos que poner reglas.

—¿Qué reglas?

Soy yo quién abro la puerta de mi casa para que ella pase.

—Esas, por ejemplo. No puedes tener aventuras con otras mujeres mientras estés casado conmigo. Sería vergonzoso que la próxima primera plana del periódico seas tú con otra mujer en un motel. Eso te lo pido como un favor, no me avergüences.

Dios mío ¿Qué?

—¿Un motel? Eso es bajo.

—O donde sea que las lleves.

—Bueno, si vamos a «poner reglas», entonces tú tampoco puedes tener líos con otros hombres

—Hecho.

Así sin más.

Entra a la casa y yo lo hago justo después, cuando estoy cerrando la puerta a mis espaldas de inmediato mis ojos enfocan unos calzoncillos sobre el sofá ¡No puede ser! ¡Yo creí que ya había recogido todo!

—Na… Natalie, mira este cuadro de aquí. —La giro tomando su antebrazo y ella primeramente frunce el ceño, pero después se concentra en el cuadro pegado a la pared. —Está bi… bien interesante ¿Verdad?

—¿Cómo supiste que me gusta el arte?

Yo no sabía, sólo quiero esconder esos calzoncillos.

—Bueno, solo sé que son árboles… pero… —Me voy alejando lentamente de ella —dicen que todo cuadro tiene un significado y siempre tuve la curiosidad por saber en qué pensaba el artista cuando creó ese…

Obviamente no, no sé ni qué estoy diciendo, ni quién es el artista y nunca me había puesto a pensar en si tiene un significado. Llego hasta el sofá y tiro los calzoncillos debajo. Ella se gira hacia mí justo en ese momento y me lanzo sobre el mueble de piernas cruzadas como si nada pasó.

—Bueno, es obvio que es un árbol genealógico ¿No lo ves?

Me señala el cuadro y se gira nuevamente.

—Sí… si claro.

Reviso debajo si los calzoncillos no se ven… si, todo bien.

—De hecho, si lo miras detenidamente son dos árboles unidos y a los extremos forman el contorno de un rostro de mujer y el otro es el rostro de hombre, los dos están unidos a su raíz y ahí hay un retoño, que es obvio que simboliza un hijo, tal vez el pintor. El significado es la familia.

Bueno… viéndolo desde esa perspectiva hasta me pareció interesante.

—Yo sólo miraba un árbol con hojas rosadas.

Me pongo de pie y me voy al bendito cuadro, y sólo pensar que se lo compré a un

vagabundo para que se fuera a beber alcohol tranquilo en noche buena.

—Un punto a tu favor, la familia para ti significa mucho. —La miro con desaprobación. No, ni siquiera intento ocultarlo. Ella simplemente sonríe y camina en otra dirección. Sólo espero no encuentre más calzoncillos por ahí. Mi celular suena en el bolsillo de mi pantalón mientras la sigo y veo nuevamente el mismo número sin registrar del que Brittany, mi exnovia, me llamó.

En fin, después de un extenso recorrido por toda mi casa y que Natalie se haya detenido en cada cuadro para darme su interpretación, ya me siento exhausto.

No es que tenga muchos cuadros tampoco, tal vez unos tres más y todos tienen casi la misma historia que el primero: Comprados a vagabundos.

—Me gusta tu casa —dice cuando llegamos a la cocina. Hace rato le ofrecí un jugo, pero creo que ni eso tengo —pero es triste.

Mi casa no es triste.

—Está bien así, a mí me gusta —me defiendo. Me cruzo de brazos y me recargo con mi hombro sobre la pared —¿Y bien? ¿Cuándo te mudas? Ni siquiera sabemos cuándo la supuesta consejera matrimonial nos va a visitar.

—Tal vez mañana. —La escucho. Voy hasta el refrigerador esperando encontrarme algo, aunque sea alguna lata de cerveza, pero recuerdo que esas en mi poder no duran ni un día.

Cuando abro la puerta no me percato que ella está detrás de mí.

—Por Dios —exclama, haciéndome sobresaltar y mi cabeza choca con la parte superior del refrigerador, intento disimular el dolor y de manera sutil paso mi mano por la parte de atrás de mi cabeza para sobarme. —¿Es en serio? ¿Una lata de cerveza abierta? ¿Un pan duro? ¿Una caja con orillas de pizza?

—Te faltó el yogurt vencido. —Ella hace un gesto extraño y me mira, bueno… no me mira a mí en sí, parece estar pensando. —Y esa cerveza es la que te iba a ofrecer.

Saco la lata del refrigerador y aún quedan unos tres tragos si mis cálculos son correctos, miro el interior del envase, aspiro el aroma para considerar si es bebible y se lo extiendo.

—¿Sabes qué? Mejor me voy. —Me encojo de hombros y yo me termino lo poco que queda. No calculé mal, tres tragos exactos. —Tengo ir a trabajar ¿Tienes algo que hacer esta tarde? Tal vez necesite ayuda con algunas cosas… digo, después del trabajo.

Dice todo esto mientras camina en dirección a la puerta y yo voy tras ella drenando con mi lengua hasta las últimas gotas de cerveza.

—Bien.

Eso lo único que le digo y me adelanto para abrirle la puerta. Bueno, hoy no podré dormir después del trabajo porque tengo que ayudarla a cargar lo que sea que trae. Para las mujeres *«hombres»* es sinónimo de *«mula de carga»,* al parecer.

Acompaño a Natalie hasta el portón y ahí está Camilo, por eso lo hice, para ver la reacción de Camilo y lo que hace es sonreír, pero al verme a mí, ya no. La acompaño hasta su auto y le abro la puerta, con un asentimiento y una sonrisa entra al coche, se va y cuando ya no está en mi campo de visión vuelvo mi mirada hacia él, a Camilo.

—Tú ya tienes tu propia vaca, amigo.

Él frunce el entrecejo y entro a mi casa sin esperar que responda.

CAPÍTULO 12

Natalie

Tal vez no es seguro conducir mientras hablas por teléfono, pero tengo que hacerlo o de otra forma voy a volverme loca. Me acomodo el cabello de lado para que tape específicamente el auricular. A ver, tengo mala suerte, pero tal vez no tanta como para ahora mismo encontrarme a una patrulla de tránsito.

Me detengo en un semáforo en rojo y ahora sí le pongo más atención a Carmen.

—De acuerdo, el tipo es un desastre ¿Es eso lo que intentas decirme? —También estoy tarde, apenas me dio tiempo de llegar a mi apartamento, ducharme y cambiarme, definitivamente hoy no desayuno.

—Totalmente. —Toco el claxon para que el tipo del auto adelante de mí avance un poco, a estas horas el tráfico es un asco. —Tiene una casa increíble, pero tomará mucho trabajo hacerla una casa de verdad. No tiene adornos, un jardín completamente vacío, ni siquiera tiene comida.

—Guao ¿Cómo le hace?

—Dice que él no está ahí mucho tiempo y tiene un convenio con un restaurante, a veces simplemente se va donde su mejor amigo que vive como a tres casas.

—Hombres. —Escucho el ruido de un envoltorio abrirse del otro lado y luego un mordisco que me hace el estómago rugir. —Los hombres son un desastre en general, unos con sus casas, otros con sus familias y otros con sus vidas, solo queda acostumbrarse. ¿Entonces, acordaron vivir juntos?

—Así es. —Vuelvo a tocar el claxon y nada que avanza la fila de autos. —No sé qué voy a hacer, pero definitivamente se nota lo borracha que estaba, de haberlo conocido mejor nunca me hubiese casado con un hombre que ni siquiera baja la tapa del váter. No te voy a mentir, sí lo miré como alguien para… ya sabes… divertirme un rato, pero ahora ya no puedo ni divertirme con él, ni con otro.

—¿Con él por qué no?

—Porque no voy a complicar las cosas. Yo quiero divorciarme y él también.

Silencio de parte de Carmen, recuerdo que hoy se supone que está en viajes de negocios en París y no regresa hasta dentro de unos tres días, que suerte tiene la condenada.

—Eso suena a que va a ser muy difícil.

—Lo sé. —Suelto un suspiro, sonoro y pesado, porque aún no me imagino una vida casada con un hombre como David. Es que el esposo con el que soñé no es solo una cara bonita. —¿Qué voy a hacer, Carmen? ¿Qué voy a hacer? —Sueno desesperada, suelto el volante y llevo mi mano a mi frente mientras con la otra intento alcanzar mi bolso en el asiento del copiloto.

—Disfrutarlo —contesta sin duda, saco una botella de agua y le doy un trago. —Tienes un pene personal veinticuatro horas al día. —Casi escupo el agua de regreso al envase mientras Carmen solo se echa a reír.

—No todo en esta vida es sobre penes, Carmen. Hay cosas más importantes que ver en un hombre y al menos agradezco que la vez que metimos la pata sí nos protegimos, porque no me imagino tener este problema y pensar que puedo estar embarazada.

—¿Cómo sabes que se protegieron? —dice, apenas audible. Tomo otro trago de agua

mientras la escucho. —Digo, recuerdas poco, según lo que me cuentas ¿Qué te hace pensar que en una de esas ocasiones tal vez no se hayan protegido? Qué tal si esos preservativos estaban ahí, pero ¿los revisaste bien? ¿Sí estaban usados? ¿No había fallos? ¿Y si en algún momento se entregaron al fornicio y dijeron «a la mierda los condones»?

Comienzo a toser, siento que me ahogo y ahora es a mí a quién le dedican sus ruidos del claxon, miro el semáforo y ya cambió de color, en un rápido intento por avanzar la botella se me cae justo sobre mis pies y siento el agua esparcirse entre mis dedos.

¿Qué tal si estoy embarazada? ¿Qué tal si en realidad Carmen tiene razón? ¿O si a David se le ocurrió quitarse los preservativos antes de terminar? Es que lo creo capaz de todo.

¿Y quién usa la palabra «fornicio»?

Me quedo en shock un momento, concentrada en la carretera, pero en nada en sí. Escucho a Carmen parlotear en el auricular y después arranco mi auto sin en realidad saber a dónde voy, qué hago aquí o cuál es mi misión en este mundo.

—No puedo estarlo, estoy en mis días.

—¿Y qué? Mi hermana quedó embarazada por haber tenido relaciones sin protección… con la menstruación, el idiota de su novio que estudiaba medicina le dijo que no había probabilidad. Lo que creyó que era una colitis en realidad eran cuatro meses de embarazo y ahora tiene tres años.

Entro en pánico.

—¿Entonces necesito hacerme una prueba de embarazo?

—*¡Nah!* Todavía no, estaría muy pequeño.

—Mierda —siseo cuando intento recomponerme. No, no puedo tener tan mala suerte, no puedo estar embarazada de David.

—No tienes un buen día ¿eh? —pregunta con sorna, no sé cómo ella puede mantener un buen ánimo todo el tiempo a pesar de que ha tenido peores días que los míos.

—¿Parece que estoy teniendo un buen día?

—Oye, no es tan malo, es un sujeto que está buenísimo, con un buen empleo, tu bebé va a ser hermoso, y yo quiero ser la madrina. —Oh Dios mío. No puedo tener un hijo con David ¿Qué será del futuro de esa pobre criatura? Yo ni siquiera sé cómo cuidar un bebé y estoy segura de que David tampoco. Más bien, David necesita que lo cuiden como un bebé. —Oye, si tiene un amigo guapo me lo presentas.

—Lo mismo le dije yo a mi amiga y mira en lo que estoy —replico de inmediato añadiéndole un bufido, se vuelve a reír y yo solo ruedo los ojos porque definitivamente esta para mí no es una situación graciosa. —Necesito una máquina del tiempo, atropellarme a mí misma para evitar irme a Las Vegas.

Ella suelta una carcajada.

—Mírale el lado bueno, después de todo su casa es tu casa ¿no?, lo tuyo es de él y lo de él es tuyo, así que amiga mía tienes una casa en el Upper East Side, un Ferrari y un marido, después de todo, no estás tan mal, eres listilla ¿eh?

Me dan ganas de tomar a Carmen por el cuello y sacudirla algunas veces.

—Carmen, ya basta. No pienso sacarle provecho a eso. Una vez que todo acabe y nos divorciemos, espero no tener que saber de él nunca más, aunque tal vez eso va a ser difícil porque mi mejor amiga sí está bastante contenta con el mejor amigo de él, así que si esa relación pasa a mayores sí que nos vamos a ver mucho.

—Bueno, yo solo digo que no es tan malo estar casada con un bombón como ese. Muchas mujeres matarían por estar en tu posición.

Ruedo los ojos, miro mi reloj de nuevo y en ese momento recuerdo que supuestamente hoy tengo vacaciones.

—Pu… —me callo, llevo unos cuantos días casada con David y ya se me está pegando su mal vocabulario. Doy un golpe en el volante y quiero pegar la cabeza en la ventana repetidas veces.

—Al menos parece un tipo decente. —Escucho a Carmen, para mi suerte, no escuchó mi reciente oración. —Yo lo veo del tipo intelectual que no tendría una aventura. Aprovéchalo, no es diario que se tiene un semental en casa.

Se ríe, pero puede tener razón, no en la parte de que no es diario que se tiene un semental en casa, bueno en esa parte también tiene razón, pero me refería a que puedo intentarlo, nunca he estado casada ni he vivido con ningún hombre, pero no puede ser tan malo. Después de todo, solo es cuestión de acostumbrarnos a vivir juntos, poner ambos de nuestra parte y, cero aventuras.

—¿Sí crees que es un tipo decente? —Le toma unos segundos a Carmen contestar porque al parecer había dejado el teléfono en algún lado.

—Totalmente, Natalie. Yo en tu lugar ni me preocuparía.

David

Tengo una cantidad excesiva de trabajo ¿A qué hora me fui a las Vegas? Maldita sea, odio trabajar, pero luego recuerdo el sueldo, mi casa, mi Ferrari y que no tengo cincuenta mil dólares y, de hecho, siento que amo trabajar. El caga-billetes viene hoy y si no tengo todo listo mejor me cuelgo yo solo.

Escucho la puerta de mi oficina abrirse, levanto la mirada levemente con mi entrecejo fruncido, nadie tiene permiso de entrar así a mi lugar de trabajo.

Ah claro, excepto Andi. Andi puede entrar cuando quiera, hasta se me dibuja una sonrisa en el rostro.

—Recuerdo como si fuera ayer cuándo dijiste que no querías nada serio con alguien.

Tira sobre mi escritorio unos papeles y se lleva las manos a la cintura mirándome fíjamente.

—Andi, creí que ya habíamos dado esa plática por clausurada ayer.

—¡Pues no! Tú me mentiste. Me juraste que no querías nada serio. Ahora está por todas partes que te casaste con una tal presentadora de televisión que nunca habías mencionado, por cierto.

—¿Qué? ¿Tengo que decirte con quienes salgo?

—Es que no te doy permiso de que salgas con alguien más.

Alto ahí.

—Espera, espera ¿No me das permiso? —Y me tengo que reír. —Y no te dije mentiras, creo que fui claro contigo. —Me pongo de pie para encararla de frente, Andi es sexy y preciosa, pero de vez en cuando se convierte en un grano en el culo, y no es la primera vez. —Te dije que no quería nada serio… pero contigo.

Eso la ofende más.

—Simplemente quieres guardar las apariencias porque te casaste borracho.

—¿Qué? —resoplo, rodeando el escritorio para hablarle más de cerca. —Por supuesto que no me casé borracho.

—¿En serio? —-Ella saca su celular, me lo extiende y llama de inmediato mi atención la cara de un David ebrio en la pantalla de su teléfono. Reproduce un video:

—*Andiii, te aviszo formalmeeente que mi King Kong ya tieneee dueña.* —Oh por Dios —*La verdaddd fue un buen momento contigo, pero seréee fiel a Constanzzza.* —¡Oh por Dios! Mejor me tiro por la ventana—. *Además tiene mejor cu...*

Ella detiene el video y se guarda el celular en el bolsillo.

Estoy en shock, estoy viendo su bolsillo donde guardó su teléfono pensando una y otra vez sobre quienes más tienen videos míos.

—¿Tu King Kong? ¿Es en serio? —No levanto la mirada, sólo la escucho, hace un par de días mi King Kong sólo era King Kong en mi cabeza, ahora ya todos lo saben.

—Así es ¿Acaso tú no tienes un nombre para tu pelirroja?

Llevo mi vista a esa parte y la vuelvo a poner a sus ojos.

—No —dice de inmediato. Tal vez la plática no está yendo por el camino que ella quiere, la conozco lo suficiente como para saber que a le gusta escuchar solo lo que ella quiere que le digan. —Existimos personas normales en este mundo.

—Lo normal es aburrido —suelto intentando defenderme, regreso a mi silla para continuar trabajando. —Y yo no quiero guardar las apariencias, así es más divertido. Tengo buenos recuerdos de mi boda. —Buenísimos, tanto así que me trauman y me hacen tener pesadillas. —¿Y tú que buen recuerdo tienes de tu boda?

Ella no dice una palabra, sólo está viéndome, pero no a mí en sí, mira a través de mí, piensa

en mis palabras tomando una pose tensa. Lleva sus ojos hacia un costado de mi oficina y vuelve a postrarlos en mí. Está molesta, pero no es la primera vez que está molesta, siempre se molesta cuando sabe de mí con otra mujer, actúa como si le pertenezco, ya la hubiese despedido si no es por esas curvas mortales y yo sin frenos.

—¿Quién es ella? —cuestiona de inmediato, aprieta su mandíbula. Con una ceja enarcada pone una mano sobre mi escritorio y se inclina, su traje azul marino tiene buen escote.

Como todos los que usa, de hecho.

—Una presentadora, ya lo sabes. El resto no es problema tuyo.

Eso se lo digo tamborileando mi pluma y volviendo mi vista a unos papeles que estoy firmando y es en ese momento que siento un jodido lápiz estrellarse en mi coronilla.

Suficiente, esto sí no voy a tolerarlo.

Me pongo de pie de un salto y rodeo mi escritorio.

—¿Qué es lo que te pasa? —Ella da un paso hacia atrás, creo que nunca me había enfurecido tanto y se está dando cuenta.

—Tú eres mío.

OH POR DIOS.

¿Desde cuándo David Schmitt le pertenece a alguien?

Mi King Kong es libre.

—Dime dónde carajo dice que David Schmitt es de tu propiedad ¿Te he dicho alguna vez que soy tuyo? Tú estás casada, te lo recuerdo, ya tienes a alguien a tu nombre si es que lo tuyo es la posesividad.

—Pues tú sí lo eres, quieras o no, así que díselo a la tal Constanza. Y escúchame bien —habla, sin esperar que yo diga una palabra, da un paso hacia mí quedando muy de cerca —ni creas que tendrás algo conmigo mientras estés casado.

—Pues esa es una idea maravillosa, porque yo sí no creo en lo falso de un «matrimonio abierto» así que de todas formas cualquier cosa entre tú y yo iba a acabar. Fue bueno mientras duró. Ahora si no te importa… —Le señalo la puerta.

\ rey muerto, rey puesto.

—No te doy ni un mes en ese matrimonio. —Pasa su dedo índice sobre mis labios y hago resistencia cuando sus labios pintados de rojo casi rozan los míos. Me guiña un ojo y se despeja el cabello de los hombros. Camina a la salida contoneando sus caderas como sólo ella sabe hacerlo. Da un último vistazo hacia mí y esboza una media sonrisa para luego perderse tras la puerta.

Que estrés.

Respiro hondo y suelto el aire retenido poco a poco en un intento vago de relajación. El teléfono de mi oficina suena causándome un susto de muerte, suelto el aire de golpe para atender y solo escucho, de parte de Andi, por cierto:

—Señor Schmitt, su esposa está al teléfono. —Noto cierto recelo en su voz, un tono amargo y ansioso con el que suelta esas palabras. Me percato que dijo mi esposa… alto ahí… ¿mi esposa?

—Ok ¿Y qué esperas para transferirla? —Sueno tan seguro cuando hablo y ella lo hace, sin decir ni una sola palabra. Solo un instante después escucho la voz de Natalie del otro lado y la interrumpo:

—¿Por qué no me llamas a mi celular?

—Porque no me contestas. —Lo más seguro es que estaba en media discusión con Andi y no me di cuenta de sus llamadas, pero igual, nada es tan importante como para llamarme a la

empresa ¿No?

—¿Y es algo tan importante que no puede esperar?

—Compraré cortinas para tu casa. ¿Te gusta el color beige? ¿O marrón oscuro? Cualquiera de los dos colores combina perfecto.

—¿Es en serio? ¿Me estás llamando para eso? ¿Sabes lo ocupado que puedo estar y tú llamándome por unas malditas cortinas?

—Y también me gustaría comentarte un asuntito.

—¿Y acaso ese asuntito no puede esperar? —La escucho suspirar y finalmente dice:

—Oye, sé que estás ocupado, pero no puedes contestarme como un imbécil. Si la tal consejera matrimonial te escucha nos dejan casados de por vida. Solo te hice una pregunta.

—Tienes razón. —Lo siguiente me cuesta: —Te ofrezco una disculpa. Solo es que tengo demasiadas cosas por hacer.

—¿Entonces cambio las cortinas?

—Sí, haz lo que se te dé la gana.

Eso no lo digo de mala forma.

—Genial. —Y cuelga.

Definitivamente, creí qué tantas malas referencias hacia el matrimonio y comparaciones con el mismísimo infierno eran solo leyendas. Igual no es solo culpa de Natalie, también mía por firmar papeles que no debí. En fin.

Conduzco a casa, no había tenido días con más problemas que este, al menos todo en la empresa sí está marchando bien. Estoy estresado, no sé qué hora es, lo único que quiero es beber cerveza, tirarme en mi cama y dormir. Tal vez ir a la casa de Oliver y ejercitarme un poco. Ah, ya me acordé, Natalie me quiere de mula de carga y descansar no está entre mis planes hoy.

Me quedo pensativo viendo al frente, cualquiera pensaría que estoy súper concentrado en la carretera como todo conductor responsable, pero en realidad estoy pensando, dándome cuenta en lo que se va a convertir mi vida de ahora en adelante… bueno, al menos el tiempo que dure. Quiero retractarme, decirle a Natalie que dejemos que nos demanden y que cada quién siga con su vida, pero al mismo tiempo me acuerdo de todos esos videos que ya se publicaron, de Andi, de mis socios, y mi discurso de «no me arrepiento de nada» y simplemente no puedo quedar ante los demás como un irresponsable.

Al menos debí casarme con alguien que no fuera una figura pública, pero bueno, ya estamos en lo que estamos y al llegar al portón principal de mi casa lo primero que enfocan mis ojos es a Camilo.

Camilo el casado.

Él me sonríe de una manera fingida —digo, antes no me andaba sonriendo así —así que yo hago lo mismo esperando que abra el bendito portón; pero en lugar de eso, se acerca a mi auto, bajo la ventanilla y lo que me dice es:

—¿Cómo está señor Schmitt? Su vaca vino hace una hora y la dejé entrar. Ella dijo que si yo tenía problemas por permitirle pasar, usted se las vería con ella.

Levanto una ceja, ¿Mi vaca? Cuando recuerdo lo de esta mañana y casi suelto una carcajada, pero mejor me muestro serio y le digo que está bien.

Mi vaca, ¡Ja!

Al menos no le agregó:

«Su vaca vino hace una hora, señor Patricio Schmitt»

—Gracias —le contesto con extrema seriedad. Él se aparta para dejarme pasar y…

Alto ahí... ¿Acaso dijo que Natalie está ahí adentro?

El portón de mi casa se abre y entro hasta derrapando en el pavimento. Vin Diesel agárrate que aquí va Patricio Schmitt.

Oh por Dios.

Toda mi ropa interior.

Todas mis camisas debajo de la cama.

Los pedazos de pizza en el sillón.

Bajo del auto y lo primero que hago es correr. Natalie no puede ver mis calzoncillos, eso es exceso de confianza y, aunque estamos casados, definitivamente es un no. Ella sólo puede ver los bóxers nuevos y serios, no los que son cómodos.

Subo los tres escalones y antes de llegar a la puerta mis zapatillas se deslizan y caigo de espaldas al suelo sobre un líquido que huele a rosas ¡P… mie… carajo! Ni sé qué grosería decir para no sonar tan mal. En ese preciso momento abre la puerta y dice:

—David ¿Estás bien?

—Si. —Estoy encabronado, de verdad. Me pongo de pie y giro un poco para hacer una mueca de dolor cuando mis ojos enfocan a Camilo el casado y me está viendo.

Él de inmediato voltea al frente mientras los portones eléctricos de mi casa se cierran y lo pierdo de vista.

—Perdón, no pensé que ya venías y estaba limpiando.

—Estoy bien. Hola Constanza. —Al mencionarle ese nombre cambia toda la expresión de

su cara, prefiero verla molesta a que sienta lástima por mí. Además, tengo todo ese líquido rosa en el culo y ahora tengo que cambiarme.

Y me acuerdo del por qué es que venía tan rápido.

Entro a mi casa para ir a esconder los calzoncillos y me detengo en seco, miro alrededor y por un momento me confundo, creo que entré a otra casa, pero sí es la mía, la reconozco por el cojín de El hombre araña, pero el sillón está movido de lugar ¡Mi calzoncillo! ¡Ya lo encontró! Pero no es todo ¡No! Hayy floreros de cristal por todas partes con estúpidas orquídeas, creo que son orquídeas y hay cuadros también, son extraños y coloridos, hay cortinas que no son ni marrón ni beige como me dijo, son de colores ¿Y la mancha de café sobre mi alfombra? Esa era una alfombra especial que tiene recuerdos familiares, la lavó y le quitó todo.

Me muero, de pronto siento que me va a dar un ictus.

—¿Te gusta? —pregunta detrás de mí. Sí ¡Por Dios! Estas lágrimas internas son de felicidad —*obvio que eso es sarcasmo.*

—¿Qué hiciste?

—Me llevo todo el día, pero ahora tu casa sí parece casa.

—Natalie —me giro hacia ella conteniéndome realmente todo lo que quiero decir. —No puedes hacerle esto en mi casa, no me lo preguntaste

—Me dijiste que hiciera lo que quisiera.

—Me preguntaste si podías comprar cortinas ¡Marrón o beiges! O estoy quedándome ciego o en realidad es que ninguna de esas es marrón o beige.

—A ver, yo te pregunté si podía cambiar las cortinas y me dijiste que hiciera lo que quisiera.

Se quita el delantal y lo pone sobre la mesa de la entrada donde hay otro florero con orquídeas, este es más grande y tiene hasta luces.

—Quiero ese florero en la basura ahora mismo. —Lo tomo y no lo tiro a la basura, pero lo dejo cerca. —¿Y qué es eso? ¿Vómito de pony? —Señalo un cuadro con varias líneas rosadas con púrpuras. Lo tomo y lo dejo junto al primer florero. —La verdad estoy estresado y lo último que quiero es encontrarme mi casa modificada ¡Te dije que podías comprar cortinas, no que podías hacer todo esto!

Tal vez estoy alzando la voz, pero es que estoy molesto.

—La próxima vez tienes que ser más específico.

—¿Más específico? ¡Solo hablamos de cortinas! ¿Y esa alfombra? Tal vez para ti era una alfombra sucia, pero para mí era un recuerdo de la última vez que mi familia y yo estuvimos juntos, y eso fue hace muchísimo tiempo. ¿Me preguntaste si podías limpiarla? ¡No!

—¡Y yo qué iba a saber!

—¡Entonces no toques nada!

Ay, no. Su gesto hace que me arrepienta de lo que dije y del tono que usé, de inmediato se recompone, se aclara la garganta y sin decir nada va a la cocina y regresa con una bolsa negra.

—Tienes razón, perdón. Y creí que te gustaban los cuadros por eso compré estos. Tenías al menos tres, pensé que te gustaba el arte.

—¡Se los compré a unos vagabundos por cinco dólares!

Ella asiente. Está dejando los cuadros dentro de la bolsa y después regresa con una caja para los floreros.

—Y como yo voy a vivir aquí, pensé que darle algo de color no te molestaría, es solo color después de todo. Pensé que tú no tenías tiempo de decorar y si yo estuviera tan ocupada a mí sí me gustaría que alguien me dé una sorpresa así.

—Pero yo no soy tú.

—Lo sé.

Ahora sube las escaleras con la bolsa negra, bueno… significa que ya conoce mis calzoncillos, y que hay más cuadros coloridos, o cortinas en mi habitación.

Ahora me siento miserable. Después de todo sí tiene razón, es solo color. Igual sí me molesta lo de la alfombra.

Ahora baja arrastrando la enorme bolsa, es una escena bastante cómica si te la imaginas, mucho más porque está descalza y puedo apostar que no mide más de 1.60 cm.

Es como que mires a un Oompa Loompa arrastrando una enorme bolsa negra.

—Listo, ya quité todo.

Esboza una sonrisa, pero es una de esas que no es alegre, solo un gesto cortés nada más. Ahora busca algo dentro de la bolsa y saca el cuadro de vómito de pony, otro que parece un bosque y uno de un paisaje que no logro reconocer. Se pone los zapatos y se va directo a la puerta. No se está yendo, porque deja la bolsa tirada ahí y también la caja con los floreros, solo carga los cuadros.

Veo que va saliendo de la casa con la gracia de una bailarina de ballet y eso es un cumplido por la habilidad de usar tacones así de grandes con elegancia. Me voy detrás de ella cuando sale por la puerta, voy a preguntarle si va a volver después por las otras cosas que está dejando, pero veo que no va a su auto, va directo al portón.

Toca el botón para abrir la puertecita y es a Camilo el casado a quién le da los cuadros.

¿Le acaba de regalar mis cuadros a Camilo?

Entonces emprendo mi camino hacia donde están ellos, pero entonces Natalie da media vuelta y regresa a mi casa, me detengo y cuando pasa a la par mía, le pregunto:

—¿Por qué le diste los cuadros a Camilo?

—A Camilo sí le gustaron. De hecho, le pregunté si creía que a ti iban a gustarte y, o quiso ser amable o es que en realidad no te conoce, porque me dijo que sí, pero no pasa nada, el arte es para la gente que sepa apreciarla y entiendo si no es lo tuyo.

Me rodea y va a la puerta. Me giro para ir tras ella y estoy subiendo los escalones de la entrada cuando ella está de regreso con su cartera colgada del hombro, la caja y la bolsa negra.

—Yo no dije que no sepa apreciarla.

—No te preocupes. —Le pregunto si le ayudo con la caja y me dice que no. —Tengo que irme, perdí mucho tiempo aquí y tengo muchos pendientes, así que más me vale apurarme. Te veo después.

Me siento mal y yo odio eso.

—Escúchame. —Se detiene cuando ya llegó a su auto y está dejando las cosas dentro del asiento de atrás. —Está bien lo de decorar, pero vamos a decorar juntos, así yo te digo qué me gusta y qué no.

—Ya te dije que no te preocupes, en serio. Después de todo no voy a estar mucho tiempo aquí, así que puedo adaptarme. Por cierto, instalaron mi cama en una de las habitaciones, pero todavía no la decoraba.

—Esa la puedes decorar a cómo tú quieras. —Solo hace un gesto de sí, pero nada más. —Vamos por tus cosas y luego me dices que qué quieres comprar para tu habitación, o para la casa, podemos hacerlo funcionar.

—No, está bien. Camilo tiene un amigo que le presta su camión de mudanzas, él se ofreció a ayudarme con mis cosas.

—¿Camilo? No. Yo voy a ir por tus cosas y eso no está en discusión. —Entro a mi casa por

mis llaves y salgo en un instante directo a mi vehículo. —Vamos, yo te sigo.

CAPÍTULO 13

David

Salgo de mi casa detrás de ella, de su auto de hecho, al ver que no entendía qué es lo que pretendía hacer, entonces le ofrecí ir en el mío, pero se negó —las mujeres son bien difíciles, es que no entiendo los hombres que se casan por placer—. En fin, al cruzar el portón toca el claxon y Camilo el casado le sonríe, no mucho cuando me ve que yo conduzco detrás, pero bueno, miro el cuadro vómito de pony en sus manos, arranco mi auto y ¡Vaya! ¡Qué casualidad que casi choco a Camilo!

Abro la ventanilla con cara de horror —fingido, claro—.

—Lo siento amigo, las flechas direccionales de mi auto están un poco flojas. —Él me mira con el entrecejo fruncido, ni yo me creí eso, es más, ni siquiera sé qué significa, pero igual no me importa si lo cree o no.

—No hay problema. Espero las arreglen, señor Schmitt.

—Claro, espera que sí tengan compostura.

Pongo en marcha mi auto dejando a un confundido Camilo a mis espaldas, presiono el acelerador a fondo pasando a la par del Mini Cooper de Natalie, sé dónde vive, así que no me quedo detrás de ella, porque conduce como tortuga. Además, su apartamento está lejos.

Cuando llego me quedo dentro de mi vehículo esperándolo, ya a punto de quedarme dormido por fin se aparece. Me bajo del auto y en silencio entramos los dos a su edificio, yo camino directo al ascensor, pero cuando ya estoy dentro me doy cuenta de que ella no está por ninguna parte, así que me giro y está hablando con una persona que se encontró en el pasillo. Sí la espero un rato, pero no puedo mantener el elevador abierto por mucho tiempo así que decido irme sin ella, una vez que llego a su piso la espero con la espalda sobre la puerta. Estoy viendo mi reloj cuando por fin la miro… unos quince minutos después, cabe destacar, y me dice:

—¡Vaya! Eres todo un caballero.

—¿Quieres que me quede esperando a que termines de hablar con todos tus vecinos el resto de mi vida? Mi tiempo es valioso y lo estoy desperdiciando.

—¿Sabes qué? Mejor hubiera aceptado el camión de mudanzas que me ofreció Camilo, al menos él no se porta como un idiota. —No me deja replicar, porque abre la puerta y entra, dejándome afuera, entonces vuelve a abrir y dice: —Perdón, se me olvidaba que venías conmigo.

No digo nada. Se da media vuelta y cuando entro lo primero que veo son cuadros, por todos lados, y muy extraños. Me estoy dando cuenta de que a ella sí le gustan las pinturas, si algún día quiero regalarle algo ya sé cuál sería el regalo perfecto: Un cuadro de esos que no se entiende una mierda.

—Veo que te gustan los cuadros —le digo tomando el caparazón de un caracol que está sobre una mesa.

—Yo te dije que me gusta el arte —contesta. Se quita la chaqueta y la pone en un sillón sin verme a los ojos. Pongo el caparazón sobre mi oído esperando escuchar el mar o algo por el estilo, no sé ni para qué, solo lo leí en alguna parte. —¿Quieres algo de tomar? Yo sí tengo cosas en mi refrigerador.

—No, estoy bien, gracias.

El contacto visual que hacemos los dos no es nada agradable, hasta que ella se va hacia su recámara.

En fin, doy un vistazo alrededor, la verdad es que el último día que estuve aquí no me quedé a contemplarlo así que todo se ve demasiado nuevo. Es pequeño, pero se ve acogedor. La cocina se divisa desde la sala y solo un desayunador separa los dos, hay un sillón grande frente a una tv y otros dos más pequeños a ambos lados. También hay una mesa que funciona como comedor y, al parecer, como lugar de trabajo, porque además del florero y cuatro sillas hay una laptop cerrada.

Flores y muchos colores, en eso se resume el apartamento, sólo falta el azúcar y la sustancia X para que el profesor Utonio pueda crear a las chicas súper poderosas.

En fin, mejor no me río o terminaré con el tacón del zapato rojo de Constanza incrustado en la cabeza, ya de antemano siento que me odia. Camino hacia el desayunador y me siento en una de las banquetas roja, hay una buena vista desde la ventana de la cocina y cuando Nat regresa me da un pedazo de pastel de chocolate que saca del refrigerador.

—Te dije que est... —Mejor me callo, porque es seguro que si lo rechazo se lo lleve a Camilo. —Se ve bueno.

En eso sí no miento, además que tiene chispas de colores ¿Todo aquí debe tener colores? Es solo un pastel.

—¿Qué tienes con los colores? —pregunto con sorna. Rodea el desayunador para tomar la banqueta ropa a la par mía, tiene un vaso de jugo de naranja en una mano y un platito con pedazo de pastel en la otra.

—Creo que todos somos diferentes. Hay personas a las que no les gustan los colores y hay personas a las que sí, yo soy del segundo grupo y tú eres del primero.

—Interesante explicación. —Se cruza de piernas frente a mí y pone el platito y el vaso con jugo de naranja sobre el desayunador. —Bien, te gusta el arte ¿Qué más debo saber de ti antes de mudarnos juntos?

Corto un pedazo del pastel y me lo llevo a la boca.

El maldito pastel sí que sabe bien.

—Eso de mudarnos juntos me suena como si somos una pareja de verdad y vamos a mudarnos «juntos».

—Oye, este pastel está bueno ¿dónde lo compraste?

—Lo hice yo, bajo en carbohidratos y sin azúcar añadida ¿Te gusta?

—¿Es en serio?

—Claro. —Entonces le doy otro bocado para intentar distinguir el sabor de otros que he probado y no, sabe casi exactamente igual. Sin querer llevo mi vista a sus piernas y ahora entiendo por qué tanta firmeza y perfección de cuerpo. —Bien, yo creo que hay cosas que debemos hablar antes de mudarnos «juntos».

Acaba de verme observando sus piernas, carajo.

Pero es mi esposa, se supone que eso sería normal ¿No?

De todas formas lo disimulo y finjo que estoy viéndome el pantalón intentando limpiar alguna pelusa imaginaria.

—¿Qué le dijiste exactamente a Camilo? —le pregunto yo y no sé la necesidad que siento por saber.

—Que no te gustaban los cuadros.

—No. Me refiero a cuándo te preguntó quién eras.

—Tu novia —dice de inmediato. «Novia» esa palabra también es traumática, pero creo que al menos funciona para Camilo el casado. —No le quise decir que soy tu esposa, porque no tengo un anillo que lo compruebe.

—¿Y qué dijo?

—Se rio. Creía que eras gay y que tu pareja era Oliver.

Como que me atraganto, me ahogo, comienzo a toser, me muero, una chispa de color se ha ido a mi pulmón, Natalie golpea mi espalda, me da el vaso con jugo de naranja, comienzo a tomar el maldito jugo, hasta siento en mi nariz un pedazo de chocolate.

Uno queriendo ser el macho alfa, pelo en pecho, lomo plateado, espalda de gladiador, barba de leñador, semental italiano, el que se abre paso frente a todos e impone respeto.

Y lo creen gay… ¡No!

—¿Estás bien?

Sigo tosiendo.

No sé qué es peor, que crean que a mi King Kong le gustan los espadazos o que digan que mi pareja es el caga-billetes. No me quiero imaginar las teorías sobre quién le da a quién.

—Lo siento, es que… no mastiqué bien ese último pedazo.

Termino de beberme el jugo a grandes tragos.

—¿Ya estás bien? —me pregunta acariciándome la espalda. Creo que sí estoy bien, porque me doy cuenta de que sus pechos están rozándome el brazo.

… no puedes ver ahí, David.

—Sí, tal vez no debería seguir comiendo tu pastel de colores.

Me quito la corbata y me responde:

—Bien. Por cierto, ese color te queda bien, va con tus ojos.

—Gracias. Esa falda te queda bien, va con tus piernas.

«¿Qué? ¿David es en serio?» Dios, tengo ganas de darme un golpe en la cara… con un ladrillo.

Natalie mira su falda y después a mí.

—¿Gra…cias? —Ni siquiera sé si eso fue una afirmación o una pregunta en realidad.

«¡Qué idiota, David!»

Definitivamente, hasta yo estoy comenzando a dudar si estoy cuerdo.

—Lo siento, soy muy malo para los cumplidos.

—Me di cuenta.

Se va al refrigerador, guarda el pedazo de pastel que quedó y regresa con una cerveza. Se inclina sobre la barra poniendo sus codos y no sé si lo hace a propósito, pero juega con la cereza del pastel que yo mismo dejé y ahora la trae en su boca. Está revisando su celular en el momento que le da un mordisco con sus dientes delanteros. Ay, no ¿Qué tipo de tortura medieval es esta?

—Por cierto —me dice, todavía sigue revisando su celular. —Te llevé un pedazo de ese pastel y lo guardé en tu nevera.

Me quedo pensando por un instante. No recuerdo cuando fue la última vez que alguien tuvo esas atenciones conmigo, creo que nadie aparte de mi madre.

—Gracias, de verdad.

—También te llevé jugo, soda, un pastel de carne, algunas bebidas energéticas. Te llevé café, porque vi que tienes una máquina espresso.

Genial, ahora me siento mal.

—Por cierto, perdón por lo de hoy, si te levanté la voz o algo, estaba estresado y ver cuadros, flores, colores por todas partes me colmó la paciencia, pero no fue mi intención hablarte

así.

—Eso es lo que quiero hablar contigo ¿Qué cosas más no te gustan? Así nos evitamos el mal rato. Creo que si vamos a estar casados tenemos que aprender a llevarnos mejor, convencer a la tal consejera y ya. Así que quiero iniciar por las cosas que no te gustan.

—Está bien, bueno no me gusta que decores mi casa. De hecho, no me gusta que toquen mis cosas, porque es mi desorden y yo sé dónde está cada cosa, pero si algún día quieres hacer algo en la casa puedes llamarme, decirme qué es lo que piensas hacer y vemos si estoy de acuerdo, no quiero que pienses que soy un imbécil, es solo que me siento mejor en un lugar que no esté saturado de cosas o de colores.

—De acuerdo. Es un trato.

Extiende su mano y la tomo simulando el cierre de un asunto importante y eso me hace gracia. Rodea el desayunador y se abalanza a mí, haciendo que casi caigamos de espaldas ¡Ah! huele tan bien, hasta cierro los ojos cuando su pecho está contra el mío. Constanza hazme tuyo.

David cálmate.

Joder… me calmo, me calmo… King Kong no… no.

¡Dios! Ya parezco un adolescente virgen con las hormonas descontroladas.

Abro mis ojos de inmediato antes de que mi amigo me haga pasar un mal rato. Mis ojos de inmediato enfocan un saco de boxeo en un pequeño cuarto que está al otro lado y yo no lo había visto. Se percata al parecer, porque me dice:

—¿Alguna vez has practicado Kick Boxing? —me pregunta. A ver, yo recuerdo la vez que escuché de Alex que ellas saben Kick Boxing, pero nadie me advirtió del saco del boxeo que tiene en su propio apartamento.

—Sólo boxeo. —Y era muy malo, creo que era el peor de la clase, pero al menos aprendí a dar unos buenos derechazos. Se aleja un momento y vuelve con algo en las manos.

—¿Quieres practicar?

La miro a ella y miro al saco, se está poniendo unos guantes, no he dado mi respuesta y ya sé que igual terminaré golpeado por Nat ¿Será esta su venganza? ¿Por eso no peleó conmigo? ¿Estaba planeando traerme aquí para agarrarme igual que al saco de boxeo? Mi sexto sentido me avisaba que tanto silencio no era normal.

—Está… bien. No vas a usarme como saco a mí ¿Verdad?

Lo hago sonar como burla, pero es que sí la creo capaz.

—No, pero ganas no me faltan.

Me extiende ella otros guantes de color rosado y me dice que son de Alex.

—Guao, boxear con unos guantes rosas, todo un honor —bromeo. Es que pudo prestarme los suyos que son verdes y ese es un color más neutral. —¿Solo has practicado *Kick Boxing*?

—Practiqué Taekwondo hace algún tiempo —¡Santísimos seres de ciudad almeja! —¿Y tú?

—Yo… yo... un poco de… —Ella está esperando mi respuesta, ¿Qué mierda he practicado yo? Nada, absolutamente nada y sí debí. —Bueno, fui a dos clases de… ummm… la verdad es que la violencia no es mi actividad favorita.

—Golpeas tipos por ahí ¿pero no es tu actividad favorita?

—Eso es distinto.

Se ríe un poco y después me hace caminar con ella hasta el bendito saco de boxeo.

CAPÍTULO 14

David

—Te digo desde ya que no soy tan bueno —aclaro antes de golpear el saco. Lo que no quiero es pasar vergüenza, que ella sepa que en realidad es ella quién va a defenderme a mí en caso de un atraco, no yo a ella.

—David, golpeaste a Dereck y lo dejaste en el suelo con el labio roto.

—Estaba molesto —contesto intentando recordar al tal Dereck, pero solo tengo un recuerdo borroso de su cara y su cabello muy al estilo vocalista de Nirvana. —Cuando estoy molesto soy otra persona, es como si David el destripador saliera a la luz.

Ella suelta una carcajada.

—Eres tan adorable —¿Me llamó adorable? Adorable sólo los cachorritos ¿No? ¿Fue eso un cumplido? ¿O debería preocuparme?

—Define adorable.

—Encantador… como un perrito.

Si pensaba que ser considerado pareja del caga-billetes era algo malo, descubrir que una mujer te mira como a un perrito resulta aún peor, todavía es menos lamentable que te lancen a la friendzone.

—¿Sabes que Camilo fue a la escuela militar?

La palabra «Camilo» me saca de mis pensamientos. Es ella quién le da una patada al saco agitándolo de manera brusca ¡Puta mierda! ¿Cómo puede hacer eso con tremendos tacones rojos?

—Sí, como también sé que es casado. —No dudo en responder, ella frunce el ceño y en ese momento me da toda su atención.

—Yo también lo sé —me aclara, pero sigue mirándome a los ojos. Sus grandes ojos castaños me intimidan. Sin embargo, enseguida se gira y ajusta sus guantes. —Sabe Karate, dice que me enseña.

—No. ¿Para qué quieres aprender Karate? Golpeas un maldito saco con tacones, practicaste Taekwondo y ahora quieres practicar Karate. ¿Cuál es tu meta? ¿Ser Bruce Lee?

—Camilo da clases de Karate por las noches.

—Lo sé. Me invitó una vez, pero estoy muy ocupado para esas cosas. —Esto sí es verdad. Tengo poco de conocerlo, pero nuestra primera interacción fue esa. Pensé en asistir, aunque eso fue antes de que empezara a caerme muy mal.

—¿Irías conmigo?

—¿A que Camilo me agarre como saco de boxeo? No, gracias.

—No va a agarrarte como saco de boxeo, tal vez solo una vez. —«Una vez», en fin, se da media vuelta y yo me quedo pensando un momento:

—¿Camilo también te parece adorable?

—Por supuesto que no —¿Por supuesto que no? ¿Yo sí le parezco un perro y Camilo el casado no? —¿Por qué?

No le contesto, me ubico frente al saco y le doy un puñetazo, de inmediato otro; izquierda,

derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

—Oye, tranquilo viejo —dice, con sorna. Me intenta detener, pero es hasta que ya me siento relajado me vuelvo a ella y me dice: —Lo estás haciendo mal y vas a fracturarte.

Ella me muestra su puño y me indica cómo debo hacerlo, pero no le hago caso, sigo golpeando como siempre, y el saco se agita con mis movimientos bruscos.

—David, creo que lo estás…

—No me interrumpas.

—Ok. —Me deja continuar y de paso le agrega un: —¡Vamos David más duro! —Bueno, sin necesidad de que me lo diga lo estoy haciendo y hasta quejidos roncos salen de mi garganta. —Más duro ¡Joder! no siento que muevas nada.

Eso es porque no se acuerda de mis sacudidas.

Bueno, ni yo.

¿Qué tal estuve esa noche? Ni siquiera lo sé.

«¿Qué? David concéntrate» me digo a mí mismo.

—¡Estoy sudando! ¿Qué más duro quieres?

Qué buen cardio. Practicaré esta mierda más seguido.

Se escucha un sonido en la sala y Natalie sale, pero yo me voy detrás de ella, son Oliver y Alexandra. De inmediato, Natalie y Alex chillan de manera estruendosa y salen a fundirse en un abrazo.

—¡Mis oídos! —Definitivamente, terminaré sordo y todos tendrán que gritarme en la oreja como a mi abuelo Ramiro, que en paz descanse, cuando tenga su edad. Miro a Oliver detrás de ella igual de aturdido que yo. —Anderson, estamos jodidos, estas mujeres tienen un saco de boxeo en este lugar ¿Puedes creerlo? ¿Qué crees que pasará cuando esa cosa ya no exista? El saco de boxeo seremos tú y yo.

Entonces viene a mi mente que Camilo el casado nos creía pareja y me traumo. Debería contarle, pero algún otro día cuando ya seamos viejos y no tengamos de qué hablar.

Alex toma a Natalie y se encierra en una habitación, entonces yo bromeo:

—No crees que estén planeando asesinarnos mientras dormimos ¿Verdad?

—Espero que no.

Entonces nos reímos los dos, pero nos callamos porque… bueno, uno nunca sabe.

—Creo que solo le está diciendo de que tiene que irse a vivir contigo y, bueno, le pedí a Natalie de que intente convencer a Alex de mudarse a mi casa.

No voy a hacer comentarios al respecto, él sabrá mejor qué tipo de relación «laboral» tiene con Alex, pero bueno, las chicas salen por fin y creo que esa no fue una charla con éxito, es el caga-billetes quién corta el silencio de la sala con un:

—Trajimos pizza.

Me abro paso hacia la encimera dónde dejaron la caja de pizza, tomo un pedazo cuando Natalie lo arrebata de mis manos y lo pone en un platito.

—¿Es en serio?

—Ajá, y ahora que vamos a vivir juntos más te vale que te acostumbres.

No hemos comenzado a vivir juntos y ya está dándome órdenes.

No protesto porque un cesto de frutas de plástico llama mi atención. ¿Por qué carajo hay un cesto con frutas de plástico y un aguacate cortado por la mitad? ¿Dónde está tu otra mitad, amigo? ¿La hicieron guacamole?

Me rio en silencio. Escucho la voz de Natalie, pero no presto tanta atención, además tengo una llamada y cuando saco el teléfono veo el número desconocido una vez más, la cuelgo y sigo

pensando en el aguacate, una de mis teorías es que el aguacate se ve más sexy sin una mitad… si cortas una manzana a la mitad se pondría oscura, sería extraño pintar una manzana oscura, el creador de esto utilizó la lógica…

Alto ahí.

Mi cerebro reproduce las palabras de Natalie en mi cabeza, ahora de una forma lenta *«David-trae-ese-culazo-que-tienes-a-este-sofá-ahora-mismo»*

Y lo peor, es que yo ya me senté en el puto sofá.

—A mí no me hables así.

Por su gesto sé que está bromeando nada más y es su amiga la que nos pregunta:

—¿Y así es como ustedes se van a ir a vivir juntos?

—Sí, me vendría bien una cocinera en mi casa.

—Cocinera tu abuela. —Eso lo dice Nat. Me hace reír, pero finjo que no. Voy a admitir que Natalie me agrada, es una lástima que nos hayamos casado, porque seríamos perfectos ligues el uno para el otro y después de este trauma eso ya no se va a poder.

Pensando en eso caigo en cuenta de que estoy casado, con una mujer que ni siquiera conocía, con la que ni siquiera me acosté antes y todo lo que sucedió después ya ni me acuerdo, porque estaba tan borracho.

Es Natalie quién me saca de mis pensamientos:

—En serio que ustedes hasta casas tan cerca tuvieron que buscar. ¿Están seguros de que no se gustan?

—En serio que preferiría estar casado con Oliver que contigo, aunque de pronto se vuelva loco y comience a dar miles de órdenes por todos lados y comience a despedir gente.

Le doy un mordisco a la pizza, sabe bastante bien. Cuando levanto la mirada observo esos ojos maliciosos del caga-billetes y estoy seguro de que no me gustará lo siguiente que va a decir.

—Tal vez tú deberías ir despidiendo a tu asistente, David.

Ahí está, lo sabía, lo conozco como la palma de mi mano. De inmediato le hago una muy discreta seña para que cierre la boca de una buena vez, pero ¡No! todo fue captado por Natalie antes.

—¿Asistente? ¿Qué tienes con tu asistente?

—Na… nada —balbuceo, muy maduro comienzo a correr cuando veo que le quita un zapato a Alex, al menos no es uno de sus tacones que clavará en mi cabeza, pero es que literalmente yo ya no tengo «algo» con Andi.

En fin, sí me alcanza e intento calmar las risas, no entiendo cómo puede correr tan rápido con esos zapatos rojos.

—No sé cómo haces para correr con esas malditas cosas.

—Porque, evidentemente, las mujeres podemos hacer muchas cosas que ustedes no. —Eso es verdad, puedo mencionar todas las cosas que sé que las mujeres pueden hacer que nosotros no, pero no voy a hacerlo, porque todavía no es conveniente dar ese tipo de bromas, pero tengo una lista y muy larga. —Por cierto, acordamos que nada de acostones hasta que nos divorciemos ¿Verdad? No quiero tener que verme en la penosa situación de buscar otro hombre para cobrar venganza porque tú andas revolcándote con tu secretaria.

—Yo no tengo nada con ella. Tal vez tuve «algo», pero fue antes de todo esto, te lo juro. Además, se casó.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde, pero todo queda claro, ¿verdad? Si tienes una amante, yo también. No me hagas pasar vergüenzas, por favor.

CAPÍTULO 15

David

Sí, Natalie tenía razón, estaba golpeando mal el jodido saco y me di cuenta varias horas después.

Tengo mi muñeca como la pata de un elefante, una compresa de con hielo alrededor y un envase de analgésicos a mi lado con un vaso de agua por la mitad cuando me bebí la última.

—Te dije que no era la forma en que tenías que golpearlo —dice, recostada sobre mis piernas, con la vista hacia el tv, la dejo estar ahí porque masajeaba mi muñeca y la verdad que la hinchazón bajó bastante.

—Me dijiste que le diera más duro.

—Pero bromeaba.

—Igual, es tu culpa.

La observo. No me ha dicho una palabra de lo que «íbamos a hablar más tarde» —lo de Andi—. Tanto silencio en las mujeres no es normal. Su vista está puesta en la televisión, no hemos hablado nada, ni siquiera ha vuelto a tocar el tema.

¿En realidad sería capaz de buscarse un amante si descubre que yo tengo una?

La miro de reojo, está meramente concentrada en la película, o es que está tramando la forma de torturarme, no sé, yo tengo una hermana y siempre que estaba en silencio por un buen rato yo terminaba con un calzón chino.

No sé qué es peor, su silencio o estar viendo Romeo y Julieta, ya no tengo palomitas para atragantarme con cada escena cursi.

—¿Quieres más? —me pregunta después de ver mi tazón vacío ¿Será que las palomitas tienen algo que me haga tener una disfunción eréctil? Se pone de pie y se va a la cocina.

Ni siquiera esperó mi respuesta. Sospechoso.

—¿Sabes qué? Estoy bien. Mucha mantequilla me causa gases y créeme, no querrás que eso pase si quieres que me quede a dormir contigo esta noche.

Mentira, no me da gases. Pero no me inspira confianza.

Ella regresa con otro tazón y me mira con el entrecejo levemente fruncido.

—Qué asco.

Se deja caer a mí lado, de hecho, muy junto a mí.

Muy junto… a… mí.

Deja caer su cabeza en mi hombro y yo sigo pensando en qué cosa está tramando ¿Y por qué se está acurrucando debajo de mi brazo? Lo peor de todo es que sube sus piernas encima de las mías.

Sus piernas, con un mini short.

Sus piernas perfectamente trabajadas en gimnasio con un mini short están sobre las mías.

—Bien, ya —digo, quitando sus piernas de encima y acomodándome para encararla de frente. —¿Qué es lo que estás planeando? Porque sé que una noche apasionada no, debido a que tu rápida y furiosa —señalo su entrepierna —está perdida en el mar rojo. Así que ya… dímelo.

Ella se endereza y me mira con intriga, hasta dejó de masticar las palomitas.

—¿Mi qué?

—Tu rápida y furiosa, tú misma lo dijiste en un video de esos de tu celular. —Ella frunce el ceño. Me agrada saber que no soy el único loco que dijo en público el nombre de su parte íntima.

—¿Revisaste mi celular?

Mierda. Solo fue un ratito, antes de que pusiera la película aburrida y se fue a hacer palomitas de maíz.

—No lo revisé, digo… solo me aseguré de que no hay más videos de mí, de nosotros, o de King Kong… ya sabes a lo que me refiero.

Lo juro, yo solo quería saber si en algún momento no se nos ocurrió también grabar «la luna de miel» o algo así, porque no soportaría un video mío en acción circulando por la red.

Recuerdo cuando una vez en mi adolescencia se me ocurrió que quería ser estrella porno. Sí, había iniciado a ver ese tipo de video y se convirtió en mi sueño, después crecí y maduré, y qué suerte, porque no me imagino a mí mismo siendo específicamente conocido solo por saber usar mi King Kong, aunque sería un muy buen actor de películas para adultos.

Y no es por tirarme flores.

Natalie está observándome sin ningún tipo de expresión. Se cruza de piernas y lleva su vista hacia algún punto de la sala pensando en lo que acabo de decir y de pronto suelta:

—¿Y yo puedo revisar tu celular?

—Te estoy diciendo la verdad, no soy un loco psicópata controlador.

—Bien, ¿pero puedo revisar tu celular?

—Pues… —Bueno, yo no tengo nada qué ocultar ahí. —Si tu quieres, adelante.

Intento sonar relajado, pero es solo porque yo toqué su teléfono primero, ahora no sé si a ella se le va a ocurrir hasta tomarme las llamadas, debería ser más específico.

—Okey. —Es todo lo que dice. Su vista se clava en la pantalla y antes de retractarme por lo que acabo de decir, añade: —Y quiero aclarar que yo no quiero que te quedes a dormir conmigo.

—¿Entonces qué diablos hago aquí?

—Te quedaste porque Oliver te lo pidió.

—No me quedé por Oliver, yo creí que... bueno, te has portado amable hoy.

—¿Entonces porque me porto amable significa que quiero dormir contigo?

—No puedo creer esto ¿Sabes qué? Olvídalo. ¿Por qué no me dijiste eso antes? Ya estuviera en mi casa, durmiendo en mi preciosa cama con sábanas de algodón egipcio.

En realidad no tengo sábanas de algodón egipcio, solo quise sonar sarcástico.

—Bien, si quieres irte, hazlo.

—¿Cuándo ya es más de medianoche?

—¿Y qué? ¿Tienes miedo de que un fantasmita te asuste a mitad de la carretera?

Suelta una carcajada, una de esas que hacen que se me revuelva el estómago de ira e intento controlarme, dejo caer mi espalda sobre el sofá y suspiro.

—Me voy. —Hoy no tengo paciencia, es la verdad. Es una mierda estar casado, es lo peor que puedes hacerte a ti mismo cuando eres feliz soltero, y lo peor de todo es que no puedo divorciarme. —Lo intento Natalie, sí que lo intento, pero tú haces las cosas muy difíciles.

—¿Yo? ¿Te parece que solo yo? ¡Yo tampoco quiero estar casada, David!

Yo no quiero que su amiga y el caga-billetes sepan de nuestro problemas «matrimoniales», así que le pido que baje la voz y lo siguiente yo casi se lo pregunto susurrando:

—¿Esto es por lo de Andi?

—¿Por qué mencionas a la tal Andi? ¿Sí tienes algo con ella? Porque ya te lo dije, yo no me busco un solo amante, será uno diferente para cada día de la semana.

—No me jodas, Nat.

—Lo que sea que tienes con la tal Andi no me importa, solo no me avergüences.

Me quedo pensativo. Ninguna mujer en el mundo opina de esa manera. Ninguna mujer ni poseída por el Espíritu Santo.

Esto debe ser una trampa.

—¿No te importa?

—No, además que este no es un matrimonio de verdad, David, y si me porto amable contigo es porque en realidad estoy haciendo un esfuerzo por soportarte, no porque quiera dormir contigo.

—Creo que es mejor que dejemos esto como está.

—Y porque creo que estoy embarazada.

—¡¿Qué?!

—Que creo estoy embarazada.

Me congelo en mi lugar, agradezco no tener nada en manos porque lo más seguro es que se me hubiera caído al piso. Estoy a punto de entrar en pánico, hiperventilo, hasta siento que me va a dar un paro cardíaco o un ictus, me duele el pecho, el brazo y me hormiguea el lado derecho del cuerpo.

—¡Eso no es posible! Tú y yo… bueno, yo… o tú… o ambos… ya no sé, pero nos protegimos, había preservativos en la papelera. ¿Cómo pasó esto? Además, solo han pasado unos días ¿Tres? ¿Cuatro? Ni siquiera lo sé ¿Cómo es que lo sabes ya? Además, tenías la menstruación. Se supone que no… bueno, no sé, no soy doctor… pero es lo que he escuchado.

—La hermana de Carmen tuvo relaciones sexuales con la menstruación, ahora tiene un niño de tres años.

Maldita sea.

Hubiera preferido irme a mi casa y que me apareciera un fantasma a mitad de la carretera, eso causa menos terror que lo que estoy escuchando ahorita.

—Bueno, solo es que crees… no es que en realidad estés. —Puedo relajarme, aunque me tiemblan las piernas y sienta que el corazón se me va a salir del pecho—. Sólo relájate, no creo que… —Hago una pausa y comienzo a entrar en pánico —¿Qué va a pasar si estás embarazada? Yo ni siquiera sé cuidarme solo ¿Cómo puta voy a cuidar a un niño?

—¡Y ándale con la mala palabra! Mientras viva contigo no vas a volver a mencionar la palabra «puta».

—¿Y qué quieres que diga? ¿Cómo «frijoles» voy a cuidar a un niño?

—Eso está mejor. No quiero que mi hijo crezca en un ambiente con un padre que dice «puta» hasta para respirar.

—No menciones la palabra «hijo», por favor, tengo que procesarlo. Ya te dije, podré ser mil cosas cuestionables, pero jamás un mal padre, de todas formas nunca me había puesto a pensar en qué iba hacer si pasaba, así que déjame digerirlo.

Ella regresa al sillón y se deja caer en el lugar que estaba. Tan tranquila y serena, como si lo que me acaba de soltar no es algo para tirarse por la ventana.

—Ya agendé una cita con mi ginecólogo.

—¿Ginecólogo? ¿Es hombre?

—¡¿Y eso qué importa?! Te estoy diciendo que puedo estar embarazada ¿Y tú solo te preocupas por si es un hombre?

—¿Cómo puedes dejar que un hombre te…

—¡Es un profesional!

—Yo también soy un profesional y eso no me impide ver a las socias de la compañía.

No debí decir eso, claro, pero es que estoy al borde del colapso, perdón.

—En fin, solo te quería decir de que si quieres tener amigas, amantes o lo que sea la tal Andi en tu vida, está bien. —Sigo sin creerme esto. —Pero si yo quiero tener «amigos», no te metas.

—Natalie, muy probablemente seas la madre de mi hijo ¿Cómo vas a andar por ahí con mi hijo en tu vientre y con «amigos» por ahí?

—¿Entonces tú sí puedes?

Me paso la mano por la cara como frustración. Dios mío, yo tenía una vida tranquila antes de irme a Las Vegas. Esa noche marcó un antes y un después en la vida tan espectacular que había construido, ahora es muy probable que vaya a ser papá.

—Podemos hacer un trato…

Me ignora de nuevo:

—Por cierto, eso incluye a Camilo, si quiero ser amiga de él o «salir» con él, no te metas. Y si quiero tener un ginecólogo, tampoco te metas. Por cierto, no todos los hombres son tan sucios como tú, David.

—No conozco al bendito ginecólogo, pero sí a Camilo y ese no sólo quiere ser tu amigo o «salir» nada más. Camilo es casado.

—Andi también.

Por Dios.

—¿Entonces te importa una mierda su esposa? —Ahora se gira completamente hacia mí, quedamos frente a frente sobre este sofá con esa mirada retadora cada uno. No puedo creer que esté teniendo esta discusión justo ahora, no sé en qué momento sucedió, pero estoy arrepentido de haberme quedado, de hecho, estoy arrepentido de haberme ido a Las Vegas con ella.

—¿Y qué hay del esposo de la tal Andi?

—Tú no sabes la historia de Andi con su esposo.

—Tú no sabes la historia de Camilo con su esposa, y no creo que eso sea lo que te incomoda.

—¿Qué estás insinuando?

—Que estás celoso de Camilo.

—¿Por qué estaría celoso de Camilo?

—Porque tiene un aspecto bastante masculino, con un exótico cabello rubio con rizos, unos ojos celestes brillosos, su cuerpo está bien formado, fue a la escuela militar, sabe karate, boxeo y sé que todas las chicas que has llevado a tu casa te han mencionado lo guapo que es.

Me rio sarcástico, aunque no digo una palabra, estoy molesto. Molesto con ella, molesto con Camilo y molesto con todos y no he llevado chicas a mi casa, voy a decírselo, pero ella continúa hablando y sus siguientes palabras definitivamente captan mi atención:

—Pero no entiendo por qué. Tú eres igual de guapo, también tienes un exótico cabello rubio. Tienes un color de ojos llamativo y bastante inusual, un excelente cuerpo; aunque no practiques boxeo o Karate, tú haces funcionar una empresa, eres un genio y eso te da muchos puntos extras.

¡Ay! ¡Natalie basta! ¡Me sonrojas!

Digo…

Qué bien.

—Gracias —digo, con indiferencia.

—Qué lástima que seas un grano en el culo.

Mejor me calmo, respiro hondo y suelto el aire poco a poco hasta que mis pulmones quedan

vacíos. No voy a ponerme a discutir con Natalie, tengo que recordarme que es, probablemente, la madre de mi primer hijo.

Entro en pánico solo pensar en vivir así el resto de mi vida.

Me acomodo en el sofá con los pies sobre la mesita que está al frente. Esta noche duermo aquí, no quiero quedarme, pero tampoco me voy a ir y no tiene nada que ver con que un fantasmita me asuste en la carretera, simplemente no me voy a dejar vencer, y ya que no puedo discutir a gusto, me voy a quedar, nos guste o no.

—Lo del embarazo no se lo puedes contar a nadie, hasta que estemos seguros.

Creo que se refiere a no contárselo a Oliver.

—¿Te parece que tengo ganas de contarle a los demás que fui un irresponsable y es muy probable que sea papá? No estoy tan pendejo.

En fin, sí me quedo y solo me da una sábana y una almohada, sí se dignó a preguntarme si quería dormir en su habitación —solo dormir, aclaro— y cómo este mueble es tan incómodo, le digo que sí.

Y sí, no pasa nada entre los dos, pero ya no veo a Nat como la esposa random que me conseguí en Las Vegas, sino como la posible madre de mi hijo y siento que no puedo dejarla sola.

Ah caray, mejor que vaya a ver al bendito doctor ese y ya salgamos de la duda de una buena vez.

No duermo absolutamente nada.

No sé si porque la cama no es tan cómoda, o porque está haciendo frío… o porque voy a ser papá. Madre mía.

No son las cinco todavía y yo ya tengo los ojos abiertos, tal vez sí logré dormir algo, pero no lo suficiente y no logro acomodarme bien. Entonces me levanto sigiloso y se me ocurre despertar al caga-billetes para ir a correr porque mi nivel de estrés más arriba de lo considerado normal para un psicólogo.

El cagabilletes sí se despierta con el mensaje que le envío y me envía un «Sí» a secas. Entonces me preparo un café —y uno a él también— y después salimos a dar unas cuantas vueltas al edificio de mala muerte. En algún punto, casi por perder el aliento, se me ocurre:

—Oye, ¿cuándo es que te acostumbras a estar casado? —Es que si Natalie está embarazada ¿Realmente pensaríamos en divorciarnos? Sería un niño creciendo en una familia disfuncional, dos casas, dos navidades, tener que elegir entre pasar las vacaciones con su padre o su mamá. Ay, no. Tan pequeño y ya le va a tocar tomar decisiones difíciles por mi culpa. Todo eso no se lo digo a Oliver, yo intento sonar como que todo está de maravillo y le digo con sorna: —Porque a ti solo te he visto sufrir por tener sueños húmedos con Alexandra.

—¡David!

—¿Qué? Tú mismo me lo contaste.

Él se detiene y me ve molesto, yo me encojo de hombros porque no tengo nada de lo que arrepentirme, él me lo contó y yo no estoy repitiéndolo frente a nadie. Comienza a correr de nuevo y yo le sigo el paso, no puedo evitar distraerme un momento en un hombre que carga a un bebé en una cangurera mientras camina a paso rápido y con unos auriculares en los oídos, ese puedo ser yo el próximo año.

No sé qué me está diciendo Oliver y cuando llama mi atención me pregunta si estoy seguro de que estoy bien, le digo que sí restándole importancia entonces me doy cuenta de que estamos dando vueltas en círculos y se supone que ya estábamos de regreso al edificio de las chicas. No podemos perdernos, el lugar es pequeño, no creo que sea tan difícil volver.

—Oye, creo que no es por esta calle.

—Yo tampoco.

Entonces tomamos otra ruta y este lugar sí no lo conozco, ni él ni yo. Maldición. Entonces él saca su celular para ubicarnos con el GPS. Este sitio se ve distinto ¿En realidad nos alejamos tanto? ¿Por qué hay un par de hombre viéndonos directamente?

Entonces caminamos los dos a la par y los hombres también.

—No van a… —Los hombres están caminando más rápido, entonces me apresuro a decirle en voz baja: —Okey, vámonos.

Estamos entrando más al sitio desconocido y ya no podemos ubicarnos con el teléfono de él, porque… bueno, se van a dar cuenta que es uno de esos carísimos y capaz nos secuestren.

Caminamos más rápido, casi corriendo, no trotando como usualmente lo hacemos, esta vez corremos de verdad y ya estoy a punto de un desmayo cuando miro hacia atrás y lo dos hombres giran hacia la calle contraria. Entonces me detengo, el caga-billetes también e intentando recuperar la respiración nos quedamos un rato a media calle y casi nos pasa un bus encima.

—Bueno, esto podría considerarse como deporte extremo.

—¿Dónde carajos estamos? —me contesta, o… pregunta, más bien.

—Y yo qué sé.

Nunca había venido aquí y no tengo ni idea de cómo regresar, además ya nos perdimos completamente. Oliver se saca el teléfono y esta vez los dos estamos atentos a nuestro alrededor, no pasa nada, por suerte y cuando logramos ubicarnos nos damos cuenta de que estamos lejísimos. Mierda.

Regresamos en un taxi.

Sí, así tal cual, porque ya es tarde, él y yo tenemos que trabajar y, además, las chicas no tardan en despertarse, tampoco somos *Flash* para ponernos ahí en diez minutos.

En fin, qué suerte de que ninguna está despierta, así no tenemos que contar la vergonzosa historia de cómo nos perdimos, casi nos asaltan y tuvimos que parar un taxi que nos dejó en frente en menos de cinco minutos.



En la vida siempre van a sucederte cosas vergonzosas y otras todavía más vergonzosas que las anteriores, por ejemplo, después de correr como maratón creyendo que iba a asaltarnos, casi quemamos —o quemo, porque el caga-billetes no hace nada— el apartamento de las chicas. En mi defensa, yo solo quería practicar lo de ser un «buen marido» iba a hacer el desayuno y fue la misma Alexandra que me desconcentró cuando nos vio al caga-billetes y a mí cantando la macarena en la cocina, no sé cómo fue que pasó, pero solo me tomó un minuto para que la paila agarrara fuego y terminara disparando los extintores. Joder. Tuve que pagar la limpieza de todo el lugar y ver por cualquier electrodoméstico que se hubiera dañado.

Definitivamente, alguien me echó mal de ojo, es que no me explico cómo es que me pasan mil cosas a mí desde ese día que me fui a Las Vegas ¿Qué tal si fue Andi? Es que no me sorprendería que se le ocurra irse a meter donde una bruja para intentar hacerme una «macumba» a mí ¡A mí! Y yo ni siquiera soy su marido.

En fin, regreso a casa exhausto, tengo que trabajar y con la mudanza de ella a mi

apartamento no me queda tiempo de nada, yo llego después —cuando me aseguro de que nada importante se echó a perder en ese apartamento— y ella ya está ahí con uno de esos vestidos que me encanta como los luce, paso de largo ignorando la forma que se inclina para tomar un cuadro y colgarlo en mi pared —uno más serio que le dije que sí podía dejar en la sala— cuando llego a mi habitación y cierro la puerta detrás de mí, me doy una palmadita mental en la espalda por haber pasado por alto todas esas curvas sin nublar mi raciocinio.

Tengo que irme a la empresa, me desvisto y termino mi terapia anti-estrés con una relajante ducha mientras Constanza no sé qué hace con mi sala, pero al menos esta vez sí lo platicamos bien, tendré que acostumbrarme al «arte», supongo.

Cuando salgo del baño me quedo frente al espejo. Me quito la toalla de golpe y la tiro al piso, admiro mi reflejo y sonrío para mí mismo.

—Ju ju juuuuyyy, pero qué hombre más guapo. —Me guiño un ojo. —King Kong, esa afeitada te hace ver más grande. —Me pongo de perfil, de frente y de nuevo de perfil. —¿Quién es el rey de la selva? ¿Eh? ¡King —Tiro mi cadera para adelante —Kong! —Vuelvo a tirar para adelante.

—David. —Natalie está entrando a mi cuarto en ese momento, giro sobre mis talones de manera brusca chocando con mi escritorio y la lámpara se cae al suelo, me tengo que sostener para ahora no caerme yo. Nat me está viendo intrigada y lleva su mirada de mí a mi otro yo.

—Creí que el rey de la selva era el león, no los gorilas.

De inmediato recojo la toalla para taparme y olvidar lo que me acaba de ver haciendo.

—¿La próxima vez puedes tocar, por favor? —Me aclaro la garganta y miro en otra dirección, diviso mi peine y voy hasta él intentando verme relajada y cómo si esto es algo normal de todos los días. —Además, qué importa. Hay temas más importantes por los que preocuparse, como la paz mundial, por ejemplo. ¿Ya desempacaste?

—En eso estoy —casi balbucea, intentando aguantar una carcajada. —¿Puedo arreglar tu habitación? ¿Te importa si hago…

—Haz lo que quieras —la interrumpo, caminando hacia mi armario. Yo solo necesito que salga de aquí y puedo respirar tranquilo cuando por fin lo hace.

Vuelvo a repetirlo, siempre pueden pasarte cosas más vergonzosas que las anteriores.

CAPÍTULO 16

David

Una vez que me recupero del shock de que mi King Kong haya sido visto en acción y no acción de la que puede ser considerada buena, recojo todo el valor posible para salir después de arreglarme para ir a la empresa, tomo mi maletín y cuando veo mi reloj sobre la mesa de noche de inmediato mis ojos se percatan de los calzoncillos de batman perfectamente doblados que hay sobre mi cama.

Carajo ¿De dónde los sacó? Esos son los de dormir y me acuerdo de que los tiré a la basura después de acordar con Natalie que vendría a vivir conmigo. Lo más seguro es que me estén asustando, algún ente que vive aquí me los trajo de regreso.

Entonces los agarro para llevármelos a la basura y mis fosas nasales detectan un olor a rosas, Dios mío, King Kong va a sentirse King Konga con ese bendito olor.

Abro el gabinete y veo toda mi ropa interior perfectamente doblada.

Toda.

¡No!

Me replanto la idea de salir por la ventana, pero no hay ni un árbol cerca, maldito el día que se me ocurrió botar aquel bendito roble que había crecido afuera de mi casa. En mi defensa, temía que secuestradores entraran por mi ventana usando ese árbol; o peor aún, que alguna mujer de esas que dejé en el olvido en algún cuarto de hotel investigara mi dirección, subiera a mi casa y me arrancara a King Kong. Yo ya me vi todos los documentales de ex psicópatas y ellas ni siquiera eran mis exs.

Mierda, tengo que dejar la vergüenza a un lado.

Bajo a toda prisa hacia la sala y, cuando voy por la mitad de las escaleras, un increíble olor llega hasta mi nariz. Desde hace mucho, mi casa no huele a otra cosa que no sea sopa instantánea.

Mis pies se dirigen automáticamente hacia el olor, y me detengo en seco en la puerta cuando mis ojos divisan a Natalie en la cocina. Ella está de espaldas a mí, haciendo algo sobre la encimera, con unos auriculares puestos y moviendo sus caderas, supongo, al ritmo de lo que está escuchando. Y está en… ¿bóxer? Aquí, creo, murió cualquier intento por mantenerme como un hombre serio y casi virginal.

Ay por Dios.

¿Qué hago?

La verdad estoy tentando a preguntar cuando el mar rojo por fin se va a abrir para dejarme pasar al otro lado.

Si saben a lo me refiero.

Pero prefiero callarme, trago saliva y camino hacia mi refrigerador, intento espantar mis pensamientos pecaminosos al mismo tiempo que algo me ruge y me doy cuenta de que no es mi estómago precisamente. Natalie continúa bailando y, de inmediato, siente mi presencia. Se gira hacia mí y dice:

—¿Ya te vas?

Si me haces quedarme a la mierda la empresa.

«¿Qué? Por Dios, concéntrate, David» —eso me lo digo a mí mismo, claro.

—Tengo que ir a trabajar. —Se quita los auriculares y vuelve a girar hacia lo que está haciendo, parece una ensalada. —A algunos nuestro jefe no nos da vacaciones por casarnos, mucho peor si ese jefe es tu amigo y es un grano en el culo.

Suelta una pequeña risita, de inmediato mi vista se desvía a ese específico lugar suyo.

Santísimos seres de las posaderas.

—Ya es casi medio día ¿No vas a comer? —Trago saliva intentando volver en sí y ver en otra dirección, no debo caer en la tentación «repite David: no debes caer en la tentación». Creo que tendremos que hablar sobre lo que va a pasar entre los dos, seguimos casados así sin nada de nada o disfrutamos estos meses.

No no, por Dios, ya dijimos que nada de eso y ella tenía un excelente punto, yo no quiero más complicaciones.

—Te conté que siempre pido mi comida en el restaurante que está frente a la empresa. —Un vistazo más ahí… carajo. ¿Por qué me tuve que casar con Natalie? Seríamos felices ambos en estos momentos simplemente disfrutando del hecho de tener órganos sexuales que encajen perfectamente.

Es cierto, el matrimonio lo arruina todo.

—He hecho desayuno para ambos —la escucho decir cuando estoy camino al refrigerador para tomar una manzana. Es que sí, ahora sí hay comida en mi nevera. Me toma del antebrazo y prácticamente me lleva a arrastres con ella.

—Constanza, es tarde.

Me ignora, como siempre, y hace que me siente en mi lugar antes de que pueda replicar. Dios. Entonces en ese momento mis ojos enfocan el cesto de frutas de plástico sobre mi comedor —*el que estaba en el apartamento de Nat*— y ahí está el maldito aguacate sin mitad. No puedo evitar reírme. Natalie me mira curiosa, y ve del cesto a mí.

—Lo siento, es que me parece divertido. —Eso lo digo serio, pero ella intenta ver lo gracioso del cesto plástico.

—Bueno. —Eso es todo lo que dice y se va. Bueno, significa que yo tengo que aprovechar y salir corriendo, pero entonces regresa con un plato de comida bien cargado.

Debe haber algo malo aquí, no entiendo el porqué de estas atenciones si ya lo habíamos hablado, ella no quiere estar conmigo y yo tampoco con ella ¿O tal vez ya se enteró de que sí está embarazada y está intentando tratarme mejor por ser el papá de su hijo? De todas formas, cuando está de espaldas a mí tomo el tenedor y comienzo a hurgar dentro del huevo, pincho los pedazos de tocino y los levanto buscando algo extraño pero no hay nada, al menos nada visible.

—Quiero mostrarte algo —dice de pronto, y de golpe dejo caer el tenedor sobre el plato. Intento restarle importancia para no parecer sospechoso llevándome un pedazo de huevo a la boca. Me sorprende cuando Natalie se sienta sobre mis piernas…

Quiero decir: Su bonito trasero está justo sobre mi entrepierna...

King Kong relájate, no me hagas pasar vergüenzas ahora.

No… no…

Intento acomodarme de otra forma, de una que no sea mi King Kong junto a su culo. Natalie saca su teléfono y lo pone frente a mí, intento concentrarme en su pantalla, parece una vagina… no Dios, no existen las vaginas violetas, creo que estoy traumado, parpadeo un par de veces para aclararme y la escucho:

—¿Qué color te gusta más? —Miro su celular. Nat huele tan bien. Quiero poner mis manos sobre sus piernas o en cualquier otro lado, hasta en sus orejas si es posible.

—Es el mismo color.

—David, uno es fucsia royal y el otro es fucsia púrpura. —Se pone de pie finalmente y se sienta a mi derecha mientras continúa viendo lo que sea que es eso de fucsia royal o no sé qué. Intento distraerme, así que tomo el tenedor y le doy un bocado a mi comida. Dios mío, esto sabe bien. —¿A qué hora sales del trabajo? Iré a las clases de Karate.

Me atraganto.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque a mí me gusta, David. Yo creo que es algo que todas las mujeres debemos saber por defensa propia.

—¿Defenderte de quién? ¿De mí?

—¡No de ti, tonto! Bueno, aunque uno nunca sabe, eh.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, es que uno nunca sabe, no me voy a confiar de ti solo porque eres rubio y guapo, igual tú no te confíes de mí, no me conoces.

—De nuevo ¿Qué estás insinuando? ¿Piensas matarme mientras duermes?

—Tal vez sí.

—Pues no necesitas clases de Karate para eso.

—Tu problema es Camilo.

—Eso no es cierto, por Dios. Me vale una mierda Camilo, no puedes estar ahí sola con una gran cantidad de hombres golpeándose. Además, ¿Qué tal si sí estás embarazada?

—Ay Dios, no me acordaba.

—¿Ya ves? Ni siquiera nace y ya nos estamos olvidando de él. ¿Qué clase de padres somos?

—Qué dramático. Igual no haré movimientos bruscos hasta que me cerciore de que no hay nada.

—¿Y si hay?

—Pues hablaré con mi ginecólogo, no contigo. Y no voy a estar con un grupo de hombres golpeándose, es una clase para mujeres también y su esposa va a estar ahí.

—Ah, deberías comentarle que quieres que sea tu «amigo».

—¿Lo ves? Tu problema es Camilo.

—El casado.

—Oye, para mí, un amigo es amigo.

—¿Y para Camilo también «amiga» es «amiga»? ¿Qué tal si sí estás embarazada?

—Estás muy preocupado por este embarazo que todavía no sabemos si existe y me estás poniendo nerviosa.

—¿Es que qué tal si sí? Seríamos culpables los dos si se muere, desde ya estamos a cargo de la vida de ese niño. Además, no quiero que mi hijo ande por ahí con Camilo el casado.

Natalie suelta un bufido. Solo estoy bromeando, pero la verdad es que… ¿Qué voy a hacer si ese niño en realidad ya existe? Mierda.

Nat está en silencio y se queda así un rato, pero de pronto se le ocurre:

—Puedes venir conmigo si quieres, y Camilo no es de esa calidad de hombre que tal vez tú estás acostumbrado a ser.

—No me conoces, no puedes juzgarme.

—Tú tampoco lo conoces a él.

—Sí, pero te recuerdo que yo soy hombre y puedo notar las intenciones…

—¿En serio? —me interrumpe con ironía —y yo que pensé que eras un alienígena.

—Qué graciosa, Natalie. —Claro que eso se lo digo con la seriedad que desconozco, pero bueno, mejor solo voy a dedicarme a comer.

—¿Qué dices? ¿Vienes? Sería divertido practicar juntos.

—Dices eso porque sabes de que yo no voy a golpearte.

—Exacto, en caso de que… ya sabes. —Se señala el vientre. —Pero yo sí puedo golpearte a ti.

—Dios mío. Bueno, te acompañaré a las malditas clases de Karate.

—¿En serio?

—Sí, por supu… —Mis palabras son interrumpidas cuando siento su cuerpo sobre mí y me abraza. Oh por Dios, está sentada a horcajadas sobre mi abrazándome, sus piernas desnudas están rodeando las mías. La rápida y furiosa está sobre mi King Kong.

—Bien ¿Voy por ti a la oficina? ¿Nos vemos aquí? ¿Antes de arreglar tu cuarto? ¿Después? —Aspiro su aroma, mi barbilla apoyada sobre su hombro escucho lo que dice, pero en realidad no, hasta cierro los ojos. Oh, Dios mío, esto debe ser un complot, debe querer manipularme… buenas piernas, poses sugerentes, buena comida… no, eso nunca es buena combinación, no me vas a tener en tus manos Natalie. Aléjate de mí demonio del pecado. —Por cierto, ¿Puedo pintar tu cuarto luego?

—Te dije que hicieras lo que quisieras. —Me remuevo para ponerme de pie. De inmediato ella se baja de mi regazo, me levanto como un resorte y tomo un trago grande del jugo de naranja —. Ya es tarde.

—Sí, claro, adiós.

—Adiós, Nat. Te veo después.

No me giro a verla cuando salgo de la casa. Es que no… a ver… ¡no! No puedo tener nada con Nat, no puedo complicar las cosas ¿Y qué tal si sí hay un niño? Mierda, qué difícil.

Conduzco con la mente en blanco, creo que necesito salir y deshacerme de toda esa testosterona que estoy produciendo, en cualquier momento me voy a correr en mis propios pantalones mientras trabajo. Al llegar a la empresa y ver mi reloj me doy cuenta de la hora y comienzo a —casi— correr. Mi celular suena y mientras camino por recepción lo saco de mi bolsillo, es un mensaje de Andi.

Saludo al guarda de seguridad que presiona el botoncito del elevador para mí, no todos los guardas de seguridad me caen mal, solo aquellos que tienen un cuerpo musculoso, el cabello rubio, los ojos azules y quieren bajarse a tu chica. Abro el jodido mensaje y…

Oh por Dios.

El celular se me cae y lo recojo de inmediato viendo alrededor, por suerte nadie me está viendo, de inmediato miro la pantalla de nuevo y todo eso aparece frente a mí otra vez con la descripción:

«Me dijiste una vez que te gustaba el color rojo»

Me aclaro la garganta y doy un paso al frente. Una vez que las puertas de metal se cierran frente a mí vuelvo a ver la imagen de su cuerpo en una braga de encajes rojo, solamente eso. De inmediato envía una segunda con la descripción.

«Lástima que decidieras casarte»

¿Entonces ella sí puede estar casada, pero yo no?

La puerta del ascensor se abre en mi piso. Directo a mi oficina y a la primera que mis ojos enfocan es a ella sosteniendo un café mientras habla con un tipo. Mira mi celular y después vuelve su mirada a mí esbozando una sonrisa picarona.

Me guardo el teléfono y paso a su lado como si nada, sólo le toma un par de minutos llegar

a mi oficina y entra casi detrás de mí.

—¿Ya ves de lo que te pierdes mi querido David?

No la estoy viendo. Deja unos papeles sobre mi escritorio rozando su cuerpo con el mío.

—Eso lo dices porque no has conocido a mi esposa. —Le guiño un ojo. De inmediato se tensa y todo su semblante antes coqueto ahora demuestra tremenda seriedad. Va a decir unas palabras y agradezco el golpe en la puerta que la interrumpe.

—Adelante —digo, sin despegarle la mirada de encima. El hombre calvo entra y Andi se aparta de mí sin ningún tipo de expresión.

—Señor Schmitt… —exclama el anciano cuando lo invito a pasar. Me extiende la mano como saludo y dice: —Muchacho, no sabía que te habías casado. —Estupendo, ahora este es el tema inicial de todas mis conversaciones. —Nunca me imaginé que fueras una persona de sentar cabeza.

¿Y eso es un halago o una ofensa?

—¿Cómo no iba a casarme? Si mi mujer es hermosa. —Eso lo digo a propósito aprovechando que Andi está aquí. Ella sólo nos está viendo de reojo y se aclara la garganta. —Un día te la presentaré.

—Oh, ya la conozco. Mi esposa ama su programa de televisión, dice que ustedes hacen tan linda pareja. Un día fuimos a una de las fiestas de aniversario de ese canal, mi esposa se volvió loca y después de eso ni siquiera me prestó atención a mí por estar hablando con ella. Un dulce en persona. Por cierto, me preguntó si podía invitarlos a su cumpleaños.

—¿Puedo retirarme… señor… Schmitt? —Andi hace énfasis en esas últimas palabras. En ese instante la miro, su pose no es relajada. Alguien no está conforme con esta conversación.

—Claro que no, los papeles de ese archivero no están en orden alfabético. —Me mira, casi siento la cantidad de dardos que me está lanzando con la mirada. Tomo los papeles que había traído y los leo mientras el señor frente a mí saca unos papeles.

—Y cuéntame más, Mark… ¿por qué tu esposa ama tanto a mi chica?

—Es muy dulce, inteligente y lista. Es usted un hombre muy afortunado, señor Schmitt. —Algo se le cae de las manos a Andi y ambos vemos en su dirección, disimuladamente recoge el pisapapeles y sin decir nada sale con un folio que encontró por ahí.

Al momento que la puerta resuena, Mark se vuelve a mí y llama mi atención la risilla que suelta, por un momento me tenso, creí que había descubierto lo que sea que hubo entre Andi y yo, pero sus palabras me dejan anonadado, hubiera preferido que creyera que tenía algo con Andi y no con la persona que menciona a continuación:

—Y yo que creí que tú y el jefe… —murmura.

—¿Yo y el jefe qué, Mark?

—Pues… ya sabes… —Ríe levemente, es una risa nerviosa. Ay no, que no sea lo que estoy pensando. —Creí que el jefe hacía lo de su matrimonio con la señorita Carlin para ocultar lo que tenía contigo. Los del piso dieciséis nos hacíamos tantas teorías y hasta apuestas.

Me quedo en silencio por unos segundos, viéndolo con desaprobación. Él de inmediato deja de reír, se aclara la garganta y finalmente me extiende unos papeles.

—Pero no… era… nada. —balbucea. No tomo los papeles, lo miro fijo, encabronado. —Es que, a ver, seamos honestos, a usted nunca se le había visto con una mujer, al jefe nunca se le había visto con una mujer, están juntos todo el tiempo, viajan juntos todo el tiempo, es algo fácil de suponer.

—Si eso llega a oídos de Anderson ten por seguro que te despide, junto a todos los del piso dieciséis.

Mark asiente mientras lleva su vista a los papeles e intenta aguantar una risa.
—Lo siento —dice, y tose, para evitar soltar una carcajada. —En fin, ¿en qué estábamos?

CAPÍTULO 17

Natalie

No hay día que no me arrepienta de haberme ido a Las Vegas.

Es que no, todos los días despierto pensando en lo increíble que era mi vida antes, ahora estoy aquí enredada con un hombre que no quiero como esposo… y peor aún, que no quiero como padre de mi hijo ¿Qué voy a hacer, madre mía?

Lo estoy intentando, sí que lo estoy intentando. Yo que pensé que esto iba a hacer algo de un rato nada más, pero heme aquí, pensando en qué voy a hacer si resulta que cargo a su hijo.

—¡Oh por Dios! Mira esta casa —dice Carmen a mi lado.

La llamé esta mañana justo después de que David se fue a trabajar. Estaba en Francia, pero ya había tocado suelo americano desde la madrugada, según ella misma todavía no se recupera del Jet Lag. Yo iba camino al súper mercado y ella se ofreció a acompañarme, le dije que no era necesario, pero se apareció en el local minutos más tarde y comenzó a dejar todo tipo de cerveza dentro de mi carrito de compras y me dijo:

—A los hombres les encantan las cervezas.

En eso sí que tiene razón, especialmente David, era lo único que tenía en su refrigerador, y eran latas vacías precisamente, todavía no comprendo qué hace cuándo tiene hambre, bueno… me dijo que tiene su comida preparada en el restaurante de en frente, pero ¿qué tal cuando tiene ganas de un snack? ¿Una fruta o algo?

—No solo a los hombres, a mí también.

—Y a mí. ¿Sabes qué otra cosa aman? La ropa interior sexy.

No entendí por qué se había detenido a mitad del pasillo hasta que dijo eso, tomó un par de calzones y los agitó en el aire.

—Carmen, eso no es sexy.

—¿Cómo que no? —Cuando se quedó viéndolas un rato, yo se las quité y las regresé a su lugar.

De todas formas, terminamos en un local de ropa interior que sí es sexy y yo misma diciéndole cuáles le quedaban mejor a su piel, al final decidió comprarme un conjunto rojo y me dijo:

—Por si acaso.

—No, con David no. Ni siquiera un «por si acaso».

De todas formas, aquí está el conjunto rojo en una bolsita de la tienda de lencería. En fin, dejó el tema por la paz y se quedó muda cuando entramos a la casa de David —y Carmen también tiene una casa bonita en uno de los mejores vecindarios, pero esta le parece «otro nivel»—. Y ahora mismo está callada, viendo alrededor y le agrega:

—Sí que eres una condenada con suerte.

—No entiendes nada de lo que te digo, ¿verdad? Además, creo que se acuesta con su secretaria. —Eso último lo digo con un tono más bajo de lo normal, aunque estamos solas, pero no es algo que me atreva a decir en voz alta: «Mi marido se acuesta con su secretaria» aunque no es mi marido de verdad me da vergüenza. —Y que, según lo que entendí, es casada ¿Ahora te imaginas que en realidad esté embarazada de él? Tendré que acarrear con el hecho de que el

padre de mi hijo se acuesta con su asistente.

Eso último lo digo con desesperación, solo pensarlo me da pánico.

—Relájate, no sabes si lo estás o no. —Saca una cerveza y me la da, pero entonces me la quita y dice: —Ay, no, tú posiblemente estás embarazada, no puedes tomar esto.

—No jodas, Carmen.

—¡Ay! ¿Su secretaria? —Le digo que sí. —¡Oh, Diablos! ¿Y está casada? —Le vuelvo a decir que sí. —No, es que una ya no se puede confiar de ningún hombre guapo que se parece a Chris Evans, pero al menos la casa está de diez.

Miro alrededor y sí, hay que admitirlo, la casa sí está de diez.

—Creo que es más de lo que yo pudiera soñar.

—¿Sabes qué es increíble también? —Ahorita está viendo por la ventana, tiene una cerveza en la mano y se la lleva a la boca. Me llama la atención qué es eso que mira con tanto esmero y me acerco. —El portero. ¿Es que todo en esta zona tiene que ser bello?

—Se llama Camilo. David lo odia, no sé por qué, pero está casado. —Ella hace algo parecido a un bufido. —Y su esposa está preciosa, la tiene como fondo de pantalla. La vi una vez que sacó su teléfono frente a mí. Quiero un marido que me tenga como foto de pantalla.

—Pues… otra condenada con suerte. Y no te creas lo del fondo de pantalla, a mí me tuvieron así por años, y me engañaron. No todo lo que brilla es oro. También me presumían en redes sociales y mírame ¿Quién lo pensaría? ¡Nadie! Hasta para mí fue un shock enterarme de lo que estaba haciendo. —Se gira a mí y agrega: —Pero de corazón, yo sí deseo que el tan mencionado David no se acueste con su secretaria y que tu matrimonio sí triunfe.

—¡No! Este no es un matrimonio de verdad, Carmen.

—Uno nunca sabe. —Se encoge de hombros y yo lo único que puedo hacer es respirar hondo y soltar ese aire con brusquedad porque no pienso discutir. —A veces las mejores relaciones se dan de improviso. Con mi ex estuvimos ocho años de novios y menos de un año casados ¿Qué te hace pensar que lo tuyo no puede ser lo contrario? Nada de novios y muchos años casados.

—¿No eras tú la que me dijo que me divorciara lo antes posible, el día que te conté todo?

Yo sí me acuerdo perfectamente. Cuando le dije todo lo que había pasado en Las Vegas se quedó muda, se puso de pie y me tomó por los hombros, me sacudió y después dijo: «Amiga, divórciate cuánto antes».

—Sí, antes de conocer a ese bombón con el que te casaste. Es que hacen tan linda pareja que me da ternura.

Por Dios. Mejor cambio de tema.

—Camilo tiene una academia de artes marciales. ¿Te gustaría venir? —Carmen se acomoda en el desayunador mientras piensa su respuesta. Tomo un tazón y me sorprende que David tenga algunos cubiertos, especialmente porque aquí no hay comida.

—No, definitivamente la violencia no es lo mío.

En el bowl vierto leche de almendras y tomo la caja de cereal multigrano.

—¿La violencia no es lo tuyo, pero sí practicas tiro al blanco?

—Eso es diferente, es algo así como una terapia para el estrés, solo imagino la cara de ellos dos, de mi ex y la zorra, y la llamo así porque ella sí sabía que él estaba casado y varias veces le envió textos preguntándole si la loca de su esposa estaba en casa ¿Te conté que varias veces la metió en mi propia cama? Bueno, aquí ni perdón ni olvido para ninguno de los dos. ¿Sabes? De pronto me siento hermanada con Jennifer Aniston, después de vivir lo mismo y todavía tener que aguantar verlos en la tv todos los días, tan finos, tan elegantes, tan hijos de puta.

—Si Jennifer Aniston logró superar al bombonazo de Brad Pitt, ¿Cómo tú no vas a superar al renacuajo ese de tu ex? —Se ríe, al menos sé que hago mi parte bien cuando ella suelta una risotada y se le olvida que estamos hablando de ese malnacido. Comienza a hablar sobre su viaje a Francia y me habla sobre las clases de tiro al blanco.

Una vez que dice que necesita ir a dormir, yo la acompaño hasta su auto.

—Si vendrás conmigo este fin de semana, ¿cierto? Quiero conseguir la licencia para portar armas, así nadie se va a meter conmigo. Si hubiera tenido un arma cuando estaba con mi ex, apuesto que no me pasaba eso.

—Carmen…

—Perdón, es que todavía no lo supero y mi terapeuta dice que lo hable si necesito dejarlo salir, pero no lo hablo con ella, lo hablo contigo. En fin, no tienes idea de cuántas veces los he matado en sueños. —Me rio, sé que no debería, pero lo hago. —¿Sí me acompañas?

—Bueno, ya me convenciste. —Le extiendo la palma de mi mano y ella la choca dándome un gesto con aprobación.

—Tú también la necesitas, con ese bombón rubio vas a tener que apartarte a varias del camino amiga… iniciando por la secretaria.

—Te recuerdo que este no es un matrimonio de verdad, Carmen. Puede acostarse con su secretaria las veces que se le de la gana, pero hasta después de firmar los papeles de divorcio.

—Okey, pero antes sí puedes estrenar una pistolita, solo digo. —Sé que está bromeando… o eso espero. —Y lo de si es o no un matrimonio de verdad, puede que ahorita no, pero en el futuro quién sabe. —Me guiña un ojo y yo solo la miro con disgusto.

—Ya te dije que no. —Le abro la puerta, espero que entre y la cierro. —Adiós, Carmen.

—Adiós, preciosa, nos vemos al rato.

Me gusta hablar con Carmen, pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo porque es mi primer día en esta casa y no quiero que David piense que me estoy aprovechando y que meto a mis amigas a su casa cuando se me da la gana.

En fin, necesito cortinas, pintura y otras cosas para mi propia habitación, así que me subo a mi auto y toco el claxon cuando paso al lado de Camilo, él me sonríe y bajo la ventanilla cuando noto su intención de hablarme.

—Convencí a David, así que ahí nos tienes esta noche —me adelanto. Él sonríe y asiente en respuesta, tiene camanances en ambas mejillas y poca barba, además sus ojos son azules como el cielo.

—No creí que aceptara, tengo el presentimiento que no le caigo bien al señor Schmitt.

—Creo que solo siente un poco de celos, pero nada que no se controle ¿Acaso tú no eres celoso con tu esposa?

Puedo notar que se tensa, pero de inmediato cambia el gesto y sonríe de lado todavía inclinado a mi ventana.

—Antes. Bueno, desde hace un tiempo nuestro matrimonio ya no es lo mismo, y perdón por contarte estas cosas.

No sé si creérmelo, es que he conocido a varios que han dicho lo mismo y siempre es una gran mentira. Hago un gesto de afirmación con la cabeza y le digo que no pasa nada.

—No te preocupes.

—No tiene caso celar a alguien que ya sabe cómo es ¿No crees? —El gesto en la cara le derretiría el corazón a cualquiera, pero yo ya me sé esas tácticas. —¿La ayudo a desempacar, señorita?

—No, pero gracias. Ya desempaqué la mayoría y David me ayudará con las otras.

—Cualquier cosa, ya sabe que estoy aquí.

—Sí, gracias. Adiós, Camilo.

Pongo en marcha mi vehículo. Todavía no me acostumbro al vecindario de David. Mi antiguo apartamento era estratégico estaba cerca de muchos supermercados, farmacias y mi lugar de trabajo, ahora tengo que conducir el doble para ir hacia algún lugar de los que me gustan. Llevo varios minutos rondando la calle y aún no diviso ninguna tienda. Recibo un mensaje y sé que es David, desde que se fue esta mañana me ha enviado mensajes haciéndome reír. Es que no todo el tiempo es un grano en el culo, y a veces me gusta su personalidad, eso es un punto a su favor.

Aun así, tampoco es que lo quiero como esposo.

Tomo mi celular. David conoce mucho mejor que yo y podría guiarme a una tienda de artículos para el hogar, aunque... ¿será que realmente conoce alguna? No lo creo.

Freno de golpe frente a una tienda de ropa, uno de los maniquíes tiene una chaqueta de cuero color rosa que definitivamente quedaría muy bien con mi nuevo vestido Armani. Aparco mi vehículo. Directo a la entrada del establecimiento no puedo evitar que mi atención vaya a una mujer que está en la puerta, sostiene un bebé en brazos que no para de llorar, parece bastante afectada por no saber qué hacer y camina de un lugar a otro hablando por teléfono, en realidad le grita al aparato. Me veo a mí misma en esa situación, no puedo dejar de verla, no… yo no estoy preparada para esto.

—Disculpa… —mMe llama a mí, oh por Dios, esto me pasa por quedarme viendo a las personas. —Necesito sacar unos papeles de mi cartera ¿Serías tan amable de sostener a mi bebé un momento?

Miro alrededor y me doy cuenta de que sí, me habla a mí, ¿Qué tal si esto es una estafa? ¿Qué tal si esta mujer va a secuestrarme? Pero veo un guarda de seguridad al frente y otro a unos escasos metros, así que… si esta mujer intenta hacerme algo, comenzaré a gritar fuerte.

Vacilante, le digo que sí cuando ella sigue gritándole a su teléfono. Me entrega al niño y por un momento no sé qué hacer o decirle al bebé. No para de llorar y la mujer nada más está buscando cosas en su bolso, pero sin quitarme el ojo de encima ¡Genial! Le estoy haciendo un favor y ya desconfía de mí, pero eso es recíproco.

—Hola —le digo al bebé. Para de llorar y me mira. Le sonrío para intentar despejar la tensión y le agrego: —¿Cómo te llamas?

Genial, Natalie. Genial. Como si él fuera a contestarte.

—¿Eres niño o niña? —continúo, por supuesto que sé que es niño, al menos lleva ropa como si lo fuera: Una camiseta oscura de Kiss, la banda de rock, y un gorro tejido de color gris sobre su cabeza con dos orejas de Koala. —Me gusta tu gorro.

Él sigue viéndome, no me despega la mirada de encima en ningún momento, entonces sonríe, como si entendiera las tonterías que le estoy diciendo. La mujer me lo arrebata de las manos cuando ya colgó la llamada y guardó su celular.

—Muchas gracias por sostener a mi hija. —Ah caray, es una niña. —Estaba hablando con mi exesposo. Ese maldito bastardo no quiere pagar la manutención de su propio esperma, lo demandé. Hombres, son todos iguales. —Hace una pausa, mira a su bebé y después a mí. —Oye, por lo que veo eres muy buena con los niños, ¿tienes hijos?

—No. —Instintivamente me llevo una mano al vientre. —Al menos no todavía.

—Ni los tengas, muchacha. Mejor aún, no te cases, por favor. Nunca. Sé feliz, usa preservativo siempre y por nada del mundo creas eso que dicen por ahí que hay que tener relaciones de noche porque los espermatozoides están dormidos.

¿Qué diablos?

Ella da media vuelta y se va, la veo caminar en dirección contraria sin creerme lo que acaba de pasar y lo que acabo de oír. Dios. Mi celular comienza a sonar dándome un susto, revuelvo todo mi bolso hasta dar con el aparato, al ver la pantalla y usar mi dedo índice para desbloquearlo, me doy cuenta de que es un número desconocido.

—¿Hola?

—Nattttyyyyyyy.

Una voz chillona que de inmediato reconozco me hace esbozar una sonrisa.

—Angelique… ¡Vas a dejarme sorda!

Escucho sus risitas del otro lado. Un sonido a lo lejos de alguna tv encendida y una canción de BTS resonando en un espacio que puedo asegurar es su habitación.

—No me contestaste mi mensaje ¿Qué te pasa?

Entro a la tienda para ver la chaqueta más de cerca y de inmediato miro otra de color blanco.

—¿Cómo es que ya tienes celular? Tienes once años. —Una amable mujer al ver mi interés se acerca y le pido con una seña que me la muestre. Ella asiente con la cabeza y yo sigo escuchando:

—Doce, Natalie, doce. Estoy a siete meses de tener doce. Ya hasta tengo novio —susurra y me hace reír. —Vendrás a la cena de cumpleaños de mamá, ¿cierto?

—No lo sé —contesto vacilante. Mamá ni siquiera me ha invitado. Tomo la chaqueta que la mujer me está dando y después de quitarme mi abrigo y sostener el teléfono entre mi hombro y mi oreja, me miro al espejo con la prenda puesta.

—Naty ¡No! Tienes que venir y presentarnos a tu esposo. —Mi esposo, eso hace que se me revuelva algo por dentro y no es nada bueno, pero creo que puedo acostumbrarme… al menos por los meses que esto dure.

«Angelique, mi amor. —Escucho la voz de mi madre susurrando al otro lado del teléfono. —Deja eso, no voy a invitarla, esta es una cena familiar, solo a ti se te ocurre mencionarlo delante de esa…»

Cuelga y no alcancé a escuchar lo último que dijo.

Me quedo ahí estática, digiriendo lo que acaba de pasar, la verdad es que estoy acostumbrada a las palabras de desprecio de mi madre pues ella y yo no tenemos una relación, desde… bueno, nunca. Ella me culpa por sus desgracias, según ella «porque no pudo ser modelo gracias a que llegué yo» la última vez que hablamos le dije que por qué tuvo relaciones si ni siquiera sabía qué era un condón y casi me agrede en pleno restaurante.

Tampoco soporta que yo tenga éxito en la televisión.

Tomo un respiro profundo e intento concentrarme en lo que tengo frente a mí: la otra chaqueta y la amable mujer que la sostiene. Me la pruebo y, sí, parece que ambas fueron hechas exactamente para mí. Le digo que me las llevo, y su sonrisa se ensancha. Me pide que la siga, y mientras espero en la caja para realizar el pago, recuerdo que hace unas semanas le envié una solicitud de amistad a mi padre en su red social.

Hasta ayer no la había aceptado, pero me convencí a mí misma de que tal vez él no es de revisar estas cosas a menudo, entonces lo dejé así, pero ahorita mi corazón se rompe en mil pedazos cuando entro a su cuenta y veo que su más reciente actividad fue hoy y cambió su foto de perfil, sus amistades lo felicitan por su familia y él a todos les agradece con entusiasmo. Al parecer, va a tener otro hijo.

Me quedo ahí, contemplando su fotografía. Él aparece sonriente junto a su esposa

embarazada, y con ellos están sus dos hijos. En el perfil de mi madre también están ella y su esposo, acompañados de Angelique, mi hermana pequeña. Ambos lucen felices, exhibiendo al mundo sus familias perfectas, mientras yo no formo parte de ninguna.

Muerdo el interior de mi mejilla con una sensación de pesadez mientras miro hacia el exterior, imaginando cómo sería tener una familia: compartir cenas de Navidad o celebrar cumpleaños juntos. El sonido de mi celular me saca de mis pensamientos, y de inmediato cambio mi expresión al ver un mensaje de David aparecer en la pantalla:

De: Patricio Schmitt.

«¿No te ha raptado Camilo?»

David.

No puedo dejar de reproducir este video.

—Hola amiguis Patricio. —Oh por Dios—. Seguimos tu consejo y tenías razón. —Los dos tipos Paula y Marisol chillan del otro lado. —Luego de tu monólogo sobre el significado del amor y el por qué amar es la mejor sensación del mundo. —¡Oh por Dios! Como que me da algo ¿Que yo dije qué? —La verdad es que nos tocaste el corazón y… NOS CASAMOS. Tenías razón, no hay como casarte con tu mejor amiga, confidente…

Ahora sí lo detengo.

Me quedo pensativo viendo el fondo de pantalla de mi celular ¿Amar es la mejor sensación del mundo? Por Dios, espero eso no lo hayan grabado y también circule por internet.

El nombre de Natalie aparece en mi pantalla. Le he escrito todo el día cada que tengo tiempo libre para interrumpirla por si a un caso está hablando con Camilo el casado.

Su respuesta a mi último mensaje es un:

De: Constanza

Sí, de hecho, estoy en su maletero mientras contesto tus mensajes.

Me hace reír.

Las puertas del elevador se abren y camino directo a la puerta principal sin mirar a ningún lado, estoy contestando el texto de Nat cuando en ese preciso instante alguien me golpea con su hombro y mi celular se cae al suelo.

—Lo siento —dice Andi sin voltearse. Solo observo su cabellera roja y su vestido ajustado salir por las puertas de vidrio del edificio.

Hija de… su madre.

No digo la frase completa, porque soy un caballero.

Todo el día he tenido que soportar sus miradas, malos gestos, insinuaciones, etc. Intento controlarme mientras avanzo detrás de ella a una distancia prudencial, pero lo suficiente como para ver como contonea sus caderas porque sabe que estoy detrás, en otras circunstancias, lo primero que hubiera hecho es ir hasta mi oficina, citarla y ahí hacer lo que se debe de hacer; pero no, a mí no va a manipularme de esa forma.

Reviso mi teléfono y juro que si se quebró o algo se lo descontaré yo mismo de su salario. Voy hacia mi auto mientras tecleo un *«ya voy en camino»* a Constanza. No tengo otra opción, voy a acostumbrarme a estar casado unos meses, no puede ser tan malo ¿O sí?

Pero si está embarazada ¿Esto tendrá que ser de por vida?

Oh, Dios, ¿Qué voy a hacer?

Aunque podríamos co-parentar ¿No? Eso tampoco puede ser tan malo, solo es coordinarse como dos personas maduras y separadas.

Ay, Dios. Solo espero que no lo esté.

Me subo a mi vehículo y conduzco a la dirección que me dio Nat, sólo pensar que tengo que ir a esas clases de karate y ver a Camilo el casado presumir de sus poderes Kung Fu Panda me da dolor de cabeza.

Un mensaje entra a mi celular y esperando que sea Natalie, lo saco de mi bolsillo, pero a la que mis ojos observan es a Andi en la pantalla de mi teléfono con el texto:

De: Sexy Andi.

«Esta noche estaré con mi esposo, no me llames»

«Como si yo te llamara, Andi» desde siempre es ella quién llama primero, yo nunca he gastado un minuto para hablarle. Contesto bajando la velocidad de mi auto, debería esperar a que llegue a un semáforo al menos, pero se me apetece contestar ahora porque cuando llegue no me

voy a sentir igual de molesto que ahorita.

Para: Sexy Andi. —definitivamente voy a cambiar ese contacto a «Grano en el culo Andi»—.

«¿Alguna vez te he llamado yo? No me jodas, Andi, y yo sí espero que tú no me llames porque voy a estar con mi mujer».

Dejo el celular sobre el asiento del copiloto, no contesta por suerte. Después de un rato cuando ya casi estoy llegando a mi destino mi celular vuelve a sonar con un texto de ella, bajo la velocidad listo para contraatacar y al abrirlo me percato de que no es sólo un mensaje, es una foto, una donde sólo está tapando a su pelirroja con una mano y su largo cabello teñido en rojo cobrizo le está cubriendo ambos pechos.

Por Dios.

Me quedo viendo la maldita foto y no me percato de lo que pasa frente a mí hasta que siento un golpe que me sacude por dentro.

Maldición.

De inmediato levanto la mirada y veo a los tres oficiales bajarse de una patrulla, la misma que yo acabo de chocar.

Maldita Andi.



No sé cuántas horas pasan, pero sigo maldiciendo a Andi.

—Señor Schmitt, ya pagaron su fianza, puede salir.

Es el mismo oficial del día que estuve encerrado aquí. Me levanto como un resorte. Maldita sea, ya estaba a punto de quedarme dormido.

Me voy directo a la sala donde Natalie me está esperando. Ya me sé estos pasillos de memoria, creo que incluso mejor que los de mi casa, pero bueno, esta es la segunda vez que no los recorro borracho.

Mis ojos enfocan a la castaña hablando con un oficial quién parece bastante entusiasmado con ella… demasiado entusiasmado.

Ahora mismo se están tomando una selfie y yo solo me quedo viendo el espectáculo, creo que me veo al fondo y no debo de tener el mejor gesto. Se giran los dos una vez que Nat se despide del oficial, camina hacia mí.

—¿Te detuvieron por conducir mientras mirabas porno? —La señora que me está entregando mis cosas levanta la mirada con una ceja enarcada y vuelve a ponerla en lo que me está entregando.

—No era porno, te lo juro. —Con mis cosas camino a la puerta de salida, tengo que llamar a mi abogado para que me ayude a borrar esto de mi historial, porque ¿cómo diablos se les va a ocurrir poner en mi registro que estaba viendo porno? —Oye, dijiste que no te importaba lo de Andi, ¿cierto?

Estoy dispuesto a contarle todo, pero entonces cuando me giro veo que no camina a mi lado, se quedó hablando con el oficial.

No, de hecho, están intercambiando números con el oficial.

En mi propia cara.

Se ríen, se dicen algo más y después Natalie se despide.

—¿Me decías? —pregunta una vez que está a mi lado, ni siquiera me mira mientras guarda

el celular en el bolso y yo, de pronto, no tengo ganas ni de hablar. Quiero preguntarle quién es él, pero creo que eso es imprudente, aunque no es necesario porque es ella quién me dice: —Es un amigo de la universidad, gracias a él no pagaste fianza.

—Entonces, dile que gracias. —Eso lo digo serio, porque prefiero pagar mi fianza que deber un favor a un desconocido que solo quiere impresionar a Natalie ahora que la encontró, solo porque está guapa y tiene éxito en su programa de tv. Buen partido ¿eh, policía? Qué lástima que no esté soltera.

—Ah, por cierto, te compré algo —la escucho decir una vez que estamos en el parqueo. —Vi esto y no pude evitar pensar en ti.

Va a su auto, saca una bolsita y camina de regreso para entregármela ¿Qué es esto? Temeroso abro la «sorpresa» para saber que…

Oh, por Dios.

Es un calzoncillo de batman, nuevo.

De inmediato lo guardo de regreso en la bolsa, aunque casi se me cae de la vergüenza. Miro a mi alrededor, esperando que nadie lo haya visto, pero el oficial en la entrada, por la sonrisa en su rostro, sé que se dio cuenta.

CAPÍTULO 18

David

Espero en el auto de Constanza mientras ella se digna a terminar de arreglarse.

Se tarda como quince o veinte minutos ¡Casi media hora! Lo peor de todo esto es que ella se ve perfecta antes y después, es que no sé qué se estaba arreglando, está exactamente igual ¿El cabello tal vez? Ahora lo lleva de lado.

Ahora mismo está corriendo hacia mi auto y, en cuanto entra al vehículo, el interior se llena de un delicioso olor a melocotón. Nat siempre huele a flores o frutas, lo cual no está mal, por cierto; de hecho, huele muy bien, quizás demasiado bien como para ir a ver a Camilo

—¿Y bien? Te gustaron ¿Verdad?

Supongo que habla de los calzoncillos.

—Me encantaron, Constanza. Es el regalo que siempre le he pedido a los tres reyes magos —ironizo, y ella se ríe. He notado que últimamente ya se ha acostumbrado a su segundo nombre, porque no dice nada cuando lo menciono.

—Me compraré unos que combinen.

No sé si lo dice de verdad o solo se está burlando de mí.

—Qué vergüenza —musito. Se acomoda el cinturón y pone en marcha el vehículo. Por cierto, hoy me toca ser la princesa pasajera.

—Yo no te juzgo por eso —dice de pronto. —Cada quién tiene la ropa interior con la cual se siente más cómodo. Si a ti te gustan de Batman, está bien.

—Los de Batman me los compró mi madre. La verdad es que… no he querido deshacerme de ellos; más que comodidad, tienen un valor sentimental. Igual que la alfombra, me gusta guardar las cosas que tienen buenos recuerdos.

Esto es algo que jamás he mencionado ni mencionaría a nadie más, pero ya que vamos a vivir juntos, supongo que tiene que conocer qué cosas puede tocar y qué no.

—Ya veo.

—Además, los Calvin Klein aprietan demasiado.

Eso la hace reír. No quiero que se quede con mi comentario anterior en la cabeza y me recuerde como una persona sentimental. Sigue con la vista puesta en la carretera, mientras ninguno de los dos dice nada. No sé qué más agregar, si ya pasé suficiente vergüenza solo con el hecho de que vio, lavó y arregló mi ropa interior

—¿Puedo preguntar qué pasó con tu madre? —La pregunta la hace de manera prudente, por un momento me quedo pensando cómo decir esa palabra que por las malas tuve que aceptar que es parte de la vida. No sé cuánto tiempo me tomó darme cuenta de que son cosas que tienen que pasar de alguna forma y solo hay que continuar. —Lo siento, si no quieres hablar de eso lo entiendo perfectamente.

—Murió —lo digo sin verla. —Hace un par de años… y la verdad es que no me he querido deshacer de ninguno de sus regalos por muy viejos y gastados que estén.

—Lo lamento —dice. Voy a contestar cuando siento su mano sobre la mía y frunzo el entrecejo al ver que entrelaza sus dedos con los míos.

—No te preocupes —le contesto yo, mirando sus dedos por un segundo. De una forma

gentil, quito su mano, pretendiendo tomar mi botella de agua, porque ese roce me incomodó, pero no de una mala manera, sino de una agradable, de esa que recorre tu espalda con un escalofrío y te hace querer alejarte para guardar tu corazón. —Tampoco me he podido deshacer de muchas cosas feas que hay en mi casa porque eran de ella.

No dice más y tampoco hace más preguntas. El camino hacia el supuesto lugar donde Camilo se las da de Jackie Chan transcurre en completo silencio. No es un silencio incómodo, es un silencio tranquilo, que se interrumpe cuando ella enciende la radio. La lluvia se hace más fuerte, casi taladrando el techo de su auto. Ese sonido se mezcla con la música que ella comienza a corear, y me hace sonreír escuchar que lo hace jodidamente bien.

Cuando llegamos la lluvia no me da una gran vista del lugar oscuro que hay afuera, pero desde la entrada se ve que no es un buen sitio. Natalie busca donde aparcar y una vez que lo hace se recuesta en el asiento del auto.

—Mi ropa interior favorita es una braga de abuelita con la cara de rosita fresita que me gusta usar para dormir.

—Por Dios, quiero verla —ironizo, aunque sí, quiero verla. Natalie toma su bolso del asiento trasero, inclinándose de una manera bastante provocativa, o al menos yo miro de manera provocativa, porque tengo la testosterona alta —*no sé*—, pero no puedo evitar fijarme en esa parte en específico… la parte que me gusta de Nat.

—El día que la conozcas, será porque ya hemos pasado el límite de la confianza. —Con una ceja alzada, se incorpora nuevamente en su lugar. —Especialmente porque es de esas matapasiones que estoy segura que no querrás volver a ver.

—¿Tan mal está? —cuestiono con ironía. Ella lleva su mirada hacia mí soltando una leve risa.

—Sí, pero si una persona no te acepta como eres y con las cosas que te gustan, sácala de tu vida. Te lo digo como una amiga.

—¿Amiga? —cuestiono de inmediato— ¿Estás lanzando a tu esposo a la *friendzone*?

Suelta una risa mientras abre la puerta de su auto.

—Bien, ¿Corremos hasta ese callejón? —¿Callejón? Miro hacia el exterior, y la lluvia nubla todo mi campo de visión.

—Pues ya ni modo —digo, abriendo la puerta. En sólo segundos, ya estamos entrando al que se supone es el local.

Natalie saca una toalla y comienza a secar las gotas de lluvia que se le escurren por sus brazos, rápido comienza a secarme a mí provocándome una risa, pone la toalla sobre mi cuello y tira de mí de ambos costados para comenzar a secarme el pelo.

Nuestros rostros están muy cerca y me concentro en su sonrisa.

—Me estás despeinando —le susurro yo.

—¿Es que estabas peinado? —pregunta con burla. Me quita la toalla del cuello y continúa su camino bajo la atenta mirada de muchos idiotas que están fumando afuera.

La sigo unos pasos más atrás. No puedo evitar que aquello me resulte molesto, pero no puedo hacer nada. El lugar comienza a llamar mi atención, y es que yo creí que solo los hombres venían aquí, pero no, también hay mujeres, y mujeres muy bonitas

Ahora entiendo por qué la esposa del tipo este viene a estas clases.

Dos mujerones pasan a la par mía. Ellas me sonríen, y yo les sonrío a ellas mientras me giro levemente para seguir su mirada. ¡Por Dios! Cuánta belleza en dos mujeres. Una de ellas me guiña un ojo. En lo que me doy la vuelta para continuar mi camino, choco con un maldito poste y caigo de espaldas.

Pu… mie…

De inmediato, Natalie se acerca, y también las otras dos chicas que acaban de pasar. Ay, por Dios, ¿por qué, Dios? ¿Por qué?

—¿Estás bien? —pregunta Natalie. Se inclina hacia mí, me revisa la frente ¿Por qué la frente? Tengo un *chichotón* de seguro. Estoy desorientado y no veo bien.

—E… estoy bien. —Claro que no, pero qué pena, Diosito.

—¿Estás seguro? Mira que podemos ir al hospital que te revisen, no sé, ese golpe sonó bastante feo.

—Estoy bien, de verdad.

Este es uno de esos momentos en los que desearías haber muerto.

Nat me extiende su mano para ayudarme a ponerme de pie, y sí la tomo. Me mareo, y no solo Nat, también las otras dos chicas, una a cada costado mío, me ayudan a levantarme. No, definitivamente, ser Patricio Schmitt no es lo más vergonzoso que me ha pasado.

Me pongo a reír, porque la verdad no sé qué hacer —en realidad me quiero encerrar en una cueva y no salir hasta dentro de unos veinte años—. Les repito que sí estoy bien y las tres se ríen conmigo.

Cuando dije una vez que hacer reír a una mujer era tu mejor arma, no me refería a esto.

—-¡Hey! Vinieron.

Esa perturbadora voz mi cerebro la reconoce de inmediato. Camilo, el casado, se está acercando a nosotros y puedo ver la sonrisa coqueta de las dos chicas, de Nat también, pero Natalie no es tan obvia.

—¿Cómo están? —Saluda él. Creo que nos preguntó a todos, pero solo mira a Natalie y le sonríe. Miro mi reloj indiferente con ganas que pasen las dos malditas horas de una buena vez.

Finalmente deja de hacerle ojitos y me da un vistazo a mí.

—Un placer verlo por acá, señor Schmitt.

Me extiende la mano y la tomo por educación, ni siquiera sonrío. Él, incómodo, mira a Natalie y comienza a decirle una serie de cosas sobre las clases, pero no presto atención. ¿Para qué escuchar hablar a Camilo? Mi celular suena y, de inmediato, me lo saco del bolsillo.

Por Dios.

De: Sexy Andi. —ahora si cambiaré ese nombre de contacto—.

¿Divirtiéndote? Yo voy a tener mucho sexo hoy ¿Y tú?

Ni siquiera contesto, me guardo el teléfono y analizo este lugar que parece sacado de una mala película de pandillas.

—Por favor, pasen. —Ese es Camilo. —Los veo adentro, sólo saludaré a algunas personas.

Sí claro, el popular.

Camino hasta el lugar que nos dice. Natalie va primero y solo me adelanto para abrirle la puerta. No lo hago consciente, pero ella esboza una sonrisa y la escucho:

—Gracias, qué caballeroso. —No sé si eso fue sarcasmo.

En fin, el lugar es grande y voy a admitir que aquí adentro no está mal. Escucho el celular de Natalie y cuando se lo saca del bolsillo, esboza una sonrisa y se vuelve a mí para disculparse.

—¿Oscar? —pregunta y se va, pero todavía alcanzo a escuchar un: —¡Por supuesto! Tanto tiempo.

¿Quién carajos es Oscar?

Me quedo ahí parado, viendo como habla y se ríe al tal Oscar al teléfono. Quizás es el maldito oficial que encontró hoy en la comisaría. Ya no sólo quieren robarse tu salario, ahora también quieren robarse a tu esposa.

—Señor Schmitt —escucho a mis espaldas la perturbadora voz de Camilo, el casado, una vez más. Giro sobre mis talones para verlo, y mis ojos se enfocan en la mujer que está tomada de su brazo.

Una mujer tecleando en su teléfono celular.

Una mujer con las uñas pintadas de color rojo, porque yo le dije que me gustaba el rojo.

De inmediato levanta su mirada hacia mí, y… ¡No!

CAPÍTULO 19

David

Me quedo ahí estático por unos segundos y ella también, el celular que sostenía ahora está en el suelo y de inmediato recompone su postura cuando Camilo se lo entrega nuevamente.

—Lo siento —dice con una risa nerviosa, vuelve sus ojos a mí fingiendo una sonrisa, pero parece más una mueca. —¿Cómo está señor Schmitt?

Por un momento no sé qué hacer ni qué decir, ni cómo actuar o si finjo mi muerte.

—Bien, señora Spencer. Un placer encontrármela por aquí.

Intento sonar profesional cuando en realidad quiero tirarme de un acantilado.

—¿Ustedes se conocen? —pregunta Camilo, el casado. Uno de sus brazos está alrededor de la cintura de Andi y el otro dentro de su bolsillo.

Si supieras Camilo, si supieras…

—Así es, el señor Schmitt es… —se aclara la garganta. —Es mi jefe. Es el director de *Anderson*.

¿Sabrá Camilo de qué forma consiguió ese puesto en la revista? Es que no la conocí por ser mi secretaria, la conocí en un bar y después la hice mi secretaria.

Dios mío, te ruego que sea su hermana, prima, amiga, amante, lo que seas.

—Entonces, ¿él es quién asegurabas que era gay?

La madre que la parió.

Andi golpea el codo de Camilo quién suelta una risita y yo los miro a los dos.

—Estoy bromeando —dice, golpeando suavemente mi hombro con una sonrisa.

¿Desde cuándo tú y yo nos damos bromas, Jackie Chan?

—¿Ella es tu esposa? —La voz de Natalie a la par mía interrumpe la bendita plática. Uno de sus brazos rodea mi cintura y Camilo, el casado, le dice que sí.

En este momento desearía tener la velocidad del maldito de Flash para desaparecer en segundos.

—Cariño, ella es Natalie —le habla a la pelirroja, quién está viendo a Nat de pies a cabeza, y Camilo continúa: —Por cierto, mi esposa también trabaja en la revista *Anderson* y me acabo de enterar de que es la secretaria del señor Schmitt.

Diablos, diablos… mierda, y mil veces mierda. Natalie ya lo sabe, hablamos sobre ella, pero ¿qué iba a saber yo de que es la esposa de Camilo? Además, fue él quien tuvo la idea de que tuvieran un matrimonio abierto, ¿no? Entonces, ¿es eso lo que está haciendo? ¿Seducir a Nat porque él sí tiene un matrimonio abierto? Pues el de nosotros no lo es, así que agradezco que retroceda un paso.

El casado, continúa.

—Y bueno, ella es la esposa del señor Schmitt. Te dije que es una mujer casada, no tienes de qué preocuparte.

¿Preocuparse? ¿Andi? Casi me río, pero mejor me quedo callado.

Es Nat la que le dice:

—Es un placer conocerte.

La pelirroja no sabe qué cara poner, está en shock todavía, y yo también. Además, no

disimula la forma en que la mira. Voy a ser muy honesto ahora mismo: Físicamente, Andi no le llega ni a los talones a Nat. Es que Nat es una diosa completa, con un cuerpo divino y una cara espectacular. Andi es bonita, pero eso es todo.

—Es un placer, Natalie.

—Y, por cierto, yo puedo asegurarte que el señor Schmitt no es gay —eso lo dice dándome una palmada en el culo.

Joder…

Joder.

Me vuelvo a ella incómodo ante la carcajada que Camilo, el casado, quiere ocultar. Tomo su mano con una sonrisa disimulada que grita un «Todavía no tenemos esa confianza, mi Nat, todavía no». Ella, sin más, se acerca a mi boca para darme un beso, sus labios son suaves, tibios y húmedos, y se pasean sobre los míos con una extrema delicadeza que por unos segundos no sé cómo reaccionar. Rápido le doy órdenes a mi cerebro para que despierte y mis labios se acoplan a los suyos de una manera bárbara, aprovechando que también la tortuga ninja está en el público.

Se me había olvidado la química entre los dos y los tremendos besazos que podemos darnos.

Es Nat la que se separa de mí, yo por mi parte me hubiera quedado más tiempo. Ahora estoy comprendiendo mejor el por qué me casé.

Es ella la que me sonríe, yo apenas estoy buscando mi antena de señal. Natalie se vuelve a los presentes y yo no analizo las facciones de nadie, porque mi cerebro aún está procesando ese beso, pero sí puedo asegurar que están incómodos.

—Yo… —me aclaro la garganta. —Iré a cambiarme.

Natalie me extiende su bolso. En esto sí no fui nada caballeroso, pero es que se me olvidó que traía mi ropa junto a la de ella, así que también cargó mis trapos.

En fin, eso para otro momento.

Entro al baño y todavía no sé dónde estoy, ni quién soy, ni que hago en este mundo, maldita Constanza y esos besos que provienen de esa linda boca, junto a esa linda nariz que está cerca de esos lindos ojos que van pegados a esa linda cabeza que forma parte de ese lindo cuerpo.

«David cálmate» me ordeno a mí mismo.

Abro la llave del lavamanos y veo el agua caer antes de dejar verter un poco en mis manos, entonces unos pasos detrás de mí me llaman la atención, me doy media vuelta y mi cara de decepción es más que notable al ver a Andi frente a mí de brazos cruzados.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—La correcta pregunta es… ¿Qué haces tú aquí? —ironizo, tomando una toalla y pasándola por mi rostro. —Por favor, vete.

—No se te ocurra decir nada de esto ¿Entendido?

—¿Qué cosa? ¿No es que tenían un matrimonio abierto?

—Sí tenemos un matrimonio abierto, pero es incómodo, porque eres mi jefe, David. Es la primera vez que consigo un trabajo bueno, y no quiero que piense que lo conseguí por acostarme con mi jefe…

—Bueno…

—Escúchame bien, si mencionas algo, te juro que…

—¿Qué? —la interrumpo —¿Le dirás a mi esposa? Porque yo también le puedo decir al tuyo y déjame decirte que tú sí tienes las de perder. Punto uno, me dijiste que tu esposo estaba fuera del país y Camilo me fue asignado hace cuatro meses por lo cual sé que no ha estado fuera del país; punto dos, me dijiste que estabas en planes de divorcio porque él te pidió tener un

«matrimonio abierto»; punto tres, ¿en realidad él fue el de la idea del matrimonio abierto?

—¿Qué estás insinuando?

—Haz dicho demasiadas mentiras.

—Estamos yendo a charlas matrimoniales y más te vale que tú no quieras interferir.

—¿Qué? Yo no tengo ganas de «interferir» en tu matrimonio abierto. Tú no interfieras en el mío. Bueno, ahora que ya conoces a mi esposa ¿Qué te hace pensar que quiero algo contigo?

—Eres un idiota.

—Y yo no diré lo que pienso de ti, ahora vete que no quiero problemas.

Tomo su brazo y ella de manera brusca se suelta de mi agarre, sale a grandes zancadas y cierra de un portazo.

Esto será mi tortura.

Salgo del vestidor y a la primera que mis ojos enfocan es a Constanza quién de inmediato lleva la vista hacia otro lugar y ese otro lugar es Camilo el casado sin camisa, tiene un tatuaje en la espalda de algo que parece un dragón y parece estarle explicando a Natalie qué es por los gestos que hace con sus manos.

No es la gran cosa.

Doy gracias al cielo y a todos los seres divinos que Andi no está por ningún lado, y el resto de la noche no se aparece. Según Camilo, el casado, se fue porque le «dolía la cabeza».

En fin, no sé si tengo un esguince o si se me torció el cuello, pero como me imaginé, Camilo me usa como su saco de prácticas de boxeo y yo no puedo decir que no a sus «demostraciones», porque hay mucha gente viéndonos.

Bueno, en realidad no fue a mí a quién le pidió pasar al frente, fue a Nat, pero yo le dije que no, que yo me ofrecía… es que, a ver, ¿cómo se le ocurre toquetear a la esposa de otro hombre solo porque la suya no está? Además, Natalie está embarazada, —eso no es tan seguro, pero por si acaso—.

—¿Entonces qué hace usted señor Schmitt si alguien lo ataca por detrás y…? —No me deja ni pensar, de inmediato me pasa la mano por el cuello y ni siquiera me ha explicado qué debo hacer. Ni siquiera es una pelea justa.

—Ese es un agarre muy fuerte.

Yo casi no puedo respirar.

—¿Crees que si te atacan por detrás lo harán de manera amable o te pedirán permiso?

—No te permito que me tutees.

—Perdón, señor Schmitt. —Y me aprieta más el cuello.

En fin, cuando la tortura por fin termina yo siento que me atropelló un camión, estoy sentado afuera sintiéndome como si tengo todos los huesos rotos y recuesto mi espalda en la pared esperando a Nat. Una vez que sale, me dice:

—¿Vamos a McDonalds? Podemos pedirla para llevar y comer en casa mientras vemos *El diario de Noah.*

«El diario de Noah» Dios mío, odio las películas románticas.

—Bien —miro que está batallando con su bolso y un abrigo, entonces me apresuro: —Voy a ayudarte con esto.

—Yo puedo —dice, sin soltarlo. Solo espero que no se queje de no tener un esposo caballeroso, porque es ella quien no me lo permite.

Mi celular suena en ese momento y lo saco de mi bolsillo esperando cualquier cosa de Andi, pero es el mismo desconocido del que me llamó mi ex el otro día. Cuelgo la llamada de inmediato, al levantar la mirada me encuentro con los ojos de Natalie escudriñándome.

—¿Era Andi? —pregunta, viendo mi celular ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo es qué? Abre la puerta de su auto, pero ahí me percato que ella no sabe que la esposa de Camilo se llama Andi, ni que esa Andi sea la misma Andi. —Te molesta tanto que hable con Camilo y tú te acuestas con su esposa.

Estoy muerto.

—Q… que… n… no… ella no es —balbuceo.

—Alex me lo acaba de confirmar.

Abre la puerta del auto y entra sin esperar mi respuesta. Me subo del lado del copiloto y tomo una calada de aire para prepararme mentalmente para lo que sea.

—Camilo y ella tienen una relación abierta, eso fue lo que ella me dijo ¿Cómo voy a saber si es verdad o no? Yo ni sabía que su esposo es Camilo.

—Sabes que eso no es correcto ¿Verdad? No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti.

—¡Que ella me dijo que tenía una relación abierta, Natalie! ¿Qué? Crees que iba a ir yo a su casa a preguntarle a su esposo: Oye, ¿es verdad que ustedes tienen un matrimonio abierto? No ¿Verdad?

Eso deja a Natalie pensando un rato, es que no es mi culpa. En ese momento Camilo el casado pasa en frente, Natalie toca el claxon mientras él eleva su mano a modo de saludo hasta llegar a su auto, uno que vi muchas veces estacionado frente a la empresa esperando a Andi, pero nunca me interesó tanto saber más de ella.

—¿Y qué tal si no? ¿Qué tal si ella está mintiendo? ¿Sabes qué es lo peor? Que he juzgado mal a Camilo y es alguien más que se está acostando con su esposa.

—Es que eso no lo sabes. Ve y pregúntale: Oye viejo, ¿Andi y tú están en un matrimonio abierto? Es que creo que se estaba acostando con mi marido.

—Bueno, si es verdad lo del matrimonio abierto y tú te sigues acostado con ella, yo me puedo acostar con Camilo ¿Verdad?

—Oh, por Dios. Yo ya no me acuesto con Andi, ya te lo dije.

—Estaríamos todos a mano.

—Ya dejemos ese tema, por favor.

—¿Sabes qué es lo peor? Que Camilo es buen esposo. Él amarra los cordones de sus zapatos cuando ella lo necesita ¿No has visto como la atiende? Esa mujer no es zorra… es lo siguiente, y perdón por las zorras. Yo no creo eso del matrimonio abierto.

—Pues pregúntaselo a Camilo y ya está. —Estoy molesto. Solo espero llegar a casa, beber cerveza y dormir. —¿Y qué es para ti ser buen esposo, por cierto?

—Alguien que se preocupe por mí, que si me falta agua en mi botella él vaya por ella, que abra la puerta del auto para que me suba, que sepa mi comida favorita y haga el posible por preparármela.

—Existen como cinco lenguajes del amor ¿Cómo alguien va a amarte como tú quieres que te ame si tal vez su lenguaje del amor es otro? No todos van a ver que tu botella de agua está vacía, pero sí se puede dar cuenta cuando tienes un problema y buscará la forma de resolverlo.

—¿Qué sabes tú de lenguajes del amor?

—Lo suficiente como para decirte que un tipo que llene tu botella de agua cuando está vacía no es en realidad una persona que te ama. No puedes obligar a alguien a que te demuestre su amor de la forma que tú quieres, yo lo hice una vez, aunque me sentía incómodo, pero de todas formas me dejó por un tipo con dinero. ¿Valió la pena? Para nada.

—Bueno, juzgando por tu superficialidad si te buscaste a una mujer como Andi es muy

probable que se vaya con alguien con más dinero. Es lo que está haciendo ella exactamente, buscándose un partido con más dinero, tú.

—Yo no soy superficial, Natalie, pero no importa en qué te fijes, la persona que te va a engañar lo hará sea atractiva o no. Ni siquiera sé por qué estamos discutiendo esto, es evidente que tú no me conoces ni un poco.

Natalie no dice nada, porque además ya van a cerrar el lugar y tenemos que salir del parqueo cuánto antes. Nat conduce con la vista puesta en la carretera, y yo con la mía en la ventana. Mi teléfono suena de nuevo y sí, es Andi otra vez, con una foto suya en ropa interior.

Estoy harto.

El resto del camino es silencioso, vamos por la comida rápida y después a casa sin mediar palabra, el celular de Natalie suena y de inmediato esboza una sonrisa.

—¿Puedes creer que el abdomen de Camilo esté marcado y ni siquiera haga abdominales?

—Lo único marcado que le vi fue la goma de sus calzoncillos.

Me bajo y cierro con un portazo, después me arrepiento porque si fuera mi auto no quisiera que alguien lo trate así, entonces intento disculparme y Natalie ni me escucha.

En fin, paso directo a mi habitación, enciendo la luz para buscar algo que ponerme, pero de inmediato mis ojos perciben algo extraño, algo que antes no estaba y ahora sí.

Miro alrededor…

No puede ser verdad.

—¡Natalie! —casi grito. Sigo viendo a mi alrededor con ganas de tirar todo por la ventana. Escucho sus pasos entrar a la habitación y me giro: — ¿Por qué pintaste mi habitación?

—Tú me dijiste que hiciera lo que quisiera.

Respiro profundo para no perder la calma, sin embargo, siento que no puedo.

—Pero no especificaste que pintarlo de fucsia era lo que querías hacer, y lo peor de todo es que ya te dije que no me gustan esos colores.

—Sólo es un pedazo pequeño en la pared, es que tengo una idea…

—¡No! Esta es la última vez que tocas algo en mi casa. Yo no quiero despertar sintiéndome todos los días como una princesa, tampoco vivo con una niña de ocho años para que me pinte un pony con arcoíris.

—¡No me has dejado explicarte!

—¿Y para qué? Esto ya lo habíamos hablado. —Me doy cuenta de que estoy levantando la voz e intento calmarme un poco, no es para tanto, entonces miro de nuevo eso todo fucsia y no, definitivamente no. —Natalie, tengo suficiente ya con todos los cambios que estás haciendo en mi vida como para que ahora vengas a pintar mi cuarto de fucsia.

—¡Es que no te voy a pintar el cuarto de fucsia!

Comienzo a sacar prendas de mi guardarropa, porque no pienso quedarme a dormir aquí.

—Tienes tu habitación, ahí puedes hacer lo que quieras, ¡pero en el mío no! Esto es el colmo, yo mismo saliendo de mi casa.

—Sabes qué… jódete. Te portas como un niño de diez años y yo no tengo las energías para esto.

—¿Yo me porto cómo un niño de diez años? ¡Tú eres la que está pintando las paredes de fucsia!

—Solo olvídalo. Voy a buscar la forma de anular este matrimonio, aunque eso incluya que nos demanden. Tú puedes pagar tu parte, yo acepto irme a la cárcel, porque créeme que cualquier lugar es mejor que vivir contigo.

—¡Bien!

—Bien. Que tengas buenas noches.

Sale y cierra con un portazo.

Maldición.

Me siento sobre el borde de la cama con los codos sobre las rodillas e intento calmarme. Lo último que escucho es el motor de su auto y agradezco interiormente no tener que compartir mi espacio.

CAPÍTULO 20

David

El estruendoso sonido del aparato sobre mi mesa de noche me despierta, adormilado extiendo mi mano para intentar apagarlo sin abrir los ojos, pero la maldita alarma se cae al suelo.

De mala gana me pongo de pie, si no es porque me costó un dineral lo lanzo contra la pared. Lo dejo de regreso sobre la mesa de noche y cuando me doy media vuelta lo primero que mis ojos ven es la jodida pared color fucsia y entonces cualquier resentimiento que tenga porque Nat no regresó anoche, se me va.

Yo no modifico sus cosas; por lo tanto, no quiero que ella modifique las mías.

Tomo mi celular y no hay notificaciones. En parte, tengo un ligero peso de conciencia en caso de que haya deambulado por ahí a medianoche por las calles, se me ocurre preguntarle a Andi si Camilo durmió con ella, pero eso va a sonar algo comprometedor.

Tomo una ducha con agua tibia para relajarme, hasta se me olvida la pared fucsia por un rato. Salgo del baño y tomo mi celular para hacer unas cuántas llamadas para amoblar la habitación que será de Nat por estos días, ella solo trajo una cama.

Termino de arreglarme para ir a trabajar, me llama la atención un panfleto con distintos colores sobre el desayunador con el nombre de diferentes tonos ¡Por Dios! Estoy seguro de que estaba pensando en pintar mi habitación como la suya en el antiguo apartamento que vivía.

Espero mi auto no esté pintado de colores también, porque me pego un tiro. Mejor me cercioro, desde la ventana diviso mi vehículo y sí, está intacto.

Qué bien.

En fin, no veo a Natalie por ninguna parte, ni siquiera hay rastro de si regresó o no. Abro el refrigerador y miro los jugos, frutas, leche, cerveza; me ruge el estómago, pero no voy a tomar nada, todo eso es suyo y yo sí no quiero que lo comparta conmigo.

Salgo de mi casa, voy hasta mi auto y cuando estoy saliendo veo a Oliver pasar a toda velocidad tocando el claxon en saludo, me toma solo unos segundos ponerme a la par de él, conduce como abuelita. De hecho, mi abuela manejaba más rápido.

Bajo la ventanilla cuando paso a la par suya y muevo mis cejas a modo de reto, no veo su gesto, pero sé que me vio porque cuando piso el acelerador a fondo él hace lo mismo, sólo que después de unos cuantos metros comienza a quedarse atrás.

Buuu… abuela Anderson.

Llego hasta la empresa y lo espero en la entrada junto a Simón, el guarda de seguridad. Me saco el celular del bolsillo esperando cualquier mensaje de Natalie, pero no lo hay y yo no voy a llamarla.

—Muchas felicitaciones, señor Schmitt. —Simón me llama la atención. Tiene muchísimo tiempo de trabajar para Anderson, así que he hablado con él bastante. —He escuchado sobre su matrimonio.

No puede ser.

Aunque a este punto no sé por qué me sorprende, digo… con suerte ya no están esos videos en línea, pero sí que le dieron la vuelta al mundo. Tengo suerte de no ser una celebridad.

—Muchas gracias, de verdad. —Claro que no se lo digo de verdad, pero intento sonreír sin

mostrar mi arrepentimiento. Qué bueno que Anderson por fin aparezca y ya no tengo que seguir con esta conversación. —¡Hey, Anderson! ¿Cómo que te quedaste atrás?

—Sí, tuve mis razones —dice, simplemente.

Caminamos juntos hacia la sala de reunione. Hoy hay una junta y agradezco interiormente no tener que ver a Andi por al menos unas cuantas horas. Tomo mi lugar al lado del caga-billetes para esperar que la dichosa reunión inicie.

—Oliver, ¿Te sientes bien casado? —suelto de pronto. Oliver levanta la mirada quitándola de su computadora un momento. Su ceño está levemente fruncido y después enarca una ceja.

—Increíblemente sí.

—Tú, Oliver Anderson, el que decía que nunca se iba a casar, el que decía que para qué casarse, el que decía que estaba bien sin compartir sus cosas, el que decía que… —de pronto siento una pluma estrellarse en mi frente.

—¡Oliver!

—Ahora recógela, tú me hiciste tirártela. —Señala la pluma en el suelo y vuelve a ver su computadora.

—Bueno, eso te va a costar cincuenta dólares. —Me inclino para recoger la pluma y él esboza una media sonrisa, algo demasiado anormal en Oliver Anderson.

Digo, lo de andar sonriendo a cada rato.

Tal vez a él su matrimonio falso sí lo trata mejor.

—¿Tan barato? La pluma es más cara —ironiza y se recuesta en el espaldar de su silla.

—Bueno, con esos cincuenta dólares ya compro tampones —me burlo. Le tiro la pluma justo en su torso, por estarse riendo ni siquiera se percata.

Y recuerdo a Natalie, por un momento siento que debo llamarla solo para saber cómo está y dónde, pero mejor no. Yo sí le deseo de corazón que se encuentre a alguien que le guste el color fucsia, que se mude pronto y yo quedarme sin remordimientos.

Pero entonces me acuerdo de que no puede irse hasta que no tengamos la visita de la consejera matrimonial.

—¿Y tú no te sientes bien casado? —Oliver me saca de mis pensamientos. Me está viendo fijo y yo no tengo ni necesidad de pensar esa respuesta.

—Por supuesto que no.

—Tal vez es momento de que te portes bien —dice. Ni siquiera sé cuál es el significado de *«portarse bien»* cuando este es un matrimonio que se acabará en un par de meses… espero, pero igual, me estoy «portando bien» ¿no? Ni siquiera he hablado con ninguna otra mujer, y con Andi pues es obvio que ya se acabó.

—Sí me estoy portando bien. —Aunque él parece no creerme. —Por cierto, necesito que despidas a Andi, me está volviendo loco.

—Despídela tú, también puedes ¿No? Además, intenté despedirla varias veces ¿Y qué hacías tú? Correr a defenderla, así que no, despídela tú.

Hijo de su… no digo el resto porque en realidad le tengo aprecio a la señora Anderson.

Su nueva secretaria nos interrumpe. —Es que ya despidió a Alex de su puesto. Le entrega un café a él y se sienta a la par mía, pero un par de minutos después sale y regresa con una taza de café para mí.

Necesito una asistente como esta señora, a Andi ni siquiera la he visto y jamás en su vida me haría un café solo porque se le da la gana —aunque debería—.

La reunión da inicio y así me paso toda la mañana que ni siquiera tengo tiempo para saber ni de mí mismo, caigo en cuenta de que también tengo más de doce horas de no saber de Natalie.

Voy hasta mi oficina y al sentarme en mi escritorio veo el cuadro en la pared frente a mí.

Ahora todos los cuadros me recuerdan a ella.

Me voy directo a casa cuando finaliza mi día. Al llegar veo el auto de Nat estacionado afuera y me relaja saber que llegó por fin. Al entrar, me percato de que mi casa está diferente, las cosas de colores que habíamos acordado que ella podía decorar ya no están. Mi casa está limpia y la cocina tiene un aroma delicioso. La busco por toda la casa y no está por ningún lado. Al llegar a mi habitación me doy cuenta de que la pared volvió a ser blanca, mi cama está hecha y todas las cosas perfectamente en su sitio.

Estas cosas me carcomen la conciencia ¿Por qué Natalie es así? Es mejor que me grite.

Salgo de mi casa marcando su número, pero no me contesta. El primer lugar en el que se me ocurre buscarla es la casa de Anderson, porque su amiga ya debe de estar ahí. Toco el timbre y es el caga-billetes el que me abre la puerta.

—¿Está Natalie? —le pregunto. Entro a la casa y lo primero que mis ojos enfocan es un sillón de una mano gigante que tiene las uñas pintadas de rojo.

—No lo sé, ni siquiera veo a Alex o a Rosa.

Dios mío, yo estaba paranoico una pared fucsia y a Oliver ya le metieron un sillón con dedos en su sala.

—¿Qué es eso?

La base es la muñeca y parece tener una cadena de perlas.

—Se supone que es un sillón.

—¿Esta cosa no te rasca el trasero?

—Pues creo que no, porque ya me senté varias veces y no pasó nada.

—Si me siento en él, ¿puedo demandarlo por acoso sexual?

Él se ríe, pero yo lo estoy diciendo de verdad. Bueno, sí me siento, pero no para nada y sí que es cómodo, carajo.

Y vuelve a hablarme:

—¿Alex está con Natalie?

—No sé nada de Natalie desde que me fui a trabajar.

—¿Y no le has escrito?

—¿Para qué?

Bueno, a todo esto, ¿Dónde está Nat?

Estoy a punto de volverla a llamar, pero Oliver menciona algo del saco de boxeo y su gimnasio personal. Sí, suena a un lugar dónde estaría mi «esposa» y la de él. A mitad del pasillo se escuchan unas risas junto a unos gritos eufóricos que parecen ser de la ama de llaves de Anderson, Rosa. Él es quién abre la puerta y sí, ahí están. Una sostiene el brazo de Rosa con fuerza y la otra el pie teniendo a la pobre anciana tumbada en el piso muerta en risas.

Eso debe ser considerado violencia laboral ¿No? El caga-billetes va a terminar demandado.

Obviamente no, Rosa está carcajeándose como nunca.

—¿Que le están haciendo a Rosa?

Eso lo dice él. No presto atención a lo que contestan, porque de inmediato un mensaje que me llega al teléfono capta toda mi atención.

El número desconocido del que sólo una persona me llama me está invitando a un café el día que ella venga a Nueva York. No sé cuántas veces deseé recibir un mensaje así, pero fue hace mucho tiempo. Yo ya pasé página y eso quedó guardado en una caja, con un moño, en el rincón de mis pensamientos, que después quemé ¿Por qué ahora quiere joderme la vida?

Mejor me guardo el teléfono y me concentro en la escena frente a mí.

—Suelten a Rosa que yo quiero brownies —le digo yo. Ella eleva la mirada y me mira con descontento.

—¿Saben que muchachas? Mejor terminen de matarme.

Se tira de nuevo y se hace la muerta. Rosa, Rosa… ya no veré las telenovelas contigo.

En fin, nos sentamos en el comedor los cuatro mientras Rosa prepara los brownies, me siento en la cabeza y Natalie se sienta del otro extremo. Los caga-billetes están a mi lado derecho, ella sobre las piernas de él. Natalie, por su parte, está distante, no hemos cruzado palabras y al parecer no tiene la intención.

—Natalie, al menos envíame un mensaje cuando salgas. —Es lo único que se me ocurre. Es que no tengo nada más por decir. No es que me interese en lo absoluto, pero quiero llegar a mi casa y verla ahí para evitar estar pensando en que le pudo haber pasado algo por mi culpa.

Como dije, ¿Quién será el primer sospechoso si no vuelve?

—Yo salgo cuando a mí se me dé la gana.

A ver, alto ahí. Levanto la mirada de inmediato, pero ella ni siquiera me está viendo, cuando sus ojos se topan con los míos puedo sentir el ácido que me lanza con la mirada.

Es que, si tuviera ese poder, yo ya estuviera desfigurado.

Su actitud no me causa gracia, pero intento calmarme, pensar con la cabeza antes de hablar, más que todo porque hay personas.

—Bueno, ahora estás casada así que, al menos, me tienes que decir.

No quiero sonar como un maniático esposo controlador, pero estoy buscando las palabras correctas para decirle que no quiero ir a la cárcel si ella no aparece. Solo necesito que me diga si va a quedarse fuera para no estar pensando en su posible desaparición y mis años de cárcel.

—Bueno, tú también estás casado, no deberías ver las fotos en ropa interior que te envía aquella pelirroja.

Ay por Dios ¿Cómo es que vio que era su foto? Y además… ¿Qué?

—¿Casado? —Rosa, la ama de llaves de Oliver, repite: —¿Cómo que casado?

—Lamentablemente.

Dios mío, estamos dando un show de gratis, aunque Natalie no responde. Algo que he notado de Natalie, en este corto tiempo juntos, es que no demuestra nunca lo que siente… no sé si está molesta, triste, entusiasmada, emocionada… nunca sé nada de ella.

Y no es como que me interese tampoco.

—¿Cómo? ¿Por qué todo mundo se casa y a mí nadie me dice nada? —Vuelvo a escuchar a Rosa y le respondo yo:

—Porque fue en Las Vegas y borracho.

A Rosa no le gusta la respuesta, dice algo sobre que nadie la invita a nada y que todos nos casamos, que nadie le cuenta nada y bla, bla, bla; ahorita tengo otros temas más importantes, así que lo último que escucho es que Rosa tira el cucharón, cuando la ama de llaves se va, Natalie se pone de pie y mirando a su amiga con una sonrisa se despide.

Entonces yo también me pongo de pie. No pongo atención a lo que le caga-billetes me dice al final. Yo me voy directo a mi vehículo y adentro respiro hondo buscando un poco de relajación que no encuentro. ¿Qué mierda? Pongo en marcha el auto y en el andén, me encuentro a Nat. Quiero pasar de largo, llegar a mi casa y dormir, pero no puedo dejarla ahí. Vamos, que hay que ser un caballero de vez en cuando. La sigo lentamente hasta llegar a su lado, camina bamboleando sus caderas con la gracia de una bailarina de ballet. Sí noto como obtiene todo tipo de atención masculina hasta de los guardas de seguridad de ambos costados, así que le pido que suba.

—Natalie, sube al auto —No me hace caso. Aparco y me bajo para interponerme en su camino. Tomo su antebrazo y de manera suave hago que se gire hacia mí. Repito, lo hago suave, porque no quiero terminar paralítico. Cuando se voltea, casi me quiero esconder, pero me quedo. —Escúcheme, sube al auto.

—David, estamos literalmente a unos pocos metros, no es necesario que me lleves.

—Sí pero aquí puede ser peligroso.

—¿Peligroso? ¿Qué no ves desenas de guardas de seguridad y cámaras por todas partes?

—Sí, pero… a ver, sé que las cosas entre los dos no pueden ser peor, pero entiende que es la primera vez que vivo con alguien, estás ahora ocupando mi espacio y modificando mis cosas.

—¿Y crees que para mí sí es fácil? ¿Crees que me siento cómoda con pasar de vivir a un lugar que sentía que era mi hogar a uno dónde ni siquiera soy bienvenida?

—Sí eres bienvenida, solo no modifiques mis cosas.

—No me dejaste explicarte.

—No necesito una explicación. Natalie, era mi pared, haz lo que quieras con la que es tu habitación.

—¿De verdad? Porque sigue siendo tu casa y no quiero que un día despiertes diciéndome que hice algo mal con pintar como yo quería. Es que intento poner de mi parte, David, de verdad lo intento. pero eres tan difícil. Todo era mucho más sencillo cuando vivía con Alex.

—¡Pintaste mi cuarto en color fucsia!

—Olvídalo.

—Además, Alex es una chica y es tu amiga. Tú y yo apenas nos conocemos desde hace… no sé, unos días. —Silencio. Ella solo me mira con seriedad, activo la alarma de mi auto y guardo las llaves en mi bolsillo —Vamos, caminaré contigo.

—¿Es en serio?

—Parece una bonita noche para intentar hablar… —Vacilo por un momento. —Sin discutir.

—No puedes dejar tu auto aquí.

—Mi auto no es problema. —Avanzo, pero me detengo al ver que ella no camina conmigo. Entonces yo la invito: —¿Nos vamos? ¿O quieres que nos quedemos charlando aquí? No parece un lugar cómodo, nos están viendo los guardias de seguridad y hace demasiado frío.

Se la piensa y bastante.

—Tú ganas, subiré al auto por muy ridículo que sea estar a unos cuantos metros, pero solo porque estos zapatos están matándome y no quiero caminar contigo.

Debería ofenderme sí, pero la verdad es que yo tampoco quiero caminar, pero bueno, conduzco en silencio —eso es de parte de los dos— todo el medio minuto de recorrido. Cuando llegamos Nat ni siquiera espera que aparque bien, se baja y me dice:

—Regreso mañana.

—¿Dónde vas?

—No lo sé, tal vez por ahí.

Cierra la puerta y solo la observo alejarse a través del espejo retrovisor.

Carajo.

Salgo yo ahora y le hablo:

—¿Al menos vas a decirme dónde vas?

—Estoy segura de que ni siquiera te importa ¿Para qué querrías saber?

—¿Disculpa? Si desapareces, ¿qué crees que le diré a la policía cuando yo sea el principal sospecho? —Simulo una entrevista policiaca: —Señor policía, ella se fue y no me dijo a dónde, no sé nada de ella. ¿Notas lo ridículo que se escucha? Se supone que eres mi esposa ¡Estamos

casados! Una «consejera matrimonial» va a venir a visitarnos. Nos vamos a ir a la cárcel, los dos.

Aprieta sus labios, ni siquiera sé interpretar su gesto… ¿Le parece gracioso? ¿Es gracioso pensar que puede desaparecer? Oh no, solo espero no lo esté planeando.

—Ni que eso fuera verdad, eso ni siquiera es legal.

—Pues es lo que firmamos.

—Entonces créate una cuartada. —dice. Ay, no.

—Ni se te ocurra desaparecer —grito lo suficientemente alto como para que el portero escuche y bueno, ahí tengo mi cuartada ¿No? —Buenas noches.

—Buenas noches, David.

Finjo una sonrisa, aunque por dentro esté a punto de convertirme en Hulk. Escucho su celular y desde aquí puedo ver que lo saca de su cartera y descuelga:

—¿Cómo estás, Oscar? —No sé si es a propósito, pero eso lo dijo con suficiente elocuencia como para que yo escuchara. —Suena bien, ahorita no tengo nada que hacer.

No escucho nada del resto de la conversación porque está cerrando la ventanilla del vehículo. Se va y yo me quedo ahí viendo como desaparece tras el portón de mi entrada.

Suspiro. Saco mi celular, pero me imagino la ridícula imagen que voy a protagonizar si la llamo, así que no lo hago.

Bien, que se divierta con el tal Oscar, no me importa.

«Unas semanas más y esto se acaba» me repito una y otra vez cuando entro a mi casa odiándome a mí mismo por mi estúpida decisión de haberme ido a Las Vegas.

CAPÍTULO 21

Natalie

Y así pasaron seis meses.

Okey no, pero así se siente estar unos días casada con David a quién todo parece molestarle ¡Todo! Es que yo era feliz en mi minúsculo apartamento con mi amiga del alma ¿En qué momento se me ocurrió que era buena idea irme a Las Vegas y emborracharme con un tipo al que conocía desde… no sé, dos días?

También me arrepiento de haberme ido a vivir con él. En mi defensa, al inicio creí que no iba a ser tan malo y pensé tomarme un tiempo mientras conseguía un apartamento para mí sola o con quién compartir.

Mala idea.

Ahora me urge salir de ahí, aunque eso implique terminar en la cárcel, pero… mierda, puedo perder mi empleo y mi reputación.

Voy a enviarle en un mensaje de texto a mi amiga contándole sobre lo arrepentida que estoy por mudarme con el señor «MiKingKongEsTodoUnOrangután»; pero lo pienso dos veces, no quiero que Alex se sienta culpable porque yo esté sin hogar y en un sitio como este específicamente.

Me doy vuelta hasta quedar viendo el techo del hotel más feo que se puede conseguir en Nueva York; pero no me quejo, hay personas allá afuera que no pueden ni siquiera pagarse esto. Y yo ni siquiera estuviera aquí de no ser por mi madre y su maldita deuda con su tarjeta de crédito que tuve que ayudarle a pagar. Me juró que iba a devolverme todo y claro que no lo hizo. Eso sin mencionar que me hizo usar la mía para comprar lujos que tampoco se dignó a pagar, ahora yo cargo con eso, y no puedo ni rentar un sitio decente por mí mima.

En fin, tengo una suerte de mierda.

Hablando de la reina de Roma…

Está llamándome ahora mismo. Me debato entre contestar o no, no quiero hacerlo, pero cuando la llamada se corta vuelve a llamar y así unas tres veces más. Descuelgo porque me está volviendo loca.

—¡Natalie Constanza! ¿Te crees alta ejecutiva o qué? ¿No puedes contestar una maldita llamada?

La verdad es que no estoy teniendo el mejor de mis días, dormí poco, esta cama es incómoda y su voz me pone de los nervios.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes dinero que me prestes? Me quedé sin gasolina y no me aceptan la tarjeta. Ya sabes que mi marido no quiere pagar mis cosas porque se consiguió una amante más joven y guapa, al menos tú encontraste un marido rico, aprovéchalo antes de que te deje. Transfiéreme dinero, yo te lo paso después.

—No tengo.

—¿Qué cosa?

—Que no tengo dinero, mamá.

—Pues dile a tu marido que te dé.

—No mamá, no te voy a prestar dinero. Ni siquiera me has pagado un dólar de lo que me debes. Me estoy haciendo cargo de tu propia deuda ¡Y ni siquiera es mi responsabilidad!

—¡Sí es tu responsabilidad porque soy tu madre! Yo te di la vida.

—Perdón, pero no. Ya fue suficiente, busca a alguien más que te resuelva la vida y a mí déjame tranquila, por favor.

—¡Ingrata! Ah, claro, como ahora tienes marido rico te estás portando arrogante, te va a dejar de todas formas…

Cuelgo.

Definitivamente hoy no estoy de humor.

Vuelve a llamarme una y otra vez hasta que se cansa, y hasta que deja de maldecirme porque estoy segura de que sí lo hizo. En fin, me pongo de pie. Ya consciente de que probablemente es muy tarde reviso mi celular y sólo hay un mensaje de Oscar sobre nuestro proyecto, si todo sale bien, pronto tendré un empleo donde pueda pagarme un apartamento decente, cumplir mis sueños y liquidar mis deudas… las de mi madre, de hecho.

Me duele la cabeza. Casi no pude dormir toda la noche pensando miles de cosas: Necesito un nuevo empleo, tengo que divorciarme ahorita, debo hacer oídos sordos a lo que mi madre diga o solo ocultárselo, no prestarles atención a las noticias amarillistas, conseguir el dinero de la multa o aguantar un tiempo en la cárcel, que no puedo darle el lujo de quedarme sin empleo. Mierda.

Tal vez mi madre tiene razón, ningún hombre va a tomarme en serio, pero yo no necesito a ninguno. Ni de David, mucho menos del tal King Kong, cuando tengo a Terminator guardado en alguna caja por ahí.

Aunque un consolador no me abrace por las noches, pero eso es mejor que soportar a un tipo con mal genio.

Me miro en el espejo y mi cansancio se nota, pero no hay nada que un buen maquillaje no arregle. Camino hacia el lienzo donde estoy terminando la pintura que tenía pensada para el cuarto de David. Admito que fue mi error no consultárselo antes, aun así, no me esperaba una reacción tan exagerada. Yo solo necesito puntos extras para mi currículum, por supuesto que en una pared se vería más creativo, pero no tengo una maldita pared.

Y tampoco tengo para pagarle a un abogado que pelee por mí en Las Vegas para anular ese matrimonio.

Mi celular me avisa de un mensaje. Solo por un par de segundos pienso que podría ser David, pero enseguida me acuerdo de que él no haría algo así. Incluso si desapareciera, le valdría una mierda, a pesar de todo su discurso de: «¿Qué le voy a decir a la policía si desapareces?» Idiota. En fin, al parecer prefiere las mujeres casadas, pero no con él.

Miro la pantalla de mi teléfono, es un mensaje de Camilo. Me está deseando buenos días y además pregunta si estoy bien. No he hablado con él desde que me di cuenta de que la tal Andi es la secretaria con la que David se acuesta, ni siquiera he ido a las clases de Karate los últimos dos días. Es que no sé como actuar. Me siento hipócrita por saber lo que está haciendo su mujer, pero… ¿y qué tal si es verdad lo del matrimonio abierto?

Conozco muy poco a Camilo, pero no parece del tipo que busca «abrir» su relación.

Casi de inmediato me llega otro mensaje suyo. Ahora me está preguntando si pasó algo ya que mi auto no está en el garaje de David. Al menos alguien está preocupado por mí, anota eso David.

Para: Camilo.
Buenos días.

Sí, estoy bien, gracias por preguntar. Salí temprano por el trabajo ¿Quieres ir po...

Comienzo a borrar todo. Por supuesto que esto molestaría a David ¿Pero a mí me importa David? ¡A la mierda! Él ni siquiera se preocupa por enviarme un mensaje.

Al final decido no enviárselo, pero no por David, sino por su esposa.

Me doy una ducha fría. Dicen que mejora la circulación y ayuda a mantener la piel firme… en realidad es porque no hay un calentador de agua, así que intento convencerme a mí misma de que esto es por salud.

Lo bueno de todo es que no tardo nada en salir del baño y arreglarme porque me muero del frío.

Saliendo del hotel veo a un anciano que está recostado en la pared cerca de la puerta. Él le extiende la mano a unas personas que caminan delante de mí, pero ellos lo ignoran, también un par de chicos que le pasan de frente. El anciano hace contacto visual conmigo. Tiene los ojos marrones y cargados de muchísima tristeza. Mi corazón se encoge, me extiende la mano y sus guantes tienen agujeros.

Me trago las lágrimas y miro mi cartera.

Es que yo tampoco tengo mucho, así que le doy el poco dinero en efectivo que llevo en mi billetera. El anciano esboza una gran sonrisa que me hace olvidarme de que es muy probable que hoy no desayune, pero me pregunto cuántas veces no ha desayunado él. Comienza a hacer señas, por lo que deduzco es sordomudo, le sonrío también y se va a toda prisa hacia la panadería frente a nosotros.

Al menos hice algo bueno hoy.

Ya veré cómo me las juego yo para comer el resto del día.

David

—¡Hey! ¡David! —Escucho la voz rasposa del viejo Steve mientras entro a su bar. Levanto la mirada de mi teléfono hacia sus arrugados contornos de ojos. —Tanto tiempo de no verte por aquí muchacho.

—Necesito una copa de tu mejor vino, o mejor... una botella, o tres —digo, tomando lugar en una banqueta al otro lado de la barra que nos separa.

—¿Qué estamos celebrando? ¿Tan bien está tu matrimonio?

Eso me hace reír, pero es una risa que muestra mi frustración o enojo. Al viejo Steve no se le escapa nada.

—O mi divorcio tal vez, Steve.

—Nadie dice que el matrimonio es fácil, por eso estoy solo. Pero créeme, no es lo mejor. Yo, a tu edad, pensaba que no había nada mejor que ser libre y estar con cuántas mujeres quisieras. Sin embargo, cuando te haces viejo, te das cuenta de que lo que realmente necesitas es una buena compañía, no algo que dure solo una noche.

—Las cursilerías me dan jaqueca, Steve.

—¿Y qué hay del muchacho hijo del señor Anderson que te acompaña siempre?

—Por favor, no me digas que creías que era mi pareja porque ya estoy harto de escuchar eso. —El viejo Steve frunce el ceño y suelta una carcajada.

—No era lo que iba a decir, pero ya que lo mencionas te confieso que tal vez si lo pensé. —Se vuelve a reír y yo le lanzo una de mis peores miradas. —Bueno, no es culpa de nadie, tú no te has dejado ver con ninguna mujer desde aquella tal Shittany hace un par de años.

Brittany es mi ex y nadie de mi círculo social la ha querido… nunca. No sé si debería reírme o molestarme por el «Shittany».

—Dame mi vino. Tengo que ir a terminar algo de trabajo que dejé pendiente.

—David, te diré algo. El secreto de la salud para el alma es no lamentarse por el pasado. Hay que vivir el presente y darles a nuevas personas la oportunidad de entrar en nuestras vidas. Al final, no todos somos iguales. ¿Acaso tú y yo somos iguales David?

No, a mí no me gusta fisgonear en la vida privada.

No contesto nada, él sólo esboza una media sonrisa ante mi silencio y se pierde tras la puerta. Dejo salir un suspiro. Vuelvo a ver mi celular y me debato entre contestar el mensaje de Brittany o no. Entonces un mensaje de Natalie aparece en mi pantalla.

Por fin, Dios mío.

> ***De: Constanza.***
> *¿Estás ocupado? Tengo un problema.*

¿Y no puedes pedirle al tal Oscar que resuelva tu problema? Voy a contestar cuando el viejo Steve se aparece con una botella de vino que pone frente a mis ojos.

—Este es el mejor vino que tengo, te aseguro que hasta tiene tataranietos con edad de votar en la siguiente elección presidencial.

Esboza una gran sonrisa, lo que me hace reír. Tomo la botella de vino y me guardo el móvil.

—Bien, me la llevo —digo, sacando mi billetera. —¿Tienes más? Porque si me gusta vendré por unas cinco.

—Espero verte pronto David, y que me presentes a la afortunada. Yo te diré si la muchacha es buena para ti ¿Recuerdas que no me equivoqué sobre lo que te dije de la tal Brittany?

Mejor me voy.

—Cualquier día, Steve —contesto, para sacármelo de encima de una buena vez. Estrecho mi mano para despedirme y él la toma de una manera afable. —Sé que vendré por más de este.

—Yo creo que sí.

Conduzco a mi casa. Una vez que llego me dejo caer en mi sillón abriendo la botella y dándole un gran trago, sí que es bueno. Saco mi laptop para ir avanzando en lo que tengo que hacer, pero mejor traigo una copa, no quiero terminar borracho y con videos en internet otra vez.

Me sirvo una, entonces miro por la ventana que da al portón principal y me distraigo al ver el auto de Camilo frente a mi casa, hoy es su día libre por lo cual uno de sus compañeros cubre su turno. Constanza se baja del auto y lo rodea para despedirse de él, Camilo baja la ventanilla del vehículo y ella se inclina en la ventana para decir unas palabras a lo que él se ríe, me quedo intrigado hasta que escucho que la copa se hace añicos en el suelo salpicando todo mi pantalón y mis zapatos. Resoplo sin muchas ganas. Me inclino para recoger los pedazos. Siento algo raro en el interior con solo pensar que Natalie estaba con la tortuga ninja casada ¿Qué tal si es verdad lo del matrimonio abierto y ahora quiere que Natalie forme parte de él? Es que Constanza no es así de todas formas ¿O sí? Uno de los trozos de vidrio me hace un corte profundo en la palma.

Maldita sea.

Me pongo de pie rápido y busco algo con qué limpiar la sangre que está comenzando a brotar por montones. Tomo una toalla de papel y veo por la ventana que Natalie está caminando hacia la puerta principal. Entonces yo llego antes y abro la puerta:

—¿Por qué estabas con Camilo?

Nat frunce su entrecejo y de inmediato sus ojos enfocan la toalla de papel que estoy sosteniendo, hay un poco de sangre y también de vino tinto, por lo cual parece un caos, pero no es nada para alarmarse.

—No estaba con él ¿Qué te pasó?

—¿Entonces me lo imaginé? —Suelto con sarcasmo.

Constanza no responde, entra y sube las escaleras con extrema rapidez que hasta me desoriento, por un momento no sé qué está haciendo y pienso que tal vez se va a llevar su ropa, pero eso es algo que deberíamos hablar los dos ¿No? Porque es a los dos que nos van a meter a la cárcel, pero cuando la miro bajar me sorprende, trae un botiquín y me dice:

—Toma lugar.

Voy a preguntar qué es lo que trae ahí, pero antes de que pueda enunciar una palabra está tirando de mi codo, arrastrándome hacia el sillón para sentarme a la par de ella.

—Natalie, es sólo un corte. —Pero no hace caso, comienza a limpiar la herida que ni siquiera puede ser considerada herida, por Dios, ¿por qué es tan testaruda? —No voy a morir por esto.

No dice una palabra, continúa en silencio y finalmente me pone una bandita, aunque... al menos no es fucsia.

—Yo no estaba con Camilo —dice, poniéndose de pie —mi auto se descompuso y necesitaba que alguien fuera por mí, porque no tengo dinero para un taxi ¿Sabes qué? Últimamente es cómo si alguien me pegó mal de ojo.

—¿Qué es «mal de ojo»? ¿Y cómo es posible que no tengas dinero?

En ese momento me imagino cualquier cosa: Me compré maquillaje, pasé por una tienda de ropa, encontré unos lindos zapatos, etc.

—Se los di a un indigente.

—¿Qué?

No dice nada, está guardando sus cosas dentro del botiquín.

—Que le di mi dinero a un indigente.

—¿Hablas en serio? —Asiente y me mira de nuevo. De todas las cosas que me esperaba esta hubiera sido la última. —¿Y por qué no me pediste a mí que fuera por ti?

—¿Es en serio?

Y ahí recuerdo lo de su mensaje.

Ay, por Dios.

Llevo mi mano a mi frente con los ojos cerrados mientras escucho sus pasos retirarse hacia las escaleras. Me siento una mierda, aunque no tengo porqué honestamente, es ella la que no quiere quedarse conmigo y yo tampoco soy adivino.

—Estaba ocupado, lo siento. —No contesta nada e intentando dejar a un lado la culpa que siento, le digo: —Por cierto ¿Viste tu cuarto? Lo mandé a arreglar. No sé de colores, pero pedí ayuda y ellos lo decoraron, perdón si no te gusta, pueden cambiarlo cuando quieras. Así que ya puedes quedarte a dormir aquí.

—No lo sé, no creo que sea buena idea.

—Es tu propio espacio, ahí puedes hacer todo lo que tú quieras. Ni siquiera nos vamos a rozar en algún momento. La casa es suficientemente grande, así que funciona para los dos ¿no? Cada uno en su lugar hasta que podamos divorciarnos.

Sé que lo está pensando y tal vez su respuesta no es positiva, pero al menos lo intenté y con eso creo que me he ganado el cielo.

—Bueno.

Sigue hacia las escaleras y antes de que ponga un pie en el primer escalón, pregunto de manera cautelosa:

—¿Vas a necesitar dinero?

—No de ti. No te preocupes.

Tengo que recordarme no volver a intentar ser amable.

CAPÍTULO 22

David

Despierto de golpe y me percato de que me quedé dormido.

Mi computadora yace a mi costado y la taza de café que tomé para «mantenerme despierto» está derramada sobre mi alfombra. Tallo mis ojos para ver el despertador sobre mi mesa de noche, aún no es mi hora de despertar, pero voy a aprovechar para entrenar.

Me pongo de pie con toda la pereza del mundo sobre mis hombros. Voy hasta mi armario y buscando entre mi ropa algo decente que ponerme, me encuentro una prenda que estoy seguro no es mía. Frunzo el ceño al ver la braga con lazos que sólo pueden pertenecer a una persona. No puedo evitar reírme, ¿Cómo puede la «rápida y furiosa» andar cómoda en esta cosa?

Dejo eso a un lado. Una vez que termino de vestirme bajo a la sala y diviso a Constanza en la cocina, está de espaldas a mí y parece que está preparándose un sándwich, lo que llama mi atención es que parece vestida para ir a trabajar, lleva un vestido corto, medias y sus zapatos de tacón alto. Con el entrecejo fruncido miro mi reloj solo para cerciorarme de que no es más tarde de lo que creí, pero no.

Camino hacia ella. De inmediato al escuchar mis pasos se gira hacia mí. El vestido le queda espectacular, voy a admitir. Me reprendo mentalmente por estar viendo a Natalie de esa forma; pero igual ya me dirá algo que me enfade y se me olvide lo buena que está.

—Buenos días —me dice. Saludo igual y a medida que me acerco a ella siento ese rico aroma suyo a primavera. —¿Qué haces despierto tan temprano?

—Lo mismo iba a preguntarte —digo, de pie junto a ella para tomar una manzana. —Voy a entrenar a la casa de Oliver ¿Y tú?

—Tengo que trabajar. Voy a tomar el transporte público hasta que pueda pagar el arreglo de mi auto. Tu desayuno está en el microondas, por cierto.

—Natalie, no vas a ir en transporte público. Te llevarás todo el día viajando desde aquí hasta el lugar que trabajas.

—Ya sé, pero cuando recién me mudé a esta ciudad no tenía un auto, así que sé exactamente a qué hora debo salir de aquí y cual autobús tomar. No te preocupes, no soy una niña. —Se va al comedor, sosteniendo su plato y una taza de café. Camino con ella y me siento a la par, voy a decirle que yo la llevo, pero antes de abrir la boca ella me interrumpe: —Oye, ¿en realidad crees que sí nos multen si nos divorciamos ahora mismo? Es que estoy cien por ciento convencida de que quiero divorciarme, y tú también. Ya no puedo seguir con esto, no quiero tampoco. Tú y yo no somos compatibles, y no quiero que lleguemos al punto de odiarnos. Estaba pensando que tal vez podrías pagarlo tú y yo, una vez que termine de pagar la deuda de mi madre, te pago mi parte…

Entonces la interrumpo:

—¿Estás pagando una deuda de tu madre?

—Es una larga historia. Pero volviendo a nuestro tema, esto es lo mejor para ambos, es una tontería que nos obliguen a estar en una situación que no queremos solo porque nos portamos muy bobos en Las Vegas. Los dos estábamos borrachos. Mi amiga, Carmen, me ayudará a buscar un abogado en Las Vegas que es especialista en este tipo de matrimonio. Hasta ella está

segura de que eso que nos hicieron firmar ni siquiera es legal.

—Pues es bastante legal, porque tu firma y la mía están ahí.

—Igual me ayudará a buscar a alguien y yo estoy dispuesta a pagar la mitad de los honorarios, no te preocupes. Ya me decidí, no me importa lo que diga mi mamá, o mis compañeras de trabajo o los canales de cotilleos. Creo que ya los dos sabemos que no somos el uno para el otro.

Flashback

—David, tú y yo no somos el uno para el otro. —Ella sigue caminando a su auto y yo con el corazón destrozado la sigo pidiendo internamente que sea mentira. —No quiero ser grosera, por favor, sólo déjame en paz.

—No es lo que pensabas hace un mes —logro decir en un hilo de voz. Parpadeo varias veces para evitar derramar lágrimas, al menos voy a conservar algo de dignidad. —Hace tres días exactamente me estabas diciendo que me amabas.

—David… —Se gira hacia mí y me mira a los ojos. —Merezco a alguien más. No hagas esto más difícil.

—¿Qué? He sido exactamente lo tú quieres que sea.

—No —me interrumpe. —Yo no quiero que te comportes como yo quiero. Yo quiero a alguien con quién viajar, salir todos los fines de semana sin estar pensando en un presupuesto, ir a restaurantes caros, pedir el platillo más costoso si es lo quiero. Yo quiero a alguien que me pueda dar una buena calidad de vida.

—Pero yo puedo darte todo lo que pides. Tengo como tres propuestas laborales en Nueva York y sin incluir la de la familia Anderson.

—Es que no quiero quedarme esperando a que termines de estudiar, que acomodes tu vida, que compres la casa que yo quiero, o que al menos conduzcas un auto deportivo. No quiero estarte esperando, David. Perdón, pero yo ya no quiero seguir con esta relación. Puedes quedarte el anillo que me diste, lo necesitas más tú que yo.

Fin del Flashback

Por un momento me quedo viendo hacia un punto fijo. Son varios recuerdos que había enterrado en lo más rotundo de mi cerebro y ahora, tal vez por toda esta situación del matrimonio o mi ex llamándome casi todos los días, toda esa basura está amenazando con salir y arruinarme el día. Cuando vuelvo en mí, tomo un puñado de aire, Nat sigue hablando, pero no sé qué dijo de último; de todas formas, para disimular le pregunto:

—¿Quieres salir con alguien más?

No es que su respuesta me importe, pero… vamos, nosotros hubiéramos sido perfectos en una relación sin compromiso y sexo duro, pero tuvimos que arruinarlo todo en las malditas Vegas y terminar así, ahora nunca podré saber qué es realmente hacerlo con ella, porque lo que sea que pasó no me acuerdo.

—No, no quiero salir con alguien más. Solo quiero concentrarme en mi vida y siento que me estoy desviando de mis proyectos personales con todo este conflicto entre tú y yo.

Sí la estoy escuchando, pero entonces me acuerdo de un pequeñito detalle… literalmente:

—Oye, pero… ¿Qué hacemos si estás…? Bueno, yo digo que tal vez deberíamos esperar hasta… ya saber… saber… si… —Oh vaya, nunca una frase se me hizo tan difícil. Hago un gesto con la mano que indica un gran vientre y ambos nos quedamos en silencio.

Creo que ni siquiera ella se acordaba.

Como dije antes, ¿Qué va a ser de esa pobre criatura si en realidad existe? Capaz lo dejamos olvidado en el hospital.

Caramba, yo no estoy listo para ser papá.

—Bueno, podemos… —Se aclara la garganta. —No sé... ¿Coparentar? Nadie ha muerto por tener padres divorciados. —Más silencio y ella entonces se humedece los labios y esa acción me resulta realmente atractiva ¡Maldición! ¿Por qué me fui a Las Vegas… con ella… específicamente? Digo, si iba a arruinar las cosas, al menos hubiera sido con alguien que no me gustara.

—¿Coparentar? O sea, ¿Una semana contigo y otra conmigo? Eso no es estabilidad.

—Es mejor así. Mi presencia te molesta y todo lo que hago. Tampoco puedo permitir que mi hijo…

—Nuestro…

—¿Nuestro?

—Claro, nuestro hijo. Ya te lo dije, yo no voy a ser un mal padre. Y solo para aclarar, tu presencia no me molesta ¿De dónde sacas eso? —Sé de dónde lo saca, en realidad no he sido la mejor persona últimamente. —Bueno, sí me he molestado algunas veces, pero es porque haces cosas que no… —Hago una pausa, pensando las palabras correctas para decir esto.

—No quiero tener una mala percepción del matrimonio, en serio quiero casarme algún día, pero con alguien que esté contento de estar casado conmigo. Lo mejor que nos podemos hacer es separarnos ahora, aún si… ya sabes, hay algún fruto de esa irresponsabilidad.

No sé qué decir. Tal vez en algún momento, cuando nos pase el mal trago, podemos volver a ser amigos y… quién sabe qué más cosas podríamos hacer, pero esta vez sobrios.

—Te lo repito, tu presencia no me molesta. Es solo que no estoy acostumbrado a vivir con alguien más. Nunca he vivido con alguien, de hecho. Pero tienes razón, es lo mejor, y si tu amiga logra encontrar a alguien que nos divorcie sin cárcel de por medio estoy dispuesto a hacerme cargo de todo, así que por eso no te preocupes. Y… si a un caso… —No me atrevo a mencionarlo, pero hago el gesto con mi mano simulando un vientre —mejor lo hablamos después.

—Igual puedo ayudarte con la otra mitad…

—No. —La interrumpo. —Yo me encargo. —Cuando veo que llegamos a un acuerdo, me levanto porque ya es tarde y las cuentas o ese divorcio no van a pagarse solas. —Y no te preocupes, yo te voy a llevar.

—No es necesario.

—No era pregunta, Nat. —Me acerco a ella, tomo su rostro con ambas manos y le deposito un beso en la frente. —Vuelvo en treinta minutos. Por cierto, tus bragas con lacitos se colaron en mi ropa puedes ir a por ellas.

Su gesto es de sorpresa, de inmediato se levanta y corre en dirección a las escaleras.



Camino hacia el gimnasio del caga-billetes pienso en la conversación con Natalie, es lo que siempre he querido ¿No? divorciarme, pero algo me hace estar inconforme conmigo mismo, no he sido mi mejor versión y Nat no se merece eso… pero es que… a ver, no es todos los días que amaneces casado en Las Vegas con una casi desconocida.

Al llegar, ahí está Oliver sobre la caminadora, de inmediato que escucha la puerta abrirse voltea en mi dirección, asiente con la cabeza y cuando estoy más cerca extiende su puño hacia mí y golpeo sus nudillos con los míos.

—¿Qué hay hermano? —saludo, mientras deposito la toalla que llevaba en mi nuca sobre una banca plana.

—David, necesitamos hablar.

De inmediato miro en su dirección con una ceja enarcada, él detiene el aparato y se limpia unas gotas de sudor que corren por su frente.

—¡Ah por Dios! ¿Estamos terminando? —Bromeo. Finjo indignación llevándome la mano al pecho. Él me lanza una mirada de desaprobación y yo suelto una carcajada tomando mi botella de agua, la verdad es que necesito reírme para distraerme. —Ya dime, que pasó.

—Quiero pedirle matrimonio a Alex. —Con el ceño fruncido me giro hacia él. Yo voy a divorciarme y él quiere casarse dos veces.

—Oliver ¿Es en serio? Quiero decir, ya estás casado ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? David, ese matrimonio fue un acuerdo y lo sabes. Mi padre me iba a quitar la presidencia, pero ahora quiero que sea algo real. —¿Dónde diablos quedó el caga-billetes que yo conocía? —Además, quiero que ella tenga un buen recuerdo. Para las mujeres eso es importante. Ellas sueñan con el día en que les propongan matrimonio, pero no le cuentes a Natalie porque le dirá y ya no será una sorpresa.

No es como que Natalie y yo tuviéramos una excelente comunicación.

—¿Puedo estar ahí por si te rechaza? No quiero perderme nada.

—No, no puedes, y no me va a rechazar. Tú ya pediste matrimonio una vez así que quiero que me aconsejes.

Ahora si cambio todo mi gesto. Eso es algo que no quiero recordar. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y evitarme a mí mismo llegar a ese restaurante. Ojalá los recuerdos fueran tan fáciles de eliminar, como comprar una pala y enterrarlos en tu patio para evitar que vuelvan a atormentarte.

—No me lo recuerdes, Oliver. Ese fue uno de los momentos más vergonzoso de mi vida que prefiero no recordar. Me gasté buen dinero en un restaurante carísimo sólo para que un mes después dejara el anillo sobre mi cama y una nota que decía *«Lo lamento»*. —De inmediato mi cerebro intenta reproducir esa escena, pero no se lo permito—. Bien, practiquemos, sólo te pones de rodillas y dices las mágicas palabras. Yo soy Alex y tú… bueno, eres el mismo idiota.

Él me mira con una de sus cejas levantadas, miro a un costado de nosotros un trapeador, voy hasta él y luego de sacarle las mechas las pongo sobre mi cabeza simulando una cabellera.

—David ¿Qué estás haciendo?

Me paro frente a él y tomo uno de los mechones que cae a un costado de mi rostro, comienzo a enrollarlo en mi dedo índice con una mano en la cintura. Sólo me faltó la goma de mascar.

—Apresúrate hijo de puta, tengo que pintar mis uñas.

Finjo una voz femenina mientras me abanico con los dedos. Oliver suelta una carcajada que no me hace ver serio y profesional.

—¿Qué… diablos? —Ni siquiera puede hablar bien por las risas.

—Joder, Oliver. Vamos, sólo póstrate en una rodilla y di las putas palabras de una buena vez.

Él sacude su cabeza e intentando calmarse se acerca a mí. Vuelvo a mi pose de mujer sensual y él se vuelve a soltar en risas.

—No… n… no puedo —balbucea. Dejo salir un suspiro, pero también termino en carcajadas.

—Oliver, maldición. Sólo finge que soy Alex.

No sé qué me da más risa, Oliver o la escena que debo estar protagonizando. Él finalmente se postra sobre una rodilla y sigo con mi pose sensual mientras extiendo mi mano hacia él, en ese preciso momento la puerta del gimnasio se abre y ambos miramos en esa dirección.

—¡Santa cachucha! ¿Puedo ser la dama de honor? —Rosa nos mira alternadamente, de inmediato me quito las mechas de la cabeza y finjo ser ajeno a cualquier cosa que esté sucediendo.

Maldición, que vergüenza.

CAPÍTULO 23

Natalie

Espero a David mientras reviso todas las alternativas posibles que tengo para apartamentos en esta ciudad, todos exceden mi presupuesto. Se me escapa un suspiro y dejo caer mi frente sobre el teclado de mi laptop. No sé qué voy a hacer hasta que consiga algo con mejor paga. Mi celular me da un susto, lo saco de mi bolso aún sin despegar mi frente del teclado, es Oscar. Descuelgo y casi de inmediato lo escucho:

—Natalie, tengo el número que te dije que iba a conseguir. —Me hace esbozar una sonrisa, al menos una noticia buena entre tanta mierda. Aunque, eso no garantiza de que consiga el puesto. Es el trabajo de mis sueños y trabajaré duro, pero igual si no lo logro ya tendré otras oportunidades. —¿Tienes donde anotar?

—Dame un momento.

Consciente que no llevo papel o lápiz en mi bolso, me pongo de pie y busco en las gavetas de un librero que tiene David aquí. Al encontrar una pluma, busco un papel, y al momento de tirar de lo que parece ser una libreta un papel cae de su interior. No me apresuro a recogerlo y comienzo a escribir el número que Oscar me dicta.

—Hablé con él en persona y le mostré tus trabajos. Parecía entusiasmado, Naty, no creo que diga que no.

—No sé cómo agradecerte, Oscar.

Ahora sí me llama la atención el papel que se cayó en mis pies. Es una fotografía.

—No tienes que agradecerme nada. Yo soy el que no sabe cómo agradecer todo lo que has hecho por mí y mi familia. Sabes que tienes a dónde ir si a un caso lo necesitas ¿Okey? Estoy a la orden para lo que sea, no lo dudes.

Si tan solo viviera en Nueva York.

Y no puedo darme el lujo de irme a vivir a un lugar que no conozco.

—No ha sido nada, Oscar. Ya lo sabes.

—No ha sido nada para mí tampoco. Fue un place más bien ayudarte con esto.

—Te lo agradezco un montón.

Miro el contenido de la foto, en ella hay un niño que parece ser David.

—A la orden siempre. Ahora debo regresar a mi trabajo, pero seguimos en contacto ¿De acuerdo? Para lo que necesites ya sabes que aquí estoy.

—Okey. Muchas gracias, de nuevo.

La llamada se cuelga. Me quedo viendo aquella foto detenidamente. No hay duda de que es David, a la par de él está un hombre sosteniendo una niña rubia en brazos y una mujer a su otro costado, intuyo que son sus padres y hermana. Miro el reverso de la foto y tiene una fecha de hace dieciocho años.

Vuelvo mi vista a la fotografía y sonrío al ver a aquel niño con el espacio de un diente faltante. Mi celular vuelve a sonar y esta vez es Camilo.

De: Camilo.

«Traje lo que me pediste»

Dejo la fotografía en su lugar y salgo. Ayer le pregunté si tenía un par de guantes que no

ocupara para llevárselas al anciano indigente afuera del hotel. Casi toda la noche estuve aprendiendo palabras esenciales del lenguaje de señas, pero la verdad es que creo haber aprendido nada. En fin, volviendo al mensaje de Camilo, Carmen y yo iniciamos una recolecta para el hombre y su familia.

Camilo está en el portón junto a un bulto. Frunzo el ceño y alterno mi mirada entre él y la caja enorme a la par suya. No creo que precisamente ahí solo quepan un par de guantes.

—¿Una caja? ¿Trajiste todo tu guardarropa? —ironizo. Él suelta una leve risa y recoge la caja del suelo.

—Les pregunté a todos mis compañeros de trabajo si querían unirse a la causa y todos estuvieron más que encantados. Por cierto, n o sólo llevaron guantes. —Abre la caja un poco y de ahí extrae una chaqueta, un pantalón y también hay una caja de donas glaseadas. —Mis compañeros son lo mejor ¿no crees?

—Guao. Diles que muchas gracias de mi parte.

Él esboza una sonrisa mientras se lleva la caja al hombro y la otra mano la mete en su bolsillo, me di cuenta últimamente que eso es algo que hace todo el tiempo, así que lo juzgué mal, yo creí que era una táctica para ocultar su anillo de matrimonio.

—Tal vez tenga familia, así que también llevaron ropa para niños y algunas donaciones de parte de sus esposas. La mía no quiso deshacerse de ninguno de sus vestidos por muy viejos que estén, aunque no son nada viejos, cambia su guardarropa semanal. —Se encoge de hombros y cambia rápido de tema: —Me deberías llevar a conocerlo, para saber mejor su talla y ver qué más podemos hacer.

—No es mala idea, cuando tenga mi auto de regreso, no dudes de que vendrás conmigo. —Él ladea sus labios en una sonrisa y asiente.

—Me alegra saber que aún quedan personas dispuestas a ayudar a los demás, el señor Schmitt debe estar orgulloso porque se encontró a la mujer perfecta.

No sé qué es perfección para David, pero es obvio que no soy yo.

—La perfección es como la belleza, Camilo. Está en los ojos de quién la mire. —Camilo me mira pensativo y finalmente sonríe negando con su cabeza.

—Siempre que hablo contigo me pones a pensar. Algo que los hombres odiamos, dicen por ahí —ironiza. Me hace reír porque sé que él no es como todos esos hombres, o espero que no lo sea, ojalá no me esté dando con la piedra en los dientes. Andi y David sí son el uno para el otro, Camilo necesita algo mejor. —¿Irás con tu amiga?

—¿Carmen? Claro que sí. A ella le encanta hacer estas cosas, siempre está ayudando a fundaciones para personas o animalitos. Y dime… tu mujer... ¿no es la esposa perfecta?

Extiendo mis manos para sostener la caja. Por un momento Camilo piensa su respuesta y me cuestiono a mí misma si no debí preguntar. No estoy segura si ya sabe lo de David y solo quiere olvidarlo para conservar su trabajo. Quizás me lo intenta decir a mí y no sabe cómo.

—Lo era —dice, con un gesto serio que de inmediato intenta cambiar. —Pero no voy a negar que yo también tuve parte de la culpa. Un matrimonio siempre es de dos ¿No? así que estoy intentando hacerlo funcionar, aunque a veces eso no es suficiente, porque... digamos que a ella le gusta pelear por todo y yo solo quiero vivir una vida tranquila, tener una casa en el campo, una familia. Ella quiere cosas distintas.

—Y tú… —Me pienso muy bien lo siguiente que voy a preguntar: —¿Tú eres de los que están a favor del matrimonio abierto o algo así?

—¿Qué? No. —Okey. Entonces la tal Andi está mintiendo o quizás David me mintió, ya no lo sé. —¿Por qué la pregunta? ¿El señor Schmitt te pidió una relación abierta? Sabes que no

tienes que aceptar cosas si no te gustan.

—¡No! No, para nada, David no es de esos. Solo me daba curiosidad, como es una «moda» hoy en día…

Hasta me rio para evitar sentir la incomodidad.

—Por Dios, por supuesto que no. Para mí el matrimonio es sagrado.

Okey, alguien está mintiendo, y no es él.

—Qué bueno saberlo.

—Vamos, te puedo ayudar a llevar la caja adentro, es bastante pesada.

—Yo puedo. —Escucho de inmediato una voz detrás de mí. Giro en esa dirección al sentir la mano de David sobre mi hombro y agarra la caja. —Muchas gracias, Camilo.

Se va a la puerta. Camilo se despide de mí con un leve asentimiento para volver a su postura de trabajo. Sigo a David y deja la caja muy cerca de la puerta justo al entrar, no pregunta nada, sólo continúa su camino hacia las escaleras sin siquiera voltear a verme.

—Dame veinte minutos. —Es lo único que lo escucho decir antes de perderlo de vista al subir el último escalón.

David

Ya me estoy desesperando.

Vuelvo a preguntarle otra vez porqué las mujeres tardan tanto en arreglarse. Miro el reloj una y otra vez, se suponía que ella estaba arreglada desde antes de irme a entrenar. Cuando por fin sale de la casa lleva pantalones, un jersey cuello de tortuga, aunque su abrigo largo la cubre. Frunzo mi entrecejo y sube al auto esbozando una sonrisa.

—¿Qué no estabas lista?

—No —dice. —No me sentía bien con ese vestido y después tengo que hacer otras cosas, así que más me vale estar cómoda.

Nunca voy a comprender por qué tener ropa que no te hace sentir cómodo. Puedo jurar que hasta se cambió la ropa interior. Yo puedo usar el mismo calzoncillo dos días seguidos siempre y cuando no huela mal.

No, eso sí es broma.

Conduzco directo a su lugar de trabajo. Espero no llegar tarde, porque casualmente el día de hoy el tráfico está más pesado. Dejo caer mi cabeza en el espaldar con los ojos cerrados cuando estamos en un semáforo en rojo.

Hoy llego tarde.

—David, te dije que no había necesidad de que me llevaras.

—Créeme que hasta yo me estoy arrepintiendo.

—Guao.

Bueno, no debí decirlo así, definitivamente perdí el tacto, es que tengo mucho de no relacionarme con una mujer de manera «amistosa», además estoy estresado. Natalie tiene su vista puesta en la ventana y lo que me parece mejor es disculparme.

—Lo siento, no es lo que quise decir… no he tenido un buen día, y sí, ya sé que apenas inicia…

—No te preocupes.

No me deja terminar, me ve por un par de segundos con una sonrisa ladeada en el rostro y vuelve su vista donde estaba. Por fin el semáforo cambia de color y de inmediato piso el

acelerador hasta el fondo.

—Si no te hubieras cambiado tanto de ropa llegaríamos a tiempo.

—No pensé que el tráfico iba a estar tan pesado hoy. No es así usualmente, yo también conduzco. Puedo hablar con Oliver, le diré que llegas tarde por mi culpa.

—No es por Oliver, Nat. Tengo trabajo pendiente y me gusta terminarlo antes de tener más trabajo —aclaro, pero se saca el celular y comienza a teclear. Estiro mi mano para intentar tomarlo y ella lo aleja más de mí. Me detengo en otro semáforo y aprovecho para intentar quitárselo.

—Natalie, deja ese bendito celular. —Ella hace que no lo tome y me tengo que quitar el maldito cinturón.

—David, déjame —dice entre risas—. Me estás aplastando.

—Entonces no envíes ese mensaje al caga-billetes que se va a imaginar mil cosas morbosas si tú le dices que llego tarde por tu culpa, dámelo. —También me da gracia, pero soy yo el que va a soportar todas las bromas con doble sentido que pasarán por el cerebro de *Ricky Ricón,* así que no, no puede enviarle ese texto.

—Bueno, lo que sea que se imagine es mejor que decirle que te molesta llevarme al trabajo por compromiso.

Entonces detengo mi labor de quitarle el teléfono y me regreso a mi lugar sin quitarle los ojos.

—Constanza, sé que no te he dado la mejor imagen de mí, pero no digas eso, yo te dije que te traería y no lo hago por compromiso. —En ese momento escucho el claxon del auto detrás de nosotros y me percato que el semáforo ya cambió a verde. —No me malinterpretes, estoy bajo muchísima presión, pero no quiero que creas que en realidad es algo contra ti, aunque no nos llevemos para nada bien ahora, sí lo hicimos en algún momento.

—Sí, como dos días.

—Fueron dos días asombrosos.

Ella esboza una sonrisa y la miro en ese momento, también me rio un poco y nos quedamos en silencio hasta que diviso el edificio del canal para el que Natalie trabaja.

—Pero no te preocupes, no he tenido personas acostumbradas a hacer algo por mí, es como mi propia maldición. Debería estar acostumbrada, ¿no? —Se ríe, de esa forma desganada suya que ya conozco, y vuelve su vista a la ventana.

No digo nada, no tengo que decir, ahora me siento miserable. El resto del corto trayecto es un completo silencio, uno que ni la canción de las melodiosas voces de los BeeGee's pueden llenar, si se va a divorciar de mí al menos quiero que tenga otra percepción de lo que soy como persona no lo que he mostrado hasta hoy, yo no soy así, al menos, no antes de toda esta mierda junta y manejar una empresa.

—Escúchame, Constanza. —Aparco una vez que estamos frente a su lugar de trabajo. La miro desabrochar su cinturón y mirar su reloj de nuevo.

—Llegarás tarde.

—Sí, ya sé, pero yo no soy así ¿Okey? Solo no nos conocimos de la mejor forma, bueno, nos conocimos de la mejor forma —hablo, con un gesto seductor/sarcástico porque pensar sobre esa noche que nos conocimos si es un buen recuerdo —pero mi punto es que no nos dimos tiempo para conocernos. No he dado la mejor versión de mí, porque todo esto me tiene estresadísimo y…

—Entiendo… —me interrumpe, pero no me está viendo a mí, su vista está puesta en el parabrisas. —Pues yo no estoy tan relajada tampoco.

—Antes de que esto se termine, ¿Me permitirías demostrarte que en realidad no soy la mierda que crees que soy?

—¿Qué? —Se ríe un poco. —Yo no creo que seas una mierda, David. Bueno, tal vez sí un poco. —Hace una pausa y yo no sé si reírme o cabrearme por eso. —Solo nos conocimos en el momento equivocado y cometimos errores, como todas las personas. Es algo común.

—¿Común? No he conocido a nadie que se case en Las Vegas, borracho y con una casi desconocida.

Natalie vuelve a soltar una risita, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por traerme.

Se baja de mi auto. Me quedo ahí sin hacer nada porque no sé qué hacer, ni qué decir, ni que pensar, porque hasta cagadas pienso últimamente. Bueno, la acompañaré hasta la entrada. Si voy a hacer cagadas, al menos que sean cagadas caballerosas. Entonces me bajo, ella se gira hacia mí cuando escucha que activo la alarma de mi auto y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Qué haces? Llegarás tarde.

No contesto, porque en ese preciso momento un señor de avanzada edad se acerca a nosotros. Me mira con una amplia sonrisa y me extiende su mano.

—Hasta que por fin lo conozco en persona, señor Schmitt, he escuchado hablar mucho de usted últimamente.

Miro a Natalie y sutilmente niega con la cabeza esbozando una sonrisa incómoda al señor frente a mí.

—El placer es mío, señor Williams —digo, viendo la identificación que dice que es el director del canal. Le sonrío y hago el mejor de mis intentos por parecer un hombre culto, educado e interesante.

Parece que él se traga el cuento.

También las personas que pasan a la par de nosotros saludando a Nat y a él. A todos me presenta como el esposo de Natalie. Joder. Ya hasta tengo etiqueta y todo.

Lo bueno es que sí me cree el personaje que me estoy inventando ahorita. El mismo que uso en las reuniones con los socios de Anderson.

—Fue un placer conocerlo, señor Schmitt.

—Oh no, llámeme David, por favor.

No me acuerdo qué dije que él ahora solo me responde con risas.

—Está bien. Por cierto, llego tarde. Espero verte en la fiesta de aniversario, tengo que escuchar esa historia de amor entre ustedes dos desde tu boca, me da tanta inspiración. Si lo traerás Naty, ¿Verdad?

Natalie asiente con una sonrisa mientras observa al anciano retirarse. Desde lejos vuelve a darme un adiós con su mano y yo me vuelvo a Nat:

—¿De qué historia de amor está hablando?

—No hagas caso. —Ahora me siento intriga por lo que sea que se inventó en nuestra «historia de amor», pero no tengo tiempo para quedarme a averiguarlo ahora. —Además, ni siquiera yo voy a ir a esa fiesta.

Sé que sí va a estar ahí, pero no quiere ir conmigo. En ese momento un auto pasa cerca de nosotros y escucho que dice algo para Nat pero no logro comprenderlo bien, o espero no haberlo comprendido bien porque no fue algo decente. Me giro y el tipo al verme parece asustarse. Entonces se aclara la garganta y solo dice:

—Buenos días.

Lo único que estoy viendo es que tiene un auto como el mío, pero de hace unos tres años.

—¿Quién es ese pendejo?

—Nadie. Solo un maldito acosador.

—¿Un maldito acosador?

El acosador se está bajando de su vehículo, que casualmente aparca a la par del mío. No creo que sepa de quién es, porque también se le queda viendo cuando se baja. Entonces nos mira otra vez antes de pasar a la par nuestra y baja la mirada, pero lo intercepto yo y le digo:

—Bonito auto.

—Gracias. —Mira de Natalie a mí, y yo me presento:

—Soy David, el esposo de Natalie.

Él titubeante me toma la mano y contesta:

—Sí, ya lo sabía. Mucho gusto, señor Schmitt. Soy Sean.

—El placer es mío, Sean ¿Podrías repetir lo que le dijiste a mi mujer cuando pasabas por aquí?

—Yo… —titubea— Yo no dije nada más que buenos días.

—¿Y te parece que soy sordo?

Nat me agarra el brazo.

—Te juro que no…

—No me tutees. —Parezco amable para los demás que están pasando, y el tal Sean también. El resto se lo digo bajito: —Escúchame bien, intenta decirle esas cosas a mi esposa otra vez y te juro que quién te deja sin empleo y en la cárcel soy yo. —Ahora sí me alejo de su oído y le extiendo la mano: —Entendido ¿Verdad? Fue un placer conocerte, Sean.

El mismo señor jefe de Nat vuelve a pasar llevándose al tal Sean —para su suerte— pero no sin antes preguntarle si ya me conoce y soy yo quién le responde que nos acabamos de hacer amigos. Cuando por fin se van yo me vuelvo a Contanza:

—Gracias, de verdad… aunque no tenías que…

La interrumpo.

—Lo que está haciendo es penado aquí y en la China. Si vuelve a pasar solo me lo dices ¿Entendido? —Le paso la mano por la cintura y le devuelvo el gesto del beso en la mejilla. —Vengo por ti a tu horario de salida. Y tendrás que contarme esa supuesta historia de amor que te inventaste.

No la dejo replicar. Me regreso a mi vehículo y me voy sin esperar una respuesta. Desde mi auto la veo que se quedó parada ahí y levanta la mano como saludo cuando yo toco el claxon para despedirme.

CAPÍTULO 24

David

Sí, llego tarde, pero ahora tengo una excusa.

—Siento llegar tarde —le digo al caga-billetes que ya está con su cara de culo viéndose el reloj cuando me ve entrar. Está en la cabeza de la mesa de vidrio, con su codo sobre el brazo de la silla y con la mano sosteniéndose la barbilla. Está mirándome fijo hasta que tomo el lugar que me corresponde.

Si yo fuera mujer, lo demandaría por acoso sexual.

—Debes tener una excusa muy buena, si no, te descuento estos siete minutos de retraso.

—Oliver, no puedes descontarme esos siete minutos, tengo tampones que comprar —Finjo desesperación. Él suelta una risa y no puedo mantener mi postura, me carcajeo con él, pero no por mucho tiempo porque se supone que aquí somos personas serias y me aclaro la garganta cuando miro más personas entrar.

Saco mi laptop. Tengo exactamente veinte minutos para terminar los informes que se supone tengo que presentar en esta reunión. Ayer me quedé dormido, pero es algo que no le voy a decir al caga-billetes, por supuesto.

La sala de juntas comienza a llenarse. Estoy concentrado en el informe cuando alguien me pone la mano sobre el hombro y al ver al señor Argazzi —uno de los otros caga-billetes de las revistas Anderson— de pie a la par mía, lo saludo con un apretón de manos y después saluda a *Ricky Ricón*. Después de felicitarme a mí por *«contraer nupcias»* toma lugar a la par de Oliver con quién comienza a charlar sobre el «matrimonio». Por un momento miro a Oliver y me doy cuenta de que ya lo perdimos.

—Las mujeres son como las flores, hay que tratarlas con delicadeza y cuidarlas como si fuera la última especie en peligro de extinción —dice el anciano, no presto atención y continúo tecleando: —Solo un caballero es capaz de cuidar a una flor.

¿En serio, señor Argazzi? ¿Por qué mejor no se vuelve consejero matrimonial y deja de ser un empresario?

—Si no —continúa —cualquier borrego querrá devorarla.

Eso me da risa, pero intento mantenerme profesional en este asunto, porque se supone que lo soy.

—¿Entendiste David? Cualquier borrego puede devorar tu flor. —Eso lo dice Oliver, claro. Llevo mi mirada de desaprobación hacia él y tiene una amplia sonrisa que termina en carcajadas al escuchar la risa del señor Argazzi.

Qué suerte que la reunión comienza y termina sin más temas de flores y borregos. Justo en el momento que estoy saliendo de la sala de juntas el sonido de mi celular me interrumpe, la foto de Natalie aparece en la pantalla y no me percato de los idiotas alrededor de mí viendo fijamente mi teléfono.

Tal vez debería cambiar esa foto suya en traje de baño.

—Es mi esposa —les digo. De inmediato voltean en otra dirección y continúan con su plática. —Dime, Nat.

—El señor Williams me llevará a casa. Más tarde veré a Alex, así que no te preocupes en venir por mí.

Tardo un par de segundos en contestar y finalmente digo:

—Bien, pero cualquier cosa me llamas ¿sí?

Creo que me está evitando ¿Tal vez por lo de esta mañana? ¿No debería meterme? Debería ¿No? Es lo que cualquier hombre haría. O quizás es por lo otro, por lo que le dije en el auto, no sé cuántas veces más tengo que disculparme, por algo siempre mi abuelo Ramiro decía: «Es más fácil que te perdone Dios que una mujer» o algo así.

—Está bien.

Eso es todo y cuelga.

Me quedo viendo la pantalla de mi celular, especialmente esa foto suya que me gusta. Es que Natalie sí me gusta, eso no voy a negarlo; pero no puedo dejarme llevar solo por eso. Yo me enamoro fácil, soy un tonto para esas cosas, el amor me hace pendejo y todos juegan con los pendejos.

Sí sí, experiencia propia.

En fin, me guardo el teléfono al ver al caga-billetes acercarse con el señor «ElBorregoSeComeráTuFlor» y dos socios más a su lado.

—David ¿Almorzamos juntos? —me pregunta Oliver. Los dos socios que lo escucharon nos quedan viendo alternadamente y de inmediato dirigen su mirada hacia el lugar donde el señor Argazzi se quedó hablando con otro hombre. Yo me vuelvo a Oliver con una ceja enarcada:

—Oye, no digas esas cosas en público, porque luego creen que eres mi flor y me van a aconsejar que no te coma un borrego.

Se lo dije casi en un susurro y soy yo el que camino antes, pero también nos miran cuando le abro la puerta. Me percato muy tarde. Los veo sonreír, susurrar y el caga-billetes me está extendiendo la mano.

Claro que no es para que se la tome, dice que le de mi computadora, pero eso ellos no lo alcanzan a escuchar.

En fin, almuerzo con el caga-billetes, porque nadie se niega a un almuerzo gratis aunque te crean jardinero —por lo de la flor y eso—. Tal vez necesite salir a almorzar con mujeres de vez en cuando y no sólo con Oliver; pero bueno, ya de regreso en la oficina me llega un texto:

De: Constanza.

¿Te gusta la Lasaña?

¿Lasaña? Claro que no.

Para: Constanza.

¡Puaj! No.

El celular vuelve a sonar casi en instantes:

De: Constanza.

Ok…

Me quedo pensando un momento, a ver… ¿por qué la pregunta de sobre la lasaña? ¿Quiere tal vez que salgamos a comer lasaña? ¿Debí decir que sí?

Estoy escribiendo una respuesta retractándome por lo que dije antes… digo, tal vez la lasaña no esté tan mal.

Entonces me interrumpe otro texto suyo:

De: Constanza.

¿Y qué te gustaría cenar?

¿Cómo que qué me gustaría cenar a mí? Yo qué sé, lo normal. Miro mi reloj y veo que ya me pasé una hora de la que se supone es mi horario de salida y quizás por eso me está escribiendo.

¿Acaso se preocupa por mí?

En fin, borro lo que iba a escribir y le dejo otro mensaje:

Para: Constanza.

¿Quieres ir a comer lasaña? Digo, puedo darle una segunda oportunidad.

Me envía un emoji de risa y le agrega un:

De: Constanza.

Está bien :)

Me miro el reloj de nuevo y le escribo:

Para: Constanza.

En 45 minutos estoy allá.

Guardo lo que estoy haciendo y salgo de mi oficina.

Conduzco hasta mi casa y al llegar ya está ahí esperándome, sube al auto y se pone el cinturón. Soy yo el que pregunta:

—Bien ¿Dónde quieres ir?

—Bueno… conozco un lugar… ¿Estás seguro de darle una segunda oportunidad a la lasaña?

—Claro.

Ella me guía hasta el lugar. Me esperaba un lugar lujoso, de esos elegantes, pero es todo lo contrario; un lugar sencillo, con un diseño minimalista y por lo que veo, con bastante arte por doquier. Me bajo del auto analizando aquel lugar que desde la entrada asegura ser para hippies. Natalie me toma de la mano, no puedo evitar dar un vistazo a mi alrededor y todas las personas presentes me miran a mí, bueno, nadie más lleva un traje de diseñador aquí.

Caminamos hacia una mesa que está en una esquina. Es un lugar bastante calmo y hay música poco audible, lo que hace perfecta la comunicación. Siento todas las miradas en mi nuca y de haber sabido, voy a casa y me pongo mi camiseta de Bob Marley.

—Me gusta la comida de este lugar.

—Y apuesto te gusta también el lugar —digo, señalando los cuadros que hay en las paredes. Ella arquea sus labios dejando ver su perfecta dentadura mientras se acomoda en un lugar.

—¿Cómo lo supiste? —Finge admiración y me hace reír un poco. Tomo el lugar frente a ella y veo como acomoda su cabello hacia un lado mientras lee el menú que nos entregó un mesero. El chico le dice unas palabras en italiano y, para mi sorpresa, ella le contesta en el mismo idioma con perfecta fluidez.

—¿Qué vas a pedir, David? —Todavía estoy estupefacto por este nuevo dato que sé sobre ella. Yo ni siquiera he visto el menú, pero se supone que vine aquí por lasaña, aunque espero que haya otra cosa.

—Tú conoces este lugar mejor, así que convénceme con la supuesta lasaña.

Dice que sí y pide el mismo plato para los dos. El joven se retira con una sonrisa anotando algo en una libreta. Llevo mi mirada a Natalie con una ceja arqueada.

—Así que sabes italiano.

—Estudié italiano hace mucho tiempo, me gusta Italia. —Me señala con su dedo índice. —Deberíamos ir algún día.

—Claro, suena estupendo. Algún día que Oliver quiera dejar de explotarme.

Natalie suelta una risita.

—Y bueno, Rodrigo es un viejo amigo que tiene mucho tiempo de trabajar aquí. Solía venir aquí muy a menudo con Alex antes de que ella comenzara a trabajar en la revista.

Supongo que el tal Rodrigo es el chico que nos atendió.

—Interesante… —Yo estuve un año en una academia y no hablo ni la mitad de italiano, así que mejor ni lo menciono. —¿Hay algún otro idioma que hables?

—Inglés, español e italiano; bueno, aprendí un poco de alemán el tiempo que viví en casa de Alexandra, especialmente groserías gracias a ella y su tío Frank. —Suelta una leve risa y esa información llama mi atención, no por las groserías o el alemán.

—¿Viviste en casa de Alex?

Ella asiente con la cabeza y el joven Rodrigo trae unas bebidas.

—Digamos que era eso o vivir en la calle. —Cuando Rodrigo se va, continúa: —Mi madre me dijo que no podía vivir con ella, porque no quería tener que explicarle a sus nuevas amistades que tenía una hija fuera del matrimonio.

—¿Tu madre te dijo eso?

—Sí —contesta de inmediato. Contornea con su dedo índice la boca del vaso sin mirarme. —La verdad es que estoy muy agradecida con Alex y su familia por permitirme quedarme con ellos hasta que me vine a Nueva York.

—Perdón por lo que voy a decir ¿Pero qué mierda tiene tu madre en la cabeza?

—No sé. —Se encoge de hombros. —Pero no la culpo. No debe ser fácil criar a una hija desde los dieciséis años. Ella quería ser actriz y no pudo, porque mis abuelos le dieron la espalda y mi padre nos dejó cuatro años después. Ella tenía tres trabajos, muchas veces nos quedábamos sin nada que comer porque su salario no daba para mucho y nunca tuvimos un auto. Su camino más fácil fue casarse con un hombre acaudalado que no la juzgó por tener una hija de ocho años.

—Odio a las mujeres que se casan por conveniencia.

—Bueno, ella sólo quería salir de la miseria, no fue fácil todo lo que vivimos; pero entonces, tenía que explicar el por qué tenía una hija adolescente siendo tan joven. La familia del tipo era bastante conservadora, ya sabes, de esos que no tienen hijos hasta que se casan y son mal vistos los divorcios. Y bueno, de ahí surgió el llamarme «error» muchas veces y llegar al punto de pedirme no salir de mi cuarto cada que sus nuevas amistades llegaban a visitarla.

La verdad no sé qué decir, no conozco a la madre de Natalie, pero ya la odio, así que espero no conocerla. En ese momento el mesero llega con nuestro pedido y sí, es lasaña.

—¿Qué hay de eso de las deudas suyas que mencionaste? Las que tú estás pagando.

—Larga historia. Para hacerla corta digamos que me pidió dinero prestado, accedí, y no me pagó, yo lo tomé prestado del banco, y creí que ella lo estaba pagando como me lo prometió, pero me di cuenta de que no cuando los intereses ya estaban hasta el techo. Además, otro día me hizo hacer una compra grandísima con mi tarjeta de crédito diciendo que su marido iba a pagarme todo y no, entonces ahí estoy yo, pagando y esperando que ella se apiade algún día. Y hay más, mucho más, pero esas están más relacionadas a gastos de mi hermanita menor, así que no voy a cobrarle.

Estoy en shock y Natalie lo cuenta tan tranquila como si no es algo para meter a su mamá a la cárcel.

—¿Qué carajo?

—Bueno, dejando eso a un lado, no le guardo rencor ¿Sabes? El rencor enferma el alma y no te deja vivir tranquilo pensando que todas las personas que conozcas son iguales, y no lo son. Solo soy más cautelosa con ella y ya no le presto ni un centavo, aunque prometa pagarme hoy mismo.

Me quedo pensando un rato, hasta que mis pensamientos son interrumpidos por un grupo que comienza a tocar música al estilo de Bob Marley. El tema de conversación pasa a ser sobre nuestros trabajos y su celular suena dos veces, pero en ningún momento lo toma mientras conversamos; por lo tanto, yo hago lo mismo, aunque el mío vibre muchas veces.

La conversación puede ser distinta, pero yo no dejo de pensar en lo que me dijo de su mamá.

—¿Cuánto le debes al banco? —Le pregunto yo. Estamos saliendo del lugar y la lluvia moja el pavimento, nos detenemos un rato para esperar que cese un poco. —La deuda de tu madre ¿Cuánto es?

—No voy a decirte.

—¿No vas a decirme?

—Por supuesto que no, David.

Supongo que no puedo insistir. Natalie se acomoda el abrigo y me recuesto sobre un pilar abrazándome por el frío cuando siento sus brazos rodearme por un costado haciéndome reír.

—¿En serio crees que con ese tamaño y esos brazos tan delgados vas a calentarme?

Ella suelta una risa y me acomodo para yo calentarla a ella porque mi abrigo es más grande, largo, y nos cubre a los dos.

—A mí me gusta mi tamaño, David.

—A mí también.

Natalie me llega a la altura de la barbilla cuando no lleva tacones. Se separa un momento de mí mirándome a los ojos. Nat tiene los ojos oscuros, la piel tersa y unos labios delgados pero llamativos que en este momento están dibujando una sonrisa.

—Me la pasé bien —dice, aún con su mirada puesta en mí. Con una de sus manos acomoda un mechón de mi cabello y su tacto me hace recorrer un escalofrío en la espalda, pero es algo que se siente tan bien al mismo tiempo. —Gracias por la invitación.

—Gracias a ti por aceptarla. —Le dedico una sonrisa, nuestros ojos se conectan y por un momento siento como si solo estuviéramos ella y yo, sin el bullicio de las demás personas acomodándose en el pasadizo.

No sé en qué instantes pasa, pero caigo en cuenta hasta que mis labios están sobre los suyos.

CAPÍTULO 25

David

Sus labios son tan cálidos y suaves, son tan adictivos que siento no poder separarme de ellos, los saboreo uno a uno de una forma delicada, sin prisa, como si fuera el primero o el último. Mi lengua se encuentra con la suya y ella sigue el ritmo con un completo frenesí. La agarro de la cintura y ella a mí me pasa los brazos por el cuello, la deseo tanto, quiero tumbarla en mi cama y desnudarla, hacerle miles de cosas….

«Por Dios»

De inmediato detengo el beso riñéndome interiormente. Joder, joder. Dije que me iba a llevar bien con ella, pero no a este punto. Natalie no es ese tipo de mujer con el que solo te acuestas, ella se merece más y yo no puedo ser ese hombre.

—Lo siento —le digo una vez que nos separamos los dos, porque sí, ella también sabe que esto es una mala idea. —¿Nos vamos?

—¿Sentir qué? —me pregunta de inmediato. —Es sólo un beso David. Relájate. No es nada que no haya sucedido antes.

Ella esboza una amplia sonrisa y se acomoda el gorro del abrigo para irse al auto, por un momento me desconcierta ¿Para ella un beso no significa nada? Es decir, ¿No le importaría besar a alguien por ahí? Bueno, me besó a mí a los minutos de conocernos, pero… no, eso era diferente.

—Okey.

—Vamos —Hace un gesto con la cabeza para que vaya con ella. Miro al cielo para ver si está despejado y camino con ella. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Te has enamorado, ¿verdad? —Ahora sí la miro y sin ningún tpo de expresión le respondo:

—Si, ¿Y tú?

—No. —Su respuesta es inmediata. Seguimos caminando en silencio hasta llegar a mi auto y desactivo la alarma.

—Tienes suerte.

Me adelanto un poco para abrirle la puerta, hago una seña con la mano para que suba y después lo rodeo yo para sentarme frente al volante.

—¿Tan malo fue?

—Es la cosa más jodida del mundo y la verdad no pienso volver a caer de esa forma.

Estoy consciente de que vamos a divorciarnos y no importa mucho que le diga de que no me pienso enamorar nunca más. Porque es la verdad, no pienso hacerlo y me niego volver a portarme así de estúpido.

—Tienes razón y todo mundo teme a enamorarse. Espero algún día enamorarme de alguien que obviamente también esté enamorado de mí.

—Lo encontrarás, te lo mereces.

Sonríe de lado y lleva su vista a la ventana.

El resto del camino es en completo silencio, ella solo viendo por la ventana y yo

concentrado en la carretera sumergido en mis pensamientos.

—Está bastante temprano… ¿Vemos una película al llegar?

—No —contesto de inmediato. Sé qué películas le gustan a ella y no quiero torturarme de esa forma. Además, lo siguiente que digo es verdad: —Tengo trabajo que hacer, Nat.

—Entiendo. Oye, miré una foto tuya. —Tengo que bajarle el volumen a la canción de Aerosmith, vuelvo mi mano al volante y la observo solo por unos segundos ¿Cómo que una foto mía? —Supongo que con tu familia.

—¿De dónde sacaste esa foto?

Recuerdo que solo tengo una en mi casa, así que ya sé de dónde la sacó.

—Estaba buscando una libreta y salió de ahí. —Me quedo en silencio recordando aquella fotografía de cuando los cuatro éramos felices. —Se debe sentir bien tener fotos en familia. Yo ni siquiera tengo alguna foto de mi niñez. Mi madre nunca se tomó una foto conmigo y mi padre, bueno, a él nunca le ha preocupado nada.

No contesto. Hay temas de los que no me gusta hablar y este es también uno de ellos. Por suerte no dice nada más al ver que me cierro al tema. Vuelve su vista a la ventana y yo sigo viendo la carretera.

Aunque pensándolo bien, al menos yo sí tuve una familia, aunque por un corto tiempo.

—Sí, se siente bien, aunque solo queden para recuerdos. —Puedo sentir su mirada sobre mí, pero no dice una palabra, tal vez notó que no quiero hablar sobre ello y no quiere preguntar, eso lo agradezco. —Desde que mi padre murió nada volvió a ser igual.

—¿Y qué pasó con tu hermana?

—Es prostituta.

—David, no puedes juzgar a una mujer por su vida sexual —me riñe. La miro por un momento y sus ojos furiosos me dan un poco de gracia. Todavía no sabe que la he llamado peor.

—Una mujer que se va con hombres solo para obtener dinero sin trabajar, es una prostituta.

Estamos llegando a casa ya y me llama la atención un auto estacionado al frente. Miro mi reloj ¿Quién podría…? Es demasiado tarde. De inmediato mis ojos van hacia la tortuga ninja que está de pie junto al señor que cubre su espacio por la noche. Frunzo el ceño al verlo y justo en el momento que me detengo para esperar que el portón se abra, Natalie se baja y camina hacia Camilo.

Me bajo enseguida para conocer el motivo de su visita y él saca unas llaves que tintinea frente a nosotros. Natalie suelta un grito perforando mi tímpano y lo abraza, yo… no sé qué pensar.

La imitación en rubio de Jackie Chan me mira y se remueve incómodo separándose de ella con una sonrisa. Se aclara la garganta y se apresura a decir:

—Se me ocurrió arreglarlo por mi cuenta.

La frase la dice mirándome a mí un par de veces, aunque yo estoy más concentrado en el auto estacionado frente a nosotros.

—Yo no sé cómo agradecértelo, en serio. —Escucho a Natalie. Miiro un momento donde está Camilo y él, al encontrarse con mis ojos, mira en otra dirección.

Y esa dirección son los labios de Nat.

—No tienes que hacerlo, te dije que sabía mucho de autos.

De nuevo me mira y yo lo miro a él, alterno la mirada entre Nat y la tortuga ninja, esto no me gusta.

—Bien ¿Cuánto te debo? —Me apresuro a decir. Camilo el casado me mira otra vez, ambos me miran, de hecho; y Natalie me hace una seña sutil de negación con la cabeza. A ver, nadie

hace favores de gratis y prefiero pagar.

—Señor Schmitt —responde de inmediato —con todo respeto, pero no suelo hacer favores para esperar algo a cambio… o dinero.

Eso no se lo cree ni él.

—Bueno.

Es todo. Eso es todo lo que voy a decir, porque en realidad tengo mil cosas por decirle, pero no voy a hacerlo. Respiro hondo y vuelvo a mi auto. Necesito dormir tranquilo.

—¿Necesitas un empujón a tu casa? —Escucho a Natalie preguntarle, lo que me hace sutilmente girar a verlos.

—Si no le molesta al señor Schmitt —contesta de inmediato. Mira en mi dirección con duda. Sí, si me importa hijo de p… la fruta.

—No, para nada.

Sin esperar respuesta me encierro en mi vehículo y sin ningún tipo de gesto espero que se aparten para poder pasar y sí lo hacen, pero antes de que ponga en marcha mi auto Nat se acerca y me hace bajar la ventanilla.

—Ya vuelvo —dice. Toma mi rostro con ambas vamos, deposita un beso en mi frente y esboza una sonrisa. Todo esto frente a la mirada de la tortuga ninja quién en ese momento baja la mirada a sus pies y solo la sube cuando la escucha mencionar su nombre.

Se van los dos y desde mi espejo miro a Camilo abrirle la puerta del auto para que ella se suba. Yo me quedo ahí como idiota hasta que el huevo Kinder de Nat ya no es visible. Suelto un suspiro para alivianar la tensión que siento y entro.

Yo tengo trabajo que terminar, así que no me voy a poner a pensar en ellos dos. Aparco mi vehículo, salgo y antes de entrar a mi casa ya estoy sacando mi computadora, me dejo caer en el sillón y sólo miro el cursor parpadeante frente a mí.

Tal vez si debí aceptar ver la jodida película con ella, hubiera sido la excusa perfecta para decir «no, tú y yo tenemos una puta película que ver» Joder.

¿Cómo no se me ocurrió a mí arreglar el maldito auto antes? Bueno, llevarlo a arreglar, porque es obvio que yo no sé nada de autos, no estudié mecánica ni nada parecido; pero más importante que saber, es tener el teléfono del que sabe ¿no?

Mejor me concentro en el documento que tengo que terminar.



Ya pasó una hora.

Una hora completa y solo pienso en que deben estar por ahí viendo la película que Natalie quería ver, una hora completa en la que yo ya debería tener este documento finalizado. Miro mi reloj nuevamente y estoy a punto de llamarla cuando escucho la puerta principal y ella aparece detrás quitándose el abrigo.

No digo una palabra.

Finjo estar concentrado escribiendo no sé qué estupidez que se me ocurre cuando escucho sus pasos llegar hasta mí. Levanto la mirada y me da una bolsa de papel.

—Es una dona glaseada.

—¿No es que no tenías dinero?

—Yo no, Camilo la compró para ti.

Tiro la bolsa en la mesa de en frente y sigo en lo que estaba.

—Dile que gracias, pero no me voy a comer esa dona. Oye, trae la película que querías ver. Miremos qué familia muere esta vez por dos inconscientes que dicen amarse.

—¿No tenías trabajo qué hacer?

—Sí, tú la miras, yo trabajo.

Ella esboza una sonrisa y se va en dirección a las escaleras. Miro la dona frente a mí y abro solo un poco la bolsa de papel. Sí se ve buena, Dios mío, ¿pero Camilo me vio cara de muerto de hambre o qué?

Cuando escucho a Nat, vuelvo a tirar la dona en la mesa. Solo le doy un vistazo rápido, pero tengo que verla dos veces, porque se puso un conjunto de pijamas de color fucsia que le queda bastante bien. Definitivamente, visto de esa forma, creo que es uno de los mejores colores que puedan existir. Se gira hacia mí y de inmediato llevo mi vista a la computadora.

—Pensé en ti, ¿y qué te parece si vemos Rápido y Furioso?

Me limito a asentir, pero… ahí me percato y suelto una carcajada precisamente por la película que vamos a ver. Ella me mira y también cae en cuenta.

Definitivamente, ya nunca más veré Rápido y Furioso de la misma forma.

En fin, sí es la película que «vemos» —yo tengo que trabajar, pero finjo que le estoy poniendo atención—. Nat se sienta a la par mía y en algún punto deja la cabeza sobre mi hombro y ahora se me dificulta teclear, entonces lo dejo ahí, cierro la computadora y solo me toma un momentito sentir que se me están cerrando los ojos. Voy a decirle a Nat que me voy a dormir, pero me doy cuenta de que se quedó dormida hecha un ovillo a mi lado, viéndola así no puedo evitar pensar en lo tierna que se ve, pero de inmediato mi vista se va a sus piernas cuando ella se remueve y abre medianamente sus ojos.

—¿Nos vamos a dormir? —le pregunto. Bosteza mientras asiente y dejo la computadora sobre la mesa en frente.

—Tú ve a dormir, yo me quedo aquí.

—Una mierda es que se va a quedar aquí.

Nat suelta una leve risa sin abrir los ojos, me pongo de pie y la tomo en brazos para subir a toda prisa las escaleras con ella soltando gritos y carcajadas al mismo tiempo.

—David, vamos a caer rodando por estas escaleras.

—Me ofendes. —Finjo indignación mientras subo el último escalón. —¿Lo ves? No pasó nada.

La llevo hasta la puerta de su habitación que ya tiene una flor púrpura en la entrada, está entreabierta y sólo me basta con empujarla con el pie para que se abra completa, la dejo sobre su cama y le digo:

—¿Lo ves? Sana y salva, no me subestimes. —Le guiño un ojo, ella sonríe y hacemos contacto visual. Mejor me voy. —. Buenas noches.

—Buenas noches, David.

Me giro para cerrar la puerta y le esbozo una sonrisa que ella corresponde hasta que la madera blanca con la flor púrpura queda ante mis ojos.

CAPÍTULO 26

David

Tomo la banqueta frente a Steve que está del otro lado limpiando la barra, al momento de percatarse de mi presencia deja de hacerlo, esboza una sonrisa y me da un apretón de manos.

—¿Qué te trae hoy por acá sin compañía muchacho?

Steve reposa sus codos sobre la barra viéndome con intriga, lo cual es ilógico, ya sabe a qué vengo a su establecimiento.

—Quería venir a verte. —Steve suelta una risa, porque sabe que no es cierto. —Ya sabes que vengo por mi botella de vino.

—¿Cuándo conoceré a tu esposa? —pregunta, como si yo vengo a hablar sobre mis asuntos matrimoniales.

—Nunca, me voy a divorciar.

—Ay muchacho. —Niega con su cabeza y continúa limpiando la barra. —Ya te veo como yo a los sesenta años, buscándote una relación formal y las únicas candidatas tienen menos de 30 años.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando Steve? ¿Cómo puede gustarte una mujer con más de treinta años menor que tú?

—No es eso —replica, con su voz rasposa de tanto cigarrillo, no me imagino a Steve con esa edad dándole placer a una veinteañera —Lo que quiero decir es que ya no encuentras una soltera en la generación de la tercera edad. Aunque, para el amor no hay edad dicen por ahí.

—Pero si tú ya no tienes espermatozoides, tienes espermatozauros. —El viejo Steve suelta una carcajada que hasta a mí me hace reír.

—Este es el David que me agrada, no aquel en el que te habías convertido en aquella época.

—Shhh —le interrumpo, antes de que diga algo más. No quiero que mencione eso otra vez. —El pasado pisado, Steve.

—Exacto —me dice —repítete eso una y otra vez. Las personas no merecen ser juzgadas por errores de otros. No sabes cuánto me arrepiento yo de haber roto corazones solo porque alguien me lo rompió a mí.

—Lo sé, lo sé. Ya me has contado eso mil veces.

—Siempre te lo he dicho David, si no quieres que te engañen... fíjate en la pureza del alma y la grandeza del corazón. —Observo al viejo Steve alejarse y justo un par de minutos después viene con la botella de vino y me la extiende.

Estoy replanteándome la idea de volver a venir donde Steve.

En fin, sí pago, y un par de minutos después estoy camino a mi auto. Llego a mi casa, me sirvo una copa, saco mi laptop y me tiro en el sillón.

«Fíjate en la pureza del alma y la grandeza del corazón»

Sí, claro.

Estoy revisando un informe y veo que hay cosas que no cuadran. Maldición. Bufo y cierro los ojos un momento para calmarme cuando unas pequeñas manos se postran sobre mis hombros.

Es Natalie.

—Constanza ¿Por qué no me dijiste que ya estabas aquí? Casi me matas del susto.

Me está ayudando a quitarme el saco.

—Sí te lo dije, pero no contestaste.

Saco mi teléfono y, efectivamente, hay un mensaje suyo. Lo más probable es que estaba con Steve y no lo sentí vibrar en mi bolsillo. Natalie comienza a masajearlo los hombros y eso se siente tan bien.

—Constanza, vas a hacer que me duerma. Tengo que terminar esto hoy.

—Tú te lo pierdes. —Rodea el sillón sentándose a la par mía. Llama mi atención los leggins color blanco que lleva puestos y un top que hace conjunto.

—Eso es seguro. Oye, ¿Puedo saber dónde vas?

—Al gym —me dice. Se pone de pie y recoge un bolso.

—No entiendo por qué vas a un gym si puedes ir conmigo a la casa del caga-billetes sin pagar.

Miro el reloj, ya es un poco tarde para que vaya al gimnasio.

—Porque me obsequiaron una membrecía de seis meses que no puedo desperdiciar.

—¿Quién te dio un obsequio así?

¿Ya he dicho que Nat tiene el abdomen marcado y la cintura estrecha? Sí, no puedo evitar ver esa parte, es como si reclamara mi atención todo el tiempo.

—Un amigo.

—¡Mm! —Es lo único que logro pronunciar y vuelvo mi vista al monitor para continuar tecleando. Tal vez no fue mi intención como sonó, pero, en fin. Siento su mirada sobre mí, sin embargo, me concentro en mi pantalla.

—Tengo una membresía gratis por mi trabajo, David. Oye, si quieres que me quede contigo, me quedo —dice, dejando el bolso sobre la mesa frente a nosotros, se deja caer a la par mía encendiendo el televisor. —Podemos ver la película que a ti te gusta, esa que se llama *Mean Girls*.

—¡Pufff! —Ruedo los ojos. —Yo no dije que me gustara, te dije que la chica pelirroja y la rubia son lindas, es todo.

—¿Por eso te la sabes de memoria? —Suelto un suspiro dejando caer mis manos sobre el teclado de la laptop.

—Bueno, las chicas son lindas ¿Cómo no sabérmela de memoria? —Comienzo a teclear nuevamente. Ella se ríe haciéndome soltar una risa a mí también, por un par de minutos no dice nada y yo tampoco; sin embargo, no es un silencio incómodo, es uno de esos que se sienten bien y te hacen sentir confianza.

—¿Quieres venir al gym conmigo? —Gira su torso hacia mí y despego mi vista de la computadora por un instante. Miro mi reloj y vuelvo mi vista a ella.

—Ya es un poco tarde y tengo que terminar esto —digo, señalando la laptop. Vuelvo a teclear y me imagino todas esas miradas sobre el trasero de Natalie y me hace considerar la idea de ir al gym con ella.

Digo, precaución nada más.

—Deja eso. Desde que viniste estás en esta cosa.

Toma la computadora y la arrebata de mis manos.

—Dame la puta laptop —le riño yo. Ella se ríe y la pone detrás de su espalda.

—Relájate, estás estresado y luego comienzas a pelear por cualquier cosa.

—No. Acordamos intentar llevarnos bien ¿No? Eso no va a pasar, así que dame mi computadora. —Intento quitársela, pero es inútil. ,i mano puede tocar otra cosa así que lo hago sin mucho éxito, aunque... pensándolo bien, puedo aprovecharme y fingir que fue un accidente.

Entre risas intenta alejar la máquina de mí y me inclino para tomarla.

—Natalie. —Me río. —Dame la maldita computadora que si no termino hoy el maldito del caga-billetes es capaz de lanzarme desde el piso veinticinco.

—No lo creo, no puede vivir sin ti —me dice, guiñándome un ojo. De inmediato la miro con desaprobación y ella se suelta en risas, aprovecho eso para tomar la jodida computadora que no quiere soltar; cuando al fin lo hace, me alejo lo más que puedo de ella, en solo minutos está a horcajadas sobre mí y deslizo la computadora al otro extremo del sillón.

Rodeo su cintura con mis brazos de una manera fuerte para que no se mueva y ella se queda quieta y ahí me percato de la posición en la que estamos. De inmediato suelto mi agarre y ella también se percata de la situación, pero no se mueve y yo tampoco, la miro a los ojos y ella a mí, acerca su rostro al mío tanto que nuestros alientos se mezclan, ni siquiera ha rozado mis labios y ya siento que se me está subiendo la temperatura, yo... quiero besarla. En ese preciso momento que me decido por mandar al carajo cualquier regla de no tocar a Natalie, su celular nos estremece con un estruendoso sonido de la pantera rosa.

Es el destino.

Ella se pone de pie de un salto y toma el teléfono. Estoy tan desorientado que mis movimientos son torpes y mi computadora casi se cae al suelo, pero algo que no puedo evitar notar es que a Nat le cambia el semblante y solo contesta con monosílabos. Cuando cuelga soy yo quién habla primero:

—¿Pasó algo?

—No es nada, sólo quería una entrada para ir a una exposición de arte y no la conseguí. Me voy —dice cambiando de tema. Asiento con la cabeza mientras finjo leer le documento, pero es que me desconcentré… o más bien, ella me desconcentró. — ¿Quieres que te traiga algo?

—No. Estoy bien, pero gracias. —Se acerca a mí y se inclina para darme un beso en la frente y sí, me hace sonreír como idiota. —Nat, ¿Y cuándo se supone que es esa exposición?

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Y tan importante es?

—Al menos para mí lo es. Es la más grande de este país y será aquí en Nueva York. —Me da una mirada triste que me dan ganas de ir a matar a quién sea que no hizo entradas suficientes. —Antes no tenía dinero y ahora no hay entradas.

Se va a la puerta, pero antes la detengo.

—Espera. —Se vuelve a mí antes de abrir. —¿No es que ibas a quedarte a acompañarme? Digo, mañana podemos entrenar juntos si quiere. —Tomo el control del tv. —¿Qué película quieres ver esta vez?

—Pero prométeme que no...

—¿Que no estaré pegado a la computadora? Si me despiden es tu culpa.

—Oliver te ama, no te preocupes —se ríe de nuevo. Otra vez mi mirada de desaprobación, pero solo se ríe restándole importante. Deja su bolso sobre la mesa y me quita el control del televisor.

Voy a ser honesto, no sé qué película es y disocié en gran parte, pero Natalie está acomodada sobre mi hombro y se me ocurre preguntarle sobre la tal exposición de arte ¿Quién vende las entradas? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Y por qué tan pocas? Natalie se ríe con esto último, pero sí me contesta todo, aunque sea con sarcasmo. Cuando vuelvo a poner atención a la película, mis ojos se están cerrando, me acomodo mejor en el sillón y ella hace lo mismo, sigue recostada en mi brazo y no sé cómo mis dedos terminan entrelazados con los suyos. Ni siquiera me percato de la cercanía porque estoy casi dormido; o bien dormido creo, porque no tengo ni la remota idea de

qué es lo que pasa después.

CAPÍTULO 27

Natalie

A la mañana siguiente, despierto con un terrible dolor de espalda.

Abro los ojos y pestañeo varias veces para ubicar que estoy en la sala de la casa de David, sobre el sofá y que ya es demasiado tarde.

Mierda.

Me siento sobre el sillón mirando alrededor y hay una manta sobre mí, el espejo a un costado mío reflejando una imagen no bonita de mi persona y una taza de café sobre la mesita del centro. De inmediato me levanto arreglándome el cabello y reviso si sobre mi cara no hay rastro de haber babeado anoche.

Mi rímel está corrido e intento arreglarme lo más que puedo cuando me pregunto dónde está David. Es muy temprano para que salga a trabajar, y ni siquiera se dignó a despertarme.

Casi entro en pánico cuando veo la hora, pero suelto todo el aire que mis pulmones estaban reteniendo cuando recuerdo que hoy no trabajo —y acabo de recordar el motivo—.

Voy hasta la cocina por un vaso con agua y regreso al sillón tomando un sorbo a paso lento. Busco mi celular dentro de mi bolso y no puedo evitar revisar el perfil de redes sociales de mi papá, me siento una completa masoquista por ver su página y darme cuenta de que es feliz con su familia. Por primera vez en mi vida decido enviarle un mensaje, tal vez no me reconoce y es ese el motivo por el cual no acepta mi solicitud.

Me dejo caer de espaldas sobre el sillón y le doy enviar. Cierro los ojos y reposo mi brazo sobre el abdomen. Escucho la puerta abrirse, levanto la cabeza y un David sin camisa aparece detrás.

—Buen día —me dice, le sonrío en respuesta. No puedo evitar que mis ojos viajen por ese cuerpo sudoroso y veo el recorrido de unas pequeñas gotas de sudor que le acarician el torso y llegan justo a la goma de su pantalón deportivo. —¿Disfrutas este paisaje? —pregunta, abriendo las manos y señalándose a sí mismo. —¿Quieres pintarme al estilo Jack a Rose en el Titanic?

—He visto paisajes mejores —digo con indiferencia. Vuelvo a la posición que estaba y escucho un jadeo de su parte.

—¿Disculpa? —dice en un tono exagerado. Se lleva la mano al pecho fingiendo indignación. —No hay un mejor paisaje que King Kong en su selva. Lástima que no pueda andar en su hábitat natural porque da comezón.

David es tan impredecible que, en mi cabeza, no lo imagino como el cerebro andante que realmente es, capaz de llevar las riendas de una compañía tan grande. Aprieto el puente de mi nariz para contener la risa. Con una seriedad que no le caracteriza, camina hacia la cocina mientras niega con la cabeza.

—¿Y así vas hasta la casa de Oliver? ¿Sin camisa?

—¿Por qué no? —El pantalón deportivo se le ve bastante bien. Cuando se gira, aparto mi vista de inmediato. —Para eso hago abdominales todos los días.

—¡Pero qué modestia! —bromeo. A veces no sé si es tan presumido porque en serio lo es o porque amaneció de buen humor para las bromas.

O solo se está burlando de sí mismo, pero la verdad es que yo sí creo que él sabe que está

bien bueno y le gusta usar eso a su favor.

Me sorprende cuando se acerca a mí, por un momento pienso que se le olvidó algo en este sillón; pero, para mi sorpresa, en el preciso momento que voy a ponerme de pie, él se inclina dándome un beso en la frente.

Sí, sí, ya sé que fui yo quien inició esto, y quizá no debí hacerlo, porque voy a acostumbrarme a este David y, el día que desempolve su personalidad de mierda, me voy a molestar el doble.

—¿Qué quieres desayunar? —le pregunto. Él sigue en la misma posición y no puedo evitar fijármele un poquito más. Tiene los ojos de un color entre el miel y el verde, que le combina perfecto con las cejas pobladas y unas bonitas pestañas para envidiar, ahorita lleva el cabello desaliñado y una barba perfecta estilo candado. No voy a negar que David es tan atractivo físicamente, pero con la etiqueta de mujeriego por todos lados.

—No te preocupes, la niña Rosa me preparó algo. —Me hace reír, se endereza y mira su reloj. —. Es tarde ¿Por qué no estás corriendo de un lado a otro quejándote de lo tarde que es?

—Hoy no trabajo, pedí el día completo para descansar porque estaba segura de que iba a ir a la exposición de arte esta noche.

David no dice nada, simplemente lo observo perderse tras la pared que lleva a las escaleras; pero bueno, no tiene porqué importarle, es demasiado esperar que David se interese por temas que a él no lo beneficien.

Me quedo ahí pensando qué hacer todo el día de hoy. Me pongo de pie para ir a mi cuarto y tomar una ducha, tal vez aproveche para ejercitarme. Al pasar junto al cuarto de David, puedo escuchar su voz cantando a gritos alguna canción de los *BackStreet Boys* que no recuerdo el nombre, algo que me resulta gracioso; principalmente, porque tiene una excelente voz que no pareciera venir de él.

En fin, tal vez me tardo más de lo que debería, pero de verdad es que no tengo nada qué hacer, me voy al gym muy tarde, pero antes paso por un lugar buscando algo de comer, aparco mi coche frente a una cafetería. Pido una ensalada y una botella de agua. Tomo el lugar en un rincón de la esquina y le estoy dando el primer sorbo cuando miro una pareja de ancianos en una mesa a mi costado, ambos comparten un refresco mientras se ríen a carcajadas.

Veinticinco años de mi vida y nunca he conocido a alguien que se sienta tan feliz de compartir un refresco conmigo.

Discretamente saco mi teléfono celular y les tomo una fotografía.

Para: Alex

Creo que estoy viendo tu futuro.

Me contesta de inmediato:

De: Alex

Pero él tiene barba, así que es TÚ futuro ;)

No sé si reírme o llorar, porque creo que nunca tendré un futuro así con alguien; aunque sé que su intención es decirme que es mi futuro con David, pero Alex no sabe que un futuro así es al que David le teme.

Para: Alex

Terminator no tiene barba :(

El anciano rodea la mesa y se sienta junto a la señora, le da un beso en los labios, la anciana sonríe… y… joder, ¡¿Por qué Dios no me mandas uno así aunque sea anciano?! Miro al techo, como si Dios estuviera en algún lugar por allá arriba, según mi abuela está a nuestro lado, lo que me hace bajar la mirada y ver el lugar a la par mía, hasta que Alex me saca de mis pensamientos:

De: Alex

¡LOL! ¡Natalie, basta! Me lo imaginé ¡Estoy trabajando!

Me hace sonreír, entonces un mensaje de David invade mi pantalla, no he borrado esa foto suya del día del escape a Las Vegas.

De: Patricio Schmitt

Tengo noticias. Hablé de nuevo con mi abogado sobre lo del divorcio, pero prefiero hablar estas cosas contigo en persona.

¿Noticias buenas? ¿En unos días vuelvo a ser soltera? Miro mi reloj calculando más o menos cuánto me tardaré en el gimnasio y en un par de horas ya es medio día.

Para: Patricio Schmitt.

Espero sean buenas noticias.

De: Patricio Schmitt

Muy buenas.

Levanto la mirada nuevamente y ahora entran más personas, una mujer y un hombre, con ellos a una niña y el hombre carga un bebé; para mi sorpresa, llegan a la mesa de los ancianos y luego de darles un caluroso abrazo se sientan frente a ellos conversando eufóricamente.

Otra sonrisa se enmarca en mi rostro, otra de las cosas que nunca van a pasarme.

Mejor me voy al gym antes de que me detenga a sobrepensar y termine sintiendo lástima por mí misma.

Igual temino sintiendo lástima por mi misma todo el tiempo que hago mi rutina en el gimnasio. Perdí la noción del tiempo además y cuando reviso mi celular tengo un texto de David.

De: Patricio Schmitt.

¿Dónde estás?

Estoy contestándole cuando veo que llega otro:

De: Patricio Schmitt.

¿Te parece si vamos a almorzar?

Para: Patricio Schmitt.

Claro.

Tenemos la charla del divorcio pendiente, o espero que sea lo del divorcio y no que sí tengo que pagar la cantidad exorbitante que dice el contrato, después tendré la deuda de mi madre y una deuda con David porque sí o sí tendría que pagarle. De nuevo, estoy *sobrepensando* mucho.

Termino mi rutina y conduzco directo al lugar que me dice. Hablamos durante todo el camino, aunque mis respuestas son cortas y distantes porque voy al volante. Las suyas llegan rápido por lo que asumo ya está en el restaurante, y no me equivoco, al entrar él ya está ahí y al verme esboza una sonrisa que le correspondo y voy hasta él para darle un beso en la mejilla.

—Sé directo ¿Son buenas noticias de verdad?

—¿Fuiste al gimnasio sin mí?

—Tú fuiste sin mí esta mañana. —Tomo el menú sobre la mesa y él esboza una sonrisa de lado. —¿Y bien? ¿Qué te dijo tu abogado? ¿Tendré que darte una pensión?

Él se ríe. Comienzo a ojear el menú cuando sin analizar sus movimientos miro que pone algo frente a mí. Frunzo el ceño y de inmediato llevo mi vista a lo que sea que está sobre la mesa.

Son dos entradas, a la exposición de arte.

De inmediato lo miro y tiene una sonrisa enmarcada en el rostro, se encoge de hombros mientras recuesta su espalda en la silla.

—Sorpresa —dice. Okey ¿Qué? Estupefacta miro las entradas de nuevo y espero que no me

esté jugando una broma.

—¿Cómo es que…? ¿Cómo es que tú?

Ni siquiera puedo formular bien la pregunta.

—Bueno, conozco a alguien.

No puedo creerlo, no puedo creerlo.

Me pongo de pie y me siento sobre sus piernas, lo abrazo y le beso el rostro tantas veces hasta que me recuerdo a mí misma de que no debería estar haciendo esto.

Y él también se acuerda, porque se aclara la garganta.

—Gracias, gracias, gracias.

—Nat, me estás haciendo pasar vergüenza, vuelve a tu lugar.

Entonces suelto una carcajada. Me percato de que ahora los que están en la mesa cercana nos están viendo, el par de ancianos sonríen y las personas que los acompañan también.

Mejor vuelvo a mi lugar.

Me pongo de pie, me acomodo el conjunto y vuelvo a lugar en el que estaba. Tomo las entradas y todavía es demasiado irreal para mí.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—No tienes qué. Solo tengo una condición.

—Lo sabía, no era gratis.

Él suelta una risita más.

—Son dos entradas, pero no se te ocurra invitar al Camilo el casado.

Ahora la que se ríe soy yo.

—¿Por qué invitaría a Camilo? No lo había pensado, pero ya que lo mencionas…

—Ay, por Dios.

No sé si en realidad está actuando o de verdad lo odia demasiado.

—Pensé que la otra entrada era para ti.

—Es para que vayas con quién tú quieras, menos Camilo.

—¿Y tú quieres venir? ¿Conmigo? Oye, ya sé que esto no es lo tuyo, ¿pero tienes un rato para aburrirte un poco esta noche?

Se lo piensa. Okey, me va a decir que no.

—Bueno, igual pensaba aburrirme en mi casa, pero mejor hacerlo en una exposición de arte ¿No? Claro que sí, voy contigo.

CAPÍTULO 28

David

Por primera vez en mi vida siento que hice algo bien.

Miro el cuadro frente a mí mientras espero a Natalie en mi sala. Tengo una mano en el bolsillo y con la otra sostengo una copa de vino. Analizo la supuesta pintura que es un jarrón con flores —creo— ¿Será esa una pintura vanguardista? No lo sé, me perdí entre tantos términos que Natalie mencionó, pero que no entendí.

Tomo un sorbo de vino cuando escucho unos pasos detrás de mí, giro sobre mis talones para encontrármela a ella intentando ponerse un collar, no puedo evitar que mis ojos analicen cada rincón de ese cuerpo enfundando en un vestido blanco ¿Sería muy atrevido pedir que me deje tocar?

No. Con suerte en poco tiempo nos divorciamos, no voy a complicar las cosas.

—¿Me ayudas? —me pregunta sacándome de mis pensamientos. Se forma una sonrisa en sus labios que van de un suave tono de rojo. Se da media vuelta y queda de espaldas a mí.

—Por supuesto.

Dejo la copa de vino sobre la mesa detrás de mí. Tomo el collar que me entrega y hago lo que me pide. Se vuelve a mí y dice:

—Sólo voy por mi bolso.

Camina hacia las escaleras y me quedo ahí viendo la forma delicada que sube cada escalón.

En un par de semanas —con suerte— nos divorciamos y no puedo evitar pensar qué va a ser de su vida después ¿Va a tener dónde vivir? ¿Con quién piensa mudarse? ¿Saldrá con otras personas? ¿Qué hay de la deuda que tiene encima por culpa de su madre? No la conozco y ya la odio. Tal vez, cuando se nos olvide toda esta mierda de que estuvimos casados podríamos ser amigos.

Baja las escaleras, por fin. Vuelvo a tomar mi copa y de un solo trago me bebo todo. La pongo de regreso en la mesa. Nat me mira y después su vista va a la copa sobre la mesa. Entonces la toma y se la lleva a la cocina.

En fin, ya me estoy acostumbrando a esos arranques de orden obsesivo.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—Claro.

El lugar no está muy lejos. Cuando llegamos la veo de reojo y está mordiéndose la uña del dedo índice. He notado que eso es algo que hace siempre que está ansiosa.

—Gracias David.

—¿Por los boletos? No es nada, no te preocupes.

—No, por acompañarme.

Mi vista sigue fija en la carretera. En cuestión de segundos, y sin siquiera darme cuenta, sus labios rozan mi mejilla, y de inmediato regresa a su lugar.

—¡Natalie! —Me hace reír. Me limpio la mejilla, pero porque me dejó los labios pintados de rojo. —¿No ves que puede haber chicas lindas ahí? No puedo andar tus labios sobre mi mejilla.

Obviamente estoy bromeando.

—También habrá hombres guapos y pintores, no pueden verte con mis labios pintados sobre tu mejilla.

Saca el pañuelo del bolsillo de mi traje y comienza a limpiarme.

—Lo de pintor sí me ofendió. En ese caso, déjalo así.

Le quito el pañuelo y me lo guardo en el bolsillo. La risa de ella me hace carcajearme a mí también, y dice:

—Me la paso bien contigo, David.

Sorprendentemente, sí estamos comenzando a llevarnos mejor.

—Pues yo también me la paso bien contigo Nat.

Le sonrío con un gesto de afirmación y miles de recuerdos, de esos en los que no quiero pensar otra vez, invaden mi cabeza.

Flashback

—¡Esta es la última vez que salgo a un lugar contigo, David! Me avergüenzas.

Ella suelta mi mano de manera brusca y camina hacia la puerta de salida.

—Sólo fue un chiste, Brittany, relájate.

—¿Relajarme? Son personas importantes y a ti te gusta comportarte como el bufón del lugar ¿Cuándo vas a madurar?

Guao.

Se aleja de mí. Como es costumbre comienzo a seguirla y la tomo del antebrazo para girarla. Lo hago de manera gentil, pero ella se suelta de manera brusca.

—Cariño, lo lamento, no volverá a pasar. Te lo juro.

—Es que sí no volverá a pasar, porque no vuelvo a ir contigo a ninguna parte. Búscame otra vez cuando seas un hombre serio, un hombre de verdad. Perdón, pero yo no quiero estar con un tipo que se comporta como un adolescente.

—¿Cómo un adolescente? Fuiste tú la que dijo que lo que más te gustó de mí fue mi personalidad, que te hacía reír y que no sabías lo que era estar aburrida cuando estabas conmigo ¿Estás segura de que no es algo más?

—Era divertido cuando te conocí, pero estás comenzando a aburrirme.

Y se va. Sabiendo lo estúpido que me miro detrás de ella, aún así la sigo.

Fin del Flashback

—¡David! —La voz de Natalie me devuelve al presente.

—Lo siento y, bueno, por supuesto que tenía que venir, no vaya a ser que Camilo el casado se aparezca.

Salgo de mi auto y lo rodeo para abrirle la puerta, al parecer le sorprende mi gesto, pero lo juro que no lo hice pensándolo. Bueno, se baja y jugando al coqueteo, me dice:

—Gracias.

Le ofrezco mi brazo para entrar y ella lo toma. No sé qué estoy haciendo aquí la verdad, porque aburrirme por dos horas no era mi plan de un viernes por la noche. Cuando entro, no me equivoco, sí está aburrido, pero el lugar es inmenso, elegante y hay como cien personas —o más — en el sitio, y me sorprende la cantidad de personas que conocen a Nat, y ahora a mí, porque me está presentando con todos ellos.

Se queda hablando con un grupo de personas. Mientras tanto, doy un recorrido por la sala no muy lejos de donde está ella. La verdad es que nunca había asistido a eventos que este. Llego a un pasillo que está lleno de pinturas *«abstractas»* o eso creo.

Doy un recorrido por cada cuadro. Con todo respeto al artista, pero esto parece hecho por alguien que solo se untó pintura en los pezones y comenzó a hacer círculos en un lienzo ¡Joder! Voy a considerar hacerme pintor.

—¿Te gusta? —La voz de Natalie me causa un susto de muerte. Está a mi costado y también ve el cuadro. Miro su copa de champagne, ¿por qué a mí nadie me ha ofrecido champagne?

—¡Por supuesto! —ironizo. —He soñado con esta pintura con círculos toda mi vida.

Me da una mirada despectiva y yo le quito la copa de champagne.

—¿Sabes al menos que significa? Es la representación artística de la vida.

Miro el cuadro nuevamente e intento verle la forma de vida. ¿Círculos? ¡Claro! muy común de la «vida».

—Tienes razón. Tal vez es la representación de mi vida. Una mierda completa que ni yo entiendo.

Nat ladea sus labios en una media sonrisa y ahora es ella quién me arrebata la copa a mí. De nuevo, ¿por qué nadie me ha ofrecido champagne? Tendré que quejarme.

—La vida no es una mierda David. La vida es tan buena como la aceptes.

—La vida es injusta, cuando más necesitas es cuando más te quita.

Sigo viendo los jodidos círculos del cuadro. Natalie me toma del brazo y me lleva con ella hasta el final del pasillo.

Nos detenemos frente a otro cuadro, pero este si es más realista… maldición, parece una fotografía. Es un anciano que se sostiene la barbilla con una mano, parece estar viendo lo que otro anciano frente a él tiene; mientras que él sostiene otras cosas que el segundo anciano está viendo.

No puedo evitar pensar que se parecen al viejo Steve y sus espermatozauros.

—¿Qué interpretas en este?

—Lo terrible que te ves cuando llegas a anciano.

Natalie suelta una risita, pero me dice que no.

—Él —dice, señalando a uno de los ancianos que tiene el cabello largo —anhela tener lo que el otro tiene, mientras que el otro anhela tener lo que él tiene ¿Lo ves? Ambos tienen buenas cosas. Eso es lo que pasa con las personas, no se dan cuenta que tienen algo bueno y siempre quieren tener lo que otra persona tiene.

—Yo no quiero tener lo que otra persona tiene, pero sí me hubiera preferido tener una vida diferente.

—¿Por qué? ¿Sabes cuantas personas andan por ahí buscando empleos? ¿Cuántas no tienen un auto? ¿Cuántas personas no tienen un lugar para vivir? Tú tienes todo eso, deberías estar agradecido.

—Sí, pero eso no me hace feliz.

—Bueno, en Las Vegas no parecías triste.

Sus palabras me hacen reír de nuevo.

—Claro, todos los borrachos son felices. Y dime… ¿Tú eres feliz?

—Por supuesto. —Entrelaza su brazo con el mío al escuchar que está comenzando la exposición, así que caminamos así hasta la sala. —La felicidad está en la mente, y todo lo malo que sucede es simplemente algo pasajero. Míralo de esa forma y verás como tu vida cambia.

Tiene sentido, qué lástima que no voy a aplicarlo, porque a mí sí me gusta quejarme.

Pero, bueno, seguimos caminando hasta donde va a dar inicio la exposición, en algún punto nuestros dedos se entrelazan y ni siquiera me percato, pero así es como nos mantenemos durante todo el show.

CAPÍTULO 29

David

No miento cuando digo que me agrada la compañía de Natalie.

Es que es una persona bastante madura para su edad y eso sin mencionar la amabilidad digna de ella. Una vez que la tortura ha terminado, la observo despedirse de todas las personas que conocía y me sorprende la agilidad con la que hace nuevos amigos.

Con mis manos dentro de mis bolsillos la espero, miro mi reloj y levanto la mirada al notar que viene en mi dirección, esboza una amplia sonrisa y toma mi mano para ver la hora. Entonces le pregunto:

—¿Nos vamos?

—Pero es temprano ¿Te parece si vamos por unas cervezas? —Esa es la mejor combinación de palabras que alguien puede decir. —Pero yo invito, ya has hecho mucho por mí.

—No. —No es que sea de masculinidad frágil, es que Nat tiene deudas que pagar, y no sería algo humano de mi parte dejarla que pague unas cervezas. De inmediato lleva la palma de su mano a mi boca y así me saca a empujones. —Natalie, por Dios.

—¡Déjame invitarte! Ya has hecho mucho por mí.

—Tú has hecho muchas más cosas.

—No. —No quiero mencionar lo de sus deudas, hoy está demasiado feliz y no voy a agobiarla. Camina a mi auto y se gira hacia mí para preguntar: —Y bien... ¿la pasaste tan mal cómo pensabas?

—La verdad no. —Soy honesto. —No es un lugar al que quisiera venir todos los días, pero tampoco es tan malo.

Ella suelta una risa y detiene su paso para caminar a la par mía.

—¿Sabes? Mi sueño es llegar a las galerías de arte, pintar tan real como todos esos artistas que has conocido hoy.

—¿El de los círculos hecho con los pezones cuenta como «pintura real»?

—No, hablo de los otros que te mostré.

—Ah, okey. Bueno, mi sueño es beber cerveza sin engordar.

Se ríe de nuevo. Le abro la puerta del copiloto, y una vez que entra, me subo yo frente al volante.

El único lugar cerca es el bar del viejo Steve. Al final, se le cumplirá el sueño de conocer a Natalie. Sólo espero que esté lo suficientemente ocupado como para no soltar sus palabras filosóficas sobre la vida, y que tampoco se le ocurra contar nada que no debe.

Como esperaba, el lugar está repleto de personas. Tomando a Natalie de la mano, nos abrimos paso entre la multitud. El sitio está ambientado con música, luces de neón y mesas de billa. Paso hasta la barra y veo a Steve del otro lado.

—¿Qué hay Steve? ¿Ya conseguiste a la mujer de tus sueños?

Él suelta una carcajada.

—Aún no, soy viejo y feo.

—¿Qué? Steve ¿Por qué dices eso? No pienses que eres feo, sólo piensa que eres un mono hermoso.

Detrás de mí Natalie suelta una risa que llama la atención del viejo Steve. La mira levemente fruncido, vuelve su mirada a mí y luego a ella:

—¿Y esta preciosa dama es tu esposa?

«Esposa» sé que lo dijo a propósito.

—Ella es Natalie —le digo—. Natalie, este es el viejo Steve.

—Mucho gusto, Natalie —le dice él extendiéndole la mano. —Conozco a David desde que usaba pañales, si quieres alguna historia vergonzosa de su pasado no dudes en volver.

—Bien, vámonos —digo, tomando a Natalie del brazo. —Dos cervezas por aquella mesa. —Señalo una mesa del rincón donde el viejo Steve no pueda estar chismoseando.

En fin, qué suerte que este sitio esté vacío y las únicas personas alrededor parecen estar concentrados en su plática. Natalie toma lugar y yo me ubico frente a ella esperando que Steve nos traiga la cerveza.

—Bien... ¿el viejo Steve? —me interroga. No he terminado de acomodarme y ya quiere hablar del viejo.

—Es de cariño, está loco. —Contesto en risas—. Era un viejo amigo de mis abuelos, también fue muy amigo de mi padre, siempre que él o mi mamá tenían algo qué hacer me quedaba en su casa.

—Bien, siendo así tendré que volver.

—No —le digo de inmediato. —Ni se te ocurra. Steve anda buscando una joven para usar sus espermatozauros.

—¿Sus qué? —cuestiona de inmediato.

—Sus espermatozauros, tengo la impresión de que ya no le saldrá semen, le saldrá polvo. —Natalie se suelta en carcajadas.

—David... ya... basta... —dice entre risas, y me contagia a mí también. —¿Por qué eres así? Pobre Steve.

—Él es peor. Ni siquiera te diría que tienes que conocerlo porque sería llevarte por el camino de la perdición.

Natalie continúa riéndose. Nos llevan las cervezas, pero qué suerte que es el ayudante de Steve y no él mismo.

—Bueno, si no quieres que regrese tendrás que contarme tú mismo.

—No hay mucho que contar. Siempre fui el típico niño bien portado que sólo se concentraba en sus estudios.

—¿Algo así como un nerd? —suelto una risa.

—Sí, algo así.

—No creo que eso sea todo.

—Bueno ¿Qué quieres saber en específico? Creo que te he contado lo más importante.

—Sólo me has dicho lo de tu familia, pero quiero saber más de ti, hasta hoy no sé ni siquiera cuál es tu color favorito.

—No pones atención.

—Tú no sabes cuál es el mío.

—El fucsia —contesto sin dudar, ella suelta una risa mientras endereza su postura dejándose caer en el espaldar de su silla

—No es el fucsia —dice, negando con su cabeza— en tu cuarto quería hacer una pintura cuya base era el fucsia, la necesitaba para mi portafolios y pensé que a ti te iba a gustar tener una bonita constelación frente a tu cama. Perdón por suponer que algo va a gustarte sin preguntar antes.

La quedo viendo fijo y reposo mis codos sobre la mesa para entrelazar mis dedos.

—¿Es en serio? —Ella asiente. —¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me dejaste explicarte?

No digo nada, me quedo ahí observándola en silencio. Ella ni siquiera me está viendo, juega con el borde de la botella de cerveza y lo único que se me ocurre es ponerme de pie, rodear la mesa y sentarme a la par suya.

—Lo siento —digo, tomando lugar a la par de ella. Se encoge de hombros mientras me da más espacio para acomodarme. —Bien, pregunta lo que quieras. —Natalie me mira con una sonrisa. —Pero tendrás que invitarme a un trago de vodka. Una cerveza no es suficiente para toda la información que tenga que soltarte.

—Está bien.

Ella se comienza a reír, es obvio que al final yo voy a pagar todo y me debato entre lo de hablar de su deuda o no ¿Cuánto es? ¿Qué tal si le ayudo a pagarla para que sea más libre económicamente cuando nos divorciemos? Obviamente va a decir que no.

En fin, nos sirven la bebida que pedí.

—¿Sabes qué es el vodka? —le pregunto. Tomo un trago de la mesa y miro a Natalie a los ojos.

—¿El perro embotellado?

—¡No! Esa era la cerveza. El vodka es la prueba de que Dios ama vernos estúpidos. —Comienza a reírse otra vez, estoy considerando dejar de decir tantas pendejadas.

Pero cuando esté sobrio, ahorita no me sale lo de ser una persona seria e intelectual.

Nos quedamos ahí un largo rato, no sé cuánto tiempo, perdí la cuenta. No reímos por estupideces y coreamos cualquier canción. Es más, terminamos en el karaoke más desafinado que concurso para romper cristales. A ver, ya había hecho esto, claro; pero nunca con alguien más sin sentirme avergonzado.

No sé a qué hora salimos del bar de Steve.

Como suele ocurrir con este clima, cuando salimos, empiezan a caer todas las tempestades del cielo. Ella se detiene en la acera y me mira con una expresión divertida.

—¿Corremos hasta el auto? —me pregunta poniéndose el abrigo. Miro las aguas torrenciales y después le doy un vistazo a ella.

—¿Qué? ¡No! —Pero antes de que pueda terminar la oración, ella ya está corriendo bajo la lluvia, y no tengo más opción que seguirla. Por Dios, pudimos esperar, pero ahora voy a pescarme una neumonía.

Se sube a mi auto y yo de inmediato me incorporo de mi lado delante del volante. Entre risas comienza a quitarse el abrigo, extiendo mi mano para que me lo de y lo pongo en el asiento trasero.

—Me estoy congelando —dice. Casi está tiritando. Entonces enciendo la calefacción.

—Yo no te dije que corrieras bajo la lluvia.

Ella me sonríe. Extiendo mi brazo para despejar los mechones rebeldes de su rostro. Creo que estoy tan ebrio como para hacer lo siguiente que se me pasa por la cabeza.

Con mi mano sobre su mejilla me acerco y sin pensarla mucho—sin pensarla nada, más bien—uno mis labios con los suyos. Su boca tiene un ligero amargor por la cerveza y… ¡Dios! Me encanta como besa. Definitivamente esto es algo de lo que me voy a arrepentir mañana.

El beso es suave, de esos cariñosos; sin prisas ni preocupaciones. Un beso amistoso que hace vibrar algo en mi interior. Me separo un poco de ella y ambos nos miramos a los ojos durante varios segundos. No sé cuánto alcohol tendré en la sangre, pero no quiero detenerme.

Vuelve a mis labios, pero esta vez el beso es más demandante y apasionado. La temperatura dentro del coche comienza a subir, y no precisamente por la calefacción. Natalie se ubica sobre mí, sin despegar sus labios de los míos, y mis manos rodean su cintura, atrayéndola más hacia mí. Sus mechones de cabello mojado ahora rozan mi rostro, mientras las gotas de agua descienden por mi piel.

Mi mano recorre su pierna por debajo de su vestido y de inmediato extiendo mi mano a la guantera para buscar un preservativo, por aquí debe haber alguno. A ver, no… no puedo hacer esto. Puedo estar borracho, pero no.

—Natalie —logro articular. Tengo los ojos cerrados, porque no quiero ver su gesto. —Yo…

—No te preocupes.

Siento que niega con la cabeza cerca de mis labios.

—Es que no lo entiendes... —Intento calmarme, por Dios, nunca había tenido que hacer esto antes y no sé cómo se hace.

¿Qué me está pasando? Porqué no solo continúo y ya está. Mañana veo como lo soluciono. De todas formas, estamos en la misma casa, a solo unos metros de distancia, y tarde o temprano iba a pasar si seguimos viviendo juntos más tiempo.

—Ay por Dios, ¿no me digas que eres gay?

Abro los ojos de golpe, encontrándome con su rostro lleno de intriga y diversión.

—¿Qué? —Nat suelta una risita. Sí, imagínate bromear en un momento así. —¿Sabes qué? Ya te voy a mostrar quién no es gay.

Reclino el asiento hacia atrás. Ella cae sobre mí, riéndose, y con mis manos aferradas a su cintura, comienzo a besarla. Ella muerde suavemente mi labio inferior, y por unos segundos, nos miramos a los ojos.

—¿Estás segura? —Me dice que sí y vuelve a mis labios de una manera suave mientras busco un preservativo. —Nos vamos a arrepentir de esto mañana.

—Mañana es otro día. Ya vemos como lo resolvemos.

Baja el cierre de mi pantalón. No entiendo cómo es que va a pasar esto aquí compartiendo una casa; pero en este momento no puedo pensar con claridad, mucho más cuando su mano invade mi zona íntima y se cierra alrededor de mi miembro para hacer movimientos en vaivén.

—No soy fanático de dejar los problemas para el día siguiente.

—De todas formas, nos divorciamos pronto. —dice. Entre besos va deshaciendo los botones mi camisa y yo voy tirando de sus bragas hacia abajo, *«nos divorciamos pronto»* eso suena bien, siento como sus besos nublan mi cerebro o lo que sea que tengo ahí ahorita. Logro alcanzar un preservativo y rasgo el paquetito plateado al sentir de que ya estoy lo suficiente mente duro.

—Me gusta como hueles —me dice, aspirando mi cuello. Se acomoda de mejor manera y termina de quitarse las bragas. Yo la beso con todo el fervor y con mis dedos siendo la humedad de su vagina cuando acaricio su sensibilidad. Ella gime sobre mi boca. Así, besándonos los dos de una manera tan candente, me pongo el preservativo.

De inmediato se desliza sobre mí. Lo hace de una manera suave y delicada que me hace estremecer al sentir su calidez invadirme por completo.

—Y a mí me gustas toda tú —susurro en su boca. Esboza una sonrisa, comienza su danza con movimientos suaves y jadea cerca de mi oído. Me gusta como suena. Inclina su cabeza hacia atrás lo que me permite besarle la barbilla, la garganta, el pecho. Lleva escote, así que no me cuesta liberar sus pechos y saborearlos. Son preciosos, redondos, suaves… es que me encantan.

Me paso por uno primero, después por el otro, y vuelve a subir por su cuello hasta volverle a besar los labios.

Nos devoramos la boca. Sus movimientos me están volviendo loco y mis manos se aferran a sus piernas. Clavo mis dedos en su cintura y tomo las riendas de la situación, me dejo llevar por el descontrol y la embriaguez de sus labios. Aumento el ritmo. Con mis brazos envueltos alrededor de su cintura atraigo más su torso a mí. Está gimiendo en mi oído y hago los movimientos más firmes. De inmediato la siento tensarse sobre mi cuerpo. Esboza una sonrisa sobre mi boca y yo le correspondo consciente de que hice un buen trabajo. Qué suerte que este es el lugar más oscuro del parqueo de Steve. Yo podría seguir por un rato más largo, pero estoy al tanto de que este es casi un lugar público. Me dejo llevar y consigo la liberación aferrándome a su cuerpo.

Con nuestras respiraciones entrecortadas y nuestras frentes juntas, abro los ojos para encontrarme con ese precioso rostro, y me doy cuenta de que acabo de cometer el peor error de mi vida.

No lo digo por Nat, pero acordamos que esto no iba a pasar nunca.

CAPÍTULO 30

Cuatro años antes

David

Ella esboza una sonrisa al mismo tiempo que me dice:

—Jaque mate.

Con una ceja levantada me mira con suficiencia. Yo finjo de que perdí porque en realidad ella es buena.

—Esto no puede ser verdad.

Miro el juego sobre la mesa frente a mí y después a ella quién tiene una sonrisa.

—Te dije que soy buena en esto. —Se jacta y se encoge hombros. —Fui capitana de mi equipo en la secundaria. Puedes ganarme en fútbol, pero no en esto.

Señala el juego con su dedo índice, sus delgados labios que simplemente van decorados con un suave brillo labial se curvan de un lado dejándome ver un hoyuelo en su mejilla derecha. Me hace sonreír.

A ver, de verdad, ¿ahora cómo le digo que solo me dejé ganar? Que yo también fui capitán en Ajedrez y gané una nacional.

—Me sorprendes —le digo-

Estiro mi brazo para tomar su mano y ella rápidamente se pone de pie, rodea la mesa, y llega hasta mí para sentarse sobre mis piernas. Me da un beso suave y con sus brazos alrededor de mi cuello profundiza más el beso.

—¿Sabes? Las mujeres inteligentes son mi debilidad.

—Tú eres mi debilidad, David.

Sus dedos peinan mi cabello hacia atrás, dejándolo más despeinado de lo usual. Vuelve a juntar nuestros labios y, con mi mano, acomodo un mechón de su cabello que se interpuso entre nosotros.

—Deberíamos ir a estudiar ahora —susurro. Ella sabe que lo que estoy proponiendo no es precisamente estudiar. Además, es ella quién siempre me pide ayuda en matemáticas y terminamos haciendo de todo, menos estudiar.

Comienzo a creer que lo de no entenderle a matemáticas es solo una excusa para llevarme a su cama.

—Ay, no puedo. Me quedaré con Kathlyn esta noche, ¿Te molesta? —le digo que no mientras niego con mi cabeza. —Eres el mejor —dice, volviendo a unir nuestros labios hasta que una voz nos interrumpe.

—Brittany. —Ella de inmediato se separa de mí para enfocar a la chica que nos mira con una sonrisa. La saludo con un asentimiento que ella corresponde y me llama la atención esa persona a su lado. Digo, ya lo conozco, es Henry, el hermano de Oliver. Y hemos coincidido toda una vida.

No me sorprende verlo aquí, en realidad, lo que me sorprende es que está tomado de la mano de Kathlyn cuando es, precisamente, del tipo de mujer con la que él nunca saldría. Kathlyn es inteligente, tres veces más que Brittany quizás. Además que viste modesta y no usa

maquillaje, ni ropa costosa. Conocí a las ex de Henry y simplemente sé que ella no es su tipo.

—Él es Henry. —Escucho a Britt. —Cariño, ella es mi amiga de la que te hablé y Henry es su novio.

Además, Henry nunca sale solo con una mujer a la vez, así que casi siento pena por esta chica. Ambos decimos al mismo tiempo que ya nos conocemos y nos reímos por la coincidencia.

—Ah, no sabía que se conocían —habla la amiga de Brittany. También le presenta a mi novia. Ella sí no creo que conozca a Henru.

En fin, se saludan los dos y después se sientan a conversar por horas cuando yo estoy pidiendo una pizza y su amiga sale a la terraza quejándose del clima.

—Creo que la pizza está aquí —exclama Kathlyn.

Brittany se pone de pie y Henry hace lo mismo, pero mi chica dice que va por la pizza y Henry aclara que irá por una cerveza, aunque le pide ir a su novia y ella le dice que prefiere quedarse ahí.

—Ya regreso —me susurra Brittany en el oído y deja un beso sobre las comisuras de mis labios haciéndome reír. Me guiña un ojo antes de girar e irse en dirección a la puerta.

Me quedo ahí como tonto observándola retirarse, Brittany se gira levemente en mi dirección y gesticula un *«Te amo»* con sus labios. Le correspondo de la misma forma esbozando una sonrisa y continúa su camino acomodándose el bolso en su hombro.

Actualidad

El rostro de Natalie es apenas iluminado por la luz del alumbrado público que entra por el parabrisas de auto. Su respiración está agitada al igual que la mía. Ella es la primera en cortar el contacto visual cuando entierra su rostro en mi cuello.

Exhalo el aire de mis pulmones pausadamente. Cierro los ojos pensando las miles de formas que pude haber evitado esto. No quería cometer este tipo de equivocaciones con Nat. Lo acordamos antes. No era esto lo que quería que sucediera entre nosotros dos.

Wise men say

Como si fuera poco, esa jodida canción de Elvis Presley comienza a sonar.

Only fools rush in
But I can´t help
falling in love with you.

Ella se remueve un poco. Levanta su mirada y se endereza. Sin hacer contacto visual conmigo simplemente estira su brazo y cambia la estación de radio.

—Creo que debemos irnos —dice, separándose de mí. Se acomoda en el asiento del copiloto y también su ropa.

—Tienes razón.

Me deshago del preservativo y yo también me acomodo la ropa para poner en marcha mi vehículo. La canción sigue sonando.

Take my hand,
Take my whole life, too.

Extiendo mi mano y apago la bendita radio.

Todo el camino a mi casa es un completo silencio. Uno que no es el mismo de hace unas horas cuando íbamos hacia la exposición de arte. Presiento que ya nada va a ser lo mismo. Es imposible ser simplemente amigo de una persona que te atrae lo suficiente como para cometer

este tipo de locuras en un auto.

Cuando llegamos a mi casa me quedo frente al volante sin moverme. Busca su bolso, su calzado—porque se los quitó antes de… —y le ayudo a pasarle un zapato que estaba cerca de mi pie.

—Gracias, por cierto.

¿Gracias por qué? ¿Por lo de las entradas o por lo que acaba de pasar?

—Nat, lo que pasó…

—Te dije que no te preocupes —me dice. Busca algo en su bolso y parece que es su celular. — Los dos somos lo suficientemente adultos como para saber que eso no fue nada ¿Okey? Culpemos al alcohol.

Su respuesta me toma por sorpresa, busco sus ojos con una expresión que juro nunca haber hecho en mi vida, aunque ni siquiera sé por qué, digo… es lo que yo hago todo el tiempo, pero con otras, no con Natalie.

—¿Qué intentas decirme?

—Que lo olvidemos —continúa y esboza una sonrisa. Debo estar delirando. Ella abre la puerta del auto y agrega: —De nuevo, gracias por acompañarme. Me la pasé bien.

Vuelve a sonreír, se baja del auto y después de cerrar la puerta me quedo viéndola alejarse. Tengo la cabeza hecha un nudo. Me dejo caer en el espaldar de mi lugar con la mano en la frente y espero un par de minutos más hasta que todos mis pensamientos terminan de acomodarse.

En fin, me bajo y me voy hasta mi habitación. Justo al abrir la puerta Nat sale de la suya, me mira y sonríe.

—Buenas noches —Pasa a mi lado, ya lleva puesta una pijama y agrega: —Por cierto, lo del divorcio sigue en pie por si es lo que te preocupa.

¿Qué? ¿Tan mal estuve? Culparé el espacio en el auto.

Definitivamente necesito dormir, mañana será otro día y tendré tiempo de asimilar mejor las cosas.



Por los siguientes días, varias veces me sorprendo a mí mismo tarareando la canción que sonaba en la radio aquella vez.

—*I can't help... falling in love with you...*

Mierda.

Dejo salir un suspiro. Miro mi laptop sobre mi escritorio y, definitivamente, no tengo idea de lo que estoy poniendo. Tengo sueño, voy a tirarme el café encima a ver si así me despierto de una vez.

Tomo mi maletín. En ese momento se cae algo y frunzo el ceño al ver un dulce con listones de colores y una notita, lo recojo del piso y me doy cuenta de que es la letra de Natalie, de hecho, con solo ver los listones de colores sé que es de ella.

"Es de cereza ;)"

Me hace sonreír, maldita sea.

Me quedo viendo el dulce. Apenas la he visto un par de veces los últimos días, desde la situación en mi auto tengo la sensación de que está intentando evitarme, o yo lo estoy haciendo, la verdad que no sé, pero juro que no lo estoy haciendo a propósito, con tantos líos en la empresa

apenas pongo un pie en mi casa. Tal vez debería irme temprano hoy, intentar entablar una conversación o algo, pero mi sonrisa se disipa cuando me percato de que estoy pensando en que quiero verla, o de que estoy sonriendo pensando en ella tal vez. Otra vez: Mierda. Dejo el dulce sobre el escritorio y mejor sigo trabajando.

CAPÍTULO 31

Natalie

Miro la superficie marrón y blanco de la taza en mis manos. Soplo un poco el líquido para después llevarlo a mis labios bajo la mirada de Alexandra quién está frente a mí con sus piernas cruzadas y su torso ligeramente inclinado con los codos sobre la mesa.

Esta mañana la invité a un café, estaban llevando un piano a su casa y se supone que es una sorpresa de su padre por su cumpleaños, así que ella no podía estar presente. Yo soy la única persona disponible para distraerla un rato, ni tan disponible, pero solo con una llamada de Oliver Anderson a mi jefe es como si estoy de vacaciones.

En fin, tomo un sorbo del café mientras ella analiza todos mis movimientos, ya me tiene intimidada. El día que pasaron cosas con David, cometí el error de contarle a través de un mensaje de texto. Tal vez no debí, pero es que los tragos me pusieron estúpida—en muchos aspectos—. Al menos no se lo conté a Carmen, porque ahora estuviera en una sala de interrogación al estilo investigación policiaca, con un faro de frente y la cara de Carmen sacándome toda la información posible.

—Eso nunca termina bien —me dice. Hoy desde que subió a mi auto esa fue su primera pregunta.

—La verdad es que prefiero que seamos amigos, Alex. —También le conté sobre esta decisión que tomé. Hace unos meses, Alex hubiera aplaudido mi acto de indiferencia hacia lo que pasó con David, pero el amor la trastornó y cree que todas las personas deben enamorarse.

Lo de ella es que puede no terminar bien, pero lo respeto.

—Existen dos tipos de personas en este mundo —dice, apartando su taza de café hacia un lado para entrelazar sus dedos sobre la mesa. —Las que las mandan a las *friendzone* y las que se *friendzonean* solas, tú eres de las segundas.

Es que Alex solo conoce a David en el ámbito laboral. Ser su amiga todavía es mucho pedir.

—Son felices los que nada esperan de los demás, porque así nunca serán defraudados. Has escuchado eso ¿Verdad?

Hago un gesto de brindis con mi taza de café y ella suelta un suspiro.

—Natalie, que tu padre haya hecho lo que hizo no significa que todos los hombres vayan a hacer lo mismo. Esto te lo digo con respeto.

—Sí, bueno, el primer hombre que existió en mi vida no quiere saber nada de mí, pero me da igual. Sé que no todas las personas somos iguales, Alex, pero es que tú no conoces a David tampoco. Créeme, prefiero estar sola que repetir la historia de mi madre. Tal vez ella tiene razón, nunca voy a encontrar un hombre que me tome en serio, pero tampoco quiero ponerme a averiguarlo.

—No vuelvas a decir eso. Tu madre repetía eso todo el tiempo porque todos los hombres que a ella le gustaban se fijaban en ti. No es tu culpa que ella tenga tan baja autoestima y que, además, le gusten solo los idiotas.

—No me lo recuerdes.

Ese fue el motivo por el cual me mudé a casa de Alex por un tiempo.

Algo que no le conté a David aquel día fue que mi madre me había echado porque según ella yo provocaba a los hombres. Mi paciencia se colmó una vez que su ahora esposo entre tragos se intentó sobrepasar conmigo y mi madre gritó «lárgate», pero no se lo dijo a él, me lo dijo a mí.

—Bueno, según lo que Oliver me ha comentado, David no parece una mala persona. —Alex interrumpe mis pensamientos cambiando ágilmente de tema.

No lo es. Es un caballero, sí, pero simplemente no es la persona para mí. Algún día llegará ese hombre, pero no voy a obsesionarme intentando forzar a David a sentir algo. Además, ¿para qué? Ni siquiera espero casarme.

—A ver, Nat, ¿quién no se va a enamorar de ti? Hasta David, eso te lo puedo asegurar, solo dale tiempo.

—David es una persona dañada, o eso es lo que he logrado entender. Las personas dañadas no entregan su corazón así de fácil. Y yo tampoco voy a entregar mi corazón, porque no soy estúpida. Supongo que esa chica debió ser muy guapa si logró enamorar a David de esa forma.

Alex escupe el café de su boca y comienza a reírse.

—Lo siento. Créeme que no lo es. Asumo que no te contó todo el chisme. —Frunzo el ceño y ella se tapa la boca para carcajearse tranquila. Sus ojos llenos de diversión se topan con mi taza de café, y de inmediato, cambia toda su expresión: —Una mosca aterrizó en tu café.

Miro la taza frente a mí y el insecto está moviéndose de un lado a otro.

—Usualmente es solo un cabello.

El mosquito aletea en la superficie del líquido y pienso en qué debe estar sintiendo al caer en algo caliente por no resistir la tentación.

Justo me pasó lo mismo en el auto de David la otra noche.

—¿Sabes qué? —dice, llamándome la atención—. Haz un escándalo y tendremos estas bebidas gratis. También pide dos para llevar.

Y así fue, más un cupón de café gratis por un mes.

En fin, después de la escena salimos del lugar. Espero que Oliver pase por ella, porque ni de coña la dejo sola en el parking. Una vez que miro el auto de él, le doy un abrazo a mi amiga y yo me voy a mi vehículo. Me ubico frente al volante y espero que ellos salgan porque el espacio es estrecho. Entonces veo que Oliver le abre la puerta y ella antes de subir le agarra el trasero haciendo que él se sobresalte. No puedo evitar soltar una carcajada. Qué bien debe sentirse tener a alguien con quién hacer todo tipo de locura, aunque yo tal vez nunca encuentre a esa persona, me alegra que ella sea feliz.

Suspiro con pesadez y pongo en marcha mi auto cuando ellos dos salen del parking. Es más de las seis de la tarde cuando llego a la casa de David. Ya estas no son horas de trabajo de Camilo, por tal motivo, el señor que toma su puesto nocturno abre el portón. Me saluda con un asentimiento y hago un gesto con la mano que él corresponde.

Bajo la ventanilla y él se acerca, saco un café de los que llevo en el asiento del copiloto y se lo entrego.

—Muchas gracias, señorita Natalie.

—Muchas gracias a ti, Alberto, que tengas buenas noches.

Aparco frente a la casa. El auto de David no está por ningún lado, él ya debería estar por aquí—digo, es común que ya a esta hora anda por estos rumbos—miro mi reloj, ya es más de las ocho de la noche.

Siento que últimamente está evitándome.

Bueno, me da igual. Me voy a mi habitación, dejo mi abrigo y bufanda sobre la cama y busco algo más cómodo qué usar. Tomo mi libreta de bocetos, mis lápices y mis pinturas. Estoy

haciendo un dibujo para Alex como regalo de cumpleaños. Tengo unos cuantos años de no dibujar rostros y esto me ha tomado una eternidad, aunque me está gustando el resultado.

Agarro mi celular y bajo las escaleras revisando mis redes sociales.

En la bodega de la cocina guardo el lienzo, lo pongo frente a la ventana y tomo una banqueta, pero antes de darle los últimos retoques me preparo un sándwich, por costumbre nunca preparo algo para mí sola—es algo que hago desde que siempre, porque nunca he vivido realmente «sola». En el microondas dejo el de David, en algún omento va a aparecer.

Retomo el lugar en la banqueta y comienzo con algunos detalles que me faltan. Escucho la puerta principal abrirse y ya sé de quién se trata, no sólo porque es la única persona que vive aquí; si no, por su forma de caminar y esa forma particular en que suenan sus zapatos cuando camina por la sala. Sus pasos se detienen en la entrada de la cocina, camina hacia y levanto la mirada para encontrarme con esos bonitos ojos color hazel. Esbozo una sonrisa que él corresponde de la misma forma y su maletín sobre la encimera.

—Hola, Nat.

—Hola. Hay un sándwich en el microondas.

Estaba a punto de abrir el refrigerador, pero entonces se gira para ir a por el sándwich.

—Gracias. Muero de hambre.

Sin decir nada más escucho sus pasos alejarse.

Escucho el timbre de una notificación proveniente de mi celular, está sobre la encimera. Me pongo de pie y también miro el vaso que David dejó a un lado. Tomo mi teléfono y después el vaso. Entonces miro el texto que me llegó.

Mi corazón da un vuelco.

De inmediato, mis ojos comienzan a empañarse a medida que mi cerebro va reconociendo cada una de esas palabras.

Es mi padre.

De: John Carson.

Sé quién eres, Natalie

Te deseo lo mejor que un padre le puede desear a su hija, pero mi familia no sabe de tu existencia, no quiero explicarles sobre mi pasado, por favor, entiéndelo.

Siento un nudo en la garganta. Él está escribiendo. Siento que mi pecho se comprime. Me tiemblan las manos y no puedo ni teclear una letra. Me quedo ahí solo observando la pantalla hasta que:

«Por favor, no vuelvas a escribirme»

«No quiero saber de ti, ni de tu madre, ni de nadie. Eres una persona adulta, si necesitas algo no cuentes conmigo»

Me quedo paralizada.

Una patada hubiera sido menos dolorosa. Parpadeo varias veces para evitar que las lágrimas mojen mis mejillas, pero no puedo. No me doy cuenta del agarre fuerte que tengo en el vaso de cristal hasta que siento que me rompe en mi mano y de inmediato un dolor punzante se apodera de mi palma.

Mis ojos llorosos van al cristal hecho pedazos mezclándose con el rojo de mi sangre y me apresuro a buscar una toalla para detener la hemorragia.

Escucho unos pasos acercándose a mí Mi cabeza está en blanco, me siento perdida y no me doy cuenta de cuantas lágrimas estoy derramando... o cuánta sangre. David toma mi mano y de inmediato saca un pañuelo de su bolsillo con el cual presiona la herida.

—¿Qué pasó? —pregunta. Está haciendo un nudo con las esquinas del pañuelo en la parte

superior de mano. —Necesitamos ir al hospital.

—No, estoy bien. —Me fuerzo a sonreír. Presiono la herida con mi otra mano, pero el nudo en mi garganta no me deja hablar. Contengo las lágrimas lo más que puedo. Siento mis rodillas flaquear, pero intento convencerme a mí misma de que alguien tomó su teléfono celular y me envió eso.

No puedo creer que eso sea algo que escribiría la persona que me dio la vida.

Yo no tengo la culpa de los errores que cometieron ellos dos a los dieciséis años.

El celular vuelve a sonar y esta vez es David el que lo toma. No hago nada para que no lo lea. Solo puedo pensar en que envió algo peor, porque su expresión cambia por completo.

No quiero preguntarle qué dice.

—Qué hijo de puta. —Lo escucho decir. Comienza a escribir algo y yo le quito mi celular. —Déjame decirle que se vaya a la mierda, Natalie. ¿En serio piensa que tú solo puedes contactarlo porque necesitas dinero? ¿Quién se cree? ¿Bill Gates? No joda.

—David, déjalo.

Mi voz está ronca, mis manos tiemblan, mi esfuerzo por contener las lágrimas por más tiempo es inútil, me echo a llorar ahí mismo, frente a David.

Me rompo en mil pedazos.

Me está viendo, de inmediato se acerca a mí y rodeándome con ambos brazos me pega a su cuerpo.

—Cielo, ya... ya... —Sisea, reposando su barbilla en mi cabeza—. No, no llores.

Se queda ahí acunándome en sus brazos. Me acaricia el cabello e intento lo más que puedo contenerme. La verdad es que nunca he dejado que alguien me vea en este estado de vulnerabilidad, pero esas palabras de mi padre aparecen en mi mente una y otra vez. No sé por cuánto tiempo me quedo así con David, creo que hasta que ya no me quedan más lágrimas. No puedo explicar la calidez que siento estar así con él, pero tampoco puedo acostumbrarme.

—Tenemos un botiquín ¿Cierto? —Lo escuho.

—Sí, pero no te preocupes, yo puedo hacerlo.

David niega con la cabeza. Toma mi mano y mis cosas que estaban sobre el desayunador. Se detiene unos cuantos segundos a ver el dibujo de Alex, pero sin decir nada lo lleva bajo su antebrazo y con la otra mano me toma a mí.

Me dejo guiar hacia mi habitación y sentados en el borde de mi cama, dejo que me cure la herida de la mano. Me pone una venda, me da un beso en la coronilla y me abraza una vez más, nos quedamos así, pero en silencio. Hasta que recuesto mi espalda sobre la cama. Él hace lo mismo después de revisar otra notificación que me llegó. Sé que es mi padre, porque me dice:

—Voy a borrarla.

—Está bien.

Entonces, se recuesta junto a mí. Me acomodo sobre su pecho y entierro la cabeza en su cuello. Aspiro su aroma a Hugo Boss, ese que sé que ahora nunca podré sacarme de la cabeza, hasta quedarme profundamente dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 32

David

Me despierto sintiendo el cuerpo frío.

Tallo mis ojos con pesadez. Todo aquí huele a Natalie, incluso mi ropa. Me toma un par de segundos recordar por qué me quedé, pero ella no está por ningún lado.

Recorro la habitación con la mirada y unos dibujos colgados en la pared llaman mi atención. Frunzo el ceño y me pongo de pie para verlos de cerca. Me sorprenden. Algunos están a color, otros en blanco y negro: paisajes, retratos… Por Dios. Cuando Natalie me dijo que le gustaba el arte, nunca imaginé que fuera tan buena.

Miro el reloj en mi muñeca; es bastante temprano. Me pregunto dónde estará a esta hora. Veo mi celular sobre su mesa de noche y lo tomo para escribirle. Tecleo su número sin dejar de observar la pared llena de dibujos. Su número ya me lo sé de memoria.

Salgo de su cuarto y estoy a punto de llamarla cuando un mensaje del caga-billetes invade mi pantalla.

De: El Caga-billetes

¿Al fin vendrás al cumpleaños de Alex?

Me detengo a la mitad para responder. Me quedo un momento pensando qué decir. El otro día me preguntó si asistiría, pero no supe qué responder. Sigo caminando lentamente mientras deslizo los pulgares por la pantalla.

Para: El Caga-billetes.

Hay mucho trabajo en la oficina. Alguien tiene que estar por allá.

Eso es suficiente. Justo al llegar al último escalón levanto la mirada y ahí está Natalie, de espaldas a mí. Frente a ella, un caballete que sostiene el dibujo de Alex. Con delicadeza traza un pequeño detalle.

Camino a ella. Se ve tan concentrada que ni siquiera se gira hacia mí como suele hacerlo. No es hasta que estoy justo detrás de ella que se estremece y deja caer los lápices al suelo.

—¿Tan mal estoy? —ironizo—. Cierto que acabo de despertar, pero puedo jurar que aun así me veo hermoso. —No despego la mirada del dibujo, si ayer creí que era estupendo hoy es el doble. Su risa me saca de concentración y miro sus ojos, lleva un poco de maquillaje y su cabello castaño cae en suaves ondas por su espalda. Su mirada no es igual a la de otros días, pero intenta ocultarlo, ayer me di cuenta de que odio ver llorar a Natalie.

Y odio más a su padre.

—Modestia debería ser tu segundo nombre.

—Suena mejor que Cristhian —bromeo. Se ríe levemente mientras se inclina a recoger algunos de sus lápices.

—Quiero que me des tu opinión —me dice, le ayudo a recoger el resto de los objetos suyos que están en el suelo—. Del uno al diez, quiero que seas sincero ¿Qué te parece ese dibujo?

Quisiera decirle mi respuesta con términos de pintor para sonar interesante, pero lo único que recuerdo es la palabra «vanguardista».

—Mil —contesto sin pensarlo, le entrego sus cosas—. Es una linda pintura vanguardista.

Eso la hace carcajearse.

—No es una pintura vanguardista, pero gracias. —Me río, supongo que no lo es, pero quería saber cómo era hablar en términos de artista-

Pasa su dedo anular suavemente sobre la comisura del labio del dibujo. Yo la observo a ella y la pose que toma cuando está meramente concentrada, como su entrecejo levemente se arruga y muerde el interior de su mejilla mientras analiza cada uno de los rincones del lienzo que tiene en frente.

—Nat, está perfecto.

—¿Estás seguro? ¿No lo dices por ser amable?

—¿En serio parezco alguien que dice algo por amabilidad? Aunque unos ojos grandes, una gran cabeza y un cuerpo delgado era suficiente.

Escucho su carcajada mientras camino a la cocina.

—Le diré a Alex que la llamaste ojona. No, mejor aún, se le diré a Oliver.

Me río, me sirvo un vaso con agua y observo que todo aquí está perfectamente limpio. Camino de regreso a donde está y le doy un vistazo recostando mi hombro en el umbral de la puerta.

—¿Estás bien?

Bueno, esa pregunta debió ser antes, pero yo soy David Schmitt y hago todo al revés, ya debe estar acostumbrada. Vuelve su mirada a mí y simplemente asiente, cambia de tema de manera rápida y la entiendo. No debe ser algo de lo que quiera hablar.

—Tengo que ir a casa de Oliver —dice, poniéndose de pie—. Prometí ayudar con los arreglos del cumpleaños e ir por el pastel en... —Mira su reloj de mano —media hora.

—Yo puedo ir por él.

—No es necesario.

—No —la interrumpo—. Iré por el pastel, tú concéntrate en lo que sea que Romeo Anderson quiera para la fiesta de cumpleaños de su amada, es demasiado quisquilloso y si no pones un globo donde él quiere te hará poner dos y en el lugar que él dijo.

Ella suelta una carcajada, niega con su cabeza y camina hacia mí.

—Está bien. —Me da un sonado beso en la mejilla que me hace sonreír, pero como siempre bromeo con ella comienzo a limpiarme con la manga de mi camiseta. Rodea mi cuello con sus brazos y comienza a darme besos una y otra vez haciéndome soltar una carcajada, hasta que recuerdo que no me he lavado los dientes y mejor me aparto.

—Bueno, voy a alistarme para ir por el dichoso pastel.

—Está bien. Gracias, David.

Tomo un baño, me alisto y desayunamos juntos, después voy por el bendito pastel. No está muy lejos, así que todavía es temprano cuando voy a dejarlo a la casa de los Anderson. Nat ya está ahí. El padre de Oliver me ayuda a llevar el pastel adentro y Natalie nos dice donde ponerlo, accidentalmente me embarro pastel en la mejilla y voy a sacar mi pañuelo para limpiarme cuando Natalie se me adelanta pasándome la lengua por la cara.

Me hace reír, pero me percato de que a un par de metros de nosotros está el señor Anderson viéndonos con intriga y pregunta:

—¿Y esta joven es tu novia?

Miro a Natalie y ella a mí, yo... no... joder.

—Esposa, de hecho. —Casi balbuceo, pero me controlo, Natalie me mira con ambas cejas arqueadas, no puedo gesticularle un «lo siento» cuando tengo la atenta mirada del anciano Anderson, el jede de jefe de los jefes, sobre nosotros, yo no puedo mentirle, él es algo así como un segundo padre para mí. Natalie de inmediato cambia de expresión y sonríe al señor Anderson

para presentarse.

—¿Por qué todos se casan y yo ni siquiera me doy cuenta? —Sé que eso lo dice más por su hijo y Alexandra. —¿Es en serio? ¡Margot! —El señor Anderson se gira y busca a su esposa, lo que me faltaba, un sermón de ellos dos juntos.

Margot se acerca y el señor Anderson le dice lo que justo acabo de decir, ella arruga el espacio entre sus cejas y se vuelve a mí, después a Natalie y después a mí.

Mierda.

—¿Qué les pasa a todos que ahora se casan y no nos invitan? Estoy segura de que les avergüenzas tú, Oliver, cuando te emborrachas.

El señor Anderson la está viendo y agradezco a las personas que entran porque los distraen de esta situación y me da tiempo de escapar.

—Me voy.

—Pensé que ibas a quedarte —me contesta Nat.

—Tengo mucho trabajo, no quiero dejarlo pendiente. —Le doy un beso en la mejilla que la hace reír, y esta risa sí llega a sus ojos y me gusta eso, me gusta verla feliz. —Vendré por ti dentro de unas horas ¿Te parece?

Está concentrada en una letra «O» que sostiene en sus manos, levanta la mirada para asentir y esboza una sonrisa que le correspondo.



—¿Qué hay Steve? —Me siento en la misma banqueta de siempre mientras Steve está del otro lado de la barra, se gira levemente haciéndome un gesto con la mano y me percato que está hablando por teléfono. Un par de minutos después cuelga y se acerca a mí.

—¿Cómo estás David? No pensé volver a verte solo.

—Yo soy feliz solo, Steve.

—No fue lo que vi hace unos días. —Sube una de sus cejas en forma picarona, lo que me hace verlo con desaprobación. —Me agrada esa chica para ti, David.

—Por supuesto, es la mejor amiga que he tenido.

—¿Amiga? —Steve tira de una banqueta y se sienta frente a mí—. Todos los buenos matrimonios inician con una amistad.

—Estamos bien así Steve.

—Eres un tonto, es mujer hermosa. Yo en tu lugar la tomaría de la mano y la presumiera por todas partes ¿Sabes cuántos hombres matarían por estar en tu posición? Sé la envidia de todos ellos.

—¿La envidia?

—Pregúntale a Charles —añade, viendo al chico a un costado de nosotros. El niega con la cabeza viendo a Steve quién suelta una carcajada. Las mejillas del chico se tiñen de rosa y de inmediato se retira perdiéndose tras la puerta, me hace reír o ¿debería molestarme? —¿Lo ves? Y no es el único en este lugar.

Steve enarca una ceja y se retira sin decir nada, unos segundos después regresa y trae consigo un pedazo de pastel.

—Bien, ¿qué te trae por acá a estas horas? —Pone el platito de porcelana frente a mí y vuelve a tomar lugar en la banqueta.

—Se supone que hoy tenía el día libre, pero decidí trabajar y terminé todo antes. —Steve

frunce el ceño, pero antes de que diga algo, respondo la pregunta que sé que va a hacer: —Es el cumpleaños de Alexandra, la esposa de Oliver. Se supone que debo estar ahí.

—¿Y por qué no... ¡Ah! —El viejo Steve se queda pensativo viendo hacia algún punto y vuelve su mirada a mí. —Supongo que Henry estará ahí.

—Eso me dijo Oliver, y por consiguiente estará...

—Sí, me lo imagino, tiene complejo de pulga ¡nunca se le despega a ese muchacho! ¿Sabes qué haría yo en tu lugar? Voy a ese cumpleaños, le doy un beso a Natalie frente a todos para demostrar que me encontré a una mujer mejor, mucho más guapa y muy talentosa.

—¿Y qué cuando me divorcie? —lo interrumpo, recordando que haga lo que haga no es nada más que un teatro.

—Eso lo haces porque tú quieres, no le has dado una oportunidad al matrimonio, no es tan malo estar casado.

—Nunca has estado casado, Steve.

—Pero me basta con ver a mil parejas felices, cuando ambos se respetan, no caen en la rutina y se aman, nada se derrumba, David. Desgraciadamente es algo que no lo sabía de joven, pero igual no borraría los errores de mi pasado si pudiera ¿Sabes? Eso sería borrar toda la sabiduría de mi presente.

—El enamoramiento no es para toda la vida, Steve.

—Y vaya que sí tienes razón, por eso hay que aprender a amar. Porque amar y estar enamorado no es la misma cosa hijo, no te confundas.

No digo nada, el viejo simplemente tiene sus ojos puestos en mi persona y yo solo hago un gesto de aburrimiento porque no tengo algo objetivo para contradecirle. Él siempre tiene palabras para todo y no quiero errar al decirle que está equivocado, porque muy en el fondo de mí sé que tiene razón.

—Tengo una cita. —Suelta de pronto, haciendo que me atragante.

—¿Qué? —Lo miro con burla. El viejo esboza una sonrisa mientras acomoda sus lentes. —Las citas con tu cardiólogo no cuentan.

Él me mira, y agrega:

—Hablo en serio.

—¿Y qué piensas hacer a esta edad, Steve? ¿Chocar los huesos hasta echar chispas?

—¿Qué? Viejos son los caminos y siguen echando polvo, David ¿Has escuchado eso? —Me hace soltarme en carcajadas. El viejo Steve también se ríe cuando su teléfono suena, el ayudante de Steve que ahora sé que lleva el nombre de Charles se aproxima a tomarlo.

—No, nunca he escuchado eso, Steve.

—Un viejo dicho de familia, algo que mi abuelo, que en paz descanse, aprendió en un pueblo que visitó en el extranjero. Y sí que tienen mucha razón. —Enarca una ceja y yo no puedo contener mis risas.

—Bien ¿Quién es la pobre mujer?

—Se llama Flor —contesta de inmediato.

—¿Flor? —Él asiente— ¿Es joven?

—No, es de mi edad, lo cual es perfecto. —Me rio de nuevo, no quiero imaginarme la escena de dos ancianos en su luna de miel. Mi celular me interrumpe, lo saco de mi bolsillo y leo el mensaje de inmediato al ver que la remitente es Natalie, me quedo pensando que responder cuando me dice que me ha guardado un pedazo de pastel y... que quiere verme.

Tengo sentimientos encontrados con esas palabras *«quiero verte»*. Steve se pone de pie después de que Charles le dice unas palabras y se va al teléfono. Miro el mensaje nuevamente.

—Steve, me voy —digo en voz alta, él se gira levemente y asiente. Me pongo de pie y tomo mis cosas.

—Espero no volver a verte solo. —Ruedo los ojos.

No le digo nada mejor.

Llamo a Oliver para saber si Henry llegó, pero me asegura que no, lo que me permite relajarme un poco. Le pregunto a Natalie qué le gusta a Alex, y ella responde que las hamburguesas. Apuesto a que no imaginó que me lo tomaría tan literal, porque se ríe al ver que le regalo una hamburguesa a Alex por su cumpleaños.

Me siento en algún lugar de la sala mientras espero a Nat quién está conversando con la señora Anderson y la madre de Alex. Las tres ríen con complicidad, pero yo me limito a comer pastel sin prestar atención a su charla. En cambio, la miro a ella: tan amable, tan sonriente, tan servicial. Le agrada a Margot, la mamá de Oliver. Cuando se da cuenta de que la estoy observando, esboza una sonrisa, y yo le correspondo de la misma forma.

Hablo con el señor Anderson, esquivando sus preguntas sobre mi matrimonio—claro—. Entre bromas, la conversación se alarga hasta que, aburrido, decido que es momento de irme.

Se lo digo a Natalie a través de un mensaje y ella me contesta que sí. Entonces nos despedimos de todos y caminamos hasta mi auto. Le abro la puerta para que suba y, cuando lo hago yo, la encuentro en silencio, con la mirada perdida en la ventana.

—¿Querías quedarte un rato más? —pregunto.

Ella gira el rostro hacia mí y niega con la cabeza.

—Solo quiero dormir. Estoy cansada.

Asiento y pongo el auto en marcha. Se recuesta contra el respaldo y cierra los ojos. No sé si esto tiene que ver con lo de su padre o si, en verdad, solo está agotada. Por si acaso, dejo caer mi mano sobre la suya. Siento el leve roce de su piel cuando entrelaza nuestros dedos, y así permanecemos durante todo el trayecto a casa—que no es mucho tampoco—.

Al llegar, ella es la primera en bajar. La sigo en silencio hasta nuestras habitaciones. Al tomar el picaporte de la mía, la escucho:

—Buenas noches —me dice.

—Natalie. —Se detiene. —¿Te parece si vemos una película? Tal vez encontramos aquella que me dijiste que te gustaba.

—¿La última canción? —pregunta de inmediato.

Asiento. Sus labios dibujan una sonrisa y, en lugar de entrar a su habitación, camina hacia mí.

—Pero dijiste que estabas cansada —comento, mirando el reloj mientras abro la puerta de mi cuarto. —Tal vez podemos verla mañana.

—No. —Me toma de la muñeca arrastrándome hacia la sala. —No me importa si me quedo dormida. Yo hago las palomitas.

En fin, al rato ya estamos acomodados en el sillón, a oscuras, listos para ver la película. Apenas comienza, y como siempre, ella se recuesta en mi hombro. Extiendo un brazo y se acomoda mejor sobre mis piernas. Deslizo los dedos por su cabello en un gesto distraído, pero soy yo quien empieza a quedarse dormido.

Intento concentrarme en la pantalla y en los comentarios de Natalie, pero mis párpados pesan cada vez más.

—Nat, tengo sueño. —Al mirarla, noto que ya se durmió.

La observo por unos segundos más antes de apagar el televisor. No hay forma de que duerma aquí toda la noche como la vez pasada, así que la cargo en brazos con cuidado.

Subo las escaleras, procurando no tropezar. Se remueve ligeramente en mis brazos y, al llegar a su habitación, abre los ojos. La dejo en la cama, aunque sin la gracia de una escena de película de Hollywood. Estoy demasiado cansado.

Ella suelta una risita y me toma del antebrazo.

—David, quédate —murmura.

La miro. Sus ojos se cierran de nuevo y se hace a un lado, dejándome espacio.

—¿Prometes no meterme mano? —bromeo. Su risa es apenas un murmullo somnoliento. No tengo fuerzas para hacerme el difícil, así que me dejo caer a su lado.

Ella me rodea con un brazo, y antes de darme cuenta, me quedo dormido.

CAPÍTULO 33

David

El líquido amargo que contiene mi taza quema mi boca en el momento que le doy un sorbo, hago un gesto al sentir el daño en mis papilas gustativas, saco mi teléfono celular del bolsillo y esbozo una sonrisa al ver el mensaje en la pantalla:

De: Constanza.

«¿Mucho trabajo?»

Comienzo a teclear mi respuesta mientras camino hacia mi oficina. Al llegar, veo que la puerta está entreabierta. No tardo más de dos segundos en reconocer la cabellera rojiza en el interior. Al percatarse de mi presencia, gira levemente en mi dirección y simplemente pasa a mi lado, dejándome—o más bien, lanzándome—unos papeles dentro de un sobre.

Suspiro, ignorando su actitud, mientras camino hacia mi escritorio. Haré que Oliver la despida.

Me dejo caer en mi silla y, en cuanto mi espalda choca con el respaldo, me doy cuenta de que no he respondido a Constanza. Le digo que sí. No pasa ni un minuto antes de que llegue su respuesta, pero no la reviso porque estoy sacando el contenido del sobre. Me muerdo el interior de la mejilla al ver de qué se trata.

Son papeles de divorcio.

Entonces noto un correo. No le había prestado mucha atención, pero ahora sí, porque es de mi abogado. "Lo logramos", dice. Encontró un vacío legal que le permitió revertir el contrato de matrimonio y esos son los documentos del divorcio.

Vuelvo a leerlo, por si estoy entendiendo mal. No, es real: sí podemos divorciarnos.

No voy a negar que estar soltero otra vez me hace feliz, tanto que empiezo a teclear un mensaje para decírselo a Natalie. Pero algo en mi interior me frena y me debato entre enviarlo o no. Después de lo que pasó con su padre y sabiendo que no tiene a nadie más que a mí, me resulta imposible no pensar en qué será de ella después del divorcio.

No respondo a mi abogado sobre el matrimonio. En cambio, le pregunto si tiene alguna forma de averiguar las deudas de Natalie. No le digo para qué, claro, pero siento alivio cuando me contesta que sí.

Entonces ahorita sí miro el mensaje de Nat:

De: Constanza.

¿Ya almorzaste? Apenas tocaste el desayuno hoy ¿Estás enfermo? Culparé al caga-billetes por tanto trabajo que te encarga, tal vez necesites medicamentos, deberíamos ir a ver a un doctor.

Me hace reír, precisamente porque fue su culpa. No dejó una alarma y nos despertamos tarde, apenas probé un bocado. Además, estaba muy cómodo con mi cara en esos pechos.

Estoy tecleando mi respuesta cuando de inmediato otro mensaje suyo invade mi pantalla:

De: Constanza.

¿Quieres que te lleve el almuerzo a tu oficina?

Para: Constanza.

Si te digo que no ¿Se lo llevarías a Camilo?

De: Constanza.

No.

Para: Constanza.

Entonces no.

Me rio yo mismo. De inmediato me envía un emoji que no logro descifrar, pero es gracioso. Llevo mi vista de nuevo a los papeles sobre mi escritorio y otra vez a mi celular donde está su nombre indicándome otro mensaje. Tal vez deba guardarlos por ahora, al menos, voy a asegurarme de que no tenga deudas y un lugar a dónde ir.



Son más de las seis de la tarde cuando recuerdo que tengo que irme a mi casa.

Creo que yo mismo voy a demandarme por exceso de trabajo.

Después de preparar todas mis cosas, tomo mi maletín y salgo de mi oficina. Voy camino a mi auto cuando una silueta a unos cuantos metros me llama la atención, miro mi reloj para cerciorarme la hora que es y ella parece estar peleando con alguien por teléfono.

No me detengo a escuchar. Sigo mi camino cuando los ojos llorosos de Andi se fijan en mí. De inmediato intenta recomponerse y camina erguida en la dirección contraria.

En otra ocasión, habría ido tras ella. Le habría preguntado qué pasó, y ella, entre lágrimas, me diría que su esposo no quiere regresar de su viaje de negocios, que está segura de que se está revolcando con otra en un motel, que ella no está de acuerdo con la relación abierta que él le propuso y yo la consolaría… y terminaríamos en un cuarto de hotel.

Me siento usado.

Pero esta vez, ella no está dándome la cara para que le tenga lástima, ahora mismo está de espaldas y por el movimiento de sus hombros parece estar llorando. Con una mano sostiene el celular y con la otra sostiene su frente, aparta su celular de su oreja y comienza a llorar sin importarle quién pueda escucharla.

¿Me voy o no?

Camino de regreso a ella después de dejar mis cosas en el auto. En cuanto nota mi presencia, se aclara la garganta y se seca los ojos con disimulo. Luego, alza el mentón y me sostiene la mirada.

—¿Se le ofrece algo señor Schmitt?

—¿Qué haces aquí a estas horas, Andi?

—Espero que Camilo venga por mí.

—¿Y ahora de qué viaje de negocios no quiere regresar? —ironizo. De inmediato cambia todo su gesto y me detengo a pensar si es un mal momento para bromear, pero qué me importa.

—¿Para eso estás aquí? ¿Para burlarte de mí?

—Ya deja eso, Andi. Vamos, yo te llevo.

Hago un leve gesto con la barbilla, señalando mi auto. Ella lo mira y luego a mí. Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y camino hacia el vehículo.

Si quiere venir o no, no es mi problema. Ya hice mi buena obra del día, y espero que eso haya sumado puntos para entrar al reino de los cielos… o algo así decía mi abuela. Para mi sorpresa ella camina hacia mí y se sube del lado del copiloto.

Un silencio incómodo invade el espacio cuando conduzco camino a su apartamento. Me concentro en la música de los *Beatles* viendo a la carretera, por un instante Natalie pasa por mi cabeza cuando Andi interrumpe mis pensamientos:

—¿Sabes? Camilo tiene a alguien más.

Y aquí vamos otra vez.

—Ya me sé ese cuento, Andi.

—No, esta vez es en serio. —No me voy a reír porque sería mala educación. —Habla todo el tiempo con alguien, ahora hasta se está interesando por el arte y esas cosas ¡Compró cuadros! ¿Cuándo en la vida Camilo ha comprado un cuadro?

Eso definitivamente sí me llama la atención y me hace fruncir el ceño.

—¿De verdad?

—Hasta quería conseguir unas entradas imposibles para una tal exposición de artes.

—¿Quién es la chica? —la interrumpo de inmediato. Eso es lo único que sale de mis labios y temo la respuesta.

—No lo sé. —Escucho que sorbe por la nariz. —Sólo vi unos mensajes en su celular, al parecer la chica también está en planes de divorcio.

Me quedo mirando la carretera, aunque en realidad no la miro. Solo pienso. Andi empieza a llorar, pero la verdad, sus sollozos me son indiferentes. Mi mente está en otra parte: arte, exposición, planes de divorcio, Natalie.

—¿Qué más sabes? —pregunto con indiferencia. La verdad es que no quiero que piense que me importa la plática con ella, pero tampoco voy a mencionar que creo que esa es Nat.

—Camilo me pidió el divorcio. —Trago fuerte. —Le pregunté si era porque quería estar con alguien más y me dijo en mi cara que sí, se supone que tenemos un matrimonio abierto, no tiene que dejarme para revolcarse con alguien más, pero la zorra esa lo quiere para ella sola al parecer.

No contesto, ¿Qué se supone que le diga? Mi mente da mil vueltas pensando un millón de cosas en minutos.

—Por lo que veo alguien hizo lo que tú no pudiste, Andi, tenerlo exclusivo para ella.

—Cállate, no estás ayudando mucho.

—Pues yo no estoy aquí para ayudar.

Suelta un bufido, pero no dice nada más, al menos no respecto a eso, porque se le ocurre:

—Dijo que tenía una cita ¿Puedes creerlo? ¡Por una estúpida cita no puede venir por mí!

—Bueno, tú lo hiciste primero ¿Te acuerdas? Te llamó un día cuando estabas conmigo y le dijiste que estabas ocupada y no podías ir por él. Al menos él es sincero y te dice que va a una cita.

—¡Sí fui sincera! ¡Teníamos un matrimonio abierto y fue la idea de él para follarse con otras! ¡Te lo dije mil veces! —Me arrepiento de haberla traído, no la miro, porque mi paciencia tiene un límite. —Él primero tuvo un lío con una tipa de su misma compañía, en esto no te mentí. Después, salía todo el tiempo con una tal amiga, y por último se le ocurrió eso de que debíamos abrir nuestro matrimonio ¡Qué estúpida era para ese entonces!

Suelto una risa, Natalie lo tiene en un pedestal.

O quizás es mentira, de Andi ya no me creo absolutamente nada.

—Vaya tortuga ninja....

—¿Qué?

—Nada, llegamos. —Estaciono frente a su casa y espero que baje. No, a ella no le abriría la puerta para que salga. Nunca.

—Gracias, David.

Asiento sin decir una palabra. Andi ya no me llama la atención, ni cuando hace lo posible por verse sexy caminando hasta la puerta del edificio de su apartamento. Es increíble como puede morirse cualquier deseo sexual cuando una persona comienza a no agradarte. Antes tal vez me hubiera vuelto loco, pero ahora solo puedo pensar en cuántas veces la besé después de que le

dio una mamada a Camilo

Qué asco.

Llego a mi casa y el auto de Natalie ya está estacionado en la entrada. Camino hacia la puerta, y al cruzar el umbral, la escucho hablando por teléfono, visiblemente eufórica, moviéndose de un lado a otro mientras guarda algunas cosas en su bolso. Justo al verme, esboza una sonrisa y se acerca a mí aun sosteniendo el teléfono contra su oreja.

—Llego en unos quince minutos —dice, y no logro distinguir con quién está hablando. Las palabras de Andi resuenan en mi cabeza.

«Dijo que tenía una cita y no podía venir por mí».

Los labios de Natalie se presionan contra mi mejilla, y su brazo rodea mi cuello. Le sonrío, aunque esa sonrisa no me convence ni a mí mismo. Nat lleva unos vaqueros, botas y una blusa de mangas largas, pero corta, que deja ver su abdomen tonificado.

Está alistando sus cosas y tiene a su lado la caja que Camilo le trajo.

—¿Vas a tardarte? —pregunto, una vez que ella termina la llamada. Guarda su celular en el bolsillo y se gira ligeramente hacia mí. Cuando le pregunté si podíamos cenar juntos, me dijo que ya tenía planes, sí que no insistí.

—Bueno, no me esperes despierto —responde con sorna, aunque a mí no me hace gracia. Se cuelga el bolso al hombro, toma su abrigo del sofá y camina rápido hacia la puerta.

—Se te queda eso —le digo, señalando la caja. Ella esboza una sonrisa, pero no dice nada.

—No, esa la llevaré mañana.

—¿Con quién irás? —No puedo evitar preguntarlo, aunque trato de sonar indiferente. Al ver cómo arquea las cejas, me doy cuenta de que no he logrado mi objetivo.

—Camilo va a acompañarme —responde, y me quedo mirando el maletín que dejé sobre el sofá. Intento concentrarme en buscar algo dentro de él.

—Yo puedo ir contigo.

No la miro, me concentro en mi maletín como si buscara algo importante. La única cosa que se me ocurre sacar es un bolígrafo. Natalie no dice nada, pero siento su mirada fija en mi nuca.

—Llegarías tarde. Además, mañana es el día libre de Camilo, y él puede…

—No —interrumpo, caminando hacia el sofá donde me siento tras tomar mi portátil—. Yo puedo llevarte.

Ella no responde de inmediato. La sensación de su mirada en mi espalda me desconcierta, pero no me atrevo a mirarla. Finalmente, se acerca y se sienta junto a mí.

—¿Qué sucede? —pregunta suavemente.

—Camilo, el casado, no tiene por qué llevarte a ningún lado, no es su responsabilidad. —La escucho reír mientras empiezo a teclear sin rumbo en mi laptop.

—Tampoco es tu responsabilidad.

—Lo es, hasta que firmemos los papeles del divorcio, Nat. —La miro a los ojos, ella también me observa fijamente. En ese momento, me viene a la mente que estamos a un paso de divorciarnos. Bajo la mirada y enfoco de nuevo el monitor de la computadora—. ¿Dónde vas?

No responde de inmediato, como esperaba. Pero antes de que diga algo, cierro la laptop y me levanto.

—Quedamos con unos compañeros en un lugar cerca de aquí. —Un simple jadeo es mi respuesta. Ella se pone de pie antes que yo y añade: —Es el cumpleaños de una de mis compañeras de trabajo. Quiso hacer algo sencillo con algunos de nosotros.

Sigo pensando que el maldito Camilo, el casado, estará allí, y me fastidia tener que

compartir espacio con él. ¿Qué clase de karma estoy viviendo? La verdad es que no me agrada nada Camilo. Y aun así, todo esto me hace recordar que en cuanto firmemos los papeles de divorcio, ya no tendré derecho a opinar sobre sus salidas. No es que tenga derecho ahora tampoco, pero al menos ahorita puedo ofrecerme a ir con ella. Después ella podrá hacer lo que quiera, y yo no haré nada al respecto.

—¿Quieres… venir? —Su voz me saca de mis pensamientos. Miro en su dirección, está esperando mi respuesta.

—Pero sí te pediría que te cambies de ropa. Es algo casual, y no quiero que seas el único con un traje Gucci.

Miro mi traje y luego la miro a ella.

—¿Qué tal si estoy orgulloso de presumir mi traje Gucci, Natalie? —Ella sonríe, y sigue esperando mi respuesta. La verdad, me hago el difícil y comienzo a meditar sobre la pregunta.

—Voy a pensarlo —digo, caminando hacia las escaleras. En el fondo sé que sí voy a ir, pero me gusta sentir que tengo el control.

—Si no vas, le diré a Ca...

—Dame diez minutos —la interrumpo, y escucho su risa. Sé que no habla en serio, pero me gusta seguirle la corriente. Sonrío mientras subo hacia el segundo piso. Y entonces, mi gesto cambia cuando me acuerdo de los papeles de divorcio. En cuanto estén firmados, ya no habrá más de estas salidas.

Al menos que a ella se le ocurra invitarme como «amigos» pero no creo que eso pase.

CAPÍTULO 34

David

Busco un lugar donde aparcar mientras observo rápidamente el lugar frente a mí. No tardo ni dos minutos en reconocer que se trata de un bowling. No es un lugar ostentoso, pero tampoco es tan sencillo como Natalie mencionó. *No debí ponerme esta camiseta de Pokemon.*

—Natalie, me dijiste que era un lugar sencillo, ¡traigo una puta camiseta de Pokemon! —Ella se ríe, toma su bolso y se gira levemente hacia mí.

—Estás bien, David. Además, no todos los hombres se ven así con una camiseta de Pokemon.

—¿Así como?

—Guapo. No sabía que Pikachu podía verse tan bien. —Me guiña un ojo, y me hace reír. Ella también se ríe. —Te apuesto a que varias van a pedir que las electrocutes.

—¿Qué diablos...? —Me río más fuerte, apago el auto y me recuesto contra el respaldo del asiento mientras espero que Natalie se ponga su brillo labial, aún en risas.

—¿Has jugado bolos alguna vez? —Le echo un vistazo y me encojo de hombros. Ella está mirándose en un pequeño espejo que guarda rápidamente en su bolso.

—La última vez que jugué fue hace unos cuatro años. Después de eso no he tenido citas, y esto es muy... romántico. —Ella frunce el entrecejo, y luego sus labios se curvan en una sonrisa. —Bueno, cuando vienes solo con esa persona.

—¿Desde cuándo no tienes una cita? —Me quito el cinturón y la observo. Ella me mira con algo de intriga. Quiero hacerle notar lo extraño que suena la palabra «cita».

—Depende de lo que llames... —Hago una pausa cautelosa. —Cita.

—A lo mismo que tú, salir con una persona en plan... romántico. —También se quita el cinturón, pero se queda ahí, con la espalda pegada al asiento, viéndome fijamente, esperando mi respuesta, una respuesta que no quiero dar.

—No lo sé, tal vez desde mi última novia. —Salgo del auto, lo rodeo para abrirle la puerta, pero antes de que lo haga, ella ya ha salido. —Maldición, Natalie. ¿Por qué me haces ver tantas películas románticas si no me dejas practicar lo que aprendo?

Ella se ríe, pero no me ve, busca algo dentro del coche y se inclina para sacar algo del asiento trasero. Me recuesto contra el auto y observo cómo su prominente curva se resalta mucho más en esa posición. Siento que me palpita algo, y no es precisamente el corazón.

—¿Y por qué no has tenido otra novia desde entonces? —Ella se endereza y gira en mi dirección. Miro hacia otro lugar, y veo que en el parqueo está aquel auto casi idéntico al mío.

Ese es el tal Sean.

Nat saca una caja envuelta con un enorme moño rojo en el centro. Extiendo los brazos para ayudar a cargarla. Me la da sin problemas y entrelaza su brazo con el mío mientras saca su celular.

—Voy a preguntarles dónde están —dice, mirando la pantalla de su teléfono. Asiento, aunque no me esté mirando, y caminamos lentamente hacia el interior del lugar.

Está apenas iluminado. Natalie detiene su paso para mirar alrededor, pero dudo que encuentre a alguien, ya que todos tienen las caras cubiertas por los colores de las luces. Aprovecho para analizar el lugar, que luce igual que una sala de juegos de boliche, excepto por la gran esfera que cuelga del techo y una pista de baile redonda. Solo me falta ver a John Travolta bailando en una esquina.

—¿Quieres algo de comer? —me pregunta. La miro y veo que sus ojos se posan en los míos, esperando mi respuesta. La verdad es que con Natalie me siento atendido, y eso es malo. Se supone que yo soy el que tengo que atenderla.

—Tal vez más tarde. —En ese momento, su celular suena con una notificación de mensaje de texto. Ella mira la pantalla y luego a su costado, sonríe y hace una seña con su mano.

—Por allá están —dice, tomándome de la muñeca y literalmente arrastrándome hacia allá sin importarle con cuántas personas choquemos en el camino.

Nos acercamos a una mesa donde supongo están sus compañeros de trabajo. Todos nos sonríen, y me encuentro con la mirada del idiota acosador, aquel tal Sean. Entonces le hablo a Nat al oído:

—¿Por qué me hiciste cambiarme si ahí está el pendejo del tal Sean con un traje?

—Porque tú no eres un engreído como él.

Natalie saluda a todos efusivamente, pero Sean no le responde de la misma forma, porque me está viendo a mí. Yo sí lo saludo a él con un sarcástico apretón de manos.

—Chicos, él es... —Natalie hace una pausa, me mira unos segundos y duda sobre qué decir.

—Su esposo —digo sin vacilar, extiendo mi mano hacia la mujer frente a mí. Ella sonríe ampliamente y sacude mi mano... demasiado.

—Ya lo sabíamos —dice—. Soy Carmen. —Natalie le sonríe y, para aligerar la tensión, toma el regalo y se lo entrega. Ahora me doy cuenta de que Carmen es la cumpleañera.

Y yo ya había escuchado sobre Carmen antes, pero no la conocía.

En fin, el único lugar para sentarme es al lado del desgraciado de Sean. Tomo el asiento y entrelazo mis dedos sobre la mesa mientras espero que Natalie deje de hablar con la mujer del cumpleaños. Sean me mira de reojo y yo a él, y dice:

—Bonita camiseta.

—Gracias.

El tal Sean me extiende una cerveza que acaba de pedirle al camarero. No debería aceptarla, pero nadie le dice que no a una.

Que suerte que le suene el celular y no tenga que hablar con él. Lo lleva a su oreja y dice que ya está en camino.

Aparte de acosador, mentirosillo, eh.

Cuelga sin más, manipula su teléfono y se pone de pie.

—Mi esposa me está esperando, debo ir a por ella. Fue un gusto verte David.

—Igual, Sean.

Eso es mentira, claro.

Todos asienten, excepto yo, que no le doy ni la más mínima importancia. La morena pequeña amiga de Nat toma lugar a mi lado y hace un espacio para que Natalie se siente junto a mí.

—Así que David Schmitt, es un placer conocerte en persona. —La voz de una mujer pelirroja me llega al oído, es una compañera de Nat—. Natalie habla mucho de ti.

Sonrío mirando a Natalie, quien me lanza una mirada y un pequeño gesto que dice todo: no es ciertoñ. Llevo la cerveza a mis labios y doy un trago justo cuando un grupo más de personas se acerca. Creí que seríamos diez, pero el salón se va llenando rápidamente con los compañeros de trabajo de Carmen. Lo peor es que ella me presenta a todos como el «esposo de Natalie». Y como todos parecen adorarla, presiento que me odiarán cuando, tarde o temprano, ella les cuente que nos divorciamos.

Lo que me recuerda que ya tengo los papeles y no lo he hablado con ella.

Y, claro, llegará el momento en que tendré que decirle.

—¿Bailas? —Constanza me saca de mis pensamientos mientras me sirvo unos bocadillos de un contenedor cercano. La miro, su sonrisa es desafiante.

—No estoy lo suficientemente borracho para bailar, y mucho menos con música ochentera. —Ella se ríe. Mi mirada se dirige a Carmen, que está abriendo sus regalos, y en ese momento está mirando el de Natalie.

—No sé por qué imaginé que esa sería tu respuesta. —Constanza se recuesta relajada en el respaldo del sillón. Carmen grita de emoción, ahogado por el volumen de la música, y corre hacia Natalie con un cuadro en las manos. No me sorprende; esperaba que fuera una pintura y no una caja de pizza.

—¡Me encanta, Natalie, me encanta! —La pequeña mujer da saltitos. Natalie se pone de pie para abrazarla, y yo las observo mientras Carmen admira el dibujo. Sonrío. Natalie tiene talento.

Vuelvo a mirar los bocadillos, pero al cabo de un rato, Natalie se deja caer nuevamente a mi lado, toma uno y lo lleva a la boca.

—¿Por qué un hombre? —Le pregunto mientras ella mastica.

Natalie traga y responde, serena:

—Es su padre. Siempre quiso un retrato de él en pintura, pero él murió cuando ella era un bebé, y lo único que tienen es una foto. Me lo contó una vez, pero en ese entonces no sabía que yo pintaba.

—¿Por qué pintas a todos menos a mí? —Finjo indignación. Ella sonríe mientras limpia suavemente los bordes de sus labios con una servilleta.

—¿Quieres que te pinte? —Su tono es juguetón.

—¿Con o sin ropa? —Me atrevo a preguntarle.

Ella suelta una risa baja. Doy otro trago a la cerveza, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Como tú quieras. —Se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

—Considerando que mi cuerpo está perfectamente trabajado, te diría que desnudo. —Vuelvo a hacer una pausa dramática, sonriendo mientras ella ríe.

—Pero... —ella se toma un momento para pensar—, sería extraño pintarte desnudo. —Me hace reír, y yo me relajo.

—Eso sí, no querría estar posando desnudo durante horas mientras me pintas. —Continúo, más tranquilo. Ella suelta una carcajada que me hace casi ahogarme con la cerveza.

—No tengo necesidad de mirarte para pintarte. —Niega con la cabeza, y luego toma un sorbo—. Pero lo haré, solo que no desnudo. —Me sonríe con complicidad. —Es una forma de dejarte un recuerdo mío para cuando me vaya.

Me quedo pensativo, pero ninguno de los dos dice nada más. Ella deja la botella sobre la mesa y se recuesta nuevamente en el respaldo del sillón de cuero.

—¿Quieres jugar bolos? —Pregunta, cruzando una pierna sobre la otra. —Créelo o no, yo nunca he jugado.

La miro, incrédulo.

—No te creo.

—Nunca lo he hecho. Nadie me ha llevado a ningún lugar divertido. —Mira sus manos, jugando con la pulsera que lleva en la muñeca izquierda. —¿Sabes? Para ser mi esposo falso, eres el hombre con el que más me he divertido en toda mi vida.

Me hace reír. Ella toma mi gorra, la ajusta a su cabeza y tira de ella hacia atrás, luciendo increíblemente bien. Me cuesta no mirarla.

—¿Entonces quieres ir a jugar boliche? —Le pregunto yo, sus ojos brillan con emoción. Me

dice que sí con entusiasmo. Ella se levanta de un salto y me toma de la muñeca, hablando sin parar. Eso me divierte aún más.

Nos ponemos los zapatos de boliche y me inclino para ayudarle con los suyos. Ella observa, agradecida, mientras le ajusto los cordones. Al terminar, le extiendo mi mano, y, sin soltarla, caminamos juntos hacia las pistas. Una de ellas está vacía.

—Ya lo sabes... —le digo—, el objetivo es derribar esos bolos.

Se concentra en los diez pines y asiente. Tomo una bola para ella y le enseño cómo colocar los dedos. Lo hace sin dudar, mientras la guío por los pasos necesarios.

—¿Eso es todo? —Pregunta, mirando expectante.

Asiento, confiado.

Está vacilando sobre si lanzar o no, pero le ofrezco mi ayuda.

—¿Te ayudo?

Dice que sí.

Coloco mis manos sobre su cintura, guiándola con la bola en las manos, mostrándole cómo posicionarse. Cuando la bola rueda por la pista, derribando tres bolos, ella se da vuelta emocionada, y nuestras narices se rozan. No me muevo, ni ella tampoco. Solo sonríe, y da un paso hacia atrás.

—Gracias —dice, mientras mis labios se curvan en una sonrisa.

—No hay de qué.

Aún lleva mi gorra puesta, y por alguna razón, no quiero que se la quite. Se ve encantadora con ella. Su sonrisa se amplía y toma otra bola, lista para seguir jugando. Yo la sigo, pero la bola se desvía hacia un lado, derribando solo un bolo.

Natalie suelta una carcajada. Yo no le veo la gracia.

—Es la falta de práctica —me defiendo, aclarándome la garganta. Mejor no intento otra. —¿Te parece si vamos a comer? Me muero de hambre.

Ella asiente y toma mi mano entrelazando los dedos y me guía hacia al puesto de hot dogs gratis que instalaron para Carmen.

CAPÍTULO 35

David

No recuerdo cuando fue la última vez que me reí hasta más no poder con una mujer a medianoche en un puesto de *hot dogs*, aunque estos nos son *hot dogs* cualquiera, son elegantes y le ponen la palabra «Carmen» con las salsas. También me juré nunca comer tanta comida chatarra, sin embargo, heme aquí tres *hot dogs* después y unas cuántas cervezas pensando en todas las horas que tendré que ejercitarme mañana, pero vamos, ¿Quién le dice que no a la comida gratis?

—¿Ya quieres irte? —me pregunta Nat. Está concentrada limpiando sus manos con una servilleta, aún lleva puesta mi gorra y alza la mirada para esbozar una sonrisa.

Además, la cicatriz en la palma de su mano ya casi está completamente sana.

Miro mi reloj, falta poco para las doce y recuerdo que mañana es día de trabajo, pero por algún motivo extraño quiero quedarme un rato más, que ni siquiera me importa que tal vez duerma unas cuatro horas, pero ya habemos pocos, así que me termino el último y le digo a Nat que sí.

Ella se despide de los compañeros de trabajo que aún quedan en el salón. Yo hago lo mismo. Entonces Carmen me rodea con sus brazos y me da un apretón, joder, voy a morir, pero me suelta a tiempo.

Casi no puedo respirar.

—Les voy a tomar una foto, posen y digan «Carmen es la mejor».

Madra santa ¿Cómo que una foto? De remate le agrega que «para el recuerdo». Trae su cámara y nos hace sonreír. Natalie me rodea con sus brazos y yo recuesto mi mejilla en su cabeza. Carmen dispara el flash y yo prefiero no ver la fotografía. Me despido de los demás y espero a Nat en la puerta.

—¿Te parece si pasamos por helado de yogurt? —La escucho cuando llega a mí. —Yo invito.

Yo estoy sosteniendo el abrigo de los dos y ella los toma.

—Odio el helado de yogurt. Odio todo lo que es una cosa y aparenta ser otra.

—Tienes traumas.

—Sí

Ella suelta una leve risa y niega con su cabeza mientras salimos del lugar. Extiende mi abrigo frente a mí y me hace un gesto para que me lo ponga. En palabras sencillas, parece una mamá abrigando a su hijo pequeño.

—¿Qué? —pregunta, ya con su abrigo puesto. Intento tomar el mío, pero ella lo aparta antes de que pueda alcanzarlo. No puedo evitar reír ante su obstinación.

—Okey —digo, girándome un poco para que me ponga el abrigo. —Con estas atenciones, me siento como toda una princesa.

La miro un par de segundos antes de darme cuenta de qué es lo siguiente que está haciendo.

—Natalie... —siseo, al ver de que me está poniendo una bufanda roja con renos. Me invade un torrente de recuerdos, recuerdos de cuando mi madre hacía lo mismo por mí.

Pero yo ya no tengo cinco años, puedo cuidarme de un resfriado solo.

Doy un paso atrás, me quito la bufanda y se la coloco a ella en el cuello.

—Tengo la mía en el auto. En cambio, tú no trajiste una y está demasiado frío y cruzaremos la calle para ir por el helado de yogurt.

—Exacto, está demasiado frío. ¿Cómo puedes ir por helado de yogurt? ¡Hace 0°C afuera!

—Bien, entonces pediremos café para ti.

—Está bien, el café será.

No decimos nada más mientras salimos del lugar. Natalie señala el establecimiento al otro lado de la calle, y caminamos en silencio tomados de la mano, pero es un silencio comodísimo. Ella pide el helado de yogurt, y el café para mí. Intenta pagarlo, pero yo tengo que pararme firme para no permitírselo hasta que finalmente acepta. Caminamos de regreso hacia el estacionamiento y la escucho de repente:

—¿Puedo preguntar qué te pasó?

La miro de reojo sin entender la pregunta.

—¿De qué hablas?

—Me refiero a qué sucedió contigo que hasta odias el helado de yogurt.

—Es yogurt queriendo ser helado —respondo con toda naturalidad. —¿Quién no odiaría eso?

—Ehhh… una persona normal.

—Lo normal es aburrido.

—Y dijiste que odiabas todo lo que es una cosa y aparenta ser otra. —Seguimos caminando y doy un sorbo a mi café. No digo nada más mientras ella observa mi rostro en silencio. —Por eso, me gustaría saber qué pasó.

Ella se adelanta un poco, y yo noto que se dirige hacia una banca a un costado del andén. Me doy cuenta de que no tiene intención de regresar a casa aún, y el aire está frío.

—No me gusta hablar del pasado, Nat. No tengo nada bueno que decir.

Me siento junto a ella mientras ella lame la cuchara de yogurt. Gira su rostro hacia mí, y me mira con calma.

—Entiendo, ¿era una perra? —Me hace reír, me reclino en el respaldo de la banca y dejo caer la cabeza hacia el cielo.

—No ofendas a las perras. Tuve una llamada Lucy, y era un amor.

Cruza una pierna sobre la otra y lleva otra cucharada de yogurt a su boca. Un poco de yogurt queda sobre la comisura de su labio, así que extiendo la mano para limpiarlo. Ella arruga las cejas con el tacto, pero después sonríe mientras limpia lo que queda.

—Cuando yo era pequeña, —comienza, mirando al frente—, creía que algún día llegaría un príncipe azul a rescatarme de una torre en un caballo blanco y viviríamos felices por siempre.

No puedo evitar carcajearme.

—Lo... lo siento —balbuceo tratando de contener la risa. Ella también se ríe, y mi intento de ser serio se derrumba por completo.

—No te rías, David. —Me golpea suavemente con el codo, pero también está hecha un manojo de risas. —Después crecí y me di cuenta de que eso jamás va a pasar. Mi vida amorosa es un fiasco. Y después de ver a mi padre alejarse con su maleta para irse con otra mujer, mi madre se encargó de llenarme la cabeza de que ningún hombre iba a amarme porque todos eran como él.

—Eso no es verdad.

—Exacto, yo no creo que todos sean iguales. No creo que tú seas así. Y sé que el día que decidas abrirle tu corazón a alguien, serás el hombre que cualquier mujer desearía tener.

Vuelvo a reír, pero esta vez con burla.

—Espera. —Tomo un sorbo de mi café y lo escupo dramáticamente. —¡¿Qué?!

Ella suelta una carcajada que me hace reír también, y nos quedamos allí, juntos, recostados

en la banca, mirando el cielo. La risa se apaga gradualmente.

—Bien, te contaré, pero no quiero preguntas al respecto. —Tras unos minutos, ella asiente, mostrando una media sonrisa. Mi café se enfrió y lo miro con desdén. Intento tomar un sorbo, pero la amargura me hace hacer una mueca. Tiro el envase hacia el bote de basura, pero no lo encesto. —Y no tiene nada que ver con el helado de yogurt, solo no me gusta.

—Escucho.

—Estuve en una relación de cuatro años con una persona portándome como un idiota, no portándome como un idiota con ella, sino conmigo mismo. Le propuse matrimonio y ella aceptó, pero lo hizo para, según ella, no dejarme en ridículo.

Puedo sentir la mirada de ella sobre mí, pero yo estoy viendo hacia un punto al vacío porque esto no es algo cómodo para hablar. Aún siento una punzada de dolor e ira atravesar mi cuerpo.

—¿Cómo diablos...? —Ahí se detiene. Sé que recuerda que no quiero preguntas al respecto y relaja sus facciones para seguir escuchando.

—Pero no fue todo —continúo—, me lo dijo en una nota, pero no reveló que era para casarse con otra persona el mes siguiente.

—Por Dios —sisea—. Llamarla zorra sería una ofensa para las zorras ¿Cierto?

—Supongo que sí. —Me burlo. —Ya no me importa la verdad, no sé en qué estaba pensando si ambos éramos muy jóvenes; pero, en fin… ¿Podemos irnos? Ya se me está congelando el trasero aquí.

Una risa se escapa de sus labios. Me pongo de pie y le ofrezco mi brazo como gesto caballeroso, toma mi mano cortésmente y entrelaza mi antebrazo con el suyo.

Continuamos hacia el auto, por un momento observo lo perfecto que es su perfil y justo en ese momento recuerdo los papeles de divorcio en mi oficina.

—Nat, ¿Tienes a dónde ir? —Su mirada es interrogante, va a decir unas palabras, pero hablo antes de que ella lo haga. —Me refiero a, una vez que nos divorciemos.

Ella no dice nada, por un momento me pregunto si la pregunta no fue apropiada.

—Bueno, estoy buscando un nuevo empleo —contesta, de una manera calma. Suelta mi brazo justo al llegar al auto para rodearlo e ir del lado del copiloto.

—¿Un nuevo empleo? —La observo mientras sigo sus pasos, desactivo la alarma del auto y abro la puerta.

—Es en un programa nuevo de televisión, necesitan maquillistas —dice, entrando al vehículo—. Pero no cualquier maquillista, es más bien, un artista que haga todo ese tipo de heridas escalofriantes que ves en la televisión.

Me quedo pensándolo unos segundos, y rodeo el auto para deslizarme de mi lado.

—Eso suena interesante.

—Lo es... pero... no lo sé. —Puedo escuchar la duda en su voz. —Están aplicando miles de artistas de esta ciudad que conozco y no creo que...

—Natalie, basta. —Llevo mi mano a la suya dándole un suave apretón. —Ya verás que lo conseguirás. Eres una persona talentosa y nadie va a quitarte ese puesto. Y bueno, si se lo dan a otro avísame, lo secuestramos, la policía iniciará su búsqueda y eso dará tiempo para que busquen un reemplazo y se fijen en ti.

Se vuelve a reír.

—¿Sabes qué? Tienes excelentes ideas —habla con ironía.

—Oye, no es en vano que dirijo una empresa. —Enarco una ceja y pongo el auto en movimiento. ¿Sabes qué? Tienes que hacerme una de esas para el próximo Halloween.

No sé ni siquiera si aún hablaremos para el próximo Halloween.

—No, si vas conmigo a la fiesta de Halloween, tenemos que combinar. —Miro levemente en su dirección vacilante, hasta que agrega—: Seremos las hermanas Olsen.

Y me visualizo mentalmente ese día, con mi cabellera rubia, un vestido ajustado. No sé si reírme o echarme a llorar. Tal vez ambas.

—Ni en mis peores pesadillas, Natalie Constanza. Ni en mis peores pesadillas.

Y hablamos de ello todo el camino, entre risas y tarareo de una que otra canción que suena en la radio. Cuando llegamos a casa ella es la primera en bajarse, yo lo hago después y paso directo a mi habitación. Estoy tomando la manecilla de la puerta cuando su voz interrumpe mis pensamientos:

—Buenas noches. —Miro en su dirección, está quitándose la bufanda roja de renos del cuello y con una amplia sonrisa la pone en el mío.

—Buenas noches, Nat —contesto, quitándome la bendita bufanda. La observo dar media vuelta e ir hasta su recámara, la llamo por su nombre y de inmediato su atención está en mí: —¿Quieres quedarte?

—¿Prometes no meterme mano?

Lo bueno es que no prometí nada.

CAPÍTULO 36

David

Pero definitivamente me porté bien.

Caigo en cuenta de que estoy durmiendo con una mujer. Dormir. Solamente eso. Estoy comenzando a dudar de mi hombría. Creo que me estoy haciendo gay.

Miro a Oliver a una corta distancia de mí, lleva una taza de café a su boca, lo analizo.

¡Puaj!

¡No!

Definitivamente, sigo siendo hombre.

—¿Qué carajo me estás viendo? —Ni siquiera está mirando en mi dirección, está sumergido en su computadora y me habla como si en serio está observando lo que estoy haciendo, estamos frente a frente en la mesa, deja la taza de café a un lado de su laptop para luego cruzar sus dedos sobre la madera reluciente y ahora sí, lleva su mirada interrogante a mí.

—Quiero saber si me pareces atractivo, pero definitivamente, no eres mi tipo. —Me encojo de hombros, mi espalda choca con el respaldar de la silla mientras tomo la taza de café frente a mí y la llevo a mis labios. Él suelta un jadeo, lleva su mano dramáticamente a su pecho con cara de fingida indignación.

—Me lastimas —contesta, lo miro con desaprobación y él se ríe a carcajada limpia, tanto que tengo que mirar alrededor por si ha llamado la atención de alguien y tendré que pedir disculpas.

—Maldición Oliver, cierra la puta boca, estamos en un restaurante —siseo. Saco mi celular de manera seria para mostrarme interesante por si alguien voltea a vernos, él sigue riendo. Me doy cuenta que últimamente se ríe por todo, es la maldición de estar casado, yo no me imagino por ahí con puros «jijijis» y «jajajas» por todo ¡Todo!

—¿Y qué? Es navidad, todos andan riendo por ahí. —Detengo mi tecleo en mi teléfono y sin despegar mi dedo pulgar de la pantalla, dejo la taza sobre la mesa y lo miro.

—Y yo que creí que era el único que se estaba volviendo gay. —Resoplo, llevo mi vista a mi teléfono celular y continúo viendo el perfil de Natalie en Instagram.

Esta mañana me creé un perfil con el fin de observar que comparte ella en sus redes sociales mientras me convencía a mí mismo que mi comportamiento era completamente normal.

Acomodo mi cabello hacia un lado, extiendo mi mano con la cámara de mi teléfono de frente y sonrío abiertamente, el flash se dispara de inmediato y Oliver me mira con su entrecejo levemente fruncido.

—Me estoy haciendo un Instagram. —Le hago saber, eso parece no aclarar su duda porque muchas veces habíamos hablado de la pérdida de tiempo que son las redes sociales. De hecho, lo son—. Quiero, ya sabes, hacer nuevos amigos.

Oliver me está viendo con sus ojos entrecerrados, está dejando el tenedor, que había tomado antes de regreso a su plato, se recuesta en el respaldar de su silla sin despegarme los ojos de encima.

—¿Instagram? —Le escucho decir. Miro mi foto y no me convence del todo. No me convence el fondo específicamente.

—Sí, esa cosa donde subes fotos y puedes hacerte popular sin hacer nada más que mostrar tu cuerpo, pero mejor voy a esperar estar en la oficina —digo, viendo a mi amigo—. El tipo calvo de allá atrás roba la atención. —Señalo discretamente al Santa Claus en una mesa a unos

metros detrás de nosotros, se quitó el gorro y tiene una calva bastante brillante, parece una bola de discoteca andante.

O mejor, me dan ganas de ir hasta ahí y frotarla para ver si puedo observar mi futuro.

—Sí David, sé lo que es Instagram. —Le escucho decir, pero no le doy mi atención, mi vista está en mi teléfono y el dispositivo se desliza de mis manos al ver que Natalie ha compartido una foto en traje de baño, jo...

Me aclaro garganta y recojo el teléfono del piso.

—Definitivamente, no soy gay —le digo. Él solo me está viendo, con el espacio entre sus cejas más arrugado, se rasca la barbilla pensativo y vuelve a poner sus ojos sobre mí.

—David, se supone que venimos a trabajar, no a investigar si eres gay.

—No, tú me dijiste que veníamos a almorzar, no a trabajar. Siendo así me largo.

Lo miro con desaprobación, negando con mi cabeza vuelvo mi atención a la fotografía frente a mí y como que el cuello de mi camiseta ahorca, está de espaldas hacia la pantalla y en el fondo puedo ver edificios que puedo jurar pertenecen a Miami, pero el punto de atracción no es específicamente el fondo.

—¿David? —Escucho a Oliver tronar sus dedos y levanto la vista para ver su gesto interrogante. Me aclaro la garganta para espabilarme y llevo mi vista a mi plato para olvidarme de lo que acabo de ver.

—¿Qué? —dejo el celular a un lado. —¿Qué me decías?

—Te preguntaba si van a cenar en mi casa. —Pienso en su pregunta, y en todo lo que conlleva comer con su familia, no con sus padres, si no, con su hermano y su esposa. —¿Qué te pasa hoy?

—No es nada, ya sabes que estas fechas festivas me fastidian. —La verdad es que no es cierto, me da igual el afán de las personas en esta época, siempre y cuando mantengan las calles despejadas, claro.

—En fin, mi madre quiere que llegues. Como te puedes imaginar ya adora a Natalie.

—Tu madre adora a todos.

La verdad es que, todos adoran a Natalie, no puedo evitar pensar en que si mi madre aún viviera también adorara a Natalie.

—No a todos —me dice de inmediato y sé a quién específicamente se refiere. —Que muestre educación frente a algunas personas en específico no significa que le agraden. Y ya sabes a quién me refiero.

—Sí, lo sé —le corto, hago un gesto de negación con mi mano indicándole que no continúe porque en serio necesito terminar mi almuerzo tranquilo. Oliver mira hacia un punto por sobre mi hombro y esboza una sonrisa. Sin necesidad de voltear a ver ya sé de quién se trata y me lo confirma una risa detrás de mí.

—Maldición Alex ¿Por qué vienes a arruinar nuestra cita? —digo sin verla, pasa a mi lado y levanto la vista para ver esa mirada llena de desaprobación. Ella le da un abrazo al caga-billetes y de inmediato mis ojos buscan a Natalie por el lugar, me había dicho que iba a estar con Alex así que se me ocurre preguntar.

—Sí, estoy bien ¿y tú, David? —ironiza, sentándose en un lugar a mi derecha.

—¿Natalie no estaba contigo? —suelto, ignorando su pregunta. Digo, si me ve aquí sin un pie roto es porque estoy bien ¿No? Cada que miro a Alex, no puedo evitar pensar en Caroline, mi hermana, mucho más para estas fechas festivas cuando se supone que estás con tu familia.

Es que las dos tienen los mismos rasgos, pero mi hermana tiene los ojos del mismo color que yo. Aunque Carol acaba de cumplir los veinte.

—¿Estás preocupado? —Esboza una sonrisa pícara que no me pasa desapercibida, ruedo los ojos y suspiro. —No lo sé, dijo que iría al gym y después a tu casa.

He notado que últimamente Natalie evita los encuentros entre nosotros cuatro. Atribuyo eso al hecho de que la relación de Oliver y Alex parece perfecta y la nuestra está lejos de serlo. Bueno, no es que tengamos una relación en realidad.

Mejor me voy a mi casa, pero antes paso por la oficina para traer unos papeles importantes. Mientras voy en el ascensor reviso mi teléfono celular y me percato de que no he recibido un mensaje de Natalie en todo el día, me debato entre enviarle uno yo y preguntar si puedo pasar por ella, pero me contengo; en su lugar, llevo el teléfono de regreso a mi bolsillo justo cuando las puertas metálicas se abren indicando que ya estoy en mi piso.

Voy hasta mi oficina y me dejo caer en mi silla frente al escritorio, saco del primer depósito unos papeles cuando los del divorcio aparecen en mi campo de visión. Muerdo el interior de mi mejilla sin despegar la mirada de los papeles, pensando en cómo carajos voy a hacer esto, pero algún día tiene que pasar de todas formas.

En ese instante me llega otro correo de mi abogado. Este es la respuesta de lo último que le pregunté. Es sobre la deuda de Nat, y adjuntó unos archivos como prueba. La deuda es enorme, y no solo es una… son tres. ¿Cómo va a vivir tranquila si tiene que pagar tanto por culpa de su madre? ¿Y cómo su madre anda por ahí tan feliz cuando su hija se está encargando de su fiasco financiero?

Sin pensarla mucho llamo al banco y les pido toda la información para cancelar la deuda yo.

Un sonido proveniente de mi puerta hace que deje caer todos los papeles de manera desordenada dentro de mi maletín. De inmediato mis ojos enfocan a Andi entrando a mi oficina. La miro vacilante y me preparo un discurso mental para las palabras que deba decir en caso de que quiera lanzarse a mí o algo parecido.

—Feliz Navidad —dice, lo que me hace fruncir el ceño. Camina hacia mí y tiene un postre en las manos. —Solo quería agradecerte por lo del otro día.

Deja el postre frente a mí, lo miro, una de mis cejas se eleva y llevo mi vista interrogante a Andi, quién ahora está dejando más papeles sobre mi escritorio.

—¿Qué? —Sus ojos me enfocan de inmediato y deja todo el portafolios que traía consigo en una esquina. —Solo quería agradecerte, es todo.

Se aleja, la observo retirarse y se pierde tras la puerta. Vuelvo a ver el postre que está cubierto con un material transparente que lleva un pequeño lazo rojo en la cúspide. Estoy tentado a tirarlo en la basura porque no estoy seguro de qué puede contener, pero me lo llevo a casa, porque no puedo desconfiar todo el tiempo de las personas.

Lo dejo sobre una mesa mientras me deshago de mi saco todavía mirándolo con recelo. Le doy un vistazo a mi reloj de mano percatándome de que ya pasaron cuatro horas y Natalie aún no está por aquí. Me sirvo una copa de vino y saco todos los papeles de mi maletín.

Me acomodo en el sillón frente a la chimenea, comienzo a pasarlos uno por uno y los dejo sobre la mesa cuando me llama la atención la correspondencia que está cerca del florero, específicamente un sobre con decoración navideña.

Dejo todo el spam a un lado y casi me da un ataque cardíaco cuando la cosa que tengo entre mis dedos viene de Paula y Marisol. Oh por Dios. Pero ahora son Paulo y Marisol. ¿Qué? ¿Cuándo pasó esto? ¿Y cómo es que conocen donde vivo? ¿Y por qué han escrito: «Para nuestro querido David Patricio»?

Temeroso y ansioso, saco el papel que está perfectamente doblado y parece ser una carta. Mis manos casi no pueden responder cuando estoy desplegando el papel, comienzo a leer todas

las letras ahí y tengo que hacerlo unas tres veces para terminar de entender.

Queridos David Patricio Y Natalie Schmitt,

Les deseamos una feliz navidad de parte de la familia Nguyen. Ya no somos los mismos que conocieron en aquella celda, hemos cambiado ¡Ahora somos padres! ¿Pueden creerlo? ¿Saben qué es lo mejor? Que cumplimos todos los requisitos para la adopción de una hermosa niña camboyana. Todo esto no lo hubiéramos logrado sin ti, Patricio Schmitt, nos inspiraste a ser mejores personas y dar este gran paso. ¡Somos felices juntos! Ustedes dos fueron lo mejor que nos ha pasado.

Pd: Tu nombre Patricio nos gustaba más.

XOXO

No puedo creerlo.

Del sobre se cae una fotografía. Cuando miro a aquellas tres personas, tardo más de un minuto en reconocerlos, sí, definitivamente son ellos, pero sin la falda de tul. Ahora están arreglados, hasta se ven como dos personas serias y no los dos locos que me ofrecían drogas en una celda. Además, le agregan la nota: *Esperamos verlos pronto, nos gustaría que ustedes fueran los padrinos de Patricia. Sí, la llamamos en honor a ti, Patricio.*

Un sonido en la puerta principal me hace salir de mi trance. Miro a Natalie sobre la alfombra limpiándose la nieve de las botas, se ríe al ver que le caen copos del cabello cada que sacude la cabeza. Me hace sonreír, pero vuelvo a pensar en la gravedad del asunto de la carta que tengo en manos y dejo todo dentro del sobre.

—¿Cómo es que Paula y Marisol saben dónde vivimos? —le pregunto, cuando está sacudiéndose la nieve del abrigo.

—Paulo.

—¿Paulo? ¿Cómo sabes qué…

—Me contactó por Instagram. —Natalie se ríe. —¿Puedes creerlo? Todavía te llaman Patricio Schmitt. No tuve el coraje de decirles que ese no era tu nombre real, así que le dije que te llamabas David Patricio.

Suelta una sonora carcajada.

—Oh por Dios. ¿Tú les diste mi dirección?

—Sí, parecen buenos chicos. Adoptaron a una niña. ¿No son geniales?

—¡Pero están locos!

—Te equivocas, han cambiado mucho. Apuesto que ahora tú estás más loco que ellos. —Oh, claro. Me río irónico y Nat enarca una ceja con una amplia sonrisa, camina en mi dirección y observo que deja algo sobre la mesa. Además, se me acerca, pasa sus manos alrededor de mi cuello y me besa las mejillas. —El proceso de adopción es largo y si lo lograron es porque están perfectamente capacitados para tener un hijo. Eso no lo logra cualquiera.

Toma una caja que traía y la está poniendo sobre una mesa cerca de la entrada. Cuando le quita el envoltorio, me doy cuenta de que es una pecera pequeña y dos pequeños peces nadan de un lado otro.

—¿Los haremos sushi? —bromeo. Ella se ríe, niega con su cabeza y se gira en mi dirección con una ceja enarcada. —Y qué bien por Paulo y Marisol, solo espero que no tengas videos sobre lo que pasó en Las Vegas. Por cierto, ¿Dónde estabas?

—Estuve en la tienda de mascotas, siempre quise tener uno de estos. —Señala la pecera y saca algo de su bolso, es una pequeña bolsa de donde toma algunos granos, para luego dejarlos caer dentro de la pecera.

—Bueno, ahí hay dos.

—Por supuesto, solo quedaban ellos dos y no podía dejar a uno solito.

No tengo una respuesta para eso, tengo un comentario lógico sobre que los peces no tienen sentimientos y no creo que uno vaya a extrañar a su compañero; de hecho, si fueran pensantes tal vez fuera un pez feliz porque no tendría que nadar en popó de otro pez, pero no voy a decirlo.

La observo calentarse las manos en la chimenea. Ya se quitó el abrigo y ahora se deshace de su chaqueta mientras canta alguna canción que no logro reconocer.

—Hay algo que quiero hacer antes de que finalice el año… o a inicio del otro ¿Cómo está tu agenda?

Mis alarmas se activan de inmediato, por mi cabeza pasan miles de cosas, pero se me ocurre preguntar primero.

—¿Y qué es eso?

—Lanzarme de un paracaídas. —Eso me hace cambiar de gesto, tantas cosas por hacer antes que finalice el año. —¿Te gustaría venir conmigo?

Me río, porque ni loco hago algo como eso.

—Hay distintas formas de suicidarse y menos dolorosas.

Eso la hace reír, mira en dirección al postre de Andi y lleva su mirada de interrogación hacia mí, antes de que crea que yo compraría algo tan cursi como eso, le doy mi respuesta más sincera:

—Andi me lo regaló. —De inmediato su gesto se vuelve indescifrable y antes de que se imagine miles de cosas me siento en la necesidad de aclarar: —Fue en son de paz, según ella, no creas que tengo algo con esa mujer. Ni siquiera he tocado ese postre, porque tengo miedo de que tenga veneno o algo así.

Se ríe y lo toma, se sienta a mi lado y me acomodo mejor para que ella quepa en el sillón.

—Entonces vamos a envenenarnos juntos. —No sé cómo Natalie puede confiarse de todos, ella lo toma como una broma, pero yo sí creo que pueda tener algo. Toma mi copa y le da un sorbo al vino, mientras con una mano intenta deshacerse del moño de la cajita de Andi. Yo le ayudo. Decido dejar los papeles en esa misma mesa y extiendo mi brazo por sobre el respaldar del sillón. —Por cierto, no estoy embarazada. —Me atraganto con el pastel. —Debí decírtelo cuando lo supe, pero se me olvidó.

Ah, caray; de nuevo, ya ni siquiera me acordaba del niño ¿Qué clase de padre fui?

Me entrega un papel y lo abro para ver que no, no está embarazada, qué alivio, casi quiero cantar el aleluya, pero entonces… miro ahí: Dr. Ancel Kirchner.

—Ah, el doctor… —hablo y me lleno la boca de pastel para evitar hablar demás. Natalie se ríe, entonces saca su teléfono, comienza a manipularlo y, después, un hombre rubio, con los ojos azules, bastante parecido al doctor Cullen de las películas de *Twilight* aparece frente a mis ojos.

—Es él —me dice, como si fuera a sentirme mejor, como si un hombre de ese tipo y con el cuerpo trabajado en el gimnasio va a hacerme sentir mejor y no es que tenga bajo autoestima, porque yo estoy bastante bien en realidad y no es por tirarme flores. Pero ese… —Y ese es su esposo.

Cambia la foto, entonces miro al tipo que está en la pantalla. Después una foto de ellos dos juntos. Bueno, así las cosas cambian.

—¿Estás bromeando conmigo?

—No, él es el ginecólogo, quién está casado… con un hombre. Creí que era mejor aclarar antes de que se soltaran tus demonios internos al ver el nombre del doctor Kichner ahí.

Nos quedamos en silencio, yo viéndola y ella riéndose de mí. Entonces, estiro mi brazo y lo paso por sobre sus hombros para flexionarlo rodeándola del cuello.

—¡David! —Me grita entre risas. Estoy presionándola contra mi cuerpo pero, obviamente, de forma suave sin lastimarla pero lo suficiente como para inmovilizarla. —¡David, basta!

—Repite conmigo: No debo burlarme de David. —Solo estoy escuchando sus risas y me contengo de soltar una carcajada. —Y debo aclarar antes que mi ginecólogo está casado con un hombre.

—¡David!

—¡Repítelo!

Entonces, yo suelto una carcajada cuando me comienza a hacer cosquillas y comienzo a sacudirme como una cobra macheteada, así tal cual, tan vulgar como suena. Natalie se separa de mí, entonces, tendido en el respaldar del sillón quedo todavía consumido entre risas y ella se acurruca a mi lado.

—Voy a extrañar esto cuando nos divorciemos —dice. El comentario me toma por sorpresa. Mi corazón comienza a latir desbocado, siento una extraña punzada atravesarme como espada y, de pronto, siento como si un puñado de grava se instaló en mi estómago.

Lo intento disimular lo más que puedo, trago saliva y me aclaro la garganta.

—Yo igual —contesto, intentando mostrarme indiferente, pero la verdad es que no miento.

CAPÍTULO 37

David

No sé qué es lo que me da más miedo de estar con Natalie.

El hecho de que esté disfrutando mi tiempo con ella o el temor de gozar tanto de su compañía hasta tal punto que no pueda volver atrás.

Que sentarme frente a la chimenea contando cualquier estupidez que la haga reír mientras tomamos una copa de vino, se haya convertido en mi nuevo pasatiempo favorito.

Que viajar en auto por algunas horas, mientras charlamos y escuchamos sus canciones preferidas, sea algo con lo que me sienta extrañamente cómodo.

Tal vez, solo sea la impresión de encontrarme a una mujer que se ría tanto con mis historias, alguien con quien puedo ser yo sin preocuparme por el mal olor de mis axilas —después del gimnasio, claro. No es que yo huela mal—.

Me da temor acostumbrarme a esto y después verla partir, quedarme con un hueco en el pecho comiendo helado y cantando canciones de los BeeGee's. Ahora me será imposible no comparar mis siguientes citas con ella, se me hará difícil, por, sobre todo, no pensar en que a Natalie no le importa lo material ni los restaurantes lujosos, porque ella no es así y ni siquiera sé que puedo regalarle a alguien como Nat. Comienzo a googlearlo.

«¿Qué regalarle a una mujer que no le impresiona lo caro y fino?»

Dejo salir un suspiro, largo y pesado, cuando más de cien mil coincidencias apuntan a una cena romántica, ruedo los ojos y miro la barra del buscador, comienzo a teclear algo nuevo siendo más específico:

«¿Qué regalarle a una mujer que no le impresiona lo caro y fino, que no sea romántico, por favor?»

—David. —De pronto, la rasposa voz del viejo Steve me estremece y casi me caigo de la banqueta que estoy. Espabilo de inmediato y llevo la vista en su dirección esbozando una sonrisa forzada. —Te acuerdas de este viejo de vez en cuándo?

—No te pongas romántico, Steve. —Él suelta una leve carcajada y le extiendo un pedazo de pastel de manzana que Natalie hizo esta mañana. Sin azúcar, sin gluten y sin muchas otras cosas que no entendí. —Te traje algo.

—Se ve bien, pero mi problema de diabetes... ¡a la mierda! ¿Quién quiere pies? Dame eso.

El viejo Steve hace que una risa se me escape y toma el recipiente que trae el pastel y camina en dirección de la puerta que va hacia la cocina. Regresa con dos cucharas y me extiende una. Tira de una banqueta y se sienta frente a mí del otro lado de la barra.

—Pues conservarás tus pies, porque Nat lo preparó sin azúcar.

—Oh, qué bueno.

—¿Dónde está tu chica, por cierto? —le pregunto, el viejo esboza una sonrisa. Reposa su mano sobre la barra y me mira.

—Hoy tendremos nuestra cuarta cita.

—¿Qué? —No puedo evitar reír. El viejo Steve lleva un pedazo de pastel a la boca y asiente con su cabeza. —¿Cuándo diablos pasaron las otras tres citas?

—Ni siquiera yo lo sé. —Steve tiene una sonrisa de oreja a oreja, que me hace reír aún más por el hecho de imaginármelo a él en una cita—. Estoy nervioso, hasta me tomé un relajante muscular.

—Steve ¿Por qué tomas relajantes musculares si no tienes músculos? —Él me mira con desaprobación, niega con su cabeza sin despegarme sus pequeños ojos furiosos de encima, finalmente esboza una sonrisa y continúa comiendo el pastel.

—Voy a casarme con esa mujer. —Suelto un suspiro y contengo la risa porque no quiero decir algo de lo que en estos momentos pasa por mi mente. —Y tú vas a ser el padrino de mi boda.

—Steve, ¿si recuerdas la edad que tienes?

—Por supuesto, tengo una vejiga que no me permite olvidarlo. —Definitivamente hablar con el viejo Steve es la mejor terapia para un mal día. Aún recuerdo que él fue quién se quedó conmigo después de los funerales de mis padres, aún en el peor momento me hacía sacar una sonrisa. También se preocupaba por mi hermana; pero, como dije, ella prefirió otro camino y asegurarse de que yo no me metiera en ninguna de sus decisiones.

Con la cuchara que me había extendido hace unos minutos, corto un pedazo del pastel y lo llevo a mi boca, a pesar de haber comido un buen pedazo antes de irme a trabajar, podría comerme otro porque debo admitir que Natalie es una excelente repostera.

—Oye, esto sabe bien —menciona Steve y asiento en respuesta, es justo lo que estaba pensando, pero no voy a decirlo. —Te lo dije. Tienes a la mujer que todo hombre desea tener.

No digo nada en ese momento, no tengo que decir, no puedo ni siquiera llevarle la contraria en esto porque sé que, muy a mi pesar, es verdad.

—Tengo los papeles de divorcio. Mi abogado lo logró. Sin multas ni nada por el estilo. Desgraciadamente todavía cuenta como un matrimonio de verdad y, legalmente, por el resto de mi vida va a ser mi esposa. —Hago una pausa, ni siquiera miro el rostro de Steve y ni siquiera quiero imaginarme su gesto. —Pero ahora no tengo idea de cómo decirle a Natalie, no sé cómo se lo pueda tomar o si…

—No lo hagas —dice interrumpiéndome.

—Hablo en serio Steve, necesito un consejo.

—Yo nunca he estado casado, así que nunca tuve que divorciarme jamás en mi vida. Soy la última persona que puede darte un consejo. A ver —dice, dejando la cuchara a un lado del recipiente justo sobre la barra. —¿Qué es lo que más te preocupa?

Me detengo a pensar en eso, lo que hace unas semanas deseaba más que cualquier cosa era que llegara el día de tener esos papeles en mis manos, ahora quiero hacerlos desaparecer. Intento convencerme de que lo que siento ahora es sólo porque no quiero ser parte del grupo de personas que la abandonaron y es lo que le digo a Steve.

—No quiero ser una estadística más en la vida de Nat. No ha tenido una vida fácil y ella no se merece eso. ¿Sabes qué hizo su madre? La manipuló para que hacerla sacar una deuda en el banco con la excusa de que ella iba a devolverle todo, no lo hizo. Y no es una deuda nada más, son tres. Natalie tiene un excelente puesto, convenios con marcas, publicidad, etcétera, y ni siquiera puede disfrutarlo porque está ahogada en deudas ¿Y su supuesta madre le importa? No. Y su padre… ¡Oh! Ni siquiera tengo ganas de hablar de su padre. Una vez le envió un mensaje diciéndole que no contara con él si lo que estaba buscando era dinero, solo porque Natalie le escribió un texto. Son una mierda los dos.

—Guao. Sí que suenan a una mierda los dos. ¿Y qué hiciste tú?

—Pagar sus deudas, para iniciar, y no se lo he dicho, porque sé que va a molestarse.

—Yo creo que sí quieres a Natalie, muy en el fondo de tu corazoncito sé que la amas. Y no es solo cariño, David, es amor.

—No me jodas, Steve.

—Nadie le paga tres deudas de alguien solo porque sí. Yo creo que en tu interior no quieres divorciarte. Entonces no lo hagas. —Una risa desganada se escapa de mis labios y negando con mi cabeza vuelvo mi atención al pedazo de pastel frente a mis ojos. —Vas a arrepentirte, David.

—Steve, Natalie y yo no somos el uno para el otro.

—David, no existe el amor destinado, existe el amor humano, ese que se construye a diario, el que hay que luchar para sacarlo adelante.

No digo nada por unos segundos que, para mí, se convierten en una eternidad. Otra vez me encuentro sin qué decir ni qué hacer, pero lo intento disimular y tomando una pose más relajada digo lo siguiente:

—Tantas cursilerías me dan jaqueca, Steve.

Para mi suerte, su atención se quita de mi persona y se centra en la entrada del bar al momento que la campana anuncia la llegada de un cliente al establecimiento de Steve. Él se pone de pie para atender a quién sea que entró y busco mi teléfono celular para citar a Natalie en algún lugar para decirle sobre el divorcio, porque tarde o temprano tengo que hacerlo ¿Y por qué no hoy?

—John, amigo ¿Qué te trae por acá? —Escucho la voz rasposa del viejo Steve, no presto atención a lo que dice exactamente la voz masculina porque mi mente está centrada en lo que dijo Steve y en qué debo o no hacer ahora.

Juego con mi teléfono entre mis manos, pero viendo hacia un punto en específico sobre la barra. Regreso mi vista al teléfono y antes de que pueda armarme de valor y escribirle un mensaje sobre el lugar para vernos, un texto de su parte me interrumpe.

De: Constanza

«Lo conseguí»

Sus palabras me hacen fruncir el ceño y de inmediato escribo mi respuesta con una pregunta sobre qué es lo que ha conseguido. Miro la pantalla de mi teléfono por unos segundos que, hasta pude contar, de lo rápido que su réplica ya está en mi pantalla.

De: Constanza

«El empleo, David. En el programa, el que hablamos el otro día»

Me toma un segundo cambiar de gesto y esbozar una sonrisa. Y en solo un instante estoy deslizando mis dedos sobre el aparato electrónico para enviar mi respuesta:

Para: Constanza

«Te lo dije»

No espero su texto de regreso, solo chequeo mi reloj y me doy cuenta de que ya es la hora que ella está en casa. Me pongo de pie y me despido de Steve con un gesto de mano. Él esboza una sonrisa y hace lo mismo. Salgo del bar, y en pocos minutos ya estoy en mi auto.

Efectivamente, cuando llego ella está allí. Su coche es lo primero que veo, y después la observo a ella en la puerta principal. Me está sonriendo y comienza a bajar los escalones. Ella ya está allí cuando bajo del vehículo, y con paso rápido acorta la distancia entre nosotros.

Sinceramente, su siguiente acto, tan sorpresivo y acogedor, me toma por sorpresa. Su cuerpo se estampa contra el mío, y sus piernas, fuertes y firmes, se envuelven en mi cintura. Algo cálido me llena el pecho, una emoción indescriptible y aterradora. La rodeo con mis brazos, dice tantas palabras que me hacen reír, y sigo caminando con ella aún a horcajadas.

Me alegra verla feliz, tanto que mi mente olvida por completo lo que tenía que decirle, y

decido guardármelo para un momento más apropiado.

—Bueno, esto tenemos que celebrarlo —digo, y se le escapa una risa. Su rostro queda muy cerca del mío, tanto que nuestras narices se rozan. Soy incapaz de moverme, y ella, al darse cuenta de lo cerca que estamos, no se inmuta. Se queda allí, con nuestros rostros tan así que siento el aroma a fresas de su labial. Me aterra lo mucho que me gusta esa cercanía.

—Tengo que contárselo a Alex —dice, y sus pies tocan el suelo de inmediato. Me quedo confundido y con los pensamientos desbocados. Me aclaro la garganta y finjo buscar algo entre los cojines del sofá, aunque no tengo ni idea de qué es eso que estoy buscando.

—¿No se lo habías contado? —pregunto, intentando sonar indiferente. Ella detiene el tecleo en su celular y me mira.

—Cuando me lo confirmaron, fuiste la primera persona que pasó por mi cabeza. —Por un instante, nuestras miradas se conectan. No sé cómo sentirme con esa declaración. No sé qué decir. —¡Oh, Dios! No le cuentes eso a Alex, va a odiarte.

—¿Por qué a mí? Ella también le cuenta sus cosas al caga-billetes antes que a ti.

—¿De dónde sacas eso? Es para reclamarle.

Me hace soltar una risita divertida.

—No vas a reclamarle nada.

Se aleja mientras sigue escribiendo en su celular. Solo minutos después regresa con un sobre en las manos. Deja el teléfono en el bolsillo de su vaquero y me extiende algo que, por un momento, me genera temor; pero ella tiene una sonrisa amplia, así que no sé si sentir alivio o más terror.

Abro el sobre despacio, sin despegar los ojos de ella, porque esa sonrisa me resulta sospechosa. Miro el interior del pequeño paquete y de inmediato entiendo por qué tiene esa expresión.

Son dos boletos.

Bien pudieron ser reservaciones para un hotel en Los Hamptons o unos días en una playa exótica en México, pero no, son dos malditos boletos para lanzarse de un paracaídas.

—Mañana a las diez.

—No, ni de coña, Natalie Constanza. Ni de coña.

CAPÍTULO 38

David

Pero no hubo manera de convencerla.

Todo el camino al supuesto aeropuerto reservado específicamente para actividades recreativas—*como si morir fuera una actividad recreativa*—es un jodido tormento mientras Natalie solo dice:

—Relájate David, ya verás que será muy divertido. Necesitas salir de la rutina y sentir lo que es la adrenalina.

¿Adrenalina? Adrenalina es conducir a doscientos veinte kilómetros por hora cuando estás tomado y te persigue una patrulla, ella es la que no sabe qué es adrenalina de verdad. No entiendo que adrenalina se puede sentir mientras caes de algo que va volando en el aire.

¡Oh por Dios!

Hoy voy a morir.

Ahora entiendo cuando alguien te dice que antes de morir, ves con el ojo del alma todo lo que has hecho en tu vida, o algo así. Eso mismo me pasa a mí y me doy cuenta de que no he hecho nada bueno.

—David. —Escucho la voz de Natalie reclamando mi atención y por un momento me siento perdido, me espabilo aclarando la garganta, tomo una calada de aire y me preparo mentalmente para caminar hacia mi muerte. —Vamos.

Constanza se baja del auto de una manera tan entusiasta que me aterra, ni por la salvación de mi alma quiero tirarme de un helicóptero, avión o lo que sea. Parpadeo unas tres veces para armarme de valor y cuando me mentalizo que sí, definitivamente, voy a morir dentro de unas cuantas horas intento abrir la puerta del auto, pero ella ya está ahí sosteniéndola para mí con esa sonrisa sádica, la misma con la que me despertó esta mañana.

—¿Quién carajo puede disfrutar esto? —Tomo mis gafas de sol y las pongo en mis ojos una vez que mis pies tocan el pavimento del parqueo, cierro la puerta del auto y miro en todas las direcciones esperando ver a alguien muriendo para jugar al paramédico y así perdamos nuestro turno.

—Ehhh, todos —habla. Toma mi mano y me lleva a arrastres hacia el interior del sitio. Miro a una multitud de personas rebosante de alegría, ansiedad y entusiasmo, con sus monos estúpidos de paracaidistas.

Si algo voy a agradecer, es que al menos me miro bien con este traje.

—¿Sabes qué? —le digo a Natalie, ella se gira un poco en mi dirección mientras caminamos hacia, creo, recepción. —Esto es una mala idea.

—David, basta.

—Tengo tanta mala suerte que, si muero, te aseguro que no van a encontrar mi cuerpo.

—David —menciona entre risas —¿por qué te quejas tanto?

—Porque, para empezar, quejarse es gratis.

Ella solo está riendo mientras firma unos papeles después de dar con la ubicación de la recepcionista, les doy un vistazo y me doy cuenta que dice que ellos no son responsables de

cualquier daño o accidente causados por la mala manipulación de arnés, ah y que también tenemos que regresar por nuestra cuenta con tan sólo una brújula y un mapa. Es decir, podemos caer en una tribu de caníbales y nadie irá a nuestro rescate.

—David, firma aquí. —Natalie me extiende los jodidos papeles y vacilo por unos varios segundos si firmar esto o no. —Vamos, se hace tarde.

—Oye ¿crees en la vida después de la muerte? —pregunto, luego de pensar seriamente de que es muy probable que esté firmando mi acta de defunción. —¿Crees que debería llevar un par de calzoncillos por si acaso?

O preservativos, tal vez.

—David, solo firma —dice, un tanto molesta y un tanto divertida. Termino de firmar los malditos papeles y ella se los entrega a la amable señora que lleva una camiseta con el logo del lugar. Esperamos un momento, mientras ella se acomoda los lentes y se cerciora que, definitivamente, hemos firmado.

—No se preocupe… —habla la fémina con cabello entrecano mientras lleva su mirada de nuevo a lo que, creo, son mis papeles. —Señor Schmitt, sólo registramos treinta muertes el año pasado.

Se me paraliza el corazón.

—¡Qué reconfortante! —exclamo con mofa—. Siento un alivio enorme saber eso. ¿Escuchas eso Natalie? —La miro fingiendo sorpresa. —¡Sólo treinta personas murieron el año pasado!

—Pero eran personas con experiencia que decidieron saltar con paracaídas individual desde la avioneta. Ustedes pagaron por el de principiantes, unos instructores irán con ustedes. —La mujer da un mordisco a una dona y continúa hablando. —Según nuestras estadísticas, solo se registraron trece muertes el año pasado por salto tándem.

Oh por Dios.

—Si el paracaídas principal falla —continúa la mujer, luego de tragar el bocado de dona — y el de repuesto también, sólo vaya hacia la luz.

—¿Qué? —Ella, hace una simulación de extender unas alas y volar con sus brazos abiertos y se encoge de hombros.

Miro a Natalie y ni siquiera está prestando atención, está mirando el mapa que hace unos momentos le habían entregado. Me extiende el que se supone es mío, tira de mi mano y a jalones me lleva a lo que creo son las avionetas.

Con nuestros dedos entrelazados subimos en la que nos indican y sigo esperando que el clima juegue a mi favor, se acerque una tormenta y nos digan que, lamentablemente, no podemos tirarnos desde el avión, pero nada de eso pasa ¿Dónde estás los desastres naturales cuando alguien los necesita? Miro a Natalie y me aterra verla tan tranquila y emocionada. Presiento que en cualquier momento de la caída a mí me dará una crisis nerviosa y terminaré con popó en mis pantalones.

—¿Sabes que si esto falla nos estampamos en el suelo? —le pregunto, fingiendo una tranquilidad que en estos momentos desconozco, cuando ya nos hemos elevado unos cuatro mil metros y uno de los instructores asignados nos está ayudando a acomodarnos el arnés.

—Será la última cosa que hagamos y la haremos juntos.

La miro con desaprobación, aunque eso suena bien cursi y romántico preferiría haber optado por una maldita cena en la orilla de una playa y bajo la luna de las estrellas, es mejor pasar vergüenza que un aparecer en las noticias. Ella simplemente se ríe y el pánico vuelve a mí al pensar que esto es lo último que probablemente haga.

—Relájate David, ya verás que no hay nada mejor que caer a doscientos kilómetros por hora desde un avión.

—¡Sí! Por supuesto, mejor incluso que estar a salvo en tu casa viendo series de Netflix —contesto con sarcasmo. El instructor, que hace unos momentos nos estaba hablando sobre algunas indicaciones a tomar en cuenta, se acerca a mí y otro más joven a Natalie.

—¿Están listos? —pregunta el hombre mayor y yo solo me concentro en el muchacho que está sujetándose al traje de Natalie. Él le está sonriendo y explicándole algo que, supongo, es sobre la caída desde el avión.

No hay necesidad de sonreír para explicarle a alguien como lanzarse desde un avión.

—¿Entendió señor Schmitt? —me habla el hombre, quién ahora que lo observo detenidamente, bien pudiera ser el gemelo perdido de Lord Voldemort, pero con nariz. Yo asiento, aunque no sé qué carajos me dijo, pero él no me ha mencionado nada sonriendo, así que no, no hay necesidad de sonreír y quiero decírselo al jovencito frente a Natalie.

—Está bien. Venga conmigo —habla el que no debe ser nombrado. Oh por Dios, él enlaza algo en mi traje y quedamos sostenidos de la cintura. Observo a una emocionada Natalie charlando con el tipo ese, hasta que Voldemort tira de mí y tengo que sostenerme de todos lados mientras nos acercamos a la puerta abierta y el aire me golpea fuerte el rostro. —A la cuenta de tres.

—No, no, no —digo, negando con mi cabeza. —¿Qué? ¿Vamos a ir primero?

—Quiero decirle que si no siente el tirón que le mencioné al inicio. —¿Tirón? ¿Qué? ¿Hablamos de algún tirón? —Es que es muy probable que el paracaídas falló. Si el de reserva también falla, hay un 98% de probabilidades que no sobrevivamos.

¿Qué carajos?

Oh por Dios, voy a morir, juro que voy a morir. Dios, si me escuchas, no permitas que un inepto tome mi puesto en la revista Anderson y lance a la mierda todo lo que he hecho.

—¿Listo? —Observo por última vez lo que será mi día en la tierra. Miro a Natalie y al tipo ese ir primero porque yo estoy sostenido de un barandal en estado de shock.

—Nos vemos abajo —me dice Natalie, besando mi mejilla. Le beso los labios aprovechando que el tipo ese está frente a nosotros y ella arruga su entrecejo.

—Por si muero —le digo, y una risa se le escapa. Hace un gesto de adiós con su mano y asiento en respuesta. Se lanzan y unos cuervos comienzan a revolotear en mi estómago. En segundos ya no hay ni rastro de ellos en mi visión.

—Vamos, seguimos. —El hombre tira de mí y mi corazón comienza a latir con violencia.

—Espere… solo… —No me deja que termine, me lanza y cierro los ojos con fuerza cuando siento una corriente de aire golpearme con ímpetu, a tal punto de no poder respirar.

Maldición, a este punto estoy temblando, suspendido en el aire, la sensación es agobiante pero excitante en partes iguales. Siento al instructor moverse y logro escuchar algo de sus labios parecido a un «Oh por Dios» ¿Qué? ¡No! Abro los ojos e intento ver hacia arriba y no hay nada sobre nosotros, el hombre vuelve a sacudir algo de su arnés y vuelvo a escuchar un «Oh por Dios» ¡No! Comienzo a gritar con fuerza, porque presiento que esto no va bien, comenzamos a dar vuelta en espiral.

¿En qué momento accedí a venir aquí?

CAPÍTULO 39

David

No.

No quiero morir.

No, no quiero ir hacia la luz ni a ningún lado.

Joder.

Siento que no puedo respirar.

Solo puedo pensar en que me quedan como cinco minutos de vida, estamos dando vueltas y a este punto hasta el instructor está comenzando a gritar. Voy a desmayarme, tal vez así no siento la fuerza del impacto. Nunca he gritado tanto en mi vida, ya mis cuerdas vocales se están desgarrando y mi garganta ya no da para más.

Algo cae de su mochila, de inmediato mi cara cambia a un gesto de desesperación y grito con más fuerza. El instructor comienza a agitar los brazos como alas y yo comienzo a hacer lo mismo, no sé si esto va a salvarnos de algo, pero a este punto ya nada me importa.

—Vamos a moriiiiiir —grita tanto que soy capaz de escucharlo a la perfección y todas mis alarmas internan se activan. —Vamos a moriiiiiirrrr.

Parece que está llorando. Mierda. Está llorando.

Yo estoy al borde del colapso, sabía que esto era mala idea, lo sabía. ¿Por qué Dios? ¿Por qué no le hice caso a mi sexto sentido?

—Nah, es broma. —Le escucho decir con una risa ahogada por el aire, presiona el botón rojo y en ese momento siento el famoso tirón del que tanto hablaba.

…¿Qué?...

Alto ahí… ¿Qué?

¡La madre que lo parió!

¡Hijo de su puta madre!

¡Hijo de su putaaaa madreeeeeeee!

—¡Hijo de tu putaaaaaa madreeeeeeeeeeee! —le grito con todas mis fuerzas, quiero llorar, de tensión o de alivio, no me interesa. El muy maldito comienza a reír a carcajada limpia mientras descendemos. Quiero agarrarlo y darle un puñetazo en la cara ahora mismo, pero la velocidad a la que me golpea el viento me lo impide.

Iba a morir de un infarto.

—Iba a morir por tu culpa hijoooooo de putaaaaaaaa.

Debí imaginarme el porqué de su parecido con Lord Voldemort.

Mi garganta está seca y ni siquiera lágrimas me salen por la conmoción, siento mis rodillas flaquear y a este punto me tiemblan hasta partes que no sabía que existían. Voy a matar a este tipo, voy a matarlooooo, el arnés me está rozando la entrepierna y la adrenalina que siento ahora es para golpear en la cara a este bastardo.

Él comienza a zarandearse y, por ende, esos movimientos no ayudan a mi sistema nervioso, cierro los ojos con fuerza.

—Te matooooooo —le grito a todo pulmón, el suelo se ve más cerca y solo quiero poner

mis pies en la tierra y no volver a hacer esto nunca más. —Más te vale que tengas un seguro de vidaaaaaa, más te vale malnacidooooooo.

No sé cómo alguien puede hacer esto por diversión.

Algunos siete, ocho o diez minutos después, no estoy seguro, es cuando finalmente miro el suelo a unos escasos metros. Él habla sobre algo que según él me dijo antes de tirarnos del avión, alguna cosa sobre como aterrizar, pero en este punto me vale una mierda la manera cómo debo aterrizar. Solo unos segundos después mis pies se estampan contra la tierra y mis rodillas no reaccionan a tiempo, ambos caemos rodando cubriéndonos de polvo y hojarasca seca, uno encima del otro, aún unidos por la cintura lo cual me dificulta rodar en paz, terminamos chocando y, para rematar la situación, envueltos en el paracaídas.

—Esa no era la forma…

—¡Me vale una mierdaaaaa! —le grito a la mala copia de Voldemort, interrumpiéndolo. Estoy casi hiperventilando, él solamente se ríe y comienzo a desenredarme del paracaídas para lazarme sobre él. —Maldito seas. —Torpemente intento ponerme de pie para dejarle ir mi puño en su cara, pero por el agarre de nuestros trajes, cada movimiento es tonto y en vano, pero lo intento, lo dejaré sin nariz para que le haga honor a su cara del señor tenebroso. Él intenta defenderse y me molesto más por no poder desquitar mi ira con toda la comodidad posible.

—La próxima vez. —Forcejea conmigo en un intento inútil. —Si estará atento a las indicaciones ¿cierto?

—Por tu culpa no habrá una próxima vez, hijo de la fruta. —Lo sostengo del traje y levanto el puño para estamparlo contra su cara pálida. Recuerdo a Natalie en ese momento y suelto al señor tenebroso para buscar el Walkie Talkie que no dieron antes.

Él suelta el agarre que aún nos mantiene unidos y corre en otra dirección después de soltar el paracaídas de su arnés. Me dejo caer bocarriba intentando recuperar el aliento y antes de que encuentre el aparato, diviso a Natalie a un par de metros. Ella viene en nuestra dirección y desde esta distancia, por la sonrisa en los labios, puedo apostar que a ella sí le gustó esta tortura.

Mis ojos de inmediato van al tipo idiota que fue su instructor, que está caminando junto a ella y en ese momento quiere poner su mano en su cintura.

—Por allá está la niñita rubia —le dice Voldemort, quitándose las gafas y el casco…

Esperen…

¿La qué?

Escucho las risas de Natalie y se acerca a mí a paso rápido mientras miro al idiota con desaprobación.

—¡Feliz años nuevo, señor Schmitt! —habla el hombre. Le sonrío de manera sarcástica y le saco el dedo medio. Con una sonrisa se pierde tras unos arbustos con el otro instructor y vuelvo mi vista a Natalie quién suelta una carcajada y me extiende su brazo.

—¿Estás bien? —me habla, ya más relajado y con mi corazón bombeando sangre como debería, asiento. —¿Lo ves? Sobreviviste.

Quiero hacer mi comentario más sarcástico posible, pero no quiero mencionar la broma de Voldemort, así que tomo su mano y de un tirón me ayuda a ponerme de pie.

—Es la última vez que te acompaño a algo como esto, Natalie Constanza, la última. —Con una risa toma mi mano. Con ayuda de una brújula y los dos idiotas llegamos a la parada de buses más cercana, parte de la experiencia también consiste en regresar en autobús.

Son las dos horas más largas de mi vida.

Llegamos al aeropuerto maldito, ese *«para actividades recreativas»*, casi al atardecer, para entregar los objetos que se supone nos traerían de regreso. En recepción, está la misma señora de

la luz con su caja de donas y un moño despeinado en la cabeza.

—Oh, tienen cara de haberse divertido. Especialmente tú muchacho. —Me señala. La miro con seriedad, espero los putos papeles que tengo que firmar y cuando me los extiende, lo primero que llama mi atención es la línea que se lee «firme aquí si no ha muerto».

Dejo mi firma, junto a un comentario: *«¿En serio? Yo pensaba regresar desde la luz para firmar esto»*

Conduzco a mi casa y en un punto Natalie se queda dormida con su mano sobre la mía, la cual solo quito para meter cambios y vuelvo a dejarla en su lugar. Siento alivio de ver mi casa frente a mí y saber que ya puedo tomarme una ducha caliente y deshacerme del traje de la tortura. Acomodo mi auto en el parqueo y llevo mi mirada a Natalie, unos mechones de cabello marrón caen de manera rebelde por su rostro y los despejo de su frente.

—Nat —digo en un susurro. Ella solo se remueve un poco y entreabre los ojos. Esbozo una sonrisa y me bajo del auto. Acto seguido, lo rodeo y abro la puerta de su lado para cargarla en mis brazos.

—David —dice, entre risas —¿Qué haces?

—Puedes seguir durmiendo. —Suelta una carcajada. Con mi pie cierro la puerta del auto y entro a mi casa, subo las escaleras con ella a toda prisa y me doy cuenta de que tengo que hacer más cardio.

Entro a su habitación y me quedo impactado por la cantidad de arte en este lugar, mis ojos van a cada uno de los cuadros y dibujos en cada pared, quiero encender la luz para observarlos mejor, pero en mi intento de dejar a Natalie sobre su cama y ella se sostiene de mi cuello haciéndome caer junto a ella y rodar sobre las sábanas haciéndome reír. Gira en mi dirección de modo que quedamos frente a frente, tan cerca, pero estoy acostumbrado a esta cercanía y no me dan ganas de, ni por la salvación de mi espíritu, alejarme aunque sea un centímetro.

—Gracias por acompañarme —me dice, le doy una media sonrisa en respuesta. Se acerca a mí y deja un beso húmedo en mi frente. —Cuando quieras repetimos.

Suelto una risa que bien puedo confundirse con un llanto.

—¡No sabes las ganas que tengo que repetir eso! —contesto con ironía. —Ahora está en mi lista de cosas por hacer antes de morir. De hecho, será la última cosa en mi lista por si muero ahí mismo.

Llevo una parte de su cabello detrás de su oreja y ella se acerca a mí, roza su nariz fría con la mía, eso me hace reír y me siento tentado de unir esos labios con los míos y así lo hago.

Sus labios están suaves, exactamente como la última vez que los besé, pero este beso es diferente, es uno que grita cuánto extrañaba esto, uno que me recorre de pies a cabeza, que me sabe a tortura. Que causa una revolución dentro de mí tan inmensa, pero que al mismo tiempo se siente… *dulce.*

Sus manos, tersas y suaves, se pasan por mi torso, sobre el traje maldito y las lleva hasta mi cuello para profundizar el beso, me besa con ansias —*con urgencia* —y yo correspondo de la misma forma. Mis manos se aferran de manera fuerte y firme sobre su cintura y soy perfectamente consciente del momento en el que ella está sobre mí, mis manos pican por sentir ese cuerpo por debajo de ese traje. Un suspiro lento y entrecortado se escapa de mis labios al sentir su boca bajando por mi barbilla y mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes a su paso, volviendo a su origen. A este punto ya he perdido la cordura. Soy consciente, también, de que a este paso no me podré detener. Con mi dedos, ansiosos y temblorosos, voy subiéndole la blusa. El beso toma más fuerza, ahora soy yo ubicándome sobre ella y toma el cierre de mi pantalón. De pronto el sonido de mi celular nos causa un susto de muerte a los dos.

¡No!

Me dejo caer a su lado y me llevo las manos a la cara de manera fatalista.

¡Nooooo!

Agarro mi celular y veo que es uno de los inversionistas de Anderson.

¿A quién se le ocurre llamar este día y en el momento muy equivocado?

No sé qué hacer ahora, mi corazón late al mil y temo tener un ataque cardíaco justo ahora. Estoy tentado a que la llamada se vaya a buzón, pero entonces veo el correo que me envió hace unos minutos y lo marcó con urgente. Mierda.

—Tengo que contestar. Es un socio importante de Anderson.

—No hay problema.

Me pongo de pie y sin saber qué decir o qué hacer, descuelgo viendo por la ventana. Sí que es algo importante y todo el tiempo que hablo con él yo estoy viendo a Natalie de vez en cuando, hasta se cambia de ropa, se cepilla los dientes y yo sigo peleándome con un señor al que apenas he visto como tres veces.

En fin, cuando el hombre cuelga por fin Nat ya se quedó dormida. Yo, por mi parte, me quedo admirándola desde un rincón como un maldito psicópata. Todavía tengo el corazón acelerado y cada que me acuerdo de lo que estábamos a punto de hacer la sangre se me agolpa ahí abajo. Maldito socio de Anderson. Entonces caigo en cuenta de que es mejor así, que estamos bien manteniendo distancia, porque de todas formas muy pronto nos divorciamos.

Joder, no sé qué me está pasando con Natalie que me hace sentir de esta forma, pero de pronto solo quiero acostarme a su lado, abrazarla y acurrucarla en mis brazos.

Creo que mejor duermo en mi cama por hoy, pero entonces abre los ojos un momento y se hace a un lado dando palmaditas sobre el colchón, yo accedo a acostarme a su lado.

Y no sé de dónde saco fuerza de voluntad, pero me quedo ahí sin hacer nada. Solo paso mi mano sobre su cintura y me acomodo de modo que mi barbilla descanse en la base de su cabeza. Nos quedamos así, nada más... juntos. A este punto, siento que este es uno de los mejores momentos de mi vida, algo que se siente tan bien y tan mal en partes iguales, pero que me llena el pecho con una sensación abrumadora y desconocida.

Me doy cuenta de que, tal vez, ya es muy tarde para retroceder, pero igual tengo que hablarle del divorcio cuánto antes.

CAPÍTULO 40

David

Abro los ojos con lentitud al sentir una claridad golpear de manera intensa mis pestañas.

Parpadeo para acomodarme a la luz y, de inmediato, me percato de que me quedé dormido en el cuarto de Natalie y rodeado de arte «abstracta» o algo así.

Lo primero que se me viene a la mente es lo de anoche y en ese momento tal vez odiaba al socio de Anderson, pero en realidad solo fue una llamada de atención del destino, porque no puedo estar jugando a la casita con Nat.

A punto de ponerme de pie la puerta de la habitación se abre y Natalie, quién ya se dio un baño y ahora lleva un top y unos leggins, aparece y me extiende unos papeles.

Son los papeles de divorcio.

Son los jodidos papeles de divorcio y hago memoria sobre donde pudo haberlos sacado ¿Dónde los encontró?

Recuerdo que la última vez que los toqué los dejé en mi maletín, pero hago memoria de aquel día que llegué a casa y saqué unos papeles del trabajo que dejé sobre la mesa frente a la chimenea.

—¿Por qué no me habías dicho? —pregunta. Su voz suena calma, serena; todo lo contrario a cómo me imaginé que sería nuestro divorcio.

Camina hacia su mesa de noche mientras pienso las palabras más adecuadas para decirle sobre el porqué aún no le había dicho.

—La verdad es que no encontraba la forma, ¡Vamos! no es como que me divorcie todos los días —bromeo. La veo gesticular una media sonrisa, me las juego para sonar despreocupado, como se supone que debería ser. Después de todo se supone que no es la gran cosa ¿Verdad?

¿Por qué siento un hueco en el pecho?

—Solo hubieras mencionado que sí podemos divorciarnos y listo. —Lo siguiente lo dice preocupada: —¿Tenemos que pagar algo? Carmen me dijo que ha intentado comunicarse con abogados en Las Vegas y todos le han dicho lo mismo que ya sabíamos.

—Mi abogado encontró un vacío legal o algo así, bueno… yo no entiendo de leyes, pero se enteró de que sí podemos divorciarnos sin problemas. Entonces hizo los papeles.

Veo la pluma que sostiene en su mano y, sin pensarla dos veces, la desliza en el espacio vacío sobre la delgada línea arriba de su nombre.

Esa acción provoca que casi se me paralice el corazón.

Y ni siquiera sé por qué, es lo que yo quería.

Hace unos meses esto me hubiera hecho saltar en un pie, mandar todo a la mierda, a esta hora estaría camino a alguna fiesta a celebrar mi soltería; pero es algo extraño, lo que siento ahorita está muy lejos de la felicidad, es algo amargo/agridulce… no sé.

—Sólo falta tu firma. —Me extiende el papel y con mis dedos temblorosos lo tomo. Esperaba otra reacción, algo que me causara remordimiento, pero su rostro está tan pacífico que me hace preguntarme si soy el único sintiéndome de esta forma.

—¿Estás segura? —le pregunto, y lo que quise hacerlo salir como socarronería suena más

bien a súplica y quiero darme una cachetada. —Quiero decir… —Tomo la pluma también para dejar de verme tan ridículo. —¿No sientes ni un poco de remordimiento por dejarme abandonado con dos peces y daño psicológico por lanzarme a la muerte así por así ayer?

Ella suelta una risotada, intento ocultarlo, pero en realidad mis manos sudan y tiemblan, tanto así que también me río para aliviar la tensión que siento sobre mis hombros. Lo hago sin detenerme a pensar, sin decir siquiera una palabra, sin otro gesto más que una sonrisa.

—Listo —le digo yo. Me vuelvo a ella para mostrárselos y asiente sin decir nada más. —Nat, no quiero que te sientas obligada a irte solo por esto, quiero decirte que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Está bien —me corta, esbozando una sonrisa. —Muchas gracias. —Sus labios se pegan en mi mejilla y, en parte, eso me hace sentir alivio. Tomo una larga calada de aire al verla cruzar el umbral de la puerta y saco mi teléfono celular para redactarle un correo a mi abogado, su respuesta no tarda en llegar confirmando la hora que pasará por los papeles esta mañana.

Tomar una ducha, vestirme, conducir a la empresa, tomar un café, llegar a mi oficina y sentarme, son cosas que hago completamente automático. Espero la hora que dijo el abogado que vendría y ya está ahí golpeando mi puerta con sus nudillos.

—El divorcio toma un tiempo, señor Schmitt —dice. Yo asiento en silencio con la vista fija en algún lugar. —¿Está seguro de esto?

¿Cómo que si estoy seguro? ¿Qué gesto tengo? ¿Doy lástima o qué?

—Por supuesto.

Me aclaro la garganta y cambio la cara solo por si las moscas… digo, seguro sí estoy. Claro que sí.

En fin, cuando se va me froto el rostro con las manos y justo un par de minutos después mi celular suena. No dudo en sacarlo de mi bolsillo y veo el número de Natalie en mi pantalla.

—¿Hola? —digo justo al descolgar, tomándome un tiempo para no sonar desesperado.

—David ¿puedes venir por mí? Mi auto se averió —dice esto último con una pizca de vergüenza, pero al rato es sustituido por una risa al escuchar unas palabras que no logro identificar. —Lo siento, Carmen está conmigo.

—Está bien ¿Dónde estás? —Me pongo de pie de inmediato y guardo todos mis papeles de manera rápida, dejo solo una libreta y una pluma para anotar la dirección en la que ella se encuentra.

—Bien, dame unos veinte minutos. —Escucho su afirmación y tomando mi maletín salgo de la oficina.

No me tomo veinte minutos, me tomo más. Por un momento pienso que me equivoqué de dirección, poruque me encuentro frente a una casa antigua que de inmediato me percato es un orfanato.

Bajo de mi auto y le escribo un mensaje cuando estoy en la puerta del local. Entonces Carmen, la amiga de Natalie, aparece por la puerta con una gran sonrisa.

—Natalie ya viene, solo estamos acomodando algunas cosas. —Asiento, miro que con dificultad carga una caja y le ofrezco mi ayuda.

Ella me guía a un salón lleno de globos y de inmediato llama mi atención la cabellera achocolatada de Natalie. Está rodeada de niños riéndose mientras ella les dice algo, está de cuclillas y una niña se sostiene de su cuello.

—Ella es buena con los niños. —Escucho a Carmen, quién me indica el lugar donde dejar la caja. —Dice que quiere una familia numerosa, así que ve perfeccionando la puntería, muchacho.

Como que me ahogo con mi propia saliva. Ella me golpea el brazo con el codo, me guiña un ojo y se va. Comienzo a toser y de pronto siento que me falta el aire, busco algo que tomar cuando un niño se acerca a mí y me extiende un jugo. Carraspeo para aclararme la garganta y tomo el envase.

—Gracias, amigo.

Cuando el aire ya entró a mis pulmones, miro al niño menudito y simpático de no más de cuatro años que me está viendo fijamente.

—¿Quién eres? —me dice, me acuclillo para quedar de su tamaño.

—Soy David ¿y tú? —extiendo mi mano para despeinar su negro y ondulado cabello y él me da una media sonrisa en respuesta.

—Soy Liam. Mi mejor amigo se llama David —dice de inmediato con entusiasmo. Le quito el sello del envase y tomo un sorbo del jugo.

—¿En serio? ¿Y dónde está tu amigo David?

—Justo aquí, al lado mío ¿no lo ves? —Frunzo el ceño al mismo tiempo que miro a su lado. —No, a ese lado no, al otro.

Miro el otro lado y por un momento me siento estúpido buscando al otro David.

—Dice que le agradas —agrega— pero quiere saber por qué tienes cabello en el rostro.

—Ah... —¿Qué se supone que le contestas al amigo imaginario de un niño de cuatro años que quiere saber por qué tienes cabello en el rostro? —Cuando tú... o más bien, ustedes... —Lo miro a él y miro a su lado, fingiendo que el otro David está ahí. —Crezcan también tendrán cabello en el rostro.

El pequeño hace una mueca, mira hacia un punto fijo y vuelve su atención a mí.

—Siendo así, no quiero crecer. —Me siento ofendido, voy a contestar y decirle que los hombres con barbas son mucho más sexys, pero de inmediato su aguda vocecita me interrumpe. —¿Eres amigo de Natalie?

—Es... —Vacilo mi respuesta—. Bueno, se puede decir que dentro de poco sí.

—Es mi amiga también, algún día podemos jugar los cuatro a las escondidas. —Liam se acerca a mí y muy cerca de mi oído susurra. —David siempre gana.

—¿En serio? —Finjo asombro. —Nunca me lo hubiera imaginado. —El pequeño asiente entusiasmado y se aleja de mí cuando Carmen dice su nombre y le extiende unos dulces, los toma con una sonrisa en los labios y después vuelve su atención a mí.

—Adiós David. —Mueve su mano indicándome una despedida y asiento con la cabeza. —Fue un gusto conocerte, vamos David.

Lo miro perderse tras una puerta y por un momento me quedo ahí, viendo el punto donde el pequeño Liam ya no está con una sonrisa.

Siento una mano posarse sobre mi hombro, es Nat tendiéndome un dulce. Lo tomo al mismo tiempo que me pongo de pie y ella me dice:

—¿Conociste a David?

—Eso creo, no le gustó mi barba al parecer. —Natalie se ríe, su vista sigue puesta en la bolsa que carga. La ayudo a sostenerla y agrega:

—Perdió a sus padres hace un par de años, desde entonces se hizo un amigo imaginario. —Por un momento me siento abrumado por la historia del pequeño Liam, no sé qué sería perder a tus padres tan pequeño y terminar en un lugar como estos. —Ninguno de sus familiares quiso quedarse con él. Una tía materna, quién fue la que obtuvo la custodia, lo vino a dejar aquí.

Creo que estar abrumado le queda corto, me quedo sin nada qué decir y lo primero que hago es buscar al pequeño Liam con la mirada entre la multitud de niños que andan corriendo

por ahí y lo miro en una esquina, jugando con unos autos pequeños.

—Eso es triste.

—Carmen estaba en proceso de adoptarlo, pero entonces descubrió que su esposo le era infiel, se divorció y ya no le quisieron dar a Liam y se conforma con venirlo a ver casi todas las tardes ¿Sabes qué? Se me hace una tontería que una mujer no pueda adoptar sin un hombre. Carmen tiene todas las posibilidades. Un buen puesto, mucho dinero, una casota elegantísima, viaja por el mundo cuando se le da la gana, es muy responsable y sé que sería una excelente madre.

—Que se case con otro.

—¿Y te parece que es tan fácil?

—Que se vaya a Las Vegas.

—¿Nos vamos? —La voz de Carmen nos interrumpe.

—Carmen vino conmigo en mi auto. ¿Podemos llevarla?

—Oh no. —Interrumpe Carmen. —Puedo llamar un taxi.

—No, no te preocupes, nosotros te llevamos. —Extiendo mi mano en dirección a la puerta de salida y ella asiente en silencio. Natalie la sigue y yo voy tras ellas.

Todo el camino es silencioso, excepto las veces que suena alguna canción por la radio y Carmen nos dice a gritos que esa es su canción favorita. Me doy cuenta de que todas son sus canciones favoritas.

No vive muy lejos, así que la tortura al menos no se extiende por mucho tiempo. Es verdad, Carmen tiene una casota elegantísima. Natalie se baja para darle un abrazo y una vez que vuelve a su lugar del copiloto, yo le pregunto:

—¿Ya sabe que tendrás otro empleo?

—Sí. Lloró, pero después dijo que igual va a irme a buscar y torturarme la vida todos los días.

Eso hace que una risa se me escape y vuelvo a poner mi auto en marcha.

El resto del camino pasamos en completo silencio, pero no uno incómodo, si no de ese tipo al que ella y yo ya estamos acostumbrados, que se siente muy bien en realidad.

—Oye, ¿tienes algo que hacer ahora? —Me pregunta cuando ya estamos en mi casa y aparco en frente.

—Estoy pensando en ir a ejercitarme un poco ¿Quieres venir?

—Claro, apuesto que hago más abdominales que tú. —Se baja del auto, miro esa sonrisa burlona suya antes de cerrar la puerta. Bajo la ventanilla para hablarle, entonces, se inclina cuando me escucha:

—¡Ja ja! Eso jamás.

—¿Qué quieres apostar? —No voy a mentir que hago un esfuerzo sobrehumano para no ver su escote y me concentro en sus ojos. Me doy una palmadita mental en la espalda por mi fuerza de voluntad y pasar en alto lo bien que se mira en esa pose.

—Lo que tú quieras.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Salgo de mi auto. Me quito el saco del traje y camino a la puerta sin siquiera esperarla. Cuando me giro, está en el mismo lugar, con una sonrisa al estilo Jocker y agrego: —¿Y bien? ¿No estás lista para tu derrota?

—Ya sé qué es lo que vamos a apostar.

Camina hacia mí y se detiene justo al frente mío.

—¿Qué cosa?

—Te diré cuando ya hayas perdido.

—Eso no se vale.

—¿Asumes que vas a perder? —Enarca una ceja y se da media vuelta haciendo que su cabello también se mueva a su paso. Abre la puerta y se detiene para girarse a mí y continuar: —¿Y bien? ¿No estás listo para tu derrota?

CAPÍTULO 41

David

No debí hacer una apuesta con Natalie.

Ese será mi nuevo mantra «no hacer apuestas con Natalie».

Mucho peor sin saber antes de qué se trata.

Miro el espejo frente a mí y con mi entrecejo fruncido miro la afeitadora, vuelvo mi vista a Constanza con un gesto de súplica, pero no le importa, ni siquiera cuando hago un mohín que a cualquier mujer le enternecería, excepto a ese tipo que le gusta hacer maldades —con ella—. Casi visualizo a satanás tomando una taza de café mientras conversa con ella la nueva forma que van a utilizar para destruir el mundo. Y se lo digo así, pero entonces se ríe y enciende la afeitadora.

—Perdiste y dijiste que apostabas lo que sea. —Me extiende la máquina maldita, se encoge de hombros, toma la crema de afeitar y también la pone frente a mí. Está esbozando una sonrisa, esa misma que me sabe a cruel y despiadada. —Fue lo que tú elegiste, David.

—No me dejaste otra opción —le contesto. Espero aunque sea un momento de arrepentimiento de su parte, que me diga que se disculpa, pero no hay nada, solo su vista clavada en mi persona, vuelvo a hacer el mohín.

Natalie suelta una carcajada, camina en mi dirección y toma lugar en el borde de la bañera, aún está sosteniendo la crema de afeitar leyendo la etiqueta o tal vez pensando otra forma para ridiculizarme. Vamos, que no pensé que ella pudiera hacer más abdominales que yo.

—Claro que te di otra opción —replica de inmediato, agitando el envase para luego dejar salir un poco sobre la palma de su mano.

—Ponerme unos zapatos de tacón y pasearme por la empresa no era una opción —digo con mi gesto de desaprobación sobre ella —¿Puedo dejarlo para después? ¿Cuándo regrese de mi trabajo? —Sí, estoy pensando en salir del país y no regresar, tal vez mudarme a China o Tailandia.

—Ayer dijiste que lo dejarías para hoy. —Confieso que dormí imaginando las formas que podría escapar por la ventana y no volver. Porque aparte de estar a punto de perder mi barba, perdí mi dignidad. —No puedes apostar algo y no cumplir.

—Yo no sabía que... olvídalo. —Tomo la máquina de afeitar y cierro los ojos con fuerza.

—Aún tienes la opción de usar tacones. No te quedarían mal.

—Me vería di-vi-na —me mofo, viéndola con seriedad. Constanza sin despegarme la mirada de encima ni la sonrisa sádica, se pone de pie solo para juntarme la crema de afeitar en el rostro, pero no solo eso, si no que toma mucho más y la esparce por toda mi cara.

Me toma unos segundos reaccionar y quitarle el envase de las manos. Por instinto, comienza a alejarse de mí y corre por todo el espacio mientras yo la persigo. Empiezo a verter un poco del líquido espumoso en mi mano, y en cuanto se queda atrapada en el baño, entre la pared y yo, sin escapatoria, la situación cambia. Entre risas, intenta escabullirse, pero contra mi cuerpo la sostengo con fuerza. Mi mano viaja hasta su rostro y, en un instante, su cara y parte de sus rizos castaños están cubiertos de ese líquido blanquecino. Forcejea conmigo para agarrar el envase, pero no se lo permito. Terminamos deslizándonos y cayendo al suelo, entre carcajadas.

Me doy cuenta de que me quedé sin crema de afeitar, y para estar seguro, me giro en su dirección y dejo caer sobre ella el resto del líquido.

—Oh Dios —digo, con gesto fatalista. —No tengo crema de afeitar ¡Qué pena! —exclamo, muy alto, fingiendo sorpresa, con los ojos bien abiertos. —¡Esto es una estafa! Solo te rocié un poco y mira...

—¿Alguna vez te dijeron que eres un excelente actor? —me dice, arrebatándome el envase y agitándolo para cerciorarse que no hay nada. —¡Qué lástima que tengas otra en el botiquín detrás del espejo!

—Nooo-o-o. —Finjo lloriquear con las manos en mi cara, hasta que siento una fuente de agua pegarme con fuerza el rostro. —Noooo.

Tomo la fuente y con el rostro empapado ahora la apunto ella, quién está hecha un ovillo en una esquina riendo con diversión, entre risas desliza su espalda por la pared hasta quedar sentada sobre el piso. Las carcajadas me restan fuerza y me quedo tendido a su lado, con el abdomen adolorido sin poder detener mi impulso de carcajearme a gusto.

—Llegaré tarde por tu culpa —le hablo, con la frente puesta en uno de sus hombros. Laas risas van mermando al cabo de unos minutos, me percato que estoy empapado, ambos lo estamos. Casi me paralizo cuando siento su mano postrarse en la parte trasera de mi cabeza y comenzar a acariciar mi cabello con suavidad, una delicadeza tan extrema que casi me roba el aliento. A este punto, mi cara está en la curvatura de su cuello y su mejilla está descansando en mi frente.

—Encontré un apartamento —me dice de pronto. Su comentario definitivamente me toma por sorpresa y me hace tragar con fuerza. —En unas semanas me mudo.

No digo nada sobre eso, sólo sé que algo dentro de mí parece romperse e intento meter ese sentimiento en una caja, ponerle un moño y arrojarla en lo más profundo de mi ser.

—¡Oh por Dios! ¿Ahora cómo voy a aprender a vivir solo, otra vez? —pregunto con mofa y una clara preocupación fingida. Ella se ríe poniéndose de pie y me extiende su mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—No es tan difícil —habla con sorna. —Solo comienza a tirar tus cosas por toda la casa y listo.

Ahora es mi turno de reír. Levanto mi dedo pulgar en señal de aprobación y la observo alejarse y perderse tras el vidrio corrugado de mi baño.

—¿Te ayudo con la mudanza? —pregunto. No dice nada por un momento y pienso que es porque ya salió de la habitación.

Camino a la puerta y en ese momento aparece con la jodida crema de afeitar, la agita en el aire con gesto triunfante mientras yo me llevo las manos a la cara.

—Noooo —lloriqueo.

Pensándola bien, debí haber muerto en el paracaídas el otro día.

Hubiera sido un excelente titular «Gerente de la revista Anderson muere en accidente en paracaídas» pero después, pensándolo mejor, hubiera aparecido en titulares junto al gemelo perdido de Lord Voldermort y me hubiera quitado el protagonismo, quien, por cierto, esta mañana me comenzó a seguir en Instagram y me dejó un mensaje que no pienso leer.

Volviendo al tema de mi nuevo aspecto: Siento que he vuelto a nacer, literalmente; pero no en el buen sentido, si no en el malo, muy malo. Me miro en el espejo retrovisor del auto y me doy cuenta de que tengo cara de bebé, ya hasta había olvidado el por qué me dejaba la barba, rejuvenecí como diez años, pero eso no es nada bueno.

—Te ves bien, David.

—No me hables.

Natalie está en carcajadas en el asiento del copiloto. No me ha hecho mostrarle una sonrisa; ni en el desayuno, ni camino al auto, ni cuando nos detuvimos a comprar helado de McDonald's; ni ahora, que vamos hacia su trabajo, todo por hacerme pasar por esto.

—Vamos David, no puedes estar molesto conmigo toda la vida. —No contesto. Mi vista sigue clavada en la carretera, ni siquiera me importa llegar tarde ahora. Quiero encerrarme en una cueva y no salir hasta dentro de unos cinco años. —Crecerá en unas semanas.

Mejor enciendo la radio.

Tamborileo mis dedos sobre el volante y muevo mi cabeza levemente al son de la música clásica de alguna banda que no logro reconocer. Me encanta viajar en silencio, cuando no estoy de humor, claro.

—Además es tu culpa, todavía te pregunté si estabas de acuerdo.

—Tidivia ti priginti si istibis di acuirdi.

Dado que ahora tengo cara de niño, nadie puede culparme por mi comportamiento infantil.

Más risas de parte de Natalie. Ya estoy a punto de derribar la coraza de la seriedad y soltarme a reír con ella, pero mi fuerza de voluntad tiene que poder más. Aprieto los labios en una línea recta en un intento de no reír, llegamos a un semáforo que de inmediato cambia a luz roja y me detengo esperando pacientemente que se acabe esta tortura. Miro por la ventana de al lado cuando en ese momento ella se lanza sobre mí y comienza a hacerme cosquillas.

—Natalie basta —digo entre risas. Ya no puedo más. Intento que vuelva a su lugar, pero no lo logro, hasta que una serie de pitidos provenientes del claxon de los autos detrás de nosotros comienzan a sonar, entre risas se aparta y pongo en marcha el auto cuando me percato que el semáforo ya cambió de color.

—Escúchame —hablo, conteniendo una risa. —Esta es la última vez… —Estira su mano y vuelve a hacerme cosquillas. —No, nooo. —A este punto ya me duele el abdomen, me aclaro la garganta en un fallido intento de no reír. —Basta, si chocamos tú irás a la cárcel por mí.

—Vamos David, te ves increíble —dice. No contesto otra vez. Me concentro en el parabrisas y el terrible tráfico a estas horas. Miro mi reloj y no, no llegaré a tiempo, pero no me importa, tal vez llegando tarde pase más desapercibido.

Para mi suerte, el resto del camino es tranquilo y me estaciono frente al edificio del canal para el que trabaja Natalie. No la miro, continúo concentrado en el parabrisas, porque no tengo ganas de hablar.

—Nos vemos más tarde. —La escucho decir al abrir la puerta del auto seguido de una risilla de su parte. Vuelve a entrar y presiona sus labios contra mi mejilla rodeando mi cuello con sus brazos.

—Nooo —digo al recordar que lleva pintalabios rojo, pero continúa llenando mi rostro de besos sin importarle mis advertencias, hasta que finalmente deja de hacerlo. Se baja del auto, cuelga su bolso de su hombro y me da un adiós con la mano.

—Por cierto —la escucho cuando saco mi pañuelo para limpiar el resto de su labial. —Iré a ver el apartamento por la tarde ¿Vienes conmigo?

—Por supuesto, solo envíame un mensaje cuando pase por ti.

—Bien. —Ella asiente. Miro mi reloj y veo que ya me pasé de la hora que se supone que debo estar en mi oficina. No sé con qué mentira llegaré frente a Oliver ahora, pero tal vez mi nuevo *look* lo distraiga.

Y eso es lo que pasa.

Para mi suerte, al entrar a la sala de la reunión, Oliver está tecleando en su computadora, al

notar mi presencia mira su reloj, pero al ver mi rostro de inmediato su entrecejo se frunce y cierra su computadora.

—¿Qué hay, maldito caga-billetes? —saludo, tomando lugar a su derecha y Oliver me mira con sus ojos entrecerrados.

—¿Qué hiciste con tu barba de *hippie*? —Le muestro mi cara de desaprobación y en ese momento siento vibrar mi celular en mi bolsillo. Lo saco de inmediato porque pienso que es Nat.

—Perdí una apuesta con Natalie —digo, restándole importancia —era eso o usar tacones todo el día.

—¿Apuesta? —replica de inmediato, lo escucho reír cuando desbloqueo la pantalla de mi celular y el nombre de Andi es el que brilla en el aparato.

Ay, no.

—Hace más abdominales que yo ¿Puedes creerlo?, ya me estaba burlando de ella cuando alcancé los 180 sin descansar y ella hizo 220.

De: Grano en el culo Andi.

«Pero que bien te ves»

Decido ignorarla. Continúo hablando con el caga-billetes cuando otra vez mi celular vibra y es Andi preguntándome por qué no contesto. Me dan ganas de tirar el teléfono por la ventana.

—Por cierto, moveré a Andi a otro departamento —le digo a Oliver. Quito la atención de mi teléfono para que él no lo note. —O me cortan los huevos. —Miento, la verdad creo que a Natalie ni siquiera le importa o es solo que no quiere decirme; pero, a ver, Natalie es una mujer muy segura de sí misma y sabe que Andi no le llega ni a los talones. —Ahora necesito un secretario.

—¿Un secretario? —Cristal, la nueva secretaria de Oliver, se acerca y deja una taza de café frente al caga-billetes. En ese momento escribo la respuesta a Andi, quién no tarda en mostrarse indignada.

Para: Grano en el culo Andi.

«No tengo por qué contestarte, aunque ya estoy perdiendo tiempo escribiendo esto, por lo tanto, voy a aprovechar para decirte que no me importa del todo si te gusta o no»

De: Grano en el culo Andi.

«Solo estaba siendo amable, adiós»

Me masajeo la sien y tomo la taza de café de Oliver para darle un sorbo. Él solo está viéndome con el ceño levemente fruncido y dejo la taza de nuevo en su lugar para volver mi atención a él:

—Sí, secretario, Oliver —recalco—. Andi ya me está volviendo loco. Y no en el buen sentido.

Antes me volvía loco en el sentido cachondo, pero eso fue cuando las cosas no estaban tan complicadas, yo no había casado y tampoco sabía que estaba compartiendo fluidos con Camilo el casado, quién para iniciar, no me cae tan bien.

Por suerte, la reunión inicia y el caga-billetes no pregunta más, guardo mi teléfono y espero que esto se termine. Una vez que salgo de la sala la primera que aparece en mi campo de visión es Alexandra, con quién después de intercambiar palabras, me doy cuenta de que algo no está bien. Voy a enviarle un texto a Natalie cuando llego a mi oficina y me llama la atención la cabellera roja de Andi, quién al notar mi presencia, se comporta de una manera extraña que me hace dudar por un momento. Es normal que Andi esté en mi oficina, porque tiene que traer o sacar papeles, aun así, este comportamiento de ahorita es raro. Una vez que se retira, comienzo a buscar algo que haya podido instalar aquí para luego usarlo en mi contra.

Me llega otro texto. Mi corazón da un vuelco de emoción —que no debería—al ver a Nat en mi pantalla.

De: Constanza.

¿Cenamos juntos?

Le digo que sí, pero siento que me veo desesperado, así que espero unos minutos y me voy a la oficina de Oliver con los papeles que me dejó Andi sobre la mesa. Andi no entra a la oficina del caga-billetes, así que tengo que llevárselos yo.

Sin querer me doy cuenta de qué pasa con Alex, es algo relacionado con su padre y una supuesta enfermedad que me parte el corazón, me hace recordar la muerte de mis padres y lo doloroso que fue atravesar ese luto casi al mismo tiempo.

—Por cierto, Anderson, necesito que me firmes unos papeles para mover a Andi a otro departamento. No puedo nada más despedirla, porque no ha hecho nada malo. No es la mejor persona en esta empresa, pero hace las cosas como son en tiempo y forma, desgraciadamente.

—Escucha… si vas a contratar un secretario, no contrates jóvenes porque no quiero tener que despedir a alguien porque le ande echando un ojo a Alex. ¿Entiendes?

—Eres un maldito celoso. —Suelto una carcajada. Bueno, no sé si está bromeando o lo dice de verdad. —Recuerdas cuando decías... ¿para qué celar a alguien? La fidelidad no es algo que logras por aislar a alguien, bla, bla, bla…

—Eso es otra cosa, David. Y, bueno, una mujer como Alex no la voy a encontrar nunca.

—Ni yo encontraré otra como Natalie, pero no por eso me voy a portar como un maldito lunático…

—Espera... —me interrumpe. Hasta este instante soy consciente de mis palabras, me doy cuenta de lo que acabo de decir y en mi cerebro se reproducen de manera lenta y precisa. —¿Acabas de decir que nunca encontrarás otra como Natalie? ¿Estás rompiendo la barrera que juraste nadie pasaría, David Schmitt?

En ese momento intento lo posible por enmendar mis palabras, pero no se me ocurre nada inteligente para decir o hacer. Simplemente decido ignorarlo con un bufido y una sonrisa sarcástica.

—Sabes qué, mejor voy por los papeles.

Cierro la puerta antes que diga más estupideces y me voy a mi oficina. Tomo lugar en mi silla, y por un largo rato, con mis dedos entrelazados, mi barbilla descansando sobre ellos y mis codos sobre la mesa, intento pensar en qué es lo que me pasa. Quiero creer que es solo cariño que siento por Nat. Es que es imposible no sentir aprecio por alguien con quién convives todos los días.

Y por eso que no quería convivir con ella, para iniciar. Porque ahora la aprecio y, pensando en ello, me llega un correo de confirmación de que Natalie ya no tiene ni una sola deuda.

Ahora solo me toca esperar cuando se de cuenta. Lo más probable es que me mate, pero es mi deber.

En fin, me convenzo a mí mismo que lo siento no es algo más y me voy a casa a la hora de siempre, mientras conduzco paso frente al bar de Steve, se me vienen recuerdos de aquel día en el estacionamiento y los intento alejar de mí. De pronto me da curiosidad saber qué siente ella, pero no voy a preguntárselo.

No voy a arruinar las cosas que hasta ahora han ido excelentes.

Me envía un texto diciéndome que se quedará un tiempo más en su trabajo y que Carmen va a llevarla, entonces miro de que no le envié el «sí» sobre la cena. Joder. Bueno, se lo digo una vez que estemos en la casa.

Paso directo a la casa de Oliver y entrenamos juntos mientras espero a Natalie. Le dije que iba a entrenar con el caga-billetes y ella me dijo que venía en un rato. Okey. Estamos charlando un rato en la sala cuando escuchamos el timbre de la puerta.

—Debe ser Natalie —le digo yo. Me pongo de pie para abrirle. —Dijo que vendría a hacer ejercicios conmigo.

—¿Más retos? Yo quiero estar ahí para burlarme.

—Te pica el trasero.

Pienso en algo sarcástico qué decirle a Nat al verla, pero cuando abro la puerta, se me paraliza el corazón al ver a la persona que está del otro lado. Por la forma en que ella me mira sé que tampoco se esperaba mi presencia aquí.

Mierda.

FLASHBACK

Tres años antes.

El amor es algo complicado.

Un día estás rebosante de felicidad y al otro estás completamente destruido.

Mi mirada es casi suplicante. Siento como la sangre golpea con fuerza detrás de mis orejas. Tengo las manos frías y nunca había sentido tanto temor por perder algo en mi vida.

—No puedes estar hablando en serio, Brittany.

—Sí estoy hablando en serio. Entiéndelo, David. —Escucho la pizca de desesperación en su voz, como si le urge que yo desaparezca de su vista. Me niego a aceptar lo que pasó. Sigo pensando que es una mala broma de su parte. —Yo no siento nada por ti.

—¿Es alguien más? —me atrevo a preguntar.

—¡No! ¡Por Dios! —exclama de inmediato recostada sobre el umbral de la puerta de su apartamento. Suelta un bufido y me pide que me vaya. —David, sólo vete por favor. Ya llegará la chica indicada para ti, pero yo no soy esa persona.

—Íbamos a casarnos ¿Qué… —Qué patético me escucho. —¿Qué pasó, Brittany?

Su risa sarcástica me interrumpe:

—Acepté casarme contigo para que no pasaras vergüenza, David. Si me lo hubieses preguntado en un lugar privado mi respuesta hubiera sido diferente.

—¡Lo hice exactamente como tú lo querías! Tú dijiste una vez que querías una pedida de mano pública, en un restaurante hermoso, que todo mundo te viera. Yo solo hice lo que tú pediste.

—Las personas cambian, David, no es lo que quiero ahora ¿Sabes cuál es mi sueño ahora? Que me pidan matrimonio en un viaje por toda Europa ¿Tienes para eso? No creo.

—Entonces, solo aceptaste por pena y tuviste que aclararlo un mes después a través de una nota.

No dice nada en ese momento, sostiene su mirada en la mía, tan fría e indiferente.

—Entiende que no quiero estar contigo, David. —Levanta la voz y puedo sentir la frustración en sus palabras. —¿Por qué te empeñas en herirte a ti mismo una y otra vez? Ya te lo dije, no somos le uno para el otro. Yo no soy para ti-

—Amor... —Escucho una voz masculina. En ese momento miro por sobre su hombro, y puedo jurar que mi corazón deja de latir en ese momento. Siento la garganta seca de golpe. En el momento que mis ojos lo enfocan a *él* solo lleva una toalla sobre su cintura y con otra se está secando el cabello. Mi vista de inmediato viaja a la bata de baño de ella y su cabello húmedo. *Él* se detiene, me mira y también se sorprende, pero de inmediato se recompone y dice: —¿Qué diablos hace este idiota aquí?

No presto atención a la pregunta de Henry. Me limito a verla a ella quién ya no puede sostenerme la mirada a mí. Se vuelve a esa persona y dice:

—Él ya se iba…

Escucho la vacilación en su voz y por un par de segundos que sus ojos me enfocan puedo ver una pizca de vergüenza.

—Bien.

Es él quién se acerca a mí, no yo a él. Va a cerrarme la puerta en la cara y él mismo me empuja. Eso es suficiente para mí, le dejo ir mi puño contra su cara haciendo que se caiga de espaldas.

FIN DEL FLASHBACK

CAPÍTULO 42

David

Doy un paso hacia atrás con la cabeza hecha un nudo al igual que mi estómago. Intento mostrarme indiferente y doy media vuelta para sentarme en el sillón y fingir que nada de esto pasó. Es Oliver quién la atiende cuando se da cuenta. Por la ventana logro divisar a Natalie llegando al portón de la casa del caga-billetes.

Solo espero que no haya hurgado en mi vida y sepa quién es esa persona que está afuera.

Miles de recuerdos llegan a mí. Todos aquellos de la época de mi vida que me hace sentir avergonzado. De pronto estoy sumergido en el recuerdo de aquella pelea con el hermano de Oliver por una persona que ni siquiera vale la pena. Escucho que intercambian unas palabras con el caga-billetes y también reconozco la voz de Natalie cuando ya está frente a la puerta.

Entonces ella aparece en mi campo de visión.

—¿Qué sucede? —me pregunta. Niego con la cabeza intentando alejar cualquier pensamiento que me ponga de mal humor, pero me es casi imposible.

—Nada ¿Por qué?

Me toma por sorpresa el hecho de que toma lugar sobre mis piernas. Además, agarra mi vaso de batido de proteína y le da un sorbo.

—¿Ese es el hermano de Oliver?

Okey, no me puse a pensar en que lo más seguro es que él también está aquí. Maldigo mentalmente porque lo más seguro es que va a querer ir a dar órdenes a la empresa, como siempre lo hace, aunque no sepa una mierda.

—Es lo más seguro.

Yo estoy sonando sereno, aunque mi mente es una completa revolución peor que un nudo hecho por un boyscout. Tomo el vaso de sus manos y le doy un trago.

—¿Son amigos? —Casi me atraganto. Natalie no se sabe esta parte de la historia y no pienso contársela tampoco. Al menos no ahora.

Suelto una risa irónica y agradezco que no pregunte más.

—Claro que no. Henry es un esnob. Ni siquiera parece hermano de Oliver, o hijo de la señora Margot quién es una dulzura.

Escucho unos pasos cruzar la sala de la casa del caga-billetes y de pronto me encuentro con la mirada de Henry. Siento el impulso de estrenar mis habilidades de dos clases de Karate con él, pero recuerdo que no tengo necesidad, porque de todas formas corre a su hermano para defenderlo —aunque Oliver sí me va a decir que le dé más suerte—. Escucho la voz de *ella* arriba de las escaleras y él corta el contacto visual conmigo para ver en su dirección.

Sigue su camino y, de nuevo, solo quedamos Nat y yo.

—Oye, pues el tipo no está mal —habla Natalie viéndolo, y yo como que me ahogo con mi propia saliva. Suelta una carcajada y la miro con desaprobación. —No es verdad. Voy a admitir que tú estás hecho un bombón, así que no te llega ni a los talones.

Me quiero reír, pero no lo hago. Me pongo de pie de un salto con toda la seriedad tiñendo mi rostro y llevo a Natalie a arrastres en dirección a la puerta de salida. Quiero irme.

Oliver viene hacia nosotros. Deja salir un suspiro que me indica que tampoco le agrada la

presencia de esas dos personas, pero no hablamos nada, porque ahora hasta las paredes pueden escuchar.

—Te veo mañana, Anderson. —Él asiente. Rasca su nuca con intención de decirme algo, pero no lo hace y se lo agradezco interiormente. No quiero hablar de nada de esto, ni ahora ni nunca.

—Sí, hasta mañana.

Veo que Natalie tiene intenciones de quedarse. Me doy cuenta porque me repite lo del gym y antes de que me convenza la llevo a mi hombro como saco de papas. Suelta un grito agudo que me hace reír.

—David, bájame ahora.

—Pesa más un saco de patatas.

—¿Alguna vez has levantado un saco de patatas?

—No, pero puedo investigarlo en Google y apuesto que pesa más que tú.

Ella comienza a reír y yo sigo mi camino hasta mi casa ¿Me importa que la gente que nos pasa a la par nos quede viendo? Pues no. Justo antes de llegar a mi puerta, mi celular comienza a vibrar, por un momento se me viene a la cabeza que es la persona que miré hace unos minutos. Dejo a Natalie sobre sus pies y vacilando saco mi teléfono cuando lo siento nuevamente vibrar en mi pierna.

—Oye. —Natalie me llama, pero sigo viendo mi celular, aunque intento lo más que puedo prestar atención a lo que dice. —¿Te parece si vemos una película?

—Me parece bien.

Deslizo el dedo por la pantalla y cuelgo la llamada del número desconocido. No me equivoqué, ella es la única que llama de números desconocidos.

—Está bien, solo me cambio y preparo algo.

Le digo que sí. Otra llamada y ni por una milésima de segundo siento ganas de contestar. Entonces casi de inmediato me llega un mensaje de ella:

«¿Podemos hablar? Ir a cualquier lugar o como quieras. Sólo me gustaría que charláramos, tomar una copa o algo…»

No.

Además, no puedo evitar acordarme de lo que no debo y siento pena por mí mismo.

Me llega otro mensaje y siento el terrible impulso de cambiar de número:

«Sólo una charla como amigos… no quiero que te imagines otra cosa»

Cuando entro y me dejo caer en el sillón, pongo el celular a un lado. Me siento estresado y de mal humor.

—¿Palomitas? ¿o sándwich? —Escucho la voz de Natalie a mis espaldas. —También hay helado de chocolate sin azúcar.

—Yo creo que me voy a dormir —le digo, poniéndome de pie. —Estoy cansado y mañana tengo que despertarme bastante temprano. —Tomo mi celular y camino en dirección a las escaleras. —Hasta mañana, Nat.

Ella solo me observa retirarme. Tiene el tazón de palomitas en las manos y casi siento pena por no seguir la rutina de todas las noches. Es que hoy no siento ganas de hacer algo, honestamente. Entonces me regreso y le doy un beso en la frente.

—Hasta mañana, David.

Esbozo media sonrisa y subo los escalones de dos en dos. Al llegar al segundo piso decido apagar el teléfono porque otra llamada me llega y estoy comenzando a molestarme bastante.

CAPÍTULO 43

David

Está demás decir que no logro dormir absolutamente nada.

La alarma suena poco después de haber conciliado el sueño y me remuevo inconforme sobre mis sábanas.

Siento que la cabeza me da vueltas. Algo me dice que hoy no estaré de buen humor.

Lo primero que hago después de abrir los ojos es buscar mi teléfono y encenderlo. Suelto una bocanada de aire al ver que no tengo llamadas perdidas de ningún número y de inmediato llega un mensaje del caga-billetes sobre llegar temprano a la empresa, porque él irá por Alex al aeropuerto.

Pero olvidó mencionar un detalle.

Al llegar a la empresa, *él* está ahí.

Su hermano.

Inhalo aire, lo suficiente como para soportar el hecho de tener que verlo ahí tomando la posición de Oliver cuando él no sabe un carajo lo que está haciendo y me da rabia cuando se presenta en una reunión de socios a corregir al resto cuando ni él mismo sabe de lo que está hablando.

No soy el único que se percata de eso. Por la mirada del resto de los presentes me doy cuenta de que no solo yo estoy a punto de soltar una carcajada, pero nadie dice nada porque es el hijo del socio mayoritario y fundador de este lugar.

Yo no me atrevo a decir algo para evitar problemas con el caga-billetes, aunque sé que él sabe que su hermano no sabe una mierda y compró todas sus notas y su título para decir que se graduó en Negocios.

Después de la reunión intento no cruzarme con él. Soy el primero que deja la sala y no cruzo palabra con nadie que pueda entretenerme, no quiero tener que topármelo en los pasillos o afuera, por lo tanto, me encierro en mi oficina y no salgo.

Escucho la puerta de mi oficina abrirse y casi de inmediato la cabellera pelirroja de Andi es la primera en aparecer, casi voy a maldecir en su nombre cuando veo la pila de papeles que trae consigo y me hace fruncir el entrecejo.

—Dice el señor Anderson. —Detesto que lo llamen «señor» Anderson. —Que necesita que acomodes estos papeles.

Suelto una carcajada irónica. Me pongo de pie y tomo los papeles que trae en manos, paso a su lado cerrando la puerta de golpe, me encuentro a Henry en la oficia de Oliver con una taza de café en manos y leyendo unos papeles. Llamo su atención cuando dejo caer los folios sobre la mesa y me mira enarcando una ceja.

—Ese es tu trabajo por hoy —habla, casi con un tono de ironía, con ese gesto arrogante que me dan ganas de olvidar el lugar donde estoy y qué puesto tengo. —No necesitas hacer nada más.

—¿Se te olvida que yo tengo un puesto más alto que el tuyo en la propia empresa de tu padre? ¿O tengo que recordártelo? Hazlo tú. —Yo soy educado y tomo los papeles para entregárselos en manos. Claro que no los agarra. —Tú sabes que lo de ordenar papeles debería

ser trabajo tuyo, porque te apuesto que es lo único que sabes hacer.

Hay un silencio en la sala en ese momento, de ese tipo que expone cualquier sonido vergonzoso del organismo humano. Se abre la puerta y él mira hacia un punto por sobre mi hombro. Es Oliver. Él nos mira a ambos alternamente, pero ninguno dice algo. Yo regreso a mi oficina, y me quedo ahí el resto del día hasta que mi teléfono me saca de concentración y me percato de que ya debo irme.

Dudo un par de minutos si debo ver el mensaje o no, y tomando una larga calada de aire saco el teléfono de mi bolsillo, pero siento alivio cuando veo el nombre de Natalie y no de la otra persona que no quiero ver. Hasta ese momento me percato de que hoy no he hablando con ella en todo el día.

De: **Constanza**.

«Estoy con Steve ¿Puedes venir por mí?»

¿Steve?

Oh por Dios.

Leo el texto unas cinco veces y me pongo de pie de un salto dejando mis cosas dentro de mi maletín sin importar el orden. No me doy cuenta del tiempo que me toma salir de la empresa y llegar hasta el establecimiento de Steve. Parqueo mi auto y casi estoy corriendo hasta la entrada. Cuando cruzo la puerta la miro, ella está hablando y riéndose a carcajada limpia con el viejo Steve.

Camino en su dirección y en el momento que ambos me miran esbozan una sonrisa, de ese tipo que son mitad cómplice y mitad macabra, de las que no sé si reír o llorar, quedarme o salir corriendo.

—David, mira esto —exclama Steve con un entusiasmo que me aterra. Levanta una hoja de papel y la pone frente a su rostro y de inmediato que mis ojos enfocan mejor la figura, me percato que es un dibujo con la cara de Steve con una gran sonrisa. —Es lo mejor que alguien haya hecho para mí algún día.

Steve admira el dibujo y yo ya me acostumbré a sus trabajos que ni siquiera me fijo en los detalles porque sé que siempre son espectaculares.

—Sólo que Natalie fue amable, ocultó el lunar peludo en tu barbilla —le suelto al viejo Steve. El anciano me mira con desaprobación. Me siento en la banqueta a la par de Natalie quién intenta no soltar una risa.

—Iré a enmarcarla y la colgaré en mi pared —dice, con una alegría que casi desconozco. —Muchas gracias, Natalie. Tienes una artista, David, te felicito. Es la primera vez que te veo elegir bien a una chica.

Me tenso, el viejo Steve se aleja sin esperar mi respuesta y lo observo perderse tras la puerta que da acceso al interior de su establecimiento. No miro a Natalie, siento vergüenza. Sé que Steve hace las cosas a propósito y tengo ganas de lanzarlo por la ventana.

Por suerte, Natalie solo ignora sus palabras. Se vuelve a mí y me extiende una cerveza que, al parecer, acaba de ser abierta.

—¿Aún no tienes tu auto? —pregunto y ella asiente. Toma un trago de la otra botella de cerveza a su lado y vuelve su vista al papel que tiene sobre la barra.

—Sigue en el taller —habla, y comienza a garabatear en la hoja blanca y de pronto me invade la curiosidad por saber qué hace.

—Al parecer necesitas uno nuevo —menciono, ella suelta una risa y niega con su cabeza mirando en mi dirección.

—Hay personas que no nos podemos dar ese tipo de lujo, David. —La escucho decir. —

Tengo un apartamento que pagar, cuentas que costear por mí misma, deudas, y sabes lo caro que resulta en este sector de la ciudad.

No digo nada al respecto, la observo atentamente mientras sigue concentrada en el papel, ni siquiera menciono el hecho de que puedo ayudarle a pagar parte de eso, porque la conozco lo suficiente como para saber que no va a aceptar mi ayuda.

Todavía estoy esperando el día que se dé cuenta de que ya no tiene deudas.

—¿Aceptarías un auto de mi parte?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero estar en deuda contigo, David.

—Pues yo no te estoy cobrando.

—De nuevo, no; pero te agradezco el gesto.

No es mi intención comparar a Natalie con esa persona de mi pasado, pero no puedo evitar pensar lo diferente que es, no solo física, sino emocionalmente. Es, de hecho, diferente a cualquier mujer que haya conocido.

—Apuesto que puedo beber más cerveza que tú. —La escucho hablar, haciéndome volver en sí. Me percato de sus palabras y ni de coña vuelvo a hacer una apuesta con ella.

—¿Qué? No, ni lo pienses ¿Qué será esta vez? ¿Raparme la cabeza?

Natalie suelta una carcajada y en ese instante Steve se aparece con dos botellas de cerveza más y la pone frente a nosotros.

—¿Qué vamos a celebrar, Steve? —le digo tomando la botella, porque ni por salvación de mi espíritu la desperdicio; y pienso, que tal vez Steve quiere emborracharme para después verme hacer estupideces.

—Me voy a casar —suelta de golpe, escupo el trago que hace un momento había tomado y cae sobre mi pantalón. —En unas semanas, así que ve preparando tu traje.

—Steve ¿es en serio? —Miro sus ojos, tiene una sonrisa de oreja a oreja y asiente efusivo, yo solo pienso que en la luna de miel precisamente no se va a hornear pastelitos.

—Dijo que sí.

—¿Ah?

—Sí, no lo sé, ni siquiera preparé un discurso, solo le dije lo que se me ocurrió en ese momento. Flor se entusiasmó por completo.

—¿Y qué le dijiste exactamente?

—Que me ahogué en un océano llamado mujer, pero que estaba más que encantado. —Toma un paño y comienza a limpiar la barra que nos separa. —Se lo dijo a sus hijos de inmediato y se emocionaron todos.

—¿Tiene hijos?

—Y diez nietos, me encanta, perteneceré a una familia grande. —Steve tira de la banqueta frente a él y se sienta frente a nosotros. —Le dije que yo no tengo hijos, pero que tú eras lo más cercano a uno, serás mi padrino.

—Guau, gracias, qué honor —hablo enserio, miro que la sonrisa suya se ensancha y casi puedo ver un rastro de lagrimilla en su ojo. —Pero Steve, acabas de tener tu cuarta cita.

—Cuando sabes que esa es la mujer correcta, no necesitas más citas, David.

Natalie suspira y yo quiero reírme por las cursilerías de Steve.

Dejamos a un ilusionado Steve y caminamos por el parqueo hasta el auto, en silencio, hasta que a Natalie se le ocurre romperlo y decir:

—A ti no te importaría que salga con alguien más, ¿cierto? —Su pregunta me toma por

sorpresa, casi me hace congelarme en el lugar, yo... emm... no... ¿Cuál era la pregunta?

—¿Qu... —Me aclaro la garganta —¿Qué? Por supuesto que no.

—Okey.

—¿A ti sí? —Intento que la pregunta suene burlesca y socarrona, pero en realidad suena desesperada y yo quiero pegar mi frente contra el pavimento por hacer preguntas estúpidas que no quiero saber la respuesta.

—No. —Suelta una pequeña risa. —¿Por qué debería?

Silencio.

Más silencio hasta que llegamos a mi auto y le ayudo con la puerta del lado del copiloto. Me deslizo de mi lado frente al volante y pongo el vehículo en marcha. Ninguno habla más durante el camino. Suena una canción, tres, cuatro, ocho canciones y ninguno de los dos comenta nada, ni siquiera para hablar tonterías o tararear canciones.

El motor se apaga una vez que estamos en la cochera y nos quedamos aquí sentados, con la oscuridad de la noche cubriéndonos.

—Me mudo el próximo fin de semana. —La escucho decir, siento que un nudo se me forma en la garganta, pero intento sacarlo de mi interior lo más pronto posible.

—Está bien, solo avísame para ir contigo, me gustaría acompañarte.

Es casi un milagro que me diga que sí.

Ella baja primero y yo lo hago seguido. Estoy sacando mi celular y me asombra que las llamadas del número desconocido pararon. Voy a dejarlo de nuevo en su lugar cuando una figura frente a mi casa me llama la atención.

Natalie detiene su paso y esa persona de inmediato se pone de pie del escalón en el que estaba. Mira a Nat con cierta impresión. Ambas me miran a mí y yo solo tengo mis ojos puestos en ella.

Oh, Dios mío.

CAPÍTULO 44

David

De pronto siento como si mis pies se congelan en el lugar.

No sé cómo reaccionar ni qué decir o hacer, mucho peor cuando mi vista baja a su vientre y está lo suficientemente abultado como para saber que eso no es producto de tan solo una buena cena en Burger King.

Natalie también mira su vientre y ella nos mira a los dos, cuando Constanza lleva su mirada a mí, veo esa expresión en su rostro de no saber si matarme o salir corriendo. No sé por qué siento el impulso de aclarar las cosas, pero antes de que pueda hablar y defenderme, la persona frente a nosotros interrumpe:

—¿Quién es ella? —Lo que se suponía que fuera una pregunta cordial, ha sonado más bien como un reclamo, uno de esos que ha puesto tensa a Natalie y a mí me ha cabreado mucho más, sé que no es su intención decir precisamente esas palabras de esa forma porque la conozco lo suficiente como para saber que así de demandante es ella todo el tiempo.

Natalie la mira y luego a mí, sin saber qué decir, intenta adivinar la respuesta en mi rostro de seguro, pero yo no tengo ganas de contestar, porque no tengo ganas de explicarle de mi vida privada cuando estoy preocupado, concentrado en esa zona que sobresale de su ajustado un vestido.

—Soy su hermana. —Natalie interrumpe de pronto, lo que me hace desviar la concentración del problema frente a mí y enfoco a mi esposa de mentira.

—¿Su hermana? —menciona esa persona frente a nosotros. Quién ya quitó la expresión de mero arrepentimiento, estoy seguro de que actuado, para mirar a Natalie como si fuera verdad que en realidad tengo otra hermana.

—Sí, nuestra madre ficticia se cogió a dos tipos diferentes y por eso no somos genéticamente iguales —le digo yo. —¿Qué diablos haces aquí, Caroline?

—Yo...

—¿Es tu hermana? —me pregunta Natalie y casi puedo ver el alivio en su mirada por la forma que su cuerpo se relaja, pero no digo nada porque mi cabeza está dando vueltas en este momento, casi me siento como la niña del exorcista.

—Te dije que si salías por esa puerta no volvieras —le digo a Caroline, ignorando la pregunta de Natalie—. Y... además. —Señalo su vientre—. No esperes que yo me haga cargo.

—Fue un accidente.

—¿En serio? ¿Caíste de unas escaleras sobre el pene erecto de un tipo desnudo? Porque si no fue así entonces déjame decirte que no fue ningún accidente...

—David. —Natalie, me da un codazo fuerte, según ella, disimulado, pero que casi me saca el aire de los pulmones. Vuelvo mi vista a ella y voy a quejarme cuando Caroline interrumpe:

—¿Es tu novia?

—Soy su futura ex esposa.

—¿Tu futura ex esposa?

—Sí —espeto, ya molesto por la situación—. Si no te hubieras ido con ese tipo que podría ser tu padre te dieras cuenta de que me casé y ahora me estoy divorciando. Y muchas otras cosas

que no pienso hablar contigo.

Paso a la par de ella y escucho los pasos de Natalie detrás de mí, cuando subo las gradas y estoy lo suficientemente cerca de mi puerta para encerrarme y no volver a ver atrás, Nat toma mi antebrazo y de un tirón me hace ver en su dirección.

—No vas a dejarla aquí, mucho peor en ese estado.

—Yo no le dije que se embarazara...

—David...

—Tampoco le dije que se fuera con aquel sujeto que apuesto ahora tiene la edad de Steve.

—Eso no es verdad, solo era diez años mayor que yo.

—¿Era?

—Es que el padre es otro ¿Recuerdas a Keith?

Ay, no. Su noviecito metalero que saqué varias veces de aquí.

—¿Qué rayos? ¡Te puedo asegurar que hasta el día de hoy ese tal Keith ni siquiera tiene un empleo!

—¡Sí tiene! O tenía.

Me va a dar algo.

Me quedo un rato intentando no reaccionar de forma que no debería. Entonces comienza a hablar, algo de Keith, de la universidad, que lo aceptaron no sé a dónde… bla, bla, bla. La escucho, pero finjo que no y pretendo que no está aquí. Entonces me vuelvo a Natalie:

—¿Sabes qué pasó con ese tal Keith? Un día quise retener a Caroline, porque quería irse a fumar marihuana a un concierto de rock, y terminé en la cárcel por culpa de ese pendejo.

—¡Lo golpeaste! Y no íbamos a fumar marihuana.

—¡Ah sí! ¡Y yo nací ayer! Y sólo fue un pequeño golpe en el ojo derecho. No pudo ni con un golpe ¿Crees que va a poder con un bebé?

—¿Un golpe en el ojo derecho? ¡Ibas a arrollarlo con tu auto!

—Él dijo que no necesitaba ir a la universidad. Quería mostrarle que el doctor que lo atendería en el hospital es alguien que sí fue a una universidad.

—Ya basta —espeta Natalie y dejo salir un suspiro por lo absurda que es esta escena. Solo quiero entrar a mi casa y meterme entre mis sábanas, olvidar el caos en el que se convirtió mi vida de hace un tiempo para acá.

Al menos antes de que se acabe el poco de cordura que me queda.

—Yo solo quería…

—No, Caroline. Es lo que tú querías tú ¿No? Que yo desapareciera de tu vida, que no me metiera en tus decisiones. Que ya no eras una niña y bla, bla, bla. Ya verás que haces tú con tu «accidente».

Caroline se suelta a llorar, maldita sea. Me masajeo la sien e intento calmarme buscando paz en mi interior que no encuentro por ningún lado.

—Yo tengo un apartamento. —Escucho hablar a Natalie con la voz temblorosa, bajando las gradas en dirección a Carolina. —Apenas tiene unos cuántos muebles, pero puedes sobrevivir con eso. Yo me iba a mudar hasta el fin de semana, pero puedo hablar con el dueño del edificio y decirle que puede iniciar el contrato a partir de hoy. Puedes quedarte ahí mientras tanto.

—Natalie, por favor. Ella tiene que aprender que no todo en esta vida es tan fácil como cree, que todo trae consecuencias y esta es la consecuencia de lo que hizo.

—David, cállate —me dice Nat y lo hago, pero no porque me lo ordene, si no, porque estoy molesto, tan molesto que puedo soltar palabras que no deba y aprieto mis labios en una raya recta para no salirme de mis estribos.

—Lo lamento, lamento mucho esto. —Escucho a mi hermana sollozar. Sé que a Natalie sí la convence, pero a mí no. Yo sí sé lo manipuladora que es. No digo una palabra, Natalie va hacia ella, se quita el abrigo y se lo pone sobre los hombros, pero yo no soy Natalie, así que de alguna forma Caroline va a entender que nadie está ahí para limpiar sus cagadas. —Voy a trabajar, solo necesito un lugar para quedarme mientras encuentro otro.

—Por Dios, Caroline —suelto irritado. —Acabas de cumplir veinte años, no terminaste la universidad y este idiota ni siquiera pisó una ¿Cómo pretendes mantenerte en esta ciudad, con un bebé y un salario de camarera?

—No era lo que yo tenía planeado.

Caroline vuelve a llorar. No sé si hartarme o creerme la actuación, pero es que yo tampoco soy tan imbécil, sí tengo un corazón y tengo ganas de pegar la frente contra la puerta hasta quedarme inconsciente y olvidarme de este momento.

—David, préstame tu auto —me habla Natalie. A este punto ya ni siquiera sé que hacer. Está frío, oscuro y parece que va a llover. —Lo siento, pero yo no pienso dejarla aquí afuera. —Como yo no le doy las llaves, agrega: —David, por favor.

Como ya dije, yo tampoco soy tan pendejo como para dejarla afuera. Tampoco puedo permitir que Natalie pague demás en su apartamento nuevo solo por culpa de mi hermana. Además, Caroline no vivía cerca, así que me imagino que viajó no sé cuántas horas y cargando un bebé en su vientre.

Aunque yo le dejé claro una vez, que si volvía aquí arrepentida, era muy probable de que yo ya no estuviera.

—No... yo... no... quiero. —Caroline niega con su cabeza y se aparta de Natalie limpiándose el rostro. —Este fue un error, yo...

—David, es tu hermana. No puedes portarte así.

—Es que no lo entiendes —digo con frustración. Natalie resopla, se envuelve la bufanda alrededor del cuello y veo sus intenciones de irse con ella.

—Voy a pedir un taxi.

—Ella es la que quería ser adulta ¡Yo me encargaba de todo! De su universidad, sus gastos, ella solo tenía que pasar las materias, Natalie. ¿Y qué hizo ella? Tomar ese dinero para irse con un tipo mayor y que resulta que ahora el padre de su bebé es otro pendejo que tampoco sabe qué es lo que está haciendo ¿Ahora quieres que simplemente deje pasar su error? ¿La deje entrar a mi casa y yo me haga cargo de las consecuencias de sus decisiones? Porque sé que eso es lo que haces aquí, Caroline.

—No es verdad —dice, en medio de las lágrimas. —Sí cometí errores y lo reconozco, solo quiero un poco de apoyo mientras me estabilizo en otro lugar y eres la única persona que tengo, David, y lo sabes.

Más lágrimas. Desgraciadamente es verdad. De nuestra familia solo nos tenemos el uno al otro. Natalie parece furiosa y tiene la mirada puesta en mí. Simplemente se da la vuelta y se va, recuesto mi espalda sobre la puerta y cierro mis ojos con fuerza. Cuando los abro, las dos están caminando a la salida.

—Ninguna de las dos va a ir a ningún lado —La llovizna comienza a caer y pronto se van a empapar. Tampoco quiero a Natalie relacionada con ella, ni a ella con Natalie. —Vamos, entren.

Natalie duda por un momento, la conozco y sé que ella no se quedaría, pero sé que Caroline sí lo va a hacer, porque no importa lo fuerte que le hables siempre va a preferir lo más fácil, es lo que hace. Caro se encamina en dirección a la puerta y Natalie regresa con ella. Mi hermana toma su maleta que tenía cerca del jardín, pasa a la par mía cabizbaja luego que abro la puerta y se

detiene en la sala sin saber hacia dónde ir, como si fuera la primera vez que ha estado o no sepa si pedir permiso para subir.

—El cuarto del que antes te adueñabas le pertenece a Natalie por ahora, es el único que está amueblado.

—Pero puedes tomarlo si gustas. —Natalie me interrumpe, entrando por la puerta, dedicándome una mirada de desaprobación—. Yo puedo dormir en cualquier lado si así lo deseas.

—No, está bien. Puedo tomar el sofá —contesta ella, aún limpiando su rostro de cualquier rastro de lágrima y deja su maleta en mitad de la sala.

—En ese estado no puedes dormir sobre un sillón.

—Quédate en el cuarto de Natalie. Ella se quedará en el mío.

Caroline nos mira alternadamente, tal vez preguntándose miles de cosas que no se atreve a cuestionar en voz alta, pero sé que lo va a hacer en un futuro cuando no esté tan enojado con ella y ya esté en confianza con Natalie, porque sé que va a hacerlo, así que mejor me adelanto:

—Yo voy a dormir en el sofá cama. Así que siéntete como en tu casa. —Claro que eso último se lo dije con ironía. Me limito a seguir mi camino y escucho los pasos de Natalie detrás, le desea buenas noches a Caroline y llega hasta mí.

—Te creí más humano, David.

—Tú no tienes ni idea, Natalie.

Se da la vuelta y me deja hablando solo. Quiero pegarme en la frente de nuevo contra la puerta, no quiero pensar en nada por ahora. Tomo mis cosas y me voy al sofá en completo silencio y me encierro en la habitación del fondo para dejarme caer sobre el jodido sillón que está más feo que yo en mi adolescencia.

Intento dormir mientras me concentro en que mañana será un nuevo día.

Y una mierda.

Al día siguiente me estreso más de lo que estoy cuando descubro que Caroline tiene una deuda de diez mil dólares. Casi quiero gritarle cuando me lo dice y si no es por ese bebé que lleva dentro la saco de mi casa ahora mismo.

—¡Necesitaba un auto!

—¿De diez mil dólares? ¿Sin tener un trabajo?

—No lo pensé en ese momento. —Suelto una risa irónica, «como todas las cosas que haces» pensé.

—¿Y dónde está ese maldito auto?

—Lo choqué y Keith tuvo que venderlo así porque no teníamos dinero para repararlo.

—Entonces que lo pague él.

—Está a mi nombre, David.

—¿Y qué hay del restante? ¿De lo que cobró por el auto chocado?

—Lo perdimos en una apuesta. —Oh por Dios. Juro que me va a dar un derrame cerebral conviviendo con esta mujer, como si no fuera suficiente lidiar con los problemas de mi día a día ahora viene mi hermana a causarme más caos.

Debí suponérmelo, no debí dejarla poner un pie dentro de mi casa, intuía lo que se me avecinaba y ahora, no sé qué diablos voy a hacer con esto.

—Pues yo no voy a pagar un auto que no pudo pagar ese idiota de tu novio.

—¡Qué ya no es mi novio!

—¿Lo ves? ¿Esa es la vida que querías? ¿Una deuda, un bebé en camino y madre soltera a los veinte?

Y llora otra vez.

Culpa a las hormonas y Natalie me culpa a mí.

Estoy a punto de perderme en una isla y no volver. Después de escuchar su llanto por media hora tuve que ir a pagar el maldito dinero. Dice que va a pagarme, pero yo sé que esa es una más de sus mentiras, no tiene ni dos dólares en el bolsillo.

No vuelvo a mi casa ese día y me quedo en un hotel cerca de mi hogar, a las diez de la noche tengo unas diez llamadas perdidas de Natalie que decido ignorar a propósito, y al día siguiente tengo un ramo de rosas rojas sobre el escritorio de mi oficina y me siento como una novia berrinchuda cuando leo la nota que dice que provienen de Natalie.

—¿Qué mierda? —Es lo primero que digo justo cuando descuelga el teléfono. Escucho que se ríe, murmura algo a alguien y segundos después una puerta abrirse.

—¿Así que las recibiste? ¿Y bien? ¿Te gustaron? —Resoplo y miro el ramo de rosas rojas con mala cara.

—Claro, si tuviera dieciséis años y una vagina. —Natalie suelta una risa y yo me río con ella, paso la mano por mi rostro desprendiéndome un poco de la frustración que he venido cargando estos días.

—Las rosas son lindas a cualquier edad, David. No sólo a los dieciséis. —Casi siento eso como una indirecta. Tal vez debería enviarle rosas yo también con la excusa perfecta que ella las ha enviado primero y es mi forma de agradecer.

—¿Las rosas rojas son tus favoritas? —Escucho el sonido de algo metálico que mueve del otro lado de la línea mientras espero su respuesta. Casi me olvido que ahora en su nuevo trabajo es muy probable que no tanto tiempo libre como el anterior. —¿Estás muy ocupada?

Más ruido hasta que finalmente contesta:

—Un poco.

—¿Entonces, te parece si te llamo después? —Me dice que sí, entonces cuelgo mirando mi teléfono celular y me decido que sí, voy a enviarle flores. No tengo idea de cómo hacer esto. Me pongo de pie para extraer la tarjetita y ahí está la información sobre la floristería. Llamo al número que aparece ahí y mientras espero ser atendido me pongo de pie para ir a por un café.

La amable mujer al otro lado de la línea, me dice todos los pasos que debo seguir. Y cuando mi pedido está listo, ya estoy vertiendo un poco de café dentro de una pequeña taza. Ella habla algo antes de despedirse, pero no puedo poner atención, porque en ese momento veo el periódico frente a mí, de inmediato lo tomo cuando llama mi atención el título y me aterra ver mi nombre en él.

CAPÍTULO 45

David

Tomo de inmediato el pliego de papel, dejando la taza sobre la mesa para ver mejor la atrocidad escrita en esta cosa. Mis ojos viajan por cada una de las letras impresas y me toma unos tres intentos de lectura entender todo esto y percatarme de la gravedad del asunto, y lo peor de todo es que lleve mi nombre en él.

«El matrimonio arreglado entre Alexandra y Oliver Anderson».

«David Schmitt, gerente general de la revista *Anderson* aseguró este pasado viernes que el joven magnate contrajo matrimonio con su secretaria, Alexandra Carlin, para no perder la presidencia de la revista, luego de que su padre amenazara con quitarle el puesto por no llevar una vida formal...».

Qué hijo de p….

Odio la prensa amarillista, odio todo lo que me incluya a mí en chismes de cuarta y pienso quién mierda pudo haber dicho algo así e incluirme en esta cosa. Ahora tengo que hacer una maldita rueda de prensa y negar todo esto públicamente, malditos reporteros aburridos que no tienen una mierda que hacer.

Intento tranquilizarme, camino de regreso a mi oficina con el periódico en manos mientras pienso quién pudo haber dicho algo así e incluirme, tengo que hablar con Anderson antes que este rumor se esparza por todos lados porque esto puede hundirnos, no sólo a él, también a mí… porque si llega a oídos del señor Anderson… necesito llamar a mi abogado y demandar al periódico y a las personas involucradas, en ese momento saco mi celular de mi bolsillo justo al llegar a mi oficina y antes de alcanzar mi escritorio observo por el ventanal el bulto de reporteros en la entrada de la empresa.

Oh por Dios.

Tengo que solucionar esto ahora, voy a ir en dirección a la oficina de Oliver cuando una llamada entra en mi celular, una llamada del mismo número que he ignorado todo este tiempo y lo dejo de regreso en mi bolsillo porque no es el mejor momento, no sé qué tiene ella con aparecer en el momento menos indicado, pero en tan insistente que me hace detenerme a mitad del pasillo y cerciorarme que en realidad miré bien número y no es el de otra persona en particular. De inmediato que el teléfono está en mis manos la llamada se corta y agradezco interiormente cuando me doy cuenta que sí es ella, pero antes de dejarlo de nuevo en mi bolsillo, el aparato vuelve a sonar esta vez anunciando un mensaje de texto. No dudo ni un minuto en revisar lo que contiene y sus palabras me revuelven algo por dentro.

«Sé quién ha hecho esto. Sé que tal vez no quieras contestarme, pero sobre esto era lo que quería hablar contigo el otro día»

El texto definitivamente llama mi atención, me quedo viendo la pantalla del teléfono por un largo rato hasta que finalmente me decido en contestar porque por un momento en mi cabeza se pasa Henry, nadie quisiera jodernos más que él, estoy tecleando mi respuesta nada agradable cuando un nuevo mensaje invade mi pantalla.

«No estoy segura si han sido ellas, pero puedo averiguarlo, tengo contactos dentro de…

No sigo leyendo el mensaje, porque mis ojos se han detenido en la palabra «ellas», borro

todo lo que había escrito y me parece mejor llamarla, en estos momentos no estoy para pensar que debería tener un poco de raciocinio e ignorarla porque necesito saber de qué habla.

Toma unos tres tonos que ella finalmente conteste la llamada y luego de eso hay un silencio, un silencio de parte de ambos que no me atrevo a romper, hasta que escucho su voz del otro lado de la línea.

—Hola —me dice, luego de algunos segundos, tenía años de no escuchar nada de ella que hasta había olvidado ese tono meloso y suave en su voz, me aclaro la garganta para continuar:

—¿De qué estás hablando, Brittany? —Otro silencio seguido de esa pregunta, escucho un ruido del otro lado de la línea y seguido de eso, una puerta abrirse. No dice nada por otro rato más, hasta que finalmente la escucho:

—Lo siento. David, no estoy en un lugar en el que pueda hablar de eso.

—¿Qué es lo que sabes? —Le interrumpo, quiero dejar claro que el único motivo por el que hablo con ella es este, no quiero su amistad, ni escuchar su voz, ni querer entablar una conversación con ella. Quisiera decírselo, pero ahora hay una información en juego.

—Deberías preguntárselo a tu asistente. —Su frase se repite en mi cabeza una y otra vez, mi asistente… Andi… por instinto levanto la mirada hacia un grupo de personas trabajando a unos metros de donde estoy, entre ellos está Andi dejando unos papeles, en ese instante me observa y de inmediato, baja la mirada de nuevo a los folios en sus manos—. Lo repito, no estoy en un buen lugar para hablar de ello, David.

Toda mi atención está centrada en aquella pelirroja, meditando sobre si en algún momento le comenté algo sobre Oliver y su matrimonio arreglado. Pero estoy seguro que no, no lo hice, ella debió sacarlo de algún lado, tiene acceso a todos mis archivos y estoy seguro que se las ha ingeniado para conocer mis claves.

—¿Cómo lo sabes? —Quiero convencerme de que tal vez sea una jugada suya, pero también conozco a Andi lo suficiente y voy en su dirección antes de que se retire y perderla de vista, porque sé cómo trabaja y lo que es capaz de hacer.

—Ellas vinieron a mí…

—¿Ellas?...

—David, no estoy en el lugar correcto para tener esa charla.

Cuelgo sin despedirme, porque ya estoy lo suficientemente cerca de Andi como para pensar en ser educado. La tomo del antebrazo y la giro hacia mí en ese momento, aunque esté rodeada de personas y miro que lo que hacen es cotillear sobre la noticia en el periódico.

Al verme, todos vuelven a sus labores, fingen que no han dicho nada al respecto y Andi simplemente intenta despistarme dándome una sonrisa y unos papeles. Como dije, la conozco lo suficiente como para saber que ella no me dedica una sonrisa cuando me mira o es que estoy comenzando a ver cosas donde no las hay por la información que creo que sé justo ahora.

Le pido que vaya conmigo y puedo ver la pizca de preocupación en su cara que intenta maquillar lo mejor que puede. Camina detrás de mí, escucho el sonido de sus tacones y abro la puerta de la oficina haciendo que pase primero para yo ir tras ella. Saco mi teléfono celular y le envío un mensaje a Brittany, uno sobre la información que me dijo que podía conseguir y de inmediato contesta que lo hace enseguida.

—¿Por qué lo hiciste? —Le pregunto a Andi. Sus caderas estás recostadas en el escritorio de mi oficina viendo el periódico que encontré en la cafetería. Finge asombro y lo hace muy bien.

—Yo… ¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Llevo mi vista a sus ojos, puedo ver el nerviosismo por los movimientos torpes de sus manos y el tamborileo de uno de sus pies sobre la

alfombra—. Ven, recordemos viejos tiempos.

Se sube al escritorio y suelto una risa sarcástica, ella toma mi corbata y tira de mí, me alejo lo más que puedo. Quiero gritarle y quiero gritarme a mí por ser tan estúpido y enredarme con una mujer como esta.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto con voz más alta, haciendo que Andi se estremezca. No puedo creer esto, juro que si fue ella… —¿Qué es lo que pasa contigo?

—Yo… yo no sé de qué me hablas…

—Sí lo sabes y lo sabes muy bien. —A este punto no soy consciente de mi tono de voz, pero sí soy consciente de que en cualquier momento puedo comenzar a tirar todo aquí si logro sacarle algo de su participación en este acto.

—Que no ¿Qué clase de persona me crees? —Sus ojos se humedecen, suelta una lágrima cuando se baja del escritorio y la limpia de inmediato de su mejilla— ¿Qué te hace pensar que yo haría algo así?

Eso me confirma que sí sabe de qué estoy hablando, ya no necesitaría ni siquiera pruebas para darme cuenta porque simplemente se ha delatado sola.

—Porque te conozco lo suficiente, Andi. Sé de lo que eres capaz de hacer en contra de las personas cuando algo no sale como quieres. —Lágrimas siguen escurriendo de sus ojos y por un momento mi posición pierde fuerza, porque aún no tengo nada confirmado, no sé si en realidad si Brittany quiere desviar mi atención del verdadero culpable y me parece que ella sí se involucraría en algo así.

—Yo no… David, no tengo nada que ver en esto, te lo juro… —Su voz se corta, comienza a llorar y no digo nada más porque la verdad es que no tengo nada seguro contra ella. Mi enojo contra su persona merma al verla en ese estado y, al mismo tiempo, quiero reprenderme por dejarme manipular tan fácil por sus lágrimas.

Oliver entra a la oficina, veo la furia en sus ojos y eso hace que algo en mi interior se active, algo me dice que esto lo ha afectado lo suficiente como para tomarme de las solapas de mi traje y lanzarme contra la pared sin dejarme terminar la frase sobre mi inocencia en este caso.

—Oliver. ¡Joder! te estoy diciendo que no fui yo. Estoy intentando averiguar quién ha dicho eso. —No sé en qué tono dije eso, pero la garganta me duele. La forma que Oliver me mira me hace pensar que mi mejor amigo está desconfiando de mí, cuando yo nunca le he dado el mínimo motivo. Puedo pensar que la presión de la situación lo ha hecho nublar su mente, pero no puedo evitar una punzada de rencor que me atraviesa el pecho, porque yo no dudaría así de alguien tan cercano a mí y me molesto, con toda esta situación, con Andi, con él.

Alex tiene que separarlo de mí, porque él no pensaba hacerlo, aún no quita su mirada de mi persona cuando ella lo está arrastrando lejos. Lleva sus manos a su cabeza en un gesto que denota frustración, impotencia. Y yo solo comienzo a marcar números en mi teléfono y desquito mi ira con Andi.

—Te juro que si tú tuviste algo que ver te haré la vida imposible. —Me siento un completo idiota por gritarle sin saber en realidad si ella ha sido o no. Pero en estos momentos no estoy para pensarlo, todo esto va a causarme una crisis de ansiedad y juro que si ha sido ella no la perdono.

Hablo con mi abogado, con los del periódico. Oliver se retira con Alex y yo le digo a Andi que se vaya, que no quiero verla el resto del día. Ella lo hace. Me siento en mi escritorio y me quedo ahí por bastante tiempo, viendo hacia un punto fijo, pensando en todo lo que me ha sucedido últimamente y me pregunto qué he hecho mal para merecer todo esto.

Tengo una llamada de Natalie, pero decido ignorarla, porque no quiero hablar sobre esto y sé que ella va a comentarlo, no quiero hablar con nadie tampoco, quisiera desaparecer por unos

instantes y la puerta de mi oficina se abre, es el señor Anderson y siento como mis órganos internos se estrujan con fuerza.

—Ven conmigo —habla y obedezco, porque siempre que él habla lo hace de una forma tan calma que de igual manera tiendes a hacer lo que dice. Me pongo de pie de inmediato y camino tras él en silencio hasta llegar a su oficina, donde está su otro hijo quién tiene ese porte egocéntrico de pie viendo hacia la ciudad por el ventanal. Al escucharnos se gira hacia nosotros y el señor Anderson le pide que se retire a lo que él asiente, con ese aire de suficiencia, agradezco que se pierda de mi vista.

—Señor Anderson, yo… —No dejo que hable, pero él tampoco me deja terminar, de inmediato alza su dedo índice indicándome silencio y hace un gesto de negación con su cabeza.

—Es el último día que pones un pie en esta empresa —me habla y mi corazón deja de latir, me siento desesperado, quiero gritar en este momento porque no se puede acabar todo así de la nada solo por una nota de prensa.

—Señor Anderson, le juro que yo no tuve nada que ver. Usted más que yo conoce a la prensa…

—¿Pero lo sabías? —Me interrumpe. No puedo mentirle, asiento con pesadez y bajo la cabeza porque sé que no hay nada que hacer, porque todo está perdido y solo quiero devolver el tiempo—. Es todo, te quiero fuera.

El caga-billetes entra a la oficina en ese instante, y le dice lo mismo que a mí, se lo toma igual que yo e intenta negociar con él la posibilidad de quedarnos aquí, pero es imposible, él se siente traicionado y a decir verdad, yo también. El señor Anderson se retira después de decirnos que mañana quiere las oficinas de ambos desalojados, cierra la puerta con fuerza, Oliver y yo no decimos una palabra, solo miramos hacia un punto y siento que la sangre me hierve por dentro. ¿Qué voy a hacer ahora…?

—El que hizo esto me las va a pagar, juro que sí. —Me retiro, vuelvo a mi oficina cuando de inmediato me llega un mensaje de texto, de Brittany. No dudo ni dos segundos en abrirlo y ahí está todo lo que necesito, maldita Andi y me sorprendo que hay otra persona que ni conozco detrás de esto. Le agradezco y se lo hago saber, pero no pregunto más, no pregunto cómo lo ha conseguido o como sabía esto, solo me dedico a ver el correo y recién me entero que es una mujer con quién Oliver estuvo ligado hace un tiempo, antes de Alex supongo, así que no es solo mi culpa que estemos en esta situación.

Voy camino en dirección a la oficina de Oliver, sosteniendo mi teléfono en mi mano con fuerza y él va saliendo de ahí sosteniendo su teléfono contra su oreja. Intento alcanzarlo y cuando lo hago miro sus ojos cristalizados, pero parece no importarle mi presencia.

—Oliver, ya sé quién está detrás de todo esto… —No me deja terminar, de inmediato me interrumpe sin despegarse del teléfono.

—David, por favor, avísale a Natalie que el padre de Alex acaba de morir. —Por un momento pienso que tal vez sea una broma, pero al ver su gesto y expresión no me queda más que asentir—. Estoy seguro de que ella querrá verla ahí.

Saco mi teléfono celular para hacer lo que me indica, ni siquiera sé cómo dar este tipo de noticia así que cuando ella descuelga y me pregunta si todo está bien, lo primero que le digo son las mismas palabras que Oliver mencionó.

No sé su reacción, pero su entusiasmo no es el mismo que cuando contestó la llamada, no dice más, se despide y cuelga. Comienzo a guardar mis cosas, porque ya no tengo nada que hacer aquí ni hoy, ni mañana, ni nunca más. Me siento devastado y me quedo pensando en qué haré con Andi porque sé que esto no puede quedarse así. Al llegar a casa, me encuentro con el otro

problema llamado Caroline, quién de inmediato al verme llegar se pone de pie de un salto y toma la aspiradora.

—¿Estás bien? —me pregunta, al verme llegar con las cajas de la empresa.

—Me quedé sin empleo y ahora no sé qué carajo vamos a hacer.

Ella no dice nada o no la dejo contestar, porque de inmediato subo directo a mi habitación y ahí me sumerjo entre mis sábanas intentando olvidar la mierda de día que tuve hoy y pensando en qué haré mañana, qué haré con Caroline y qué voy a hacer hasta que encuentre otro empleo.

Pienso en llamar a Natalie, no sé por qué siento que su voz de cierta forma me reconfortaría, aunque no sé si sea un buen momento, es posible que su amiga la esté necesitando más que yo. Mejor me decido por hacerlo más tarde y saco el teléfono de mi bolsillo al escuchar que ha llegado un mensaje, me sorprende ver el texto de aquella persona invadir toda la pantalla del aparato y pienso unos varios segundos antes de enviarle mi respuesta.

«¿Estás bien?»

Casi me quiero reír con ironía y enviarle mi respuesta más sarcástica, pero no voy a mostrarme derrotado frente a ella. Por lo cual, mi simple respuesta es:

«Sí, gracias»

Pasan un par de minutos y no contesta, en ese momento me reprendo interiormente porque ella fue la persona que me ayudó en esto, de no ser por ella justo ahora estuviera tirándome de los pelos sacando conclusiones estúpidas que no me llevarían a nada. Vuelvo a tomar mi celular, que había dejado a un lado sobre la cama y me decido por intentar hacerle algo de conversación.

«Lo lamento, ¿ahora sí puedes decirme cómo sabías eso?»

Pasa solo un instante cuando nuevamente su mensaje está en la pantalla de mi celular.

«No puedo hablarlo por teléfono. Estoy en la ciudad ahora, ¿Te apetece ir por un café?»

No voy a mentir que sí pensé negarme, correr de ahí y no volver a ver atrás. Pero en parte, siento que le debo un favor e intento alejar cualquier pensamiento del pasado, cualquier cosa que me haga querer odiarla de nuevo, pero sí, será la última vez que acepto una oferta de su parte y se lo dejaré claro, esto no es una charla de amistad, es solo de cortesía y casi quiero cortarme los dedos por lo siguiente que escribo.

«¿Dónde te veo?»

CAPÍTULO 46

David

Tamborileo mis dedos sobre la mesa de madera frente a mí, mientras espero a la persona que me citó a este lugar, no voy a mentir que me vi tentado en volver a casa dos veces mientras conducía, fingir una enfermedad grave, una obstrucción intestinal o una apendicitis, cualquier cosa que requiera quirófano urgente y si fuera posible fingir mi muerte; todo con tal de no tener que estar aquí haciendo esto. Pero al mismo tiempo, cualquier pensamiento de ese tipo era nublado por la imagen de Andi y el hecho de que por su culpa ahora estoy sin empleo y es muy probable que muchas personas estén pensando lo peor de Oliver y ni hablemos de lo que pensarán de mí.

Tomo una calada de aire e intento sacar cualquier frustración que quiera atormentarme ahora y justo en ese momento es cuando mi celular suena, pienso que es Brittany y quiero creer que es para decirme que no podrá venir, que la atropelló un camión o algo por el estilo. Pero es el nombre de Natalie que parpadea en mi pantalla, no dudo ni un instante en contestar y casi de inmediato su voz resuena dentro de mi cabeza.

—Hey —digo, en el momento que descuelgo la llamada.

—¿Cómo estás, David? —Sé que su pregunta se debe a lo acontecido el día de hoy, me quedo en silencio porque no sé qué decirle, porque quiero explotar en este instante y hablar sobre como en realidad me siento y qué estoy haciendo justo ahora, porque quiero desahogarme para dejar de sentirme tan miserable.

No es común que yo quiera hablar sobre mi vida con alguien, pero con Natalie me siento diferente, me siento capaz de decirle hasta lo más mierda que me siento, tiene algo que me hace confiar y hablar sobre cualquier cosa.

—No tengo empleo, Nat. —Es lo primero que se me ocurre decir y me toma un segundo continuar con lo que tengo que contar—. El señor Anderson no se tomó muy bien la noticia, no porque piense que yo haya dicho eso, si no, porque lo sabía y no se lo oculté. Pero yo no lo hice, te lo juro…

—David, basta —me interrumpe—, no creo que tú lo hayas hecho. Ya encontrarás algo, lo sé, eres un hombre inteligente e increíble. No te agobies por eso, que la revista Anderson es solo el inicio del futuro brillante que tienes por delante.

Eso me hace casi dibujar una sonrisa en mi rostro, pero el problema real es otro, lo más probable es que ahora todo mundo esté pensando en la arpía que soy por haber delatado a mi mejor amigo de esa forma.

—Pero mientras tanto ¿Qué haré, Natalie? —Casi sueno derrotado, como nunca antes me había tenido que mostrar ante alguien—. Nada me garantiza que justo ahora vaya a conseguir un empleo. El señor Anderson tiene mil influencias…

—Mientras yo tenga un empleo… por eso no te preocupes.

Me rio, porque en realidad es algo para atacarse en carcajadas y solo hacerme la idea de ser yo quién esté en casa y ella trabaje me causa escalofríos.

—Y qué esperas que haga ¿Que me quede en casa horneando galletas mientras mi esposa

va a trabajar?

Y hay un silencio luego de eso, denso y cortante, me percato de mis palabras y quiero enmendarlo, pero antes de que diga algo, Natalie restándole importancia me interrumpe:

—No… de hecho, también limpiar la casa, lavar la ropa y preparar la cena mientras llego… —Ambos nos reímos y eso disuelve un poco la tensión, sacudo mi cabeza en una negación para sacar esos pensamientos traumáticos—. Oye, mañana es el funeral ¿vendrás?

—No lo sé, Nat —hablo con sinceridad—. Es muy probable que Oliver crea que yo hice eso y siento que no debería…

—Nadie cree eso, David. Ni siquiera Oliver, no te preocupes.

—Bueno… no fue lo que demostró hoy, Natalie. ¿Qué harías tú si Alex apareciera en una nota de periódico mencionando tu más íntimo secreto?

—La mato. —Los dos nos reímos con esa afirmación, me siento más relajado voy a admitir, dejo caer mi espalda sobre el respaldar de mi asiento mientras escucho sus siguientes palabras—. No, la verdad que no, yo no vivo sin ella.

—Espera… —finjo indignación, llevando mi mano a mi pecho, aunque ella no pueda verme — ¿No puedes vivir sin ella, pero sin mí sí puedes hacerlo? ¿Qué clase de persona eres, Natalie?

Escucho su risa, cuando en ese momento veo en dirección a la puerta de entrada y ahí está ella, Brittany, no escucho lo que dice Natalie porque en ese momento estoy viendo a la persona que me dedica una sonrisa y hace un gesto con su mano. Con un asentimiento devuelvo el saludo y vuelvo mi atención a la llamada en mi teléfono.

—Nat, ¿te llamo luego?

—Está bien, pero… sí me gustaría que vinieras. Hay cosas de las que quiero hablarte.

Brittany ha dado suficientes pasos como para estar a una corta distancia, me pongo de pie casi de inmediato y en un instante está frente a mí, no sé ni siquiera como saludar en esta ocasión, porque nunca había tenido que reencontrarme con una ex, mucho peor con la forma que ella y yo terminamos.

—Sí, está bien. Te veo allá —cuelgo. Hago un gesto con mi mano para indicarle que tome el lugar frente a mí a lo que ella asiente. Vuelvo a mi silla mientras ella toma la que está en frente, ninguno de los dos habla, ninguno de los dos se atreve a romper el silencio y mencionar alguna palabra.

El mesero se acerca y nos tiende el menú a ambos, no quiero probar bocado en este instante, por lo cual hago una sutil seña con mi cabeza que denota una negación, el mesero asiente y se dirige a ella quién está con la cabeza baja, solo pide un café, sin azúcar y descafeinado, con palabras en francés y me pregunto si es tan necesario hablar en otro idioma para pedir un café.

—¿No vas a pedir algo? —La escucho decirme, cuando el mesero se ha alejado lo suficiente y estamos de nuevo ella y yo, solos.

—La verdad que no quiero nada. El café me causa problemas para dormir, mañana tengo que salir de la ciudad bastante temprano, necesito ir a Miami porque tengo que estar con mi esposa. Brittany, ve al grano por favor.

Ella hace un gesto, algo entre en inconformidad y una sonrisa, baja la mirada hacia la mesa y luego la dirige al vaso con agua que había dejado frente a mí hace unos momentos.

—David, no quiero que me malinterpretes —habla finalmente, cuando sus ojos se han topado con los míos. No tienen esa mirada soberbia, ni de superioridad como recuerdo que la conocía. Pero no me dejaré llevar por un rostro inocente, porque la conozco lo suficiente como para saber que tarde o temprano puede atacar y solo espera que baje la guardia—, yo sólo quería ayudarte. Pensé decírtelo antes, pero no querías contestar las llamadas.

—Con un mensaje al respecto hubiera bastado —hablo con firmeza, ella suelta una risa, que se me antoja frustrada y divertida al mismo tiempo—, pero ya, vamos al grano, por favor. Quiero ir a casa, no he tenido un buen día y necesito una buena siesta.

—David. —Hace una pausa—. Si te incomodó esto me hubieses dicho. Lo que menos quería era molestarte. No tenías por qué hacer algo solo porque te sentías en deuda conmigo.

Hay un silencio luego de eso, de esos tan incómodos que te dan ganas de salir corriendo. El mesero llega a nosotros y le extiende su taza de café mientras vuelve a preguntarme si quiero algo más, hago un gesto de negación con mi cabeza. Aunque mejor hubiese sido pedir algo para mantener la boca ocupada antes que se me escape una tontería.

El mesero se aleja y vuelvo mi atención a Brittany, quién ahora está revolviendo su café con una cucharita, hasta que su voz interrumpe:

—Tienes razón, era mejor hablarlo por un mensaje. Puedes ir a tu casa si así lo deseas.

—No —contesto, precipitadamente. Además, no tengo nada mejor que hacer en casa más que lamentarme y recordar que no tengo un maldito empleo—. Ya estamos aquí. Sólo pasemos de las estúpidas charlas sobre qué es lo que nos ha pasado estos tres últimos años, porque a decir verdad a mí no me interesa y apuesto que a ti tampoco.

Ella suelta una risa desganada, después lleva la taza de café a su boca y toma un sorbo.

—Cuánto has cambiado, David.

—¿Por qué? ¿Sólo porque no quiero charlar cosas innecesarias y quiero acabar con todo esto cuanto antes? ¿O porque no te recibo con flores y chocolates?

—No es a lo que me refería —dice de inmediato sin verme, viendo hacia la mesa donde está dejando la taza de nuevo sobre el platito de porcelana, ahora lleva el cabello corto, el mismo tono oscuro y unos mechones negros caen sobre parte de su rostro, de inmediato despeja su cara para verme nuevamente—. La chica pelirroja me contactó, no sé cómo o cuándo consiguió el número de mi oficina, supongo que lo obtuvo de la empresa. También me habló una tal Lauren quién también se comunicó conmigo un par de veces. No tienes idea de lo que esas dos mujeres hablan sobre Oliver y tú, David.

—Oh por Dios —siseo, casi quiero gritarlo pero me contengo, no es el lugar ni la forma.

—Me dijeron que ustedes habían jugado con ellas y que querían hacerlos pagar de esa forma.

Me rio, irónica e histéricamente negando con mi cabeza.

—Maldita mujer.

—Me negué a apoyarlas para conseguir información sobre el matrimonio de Alex y Oliver. Luego de eso me dijeron que ya no necesitaban mi apoyo porque habían conseguido el número del abogado que les ayudó con esa mentira y como consiguió la información ya debes imaginártelo.

—¿Y por qué me lo dices? ¿Por qué simplemente no les ayudaste?

—Porque no gano nada con eso, David. Porque tengo suficientes problemas en mi vida como para andar causándoselos a otros. Sé que tienes una mala impresión de mí, pero no puedes juzgarme por algo que hice hace años. Son cosas que quiero enterrar y no volver a recordarlas.

—Yo… bueno, la verdad es que… no sé, ha pasado tanto.

—Exacto, ha pasado mucho y te empeñas en seguirme recordando de esa forma y tratándome mal haciéndote ideas que no son ciertas.

—Bien, entonces lo lamento. —Pero en realidad no sonó como quise hacerlo sonar, más bien sonó sarcástico y me quise disculpar de nuevo, pero sé que va a salir en el mismo tono.

Ella no habla más, su mirada viaja a su bolso y de inmediato saca un billete para tenderlo

sobre la mesa.

—Yo creo que es mejor que me vaya.

—¿Puedes al menos terminar tu café? —Ella niega con su cabeza, acomoda su bolso nuevamente sobre su hombro y se pone de pie sin vacilar.

—La verdad que lo que menos quería era incomodarte, David. Y no sé porque te imaginas cosas que no son, estás casado, yo también, no sé qué te hace pensar que sería tan sínica como para entrometerme en tu vida personal.

No contesto, ella solo se pone de pie y luego de un gesto que tomé como despedida, se aleja y yo solo la observo retirarse, pero no viéndola a ella en sí, sino pensando y ahora me siento mal conmigo mismo. Cubro mi rostro con las palmas de mi mano reposando mis codos sobre la mesa, me veo tentado de enviarle un mensaje con mis disculpas, pero mejor decido dejarlo pasar, en lugar de eso me dispongo a buscar mi vuelo hacia Miami antes de hacer cualquier tontería.

CAPÍTULO 47

David

Pero cometí la tontería antes de siquiera llegar a casa y descansar, esa misma noche decidí contarle todo a Nat, aunque le oculté quién me había brindado esa información. Agradecí en mi interior que no me preguntara más. Su respuesta fue que simplemente pensara qué hacer con la cabeza fría, pero me lo dijo después que yo ya le había enviado un mensaje a Camilo, pidiendo vernos, no sé en qué pensaba, pero definitivamente el alcohol del líquido rojo que estaba dentro de la copa que sostenía en mis manos ya estaba controlando mi cerebro. No es como que vaya a hablar con un indefenso que no sabe artes marciales o alguien que no sabe apuntar un rifle hacia mi cabeza o una persona que no sabe quebrarme todo los huesos.

Mierda.

Pero aquí estoy ahora, temiendo por mi vida, pero me doy cuenta que la venganza puede más que el miedo, porque mi cuerpo parece estar pegado en la silla, aunque tengo divisada la puerta de entrada y la salida de emergencia, así como también, tengo el número de la policía en marcado rápido.

Tal vez también necesite contratar guardaespaldas después de esto, pero recuerdo que estoy desempleado y no tengo dinero.

Tamborileo mis dedos contra la mesa de madera y me siento un traicionero, por estar en un bar que no es el de Steve, pero tampoco puedo llevar a Camilo a tener esta charla frente al viejo Steve, si va a golpearme, no quiero que ninguno de mis conocidos lo sepa, si nadie lo sabe, solo puedo fingir que me resbalé en las escaleras de mi casa y caí fracturando no sé qué cantidad de huesos.

—¿Qué hay? —Escucho una voz áspera y ronca detrás de mí, me giro lentamente para encontrarme con una figura bastante intimidante, hoy es el día libre de Camilo y al parecer viene de sus clases de Karate, su cabello está sostenido por una coleta deshecha en la parte de atrás de su cabeza, lleva una camiseta sin mangas ajustada al cuerpo y deja a la vista un tatuaje en su bícep.

—¿Una A? ¿De Andi? —pregunto, cuando él está removiendo la banqueta a mi lado, suelta una risa en el momento que toma el lugar y se vuelve a mí como no comprendiendo mi pregunta.

—Es la A de Anarquía—contesta con el entrecejo levemente fruncido, y vuelve a reír.

—¡Vaya! —A de Anarquía, qué reconfortante.

O tal vez está buscando una excusa para esa A que de seguro se hizo en alguna borrachera.

No decimos nada por los siguientes minutos, él pide algo para tomar hasta que finalmente vuelve a concentrarse en mí.

—Siento llegar tarde, estaba dando clases de Karate en el orfanato y a los niños les encanta tanto que casi no me dejan ir de ahí.

—¿El orfanato?

—Sí, Natalie me pidió que le ayudara un día que una compañera no pudo asistir y al decirle a unos niños que sabía Karate, insistieron en que querían aprender. La verdad que el Karate y los niños son mi pasión, así que es la mezcla perfecta.

Más silencio, tomo un sorbo de la copa de vino frente a mí viendo en otra dirección del lugar.

—¿Así que tú y Natalie se han visto a mis espaldas?

Él aclara su garganta.

—Yo… —De pronto, siento una punzada de ira atravesarme el pecho—. No podía negarme, pero no es lo que usted cree señor Schmitt. Sí almorzamos juntos el otro día, pero no fue por lo que usted piensa…

—¿Qué? ¿Fuiste tú el que almorzó con ella?

—Ammm… sí… pero… —De pronto me hierve la sangre, la sien me palpita y el pulso detrás de mis orejas se ha vuelto insistente.

—Claro… la invitas a tus clases de karate, ahora te importan las galerías de arte…

—No… ¿Quién dijo…

—También le ayudas a conseguir ropa para los vagabundos…

—No quiero que me malinterprete…

—Y ahora resulta, que también vas al orfanato solo porque ella te lo pide…

—Lo hago por Carmen.

Eso hace que detenga mi monólogo y gire mi torso en su dirección para verlo de frente, hasta me parece que lo ha dicho en otro idioma porque me hace pensar que lo he entendido mal.

—¿Qué? —cuestiono y apuesto que mi cara justo ahora se ve como alguien que mira la raíz cuadrada del isótopo ferrugoso.

—La que me gusta es Carmen —aclara, como si necesitara hacerme entender. Toma un sorbo de la bebida que han puesto frente a sus ojos y solo se encoge de hombros. Yo no sé ni qué decir o qué hacer, me río porque no puedo hacerme en la cabeza la idea de Camilo y Carmen como pareja—. Natalie fue a almorzar conmigo porque está en Inglaterra y cuando llegue queremos hacerle una fiesta sorpresa.

—No es cierto.

—Lo es.

Dejo de reírme, porque no puedo entender como alguien teniendo una esposa como Andi, puede pasar a gustarle una mujer todo lo contrario. Hasta que su siguiente comentario contesta mi pregunta:

—Carmen es una mujer que vale oro. He aprendido que el interior de una persona, vale mucho más que su exterior.

Entonces pienso, que la mujer por la que Andi sufre es Carmen, una mujer bajita, gordita y bastante simpática, sí, todo lo contrario a ella. Va a morir cuando se dé cuenta de esto ya que presume demasiado tener una belleza superior al de la mayoría de mujeres. De hecho, no hay mejor venganza que la propia vida, tu propio karma.

—Lo que significa que… todo este tiempo de insistir en ayudar a Natalie ¿era por Carmen? —Él asiente, sin pensarlo. Deja el vaso sobre la barra sin quita su vista de mi persona—. ¿Natalie lo sabe?

—Así es… ella fue un punto fuerte para acercarme más a Carmen —habla, asintiendo con su cabeza.

—¿Por qué simplemente no me lo dijo?

—Porque es de las personas que saben guardar un secreto, y yo le dije que esto no lo conversara con nadie.

—Ah, genial —suelto, con socarronería.

—¿Ese era el motivo por lo que me citó aquí señor Schmitt? —Ahora sí lo miro, y todo lo

que había ensayado para decirle ahora es un borrón en mi cabeza y ni siquiera sé por dónde empezar.

—No, de hecho, hay algo más que necesitas saber ¿Es verdad lo de que tenías un matrimonio abierto con Andi?

—¿Qué?

—Eso lo que me dijo ella.

—Joder, no. Bueno, no que yo supiera al parecer.

Va a matarme.

Entonces aun con la cabeza dándome vueltas con toda esta información por procesar, le cuento todo, sin tacto, sin antes preparar el terreno y me preparo psicológicamente para una bofetada, pero el golpe no llega, en realidad está sereno, concentrado en el vaso frente a él, con el entrecejo levemente fruncido. Temo por mi vida y visualizo la puerta de salida, calculo la distancia y la velocidad con la que necesito salir de ahí para evitar ser golpeado por la tortuga ninja.

—A decir verdad, yo también hubiese hecho lo mismo —habla finalmente, eso definitivamente me llama la atención y vuelvo a posar mis ojos sobre él.

—¿A qué te refieres?

—Que si Natalie fuera un poco similar a Andi, es decir, no le hubiera importado su matrimonio, yo hubiese hecho lo mismo.

—Qué hijo de p…

Él solo suelta una risa, tomando de nuevo el vaso con zumo y dándole un trago, se encoge de hombros y se centra nuevamente en mí.

—Lo nuestro con Andi se acabó hace mucho. Me casé con ella cuando era casi un adolescente y estaba cegado por su físico, aunque… a decir verdad, ella era totalmente diferente a como es ahora, es decir, su personalidad, era una chica dulce, encantadora… bondadosa. —Todo esto lo dice de una forma que hasta a mí me da nostalgia—. Pero la Andi de ahora no es aquella misma de la que me enamoré. —De pronto todo su gesto cambia y agrega—: Qué bueno que me das la excusa perfecta para alejarme de ella.

—Creí que estaban trabajando en su matrimonio.

—Y así fue, por unos tres días. Pero no tiene sentido arreglar algo que está roto. —Hace una pausa—. Y además que no eres el único que… ya sabes.

—Por Dios.

Ni siquiera quiero imaginarme la flora bacteriana que tendrá esa mujer entre las piernas.

Su risa me interrumpe y hace que preste mi atención en él nuevamente.

—¿Natalie? ¿En serio creíste que me interesaba Natalie?

Y me río con él, pero por alivio o vergüenza, ya no lo sé.

—Salud —me dice y levanta su bebida. Tomo la copa frente a mí chocándola contra el vaso que él sostiene aún asimilando toda la información de la que acabé por darme cuenta—. Porque no en realidad no estoy interesado en Natalie.

Se ríe y yo igual, pero suena más a un sonido extraño que a una carcajada. Qué vergüenza.

—Salud —contesto y llevo la copa a mi boca, dándole un trago enorme para intentar olvidar esta plática con Camilo por completo.

Y ahí estuvimos hasta media noche, hablando cosas triviales y riéndonos de cualquier tontería. Voy a admitir que no fue ni por cerca como me lo imaginé, no es tan malo hablar con Camilo, de hecho, hasta disfruté ese tiempo con él.

Pero esto es algo que nunca, ni de coña, admitiría frente a Natalie.

CAPÍTULO 48

David

No sé la hora exacta cuando estoy en el aeropuerto de Miami, solo sé que muero de hambre y sueño, siento mi cabeza a punto de explotar y me arrepiento haberme quedado despierto hasta la madrugada cuando sabía que tenía que viajar tan temprano.

Ayer por la noche, o más bien, la madrugada del día de hoy cambié el vino por whiskey en las rocas y, Camilo, luego de insistir en decirme que no tomaba, finalizó acabándose los chupitos por mí y ambos dejamos el bar coreando una canción de Red Hot Chili Peppers, porque hasta eso, al parecer teníamos los mismos gustos musicales.

—¿Te gusta Red Hot Chili Peppers? —le pregunté, al escucharlo corear una canción de esa banda que sonaba en la radio, no dudó ni un instante en contestar mostrando una gran sonrisa.

—Can't Stop es mi favorita —respondió, comenzó a cantarla y yo lo acompañé en el coro. Así nos fuimos luego de unas cuatro canciones de Red Hot Chili Peppers y la quinta la terminamos en el parking. Pero no fue todo, después nos fuimos al bar de Steve y se lo presenté como mi nuevo amigo, lo felicité por su matrimonio y le dije que me había enterado que a Camilo en realidad no le gustaba Natalie, que le gustaba su compañera de trabajo, así que no tenía nada de qué preocuparme.

Tan así de alcoholizado estaba.

Hoy me arrepiento por completo.

Bajo del avión y me siento como Edward Cullen cuando soy expuesto ante tanta claridad a estas horas de la mañana, me da la impresión que pronto arderé en fuego y siento un dolor punzante atravesarme el cráneo, cierro los ojos con fuerza y me pongo las gafas de sol.

Odio las malditas resacas.

Voy por mi maleta y hago todos los trámites para salir de aquí ahora mismo, pero sé que de nada me serviría porque tengo un funeral al que asistir dentro de unas horas y los funerales no son precisamente mi evento favorito. Me voy camino a la dirección indicada, estoy sacando mi teléfono celular para comunicarme con Natalie, me dijo que iba a estar aquí y no he sabido nada de ella desde ese último mensaje, pero justo en ese instante la castaña aparece en mi campo de visión, está mirando hacia un lado, pero de inmediato como si alguien llamara su nombre sus ojos me enfocan y esboza una sonrisa. En ese momento, está dirigiéndose hacia mí e intento corresponder su efusivo abrazo cuando su cuerpo choca contra el mío y sus labios se pegan en mi mejilla repetidas veces.

—Noooo —digo, con tono fatalista cuando se separa de mí y veo su labial rojo corrido un poco y solo me esboza una sonrisa en respuesta.

—Espera —dice, sacando un pañuelo de su bolso—. Aquí hay muchos surfistas bronceados y musculosos, no quiero que te miren con mi labial regado por la cara.

La miro con desaprobación, aunque no estoy seguro si pueda verlo detrás de estas gafas de sol, le quito el pañuelo que está sosteniendo contra mi cara y tomo su cabeza con ambas manos y acerco mi rostro a sus labios para frotar mi mejilla contra su labial.

—Listo, vamos. —Contengo una risa cuando escucho una carcajada suya a mis espaldas.

Sigo mi camino hasta la puerta de salida y me detengo antes de pasar el umbral para esperarla.

—Por cierto… —dice, llegando hasta mí. Continuamos caminando a la par y cruzamos la puerta de salida. No sé en qué hacia donde nos dirigimos, pero yo solo continúo en su dirección — ¿Dónde estuviste anoche? Te llamé unas cinco veces.

Había visto sus llamadas, claro. Pero no podía contestar en ese momento y decirle que estaba tomando con Camilo en un bar, así que decidí ignorarlas y fingir que no las había escuchado.

—Fui por una botella de vino, nada más.

—¿Con Camilo? —Eso hace que me detenga en seco, ella a la par mía también se detiene cuando me ve a mí hacerlo.

—¿Qué? ¿Cómo? Oh por Dios, ¿él te lo dijo?

—No —contesta de inmediato, arrugando el espacio entre sus cejas—. Lo vi en tu Instagram ¿Cómo es que tenías una cuenta de Instagram y no me habías dicho?

¿Mi Instagram? Oh Dios…

—¿Yo publiqué algo? Ni siquiera recuerdo mi contraseña…

—Fue Steve, y te etiquetó.

—¿Steve?

—Steve tiene Instagram… también llamó a Camilo la tortuga ninja…

—¿Qué? —Me rio, no sé a qué hora pude llamar a Camilo de esa forma, pero ya que no me golpeó supongo que no le molestó mi comentario o eso espero.

—¿Desde cuándo eres amigo de Camilo? —Su voz interrumpe mis pensamientos, no le diré nada de lo que descubrí ayer, fingiré que sigo pensando que ellos tienen algo y actuaré como si no me importa, esperaré a que ella me cuente todo cuando quiera hacerlo.

—Camilo no es mi amigo, coincidimos en el bar y descubrimos que tenemos varias cosas en común, eso fue todo. ¿Podemos irnos? —Cambio ágilmente de tema—. Estoy a punto de arrancarme los pelos y créeme que calvo no soy nada sexy.

Una risa se escapa de sus labios.

—Ya… —me dice, con un gesto que me hace pensar que no se lo cree—. Igual después le pregunto a Camilo.

Mato a Camilo si dice algo al respecto, me encojo de hombros fingiendo indiferencia y Natalie toma mi mano para dirigirme hacia el aparcamiento, llama mi atención que vamos hacia un auto de antaño, con color amarillo y flores, bastante ridículo y me detengo al ver que está abriendo la puerta.

—¿Qué es esa cosa? —digo, sin pensarlo. Natalie se detiene a la par de él y abre la puerta del copiloto haciendo una señal con su mano para invitarme a subir.

—Sólo entra —habla, rodeando el auto para incorporarse en el asiento frente al volante, pero antes de hacerlo añade—: la abuela de Alex me lo prestó para que viniera por ti y era esto o no aparecerme del todo.

—Creo que mejor hubiese pedido un taxi —bromeo, aunque en realidad no me importa viajar en algo así, siempre y cuando se mantenga cerrado, claro.

—¿Quieres comer algo? —Le escucho preguntar, cuando estoy dejando mi equipaje en el maletero, la miro con un gesto de obviedad cuando me acerco a ella y estoy tomando el lugar del copiloto. Eso ni se pregunta, Natalie, eso ni se pregunta.

—Me comería una vaca entera si pudiera… —En ese momento observo que Natalie está descapotando el auto, lo que significa que quedaré expuesto a todas esas flores… —. No, Nat. Ni se te ocurra.

Ella solo se ríe, pero no le importa, quedamos completamente sin techo y solo se pone unas gafas de sol que llevaba sobre su cabeza y me mira con una sonrisa.

—Acostúmbrate —habla y yo solo intento cubrir mi rostro con mi mano. En estos momentos deseara tener una bolsa de papel para meter mi cabeza en ella.

Al menos es un Mustang, hay que darle crédito a eso.

Me cae mejor cuando comienza a sonar música *Rock&Roll*, y me relajo en mi lugar porque total, he hecho otras veces el ridículo en público y es algo a lo que ya debería estar acostumbrado. Reposo mi cabeza en el respaldar mientras el coche avanza y cierro los ojos para poder dormir aunque sea un poco, la canción cambia por algo más relajado y tamborileo mis dedos sobre mi pierna al son de la música.

—Me habló mi madre. —La escucho decir de pronto, en ese momento abro los ojos y centro mi vista a su persona, su mirada está puesta en la carretera y sin verme continúa—: No sé cómo se dio cuenta que estaba aquí, creo que lo supuso cuando se enteró de la muerte del señor Carlin. —Hace una pausa, como si no quisiera continuar, pero lo hace—. Y ahora quiere verme. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo puede ser posible que después de tanto tiempo quiera hablar conmigo?

Ambos no decimos nada, yo porque no tengo nada mejor por decir que hacerle saber que la mande a la mierda justo ahora y ella, no lo sé, tal vez espera algo reconfortante de mi parte pero ya me conoce lo suficiente como para saber que no soy de dar ánimos mucho peor cuando hablamos de una persona que no me cae bien.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —Es lo único que se me ocurre hablar y vuelvo a poner la vista al frente, escucho un suspiro de su parte y agrego—: Ahora es tu turno de ignorarla a ella, si quieres.

—Las cosas no son así, David. Es mi madre y no puedo… yo… no quiero que… —No continúa la frase, su voz se corta —… Quiere ir al funeral.

—¿Entonces tendré que conocerla? Porque te juro que no tengo nada bueno que decirle.

—David…

—Dime algo —la interrumpo, sin pensarla tanto porque la verdad que si estuviera yo en esta situación ya me hubiera olvidado que tengo madre— ¿Cuándo fue la última vez que se comportó como una madre?

Ahí se queda callada, no dice nada y yo tampoco, aunque la miro esperando su respuesta no llega, hasta que finalmente dice:

—Hubieron días no tan malos.

—Entonces no… madre no es para ser unos días solamente.

Más silencio. Termina la canción que estaba sonando, la voz del interlocutor ahora es la que se escucha y Natalie baja el volumen del sonido. La miro de nuevo, está viendo al frente pero no la carretera en sí, está pensando porque la conozco lo suficiente como para darme cuenta que no está prestando atención al auto frente a nosotros como parece.

—Me dijo, que observara como la vida puede irse de nuestras manos de la noche a la mañana. —Suelta una risa desganada, una de esas que no se sabe si es ironía o ganas de llorar y maldecir a todos—. Que quiere saber cómo estoy, que tenemos mucho de no tener una charla.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú? —Nos detenemos en un semáforo en rojo, Natalie piensa la respuesta, no despega sus manos del volante ni su vista del parabrisas— ¿Tú también quieres hablar con ella?

—No sé —me dice de inmediato, negando con su cabeza, el semáforo cambia de color y pone en marcha el auto nuevamente—. Yo… quiero creerle, pero al mismo tiempo me hace pensar que aprovechará la situación, me creeré todo su show de madre buena y cuando le cuente

que me estoy divorciando me recordará todas las veces que me dijo que yo no funcionaría en un matrimonio.

—Yo voy contigo…

—¿Qué?

—Que no tienes que decirle que te estás divorciando, que yo voy contigo.

No pude evitarlo. Lo que sea con tal de hacer a esa mujer desagradable tragarse sus palabras.

—No…

—¿No?

—No quiero obligarte a hacer esto, David.

—¿Me estás obligando? —Silencio, el único sonido que invade el espacio que nos separa es el silbido del viendo y alguna canción a un volumen que no me deja reconocerla. No le despego la mirada aunque ella no me mira a mí, no habla, hasta que finalmente dice algo después de algunos kilómetros.

—No tenemos alianzas de matrimonio.

—Puedo conseguir alianzas de matrimonio.

Más silencio, niega con su cabeza y yo suelto un bufido, gira el auto y se introduce en una trocha, miro alrededor y veo que la civilización está quedando lejos.

—Si me vas a secuestrar, por favor intercambiemos papeles. No quiero que mi rostro aparezca en las noticias como el secuestrado, prefiero ser el secuestrador.

Suelta una leve risa y ahora sí me ve, con un gesto y sonrisa socarrona.

—Lo tomaré en cuenta —me dice y se detiene frente a una enorme casa, que asumo es el hogar de los Carlin por la cantidad de personas con ropas oscuras que hay en el lugar. Natalie no habla más del tema que veníamos tratando y solo baja del auto luego de simplemente decir—: Llegamos.

—¿Y bien? —le hablo, al descender del coche. Está camino al maletero y voy también en esa dirección— ¿Consigo alianzas? ¿O simplemente olvidamos este tema?

Nuestras miradas se conectan en el momento que estoy junto a ella. Aunque de inmediato sus ojos viajan en dirección a la maleta roja y me acerco para tomarla antes que ella lo haga.

—¿En serio lo harías? —Le escucho decir, sin dudarlo asiento dejando el equipaje en el suelo—. Porque no quiero que te sientas obligado, no era por eso que quería hablar contigo, solo necesitaba contártelo para que me dieras tu opinión.

—Y ya tienes mi opinión. Solo es continuar fingiendo un matrimonio ¿no es así?, no es nada que no hayamos hecho estos últimos meses.

Duda por unos instantes, hasta que finalmente contesta:

—Bien, yo le llamo y le diré que podemos vernos en algún lugar después.

Hago un gesto de afirmación con mi cabeza, no sé cómo me voy a contener las ganas de gritarle a esa mujer.

CAPÍTULO 49

David

Como me imaginé, la madre de Natalie no se presentó al funeral.

No sé si su gesto durante todo el entierro era por el evento en sí o por el hecho de que su madre se inventara cualquier excusa para no aparecer. Aunque sé que tal vez en el fondo deseaba —tanto como yo— que ella no llegara, pero la conozco lo suficiente como para darme cuenta que estaba algo entusiasmada aún con mis comentarios negativos al respecto, habló sobre eso todo el tiempo previo a las horas fúnebres y yo me limité a asentir para no decirle que no me creía toda la actuación de buena madre de esa señora.

Y tenía razón.

Al final, unas extensiones de cabello fueron más importantes que ver a su hija. Y, aunque quedaron de verse en un restaurante cerca de la casa de ella, una visita de último minuto, según ella, la hizo retrasarse; de acuerdo a su último mensaje, no iba a tardar más de quince minutos.

Miro e reloj de nuevo y me muerdo la mejilla con fastidio, ya lo he visto unas cinco veces en los últimos dos minutos porque ya ha pasado más tiempo del que afirmó se retrasaría. Me sorprende el interés que está mostrando y su intención de ser buena madre, algo que me sabe totalmente fingido. Y yo ya estoy comenzando a desesperarme.

—No va a venir —le digo a Natalie quién está sentada a mi lado derecho en la mesa pequeña de cuatro personas que habíamos reservado, viendo hacia un punto sobre la botella de vino frente a nosotros, lleva una copa a sus labios y en ese instante, dirige su atención a mí.

—Ella es así. —Es lo único que dice, encogiéndose de hombros. Toma un sorbo del líquido rojo y vuelve a dejar la copa sobre la mesa—. Le gusta hacerse esperar.

Puedo ver, por la forma que con la que golpea la mesa suavemente con sus uñas, que no está cómoda con la situación, puedo casi apostar que ella sí prefiere que su madre no se aparezca, yo tampoco. Pero no estoy aquí por nada y más le vale aparecer, miro mi reloj nuevamente, otro minuto desperdiciado.

—Bien ¿Lo ves? Significa que no ha cambiado. —Hago un gesto de obviedad, mientras me sirvo en mi copa un poco de vino bajo su atenta mirada. Había hablado todo el camino al respecto, sobre lo poco que creo que alguien cambie y ya debe estar aburrida de escuchar eso de mi boca.

—No pierdo nada con escucharla, David —me contesta mientras se relaja en el respaldar de la silla, la verdad que estoy acostumbrado a esa forma de ser tan suya, esa de esperar un milagro en las personas—, tal vez sea verdad que ha cambiado, tal vez no.

No contesto, porque yo presiento que hay un trasfondo en todo esto y por mucho que se lo quiero decir tampoco quiero sonar pesado, esto es algo que tiene que ser su decisión y sé que es lo suficientemente fuerte como para enfrentar cualquier decepción como lo ha hecho a lo largo de su vida, es lo que no quiero que le suceda, Natalie no se merece unos padres como esos.

—Bueno, solo esperemos que sí se aparezca —digo, soltando aire de golpe. Miro el reloj nuevamente y mejor dejo de hacerlo antes de ponerla nerviosa—. Tengo muchas cosas por decirle...

—David, no...

—¿Puedo al menos decirle que no me cae bien?

—No...

Bufo y Natalie simplemente suelta una pequeña risa que se esparce por el lugar como una bonita sinfonía de campanillas de iglesia. Lleva la mirada a su mano izquierda y analiza la sortija en su dedo anular.

—¿Dónde las conseguiste, por cierto? —me dice, sin despegar la vista de su mano. Cuando le mostré las alianzas antes de entrar a este lugar, no hablamos nada sobre ello, estaba ella más concentrada en el asunto de su madre y yo, en que odio los restaurantes de este tipo, de los que parece que te cobran hasta por ver el menú, no es cuestión de no querer pagar tanto, si no, de la calidad de personas que visitan estos lugares.

Ni siquiera nos percatamos del momento en el que una pareja de ancianos pasó junto a nosotros, justo en el instante que la cajita de terciopelo se me cayó al suelo y me incliné a recogerla, Natalie miraba hacia el interior del lugar, tal vez buscando a su madre, no lo sé. Pero yo estaba sosteniendo su mano, cuando tuve la cajita en mis manos estaba de rodillas frente a ella, escuché un suspiro y la anciana le dijo a su acompañante: «Las parejas de hoy son tan románticas, ojalá que le diga que sí». Lo único que pensé es que pedir matrimonio en el parqueo de un restaurante no es para nada romántico. Natalie soltó una leve risa, que me contagió a mí también, pero eso fue todo. Puse el anillo en su dedo y después de eso entramos al lugar sin mencionar una palabra siquiera.

—Una larga historia —contesto volviendo al presente. Veo hacia la entrada; tal vez, por gracia u obra del Espíritu Santo ella se aparece mágicamente por la puerta— ¿Cómo se llama tu madre, por cierto?

—Olivia —me dice de inmediato. Se aparta el cabello hacia un lado, dejando al descubierto la piel bronceada de uno de sus hombros y mi vista se centra en el lunar ubicado justo en el centro, ya lo había visto otras veces, pero no me había percatado de la forma de corazón que tiene—. Pensé que simplemente ibas a pedirle prestado las alianzas a Oliver.

—Esta ocasión no merecía alianzas prestadas. —Ella nota donde mi vista se queda puesta y viendo en esa dirección una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Es herencia. Aunque a mi madre siempre le molestó que tuviéramos eso en común —habla, encogiéndose de hombros. Si sigue haciendo comentarios de ese tipo, incrementarán mis ganas de contratar un sicario y hacer desaparecer a esa persona por accidente— ¿Y a qué ocasión te refieres? ¿A la de disfrutar tener a mi madre frente a ti para aprovechar cualquier descuido y lanzarle tus dardos venenosos?

—Ganas no me faltan, Natalie.

Se vuelve a reír y confirmo el hecho de que me gusta cómo suena su risa.

—Entonces ¿simplemente las compraste? Porque de ser así déjame decirte que ha cometido una tremenda locura, señor Schmitt.

—No se preocupe señorita Carson, puedo devolverlas.

—¿Puedes...?

—Una amiga es la dueña de una joyería, le dije que necesitaba unas sortijas y tardé medio mundo en encontrar la sucursal que tiene en esta ciudad.

—Oh, la amiga de la que habló Oliver aquel día...

—No —digo, soltando una risa. Aunque sí, recuerdo que Oliver habló sobre ella el otro día, maldito caga-billetes—. Bueno sí, es ella.

Deja salir un suspiro, algo que no sé cómo descifrar, pero de inmediato siento el impulso de aclarar las cosas y no dejar que se imagine más de lo que no es.

—Pero solo es una amiga, lo juro. Nos conocimos en la universidad, fue novia de… —No

quisiera decir el nombre de la persona que mencionaré a continuación, pero me veo obligado a hacerlo para aclarar las cosas. Principalmente porque ella y yo nos hicimos buenos amigos después de que pasáramos por lo mismo: ella era la novia de Henry, el hermano de Oliver, y éste la dejó a ella por casarse con Brittany—. De un conocido que tuve hace mucho tiempo. Pero no tuvimos, ni tenemos, ni tendré nada con ella. Solo somos amigos.

—Yo no dije que no lo sea.

—Pero te conozco lo suficiente como para saber qué es lo que te estás imaginando justo ahora.

—Y según tú... —me interrumpe, cruzando sus brazos sobre su pecho— ¿Qué es eso que me estoy imaginando?

—¿Sabes? Hay cosas que es mejor no decirlas. Pero me emborracharé y las diré de todas formas.

—Bien —dice, dejando escapar una risa. Ya a este punto creo que habíamos olvidado el hecho de que su madre nos ha dejado plantados en este lugar—, entonces dímelo.

Gira levemente su torso en su dirección, de manera que estamos frente a frente, sosteniendo un contacto visual que me intimida pero no dejo hacérselo notar, aunque me suba las pulsaciones y sienta que el cuello de mi camisa ahorca.

—Que sí te molesta, aunque quieras negarlo. —Quise hacerlo sonar con socarronería, con una pizca de indiferencia, pero cierta parte de realidad, esperando escuchar algo esperanzador de su parte. Ni siquiera sé por qué y ni siquiera estoy borracho para defenderme luego.

—Lo dice la persona que odiaba a Camilo porque creía que estaba interesado en mí.

Lo mato.

—Por Dios ¿Qué fue lo que te dijo?

—Nada... ¿Pero ahora es tu mejor amigo?

—No es mi mejor amigo.

Hace un gesto de diversión que no sé cómo descifrar, pero asumo que no es nada bueno. Aunque a estas alturas ya debe de saber que yo soy muy malo a los tragos y puedo hacer cualquier tontería cuando tengo algún porcentaje de alcohol en la sangre. Tapo mi rostro por instinto con ambas manos deseando que existiera una forma de volver al pasado y borrar todas las gilipolleces que he cometido.

—Es... —Vacilo un momento en mi respuesta y me invento una excusa rápida intentando sonar convincente—: Porque creí que el tipo era un jugador.

—¿Entonces... lo estás admitiendo?

—Tú no contestaste mi pregunta.

Más silencio mientras nos vemos a los ojos, pero en ese momento su mirada se pierde en algún punto en específico a mis espaldas que me hace ver en esa dirección, de inmediato. Una mujer tal vez de la estatura de Natalie, con el cabello liso y castaño, muy parecidas a decir verdad, es la que ahora está cruzando el umbral. No tengo ni siquiera que preguntar, solo por los rasgos de su rostro, la forma de caminar, la manera que pasa su cabello de un lado al otro; ya tengo mi respuesta. Es una mujer con elegancia, incluso atractiva voy a admitir, con un cuerpo esbelto y curvilíneo; a decir verdad, le dio la mejor herencia a Natalie, ella no puede quejarse.

—Es ella —habla, casi en un susurro. En ese momento está poniéndose de pie y yo hago lo mismo en el instante, empujo mi silla hacia atrás y sin despegar la vista de la mujer que acaba de llegar me ubico a la par de Natalie acomodando mi saco en el acto.

—Bien ¿Cómo debo comportarme? —pregunto, con un tono más bajo de lo normal. El lugar es bastante grande y aún algunos metros nos separan de ella, está sostenida del brazo de un

hombre castaño, tal vez de mi estatura, muy bien vestido, que puedo asumir es su esposo.

—Sé tú mismo.

—¿En serio quieres que sea yo mismo?

—Sin hacer comentarios sarcásticos, claro.

—Entonces así no puedo ser yo mismo.

La señora parece buscarnos en la multitud y antes de acercarse al encargado, —asumo que a preguntar sobre la mesa que estamos—, nos alcanza a ver; por la forma en que esboza una amplia sonrisa en nuestra dirección, mi mano rodea la cintura de Natalie y los ojos de su madre, quién ahora sé que se llama Olivia, se posan en mi persona, me analiza e intento poner mi cara de amabilidad más falsa posible.

CAPÍTULO 50

David

La señora Olivia está más cerca de nosotros, entre más se acorta la distancia, sus rasgos se aprecian mejor, casi puedo apostar que así se verá Natalie a los cuarenta y quiero decírselo a esta señora, si le molesta lo del lunar que tienen en común, no me quiero imaginar su reacción cuando le haga saber que es su clon.

—Nati. —Le escucho decir, para rematar la situación tienen una voz casi idéntica, a no ser por el pequeñísimo tono rasposo que me indica que es buena fumadora—. Creí que ibas a venir sola. Digo, es que me habías dicho que tu esposo no vino contigo.

Se acerca a ella y le estrecha sus brazos para esperar un abrazo. Incómoda, Natalie le devuelve el gesto.

—No, te dije que no había podido llegar ayer por cuestiones de trabajo —contesta, en el momento que ambas se abrazan. Las dos llevan un vestido negro, a excepción por las mangas largas que lleva el de la señora Olivia, el hombre a su lado acomoda su moño y me estrecha la mano a mí, la tomo con cortesía.

—Oh —exclama, Olivia—. Él es Anton van der Vaart. Es la persona con la que estoy saliendo. —Aclara su garganta, eso me dice que ya no está casada y casi puedo adivinar que es por la calidad de persona que es, está mal crear prejuicios, pero con todo lo que Natalie me ha contado sobre esta persona es muy difícil que pueda imaginarme algo bueno—. Anton, ella es mi hija y él es su esposo, David Schmitt ¿cierto? —pregunta en mi dirección, viendo entre Natalie y yo alternadamente, asiento con una fingida sonrisa.

—Así es. Es un placer conocerla al fin. —Extiendo mi mano en su dirección, la cual ella toma y sonríe. Anton saluda a Natalie, Constanza con un gesto característico de su persona le sonríe con humildad mientras su madre le toma el brazo en una actitud que se me hace posesivo, lo que estuviera bien a no ser porque es su hija la que tiene al frente.

—¡Vaya! —habla el tipo—. El parecido entre ustedes es impresionante.

Veo la sonrisa de Olivia, incómoda. Un poco inquieta. No soy muy bueno con el lenguaje corporal, pero si puedo notar cuando alguien está tenso, medio distraído y medio torpe, lo que me indica, como me lo imaginé, que no fue un comentario de su agrado. De inmediato cambia la plática y pregunta si podemos tomar lugar a lo que yo doy una afirmación y sostengo la mano de Natalie para volver a nuestros asientos.

Anton, elogia la elección del vino luego de servirse una copa. Le sirve un poco a Olivia quién de inmediato toma un sorbo mientras su novio habla muy bien del lugar donde estamos, finalmente Olivia es quién desvía la conversación y se dirige a mi persona.

—Y bien, ya que somos familia. Cuéntanos un poco de ti, David ¿puedo llamarte así, cierto? —No, quiero decirle que se dirija a mí con respeto, como señor Schmitt o que mejor no me llame de ninguna forma, que simplemente no me dirija la palabra, pero tengo que dar una buena impresión así que me muerdo la lengua y mejor trago vino. Asiento en respuesta y ella continúa— ¿A qué te dedicas?

—Soy gerente —contesto con un leve asentimiento, no mencionaré, ni de coña, que me despidieron, pero también no está mal alardear un poco—. También soy inversionista, poseo acciones de algunas empresas. —Aunque le agrego un poco de falsa modestia a mi respuesta—. Pero nada impactante.

Silencio de parte de Olivia, me limito a tomar el vino de mi copa viendo entre ella y Anton,

quienes tienen una mirada curiosa sobre mí.

—¡Vaya! —habla él. Puedo ver la sonrisa amplia que esboza, algo que no se asoma ni por cerca en la cara de Olivia—. Eso es genial, una persona muy joven en este negocio es algo impresionante.

—Anton también es inversionista —dice Olivia de inmediato—. Tal vez podamos un día reunirnos todos en familia, ustedes dos tendrán mucho que hablar.

Anton asiente, y yo solo muestro una sonrisa que deja abierta la opción aunque no del todo. Al menos, el tipo se mira alguien humilde, él no habla demás, mientras que Olivia se encargó de hacernos saber casi todo el currículum de su supuesto novio, lo que me ha dejado un sabor amargo en la boca, porque me hace saber que en realidad, su madre cree estar en una competencia con Natalie.

Opino que mejor debería salir con un psicólogo.

—¿Ya no sigues trabajando en el programa de televisión? —Cambia drásticamente de tema por fin y yo casi quiero agradecerle, su atención está puesta en Natalie quién parecía estar absorta de la situación, como si ya estuviese acostumbrada a todo este tipo de comentario—. Angelique nos hacía sintonizarlo todos los días y vimos que otra persona estaba en tu lugar.

—Dejé el empleo hace un tiempo —le contesta Nat. El camarero se acerca a nosotros y cada quién hace su pedido. Algún platillo elegante de esos difícil de pronunciar es el que pide la señora Olivia, mientras todos nos decidimos por algo más práctico. El joven se retira y de inmediato, de nuevo Olivia, vuelve su atención a su hija.

—¿Así que lo dejaste? Creí que te habían despedido. —Mal asunto, ya vamos mal y apenas esto está iniciando. Me remuevo incómodo porque tengo una bola de malas palabras atorada en la garganta que mueren por salir a la luz y decirle a esta mujer lo que nadie le ha dicho antes—. Digo, no tenías mucha experiencia en la televisión.

—No, conseguí otro —la interrumpe.

—El programa de televisión era algo sensacional, lo mejor que le haya podido pasar a una persona que desperdició su tiempo en la universidad estudiando… lo que sea que estudiaste, ya ni lo recuerdo.

Me tenso, que alguien me sostenga ahora. Casi puedo proyectar en mi cabeza una imagen de mi persona atacando a esta mujer como un león a su presa en esos documentales de Animal Planet. Natalie se incomoda, lo sé, aunque no demuestra nada en su gesto, solo la veo tragarse todo lo que tiene ganas de decir porque ella es así. Puedo pensar que está acostumbrada a este tipo de comentario, pero eso está mal, terrible, cuando proviene de tu progenitora.

—Es Bellas Artes. —La escucho decir, sin inmutarse—. La verdad que si pudiera devolver el tiempo no elegiría otra cosa.

—¿Y eso te ha servido de algo ahora?

—Natalie hace el maquillaje artístico de un programa televisivo de ciencia ficción muy popular a nivel internacional —intervengo, no puedo evitar el leve tono de fastidio en mi voz—, la felicito por dar a luz a una artista.

Natalie golpea de manera leve mi pierna con su pie, yo solo la miro de reojo ignorando sus protestas y me llevo a la boca mi copa de vino para evitar decir más cosas que tengo ganas de hacerle saber y tal vez no debo, al menos no ahora, pero en su momento saldrán y no serán buenas.

—¡Guau! —musita Anton, también viéndonos con gesto de incredulidad, pero al mismo tiempo con cierta curiosidad— ¿Eres artista?

—Lo es y la mejor —exclamo viéndola por un instante, su mano está ahora reposando

sobre la mesa, por lo cual, entrelazo mis dedos con los suyos a propósito—. En toda mi vida he conocido miles de ingenieros, economistas, maestros, catedráticos, pero muy pocos artistas, porque ese es un don que no se adquiere en ninguna escuela.

Ninguna de las dos personas frente a nosotros dice algo, miro mi copa y muevo la copa haciendo un leve movimiento circular para remover el líquido rojo dentro restándole importancia al resto, el camarero llega con nuestros platillos, lo que agradezco mucho porque necesito tener la boca ocupada en algo.

—No me habías dicho que tu hija era una artista —habla el hombre junto a la persona que dice llamarse madre dándole su atención a ella, pero de inmediato se vuelve a nosotros—: Y David tiene razón, de joven yo quería ser pintor, pero nunca me salió bien entonces decidí estudiar Ciencias Económicas.

Le sigue un asentimiento de mi parte con una sonrisa, mientras miro a Olivia intentando corregir su error.

—Te comenté que no hablamos mucho desde que se mudó a Nueva York —comenta después de un buen rato—. Fue un orgullo para todos en casa que tuviera trabajo en una cadena grande de televisión, pero no me había dicho nada sobre este nuevo empleo. Esta era una noticia que podíamos haber celebrado en familia.

Si la hipocresía tuviese un nombre, creo que se llamaría Olivia.

—Y Bellas Artes es una carrera increíble. —Este señor tiene más puntos conmigo que la propia madre de Natalie—. No es para cualquiera, tienes que ser una persona multifacética para lograr terminar una carrera así.

—Tiene que ver los retratos que hace mi esposa solo con un papel y un lápiz. —Sí, he dicho esposa en voz alta—. O los paisajes que pinta tan realistas y las cosas escalofriantes que hace en el programa de televisión.

—Eso me encantaría —habla Anton de nuevo, dejando de cortar un pedazo de carne.

—Puede visitarnos a nuestra casa cuando quiera, señor Van der Vaart. —Otro golpe en mi pie y este un poco más fuerte que casi me hace tirar el vino de regreso a la copa.

—Sí, revisaré mi agenda. No estaría mal una visita a Nueva York.

La madre de Natalie no ha dicho nada, se ha limitado a guardar silencio y comer su ensalada con un nombre extraño pero que para mí es solo lechuga y pollo. Su hija tampoco habla al respecto y el señor Anton es el único que parece dispuesto a continuar la conversación.

—Veo que la amas —me habla Anton cuando justo estoy tragando un bocado de mi cena y casi me atraganto—. La forma que hablas de ella es increíble. Tu hija aparte de talentosa es muy afortunada, Olivia.

La mencionada solo le sonríe en respuesta y no dice nada.

—El afortunado soy yo, señor Anton. —Le muestro una sonrisa y no me atrevo a ver el gesto de Natalie en estos momentos, al menos no me golpeó la pierna de nuevo, supongo que lo hice bien. Solo espero que no me pregunte sobre esta plática de hoy, porque no creo que haya mentido con algo que dije y tampoco quiero tener que dar explicaciones.

CAPÍTULO 51

David

El resto de la cena fue silenciosa.

Lo cual agradecí interiormente porque otro comentario despectivo por parte de la señora Olivia hubiera desatado mi ira, junto al monólogo que venía preparando mentalmente por si las cosas se salían de control.

Olivia guardó silencio y me di cuenta que me caía mejor cuando tenía la boca cerrada, mientras que el señor Anton solo se encargó de hablar de negocios conmigo. El señor van der Vaart, voy a admitir, me ha caído mucho mejor que la propia madre de Natalie, aún no entiendo cómo puede una persona como él, salir con una mujer con ella.

Natalie, por su parte, tampoco estuvo cómoda después de las interacciones con su madre. Yo tampoco, pero a diferencia de ella yo no pude disimularlo. Tanto así, que a la hora de despedirnos, no me acerqué a ella y un gesto fue suficiente para decirle adiós. La verdad que no me importa la imagen que debe tener de mí, pero quiero que sepa que ella no me cae bien, en lo absoluto.

—Fue un gusto conocerte, Natalie —habla el señor Anton, extendiendo su mano hacia ella. Olivia había ido al baño a retocar su maquillaje. Anton se vuelve a mí con el mismo saludo—, igual a ti, David.

—Lo mismo digo, señor Van der Vaart —contesto, con un asentimiento y un apretón de manos. En ese momento la madre de Natalie se está acercando a nosotros y toma la mano de su novio para salir del lugar.

—Llámame Anton —me dice, para girar e ir en dirección a Olivia—. Espero que, a partir de hoy, nos veamos más seguido.

Dibujo una media sonrisa observándolos retirarse, yo la verdad no espero que nos veamos más seguido; y no es precisamente por él, sino por ella. Escucho un bufido de parte de Natalie, que me hace verla con intriga mientras toma su bolso y se vuelve a mí:

—¿Vamos por un trago? —pregunta, colgando su pequeño bolso con correa fina sobre su hombro. La miro por un instante con un gesto de preocupación fingido mientras le doy el último trago de vino a la copa.

—Aún no me repongo de la borrachera de ayer —contesto, tendiéndole mi brazo—, pero a la mierda ¿Quién quiere hígado?

Suelta una risa, caminamos juntos hacia el parking, en completo silencio. La verdad, no quiero hablar sobre lo que ha pasado en esta cena y espero que ella tampoco. A cierta distancia observo a Anton y Olivia subir a un deportivo curiosamente aparcado a la par de nuestro vehículo. Agradezco haber rentado un auto antes de venir a este lugar porque moriría de vergüenza tener que subir en la cosa amarilla de la abuela de Alex frente a ellos.

Ambos pasan cerca de nosotros, Anton toca el claxon y con un asentimiento me despido nuevamente, me limito a seguir a la par de Natalie sin decir nada hasta que llegamos al auto. Le ayudo a subir del lado del copiloto y en un instante subo de mi lado frente al volante.

—Bien, ¿Dónde quieres ir? —le pregunto, ingresando la llave en el lugar correspondiente. Su vista está puesta en la ventana lateral y de inmediato se vuelve a mí.

—Hay un lugar bastante cerca de aquí, ¿Quieres bailar? —Me rio, no, por supuesto que no.

—Ya te lo dije, si no estoy lo suficientemente borracho yo no bailo. —Se baja del vehículo y la miro con curiosidad rodear el coche. Abre la puerta del lado donde estoy y tiende su mano en dirección al asiento del copiloto.

—Muévete —ordena, ruedo los ojos. No digo nada, me cambio de lugar pero sin bajarme del auto. Solo escucho la risa de Natalie y, acto seguido, queda frente al volante mientras yo intento acomodarme en esta cosa. Cierra la puerta del coche y pone en marcha el vehículo.

—Bien ¿cuáles son tus planes esta vez? —Se me ocurre preguntar después de algunos minutos de viaje.

—Voy a emborracharte, para que después bailes conmigo.

Me río de nuevo, la dejo llevarme hasta ese lugar que ella quiere ir, sin quejarme y sin repetir, una vez más, que ni de coña bailo sobrio. La veo tranquila, como si en realidad la situación con su madre no la afectara del todo o es costumbre, pero a mí aún me salen humos por las orejas solo recordarlo.

—¿No te afecta? —Ella frunce su entrecejo, pero no despega la mirada del parabrisas—. Digo, tu madre siendo tan gilipollas. —Es lo único que se me ocurre preguntar, aunque después me arrepiento, tal vez era mejor olvidar esto por su bien psicológico y el mío.

Pero no se inmuta, nada en su cara cambia y solo se encoge de hombros con las manos en el volante y sus ojos en la carretera.

—Es Olivia —contesta, con cierto desdén que me parece resignado—, estoy más que acostumbrada a sus comentarios. Por un momento pensé que te encontraría un defecto y me lo diría frente a todos.

—Será hija de pu… —Me detengo, la miro y tiene una leve sonrisa marcada en el rostro —. Lo siento. —Aclaro mi garganta, dije que no iba a mencionar tantas malas palabras y tengo que cumplir lo que dije—. Entonces ¿eso significa que no encontró un defecto en mí?

—Al parecer no —suelta, se detiene en un semáforo y me mira a mí—. Anteriormente, cualquier chico que le presentaba decía cosas sobre tener las orejas muy grandes o ser muy pálido o tener los pies torcidos.

—¿Qué? —Me rio, porque es una estupidez tremenda. Ella se ríe conmigo y al cabo de un rato ya mi ira se va esfumando, ya me siento relajado y tal vez baile un poco sin necesidad de alcoholizarme antes.

—Si vamos a bailar, debes saber que no soy tan bueno.

—No es verdad —me contradice pone el auto en marcha de nuevo cuando la luz se cambia y me limito a ver las calles—. Ya has bailado conmigo y no lo haces mal.

Tan solo transcurre un corto tiempo cuando está aparcando frente a un lugar. No es elegante, parece un pequeño refugio de piedra natural y al bajar del coche puedo escuchar cumbia o salsa, la verdad que no sé ni qué tipo de música es, pero estoy seguro que ninguna de las dos va conmigo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, con mi entrecejo arrugado, mientras cierro la puerta del auto y Natalie activa la alarma.

—Un lugar de música latina, es muy bueno.

—¿Y pretendes que yo baile eso contigo?

—Luego de unas cuantas copas te saldrá muy natural, no te preocupes. —Me vuelvo a reír, solo espero que no haya cámaras porque no quiero que esté registrado el día que hice el ridículo bailando salsa, aunque me han grabado en peores condiciones y con bailes más horribles.

Natalie toma mi mano, parece conocer el local como la palma de su mano. Luego de entrar

y fijarme en toda la cantidad de personas que iban y venían. Natalie continúa arrastrándome entre la multitud y bajamos unas gradas hasta llegar a un saloncito, me gusta el lugar elegido, hay menos personas y la música está con un volumen más bajo, lo cual agradezco, porque esta música a ese volumen no va con mis tímpanos. Unos sillones de piel adornan el lugar, se ven bastante cómodos, o eso es lo que creo, cuando me siento y me quedo ahí un ratito me doy cuenta que se me ha dormido el culo y parte de un testículo.

—Creo que es mejor ir a la barra —le digo a Natalie, cuando la observo llegar con un par de tragos en manos y es que cuando habló de emborracharme hablaba en serio, eran unos copazos gigantes con un sombrilla y azúcar en el borde.

—¿No estás cómodo? —pregunta tendiéndome el licor. El cual miro con vacilación pero que igual me lo pasaré entre espalda y pecho.

—No del todo. —Omito las partes de mi cuerpo que se durmieron y le extiendo mi mano en la dirección mencionada. Ella camina conmigo hacia la barra cuando la gente comienza a aplaudir, chiflar y de todo. Llama mi atención y miro hacia el escenario, tomo una banqueta junto a Nat quién también mira la escena frente a nosotros.

—¿En serio te gusta este lugar? —le hablo, ella asiente mientras le da un trago a la copa que lleva en manos.

—¿Tú no? —Hago un gesto, que ella interpreta de inmediato y se ríe. Aunque el lugar está bien, pero si sonara otro tipo de música y hubieran personas que no estuvieran vestidos con piñas o flores tropicales.

—Creo que no estamos vestidos para la ocasión —le digo, viendo pasar a un tipo vestido como Michael Jackson. No encuentro la relación entre el traje y la música salsa.

—Habrá un concurso del mejor imitador de celebridades —me dice, como leyendo mi mente— ¿Quieres participar? —Suelto un risa irónica y mejor me trago el licor.

—Si me paso de copas es muy probable que termine ganándole a todos —me mofo, pero en realidad ya no sé qué esperar de mí cuando estoy borracho.

Su vista de nuevo se pierde en el escenario cuando las luces se apagan y una tenue iluminación verde y azul es la que alumbra el lugar, llama mi atención cuando se cambia la música a algo mucho más movido y salen fuegos artificiales de ambos extremos de la tarima.

—Muchas gracias, David. —Escucho a Nat, sus palabras me desconciertan, aunque su vista está puesta al frente, estamos bastante cerca como para escuchar lo que decimos aún con el ruido de la música.

—¿Porqué?

—Por lo de hoy, por lo que le dijiste a mi madre…

Elevo la comisura de mi labio al mismo tiempo que le doy un sorbo al copazo y la miro por unos instantes.

—Y esto que no le dije todo lo que pensaba decirle, lo guardaré para la próxima.

—No habrá próxima. —Se encoge de hombros. Su vista sigue puesta en el escenario aunque yo me giro por completo para quedar de frente. Me siento tan cómodo con la cercanía y al parecer, ella también.

—¿Por qué? ¿No piensas volver a verla?

—La próxima vez le diré que nos divorciamos.

—No puedes hacer eso. —Mis palabras, que en realidad intento hacerlas sonar como irónicas, suenan como desesperadas y quiero ahogarme con este trago por lo cual rectifico lo que dije con otra mitad verdad y mitad mentira—. Estaba disfrutando contradecir a tu madre.

Ella niega con su cabeza, con un gesto divertido y despreocupado. Se lleva la copa a la boca

y yo solo observo como toma un sorbo con delicadeza, veo el movimiento de su garganta al tragar el líquido y mis ojos se van más abajo, donde específicamente su pecho resalta sobre el vestido negro de un solo hombro que lleva puesto.

—¿Qué hay de todas las cosas que dice tu madre, Natalie?

—Ya no me importan, la verdad. ¿Qué puede decir una mujer de mantener un matrimonio si se ha divorciado dos veces?

Buen punto, aunque no sé qué sentir al respecto. No sé ni siquiera qué decirle.

—No es justo que después de la actuación que hice hoy le digas a tu madre que te divorciaste, ¿Entonces dónde quedó mi esfuerzo? —indico con ironía. Natalie se ríe, deja la copa sobre la barra y gira su torso en mi dirección, nuestras piernas se entrelazan por la cercanía, pero no hago nada por moverme. De soslayo miro sus piernas y contengo las ganas de pasar mis manos por ahí.

—Muy buena actuación, por cierto. En serio, te lo agradezco. —Nuestras miradas se conectan por unos instantes, una fracción de segundo que se siente eterna.

—No fue actuación Natalie —me sincero—, en realidad sí estoy orgulloso de ti. Si tu madre no puede ver la calidad de hija que tiene merece una cachetada… con un ladrillo. —Una leve risa se me escapa y Natalie, que, por unos minutos, se queda pensativa, reacciona al instante y me sonríe mientras toma la copa de nuevo entre sus manos—. Soy el ex esposo más afortunado del planeta tierra.

Ahora sí se ríe, levanta la copa y la deja en mi dirección.

—Por los ex esposos. —Le escucho decir y yo, con una sonrisa, levanto mi copa y la choco contra la suya.

—Por los ex esposos —repito, llevándome la copa a la boca y dándole un buen trago. Mi vista viaja a la pista de baile y miro las parejas moverse al son de la música.

—¿Vamos? —La miro.

—Ni siquiera he terminado este copazo, espera a que me emborrache bien para acercarme a hacer el ridículo a ese lugar. —Solo escucho su risa, deja su trago sobre la barra y me toma de la mano para tirar de mí hasta la pista, no puedo creer que vaya a hacer esto. De todas las cosas que he hecho por ella, al parecer el paracaidismo ha sido lo menos vergonzoso.

Dejo la copa XXL y me dejo guiar por ella a la pista. Miro alrededor para al menos copiar los pasos y como no hay forma de que pueda hacer eso de moverme sensualmente comienzo a hacer el paso del robot, donde ya nos habíamos colocado.

Natalie se ríe, se ríe tanto que hasta lleva sus manos tapando su rostro, y tiene que sostener su abdomen cuando comienzo a hacer los pasos de *Party Rock Anthem*, me detengo porque ya no solo es Natalie que está riendo y prefiero guardar lo de hacer el ridículo solo para cuando esté borracho y tenga la escusa: estaba tomado. Sus risas son tan elocuentes que me termina contagiando y luego soy yo el que se carcajea imaginando la escena que debí protagonizar en este lugar.

—Lo siento —le digo, reincorporándome. Dejando las risas de lado para mostrar mi faceta seria, acomodo mi corbata y con una pose erguida le tiendo la mano—. Ahora sí ¿quiere bailar conmigo señorita, esta música de…?

—Celia Cruz —contesta.

—Bueno, Celia Cruz —repito, mi mano sigue extendida hacia ella. También se recompone acomodando su vestido y toma mi mano con un asentimiento.

Comienza a mostrarme algunos pasos e intento seguirla aunque me siento ridículo. Se me hace mejor el breakdance y esto que no sé ni cómo puta se hace. Me rio de mí mismo porque no

tengo idea de lo que estoy haciendo, Natalie se ríe conmigo y continúa a pesar de que estamos haciendo el ridículo, aunque ella lo hace perfectamente bien, yo no soy un digno compañero de baile suyo.

—¿Sabes? —le digo, después de varios minutos intentando seguirla. Me acerco a su oreja para hablar y siento un escalofrío atravesarme la espalda al tenerla así de cerca—. Dado que estoy haciendo el ridículo, no me vendrían mal unas clases.

—Pero no lo haces mal.

—Lo dices solo porque tienes miedo que deje de ser tu amigo. —Se echa a reír de nuevo y yo no sé cómo es posible que se divierta tanto con mis tonterías, pero me gusta, me gusta ser estúpido de vez en cuando. Continuamos de esa forma hasta que ya siento que mi cuerpo suda y no es para menos si estoy de saco y corbata, terminaré mi noche con mal olor en las axilas.

—Por cierto, yo te debo agradecer a ti —le digo yo esta vez a ella. Su gesto se torna curioso y enarca una ceja al mismo tiempo que da una vuelta y se queda frente a mí.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por no avergonzarte de mis estupideces. —Se vuelve a reír, me hace darle otra vuelta y a mí ya me duelen los pies y esto que siento que no estoy haciendo nada.

—Yo no las considero estupideces, David. Me gusta cómo eres, me haces ver las cosas desde otra perspectiva, una más divertida y menos adulta, no estaba teniendo un buen día, llegas tú y simplemente me haces olvidar todas las cosas por las que estoy pasando. —Hay un momento en el que nuestras miradas se conectan, nunca había escuchado eso de parte de alguien en mi vida y se siente tan bien, es como una liberación, ser yo mismo con alguien no me había pasado nunca—. Así que, la verdad no hay nada que te cambiaría.

Da otra vuelta, una sonrisa inconsciente se me escapa de los labios y una canción menos movida y un poco más romantizada comienza a hacerse sonar por el lugar, bien, creo que con esta si puedo.

—Creo que tu música va de mal en peor —le digo, sus labios se curvan. Miro alrededor y lo único que hacen las parejas es unirse, tomar la cintura de la chica y comenzar a cambiar de pie para moverte de un lado a otro, bueno creo que sí, puedo hacer esto.

Se acerca a mí, me rodea con sus brazos y la escucho transpirar cuando su rostro se pega al material de mi saco. Nos quedamos ahí un rato, se me hace eterno, tanto así que cierro mis ojos mientras envuelvo mis manos en su torso. Su cabello se pega a ambos lados de su cara, aunque ella aún huele bien, si yo apesto en este momento tendré que demandar a Hugo Boss.

—¿Huelo mal? —le pregunto, ella levanta la mirada y me observa con auténtica curiosidad plasmada en su rostro.

—¿Es en serio? —Creo que no tengo cara de estar bromeando, lo dije de forma discreta viendo alrededor procurando que nadie me haya escuchado.

—Por supuesto. —Ella se ríe y comienza a olisquearme, en frente de todos, su nariz se pega de mi cuello y siento un escalofrío recorrerme entero, por Dios, esa es mi zona débil, pero no la cachonda, la débil, esa que te puedes retorcer en el suelo de risas y eso no es nada sexy.

—Nat. —Hablo entre risas—. No hagas eso.

Ya hasta me están llorando los ojos de soportar carcajadas porque aquí no puedo simplemente dejarme llevar por la circunstancia. Me rio más fuerte porque ella no deja de hacerlo, aún con mis protestas, con mis regaños, con mis formas de apartarla de mí, todo eso es inútil.

—Natalie, basta. —Continúo riéndome, hasta que hago un esfuerzo sobrehumano soportando las cosquillas y tomo sus manos llevándolas hasta atrás de su cuerpo, la inmovilizo

pegándola más a mí, no la dejo moverse, aún con sus intentos por zafarse de mi agarre ella comienza a reír.

—Estoy segura que esto no se baila así.

—Yo tampoco, pero al menos nadie nos está viendo. —Su boca a unos centímetros de la mía, casi puedo sentir su aliento, ella cierra los ojos y comienza a moverse al ritmo de alguna música de Ed Sheeran que justo ahora no recuerdo el nombre. Me hace sonreír verla así, solo la luz tenue del lugar golpea su rostro y dibuja todas las figuras maravillosas que tiene su cara.

Ella abre sus ojos poco a poco, hasta quedar su vista sostenida en la mía.

—¿Qué? —Pregunta, me doy cuenta que tengo esa sonrisa estúpida en la cara y cambio mi gesto aclarando mi garganta. Ahora es ella la que se ríe.

—Na… nada. —Voy soltando mi agarre con cautela y envuelve sus brazos en mi cuello de una manera especial, de una forma tan… cercana.

Acerco mi rostro poco a poco, hasta que nuestras narices se rozan y nos mantenemos así, mientras rodeo su cintura con mis brazos. Está solo a unos centímetros y sin dudarlo, presiono mis labios contra los suyos, es un beso suave, cariñoso uno de esos que se sienten tan bien y tan mal al mismo tiempo, uno que me hace recorrer electricidad desde la base de mi cabeza hasta la punta de mis pies.

Siento que el mundo se detiene en este instante, que hasta la música deja de sonar solo por este momento en que mis labios se encuentran unidos contra los suyos. Siento mi celular vibrar en mi bolsillo, pero no le doy mi atención en este momento, Natalie se separa de mí y nuestras frentes quedan juntas, nuestros ojos se conectan por un momento y me doy cuenta que esta mujer me gusta, me gusta más de lo que debería.

CAPÍTULO 52

David

Me limito a verla, a admirarla así, tan cerca. Sus ojos se cierran de nuevo y miro un mechón de su cabello oscuro caer sobre su rostro, lo llevo detrás de su oreja al mismo tiempo que ahueco su rostro en mis manos y deposito un último beso en sus labios, ella me sonríe en respuesta y corresponde el beso, mañana culpo al alcohol, sí eso voy a hacer. Me dejo guiar por la música lenta y dejo que Natalie acaricie mi cuello y su mano recorra mi espalda hasta detenerse justo en mi cintura, ahí me rodea con sus brazos y se separa de mí para acomodar su rostro en el hueco de mi mandíbula.

Nos quedamos así, por unos minutos más que a mí me parecieron horas. Hasta que la música cambió de pronto y más personas comienzan a aglutinarse en la pista. Me quedo con ella en la misma posición hasta que toma mi mano y me hace dar una vuelta junto a ella. Suelto una carcajada, me adapto al nuevo ritmo y esto es algo más... ¿sexi? la observo bailar alrededor de mí, mover las caderas y rozarme partes que no debería.

Carajo, mejor le pido que nos vayamos o terminaré mi noche en el baño, utilizando mi mano derecha, con un envase de vaselina.

—¿Nos vamos? —siseo, cerca de su oído, aspirando ese aroma que desprende su cabello y se mezcla con ese olor exquisito de su piel. A una distancia prudencial porque justo ahora no quiero que se dé cuenta lo que me ha provocado.

Ella me mira y asiente, con una voz suave y aterciopelada me dice:

—¿Sabes? Me gustaría hacer algo de lo que me arrepienta mañana. —Definitivamente su comentario llama mi atención, más por la forma pausada que habla, porque específicamente a mí se me ocurren muchas cosas que hacer ahora de lo que me arrepienta mañana, mucho más cuando el alcohol ya se me ha asentado en la cabeza.

—¿Algo como qué?

—Un tatuaje.

Me quedo estático.

—¿Un tatuaje? —Ella asiente, con un entusiasmo que me aterra y la miro a los ojos con toda la seriedad que he podido recoger, si antes tenía un gesto picarón en mi rostro, ahora es de completa confusión y creo que no he escuchado bien, por lo que agrego—: ¿es en serio?

Vuelve a asentir, con una sonrisa al estilo el Joker y dice:

—Sí, deberíamos tener el mismo tatuaje. —No, no quiero ni pensar en la idea de una aguja contra mi piel, nunca en mi vida he considerado tener un tatuaje y no lo haré justo ahora—. Sería divertido.

—No, no, no, no. —Bien, lo he dicho muchas veces, pero quiero que quede claro, tiro de ella para salir del sitio aún ante su resistencia y su risa—. Estoy bien sin tinta por ningún lado.

—David —protesta, aunque puedo notar el aire de diversión que me mezcla en su tono —, sería divertido tatuarnos lo mismo.

—¿Para qué? ¿Para parecer que somos parte de una secta? —Se carcajea, hace resistencia al momento de estar saliendo de aquel lugar y me detengo para volverme a ella.

—Le temes a las agujas…

—No. —Me rio, la tomo de la mano para emprender mi camino hacia el parking, milagrosamente sede de inmediato, pero continúa:

—Y también las alturas.

—No, no tengo nada contra las agujas o las alturas —reafirmo, ella solo deja salir una carcajada y a mí no se me hace nada de gracia recordar eso.

—¿No eres tú el que habla de la importancia de vencer los miedos?

—Yo no…

—Lo leí en la entrevista que te hicieron el año pasado. Te busqué en Google cuando me casé contigo.

Me detengo y la miro.

—Eso es acoso.

—¿Qué? Tenía que saber si mi esposo era un maniático. Lástima que internet no me dijo sobre tu colección de ropa interior de Batman.

La miro con desaprobación al mismo tiempo que se me tiñe la cara de vergüenza y ella suelta una carcajada ante mi expresión. Creo que mejor sigo mi camino y finjo que no he escuchado nada de esto.

—Pues, soy un maniático, pero ya debes saber eso.

—Bueno, eso ya lo sé. Vamos, ven conmigo. —Sé que me va a convencer, no sé ni siquiera para qué hago resistencia, puedo oponerme en diversas ocasiones, pero al final del día voy a terminar conduciendo hasta donde ella me diga.

—¿Tengo otra opción?

—No. —Tiene una gran sonrisa en su cara, una que me dice que no va a descansar hasta ver cómo me manchan la piel y mañana si será algo de lo que esté arrepentido. Pero haré resistencia, sí que lo haré, no puedo ser tan fácil con Natalie.

—Pero dejo claro desde ya que no me haré el maldito tatuaje.

—Como quieras. —Toma las llaves en mis manos, las había sacado hace unos momentos cuando divisé el vehículo. Ahora ella va camino al auto y yo, me limito a seguirla porque, reitero, no tengo de otra.

Conduce por unos varios minutos, hasta que estamos en una zona muy en el centro de la ciudad, bastante calma y elegante, me señala el lugar pequeñito con un logo de una enorme aguja de frente.

—Aquí es. —Me dice, apagando el auto después de aparcar muy cerca. La zona de parqueo llama mi atención, porque es perfecta si quieres hacer algo dentro del auto antes de irte, pero mejor saco esa imagen de mi cabeza. Miro el árbol que tapa la luminaria y ese es el motivo por el cual no se ve casi nada en esta zona.

Salgo justo después que Natalie lo hace, la veo caminar hacia el sitio y yo solamente camino detrás de ella con cautela, hasta que estamos frente a las dos puertas de vidrio, que se abren automáticamente con nuestra llegada.

Veo a Natalie ir hasta recepción y doy un vistazo alrededor, fotografías de tatuajes, una bestia en el brazo de un tipo, una serpiente envuelta en una rosa y me acerco a una que no logro divisar bien a la distancia, cuando estoy más cerca, me doy cuenta que en realidad sí había visto bien y era una vagina sobre la rodilla de un hombre.

Vaya, vaya…

—Le dije muchas veces que si en realidad quería tener el coño de su novia en su rodilla y me dijo que sí. —Escucho a mis espaldas, una voz ronca y un tanto tenebrosa me hace girar

sobre mis talones de inmediato, la imagen que captan mis ojos es tan maquiavélica como me la había imaginado, es un tipo enorme, tal vez más de dos metros, con los brazos trabajados en gym, pero se nota que dejó de hacerlo hace mucho tiempo porque donde debía haber masa muscular hay un montón de grasa y celulitis, cubierto de tatuajes hasta los dedos.

—Genial, todo un trabajo artístico —contesto, mirando de nuevo el tatuaje. Intentando descifrar si en realidad es cualquier vagina o en realidad le trajo alguna foto o algo así.

—Me trajo una fotografía —dice, y yo me giro consternado. ¿Acaso también lee mentes? Pero no solo por eso, si no, por lo que acaba de decir, le trajo una fotografía de una vagina—. Te lo digo porque todo mundo me lo pregunta y sé que vas a hacer lo mismo.

Creo que tiene sentido.

—Pues, gracias por la explicación. ¿En serio te trajo una fotografía de la vagina de su novia?

El sujeto asiente, se encoge de hombros, como si en realidad no le pareciera nada del otro mundo.

—Quería que le pusiera en un texto «el coño de mi novia es la mejor», pero después lo convencí de que no lo hiciera, ¿puedes creerlo? —Se ríe, de una forma tan tenebrosa desde el fondo de su garganta, si este tipo te sale a media noche con ese aspecto y esa risa, te puedo asegurar que te cagas del miedo, al menos yo lo haría. Él está viendo una maquinita en ese momento, limpiando algo sobre ella y se vuelve a mí otra vez— ¿Vas a tatuarte?

—Oh no… vengo con alguien que quiere…

—Jackson. —La voz de Natalie me interrumpe, no la logro ver porque el cuerpo del tipo enorme bloquea la visión de su imagen y él se vuelve a ella.

—Natalie —exclama, vaya… se conocen…—, pero qué milagro que estés por aquí. —Ella se encoge de hombros, a medida que el tipo se acerca a saludarla puedo divisar un poco de su imagen. Lo único que se me viene a la mente cuando veo a estos dos juntos es la película de la bella y la bestia, pero él no creo que se convierta en un príncipe, claro— ¿Tú vienes con este?

Este tiene nombre, Jackson.

—Oh sí, él es David. —No agrega nada más. La bestia me extiende su mano y casi me da miedo tomarla por si le parece divertido estrujarla o algo así. Mis dedos se ven tan pequeños a la par de los suyos, de hecho, todo yo soy con una especie de insecto a la par de su enorme cuerpo y esto que soy un hombre alto—. Él es Jackson, íbamos a la escuela juntos.

—¿En serio? —interrogo, tomando su mano con vacilación, pero así como la extendió se fue y agradecí que dejara mis dedos intactos. El sujeto llamado Jackson asiente—. Disculpa, pero ¿Qué edad tienes?

—Tengo casi veintitrés. —Voy a admitir que me asombra, porque tiene una barba frondosa que casi le pega al pecho y su imagen es tan aterradora que me hace sentir como un tigre sin dientes. No parece un tipo en sus veinte—. Era el más joven de mi clase, de hecho. ¿Vamos?

El sujeto de casi veintitrés años nos dirige hacia un minúsculo espacio donde están una silla y algunas maquinitas pequeñas en una mesita. Miro alrededor, al menos se mira confiable, un punto para el grandulón.

—¿Tú también vas a tatuarte? —pregunta Jackson, de nuevo, cuando ya le había dicho que no, que solo estaba aquí por ella.

—Dije que no…

—¿Por qué no? —Él está de espaldas, preparándose, supongo, para tatuar lo que Natalie le pide.

—Le tiene miedo a las agujas —dice Nat y casi quiero odiarla por eso, la miro con

desaprobación cuando se está acomodando en el lugar que la bestia le indica y tomo la banqueta cerca de ella para tomar lugar a su lado.

—No es verdad…

El tal Jackson se ríe, suelta carcajadas mientras se prepara y yo solo lo miro a él.

—Lo siento —me dice, tomando un lugar al otro lado—, la última persona a la que le escuché decir eso fue a mi hermano. —Y agrega—: Tiene cinco años.

Mejor guardo silencio, el tipo se calla finalmente y Natalie le indica lo que hará, algo sencillo y muy simple, que solo toma unos minutos, pero me sorprende cuando ella me toma la mano, a medida que el sujeto dibuja en la piel cerca de su muñeca izquierda y entrelaza sus dedos con los míos.

Fue un corto tiempo pero se me hizo eterno, justo al terminar suelta mi mano y me muestra el pequeño tatuaje que el tal Jackson ha hecho.

—¿Un pez? —le pregunto, al girar mi cabeza y ver las líneas que forman la figura. El pequeño tatuaje está en la base de su mano, a un costado de la muñeca.

—Sí, un pez significa libertad.

—Libertad… genial.

—¿Quieres hacerte uno igual?

—No, no, no. —Me rio, negando con mi cabeza al mismo tiempo que vuelvo a pronunciar más negaciones en mi boca—. No voy a tener al maldito nemo tatuado en mi brazo.

Escucho la risa de ella y el sujeto suelta una risotada al mismo tiempo que está revisando el aparato.

—Bueno —dice la bestia—, tenemos dragones, serpientes, el dios de la guerra, Gokú, tú eliges, pero tomarán horas.

—¿Horas? No, no, creo que estoy bien. —El sujeto se vuelve a reír, una risa tan burlona y la misma forma tenebrosa que suelta siempre, como dije, da escalofríos.

—Natalie ¿Esta señorita es tu novia? —habla con sorna, lo miro a él, con furia, aunque está concentrado en algo en sus maquinitas y no me mira.

Yo miro a Natalie, sé que ella entiende esta mirada que estoy mostrando justo ahora, esa que indica lo mal que me cae este sujeto llamado Jackson.

—Vamos, solo es una línea —dice Natalie—. Además, tu reloj puede taparlo en caso que no quieras que alguien lo vea.

—No puedo, mi trabajo…

—No tienes trabajo.

—Gracias por recordármelo, Natalie. Gracias por hacerme recordar que me quedaré pobre.

—Yo necesito un asistente —habla Jackson y yo solo miro hacia el techo intentando concentrarme en otra cosa para ignorar a este tipo—, pero mi requisito es que tengas al menos cinco tatuajes.

—¡Guau! ¡Pero qué oferta! Gracias Jackson.

—Y unos tres piercings. ¿Tienes piercings al menos?

—No.

Él se vuelve a reír y yo ruedo los ojos al cielo.

—¿De dónde sacaste a este señorito tan *tiquismiquis*, Natalie? —¿Qué diablos es *tiquismiquis*?

—Está bien, me haré el puto pez —hablo, Natalie da palmaditas y se pone de pie para darme el lugar. Miro al tal Jackson esbozar una sonrisa y preparar sus herramientas.

—¿Quieres hacerlo, Natalie? —lo escucho hablar. Miro a Natalie con los ojos abiertos de

par en par.

—¿Es en serio? —pregunto, ella solo muestra una sonrisa, una que me dice que aparte de que acaba de convencerme, me hará el maldito pez en el brazo.

—Claro, si te gustaría.

—Yo… eh… ¿Si es seguro, cierto?

—Natalie me hizo un tatuaje a mí —nos interrumpe el tipo. Se saca la camiseta e intento no concentrarme en su gran estómago. Me muestra una serpiente en su espalda y, la verdad, que no me sorprendería si Natalie sabe hacer esto también.

—¿Es en serio? —La miro y asiente con entusiasmo. Pero no puedo negarme ni siquiera a esto cuando esos preciosos ojos marrones me miran de esta forma—. Bien, hazlo. Que sea rápido, por favor.

¿Ya qué? Total y como dije, termina por convencerme. La dejo que lo haga, cierro los ojos con fuerza cuando la aguja toca mi piel y respiro profundo con esa sensación de ardor que me invade en la zona de la muñeca. Natalie sostiene la máquina divertida y toma unos pocos minutos darme cuenta que ya pasó todo, respiro con alivio cuando se termina y casi tengo que agradecer al cielo cuando quedo libre y Jackson me da unas indicaciones.

—Bien, hermanas Tiffany y Brittany Wilson, están listas. —Miro al grandulón con furia, el tipo se retira con una gran sonrisa en el rostro y miro el tatuaje— ¿Sí han visto esa película? la de *¿Y dónde están las rubias?* ¿Cierto? La de los tipos que se disfrazan de mujeres blancas, ¿Puedes creerlo? ¿Cómo es posible que nadie haya notado que eran tipos…

—Jackson, sí la hemos visto —le corto, antes que me cuente toda la historia porque ya no quiero seguir un minuto más aquí. El sigue caminando hasta la puerta y susurro a Natalie—: Esto si será algo de lo que me arrepienta mañana. —Algo para arrepentirme el resto de mi vida, de hecho—. Un maldito pez en mi muñeca. ¿Qué voy a decir cuándo alguien me pregunte por esto?

—Ya te lo dije, que significa libertad, y te lo hiciste después de tu divorcio. Un buen mensaje cuando salgas con otra chica.

Me quedo pensándolo un momento.

—¿Qué tal si no quiero volver a salir con otra mujer?

Sus ojos se conectan con los míos en ese instante, justo cuando va a abrir la boca el sujeto llamado Jackson entra de nuevo y camina hacia nosotros, deshago el contacto visual y llevo mi vista a la manga de mi camisa.

—Toma. —Escucho la voz ronca de Jackson y levanto la vista, es un dulce. —Por ser un niño fuerte.

Se vuelve a reír y a mí no se me hace nada de gracia.

—Gracias… Jackson. —Tomo el maldito dulce porque no se me da ganas de desperdiciarlo. Natalie le devuelve la pequeña máquina a Jackson, algo en ella es diferente hoy, a pesar de lo que tuvimos que presenciar con su madre, está sonriente, como si nada hubiera pasado, envidio eso de ella, no recuerdo cuando fue la última vez que olvidé algo así de fácil, yo en su lugar ahora estuviese lanzándole maldiciones a mi progenitora si me hubiese tocado vivir con alguien así o tal vez es solo que ama verme sufrir y hacer cosas que nunca antes se me hubiese ocurrido hacer por alguien.

Dejamos el establecimiento de la bestia, me limito a atravesar el parking a su lado mientras miro de nuevo el jodido pez y busco la forma que voy a taparme esta cosa frente al caga-billetes para evitar ser avergonzado.

—Así nunca te vas a olvidar de mí. —Me habla en ese momento, esa frase hace que algo se me revuelva en el interior, le doy un vistazo con una media sonrisa marcada en mi rostro.

—Créeme que no te voy a olvidar. —No la estoy viendo en el momento que digo esas palabras, en el momento que hago contacto visual con su persona ella solo esboza una sonrisa y agrego—: Porque para bien o para mal, nunca se olvida a tu primera esposa, lo dice la ciencia.

Me encojo de hombros, ella me mira y se ríe, sostiene mi mano, cuando estamos a punto de llegar al auto, me dice:

—Me mudo este fin de semana. —Se me escapa un suspiro aunque no lo pretendo. Sin decir nada solo asiento en su dirección y vuelvo la vista al frente—. Puedes venir cuando quieras.

—Gracias. —Le digo en respuesta, intento lo más que puedo sonar relajado, como si en realidad no importara— ¿No te da miedo? Estar ahí sola, alejada…

—No. —Se ríe—. Me gusta estar sola de vez en cuando. Ya empaqué mis cosas.

Me quedo en silencio porque no sé cómo sentirme al respecto, no sé ni siquiera cómo se actúa en estos casos y no puedo decirle lo abatido que me siento por su decisión, aunque sabía que en algún momento iba a hacerlo, aunque nunca pensé que cuando llegara ese día iba a sentirme de esta forma.

Intento mostrarme sereno, indiferente, mientras desactivo la alarma de auto y abro la puerta para Natalie quién luego de darme las gracias entra sin decir una palabra. Hago lo mismo de mi lado y conduzco en silencio, hasta que llegamos a casa de los Carlin donde ella se está quedando, me detengo en la entrada, sin decir algo se desajusta el cinturón y me giro a ella.

—¿Y tú vas a olvidarme? —Sonríe, pero no me está viendo, mira el parabrisas en dirección a la casa de la familia de su amiga.

—Para bien a para mal, a tu primer esposo no lo olvidas.

—Creo que con eso me conformo.

Suelto una risita, al mismo tiempo que mi celular suena, antes que ella salga del auto le doy un vistazo rápido al aparato que saco de mi bolsillo, mis manos tiemblan en el momento que leo el texto.

Es un mensaje de mi abogado.

Dice que ya es oficial, estamos divorciados.

Me toma unas cuantas lecturas más darme cuenta de lo que en realidad dicen estas palabras. Natalie se acerca a mí y mira también lo que estoy leyendo, no veo su expresión en ese instante, no tengo idea de qué pudo sentir en su interior, pero cuando miro su rostro su expresión es serena, como si no le importara en realidad o simplemente no quiere hacerlo notar.

—¡Hurra! —dice, al mismo tiempo que yo trago saliva—. Bueno, bienvenido a la soltería de nuevo señor Schmitt.

Intento lo más que puedo reaccionar y reírme ante sus palabras, una vez más leo el mensaje de mi abogado y dejo de regreso el teléfono en mi bolsillo.

—Bueno, felicidades, ya eres una mujer soltera. —Mi voz está más grave de lo normal, tal vez por la serie de sensaciones que se amontonan en mi garganta que intento aclararme para hacer creer en realidad esto no me importa del todo o eso intento.

Los dos nos quedamos ahí en silencio, viendo al frente, ni siquiera sé por qué. Observo la carretera delante de mis ojos y después la casa de los Carlin que está tras una rotonda con una fuente cubierta de arbustos.

—Y ahora… ¿qué procede, Natalie? —Tengo su atención, ella me mira unos instantes con una media sonrisa.

—Seguir con nuestras vidas, emborracharnos y ligar en una discoteca, supongo.

—Pero yo no quiero ligar, ahora necesito un tiempo para encontrarme conmigo mismo. —Obviamente, eso lo he dicho con completa ironía. Natalie se ríe y yo con ella porque eso se

escuchó tan estúpido desde mi boca, pero lo que no comprende es que hay algo que es verdad en lo que acabo de decir.

—Bueno, mientras se encuentra a usted mismo señor Schmitt —dice, desajustando su cinturón y abriendo la puerta—. Entonces, llámeme.

Con mi gesto le digo que sí, nos quedamos viendo un momento, directamente a los ojos, en un gesto que se me hizo íntimo… cómplice. Se acerca a mí y deja un beso húmedo en mi mejilla, uno que me hace sonreír en el acto.

—Hasta mañana, querido ex esposo.

Me río con ella, la observo salir del auto y antes de que cierre la puerta del coche, me bajo y rodeo el vehículo, ella me mira con intriga. Le pregunto algo, una cosa que antes, ni de broma, me atrevería a cuestionarle, más que todo porque soy de actuar de manera directa, pero con Natalie me siento genuinamente diferente, si tuviera la oportunidad de cambiarle algo a mi vida para borrar aquel suceso en Las Vegas, creo que lo dejaría todo tal cual está.

—¿Puedo darte un último beso? —Pasan unos segundos antes que responda algo y es una risa, niega con su cabeza, pero sin pensarla demasiado, se acerca a mí y rodea mi cuello con sus brazos, nuestros labios se unen, mis brazos viajan alrededor de su cintura y después una de mis manos va hacia su cuello. Sé que no es el mejor lugar, que es muy probable que haya personas viéndonos, pero justo ahora es lo que menos me importa, lo único que quiero es disfrutar de estos labios de fresa, de esa manera delicada de besar tan suya y de esos dedos hábiles que se postran sobre mi mejilla, una serie de sensaciones se arremolinan en mi estómago y cuándo me percato que esto ha tardado más de lo que tenía pensado, me separo de ella y la miro a los ojos.

—Ahora sí, hasta mañana —le digo y ella se ríe, deposito un corto beso en sus labios y me alejo para, posteriormente, esconderme dentro de mi vehículo.

O eso es lo que me hubiese gustado que pasara, pero en realidad nada fue así. Natalie se bajó del auto y yo me congelé en mi lugar, simplemente la vi a través de la ventana levantar su mano para agitar sus dedos y simular un adiós con su mano, el claxon fue mi respuesta junto a una media sonrisa mientras me hacía la idea que estaba divorciado.

Es oficial, ya estoy divorciado.

Debería estar feliz, lo sé. Pero lo que siento no está ni cerca de eso.

CAPÍTULO 53

David

Natalie se mudó el fin de semana.

Pero yo no hice nada para que no lo hiciera; este era nuestro plan desde que todo esto empezó, divorciarnos y seguir con nuestras vidas.

Desde la noche que se quedó conmigo, apenas hemos hablado, fuimos en el mismo vuelo, pero no pudimos compartir más que unas miradas por la distancia de nuestros asientos. Su actitud es la misma, ella no ha cambiado en nada, me di cuenta el día que la llamé a petición del caga-billetes, algo relacionado con Alex después de su cena de cumpleaños y por algún motivo que no quise indagar no se pudo comunicar con ella. Cuando escuché la voz de Nat en mis oídos, quise hablar sobre muchas cosas, pero la situación de Oliver era prioridad, después de eso supe que había apagado su teléfono, desde entonces no hemos vuelto a conversar y creo que es lo mejor si queremos continuar con nuestras vidas. Al llegar hoy a mi hogar me encontré el camión de mudanzas frente a mi casa y lo vi llevarse unas pocas cosas que Natalie tenía aquí conmigo.

Me siento en los escalones que dan al frente, con mi copa de vino en manos y me doy cuenta que Camilo no está, lo cual agradezco porque no quiero hablar sobre esto con él, no después de que el otro día entre medio de borracheras, me dijera:

—Cuida a Natalie, es de ese tipo de mujer que cuesta encontrar.

Recuerdo haberme reído, aunque yo sabía que estaba en lo cierto y Steve lo miró dándole toda la razón y estrechó su vaso frente a mí esperando chocarlo contra el mío. Cosa que no hice por supuesto, fingí indiferencia mientras me pasaba el trago por la garganta.

—Es lo que le vengo diciendo a este muchacho —dijo el anciano, tomando un sorbo de su cerveza, los miré a ambos, sé que esperaban que dijera algo, así que me apresuré a contradecir.

—Ni siquiera hemos tenido una relación de verdad. Estoy seguro que ella no querría salir conmigo.

—¿Ya se lo preguntaste? —me interrogó la tortuga ninja, con la mirada fija en mí, como si quería decirme algo y tuve ganas de preguntárselo después, cuando Steve ya no estuviera presente y no pudiera recordármelo cuando estuviera sobrio. Pero lo olvidé por completo y ahora es algo que no me atrevo a cuestionarle.

—N… no, pero hasta el momento…

—¿Y tú? —me interrumpió de nuevo Camilo el ya no casado, según lo que me contó con Andi el divorcio iba a ser algo duro, porque ella no quería hacerlo desde que le dijo que quería a otra persona y, además, ella le había dicho que pelearía la casa y el auto, lo que le había heredado su abuelo a la tortuga ninja— ¿Tú si quisieras salir con ella?

Ambos me miraron, ahí me quedé callado.

Siento a alguien tomar lugar a mi lado, Caroline también mira cómo se llevan todo en el camión de mudanza, por unos minutos no dice nada, lo cual me sorprende, pero era demasiado bueno para ser verdad porque casi de inmediato se vuelve a mí y refunfuña:

—¿Por qué eres tan estúpido, David? —La miro, ella ha desviado su vista al frente, está mordiendo una manzana y pareciera no prestarme atención mientras mastica, hasta que sus ojos de un tono verde-azulado se postran en mí.

Caroline es físicamente como era mi madre, la misma estatura, mismo cabello rubio ondulado, mismo color de ojos, nariz perfilada y pómulos resaltados, no hay forma que mire a Caroline y no me acuerde de ella. Yo, sin embargo, compartía físico con mi padre. Por lo tanto, Caroline y yo no guardábamos parecido físico, más que el color de cabello que, incluso, él de ella es un tono más claro.

—¿De qué estás hablando? —le hablo, le quito la manzana de las manos y le doy un mordisco.

—Divorciarte ¿Por qué lo haces? —Me mira como si lo que sea que dice fuera tan obvio, como si supiera como en realidad ocurrió todo, ella no tiene idea, apuesto que tiene una imagen romántica de mi persona en el altar junto a Natalie vestida de blanco.

—¿Por qué? Porque se supone que era lo que debíamos hacer.

—¿Por? —La miro de nuevo y le dedico una mirada cargada de desaprobación soltando un gruñido.

—Porque sí Caroline, porque era lo que los dos queríamos —contesto con fastidio—. Estás muy preguntona hoy, ¿No tienes algo más que hacer?

—Vale, duermen juntos, vas por ella a Miami, se llaman todo el día, te has quedado hasta la madrugada viendo películas románticas por ella. Creí que el divorcio era para personas que ya no se amaban, no para personas que están enamorados.

—Caroline, ve a tu maldito cuarto.

—Ya no tengo diez años, David.

—Pero es como que los tuvieras.

—De acuerdo, me voy. —Se pone de pie dramáticamente o eso creo, en realidad le cuesta levantarse con la ligereza que antes lo hacía, no entiendo mucho de embarazos de mujeres, pero sé que su vientre está lo suficientemente grande como para compararla con una ballena—. Pero no sin antes decirte que me dices a mí que soy idiota todo el tiempo y mírate a ti, dejando ir a una mujer como Natalie, la única mujer que ha llegado a tu vida y me ha caído bien, por un momento pensé que ya no eras tonto y no te fijabas en moscas muertas que les gustan los pitos de hombres con dinero.

—Caroline…

—¿Qué? —Le agrega una cara de flipe. Señala su vientre abultado y dice—: Sé perfectamente qué es un pito.

Se va y yo me quedo con una manzana a medio masticar en mi boca y a punto de dejarla caer al suelo, santo cielo.

—¿Sabes? Extraño esa época cuando usabas coletas y se te caían los dientes, eras más adorable.

—Ajá… y yo extraño la época cuando salías con buenas mujeres. Oh no, espera, nunca lo has hecho.

Ni siquiera volteo en su dirección, ruedo los ojos y finjo que no la escucho, continúo viendo como el camión de mudanzas se aleja. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me pongo de pie y me voy directo a mi sofá para dejarme caer sobre él junto a mi computadora.

Miro alrededor y de pronto me siento tan vacío, como si existiese un hueco en mi interior que no se lograra llenar con nada, todos los días lo único que hago es visitar al caga-billetes con quién me limito a hablar de trabajo, siempre está consumido en su laptop y atribuyo eso a la situación que tiene con su padre, no escucha, no presta atención, no dice nada. A mí me cuesta concentrarme, en serio que sí lo intento, pero hay una parte de mí que está en agonía, esa parte donde siento que hay un espacio que rellenar, pero me convenzo que solo es cuestión de tiempo

para volver a acostumbrarme a estar solo.

****

Tecleo en mi computadora cuando el caga billetes se sienta frente a mí, levanto la mirada cuando observo que lo único que hace últimamente cuando se sienta en frente es sacar su laptop y comenzar a escribir. Atribuyo eso a lo acontecido con el señor Carlin, así que no pregunto, continúo en lo que estaba cuando la camarera se nos acerca y ambos al unísono pedimos un café, lo miro de nuevo pero me limito a concentrarme en la pantalla de mi computadora cuando recibo un mensaje y al sacar el teléfono de mi bolsillo me doy cuenta que es Steve.

El anciano me pide llegar al bar de manera urgente y quiero poner cualquier excusa para no tener que plantarme frente a su mirada después de haberlo llamado casi a medianoche contándole que me había divorciado, lo que no fuese tan malo, si no hubieran sido tres veces en una semana y todas con el cerebro alcoholizado y canciones de Aerosmith de fondo. Pero me quedo en *shock* cuando me dice que se casaba este fin de semana y ahí le dije que llegaba en un par de horas y es lo siguiente que hago cuando dejo la cafetería con Oliver todavía allá adentro.

Justo al cruzar el umbral el anciano me sonríe de manera amplia y de inmediato me percato de la persona que tiene en frente. Mi corazón da un vuelco en mi pecho y ella me esboza una sonrisa, sé que esto es obra de Steve, lo sé por la forma en que sus labios se curvan de una manera tan maliciosa y ahora mi estómago se estruja solo de pensar que le haya contado sobre mis llamadas a medianoche.

Casi quiero meter mi cabeza en un agujero.

Maldito Steve.

—David, qué alegría tenerte por aquí. —Esa sonrisa de nuevo, lo miro con desaprobación a medida que avanzo en dirección a Natalie, sus ojos me dicen que sabe algo y yo siento las repentinas ganas de lanzar a Steve por la ventana.

—Recibí tu mensaje —le digo al anciano, Nat se pone de pie y llega hasta mí. Me da un abrazo, uno que denota entusiasmo y no puedo evitar que esa alegría se me contagie hasta que miro a Steve con ese gesto suyo, muestra su dentadura trabajada por un buen dentista al mismo tiempo que niega con su cabeza y limpia la barra que nos separa.

—Si le dijiste algo, te mato —gesticulo hacia él, sin que Natalie pueda oírme. Él levanta sus manos al aire y niega con su cabeza llevando una mano a su pecho indicando un juramento.

—En realidad te pedí venir para que nos pusiéramos de acuerdo. —Le escucho, al mismo tiempo que Constanza se separa de mí y toma lugar en la banqueta que estaba. Remuevo una que está a su lado, justo frente a la cara de Steve—. Serás mi padrino, también le pedí a Natalie venir porque organizará mi boda.

El viejo Steve simula acomodarse una corbata.

Claro, como yo me creo todo lo que me dice.

—Entonces ¿esto es para organizar la despedida de soltero? Bien, ¿*stripers* o nudistas?

Saco mi teléfono celular y finjo escribir algo ahí, Steve suelta una carcajada.

—Anota ambas cosas. —Sí, dice eso porque Flor no está cerca.

Alguien entra al local y Steve se aleja de nosotros para atender a la persona, miro a Natalie y ella tira de una banqueta a su lado, da golpecitos sobre la base en el momento que está tomando su lugar y me voy al lugar que me indica.

—Y… ¿Cómo has estado? —La escucho, sin querer nuestras rodillas se rozan, veo lo que tiene en frente y es un papel con algún traje de hombre señalado por unas notas.

—Bien, creo. Oliver y yo estamos trabajando juntos en un proyecto, del que no puedo

hablarte ahora, pero sí tal vez más adelante. —Se ríe un poco, asiente y se vuelve a mí— ¿Y tú? ¿Qué tal tu nueva vida?

Toma el lápiz que había dejado a un lado de los folios y comienza a garabatear algo sobre el papel con el dibujo

—Genial, creo que no pude encontrar un lugar mejor. Es modesto, pero es algo. —Le sonrío con un leve asentimiento. Miro de nuevo el papel y subo la vista a sus ojos.

—Escúchame, cualquier cosa que te haya dicho Steve, es mentira.

Tomo la taza de café que tiene en frente y le doy un sorbo sin pedir permiso, ella no dice nada, ya me conoce lo suficiente como para saber que no me importa compartir babas, sólo mira la taza que dejo de regreso, con los brazos cruzados sobre la barra y se vuelve a mí:

—¿Qué cosa específicamente? —Entrelaza sus dedos y deja reposar su barbilla sobre ellos. Ahora sí me mira con intriga, una muy fingida que solo me hace corroborar que Steve ha hablado algo. Tengo ganas de pegar la frente contra la barra en repetidas ocasiones o la de Steve.

—Cualquier cosa que se pueda decir cuando te has pasado de copas. —Escucho su risa, intento restarle importancia, como si en realidad no es nada. Quiero creer que todavía el viejo no ha dicho nada de lo cual avergonzarme, cambio de conversación de manera drástica y me atrevo a preguntar—: ¿Qué tal tu nuevo apartamento?

—Genial. —Asiente con satisfacción. —¿Qué tal tu vida de soltero?

Solo me río, no doy una respuesta porque la verdad no sé qué se debería contestar en estos casos, debería decirle que estoy bien o contarle que la estoy pasando mal, no lo sé, soy tan nuevo en esto.

—La verdad, es que… fuera genial si no tuviera a Caroline rozando mi paciencia todos los días. —Me encojo de hombros ante su mirada y sonrisa, pero su celular nos interrumpe antes que ella pueda defender a mi hermana, sé que iba a hacerlo. De inmediato corta el contacto visual y mira su bolsillo, de su pantalón vaquero saca su teléfono que no duda ni un minuto en contestar. Se pone de pie y se disculpa antes de retirarse a una distancia prudencial. La miro ahí, sonriente atendiendo el aparato y una sensación incómoda me estremece por dentro.

Escucho a Steve acercarse y de inmediato quito mi vista de ella para centrarme en Steve quién está removiendo una banqueta y sentándose frente a mí con una sonrisa, hay algo nuevo en Steve, aparte de las ojeras y los círculos alrededor de sus ojos, hay una chispa y una alegría de la que no me había percatado antes.

—¿Qué le dijiste? —le reclamo, justo en ese momento. Con una mirada seria, el viejo suelta una carcajada desde el fondo de su garganta.

—Ya te dije que nada ¿desde cuándo me conoces por soplón? —No digo nada, mi mirada nada amable hacia él habla de todo—. Pero vamos a hablar algo en este momento, aprovechando que ella no está aquí ¿Qué es eso que vi cuando entraste a este lugar?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—De esa forma que ustedes se miran, pero ambos dicen estar bien con el divorcio.

Me rio con ironía.

—Por Dios, Steve, no…

—David, escúchame, el único veneno que te puede intoxicar si no te lo tragas, es el orgullo.

Natalie en ese momento se acerca a nosotros, no me da tiempo de contestarle a Steve porque ya se está poniendo de pie, le esboza una sonrisa a Natalie y nos dice que tiene que atender una mesa, sé lo que está haciendo, en realidad quiere dejarme a solas con ella. Natalie deja su teléfono en su bolsillo y toma los folios que había dejado sobre la barra.

—Tengo que irme —me dice y yo asiento ante su afirmación—. Tengo mucho trabajo qué

hacer y tengo que volver al set cuánto antes.

—Bien. —Busco a Steve por algún lado, pero está hablando con unas personas a una buena distancia. Así que me pongo de pie y pienso en regresar a despedirme luego—. Déjame acompañarte hasta el estacionamiento.

Natalie me dice que sí con un gesto y me encamino con ella hacia el exterior. Caminamos juntos y en silencio hasta llegar al lugar donde está su auto, con mis manos dentro de ambos bolsillos de mi pantalón, se detiene justo antes de abrir la puerta de su Mini Cooper y se vuelve a mí:

—Fue un gusto verte, David. —Algo se me remueve en el pecho, una sensación agradable me embriaga y me hace esbozar una sonrisa.

—Para mí también fue todo un placer.

Nat me sonríe, de esa forma encantadora y debo admitir que es una de las cosas que más me gustan de ella, de hecho, todo de Natalie me gusta, no hay nada que pueda decir que le cambiaría, pero su sonrisa, es lo que más me ha logrado cautivar todo este tiempo.

La observo subir a su auto, miro hacia la cafetería y observo a Steve a través del ventanal, continúa conversando con las mismas personas que cuando salimos del local. Me vuelvo a Natalie, a quién le hago un gesto con la mano y de inmediato baja la ventanilla con un gesto interrogativo.

—Oye… ¿Qué tal está tu agenda esta noche? Compré un cuadro y me gustaría que lo miraras. —No es del todo mentira, compré un cuadro, pero eso no es una excusa para decirle que llegue a mi casa. No sé desde cuándo parezco un adolescente invitando a salir a una mujer. Aunque no es que la esté invitando a salir directamente, pero es mejor hablar antes, ponernos al día, pensar en… intentarlo bien esta vez.

—¿Compraste un cuadro? —me interroga sonriente. Le digo que sí, pero no tengo idea qué es, lo que también es cierto—. Esta noche no puedo, David.

Le pregunto por qué, casi balbuceando, intento ocultar mi preocupación.

—Ya tengo planes… Saldré con alguien… hoy. —Algo se rompe en mi pecho e intento sacar de mí la angustia que de pronto se ha apoderado de mi mente, recompongo mi gesto de inmediato y balbuceo lo siguiente:

—Ah… claro, está bien… am… espera ¿no es Camilo, cierto? —Intento burlarme y sonar relajado, lo extraño de todo esto es que ya no me importaría si me dice que saldrá con la tortuga ninja, de hecho, hasta preferiría que me dijera que saldrá con él. Ella suelta una risa, tal vez recordando todo lo acontecido con él, pero niega con su cabeza y dice:

—No es Camilo. —Hace una pausa cautelosa al mismo tiempo que aferra sus manos al volante del coche—. Es… un amigo. Del set… de grabación.

Siento como si mi mundo se detuviera en ese instante, espero que se ría y me diga que es una broma, pero no lo es, al menos no hay nada que me indique que está mintiendo. Alguien del set, alguien a quien probablemente va a ver justo ahora y ha estado viendo todo este tiempo, un tipo que seguramente no ha desperdiciado tiempo para salir con ella, una persona que de seguro estaba esperando que se divorciara para invitarla a una cita.

—Lo entiendo, yo… —Hago una pausa, viendo alrededor, porque en realidad no quiero verla a los ojos, no quiero que lo que siento ahora se cuele por mi mirada. No quiero siquiera estar aquí en este momento y solo quiero ir a casa, meterme entre mis sábanas y dormir por unos cuántos días. Finjo que no importa, en serio que lo hago—. Supongo que… nos vemos luego, entonces.

—Claro, pero puedo verlo otro día… si gustas —me dice con una amplia sonrisa marcada

en el rostro. Asiento y me despido con un gesto de mano ocultando cualquier sentimiento, ella es perfecta para no mostrar lo que siente, así que no puedo siquiera predecir que debe pasar por la mente de ella justo ahora, qué es lo que debe estar pensando; lo único que puedo descifrar es que no le afecta en lo absoluto. Sin embargo, yo soy como un libro abierto, aunque hago mi intento, no quiero mostrarme angustiado, quiero fingir que todo está excelente, curvo mis labios en un intento vago de sonreír hasta que pone en marcha su auto y la sonrisa va desapareciendo a medida que ella se va perdiendo de mi vista.

CAPÍTULO 54

David

Está demás decir, que ese día no puedo concentrarme en más nada.

Cuando llego a casa me quedo viendo por la ventana no sé por cuántas horas mientras tomo un poco de vino y miro la laptop que está sobre mis piernas. Intento poner atención al correo que me envió el caga-billetes esa tarde, pero no me concentro.

No me siento bien, quiero despejarme la mente y lo único que hago es salir a correr. Le envío un mensaje al caga-billetes, le digo que ahora estoy ocupado, pero que revisaré el documento más tarde, no le quiero decir lo que en realidad me está pasando, que tengo ganas de tirar todo y salir corriendo. Oliver no me contesta, así que dejo mi celular de nuevo en mi bolsillo. Regreso a mi casa cuando mi estómago comienza a protestar y me doy cuenta de que no he comido en casi todo el día.

Lo primero que hago es ir a mi refrigerador. Busco algo rápido qué comer y ni siquiera he ido al mercado, tampoco tengo ganas de hacerlo ahora mismo, así que tomo lo único que salta a mi vista: una botella de yogurt que no dudo en destapar y darle un trago.

—No deberías comerte eso. —Escucho la voz de mi hermana. En ese momento me doy cuenta de que mi vista ha estado puesta sobre algún punto de la encimera por un largo rato, sin ver nada en sí. Levanto la mirada para encontrarme con una Caroline perfectamente arreglada, con un vestido negro con cuello alto, maquillaje y tacones. —Ha estado ahí mucho tiempo.

Señala el envase en mis manos, pero no le presto atención a lo que me está diciendo.

—¿Dónde vas? —la interrumpo. Ella me sonríe con suficiencia y toma una pose erguida para contestar:

—Tengo una entrevista de trabajo. —Arrugo el entrecejo y le doy otro trago al yogurt pensando que lo que me dijo es una broma. No me imagino a Caroline trabajando, no lo haría ni estando en perfectas condiciones y mucho menos en ese estado. —Natalie me consiguió un empleo en el set.

Siento mi corazón encogerse cuando escucho el nombre de Natalie, así que decido dar esta conversación por terminada y no se me ocurre hacer todas las preguntas que se me amontonan en la cabeza. Me dejo caer en el sillón y tomo mi celular para ver si hay alguna respuesta del caga-billetes. Ella continúa hablando y casi quiero odiarla por no comprender que no quiero escucharla hablar de Nat.

—Seré la asistente de Natalie, pero igual tengo que ir a la entrevista y todos esos procesos odiosos que hacen.

Me quedo callado, con la vista clavada en mi teléfono, como si mirara algo en especial, pero en realidad no es nada en específico.

—Qué bien. Felicidades entonces.

—¿Te incomoda que hablemos de ella? —Suelto una pequeña risa irónica lo más fingido que puedo. —¿Por qué simplemente no la invitas a salir y dejas de angustiarte? Pareces alma en pena en esta casa.

—¡Porque ella me rechazó! ¡Va a salir con alguien más!

De acuerdo, sé que no debo desquitar toda mi frustración con mi hermana; sin embargo, ella

no debería estar hablando de esto tampoco.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué ella plante a una persona solo por ti? Lo más seguro es que él está trabajando más duro por ella y tú estás aquí mirando por la ventana tomando yogurt vencido ¿Qué diablos tienes en la cabeza?

—¿A qué hora es tu entrevista? —Cambio de tema de inmediato.

—Pink se divorció y después volvió a casarse con su exesposo. Vamos, que eso tú ya debes saberlo, porque lo leí específicamente en un artículo de la revista Anderson. Tú puedes correr con la misma suerte.

—Caroline, ¿A qué hora es tu entrevista? —repito, con un leve fastidio. La miro en ese instante, está pintándose los labios.

—Dentro de alguna hora ¿me llevas? —Asiento, aunque no quiero llevarla, pero después de todo es mi hermana, y me da pánico que algo le pase. La escucho retirarse, no sin antes decirme que se dará unos retoques en su maquillaje.

Me termino el yogurt. No se me ocurre nada más maduro que ir a ver el Instagram de Nat, mi parte racional me grita que es mala idea, pero la otra parte, la estúpida y molesta quiere saber de quién se trata esa persona con la que Natalie está saliendo.

No hay nada.

Lo único que veo son las fotos de ella y mi corazón da un vuelco en mi pecho cuando veo que tiene una foto mía en su perfil.

No dudo ni un instante en ir a esa publicación. La fotografía es del cumpleaños de Carmen, sin ninguna descripción, yo con mi camiseta de Pokemon comiendo pastel, mi nariz se había cubierto del baño dulce e intentaba limpiarme con la lengua, algo que ni de coña dejaría estar en internet.

Reviso los comentarios, cada uno habla de lo adorable que me veo, no puede ser. Además, llevo con una camiseta de pokemon y la nariz cubierta de pastel ¡Vamos, señoritas! Que eso no es nada sexy. Leo los demás uno por uno, pero me detengo de pronto en uno en especial, el que proveniente de Brittany.

El comentario es sencillo, son unos emoticones de risa.

De pronto entro en pánico, porque en realidad me parece absurdo que mi exnovia y exesposa ahora sean amigas. Aunque Natalie no me ha dicho nada al respecto, voy más allá de su perfil y me doy cuenta de que se siguen mutuamente. También me sigue a mí y me percato que tengo un mensaje suyo, es un simple «Hola» que decido ignorar.

Vuelvo a la publicación y veo una segunda foto, es la que Carmen nos tomó antes de irnos de su fiesta. Nat y yo estamos abrazados, los dos sonrientes y mi mejilla sobre la coronilla de su cabeza.

Me dejo caer en el respaldar del sillón y miro de nuevo la foto. Decido apartar mi teléfono antes de que la tentación me nuble el poco raciocinio que me queda. De pronto me llega una notificación que no dudo en mirar pensando erróneamente que puede ser un mensaje de Nat, pero no es nada de eso. Mi estómago se encoge violentamente cuando veo que acaba de subir una foto con alguien. Una foto con un tipo.

De pronto me siento enfermo, me duele la cabeza y siento algo incómodo en el estómago. Cierro los ojos un momento para ver su imagen reflejada en mi cabeza, la foto no es de ahora, o eso creo porque ambos están en el set sonriendo para la cámara, no sé si este será el sujeto del que ella me habla, pero me voy directo a su perfil y puedo ver que él tiene imágenes con ella, más de un par y en varias ocasiones. Él es un actor o eso es lo que pone en su descripción. Algo se instala en mi pecho y un nudo en mi garganta. Miro la fotografía una vez más y la rabia me

invade por dentro.

—David. —Escucho a Caroline, no quiero moverme de aquí. Dejo mi teléfono en la mesa de al lado, pero sin despegar mi vista de algún punto fijo en el vacío. —Estoy lista ¿Nos vamos?

No le digo nada, porque no me siento bien, poco tiempo después me doy cuenta de que en realidad sí no estoy bien, cuando siento algo querer salir de mi interior y no son precisamente palabras. Siento que el estómago se me encoge y un dolor agudo me atraviesa el intestino.

—Creo que no estoy bien —le digo tocando mi frente al mismo tiempo que mi estómago. Ahora siento que todo me da vueltas y dejo caer mi espalda contra el respaldar de mi mueble.

—¿Qué te pasa? —Escucho a Caro. Su tono es de preocupación y se acerca a mí para poner su mano en mi frente, mira el yogurt que tengo al lado y me interroga: —¿Te comiste el yogurt?

—Sí.

—Te dije que no lo hicieras.

—No, me dijiste que no debía comérmelo, pero hay muchas cosas que no debería hacer que siempre hago.

—Necesitamos ir al hospital.

—No es nada grave, Caroline. Ya casi estoy bien. —No, no lo estoy y me doy cuenta justo en el momento que siento un dolor abdominal que me hace inclinarme hacia adelante. —Por Dios, ¿esto es una indigestión o un exorcismo?

Escucho el celular de mi hermana, lo saca de un bolso pequeño que lleva colgado en el hombro y se retira a una distancia prudencial para contestar. Me quedo en el mismo lugar y en la misma posición, no me interesa qué dice o con quién habla, solo estoy concentrado en no vomitar y en la fotografía en el perfil de Natalie. Escucho a Carol llegar hasta mí y después, decir:

—No voy a ir.

—Solo me acuesto a dormir, ya voy a estar bien.

—¿Tienes un botiquín?

—Claro que no. Natalie tenía uno, pero es muy probable que se lo llevó.

—¿Dónde lo busco?

—En el baño de tu habitación, o en mi baño, no sé.

—Voy a preguntarle.

—No vas a preguntarle nada, por Dios.

Pero lo hace, casi quiero tirarme por la ventana cuando le dice que me estoy muriendo. Caroline es la exageración personificada, todo lo hace ver mucho más grave de lo que es, pero no creí que Natalie se lo tomara en serio y que unos minutos después esté tocando mi puerta y la miro ahí, justo al otro lado de mi entrada con una bolsa de farmacia en las manos.

Algo se me revuelve por dentro cuando la miro pasar después de que Caroline le abrió la puerta.

Carajo.

—Estoy bien. Caroline inventa cualquier tontería.

—Estás pálido.

—No lo estoy.

No puedo evitar mirarla entera, lleva un vestido rosa pálido que le queda estupendo y el cabello largo le cae en suaves ondas por la espalda. Intento verme como si en realidad su presencia no me perjudica, pero en realidad sí. Mucho más por la fotografía que acaba de compartir.

—¿Te comiste un yogurt vencido? Me voy unos días y ya te estás intoxicando. —Puedo

entender la ironía de sus palabras, ni siquiera me dan ganas de reír, estoy molesto y enfermo. —¿Estás seguro de que no quieres ir al médico? Puedo decirle a Oscar que venga si gustas.

Ese nombre ya lo había escuchado. ¿Es ese tal Oscar su cita? De pronto me siento más enfermo y cabreado.

—¿Quién es Oscar? ¿Tu cita de hoy? —Se ríe. Me mira un momento y yo vuelvo a cerrar los ojos.

—Oscar es mi tío.

—¿Qué? ¿El mismo Oscar que te ha llamado todo este tiempo?

—Sí. Oscar es el hermano de mi padre. —Hace una pausa al mismo tiempo que se sienta a mi lado. —Es médico. Lo conocí, no sé, a los diez, creo. Nunca conocí a un familiar de mi padre, hasta que un día llegó a la casa de mi madre y dijo que es mi tío. Según me contó sabía de mi existencia desde hace mucho tiempo, pero mi padre nunca quiso dar información sobre mí, porque jamás quiso a su familia involucrada conmigo, eso ya no debe sorprenderte.

—Estoy que mato a tu padre. —Escucho una risita, pero yo hablo en serio. Deseo tener a ese señor de frente algún día.

—Oscar desde ese momento me apoyó en todo lo que mi padre no hizo, jamás le contó a mi papá. Fue por él que me pude mudar a esta ciudad. Su esposa y él me dieron un lugar para vivir hasta que conseguí rentar un apartamento, nunca me acostumbré a llamarlo tío, está bastante joven y a él no le importa que le diga Oscar.

Nos quedamos en silencio un momento, principalmente porque es una historia sobre la que no habíamos hablado antes, y ahora entiendo por qué, odio más a su padre.

—No me lo habías dicho.

—Nunca me preguntaste.

Se encoge de hombros y me sonríe. Ni siquiera sé cuántas veces maldije a Oscar cuando la escuchaba mencionarlo, ahora quiero disculparme. Pone su mano en mi frente y después me la pasa por el cabello. No puedo siquiera medir la sensación que me recorre entero con su caricia, me doy cuenta de que es una de las cosas que más añoro.

El dolor de estómago sigue ahí, mi cabeza está a punto de explotar y el malestar general me tiene acorralado, pero justo este momento me hace sentir tranquilo y esa sensación desaparece cuando quita su mano de mi cabello para ver su teléfono que está sonando.

Prefiero ver a otro lugar cuando desbloquea la pantalla. Suelta una risa pequeña, una de alegría, de esas que me hacen pensar que en realidad la pasa bien con esa otra persona y me molesto, me hace sentir incómodo. Guarda el teléfono y yo, me vuelvo a ella.

—¿Quién es él, Natalie? —Me atrevo a preguntar. De inmediato sus ojos se clavan en mí. La verdad es que no es mi intención que suene como un reclamo, porque en realidad no lo es, pero al menos quiero saberlo, quiero entender qué tiene este tipo. —¿Es el tipo ese? ¿El que es actor?

Se queda callada un momento y su mirada se convierte en una inquisidora, en una que sin palabras me pregunta cómo lo sé, o eso es lo que interpreto.

—¿Lo conoces?

—No, lo vi en la foto que publicaste.

Natalie no me contesta, y yo siento vergüenza, entonces finjo que sí estoy mal y me sostengo la cabeza cerrando los ojos con fuerza. Ella saca un termómetro y lo mete en mi axila.

—Solo necesito dormir, iré a recostarme; por favor, lleva a Caroline a su entrevista.

—No me voy de aquí hasta que no estés bien, David.

En ese momento la miro, se sienta a mi lado, con su torso y rostro de frente.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué cosa?

—Esto. Estar aquí. Solo ve a tu cita. No me siento bien que estés aquí conmigo cuando alguien más te está esperando.

—¿Te molesta?

—¿Qué estés aquí?

—Que yo tenga una cita.

No digo nada. Lo único que hago es soltar una risa irónica, que por mi estado, no suena como debería. Es que sí le duele el estómago. Me pongo de pie con la intención de irme a mi habitación, pero antes me vuelve a ella devolviéndole el maldito termómetro.

—No me molesta, por supuesto que no. ¿Por qué me importaría? Es tu vida después de todo.

No dice nada. Solo toma el termómetro y me voy en dirección a las escaleras, pero antes de poner un pie en el primer escalón, doy media vuelta y le digo:

—Si yo saliera con otra mujer ¿Cómo te sentirías? —Hay un silencio después de eso, un contacto visual y un gesto de parte de Natalie que no logro descifrar. Caroline llega a la sala, pero de inmediato da media vuelta y se va por el mismo camino.

—Te lo pregunté, David, ¿Te acuerdas? Tú me dijiste que no te importaba.

—Pero… —Me río, maldita sea. No, no me importa, intento repetírmelo una y otra vez. De verdad que no me importa. A ver, necesito primero convencerme yo. —Maldición. No quiero ¿Okey? No quiero que salgas con ese tipo ¿Es eso lo que querías escuchar?

Ella suelta una carcajada irónica. Comienza a tomar las cosas que sacó para dejarlas dentro de la bolsa. Toma su cartera y cierro los ojos con fuerza apretando mi nariz entre mi dedo índice y el pulgar. Dejo salir un suspiro y la miro caminar en dirección a la puerta. De pronto siento que todo me da vueltas y el suelo es inestable.

—¡Claro! Ahora no soportas que alguien más me invite a salir.

—¡No es eso!

—¿Entonces? Dime, ¿por qué no lo hiciste tú, David? ¿Por qué no me invitaste a salir en todo este tiempo? Me mirabas todos los días ¿Cuándo fue la última vez que me llamaste? ¿O alguna vez fuiste a verme? ¿O me preguntaste cómo estaba? ¿Cuándo? ¿Ahora vienes aquí a decirme que no quieres que salga con alguien?

Hay un silencio después de eso, principalmente por la serie de palabras que se amontonan en mi garganta, pero que no puedo sacar porque no puedo, tampoco me da tiempo de contestar, porque en ese momento sale por mi boca todo el yogurt, el vino, el agua, las palomitas de maíz, es fin, todo. No me puedo contener. Me siento como la niña del exorcista en aquella escena que me causó trauma de niño; si no muero por esta intoxicación, voy a morir de vergüenza.

Caroline se acerca a mí. Me acuerdo de las veces que me emborrachaba y terminaba en esta misma situación con ella a mi lado, pero es preferible que te pase ebrio, porque es muy probable que no recuerdes nada al día siguiente, ¿pero esto? Esto lo voy a recordar por el resto de mi vida.

Me dejo caer en el primer escalón. Ni siquiera miro el desastre que acabo de hacer. Levanto mi cabeza y Natalie ya no está. Me siento en agonía de pronto solo imaginarme que todo esto le importó en lo más mínimo y se fue. Me siento enfermo, otra vez. Caroline se va rápido a la cocina.

—Déjalo, yo voy a limpiarlo.

—No, tú solo vete a dormir, David.

Pero no me levanto de donde estoy. Estoy mareado y exhausto. La conversación con

Natalie se reproduce de nuevo en mi cabeza y de inmediato me arrepiento por lo que dije. No sé cuánto tiempo me quedo ahí, me doy cuenta de que Caroline limpia mi desastre, pero yo estoy viendo a un punto fijo sintiendo lástima por mí mismo.

Me pongo de pie cuando encuentro las fuerzas. Antes de girar para subir las escaleras escucho la puerta abrirse, es Natalie, y aparece con un suero líquido en manos y unas pastillas.

No me dice nada, solo me entrega cada cosa y me explica cómo debo tomarlas. Además, agrega que si no me siento mejor tendrá que llamar a Oscar, pero mi cabeza sigue dando vueltas y tengo de nuevo ese nudo en la garganta que no es por la conversación precisamente. Le doy todo de regreso y corro a mi baño. Ahí dejo salir lo poco que me quedó en el estómago. Okey, estoy jodido.

—Voy a llamar a Oscar.

—No, estoy bien, Natalie.

Me dejo caer a un lado. Ella me pasa agua y las dos pastillas. Me levanto cómo puedo, me lavo los dientes y me dejo caer en mi cama. Mierda. Qué mal día para tener una indigestión. Nat se acerca y me ayuda a quitarme los zapatos; pero no es todo, miro que ella se está quitando los aretes.

—¿Qué haces?

—Voy a quedarme contigo.

—No es necesario, Nat.

—Sí es. Si te pones peor llamo a Óscar aunque digas que no.

Entonces se me revuelve el estómago de nuevo y Natalie me alcanza un cubo, pero ya no tengo nada qué soltar. No estoy peor… creo. En algún punto las pastillas surgen efecto y se me quita el dolor de cabeza, además ya no siento ganas de vomitar. Me despierto de pronto y me encuentro a Nat dormida a mi lado. No puedo evitar acordarme de todas las veces que dormimos juntos. Joder, no. Tengo que pasar página de una vez por todas.

Me pongo de pie, la cubro con mi manta y la admiro por unos minutos con el corazón latiéndome a mil.

Es que no puedo negarlo, Natalie me encanta.

Tanto así que estoy seguro de que nadie podrá superarla nunca.

Entonces abre los ojos de golpe y yo estoy ahí viéndola como un desquiciado.

—¿Ya estás mejor?

—Sí, no te preocupes —le respondo de inmediato. Rodeo mi cama y me acuesto de mi lado. Siento su mano en mi frente y le vuelvo a asegurar de que estoy bien. —Ya pasó, sobreviví.

—Por poco —contesta con ironía.

Entonces, me pasa el brazo por la cintura y nos quedamos así un rato, hasta que me acomodo mejor y ella recuesta su cabeza en mi hombro. Ninguno de los dos dice nada; yo estoy mirando al techo, pero en el momento en que la miro, me encuentro con su cara a solo unos centímetros de la mía. Ella abre los ojos y nos miramos fijamente. No sé quién inicia el gesto, si ella o yo, pero nuestros labios se encuentran, como si ambos estuviéramos esperando este momento. La intensidad del beso crece rápidamente. En un parpadeo, me encuentro sosteniéndole la cara con ambas manos, ubicándome sobre ella, y ella me da acceso al interior de sus piernas.

No puedo detenerme, no cuando Nat ya está metiendo sus manos dentro de mi jersey, es ella quién me lo quita y después sus manos están pasándose por mi torso desnudo. Ahora soy yo quién se deshace de su vestido y comienzo un recorrido por su barbilla, su cuello, sus pechos y mis manos van acariciando las curvas de sus caderas, su cintura y después sus pechos.

Me deshago de su sostén y esos pechos hermosos quedan frente a mí poniéndome completamente duro. Mi boca juega con ambos, primero con uno haciéndola gemir y después con el otro, voy bajando por su abdomen, su ombligo, su vientre y yo mismo me deshago de sus bragas dejándolas caer a un lado de los dos.

Entonces mi lengua juega con esa parte suya también. Nat sabe a gloria, además de que es perfecta y hasta cada uno de sus gemidos es adorable y algo que quisiera escuchar por el resto de mi vida. Introduzco uno de mis dedos y después el otro, se retuerce de bajo de mí y sus manos se enredan en mi cabello. Continúo firme, fuerte, hasta que siento que se estremece debajo de mí y sus piernas están temblando.

Entonces vuelvo a ubicarme sobre ella y yo termino de deshacerme de las prendas que todavía tengo puestas, es Nat quién alcanza un preservativo de mi mesa de noche y una vez que me lo pongo, tomo su pierna y tiro de ella hacia mí, estoy de rodillas sobre mi cama y esa pierna la llevo a mi hombro. Entro de manera suave, soltando un gemido ronco y comienzo a moverme provocándole mil jadeos más, juego con el ritmo, con las posiciones, la tomo por la cintura y la dejo de espaldas a mí. El siguiente orgasmo le llega de esa forma acompañado de otro cuando el ritmo se vuelve más intenso.

No sé cuántas posiciones más hacemos, solo sé que con Natalie todo es intenso, placentero, me encanta como se mueve, sus gestos, la forma de tocarme. Se ubica encima y su forma de moverse hace que ese cosquilleo se intensifique, entonces vuelvo a tumbarla sobre la cama y me pongo sobre ella en la posición común para besarle los labios. Los dos terminamos así, con los labios unidos, con los cuerpos temblando, con el sudor cubriéndonos la frente.

Entonces me doy cuenta de que nunca en mi vida voy a superar a Nat.

CAPÍTULO 55

David

Cuando despierto de nuevo, casi a medio día, Nat ya no está.

No sé a qué hora se levantó. Además, de que no hablamos nada más después de lo que pasó ayer.

Me doy cuenta de que no se ha ido todavía cuando entra de improviso al baño y me encuentra ahí, pero nada comprometedor, estoy lavándome los dientes.

—¿Estás mejor? —me pregunta. La miro a través del espejo y le digo que sí. —Tengo que ir a trabajar, cualquier cosa me llamas ¿Okey?

—Claro que sí.

Levanto la mirada y la observo dar media vuelta, tomar sus cosas y salir. La verdad que no sé que más decir y prefiero arreglar mis pensamientos para poder hablarle más tarde.

Además, después de lo de ayer ¿En qué quedamos?

En fin, me encierro en mi habitación casi toda la mañana, apago mi teléfono y me dedica a escuchar música y concentrarme en lo que sea que tengo en la pantalla de mi laptop. Ya no estoy enfermo, pero mi cabeza da mil de vueltas en la conversación de anoche. Intento callar todos esos pensamientos haciendo algo, pero otra vez, no logro concentrarme. Siento que todo lo que hago es ilógico y acabo borrando todo lo que escribí para tirarme en la cama y volver a dormir.

—Solo voy a limpiar un poco —me dice Caroline cuando entra a mi habitación. La verdad es que no me desperté de tan buen humor, pero la miro con la aspiradora y dejo que pase. Yo me voy a baño para darme una ducha mientras ella limpia su habitación.

Es lo que acordamos como pago de la deuda que tiene conmigo, aunque fue su idea, para ser honesto yo ni siquiera le hubiera cobrado un centavo.

En fin, como no hay forma de trabajar con la cabeza en otro sitio, llamo a Steve y le pregunto si puede acompañarme a buscar mi traje para su boda, él me dice que sí, aunque me mira extraño una vez que lo recojo en el bar.

—¿Qué? Soy malo eligiendo atuendos y necesito tu opinión.

En realidad, solo quiero pasar tiempo con Steve.

Él no dice nada, aunque se sube dudando, pero no le dije una mentira tampoco. Cuando llegamos a la tienda y me pruebo el primer atuendo, él suelta:

—No he visto a Natalie. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—La verdad es que no.

Me pongo el saco que cuelga de mi antebrazo y me encuentro con los ojos de Steve en el espejo. El anciano está sentado con las piernas cruzadas y ambas manos extendidas en el sillón beige.

—¿Discutieron?

—No. ¿Por qué me preguntas por ella?

Me doy media vuelta y ahora tiene los brazos cruzados sobre su pecho. Sé que sabe algo por la forma maliciosa en que se curvan sus labios al ver mi expresión, decido ignorarlo y probarme el siguiente traje que no es muy diferente al primero.

—Es que tu rostro me dice muchas cosas.

—Steve, ayer casi me muero. Mi rostro debe decirte mucho sobre mi experiencia cercana a la muerte.

El anciano se ríe y se pone de pie un momento. Se acerca a mí con esa sonrisa todavía plasmada en su rostro y me acomoda la corbata. Steve y su ahora prometida, quieren que los invitados vistan completamente de blanco, la boda será a la orilla de la playa, frente a la casa de Flor, a varios kilómetros de aquí.

Ya todo está todo listo, Steve va a casarse y yo todavía no puedo creérmelo.

—Lo escuché por ahí.

—¿Por ahí?

—Un pajarito.

—Diablos… vamos, Steve… que ya no tengo cinco años.

El viejo Steve me muestra una sonrisa y comienza a anudarme la corbata celeste.

—Bueno, son amigos ¿no? Supuse que seguían viéndose.

—Depende qué es para ti «vernos».

No le hablo sobre lo de ayer, sé que Steve querrá saber más detalles y no va a descansar hasta que le diga todo. Hay cosas de anoche que prefiero guardarme.

—Recuerda que una amistad siempre puede convertirse en amor, pero el amor jamás en amistad. —El anciano da un paso hacia atrás y me mira: —Este es. Así es como quiero que se vea mi padrino.

Qué bueno que dejemos el otro tema atrás, así que me llevo este traje. Estoy exhausto, aturdido y confundido, necesito tiempo para pensar y de lo único que tengo ganas es de llegar a casa y dormir.

Llama mi atención el momento en que Steve se detiene en una tienda y se compra una sábana. Cuando quiero preguntarle al respecto, le quita la etiqueta y me limito a caminar tras él hasta una banca donde está recostado un vagabundo.

Me detengo a su lado y una vez que arropa al hombre camina hacia el parqueo y yo lo sigo en silencio. Un silencio que se corta al momento que Steve pronuncia unas palabras que prefiero se hubiera guardado para sí mismo:

—No te importa que te cuente algo ¿Verdad?

—Depende.

—Vi por casualidad a Natalie en el supermercado, estaba con alguien, un muchacho ¿Y sabes qué hacían ahí? Lo que tú deberías estar haciendo con ella.

—Steve, no sigas.

—Ya no viven juntos, pero no hay nada de malo en acompañarla a comprar cosas para su nuevo apartamento ¿Quieres ser su amigo? Las buenas relaciones inician con una amistad, ¿Por qué dejas que alguien más lo haga?

—Steve… —Le lanzo como advertencia.

—¿Qué esperas? ¿Qué ella esté caminando hacia el altar con otra persona? —Se detiene un momento para verme a los ojos y no tengo más que quedarme frente a él, pero agradezco que no espere mi respuesta, en lugar de eso se apresura a decir: —Me pasó una vez, me había enamorado de una mujer y me di cuenta hasta que se casó con otro hombre.

—No es verdad.

—Lo es.

—¿Y qué pasó con ella?

—Se casó con tu abuelo.

—¿Qué? —Steve continúa su camino con las manos en los bolsillos y yo solo lo miro

alejarse, pero ya ni los pies me responden.

—Sí, me enamoré de tu abuela —dice, mirando de soslayo en mi dirección. —Era mayor que yo, claro; pero no sentía que eso era un inconveniente porque me atraía mucho. Yo era un completo tonto que no se dio cuenta que tenía a la mujer ideal y la dejó en brazos de otro. Literal, la vi caminando hacia el altar con otra persona. ¿Es lo que quieres que te pase?

—No, no te creo, Steve. Me suena a una mala película de romance de las que Natalie me obligaba a ver. —El viejo Steve suelta una risa melancólica y se encoge de hombros para volverse a mí.

—El destino es caprichoso.

—¿Sabes el trauma que me has causado con solo imaginarme que pudiste ser mi abuelo? —Steve se vuelve a reír y me toma por los hombros.

—Te digo todo esto porque te tengo aprecio, David. Eres como un hijo para mí aparte de un gran amigo, un confidente y compañero de tragos. —El viejo Steve suelta una risita desde el fondo de su garganta y me mira a los ojos. —Quiero verte feliz. ¿Y sabes qué es la felicidad? Todo eso que tienes que sabes que no se puede comprar con dinero.

Ambos nos miramos a los ojos por un momento, aun estoy intentando digerir lo que me dijo porque, precisamente, yo no soy una persona sentimental, pero sus palabras me hicieron un hueco en el pecho.

Él es una de esas cosas que me hacen feliz, que no se compra con dinero.

La vista del viejo Steve se pierde detrás de mí, esboza una sonrisa y me rodea para ir en esa dirección. Lo miro y solo a un par de pasos está un hombre que le da un apretón de manos con una sonrisa.

—John ¿Cómo estás? —El hombre frente a nosotros es alguien que me resulta extrañamente familiar, pero no puedo recordar de dónde. Un hombre de estatura promedio, casi del tamaño de Steve, con el cabello negro y los ojos marrones. —Él es David. David, él es mi amigo John.

El hombre, quién en ese momento tenía una sonrisa grande, al verme cambia de gesto. Intenta recomponerse aclarándose la garganta, pero su sonrisa no es igual, se me hace un tanto nerviosa y no es que sea el mejor interpretando lenguaje corporal. Le estrecho la mano, pero él no dice nada, se limita a verme un momento y baja la mirada para de inmediato volverse a Steve.

—Tengo algo de prisa, Steve —habla él. Hago memoria de dónde conozco a este hombre, pero en realidad he conocido muchas personas y sé que es ilógico intentar recordar a una en específico. —Me pasaré por el bar en la tarde, fue un placer.

Con un leve asentimiento se despide de mí y hago lo mismo, todavía me quedo un momento mirándolo, pero no se me viene nada con su imagen a la mente. Entro al auto, al mismo tiempo que Steve dice algo y se sube del lado del copiloto.

Para mi suerte, Steve no habla nada todo el camino, aunque la inquietud de sus palabras me queda presente. Al llegar a mi casa y hacerme un poco de café, miro el perfil de Natalie en Instagram y no hay novedades. No sé si sentirme bien o mal al respecto. Busco una de sus fotografías, una que es específicamente en mi casa y me quedo viéndola por un tiempo que se me hace eterno.

Me doy cuenta de que ese espacio que siento en el interior es por ella, que con solo verla unos segundos eso en mi interior merma un poco y se me escapa un suspiro cuando me percato, sé que esto que siento no es solo cariño. Dejo caer mi espalda en el sillón y en un instante estoy llamándola a su número, quiero verla, quiero hacer todas esas cosas que hacíamos antes, pero no contesta; hago otro intento y no me es posible localizarla. Dejo el teléfono a un lado y después de

unos minutos, me decido ir a su apartamento.

***

Natalie me dijo varias veces la dirección que la recuerdo de memoria y cuando llego a su edificio me doy cuenta de que en realidad no es nada modesto como me lo hizo saber. Es un lugar cubierto de vidrio y cuando entro la fachada del sitio es estupenda.

Sé cuál es el piso, pero no recuerdo muy bien el número de apartamento, así que decido sentarme en el último escalón mientras la espero y saco mi teléfono celular de mi bolsillo para, una vez más, intentar llamarla, pero no hay respuesta y comienzo a entrar en pánico.

Llamo unas tres veces más, ya parezco el ex acosador psicópata, pero no es normal que Natalie pierda tantas llamadas. Estoy a punto de rozar la histeria cuando el teléfono me lanza al buzón por décima primera vez y en ese momento escucho el ascensor abrirse, acto seguido, unas risas que reconozco cubren el espacio. De inmediato me pongo de pie, me giro para mirarla de frente, pero me paralizo en mi sitio cuando veo a la persona que la acompaña.

De pronto, siento que algo se me instaló en el pecho, algo que me hace querer dejar todo aquí y salir corriendo, algo que me hace palpitar la sien y cierro con fuerza los puños a mi costado; sin embargo, me quedo donde estoy, sin ningún gesto, tragándome todas aquellas malas palabras que tengo ganas de lanzar y el sujeto al verme, baja la mirada y se vuelve a Natalie:

—Te espero adentro —le dice él, es el mismo tipo con el cabello castaño y los ojos claros que vi en su perfil el otro día. La angustia me recorre entero. Solo veo la familiaridad con la que toma las llaves de las manos de Natalie, pasa a mi lado y se va hacia algún sitio que no me atrevo a ver, me quedo viendo mis zapatos un momento hasta que me atrevo a mirar a Natalie de nuevo.

—¿David? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me avisaste que venías?

Ella va a arreglada más de lo que lo haría comúnmente, por lo que asumo que pospuso su cita de ayer para hoy, por lo que siento que estoy sobrando aquí.

—Te llamé varias veces. —Logro articular, de pronto siento mi garganta seca y prefiero irme. —Creo que es mejor que me vaya.

—Dejé mi celular en mi apartamento.

—Entiendo. Fue un gusto verte, Natalie. Yo… —Mejor me callo. Camino hacia ella sintiendo una bola de fuego quemarme por dentro, como si un puñado de grava de pronto se instaló en mi estómago. Paso a su lado y nuestros ojos se conectan por un momento, dejo un beso en su frente, uno suave, sencillo, de esos a los que ambos ya estamos familiarizados.

—David…

—No te preocupes, hablamos otro día.

Siento un nudo tomar posesión en mi garganta a medida que avanzo hacia el ascensor y cuando me doy media vuelta ahí está ella, todavía en el mismo lugar y solo me da un rápido vistazo, sostiene su mirada con la mía y le dedico una leve sonrisa hasta que las puertas de metal se cierran y mi reflejo, abrumador y decepcionante, es el que aparece en mi vista.

Cuando llego a mi auto, me quedo ahí por un largo rato con el corazón latiéndome a mil, con los ojos empañados y la sangre golpeándome con fuerza dentro de mis venas. Espero una llamada suya, un mensaje o algo, pero nada de eso llega y yo tampoco me atrevo a hacer algo, ni siquiera sé qué es lo que siento, pero duele tanto, porque esto era lo que habíamos acordado ¿no? Acabar con esto de una vez y seguir con nuestras vidas.

CAPÍTULO 56

David

No he sabido nada de Natalie después de ese día.

No recibí una llamada, tampoco un mensaje, ni nada de su parte. Yo tampoco intenté comunicarme con ella, entre más distancia mantenía, sería más llevadero ¿No? Eso creí, pero hasta el momento no había funcionado.

Todo lo que hice los últimos días fue completamente mecánico. Trabajé más de la cuenta para mantener la mente ocupada en algo y ahogar esa sensación que me embriaga por dentro al recordarla, esas ganas de querer devolver el tiempo para repetir todas aquellas cosas que hacíamos juntos.

Quiero sacarla de mi cabeza. Frente a la ventana sobre mi sillón marrón y la laptop sobre las piernas, miro el espacio donde aparcaba su auto mientras tomo vino para, de alguna forma, nublar su imagen de mi mente.

Escucho mi celular timbrar sobre la mesa a mi lado, lo tomo de inmediato con la esperanza de que sea Natalie, pero nada está más lejos que eso, la persona que muestra mi pantalla es a Brittany.

¿Brittany?

Me deja un mensaje que prefiero ignorar.

No pasa mucho tiempo cuando envía otro y esta vez me pregunta sobre qué hice con Andi, pero no contesto de nuevo. Después me dice que encontró a Henry con ella en su despacho y me rio por lo irónica que es la vida. Casi de inmediato, me llega otro texto preguntándome si puede hablar conmigo.

Respiro hondo cuando ni siquiera espera mi respuesta, en un instante me está llamando y me debato entre contestarle o no. No, no quiero hablar con ella, ni con nadie en realidad. Pero sus llamadas son tan insistentes y, en parte, le debo el hecho de que me dio aquella información.

Descuelgo y me llevo el celular a la oreja.

—Hola.

—Pensé que no contestarías —dice de inmediato, por el tono rasposo de su voz parece que estuvo llorando. —Nunca lo haces, no pensé que ahora…

—¿Estás bien?

—No, la verdad es que no. —Se queda en silencio un rato. Yo tampoco tengo mucho por decir. Sé que se debe a lo que me acaba de decir sobre Andi, pero no entiendo por qué específicamente me lo dice a mí.

—Bueno, pero fue la vida que elegiste ¿no? —No es mi intención sonar rudo; sin embargo, ese tono digno de reproche es el que me acompaña y no puedo evitarlo.

—Fue por mi madre, David —me interrumpe a la defensiva. —Y lo sabes, sabes cómo era ella conmigo y me decía todo el tiempo que lo importante era la estabilidad económica. Hacía todo lo que ella me pedía, quería que se sintiera orgullosa de mí, ahora preferiría haber seguido mi corazón. —Hace una pausa y ante mi silencio agrega: —¿Quieres salir un momento?

No contesto. Miro mi reloj, como si en realidad la hora importara cuando no tienes a nadie que te espere en casa.

—Está bien. —La verdad es que ni siquiera me importa verla. Ya no hay nada que me haga odiarla, pero tampoco quiero tenerla cerca. Ya no siento nada. Ni odio, ni compasión, ni cariño. Solo quiero salir de aquí un rato.

Me dice el lugar y yo propongo uno bastante cerca de mi casa, porque no tengo ganas de ir más lejos. Cuando llego al sitio lo primero que me viene a la mente es Natalie, con ella fue la última vez que vine aquí. Siento rabia de nuevo al recordar que ahora debe estar con alguien y hago lo posible porque eso no me afecte.

Diviso a Brittany desde el primer momento que pongo un pie adentro y me doy cuenta de que ya no me siento afectado en lo absoluto. Es verdad de que el tiempo cura todo.

—Siento llegar tarde —le digo. En ese momento ella me mira. Tiene los ojos levemente hinchados y no me sorprendería que se suelte a llorar ahora mismo, pero ella de cierta forma está pagado su propio karma.

—Está bien. —Nos quedamos en silencio, pero en realidad no es de ese tipo incómodo, me siento mejor si no me habla. Tomo mi lugar y le doy un vistazo al menú, después a ella porque no ha dicho una palabra.

—Voy a divorciarme de Henry —dice de pronto. No tiene la vista puesta en mí, sigue viendo por la ventana y yo me quedo en silencio, no tengo una respuesta para eso. —Y en cuanto a la tipa esa, Andi, me aseguraré de que sea la última vez que ponga un pie en una empresa.

—Creo que ya no lo hará teniendo a Oliver Anderson de enemigo para siempre.

—Mi madre va a matarme.

—Deja de pensar en tu madre.

—No sabes cómo me arrepiento de haber seguido todos sus consejos absurdos. —Más silencio. —¿Qué tal si todo hubiera sido diferente? Que yo hubiera decidido mandarla a la mierda y hacer las cosas diferente. Sabes a lo que me refiero.

—¿Cuál es tu punto? —pregunto tajante, ahora ya me estoy arrepintiendo de haber venido. No la estoy viendo. No quiero hacerlo.

—Nada, solo he estado pensando en eso ¿Nunca te has puesto a pensar cómo sería tu vida si todo hubiera sido diferente?

—Sí, hay cosas que me han puesto pensar eso, como mi matrimonio con Natalie. —Aunque ahora, lo único que cambiaría es mi comportamiento con ella todo este tiempo. Lo que antes para mí era una pesadilla, ahora es uno de los mejores recuerdos que tengo y que no pude aprovechar al máximo.

—¿A qué te refieres?

Por la incógnita de su rostro, es muy probable que no sepa que mi matrimonio fue en Las Vegas, totalmente borracho y apenas conocía a Natalie desde hace unos días.

—Olvídalo.

—¿Está todo bien?

—De hecho, no. —Dejo el menú un momento sobre la mesa—. Me divorcié.

En ese momento sus ojos hacen contacto con los míos, suelta una risa extraña al mismo tiempo que vuelve a ver hacia la ventana. Me desconcierta un poco, principalmente con la ironía de su carcajada, hasta que agrega:

—¿Te puedo decir algo? —Asiento, porque no creo que haya algo que me pueda decir que pueda afectarme tanto, hasta que escucho:— Tú mereces algo mejor que una cara bonita y un par de pechos.

De pronto siento que me hierve la sangre. Me contengo, en serio que sí lo hago, intento respirar profundo para no soltar la bola de malas palabras que tengo en la garganta, pero esa

parte mía que nunca quiere quedarse callado se apresura a decir lo más elocuente posible:

—Te crees mucho más que cualquier persona solo por tener un título de la universidad de Yale ¿No? Pensé por un momento que tal vez, tal vez, habías cambiado un poco, pero tú eres igual que tu madre. —En ese momento sí me mira, su gesto de diversión cambia por uno más complejo y me escucha sin interrumpir. —Tú no conoces a Natalie, en lo absoluto. No sabes la clase de ser humano que es, cien veces mejor que tú y que yo juntos. Estoy seguro de que, si ella hubiera querido entrar a Yale y ser abogada, lo hubiera logrado sin dudas, lo que sí no creo es que tú puedas hacer todas las cosas que ella hace. Y si tuviera la oportunidad de devolver el tiempo, definitivamente querría volver a conocerla.

—David, no era mi intención.

—Es la última vez que te escucho hablar de ella de esa forma.

Me pongo de pie, porque no quiero quedarme un minuto más. No tengo nada que hacer aquí. Salgo del lugar y la escucho a ella detrás de mí:

—¡David! En serio, lo siento. Me dijiste que te habías divorciado…

—¡Pero eso no significa que te voy a permitir hablar mal de ella!

—Estás enamorado… —Me detengo. Me giro para verla y me sincero:

—Sí.

Llega el día de la boda de Steve. Una tarde bonita de un sábado con un atardecer de película en el horizonte. Me preparo mentalmente para ver a Natalie sin que su presencia me afecte. No la he visto desde el día que iba con aquel sujeto y justo al salir al patio trasero de la casa de Flor mi corazón salta dentro de mi pecho cuando la veo. Esta charlando con algunas personas a la par del umbral cubierto con una enredadera y flores doradas.

Natalie lleva el cabello en ondas, recogido en una coleta baja, un vestido largo entallado de la cintura y la falda cae de una manera suave hasta sus pies. Sus hombros descubiertos y su lunar en forma de corazón que salta a la vista.

Me quedo viéndola por un rato, casi de inmediato sus ojos se topan con los míos y me esboza una sonrisa con un leve asentimiento que correspondo de la misma forma intentando ocultar todas las cosas que se amontonan en mi pecho. Mejor voy a buscar Steve para distraerme en otra cosa.

—¿Listo? —le digo al anciano cuando lo encuentro. Se acomoda una manga de su camisa y esboza una sonrisa al mismo tiempo que se frota las manos y me responde:

—Siento que he estado preparado para esto toda mi vida.

Le sonrío de lado y asiento estrechando mi mano para emprender nuestro camino cuando todos son invitados a tomar lugar.

Me ubico a una distancia corta de Steve. La ceremonia inicia y aunque intento concentrarme, me es casi imposible, Natalie está sentada frente a mí y nuestra vista se topa en un par de ocasiones.

La música de la entrada nupcial comienza a sonar y mis ojos se fijan en ella, la chica de Steve, caminando hacia el altar. No puedo evitar notar la manera en que la novia mira a su prometido y cómo su expresión cambia por completo al verlo ahí, esperándola. Tampoco paso por alto la forma en que Steve, embelesado, la observa, con los ojos humedecidos.

Me alegro por Steve, por fin encontró al amor de su vida.

Ambos ancianos leen sus votos y las personas sueltan sonidos de ternura cuando ambos sellan su pacto con un beso. De nuevo mi mirada se topa con la de Nat e instintivamente la desvío y miro en dirección a los recién casados.

En la recepción nos sentamos en mesas separadas.

El patio de la casa de Flor está perfectamente arreglado, con faroles iluminando de manera tenue, reflejándose en la cristalería y los platos blancos, las mesas cubiertas con manteles del mismo color y centros de mesa con flores celestes.

Las luces se apagan un momento y solo la pista se ilumina para dejarnos una visión de los novios bailando una pieza en honor a su boda. Mi corazón se detiene un momento, cuando la canción que comienza a sonar es la de Elvis Presley, la misma que sonó en mi auto aquel día específico que…

De manera inconsciente mi vista va de inmediato hacia Natalie quién también me dedica una mirada breve, no sé por cuánto tiempo mantenemos esa conexión, pero casi de inmediato ella mira hacia otro lado y yo me giro hasta quedar completamente de espaldas y concentrado en la copa frente a mí sobre la mesa que comparto con algunos hijos de Flor.

Me tenso a medida que la canción va avanzando, porque no quiero recordar nada de eso y cuando todo se termina siento alivio, pero ni siquiera puedo aplaudir, todos se ponen de pie por la pareja y yo ni siquiera puedo moverme de donde estoy.

Me obligo a mí mismo, claro que sí, porque no quiero que piensen que no estoy feliz por ellos. La música cambia, pero la canción anterior se me quedó grabada, aunque ya no está la sigo escuchando dentro de mí, el corazón me palpita con fuerza y las personas comienzan a levantarse

e ir a la pista de baile.

Me quedo solo, respiro profundo cuando me doy cuenta de que me quedé viendo hacia un punto específico, pero nada en sí; busco otro lugar para donde mirar cuando me doy cuenta de que Steve se está acercando, está tomando de la mano de Flor, ambos se miran felices.

Flor es una mujer morena, hermosa, que se ve bien al lado de Steve, hasta lo hace ver más joven, más alegre. El anciano remueve la silla a mi lado y observo como hace una sutil seña con su barbilla que sé para quién va dirigida, antes que incluso ella se aparezca y tome el lugar que le indica ya sé qué es lo que hace Steve.

Pero no es a la única que llama, también la familia de Flor toma lugar en esa mesa, el viejo Steve levanta una copa y me pongo de pie para, de inmediato, junto al resto de presentes hacer lo mismo.

—Por la familia y los amigos —dice, sosteniendo a Flor por la cintura. Ella le da un beso en la mejilla, no puedo evitar sonreír al escuchar a todos los presentes suspirar y al viejo Steve soltar una risita nerviosa. Steve es feliz y se lo merece. —Para que momentos como estos queden en nuestras memorias para siempre.

Todos le aplauden.

El viejo Steve me mira a mí y agrega:

—Recuerdo cuando le dije a David que estaba recién cazado, ahora el recién cazado soy yo. —Todos en la mesa soltamos una carcajada y el viejo Steve continúa: —Un brindis por todos los recién cazados de esta mesa.

—Por todos los recién cazados —dicen todos en coro acompañado de pequeñas risas y hacemos el brindis. Steve tenía razón, va a pertenecer a una familia grande, y al parecer, todos los hijos de Flor aprecian al viejo Steve. Todos se ponen de pie a abrazarlos y a mí ni siquiera me da tiempo de saludarlo porque el día de hoy es una persona muy solicitada.

—¿Bailas?

En ese momento miro a Nat, no me había dado cuenta de la cercanía de nuestros cuerpos, algo que me resulta extrañamente cómodo y familiar.

—Sabes que no.

Pero me ignora como siempre. Me toma del brazo y tira de mí llevándome casi a arrastres a la pista de baile. Me hace sonreír y me doy cuenta de que es la única mujer que me ha hecho hacer estas cosas.

—No he dicho que sí.

—No me importa.

Esa es Natalie. Me río un poco al mismo tiempo que ella me rodea el cuello con sus brazos. Envuelvo su cintura con los míos y la pego a mi cuerpo. Ni siquiera puedo explicar qué es eso que siento cuando estoy con ella, pero se siente tan bien cuando hundo mi cara en el hueco entre su mandíbula y su clavícula. Aspirando ese aroma de Coco Mademoiselle que no he podido sacarme de la cabeza en mucho tiempo.

Ni siquiera estamos bailando, más bien estamos abrazados moviéndonos de manera extraña, pero no me importa en lo absoluto. No puedo medir cuánto la he extrañado, cuánto he echado de menos estos roces, nos quedamos ahí por un momento, sin decir nada, sin hablar.

Me doy cuenta de que la he extrañado tanto que mi corazón duele, que en realidad quiero tenerla así conmigo por el resto de mi vida.

Y voy a decírselo, voy a hablarle sobre todo lo que siento por ella. Sobre todo lo que me hace sentir. Mis manos se aferran a su cintura, y su mano va hasta la parte posterior de mi cabeza, algo que solía hacer cada vez que estábamos así. Cierro los ojos por instinto. Deseara

con todas mis fuerzas poder congelar este momento. Quiero hablar, quiero decirle todo lo que siento, pero no quiero arruinar este momento. Al mismo tiempo, quiero decirle que la amo, porque lo que siento por ella es mucho más que esa simple frase. Pero justo cuando voy a abrir la boca, la escucho:

—David, me voy a Italia.

Justo en ese momento la canción se termina y mi corazón se detiene por una fracción de segundo, aunque sí escuché bien me intento convencer a mí mismo de que no.

—¿Qué? —Me separo de ella un momento y la miro a los ojos, aún con mis manos en su cintura y sus brazos alrededor de mi cuello, repito: —¿De qué estás hablando?

—Que me iré a Italia.

—Nat… no… —De pronto siento que un nudo se forma en mi garganta. Me separo por completo de ella, sigo pensando que esto es una broma, porque no, no hay forma que esto sea cierto. —Es una broma, ¿verdad?

—No. Me voy mañana.

¿Mañana?

Otra música comienza a sonar, pero no nos movemos de ahí. Yo me concentro solamente en su rostro y mantenemos el contacto visual por un largo tiempo. Siento como mi mundo se derrumba poco a poco y yo, no… no puedo creerme esto.

—Es Italia… casi al otro lado del mundo.

—Sí.

—Natalie… —la interrumpo, siento que el corazón me late en la garganta, como si todo alrededor de mí se desvanece solo para quedarme escuchando su voz y que me diga que esto no es verdad. —¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Porque allá hay excelentes academias de arte y…

—Tú ya eres excelente. —Me da una sonrisa, pero no una que me calme del todo. Una sonrisa que más bien me hace recordar todos aquellos momentos juntos y me encoge algo por dentro. —Natalie, no puedes, por Dios.

Digo, claro que puede, pero estoy desesperado. Es como si sus palabras me han atravesado el pecho, como si por un momento dejé de existir y ni siquiera escucho mis latidos.

—Acepté una beca. Es un postgrado. Lo estuve pensando por mucho tiempo y logré. Inicio mis clases la otra semana.

—¿Mucho tiempo? ¿Por qué no me habías dicho?

Nos quedamos en silencio un rato, solo viendo sus ojos oscuros, hay algo en su mirada que no logro descifrar, algo que me dice que no piensa darme su respuesta. Contengo la respiración un segundo y me paso las manos por el rostro.

—Es que…

—Natalie… yo… —Ni siquiera me salen las palabras ¿Cuánto tiempo será esto? ¿Cuánto tiempo pensará castigarme de esta forma ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres? —¿Por cuánto tiempo?

No me dice nada, ya sé la respuesta. Sé que piensa quedarse allá más del tiempo que incluso pueda caber en mi mente.

—No. —Niego con mi cabeza. Ni siquiera tengo palabras, ni siquiera un mísero monosílabo puede salir de mí interior de una manera correcta, siento la garganta seca. No puedo decirle que no se vaya si eso es lo que ella quiere, es la oportunidad por la que trabajó tanto y yo no puedo impedírselo. —Nat, solo no te vayas mañana, déjame… no sé… unos días para… —Todo lo que tengo por decir se me acumula en la garganta evitando soltar algo coherente. —Oh por Dios, yo solo… yo solo quiero que te quedes, Nat.

La música deja de sonar y ahora es la voz del anciano Steve que escucho, pero no puedo prestar atención porque mi vista está clavada en Natalie, estoy completamente enfocado en ella y no sé qué es lo que dice Steve a sus invitados. Ambos vamos a hablar al mismo tiempo y ambos nos callamos. Hasta que finalmente le concedo la palabra a ella y escucho:

—No puedo rechazar esto. Después de todo ese era nuestro acuerdo ¿no? ¿Divorciarnos y seguir con nuestras vidas? ¿Cuál es la diferencia con que yo me vaya a Italia? Me voy de tu casa y es como si yo no existiera, creí que esto no iba a importarte.

—Yo solo actué conforme al acuerdo que teníamos, Natalie. Porque fue tu idea y yo… yo solo quise… —Hago una pausa, una larga pausa seguido de un silencio abrumante mirándonos a los ojos. —Además, tú no me llamaste tampoco.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo la que te llame?

—Yo te llamé.

—¿Cuándo? Cuando Oliver te dijo que me llamaras. ¿Cuánto ha pasado desde esa vez?

—Quería verte por eso fui a tu apartamento. No tienes idea de la falta que me has hecho. Quería conversar contigo, pero estabas con alguien más, ¿Cómo puedo llamarte después de eso si estabas con otra persona?

—Si me hubieras llamado antes de todo eso, si me hubieras pedido salir antes que otra persona lo hiciera, yo nunca hubiera preferido salir con alguien más antes que contigo David.

A este punto, los dos hemos levantado la voz lo suficiente. No sé en qué momento pasó de ser una charla a una discusión. No es el mejor momento, esto no debería estar pasando aquí, pero ya ni siquiera me salen las palabras. Es como si de pronto me enmudecí, como si todo lo que se me ocurre no puedo exteriorizarlo.

—Además, mi madre se dignó por fin a pagar sus deudas, así que finalmente soy libre y no puedo dejar ir esta oportunidad.

—¿Tu madre? ¿Crees que tu madre pagó las deudas?

—Sí, el banco me dijo que no hay nada y…

—Fui yo, no tu madre.

—¿Qué?

—Yo las pagué, porque quiero que tengas esa libertad financiera para decidir qué hacer con tu vida. Tu madre se puede ir al infierno.

Entonces se separa de mí. Me veo en la necesidad de disculparme por lo último que dije, pero no fue lo que le molestó:

—¿Cómo que pagaste mis deudas? ¿Sabes lo que acabas de hacer? Ponerme en deuda contigo por el resto de tu vida.

—¡Pero yo no te estoy cobrando! Y nunca lo haría, tú sabes eso.

—¡No puedes hacer cosas solo porque te parezcan lo correcto! No está bien que no me hayas consultado primero.

—¿Qué hubieras dicho? Que no, estoy seguro.

Está molestísima, lo miro en sus ojos.

La gente se ríe y después aplauden por las palabras del viejo Steve que yo ni siquiera escuché y en este momento son irrelevantes. Natalie se gira en dirección al escenario e intentando cambiar su gesto también aplaude como el resto de las personas. Intento hacer lo mismo, pero yo no soy tan bueno ocultando lo que siento. Me percato que Steve se está acercando a nosotros y al vernos me da una palmada suave en la espalda.

—¿Te importa si nos tomamos una foto? —Me dice, yo le digo que sí. Él le da un gesto a Natalie que indica que vamos a tardarnos solo un momento. El viejo Steve me toma del brazo y

camina a mi lado al mismo tiempo que le hace una seña al sujeto que sostiene una cámara.

Mi mente sigue dando vueltas en la conversación con Natalie, el viejo Steve menciona unas palabras a las que no puedo prestar atención y lo interrumpo:

—Natalie se va a Italia. —Steve me mira con el entrecejo levemente fruncido, pero no dice nada en ese momento, me pasa el brazo sobre los hombros cuando mira al fotógrafo acercarse. Una vez que el sujeto con la cámara dispara el flash, él se vuelve a mí y dice:

—Ya lo sabía.

Ahora es mi turno de verlo a él. Steve está viendo en otra dirección buscando algo mientras se acomoda el moño celeste en el cuello.

—¿Cómo es que ya lo sabías? —Él me dice que sí con un gesto. Se lleva las manos hacia atrás en una pose erguida que solo Steve a su edad puede tener. —¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo sabías esto?

—Ella me lo contó, hace muchos días. —De pronto me siento con ganas de gritar. Sé que no es la ocasión correcta para discutir esto, pero tengo tantas preguntas. ¿Por qué soy yo el último en darme cuenta de esto? ¿Por qué prefirió que yo sea la última persona que sepa que está a punto de irse? ¿Tan poco importante soy para ella? —Me habló de la beca que le ofrecieron. No estaba segura de aceptarla y yo le dije que era una excelente idea para despejarse, para mejorar, para encontrarse a sí misma. Vivir en Italia algunos años no es una mala idea.

Lo miro.

—¿Por qué le dijiste eso, Steve?

El viejo Steve arruga el entrecejo y ahora sí su mirada se enfoca en mí. Estoy seguro de que puedo trasmitir la rabia que siento. Lo sé.

—Creí que no te importaría, David.

—¿Te estás escuchando? Tú sabes que sí me importa, Steve. Tú más que nadie lo sabe. ¿Y por qué soy yo el último que se da cuenta de esto?

—Porque tú actuaste como si en realidad ella no te importara. —El viejo Steve suelta un suspiro, al mismo tiempo que me acomoda la corbata y dice: —Pero es que ustedes… los dos, son tan testarudos. Ahora dime, ¿Qué piensas hacer, David?

—¿Qué puedo hacer yo, Steve? Tiene una beca para estudiar un en Italia, aunque quisiera no puedo ser tan egoísta como tenerla aquí conmigo y no dejarla crecer en lo que le gusta hacer.

Steve me mira a los ojos, un momento nada más, después mira en otra dirección y sin verme a mí, dice:

—Entonces creo que es mejor así. Ustedes necesitan un tiempo. Si están destinados a estar juntos, van a volver a encontrarse. Y si eso pasa, ya no la dejes ir.

Flor llega en ese momento, cualquier gesto nada amable contra Steve me cambia por completo y todos los reproches que se me ocurren me los guardo para dedicarle una sonrisa a ella y no arruinar su noche, ni la de Steve, porque a pesar de todo, él se merece todo esto que está viviendo. Pero no me parece buena idea quedarme un rato más, Flor le dice algo en el oído y después de asentir, se vuelve a mí:

—Vamos a hablar esto con más calma, David. Cuando regrese. —No tengo nada que hablar con Steve, cuando él regrese ya Natalie estará a miles de kilómetros y no hay nada que él pueda hacer. —Hay cosas que es mejor dejarlas ser.

Ellos se disculpan y se alejan, cuando giro buscando a Nat, la primera imagen que mis ojos captan es a ella junto a uno de los chicos que estaban en mi mesa anteriormente. El tipo parece contento comentándole algo relacionado al lugar por la forma en que señala hacia la playa.

Sé que será así siempre, donde ella vaya va a tener miles de pretendientes disponibles. Sé lo

que Italia significaría para ambos, sé que dentro de algunos seis meses ni siquiera se acordará de mí. Siento que me duele el pecho. Me voy sin decirle adiós a Steve. Me duele demasiado todo como para ponerme a hablar más sobre este tema, como él dijo «Hay cosas que es mejor dejarlas ser».

Me encierro en mi auto y conduzco a una velocidad considerable. Quiero llegar a mi casa lo antes posible para dejar de pensar en esta agonía que me está matando por dentro.

CAPÍTULO 57

David

Me paso toda la noche en vela pensando en ella.

Todavía no puedo comprender como es que específicamente Natalie me ha calado hasta los huesos por mucha resistencia que hice, por más que quise resguardarme de ese terrible sentimiento ahora estoy aquí con sus imágenes reproduciéndose en mi cabeza, con todos esos momentos que compartimos juntos mostrándose como un *gif* en mi mente.

Me duele hasta el alma, no puedo pensar en nada más que en eso que me quema por dentro. Con los ojos empañados miro sus fotografías en Instagram y me riño interiormente por no poder dejar de hacerlo.

Ayer, en cuanto llegué a casa después de la boda de Steve, me di cuenta de que mi hermana sabía que Natalie se iba y ella no se había atrevido a decírmelo porque Natalie quería ser quién me lo dijera, pero tuvo que preferir el último día para hacerlo. Sin embargo, yo estoy aquí, ignorando el sin fin de alarmas que se encendían en lo más rotundo de mi cerebro, con el corazón latiendo desbocado mirando mi reloj mientras aguardo en los últimos escalones del aeropuerto pensando que debí perder el raciocinio en alguna parte.

Mi pulso se acelera y mis manos comienzan a tiritar en el momento que su cabellera castaña y perfecta está apareciendo en mi campo de visión, su rostro va haciéndose tangible frente a mi vista conforme los escalones eléctricos van subiendo, aunque su vista está clavada en un papel yo no puedo dejar de verla, no puedo creer que en unas horas esté lejos de aquí. Pensé mucho venir hasta aquí, pero mi parte egoísta, la que no quiere dejarla ir, me apresuró a llegar al aeropuerto y decirle:

—Natalie, por favor… —Nunca le había hablado a nadie con ese tono de súplica, nunca siquiera llegué a pensar que lo utilizaría para pedirle a una mujer que se quedara conmigo. Nuestros ojos siguen conectados y mis manos temblorosas ahuecan su rostro y junto mi frente con la suya cerrando los ojos por un momento—. Cielo, por favor, no… —No, no puedo decirle que no se vaya, que no haga algo que en realidad le gusta hacer ¿Qué clase de persona egoísta sería si le digo eso?

Natalie me toma ambas manos y las aleja de su rostro, las sostiene entre las suyas y nos miramos a los ojos. Nunca voy a poder borrar esa mirada achocolatada de mi mente, jamás voy a poder sacarme a Natalie de mis pensamientos. Sólo quiero que se quede, lo único que pido es que esté unos días más conmigo. Iniciar de cero si es posible, aprovechar esta oportunidad; sin embargo, lo único que me sale es:

—Te deseo lo mejor, Natalie. Sea lo que sea, estés donde estés. Solo puedo desearte lo mejor y decirte que… —Hago una pausa… que te amo, Natalie.

Pero entonces, cuando estoy a punto de mencionar esas palabras alguien aparece detrás de ella. El mismo tipo actor que ha estado saliendo con ella y algo se rompe dentro de mi pecho. Algo que me hace en ese momento terminar de quebrar esa coraza que he intentado construir por muchos años.

—Natalie, es hora —le dice, pero yo no puedo despegarle la mirada de encima y al escuchar esa voz mi corazón se rompe por completo. No puedo seguir insistiendo. Mis ojos

viajan al sujeto quién no puede mantenerme la mirada fija y ambos pasan a mi lado. Solo le doy un último vistazo a Natalie para verla a ella también mirarme antes de perderse tras la puerta.

Me quedo viendo un punto fijo, sin moverme. En ese instante, mis ojos derraman todas esas lágrimas que había intentado contener, mi espalda choca con la pared detrás de mí y me tapo el rostro con ambas manos, me deslizo hasta quedar sentado en el piso y, ahora sí, no puedo frenarlo.

La perdí, la perdí por completo.

Lo primero que hago al llegar a casa, es comunicarme con Steve. Pero está en su luna de miel así que no puedo hacer nada, no hay absolutamente nada que Steve pueda hacer por mí. En parte es su culpa, por no decirme antes, por no dejarme arreglarlo a tiempo.

No tengo idea de dónde puede estar Alexandra, la mejor amiga de Nat. No le cuento nada a Oliver, porque él está atravesando sus propios problemas y yo no soy de interrumpir. Delante de él finjo que todo está bien y que en realidad no tengo el corazón roto en mil pedazos. Busco a Carmen, pero ella no quiere hablar conmigo. Termino frente a Camilo quién no tiene idea de a dónde Natalie pudo haber ido.

Cuando sé que Steve ya regresó de su luna de miel, lo primero que hago es conducir hasta su casa, su nueva casa junto a Flor frente a la playa. Al verme llegar el anciano me abre la puerta, pero debe notar mi angustia, porque no hace una broma, no muestra entusiasmo, no dice nada.

—¿Cómo estás, David? —Es lo único que sale de él y yo quiero gritarle, quiero decirle lo que vengo memorizando todo el camino hasta aquí por no haberme dicho que Natalie se iba a tiempo, pero en su lugar, lo único que logro soltar con rabia, son lágrimas. Ahí frente a Steve, no puedo contenerme siquiera y él, se acerca y me abraza. Le devuelvo el abrazo y el viejo Steve se queda ahí conmigo.

—Lo siento… yo…

—Está bien, David.

Me quedo con Steve ese día.

Camino a la orilla de la playa y me dejo caer sobre la arena para mirar el atardecer. Steve me dijo que iba a preparar café y casi de inmediato escucho sus pasos aproximarse a mis espaldas y se sienta a la par mía.

—¿Estás mejor? —pregunta, extendiéndome una taza. Le agradezco y asiento con la vista puesta en el horizonte.

—Sí… yo… lo lamento, Steve.

—No pasa nada.

Le doy un sorbo al café, no me atrevo a ver a Steve a los ojos. Me limito a mirar el agua y después el líquido oscuro dentro de mi taza.

—¿Cuánto tiempo se supone que va a durarme esto? —Steve suelta una risa, de esas que casi se escuchan tenebrosas, le da un sorbo a su café y contesta:

—Tal vez unos días o tal vez para siempre.

—Qué alentador. —Intento sonar bromista, pero el ánimo no me ha mejorado del todo. Siento que no me reconozco y aunque lo intento, sé que hasta Steve puede notar lo afectado que estoy.

—Si dentro de unas semanas sientes que no puedes olvidarla, pero ya no duele, eso es amar, David. —Suelto una pequeña risa irónica.

—Ella se fue con… creo que con alguien más. Ella estaba con alguien más el día que la vi en el aeropuerto. Ambos llevaban maletas… y…

—No es lo que piensas. —El anciano niega con su cabeza, sopla de manera leve la capa de

humo que se desprende de su taza y toma un trago del café.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Has hablado con ella?

—Simplemente lo sé.

—Esa no es una respuesta.

—Ella no está con él, David. ¿Te digo por qué? —Sin comprenderlo muy bien, asiento. —Porque tú eras la única persona que la mantenía en este sitio. Tú eras el único que la hacía pensar sobre aceptar la beca o no hacerlo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—La oferta de la beca le llegó hace unos meses. Ella me lo comentó, me lo dijo.

No puedo decir nada, no puedo hablar, no puedo moverme. Solo quisiera devolver el tiempo, hacer las cosas diferente. Enmendar todas las tonterías que hice. Al mismo tiempo, yo no podía detenerla si se ganó una beca en Italia.

—¿Sabes? Hay gestos que guardan más amor que un beso.

Miro al viejo Steve, tan calmado y sereno, sosteniendo su taza con ambas manos.

—Yo… no… no te creo.

—Si algún día vuelven a encontrarse, por favor, prométeme que no vas a dejarla ir.

—¿Pero por qué me lo dices hasta ahora, Steve? ¿Qué pasa si cuando vuelva a encontrarla tiene a otra persona?

—¿Por qué no hiciste algo? ¿Por qué no hacer un esfuerzo por ir a Italia de vez en cuándo? ¿Por qué no llamarla todos los días mientras esté allá? ¿Qué acaso ahora no existen esas cosas de las videollamadas?

Me quedo en silencio viendo a Steve, meditando un poco sobre lo que me acaba de decir. No sé por qué no pensé en esa solución antes, no sé por qué no se me ocurrió pedirle estar en contacto todo este tiempo. Intentando encontrar una excusa, me apresuro a decir:

—No creo en las relaciones a larga distancia… es una tontería. —Me río un poco, una risa que me sale nerviosa y a prisa. —Las relaciones a larga distancia nunca terminan bien, Steve. Ella puede encontrar a alguien allá, otra persona que…

—Entonces significa que ella no era para ti.

—No estás siendo de mucha ayuda.

—Existe el amor de tu vida y el amor para tu vida, David. Ya tuviste una vez al amor de tu vida, pero no al amor para tu vida. Si Natalie es el amor para tu vida, van a volver a reencontrarse ¿Crees en el destino?

—No creo en tal tontería.

Él me mira en ese instante. Steve deja ver una sonrisa de lado al mismo tiempo que se lleva la taza de café a la boca y enuncia:

—El amor es un misterio… es así de simple y así de complicado.

—A veces no sé para qué hablo contigo Steve. —El viejo suelta una carcajada.

—Si existe el destino y si los dos están predestinados, van a volver a encontrarse; van a sentir de nuevo todas esas cosas que quisieron dejar atrás por ser tan testarudos, porque sientes que no habrá nadie capaz de llenar ese vacío que dejó esa persona. Ella me pidió un consejo y se lo di. No podía contarte porque temía que tu reacción la hiciera quedarse… o tal vez… irse…

—¿Qué?

—Le temió a tu reacción. Pensó que tal vez a ti no te importaría tanto como ella creía y en parte tenía razón. No hiciste nada por saber de ella.

—Ella tampoco.

—Lo sé… por eso te dije, los dos tan testarudos. —El viejo Steve niega con su cabeza y

continúa: —Natalie es una persona muy noble. Piensa más en los demás que en sí misma. ¿Sabes por qué le dije que lo hiciera?

—No sé si quiero escuchar esa respuesta. —El viejo Steve se ríe de nuevo y deja la taza a un lado intentando encontrarle una base compacta.

—Su padre…

—¿Su padre?

—John… yo no lo sabía… ¿tú sí?

—¿De qué estás hablando ahora?

—¿Recuerdas a John? —Intento hacer memoria, no hay un John que se me pase por la mente. —Es un amigo, aquel que nos encontramos en el parqueo aquel día que fuimos juntos a buscar tu traje.

—Si… creo que sí.

—Es el padre de Natalie. —Lo miro en ese momento, ahora entiendo, ahora sé por qué ese sujeto me miró de esa forma, significa que él me conocía, pero, mierda ¿por qué diablos no pude saberlo antes? —Yo no lo sabía. Me enteré un día de que ambos coincidieron en el bar. Natalie me comentó su relación con él y que después de ese día él se había comunicado con ella. No me comentó qué le dijo o qué hablaron, solo me dijo que necesitaba irse un tiempo y yo le dije que esa beca en Italia estaba bien.

—¿Pero por qué no contármelo a mí? ¿Por qué no hablarlo conmigo? Teníamos una excelente comunicación antes.

—Pero se divorciaron ¿No? Y se supone que eso no es algo que un par de divorciados deberían hacer, según ustedes mismos. —El viejo Steve se ríe un poco. —Es algo tan absurdo.

Me quedo en silencio un momento y siento una punzada de ira atravesarme el pecho, me siento tan impotente, a kilómetros de distancia, sin comunicación con ella. Como deseara devolver el tiempo, poder cambiar muchas cosas, pero jamás… nunca… cambiaría por nada el hecho de haberla conocido.

—¿Y qué sabes del tal John? —pregunto a Steve, después de un rato de no mencionar una palabra y solamente mirar el agua. —¿Puedes decirme dónde vive? Tengo muchas cosas que decirle.

De inmediato su atención se centra en mí y dice:

—David… —El viejo Steve niega con su cabeza, pasa su brazo sobre mi hombro y dice. —El destino se encarga de poner a esas personas en su lugar y John no se quedará fuera. Siempre me pregunté por qué le va tan mal en la vida y tuve mi respuesta cuando Natalie me comentó toda la historia sobre él. Ella es una mujer fuerte y supo enfrentar todos sus problemas familiares con valentía. En realidad, me gusta esa chica para ti. Es tu perfecta media naranja…

Me rio un poco.

—Olvídalo, yo creo que soy un medio limón…

—Me parece que ya había escuchado eso antes… ¿Lo ves? Después dices que no son perfectos el uno para el otro. —El viejo Steve se carcajea y continúa: —Deja de temerle al amor, David. Ama y déjate amar…

—Yo no le tengo miedo.

—¿Entonces qué es? —Silencio de mi parte, quito la mirada de Steve para ver mi café. —Prométeme… ahora sí, que, si en algún momento la vida se encarga de ponerlos de frente otra vez, no vas a volver a dejarla ir.

No decimos nada después de eso, sé que es muy probable que si en algún momento vuelvo a tenerla de frente ella ya esté con otra persona. Ya de nada me sirve querer devolver el tiempo.

Miro a Steve tomar su taza de café y darle un sorbo, se ve con energías renovadas e incluso se ha quitado unos cinco años de encima. Supongo que así es como te hace ver la felicidad, sentirte tranquilo contigo mismo, saber que has hecho las cosas bien y este es el fruto de tu trabajo. Platicamos por un rato más, cosas triviales hasta que se hace realmente tarde y quiero volver a casa.

—Recuerda lo que me prometiste —me dice, recostando su hombro sobre el umbral de la puerta de entrada de su casa. —Repite conmigo: Debo seguir siempre los consejos de Steve.

Me rio y le sonrío al anciano, me extiende su mano y la tomo para darle un apretón. Él me envuelve en sus brazos y me da unas palmaditas suaves en la espalda.

—Gracias, Steve.

—Conduce con cuidado.

Asiento, camino hasta mi auto y observo a Steve todavía en el umbral. Logro visualizarlo desde el espejo retrovisor a medida que me alejo hasta que lo pierdo de vista cuando estoy a una distancia considerable. Siempre Steve ha sido mi forma de terapia desde que tengo memoria, no sé qué sería de mi vida sin ese anciano.



Cuando regreso a casa los recuerdos con ella vuelven a asentarse en mi cabeza. Cuando me quedo dormido la sueño a ella cruzando la puerta de mi casa, dándonos un abrazo, contándonos todo lo que había pasado en estos días, como si nos añoráramos los suficiente como para charlar horas y desear no volver a separarnos nunca; pero al despertar, me doy cuenta de que eso está más lejos de la realidad.

Natalie cerró todas sus redes sociales, en unas cuantas semanas es como si desapareció de la faz de la tierra. Las únicas fotografías suyas son las que se pueden encontrar en la web y tenerla lejos sin saber nada de ella me está comenzando a matar poco a poco. De lo último que me di cuenta es que ya había alguien en su puesto del programa y Caroline es la asistente de esa persona. Todos dicen que no saben dónde está, incluso mi hermana, pero sé que no es cierto. Es como si todos estuvieran de acuerdo que Natalie y yo no debemos estar juntos.

Estoy comenzando a creer lo mismo.

Al cabo de unos días en lo único que pienso es en deshacerme de sus recuerdos, intentar buscar otra cosa para relacionar todo aquello que me recuerda a ella: Una galería de arte, una película romántica, mi café de las mañanas. Ahora me detengo en cada cuadro que miro para intentar analizarlo, ahora me encuentro viendo la textura, el lienzo y clasificando los colores. Tan así de jodido estoy.

Siento que me es imposible olvidarme de Natalie, cada día que pasa mi recuerdo se aferra más a ella, no puedo evitar sentirme solo, abatido, desorientado. Oliver me llama por la tarde cuando estoy dispuesto a emborracharme hasta perder el conocimiento, me dice que habló con su padre, quiere que vuelva a tomar mi antiguo puesto en la revista y que hablaremos sobre vender la idea que teníamos juntos, le digo que sí a todo, porque en realidad no quiero hablar mucho. Debería sentirme contento, lo sé, pero en realidad esa noticia no llena el vacío que siento.

Guardo la esperanza de que el día del nacimiento de la bebé de Caroline, Natalie esté presente, pero nunca las cosas pasan como uno cree ¿No?, porque todo el tiempo que estoy en el hospital con el corazón en la mano pensando qué decir en caso de que ella aparezca, en realidad

nada sucede. El único que llega ese día es el ex novio tatuado de Caroline, justo en el momento que me mira al cruzar la puerta baja la mirada hacia sus botas y se queda de pie a una distancia considerable.

Tengo tanto por decirle, él sabe que tenemos mucho de qué hablar, pero en este momento no me dan ganas de discutir, así que prefiero pasar de él e ignorarlo.

El único momento que me olvido de Nat es cuando dejan a mi sobrina en mis brazos, todos mis sentidos se concentran en el ser pequeñito y frágil envuelto en una manta rosa que me sonríe y me hace sonreírle de regreso, ni siquiera sabía que los recién nacidos podían sonreír. Caroline frente a mí se ríe de su gesto y en ese instante agrega:

—La llamaré Grace, como mamá. —Algo se encoge en mi pecho al escuchar su nombre y asiento en respuesta. —Gracie, de cariño.

Una voz masculina suena desde la puerta y miro a Caroline tensarse. Olvidé mencionarle que el tipo estuvo allá afuera todo este tiempo.

—Carol, ¿Puedo hablar contigo? —Miro al sujeto, quién de inmediato baja la mirada, y después a mi hermana que está sentada en la camilla; aunque no reacciona como lo esperé, tampoco está molesta, quita su mirada de él para verme a mí.

—¿Lo agarro a golpes? —le pregunto, ella se ríe y niega con su cabeza.

—Es su padre después de todo. —Desgraciadamente lo es. Con un gesto le digo que sí. La enfermera me ayuda con la niña y me pongo de pie para dejarlos a ellos solos.

Desde la ventana los observo, no discuten, no dicen nada, él solamente se encarga de sostener a su hija cuando la enfermera la deja en sus brazos. Ambos la miran y ahí comienzan a intercambiar palabras y sonreír. La enfermera que atendió a mi sobrina se detiene a mi lado cuando sale de la sala y también mira por la ventana.

—Creí que usted era su padre. —Me río un poco al mismo tiempo que la miro de soslayo y vuelvo a concentrarme en la pequeña familia que tengo en frente.

—No, por Dios, es mi sobrina.

—Tiene bastante parecido a usted. —Le sonrío en respuesta, más que todo como un agradecimiento por no decirme que se parece al idiota de Keith. —Lindo tatuaje.

Miro donde ella me señala y es el pez en mi muñeca. Mi gesto cambia de inmediato al verlo y los recuerdos se amontonan con fuerza dentro de mi cabeza otra vez. Intento recomponer mis facciones y miro de nuevo hacia la ventana encogiéndome de hombros.

—Gracias. —La mujer asiente, saca una libreta y apunta algo para, acto seguido, arrancar el papel. Me lo entrega con una sonrisa y se aleja contoneándose una vez que tomo la nota que me entrega, es un número de teléfono, con corazón al final de la hoja.

Guao.

Hasta ese momento no le había dado mi atención, tiene el cabello negro sostenido en una moña detrás de su cabeza, ojos claros y sonrisa impecable; pero, aun así, nada que pueda compararse con Natalie.

Miro el número de nuevo, pero no puedo hacer lo que ella pretende, no hasta que me cure por completo de Natalie, hasta que deje de causarme revuelo por dentro, cuando ya me termine de convencer que se acabó, que cualquier oportunidad que alguna vez tuve con ella ya se esfumó. Ya perdí todas las esperanzas, pero una vez que todo esto pase, que las cosas se normalicen en mi corazón y dentro de mi cabeza, no descarto darle una oportunidad a otra persona; pero de momento no, ninguna mujer merece ser comparada con lo perfecta que era mi ex esposa.

CAPÍTULO 58

David

Nadie debía morir en una tarde de primavera.

Es lo que me repetía una y otra vez mientras conducía hacia la casa del viejo Steve, con las manos aferradas al volante y una serie de sentimientos agolpándose en mi garganta y golpeándome con fuerza el pecho.

Todavía no puedo creérmelo.

Sigo en la etapa de negación y esas palabras se siguen reproduciendo en mi cabeza tan cual las escuché:

—¿Steve? —dije, al recibir una llamada desde su teléfono esta mañana, era muy temprano, así que de inmediato tuve un mal presentimiento, Steve nunca me llamaba a esas horas. Medio adormilado, solo escuché:

—Soy Flor.

—Flor, ¿Cómo estás? —Voy a admitir que su llamada en parte me alarmó, más cuando la escuché sollozar y aclaró su garganta para decirme:

—Steve acaba de fallecer.

Está demás decir que sentí como mi mundo se venía abajo, como todas esas paredes que con esfuerzo había construido para no sufrir se derrumbaban para darle paso de golpe a esa nueva noticia. De pronto todo se reproducía en mi cabeza, nuestra última conversación, sus llamadas para preguntar si estaba bien, sus mensajes para levantarme el ánimo. Su rostro se comenzó a proyectar en mi mente, todas las escenas de Steve desde que tengo memoria comenzaban a amontonarse en mi cabeza y llenarme de angustia el pecho.

De pronto, todos esos recuerdos se sentían tan frescos, tanto así que cuando llegué y miré la cantidad de personas, pensé que no podía ser cierto. Hace una semana había llegado a mi casa para conocer a Gracie, ahora no puedo creer que esté aquí cerca de un ataúd que encierra su cuerpo. Diviso el lugar donde tuvimos nuestra última conversación aquí, frente a un atardecer como el que se está mostrando ahora.

Steve no, por favor.

Siento un dolor inmenso instalarse en mi pecho, algo abrumador me hace soltar algunas lágrimas y no me atrevo a acercarme al ataúd, no quiero verlo ahí, sin un consejo que me diga cómo debo actuar ahora con su muerte. Solo quiero desplomarme y llorar junto a él.

Steve, dime qué hacer ahora.

Me siento en la esquina, recuerdo todas las veces que Steve cuidaba de mí cuando era un niño, todas las historias que me contaba antes de dormir, todas las dramatizaciones que hacía de todas las películas que mirábamos juntos. Cada uno de esos momentos se instalan en mi pecho y duelen. Steve fue el primer mejor amigo que tuve y ahora se fue para siempre.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Flor cuando llega al lugar donde estoy. La pobre mujer está bajo efecto de algún medicamento, según lo que me comentó, gracias a ello puede estar de pie.

—Su corazón estaba débil.

—¿Tú lo sabías? —Ella asiente al mismo tiempo que unas lágrimas comienzan a correr por su rostro y se las limpia con un pañuelo que lleva el logo del bar de Steve bordado en una

esquina.

—Lo descubrió mucho antes de nuestro matrimonio. Intenté darle los mejores últimos días de su vida, pero… —Flor hace una pausa y su voz se quiebra al decir lo siguiente: —para estas cosas nunca se está preparado.

—¿Por qué no me lo dijo? —Tengo una bola en la garganta, apenas puedo mencionar esas palabras sin que mi voz parezca la de una caricatura.

—No quería preocupar a nadie.

No quiero recordar esas cosas, quiero recordar al Steve de siempre, el entusiasta y positivo que solo miraba lo bueno de la vida. Quiero creer que esto no es verdad y miraré a Steve todas las tardes después de salir de edificio de los Anderson con esa sonrisa y me dirá justo lo que quiero escuchar. Llegaré a su bar cada vez que me sienta triste y él tendrá las palabras correctas para levantarme el ánimo. Quisiera devolver el tiempo y haber pasado más ratos con Steve.

Todo lo que sucede para mí es irreal, todo a mi alrededor, el resto de la velada, las personas amontonándose, el camino hacia el cementerio, el momento en que está siendo sepultado. Me siento un expectante de mi propia vida, como si solo estoy sentado en el pasto observándome desde cierta distancia, sintiendo pena por mí mismo, incapaz de sentirme vivo.

Me quedo viendo hacia un punto en específico, pero nada en sí, estoy intentando ser fuerte y bloquear mis recuerdos. No quiero creer que esto está pasando de verdad y tampoco quiero imaginarme a Steve en esa caja, sin poder decir nada, sin escuchar esa risa que de alguna forma me relajaba. Suspiro intentando controlar el temblor de mis manos y quiero irme de ahí, quiero encerrarme para olvidar lo cruel que ha sido la vida conmigo.

Me tapo el rostro con ambas manos y me limpio las lágrimas que involuntariamente se han salido de mis ojos. Cierro los ojos un momento porque no puedo ver a Steve siendo sepultado, no quiero ver a las personas que están llorando su partida. Quiero creer que esto sigue sin ser real, que Steve está en su bar y que lo veré todos los días de mi vida, porque todavía lo necesito.

No sé qué voy a hacer, tal vez emborracharme hasta perder la conciencia, pegarme contra la pared hasta romperme los huesos, gritar con fuerza hasta quedarme afónico o quedarme quieto, en silencio, como ahora. Como si el espíritu me ha abandonado el cuerpo, dejándome vacío. No sé muy bien qué voy a hacer con mi vida de ahora en adelante soportando esta agonía a la que me tengo que enfrentar una vez más.

Cuando abro los ojos no puedo evitar que las lágrimas se me escapen, que me empapen las mejillas, que se mezclen con la brisa que está comenzando a caer. Cuando todo mundo comienza a retirarse me permito sacar la angustia que llevo por dentro, aun con el temblor de mi cuerpo y ese nudo empeñándose en permanecer en mi garganta me limpio el rostro y me doy media vuelta.

Natalie está ahí.

Justo a unos escasos metros y a la par de ella está mi hermana. Cuando nuestros ojos se conectan ni siquiera soy capaz de digerir su presencia, pienso que es alguna alucinación de mi aturdido cerebro hasta que camina hacia mí, sus brazos se envuelven alrededor de mi cuello y su cuerpo impacta contra al mío. No reacciono rápido, pero cuando lo hago, es solamente para soltar lágrimas en el hueco de su cuello donde puedo aspirar de nuevo ese aroma de su perfume.

No hablamos nada, yo porque no puedo enunciar ni una sola palabra y ella se limita a apretarme con fuerza, no sé ni siquiera cuánto tiempo tardo en darme cuenta de que todas las personas se han ido y solo quedamos ella y yo. Pero en realidad nada importa, ni siquiera que comience a llover con fiereza, no me dice que nada, no dice que vayamos a casa, no nos movemos ni un centímetro. Ella está aquí conmigo, a pesar de todo, es en lo único que quiero

pensar ahora.

No me merezco a alguien como Natalie. Sé que nunca encontraré una persona que supere la calidad de ser humado que ella es.

—Nat, lo lamento tanto. —La siento negar con su cabeza y sus manos bajan por mi espalda aferrándose de mi cintura. Me parece que sea un sueño y no quiero despertar. —En serio, lo siento. Perdón por no…

—No, David… —Se separa un momento de mí y con su pulgar limpia una lágrima que corre por mi mejilla. Toma mi rostro con ambas manos y deposita un beso en mi frente, uno de esos a los que estábamos acostumbrados, que se me hacen tan familiares y me hacen un nudo en el pecho, que se adueñan de mi corazón. —No pasa nada.

Sé en este momento que Natalie se ha instalado profundamente en mi interior, me ha traspasado la piel, se me ha colado hasta el alma, me ha inundado la sangre, el sistema nervioso, el cerebro, la consciencia. Todo lo que yo soy ahora le pertenece a ella.

Vuelve a envolverme en sus brazos y no puedo evitar que el temor me envuelva entero, que ella mañana tenga que irse y ya no esté conmigo.

Esa noche me acompaña a casa y se queda ahí conmigo, a mi lado, acariciándome el cabello, antes de Natalie no sabía cómo era que el calor de otra persona te envolviera entero, que las caricias traspasen la piel… te toquen el alma y te inunden el corazón. Intento asimilar que ya no puedo ir donde Steve, no puedo correr a contarle que Natalie ha vuelto, no puedo preguntarle qué me sugiere hacer ahora o qué decir. Visualizo a Steve tomando su taza de café el día que tuvimos aquella conversación en su casa hace algunos meses.

El único recuerdo que me queda de él son fotografías y las cosas que me dijo de las que jamás podré olvidarme.

Extrañaré al viejo Steve.



Cuando despierto al día siguiente un recuerdo mezclado entre Natalie y Steve es lo primero que me asalta la mente. Lo único que hago es respirar hondo para detener las lágrimas que me amenazan cuando recuerdo a Steve, en su bar, con su enorme sonrisa y las palabras correctas. Los siguientes días, apenas soy consciente de lo que pasa alrededor, ni siquiera sé cómo sentirme, cómo actuar o qué decir. Pero todo lo estoy viendo como una película, como si soy un espectador de mi propia vida. Quiero decirle muchas cosas a Natalie que ni siquiera sé cómo iniciar. Tantas palabras que se amontonan en mi cabeza que ni siquiera sé cómo acomodar.

Debería estar trabajando; pero, aunque lo intento me es imposible. Debería estar hablando con Natalie, pero tampoco puedo, siento que no existo, siento que en realidad las palabras no quieren fluir como deberían. Todos se preocupan por mí, incluso Oliver quién ha insistido en salir a tomar un trago. Creo que no comprenden cuánto me duele esto por dentro, que incluso podría estar arruinando mi oportunidad con Nat.

—Tengo que volver. —Estoy mirando fijamente a través de la ventana de la cocina con una copa en manos. Algo se me encoge por dentro cuando la escucho decir eso, algo inexplicable me revuelve el mundo entero. —Pero te prometo que…

—¿Cuándo? —Le corto. No me dice nada por un momento, yo no me giro, no quiero hacerlo cuando tengo esa noticia rondando en mi cerebro.

—Mañana. —Se me hace un nudo en la boca del estómago. No puedo dejar que se vaya así otra vez.

—¡Dios! Tengo tantas cosas por decirte que… —De nuevo ese intento por ser fuerte me queda mal. Terrible. No puedo decir nada más sin sentir ese nudo molesto en mi garganta. Escucho sus pasos a mis espaldas caminar en mi dirección y después sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura mientras mi vista nada más está clavada en la ventana.

—Shhh… —sisea, aferrándose a mi torso. —No te preocupes, David… Ya habrá tiempo para todo.

Entrelazo mis dedos con los suyos. Nos quedamos ahí un rato más, hasta que comienza a oscurecer y entonces, me doy media vuelta y la envuelvo en mis brazos. Natalie está aquí y no quiero soltarla.

CAPÍTULO 59

David

Al día siguiente, despierto y Natalie ya no está ahí.

Lo primero que hago es buscar mi teléfono celular, no hay mensajes, no hay llamadas, no hay notas, no hay nada que me diga si ya se fue a Italia y entro en pánico, no quiero que se vaya, no sin antes decirle todas esas palabras que tengo atoradas en la garganta que no me he atrevido a hablar y que me están matando de a poco. Quiero tirar todo aquí pero justo en el momento que levanto mi almohada una nota cae al suelo, no dudo en recogerla de inmediato y mi corazón salta dentro de mi pecho cuando descubro que es su letra, con un lugar y una hora específica.

«Mi avión sale a las ocho con cuarenta y cinco. No quise despertarte.
Prometo llamarte cuando llegue.
Nat»

Miro la nota y después mi reloj, me doy cuenta de que ya casi es hora. Corro hasta el baño para lavarme la cara y me arreglo el pelo. No importa la ropa que llevo, me quedé dormido con lo mismo que vestía ayer, pero ahora es irrelevante, tengo que llegar ahora. Conduzco a toda velocidad y en minutos estoy en el aeropuerto, de nuevo. El estómago se me encoge cuando cruzo el lugar a toda prisa, cuando llego hasta el sitio exacto estoy jadeando y no logro verla por ningún lado. Entro en pánico solo imaginarme que ya puede ser muy tarde, pero entonces diviso su melena castaña, está de espaldas a mí, pero esa figura no se me perdería en ninguna parte. Y en ese momento, como si alguien llamara su nombre, se gira y me mira a mí.

Mi mirada de súplica es la primera en hacer acto de presencia cuando sus ojos enfocan los míos, entonces me da un gesto, uno similar a una sonrisa y comienza a caminar hacia mí. No puedo siquiera describir lo preciosa que se mira con un abrigo largo de color oscuro que deja ver su blusa de cuello alto con el mismo tono, con vaqueros color beige y unas botas. Es hasta el momento que está frente a mí que la rodeo con los brazos, sin esperar una palabra de su parte, mis dedos se hunden en su piel y entierro mi cara en el hueco de su mandíbula.

—Natalie.

—No pensé que vendrías.

—Por Dios- —la interrumpo y me separo de ella para verla a los ojos—. No tienes idea de lo que… Nat… por favor… no te vayas… no sin antes saber todo lo que me he guardado todo este tiempo… —Trago saliva, el pulso se me acelera y el corazón me golpea fuerte dentro del pecho. —No tienes idea de cuánto me arrepentí de todas las cosas que no me atreví a decirte antes.

—Bien. —Se aclara la garganta, sin despegarme la mirada de encima continúa: —¿Y qué es eso que quieres decirme?

—Que yo no puedo vivir sin ti, Natalie. —Mantengo el contacto visual, siento que si un momento miro en otra dirección voy a perderme la belleza que hay dentro de esos ojos de chocolate. Son tantas cosas que tengo por decirle que comienzo a enumerarlas, pero no me salen ni un poco como yo me había imaginado que sería en mi cabeza. Mi voz suena a la de un desconocido, a la de un niño ansioso, quiero decir tanto que continúo sin poder detenerme, sin

siquiera coger aire—. Que yo te amo con todo mi corazón y que no hay forma que esta vez te deje ir sin que sepas de que no hay un día que no te piense. Que me siento tan afortunado por haberte conocido, porque irme a Las Vegas contigo fue lo mejor que pudo haberme pasado y no lo cambiaría por nada. Que si pudiera devolver el tiempo… volvería a dejarme cazar por ti.

Natalie suelta una risa, una de esas adorables y graciosas en partes iguales que me contagian de felicidad, aunque no era esto lo que yo pretendía, bueno… creo que no salió como yo esperaba.

—¿Cazar? ¿De verdad?

—Lo siento. No salió para nada como lo tenía pensado. —Me contengo una risa, al mismo tiempo que sorbo por la nariz y miro los ojos de Natalie, cristalizados, tan tiernos y conmovedores en partes iguales. De pronto me siento en paz, tranquilo, como si me desprendiera de tantas cosas que no habían dejado de agobiarme, aunque no es lo que esperaba, verla reírse, sonreír, es más de lo que pudiera pedir. La miro en ese momento y lo primero que hago es acercarme solo dejando de hacer contacto visual por un momento para ver sus labios. —Yo… —Mis manos van a ambos lados de su rostro. —Creo que no hay palabras suficientes para decirte todo lo que pienso, para darte las gracias por todos estos días que estuviste conmigo. Ni siquiera existen todas las oraciones que necesito para describirte, para hablarte sobre lo importante que fuiste y sigues siendo para mí. Cualquier frase se queda corta con todo lo que te mereces, mi cielo.

Todo esto lo estoy diciendo mientras me acerco un poco más, hasta que nuestros alientos se mezclan y cierro los ojos un momento para sentir su boca cerquita.

—¿Qué estás haciendo? —Me pregunta cuando mis labios están rozando los suyos. Entonces, me atrevo a responder:

—Lo que debí hacer hace mucho tiempo.

Sin pensarla dos veces la beso, es uno de esos sin prisa, cariñoso, que me recorre entero, que sin necesidad de palabras dice todo lo que le he querido decir todo este tiempo, todo lo que me he callado todos estos meses, todo lo que no he podido contarle, un beso que manifiesta cuánto la extrañé, que no puedo vivir sin ella, que no pienso dejarla ir. Natalie envuelve sus manos alrededor de mi cuello y profundizo el beso, nunca había besado a nadie con esta necesidad con la que estoy besándola a ella ahora, nunca nadie me había besado de la intensidad que ahora Natalie lo está haciendo.

—Te amo, Natalie. Te amo con todo mi corazón. —Nuestras frentes están juntas, nuestras respiraciones se encuentran. La miro ahí tan cerca de mí y me doy cuenta de que esta mujer me gusta, me encanta, me fascina, de una forma que jamás había experimentado con nadie. Entonces, hago algo que me prometí no volver a hacer jamás, algo que ni siquiera me hubiese imaginado hacer en un futuro, pero aquí estoy más seguro que nunca, porque así lo quiero, porque la amo en serio y porque sé que ella es la mujer de mi vida, de la que nunca quiero separarme y tener un «juntos para siempre»: Me postro sobre una rodilla, tomo la mano de Natalie y ante su mirada expectante, me atrevo a preguntar: —Nat, ¿Quieres casarte conmigo… otra vez?

No me dice nada, nuestros ojos se conectan en ese momento y no puedo descifrar su gesto. Ahora siento miedo, no sé qué haría si ella no siente lo mismo que yo, no sé qué haría si ella me rechaza. No sé qué pasaría si en este instante Natalie me dijera que no está dispuesta a casarse conmigo de nuevo.

—No sé, tengo que pensarlo.

—¿Qué? —Entonces me mira a los ojos, con cierto gesto de picardía.

—Que voy a pensarlo, porque hay un sujeto rubio que no me he podido sacar de la cabeza durante todos estos meses, y me pregunto qué me ha hecho para hacerme sentir de esa forma. —No voy a mentir que estuve a punto de desmayarme y escuchar aquello es como una ola de alivio que me hace soltar un suspiro junto a una sonrisa.

—Pues qué maldito.

Natalie se ríe, ni siquiera me importa que haya gente pasando a nuestro lado, o que algunas personas estén mirándonos desde una distancia prudencial o que alguien detrás de nosotros esté poniendo atención a la escena tan detenidamente, pero ahora no es precisamente por lo que quiero preocuparme, hasta que escucho, justo detrás de Natalie:

—Natalie. —Ella se gira, y entonces, me doy cuenta, que todo el tiempo ese sujeto que estuvo detrás de nosotros, es Oscar, el tío de Nat, a quién no puedo creer que esté conociendo con los ojos llenos de lágrimas, la nariz llena de mocos, con las manos temblorosas y los pies hechos gelatinas. Tengo que agregar que todavía estoy postrado en una rodilla y cuando lo veo aparecerse ahí, lo primero que hago es ponerme de pie de un salto, más que todo por la impresión de finalmente conocerlo. —Creo que te esperaré en casa. Podemos reprogramar el vuelo si lo necesitas. —Ahora él me da toda su atención a mí y ladea sus labios en una media sonrisa para decirme: —Un gusto conocerte, David.

Me estrecha su mano y yo hago lo mismo dándole un suave apretón con un saludo cordial y se despide de nosotros. Ambos lo observamos alejarse hasta perderse tras unos portales. Entonces, miro a Natalie y después escucho el llamado a un número de vuelo. Natalie mira el papel que sostiene en manos y después a mí, entonces bromea:

—¿Crees que alcances en una maleta de cuarenta y cinco pulgadas?

—Me ofende que hasta ahora desconozcas mis habilidades, cielo.

Natalie se carcajea, se acerca a mí y con sus brazos envolviendo mi cintura, susurra sobre mis labios:

—Y sí, sí quiero casarme contigo… otra vez… una y mil veces si es posible. —Su declaración me llena el pecho de algo indescriptible, de una sensación abrumadora, pero de algo que se siente tan bien, tan reconfortante, que me llena de felicidad y me hace sonreír. La abrazo fuerte, me da un beso suave en los labios y agrega: —Yo también te amo, David.

EPÍLOGO

David

Decir que estoy enamorado de Natalie hasta la médula, es quedarme corto.

No sabría decir cómo pasó, ni en qué lugar, ni en qué instante, ni en qué mirada, ni en qué sonrisa. Cuando quise darme cuenta ya estaba sumergido hasta el cuello, ya no había forma de salir de ahí, no había manera de volver atrás y no es que quisiera tampoco, no cuando ella me miraba con esos ojos, me sonreía de esa forma, me abrazaba con ese entusiasmo, me hacía el amor con esas ganas. Ni siquiera puedo explicar con palabras lo que siento por Nat. Lo único que puedo decir es que la amo, de esa forma que solo puede sentirse una vez, de esa manera singular y maravillosa que te taladra hasta los huesos.

Aquí confirmo lo que ya he dicho en varias ocasiones: No voy a encontrarme otra mujer como Natalie, nunca.

—Estamos hoy aquí reunidos… —El sujeto vestido de Elvis Presley comienza a hablar, mientras una música romántica del mismo artista suena de manera tenue dentro de la capilla —para unir a David Schmitt y Natalie Carson en sagrado matrimonio… —hace una pausa —otra vez.

El pequeño público suelta una pequeña risa. No sé cómo sucedió esto, no tengo idea de cómo llegamos hasta aquí otra vez, creo que fue después de una botella de Whisky, luego de que Natalie terminara su postgrado en Creación Artística y celebrábamos que las cosas nos estaban yendo bien a todos. Ahí estaban Oliver y Alexandra; también estaban Carmen y la tortuga ninja; no podían faltar mi hermana y su, otra vez, novio Keith —quién no logra caerme bien todavía, pero lo contraté como mi nuevo asistente, por tal motivo tengo que soportarlo—. Todos nos habíamos emborrachado en casa del caga-billetes y después de contarles lo que fue nuestra caótica vida cazados, porque así con Z es como lo llamamos cuando queremos hablar algo sobre nuestro primer matrimonio, todos ellos se pusieron de pie y dijeron al unísono:

—Deberíamos irnos a Las Vegas… hoy mismo. —Natalie y yo nos vimos, después como si estábamos sincronizados los dos hablamos al mismo tiempo:

—Deberíamos casarnos en Las Vegas… —Después de todo, eso es algo… ¿original? y además nuestra relación nunca fue normal del todo por tal motivo eso no sonó para nada descabellado. La nuestra no era una típica historia de amor, era algo para reírnos y pensar si en un futuro deberíamos contarles a nuestros nietos o censurarlo de una vez por todas. Entonces, nos tomamos de las manos y dijimos: —¡Vamos a casarnos otra vez en Las putas Vegas!

Todos nuestros amigos gritaron y aplaudieron al mismo tiempo, tal vez porque estaban ebrios o porque ya tenían bastante tiempo esperando que nos decidiéramos dónde celebrar nuestra boda. Estoy seguro de que querían escucharnos decir esto —bueno, pero tal vez esperaban una boda más tradicional, pero ya no quedaba de otra— celebraron entre ellos y no tardaron mucho en iniciar los preparativos. Yo me reí porque Natalie ahora mencionaba mi puta palabra favorita a menudo, aunque después me riñera y todos me echaran la culpa de las groserías que estaba aprendiendo a decir Gracie, mi sobrina. Entonces, le di un beso en el dorso de su mano y le dije, mirando el anillo de compromiso en su dedo anular:

—¿Entonces señorita Carson, está lista para convertirse en mi esposa hoy mismo?

—Claro que sí, señor Schmitt.

Y así fue como terminamos aquí, como fue que después de jurarnos no volver nunca más a este sitio acabamos diciendo nuestros votos frente al mismo sujeto vestido de Elvis Presley en la misma capilla de hace más o menos tres años. Con trajes similares a los anteriores porque al parecer la única tienda abierta a esta hora es una específicamente de disfraces, ya comprendí por qué fue que acabé vestido de esa forma la primera vez.

Pero esta vez era genuinamente diferente, ambos queríamos esto y aunque no estoy seguro de lo que estoy haciendo, de lo que sí no me cabe la menor duda es que quiero casarme con Nat, que quiero tenerla a mi lado por el resto de mi vida y lo confirmé cuando la miré entrar al sitio, cuando la marcha nupcial comenzó y me dio una sonrisa temblorosa, dulce y gentil en partes iguales que hizo palpitar el corazón.

—Estamos aquí por estas dos personas que están a punto de hacer una promesa para siempre —continúa la persona encargada de llevar a cabo la ceremonia. —Porque el amor es la esencia de la felicidad, es estar en las buenas en las malas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y más riqueza. —Más risas del público. —Que la felicidad que compartimos hoy con ellos los acompañe ahora y siempre. Es momento de escuchar sus votos para proceder a la nueva unión de esta pareja hermosa. —Todos aplauden, el hombre nos acerca un par de alianzas de plástico, que después cambiaré por supuesto, y entonces, sin despegarle los ojos de encima a Nat, tomo su mano y me apresuro a decir:

—Yo, David Schmitt, prometo amarte, protegerte y respetarte a ti, Natalie Carson, por todos los días de mi vida. Prometo serte fiel y también te prometo aquí frente a todos los presentes que jamás volveré a contestar tus preguntas de manera sarcástica. —Escucho el coro de risas de los presentes y miro el gesto de diversión de Nat. También esa mirada de malicia que ya me indica cuál es su siguiente paso y entonces, lo confirmo cuando la escucho decir:

—Yo Natalie Carson, prometo amarte, protegerte y respetarte a ti, David Schmitt, por todos los días de mi vida. También prometo serte fiel, acompañarte en miles de aventuras, estar contigo en las alegrías y tristezas. Prometo aquí frente a todos los presentes que además de asegurarme que nunca te falten las cervezas, también haré lo posible que nunca más te falte papel higiénico en el baño y no tengas que gritármelo desde el segundo piso cuando la película está en la parte más interesante. —Me río, una carcajada profunda que me sale de lo más profundo de la garganta y después de esto mejor me preparo para lo que sea.

—Yo, David Schmitt, prometo nunca más llevarte la contraria, ni decir «Te lo dije» aunque te lo haya advertido en varias ocasiones y si a un caso lo hago, procuraré que el saco de Kick Boxing esté en la sala, en perfectas condiciones y que yo no me encuentre cerca. —Se ríe, de nuevo. Y continúa:

—Yo, Natalie Carson, prometo no volver a pedirte que te lances conmigo desde un paracaídas, solamente si me prometes que mirarás todas las películas románticas sin quedarte dormido.

—Ya me veo saltando desde un maldito paracaídas de nuevo. —Escucho más risas del público y entonces ahora sí, con seriedad, la miro a los ojos y le agrego: —Pero sobre todas las cosas, mi cielo, prometo que siempre voy a amarte, no importa las locuras que diga o las tonterías que haga, lo cual será algo difícil porque soy un tonto enamorado que habla mucho.

De pronto las risas cambian a gestos de ternura y su cara de diversión a una sonrisa tierna que me pone los pies de gelatina.

—Te amo, David. Y estoy tan orgullosa de ti y de convertirme en tu esposa. Te prometo

que voy a hacerte feliz el resto de mi vida hasta que la muerte nos separe.

Mantenemos contacto visual al mismo tiempo que esbozamos una sonrisa tímida, suave, serena y cariñosa. Deslizamos los anillos en nuestros dedos y tomo el rostro de mi esposa con ambas manos para depositar un beso dulce, sin prisa, sobre sus labios.

—Ah… claro… ya puede besar a la novia. —Escuchamos al encargado del lugar. Nos reímos y entonces, tomo a Natalie de la cintura y tiro de ella hasta quedar en una posición de esas de película romántica de los ochenta, ella suelta un gritito de la impresión y ahora sí le doy un beso sensual, provocativo, incitante, sobre su boca.

—Bueno, yo los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe. ¡Que vivan los recién caZados! —Dice el sujeto. Natalie y yo nos carcajeamos para volver a nuestra posición normal después que todos han repetido lo mismo y el flash de la cámara de Alexandra nos vislumbra. Escuchamos el sonido del descorche de una botella de champagne y después de eso, de nuevo:

—¡Por los Recién CaZados! —Todo gritan al mismo tiempo, alzando sus copas para la foto grupal que Alex insiste en sacarnos con su cámara. En ese momento, dos sujetos vestidos de tul se plantan frente a ella bloqueando el panorama y entonces, escuchamos decir:

—¡Yo soy Paula y yo Marisol y juntas somos las damas de honorrrr!

Tal vez había olvidado mencionar ese detalle, no sé en qué momento pasó, pero también los habíamos invitado a ellos. Es verdad, ahora son sujetos responsables con una hija. Natalie y yo los vemos y ellos a nosotros, nos carcajeamos en grupo y escucho a Natalie decir:

—Ellos llamaron Patricia a su hija en tu honor. ¿Tendríamos que nombrar a alguna de nuestras hijas Paula o Marisol?

—Siendo ese el caso espero que sean niños. —Una risita suave es su respuesta y entonces agrega:

—Me gusta el nombre de Steve. —Esbozo una sonrisa en su dirección, porque es justo lo que había pensado desde hace tiempo.

—A mí también.

—Y el segundo va a llamarse David.

—¿Todavía no hay planes para el primero y ya estás buscando el nombre del segundo? Bueno… —La levanto en brazos haciendo que Nat suelte una carcajada encantadora. —Entonces mejor vamos practicando desde ya para ir perfeccionando la puntería ¿No crees?

Pero ¿Qué puedo decir? La práctica sí funcionó y a la perfección, todavía bromeábamos con ello hasta antes de escuchar decir al doctor Kirchner que venían doble.

Y sí, uno se llamó David y el otro Steve.

Fin

I ESCENA EXTRA

David

¿Quién hubiera imaginado que algún día sería amigo de Camilo, el casado?

Además de compartir los mismos gustos musicales, ahora también nos damos consejos de paternidad.

Sí, yo, compartiendo consejos de paternidad con Camilo, el casado. ¡Ja!

En fin, no es que yo sea un experto tampoco, pero al menos logro balancear el trabajo, dos niños de la misma edad y una esposa embarazada.

Por suerte, el caga-billetes entiende cuando le digo que no puedo viajar a una reunión en otro país porque debo cuidar a mis hijos mientras su madre está de gira al otro lado del mundo. Él también prefiere quedarse en casa con sus hijas en lugar de irse lejos, así que ahora que soy socio de Anderson, intentamos balancear todo entre los dos.

Obviamente, tampoco puedo llevarme a mis dos terremotos a una junta importante, y las únicas personas en quienes Nat y yo confiamos son la niñera, Doña Mari, o mi hermana, quien finalmente decidió ir a la universidad. Así que, si Nat está fuera, mi hermana ocupada con sus estudios y Doña Mari de vacaciones, prefiero posponer la reunión y quedarme con los niños. Aunque me saquen canas verdes.

Ahora mismo, mi casa parece un kínder. Están mis hijos, las hijas de Oliver, los niños de mi hermana, los de Carmen y el casado, además de otros que no sé de dónde salieron, y personas que ni siquiera conozco, pero que sé que son muy amigos de ellos dos. Hoy es la revelación del sexo del bebé que están esperando. Nos pidieron hacerla aquí porque están encantados con nuestro jardín. Bueno, el jardín de Nat, pero yo contribuyo contratando a alguien para que lo cuide.

Cuando bajo a la sala, Gracie, mi sobrina, se me abalanza; casi me hace perder el equilibrio. Ya es casi una adolescente. Me empieza a soltar la sopa sobre una compañerita de su escuela, habla rapidísimo, pero lo único que entiendo es que ahora me cae mal una tal Emily de la primaria.

—Si vuelve a golpearte, tú golpéala de regreso. Yo te doy permiso.

—¡David! —Esa es mi hermana, por supuesto.

—¿Qué? ¿Vas a permitir que otra niña la golpee? Tiene derecho a defenderse. Y si las cosas salen mal, tenemos abogados. ¿Verdad, Gracie? Tú dale con todo.

—¡David! —Carol replica otra vez.

Entonces, mi otro sobrino se me lanza encima, y detrás de ellos vienen mis terremotos, las dos hijas de Oliver y el segundo hijo de Camilo y Carmen. Para todos ellos soy el tío David también. Me botan entre todos. Joder. Definitivamente, me voy a quedar sin espalda muy joven.

—¿Quién diría que algún día serías el favorito de todos los niños? Antes eras todo un amargado —comenta Keith, el ahora esposo de Carol.

—Amargado contigo nada más, pero tus hijos no tienen la culpa.

Los niños se pelean sobre mí, y Gracie, como buena hermana y prima mayor, me los aparta de encima —es media brusca, pero le funciona—. Antes de darse media vuelta, dice:

—Yo jamás voy a tener hijos.

Y se va. Bueno, así decía yo… y ahora tengo dos. Y uno en camino.

En fin, me pongo de pie y los cargo uno por uno en orden de llegada. Los apapacho y los hago reír. Creo que soy el favorito porque soy el único con barba, pero bueno. Luego todos salen corriendo otra vez y la pobre niñera, doña Mari, los sigue casi sin aliento.

En fin, más me vale ejercitarme más fuerte, si no, me van a matar antes de los cincuenta.

Salgo al jardín limpiándome el polvo del pantalón. Mi Nat está ahí, hablando con sus amigas, Carmen y Alexandra, también está con otras personas que apenas conozco. Me acerco por detrás, le toco el vientre y le doy un beso en la mejilla.

—Hola, mi cielo.

Entonces se gira y me da un besazo de esos que me dejan sin aliento.

—Hola, mi amor. ¿Por qué estás sucio?

—Ah, sí, pregúntale al ejército en pañales que se me tiró encima hace rato.

Ya ninguno usa pañales, pero yo los llamo así. Y todos lo saben.

Natalie suelta una risita y me ayuda a sacudirme el polvo de la manga… y la horma de un zapato que no sé de quién puede ser.

Liam, el hijo mayor de Camilo y Carmen—quien ya es casi un jovencito—, está listo para lanzar los cohetes que revelarán si es niño o niña. Nat se ubica frente a mí, recostando su espalda en mi pecho, y entrelazamos nuestros dedos mientras esperamos.

—¿Qué crees que sea nuestro renacuajo? —le pregunto.

Natalie se ríe y me da una palmadita en el antebrazo.

—No le llames así. —Pero sigue riéndose—. Presiento que es un niño ¿Y tú?

—Ni idea, pero estás guapísima. Aunque eso siempre.

—Gracias.

—Es todo un honor, amor mío.

Es una niña.

El bebé de Carmen y Camilo es una niña. O al menos eso es lo que indican los cohetes.

Natalie se emociona, y Carmen y Camilo parecen entusiasmados también. Mi esposa corre a felicitarlos, y cuando me acerco, bromeo con Camilo, el casado:

—Al menos no son dos al mismo tiempo.

—¿Qué puede ser peor que dos terremotitos al mismo tiempo?

—Tres.

—Definitivamente.

Me río. Pero la risa no me dura ni veinticuatro horas, porque al día siguiente, en la cita con el ginecólogo, el doctor Kirchner se queda mirando la pantalla, demasiado serio.

¿Qué le pasa a mi hijo? ¿Qué está viendo? ¿Por qué se ve preocupado?

—¿Todo bien, doctor?

Nos mira a los dos.

Joder. Es una mala noticia, seguro.

—Escucho otro latido.

—¿Qué? —respondemos los dos al unísono.

—¿Cómo que otro latido? —pregunto yo.

No contesta, sigue concentrado. Necesito respuestas ¿Cómo que otro latido?

—Hay un segundo saco.

Madre mía. Ya viví esta escena antes.

—¿Dos? ¿Otra vez dos? ¿Pero qué probabilidades había?

—Oh, esperen.

Ay, no. Siento cómo se me sube la presión. Tal vez debería salir a comprar la lotería, porque esto es algo que definitivamente no le pasaría a nadie más.

—Señores Schmitt —dice, quitándose el estetoscopio—, hay un tercer saco.

—¿Qué? —Otra vez los dos al mismo tiempo.

—Sí. Felicidades, son trillizos.

Me va a dar algo. Me estoy yendo con San Pedro. Si no me morí con la noticia en el primer embarazo, me moriré ahora. Me siento y el doctor le dice a la enfermera:

—Tráigale agua al señor Schmitt.

—¿Cómo que tres? —Natalie está tan asustada como yo.

—Sí, son tres.

Nos miramos. No tenemos palabras. ¿Qué se supone que se dice en estos casos? Todavía lo estamos procesando.

Dios mío, ¿cómo es que en menos de cuatro años voy a ser papá de cinco niños?

Bueno, sí sé cómo pasó, pero ¿tres?

—Ya podemos saber su género, si gustan —dice el doctor.

Pero ninguno de los dos responde. Creo que todavía estamos en shock.

—¿O prefieren hacer una revelación de género? Puedo escribirlo en una cartita y se lo dan a su persona de confianza.

—No, no puedo esperar hasta una revelación —digo.

—Yo tampoco —agrega Nat.

El doctor Kirchner vuelve al monitor y dice:

—Bueno. Este de aquí es una niña. El segundo también, y el tercero que estaba más escondido es… niña. Felicidades, serán padres de tres niñas.

¿Tres niñas?

Natalie y yo nos miramos. No sabemos qué decir.

—¿Tres? ¡Ni siquiera hemos pensado en nombres para tres niñas! Los dos creíamos que iba a ser un varón, y uno nada más.

Entonces, Nat se empieza a reír. Al escuchar su risa, yo también me río. Aunque creo que es más una risa nerviosa.

Esto debe ser una broma.

—Tres niñas —digo.

—Tres niñas —repite Nat.

Más me vale irme a trabajar. Ahora tengo cinco colegiaturas universitarias que pagar.

Y una vasectomía.

ESCENA BONO

Primer matrimonio en Las Vegas

David

—¿Hola? —escucho la voz del caga-billetes del otro lado.

—Oliverrr, eszztoy en lasss Vegazzss —digo, casi sin articular bien las palabras, no sé cuánto he tomado, después de la quinta o sexta ronda perdí la cuenta, pero joder, estoy como nuevo.

—¿Qué mierda estás haciendo en Las Vegas, David? —¿Qué hace una persona en Las Vegas, Oliver? Quisiera preguntarle, pero en realidad mi cerebro y mi boca no se coordinan al mismo tiempo entonces solo logro decir:

—Puezzs merezco unasss vacacionesszz.

—Mañana mismo te quiero en la empresa, si algo falla te juro....

—Ponnmme enn altavoozzs —estoy viéndome frente a un espejo, mis bíceps están enormes y hago una pose de fisicoculturismo para admirarme más de cerca.

—No, no te pondré en altavoz —Suelto un bufido y me llevo la mano libre a la cintura intentando conservar la calma.

—Necceszzito deciiirrles algo, tengooo que hablaaar con Alexxz tambiénnn.

—Alex no va a hablar contigo, ni va a hacer que cambie de opinión si decido despedirte. —Me rio, no sé po rqué pero estoy demasiado feliz y tal vez sea la cantidad de alcohol que me corre en la sangre. Natalie me desconcentra cuando comienza a besarme el cuello y va bajando ese recorrido por mi pecho.

—Basta Natalie —siseo, con una risita boba. Ella también se carcajea y aclarando mi garganta hablo de nuevo al teléfono.

—Biennn, less vamozz a dcirrr. —Ya no sé qué estoy hablando la verdad. Tal vez me arrepienta de esto mañana, no lo sé, pero hoy todo me parece una grandiosa idea que hasta me dan ganas de plasmarla en un libro y venderla.

—Biennn, al mizzmo tiempooo, a la cuentaaaa de... trezz —escucho la risa del caga-billetes del otro lado, significa que vamos bien. —Natalie cuannndo diga treess les decimos. Bien… unoooo, dozzz, t...

—Nozotroo....

—Nat... Dijimosss que a la cuenta de treszzs —riño, ella se ríe. Pero como molestarme con ese cuerpo cubierto solo ropa interior de color rojo, Natalie ya estaba pensando llevarme a la cama ¡Vamos! De otra forma su ropa no combinara tan perfecta de esa forma.

—Otravezzz... uno, dosss, espera que diga tresss, ahoraaa. Trezzz"

—NOSSS CASAAAMOS —decimos al unísono, Natalie va por unas matracas que no sé de donde diablos salieron y comienza a hacerlas sonar mientras yo comienzo a gritar eufórico.

—Ustedes dos se acaban de conocer —Escucho a Alexandra. ¡Qué aguafiestas!

—¿Y? Ustedeezz también y azzi se casarrorn —me defiendo, y cuando miro a Nat moviendo sus caderas de un lado a otro tarareando una canción, me doy cuenta que acabo de tomar la mejor decisión de mi vida.

—Esto fue diferente —dice el caga-billetes interrumpiendo todos los escenarios pecaminosos que rondan en mi cabeza. ¿Escenarios pecaminosos? ¡Es mi esposa! Según la biblia, fantasear con hacerle el amor a mi mujer ya no sería pecado.

—Alexxx, puedes creerlo... —Natalie me quita el celular haciendo que casi me vaya de espaldas. —No tuvimozzz sexooo haszzta el matrimonnnio.

Yo nunca pensé tener una relación en la que aguantaría hasta el matrimonio. Esto es amor de verdad. No escucho lo que la otra chica le contesta así que le arrebato el teléfono y pregunto por el caga-billetes para decir:

—Oliverrr ya que meee me acabo de cazzsar tiennezz que daarrrme unos díasss librezzs.

—¡Una mierda es que te voy a dar! Regresas mañana mismo antes... —escucho risas, luego Alex dice algo y yo me pierdo porque la lengua de Natalie está paseándose por mi cuello erizándome todos los bellos de la piel.

—Biennn, porrr culpaa de uztedddes no tenndremoz lunaa de mielll, ahora zi nosssz dizcullpann tenemossz un matrimmonio que conzumaar.

—Ootra vez —dice ella, cuelgo la llamada y lanzo el estúpido celular al suelo para comenzar a devorar esos labios. —Bueno, en realidad todavía no ha passsdo peeero quería decccir esas palabrasss.

Los dos nos reímos como idiotas y yo comienzo a descender mis labios en dirección a su cuello, no pudimos hacer nada en el maldito ascensor por el que pagué cincuenta mil dólares así que espero que espero lucirme ahora mismo. De inmediato me lanzo hacia la mesa de noche con movimientos torpes busco los veinte preservativos que nos regalaron en la supuesta capilla hasta que doy con uno. Rasgo el paquetito plateado en lo que me deshago de mi ropa interior y ella de las suyas, el preservativo se cae de mis manos, miro borroso, me decido por tirar ese a la basura y tomar otro.

—Despueez de todo noszs quedaaan diecinueve maas. —Le digo, agitando el siguiente como un trofeo. En ese preciso momento giro en su dirección y mi dedo meñique choca contra el mueble haciéndome ahogar un grito ¡Hijo de p…!

—¿Esttás bieeen? —Natalie se acerca a mí, todo está oscuro y ninguno de los dos se molesta en encender las luces. Me siento en el borde de la cama intentando disimular mi angustia.

—Sssii… si —digo, tragando mis penas, no fue tan malo, ya pasó así que consiente que perdí el otro profiláctico con el golpe. Me voy y tomo uno nuevo con las manos temblorosas. Me lanzo sobre ella para que mi King Kong demuestre que puede ser mejor que Godzilla y ahoga un gritito de satisfacción cuando me está ayudando a ponérmelo.

Me está dando sueño, no, ahora no… intento acomodármelo pero entre la poca luz no nos hemos percatado que está al revés ¡Mierda! Me pongo de pie de un salto para ir por el siguiente, tomo el paquetito rasgándolo con mis dientes como camionero ¡A la mierda lo que digan los fabricantes de preservativos! Como todo un semental me vuelvo a lanzar sobre su regazo tirando lejos las ganas que tengo de quedarme dormido, entre todo el desenfreno y los besos apasionados, todo me da vueltas y no sé ni en qué instantes me quedo profundamente dormido.

¿Quieres leer la historia de sus mejores amigos Oliver Anderson y Alexandra Carlin?

Esposa de mi jefe



Casado con mi secretaria

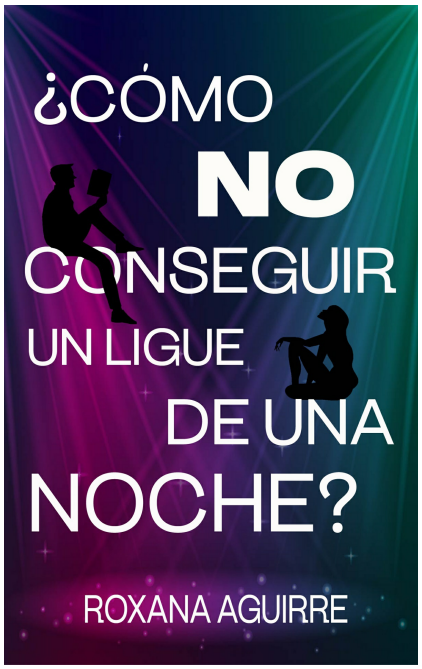


¿Te gustan las comedias románticas?

Lee estas otras historias de la misma autora:



Se busca novia



¿Cómo no conseguir un ligue de una noche?

Sobre la autora

Es una escritora nicaragüense. Se graduó en Ingeniería Agroindustrial, pero su pasión por el arte y, sobre todo, la literatura la llevó a compartir sus escritos en una plataforma de lectura en línea en dónde actualmente cuenta con un público de casi doscientos cincuenta mil seguidores.

A pesar de que hasta ahora solo ha escrito novelas de comedia-romance, su intención es probar otros géneros en el futuro. Para saber más sobre la autora, nuevos lanzamientos, rostros de sus personajes o historias en proceso, síguela en redes sociales:

Instagram: r1aguirre

Twitter: r1_aguirre

Facebook: roxanaguirreautora